

Revista Temas Número 50-51 abril-septiembre 2007

Transiciones y postransiciones

Ariel Dacal. [¿Por qué fracasó el socialismo soviético?](#). No. 50-51 abril-septiembre 2007

Michel Dobry. [Las vías inciertas de la transitología](#). No. 50-51 abril-septiembre 2007

Manuel Monereo. [España: la transición pactada](#). No. 50-51 abril-septiembre 2007

Jorge Contesse Singh. [Chile: dos reflexiones sobre la transición a la democracia](#). No. 50-51 abril-septiembre 2007

Nuria Paola Yabkowsky. [Las transformaciones del sujeto político en la Argentina democrática](#). No. 50-51 abril-septiembre 2007

Manuel Orozco. [Centroamérica: retos, conflictos y perspectivas en el siglo XXI](#). No. 50-51 abril-septiembre 2007

Julio A. Díaz Vázquez. [La modernización económica en China: ¿otra herejía?](#). No. 50-51 abril-septiembre 2007

Wang Shaoguang. [El Estado, la economía de mercado y la transición china](#). No. 50-51 abril-septiembre 2007

Gilberto Valdés Gutiérrez. [El socialismo en el siglo XXI. Desafíos de la sociedad «más allá» del capital](#). No. 50-51 abril-septiembre 2007

Camila Piñeiro Harnecker. [Democracia laboral y conciencia colectiva en Venezuela. Un estudio de cooperativas](#). No. 50-51 abril-septiembre 2007

Luis Marcelo Yera. [La ley olvidada de la transición y el proyecto económico socialista en el siglo XXI](#). No. 50-51 abril-septiembre 2007

Armando Chaguaceda. [Nada cubano me es ajeno: notas sobre la condición ciudadana](#). No. 50-51 abril-septiembre 2007

Rafael Hernández y Daybel Pañellas. Sobre la transición socialista en Cuba: un simposio. No. 50-51 abril-septiembre 2007

Rafael Acosta, Nelson Herrera Ysla, Maylín Machado, Sandra Sosa, Rufo Caballero. Rumbos de las artes visuales cubanas. No. 50-51 abril-septiembre 2007

Enrique López Mesa. Un documento y un libro: el proyecto editorial de José Martí. No. 50-51 abril-septiembre 2007

Rafael Betancourt. Ciudad y medioambiente. No. 50-51 abril-septiembre 2007

Bárbara Paz Sánchez Rodríguez. La physis entre la cultura y la filosofía. No. 50-51 abril-septiembre 2007

Rafael Hernández. Conversación con Ignacio Ramonet. No. 50-51 abril-septiembre 2007

¿Por qué fracasó el socialismo soviético?

Ariel Dacal Díaz

Historiador. Centro Memorial Dr. Martin Luther King, Jr.

Amplia y diversamente abordado, el tema de la transición cuenta con varios estudios de caso que se enmarcan, de un lado, en las transformaciones dentro del sistema capitalista mismo, dando cuenta, fundamentalmente, de modificaciones de regímenes dictatoriales a democráticos. De otra parte, se ubica la cuestión del llamado tránsito del capitalismo al socialismo, igualmente estudiados con amplitud. En este segundo grupo se destaca el intento de crear un «socialismo soviético». Este último presenta características muy particulares, por ser la experiencia de origen para la asunción política de tal tipo de transición y haber sido un referente casi obligado para el resto de los intentos. De ahí su consabido interés para las ciencias sociales. Al mismo tiempo, dado que el ensayo soviético terminó, resulta más factible inquirir acerca de él por su condición de proceso históricamente concluso.

El intento de transición a una sociedad socialista, en oposición a las estructuras productivas e ideológicas del capitalismo, tuvo en el proyecto soviético y en la posterior Unión de Republicas Socialistas Soviéticas (URSS), el ensayo más extendido en correspondencia

con el tiempo que abarcó, su alcance fronterizo, su estructuración productiva, política, ideológica, militar e internacional, y su resonancia *post mortem*.

Desde el estallido de octubre, los acontecimientos soviéticos han sido una recurrencia en los espacios del pensamiento y de la política. La incursión en las etapas y temas de esta historia ha estado impregnada de una evidente polarización ideológica. Aun cuando el corolario final de ese intento de tránsito a una sociedad no capitalista fuera la pérdida de una preciosa oportunidad para socavar las bases del dominio burgués, repensar, comprender y, sobre todo, asumir las características del proceso de transición soviético en su conjunto brindan elementos imprescindibles para explicar lo que ha acontecido en Rusia desde 1991, y para configurar las alternativas anticapitalistas que demanda el siglo XXI.

Cualquier pretendido emancipatorio que parta de los límites del capitalismo para su realización debe revisar, una y otra vez, las formas, circunstancias, aportes y desfalcos de esa experiencia. Los noventa años que nos separan de octubre de 1917 son el camino más sólido andado por y para el socialismo. Desestimar

esta premisa histórica y política en la lucha anticapitalista es un anuncio de futuros fracasos.

Tal significación es el punto de motivación principal para estas páginas, en las que se desarrollan algunas ideas y se esbozan otras, no desde el sosegado e «imparcial» recuento histórico, sino a partir del compromiso político que gana sustancia desde el abordaje científico del proceso en cuestión, y permite enmarcar los análisis y conclusiones, así como destacar legados del proceso de transición soviético al socialismo. Además, se trata de la antesala histórica que permite conocer los orígenes, tendencias y potenciales resultados del proceso de restauración capitalista que sucede en los países del espacio postsoviético.

Para ordenar las reflexiones, es pertinente plantear las problemáticas siguientes: ¿quiénes detentaron el poder en la Unión Soviética? ¿Se puede hablar de ruptura con el proyecto bolchevique? ¿Cuáles son las razones del fracaso histórico de la transición soviética al socialismo?

«La clase imprevista»

Como toda experiencia de la sociedad humana posterior a las comunidades gentilicias, el componente vital que explica la edificación de instituciones, normas de conducta, códigos ideológicos y las propias estrategias políticas, es la relación dominador *versus* dominado, que emana de la contradicción entre las clases que compiten o cohabitan en una época histórica determinada. Este criterio, como recurso metodológico, permite acercarse con mayor certeza al proceso soviético, sin desestimar las tensiones que impuso a los marcos teóricos sobre las relaciones de clases.

Recordemos que como parte de las clases contendientes dentro de Rusia, antes de las revoluciones de 1917, la burguesía nacional se desarrolló muy tardíamente, con mucha lentitud, y subordinada a las potencias imperialistas del momento, sobre todo Francia, Inglaterra y Alemania. En esa lógica, la revolución de febrero de 1917 propició a la burguesía la posibilidad de disfrutar de algo que había sido incapaz de hacer. En realidad, no había en Rusia una base social burguesa capaz de asimilar, aprovechar y mantener esa oportunidad, máxime cuando existía una pujante clase trabajadora y sobre todo un movimiento revolucionario, lo cual atribuyó un matiz muy relevante a los dos procesos revolucionarios de 1917.¹

Por su parte, la clase obrera rusa —minoritaria, pero con una vanguardia bien organizada— no se encontraba suficientemente desarrollada y madura para el ejercicio

del poder y para la ejecución de las medidas que emanaban de este. Los hechos acontecidos durante varias décadas develaron, como veremos más adelante, que la dictadura del proletariado, explicada por Lenin en *El Estado y la Revolución* como dominación de clase, no pudo ser realizada como dictadura *por* el proletariado y se convirtió, andando por las interioridades de su propia historia, en una dictadura *del Partido*, que conduce *para* el proletariado.

Dentro del cuadro socioclasista ruso, el campesinado era la clase más numerosa, lo que impuso una fisonomía contradictoria al Estado obrero surgido tras la Revolución, e hizo entender a los dirigentes de la emancipación la necesidad de contar con ella para mantenerla en pie. La burocracia tuvo un papel definitorio. Se debe partir de que el estrato burocrático no es privativo del socialismo. En el caso ruso, tuvo sus orígenes —consolidados y tipificados— en el período zarista, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Con la centralización absolutista, creció numéricamente el sector de los funcionarios, así como su importancia, debido a su utilidad para el ejercicio de la dominación. La copiosa burocracia que se arraigó en la estructura política devino una de las características del Estado zarista y una herencia para el Estado soviético, forzado a incorporar individuos del anterior aparato gubernamental para cumplir funciones técnicas y especializadas en las nuevas estructuras. Con ellos, se asumía la mentalidad zarista que, lógicamente, no se podía superar por un decreto revolucionario.

A finales de 1920, el número de funcionarios del Estado había pasado de poco más de 10 000 a la astronómica cifra de 5 800 000, que sobrepasaba en cinco veces la de los obreros industriales. En agosto del mismo año, 48 400 antiguos oficiales zaristas se habían alineado como especialistas militares en el Ejército Rojo.² Al final de la guerra civil, muchos de ellos ocuparon diversas responsabilidades políticas y administrativas, trasladando a sus funciones la formación militar de ordeno y mando.

A partir de esta realidad, Lenin insistía en calificar a Rusia como un *Estado obrero con fuertes deformaciones burocráticas*. Explicó el fenómeno como una excrescencia parasitaria y capitalista en el organismo del Estado obrero, nacida del aislamiento de la Revolución en un país campesino, atrasado y analfabeto.³

Desde esta lógica, José Stalin fue el rostro más visible de la burocracia y, a su vez, el estalinismo, como tipificación del socialismo soviético, resultó el modo de la ruptura con el proyecto bolchevique. Ambos fueron, en principio, resultado y no causa de los desenlaces de la Revolución. Después, el estalinismo se convirtió en causa estructural y sistémica del fracaso soviético.

El proceso burocratizador tuvo sus orígenes en el inicio mismo de la revolución, pero su consagración como sector dominante en la sociedad tuvo lugar en la década de los años 30. Las reglas, la jerarquía, la especialización, hacen del grupo burocrático un estamento carente, casi en lo absoluto, de creatividad. La costumbre de consultar a una instancia superior —convertida prácticamente en norma— destruye toda posibilidad de iniciativa de los funcionarios, que solo cumplen misiones técnicas. La dinámica mimética que genera esta tendencia respecto al jefe diseminó por toda la Unión Soviética pequeños dictadores intermedios que eliminaron gradualmente a sus rivales mediante el halago y adulación a las autoridades superiores y la imitación de sus métodos.

Al estallido de la Revolución, los cuadros políticos bolcheviques no eran numerosos. A pesar del crecimiento numérico de la membresía del Partido, la calidad de sus cuadros no tenía similar correspondencia. Progresivamente fueron ascendiendo a los principales cargos administrativos figuras de relieve secundario dentro de la revolución debido, entre otros factores, a que muchos viejos combatientes de la vanguardia perecieron durante la contienda civil o se separaron de las masas al ocupar cargos de menor relevancia; otros se acomodaron a las nuevas condiciones de poder. Este aspecto es parte del proceso de degeneración del proyecto bolchevique.

Tras la muerte de Lenin se abrieron las puertas del Partido a una nueva hornada, conocida como «la promoción Lenin». El resultado fue que se ahogó el núcleo revolucionario con individuos de los más diversos orígenes sociales y sin una preparación política acorde con las tradiciones de los bolcheviques. Estos individuos fueron moldeados por los hombres del aparato, que habían sido elegidos a dedo por Stalin, quien desde 1919 encabezó el Comisariado del Pueblo para la Inspección Obrera y Campesina, desde donde controló el movimiento de cuadros durante varios años. Esto le permitió tener bajo control puestos y figuras claves. Baste decir que de 75 a 80% de la militancia del Partido se había afiliado después de 1923, y solo 1% de los miembros tenía su afiliación antes de la Revolución.⁴

La burocracia soviética, que devino «clase imprevista»⁵ respecto al papel antagónico entre el proletariado y la burguesía, se privilegió del poder estatal y administró la propiedad pública beneficiándose de ella. Es cierto que sus miembros no poseían capital privado; pero al no recibir control por el resto de los sectores sociales, dirigieron la economía, extendieron o restringieron todas las ramas de la producción, fijaron los precios, articularon el reparto, definieron el destino del excedente, dominaron el conocimiento y su

divulgación y controlaron los medios de producción de ideas. De este modo mantuvieron el partido, el ejército, la policía y la propaganda que los sustentaba, lo cual permitió su reproducción durante décadas.⁶

¿Mediante qué códigos de cultura política dominó la burocracia soviética? Las masas que ejecutaron la Revolución en 1917 portaban la mentalidad de la servidumbre, sin ninguna experiencia democrática, y el desarrollo de la conciencia del proletariado —clase llamada a encabezar la Revolución— era patrimonio de un pequeño número de hombres y estaba relacionado más con un «adelanto» del campo de las ideas que con las condiciones histórico-materiales que hicieran más abarcador este tipo de conciencia. Las masas rurales —la mayoría en ese momento— eran portadoras de los elementos más conservadores, afianzados en el alto nivel de analfabetismo existente, materia prima valiosísima para el adoctrinamiento.

Por su parte, la burocracia usurpadora fue otro ejemplo histórico de cómo los vencedores incorporan la mentalidad de los vencidos, algo previsto por Lenin. En este caso, heredaron como códigos de la dominación el control absoluto, el elitismo político, la idea de que la «muchedumbre» no sabía ni era capaz de dirigirse, por lo que necesitaba una figura que sintetizara los destinos del país. Uno de los rasgos más apreciados por el ciudadano promedio de Rusia respecto a sus dirigentes es la imagen de hombre fuerte, capaz de enfrentar con determinación las dificultades cruciales del país.

Como norma, dentro de la URSS se desvinculó la responsabilidad de la figura máxima respecto a los problemas, creando un ambiente místico a su alrededor. Junto a esto, en el imaginario social se impuso el criterio de que las capas intermedias de los dominadores eran las responsables del estado de cosas existente.

En el contexto ruso, este hecho tuvo gran significación, como lo demuestra el estallido revolucionario de 1905, donde se quebró la legitimidad del zar frente a las masas, tras varios fracasos de reivindicaciones que partían del supuesto de que los funcionarios públicos cometían excesos no conocidos por el zar, y que contravenían sus decisiones. Como similitud histórica, a fines de los años 80 la arremetida contra la figura de Stalin tuvo una función similar en la deslegitimación del régimen.

Durante el período soviético, el ejercicio político de la burocracia fue una negación del intento bolchevique, que concebía nuevos códigos respecto a la política y la participación de las masas, no solo como fuerza motriz en la explosión subversiva, sino también —con el carácter revolucionario de los soviets— como elaborador, ejecutor y controlador de las decisiones, lo cual se expresó en que de órganos espontáneos de lucha

Las condiciones que dieron origen a la Revolución de Octubre, si bien se han modificado en sus formas, no han desaparecido, y el capitalismo muestra su incapacidad para resolverlas. A pesar del resultado final y las encrucijadas del intento, la experiencia soviética no está concluida, pues la necesidad de cambio social radical desborda con creces los límites ruso-soviéticos.

de las masas, adquirieron funciones de Estado. Con el advenimiento del estalinismo, tales principios fueron destronados y la oportunidad de lograr la participación política de las masas —incluyendo los mecanismos de movilización, real y autónoma— fue cercenada. En ese proceso, las organizaciones políticas y de masas sufrieron una considerable atrofia.

Lo que aconteció en Rusia después de la Revolución, resultado de sus propias circunstancias, fue el advenimiento de un nuevo sector dominante basado en el poder del Estado en lugar del dinero y de la propiedad; sus integrantes se vieron a sí mismos como los nuevos hombres del poder —en un sistema no capitalista, pero sí marcadamente elitista— desconectados por completo del control de las masas, las que, dadas las encrucijadas de esta historia, no fueron el sujeto político de su propia emancipación.

Del bolchevismo al estalinismo

Cuando se aborda el intento de transición soviética, es recurrente encontrar una diluida frontera, en el mejor de los casos, entre las prácticas políticas de Lenin y de Stalin. No se trata de un asunto secundario, ni de un detalle histórico que invite a la precisión. Delimitar esta frontera implica, esencialmente, distinguir entre un proyecto político revolucionario dentro de los complejos avatares de la Revolución rusa y las prácticas conservadores que las mismas complejidades históricas delinearón como alternativas. Esta necesidad no emana de diferencias formales entre una figura y otra, sino del deslinde de concepciones y prácticas distintas desde un escenario histórico común, respecto a cómo fundar la nueva sociedad, el papel de la inteligencia colectiva y la creación política, en el intento de subversión estructural y cultural que supone la transición al socialismo.

Respecto a la significación de Vladimir Ilich Lenin, se han tejido los más variados contrapunteos. Sin detallar los que, por obvias razones de clase y con diferentes formulaciones, tergiversan las virtudes históricas del genio bolchevique, resultan diversas las tendencias de

quienes validan su legado. En este grupo se encuentran apologeticos que continúan embalsamándolo, defensores que intentan la objetividad necesaria en el balance de su pensamiento y obra, nostálgicos que buscan, a casi un siglo de distancia, las soluciones a los problemas de hoy y de mañana en su pensamiento, etc. Consíganlo o no, a todos les cabe el mérito de intentar enmarcar la utilidad revolucionaria que representó la vida de Lenin en el eterno intento de cambio de la sociedad humana.

Pero existe una tendencia que si bien puede incluirse en este lado del debate sobre el jefe bolchevique, es nociva. En ella se intenta ver la historia de la URSS como una continuidad, como etapas de un mismo proceso, sin rupturas más o menos violentas. Lo contradictorio de esta postura es que no emana de burócratas en el poder que necesitan legitimarse con la evocación de continuidad respecto al proyecto fundacional, sino de honestas personas desconcertadas con los resultados de la oportunista conversión formal de la burocracia en burguesía a partir de 1991. La más desoladora señal está en homologar a Lenin con su sucesor, Stalin. El daño que causa este error valorativo es mortal. O peor, es funcional a los intentos de descrédito del pensamiento y la obra de Lenin, tan necesario a la burguesía para consolidar su hegemonía.

Dada la reiteración de esta falsa vinculación, retomamos el pretérito intento por deslindar a Lenin de Stalin mediando apuntes sobre el pensamiento y obra de uno y otro. Si bien el estallido bolchevique concebía nuevos códigos respecto a la política, con el advenimiento del estalinismo la burocracia aplicó como códigos de dominación el control absoluto. El líder de Octubre destacó:

Es necesario tener presente que la lucha exige de los comunistas que sepan reflexionar. Es posible que conozcan perfectamente la lucha revolucionaria y el estado del movimiento revolucionario en todo el mundo. Sin embargo, para salir de la terrible escasez y miseria lo que necesitamos es cultura, honestidad y capacidad de razonar.⁷

Contrariamente, la naturaleza autoritaria de la burocracia soviética frenó las pretensiones democráticas que representó el proyecto bolchevique. La falta de

participación real, de espacios cívicos de contrapartida y control del poder, afectó todos los niveles de la vida social: desde el funcionamiento económico hasta las cuestiones étnicas. Bajo el pretexto de ser guía de la sociedad, el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) se convirtió, en manos de la burocracia, en una maquinaria que frenó, desvirtuó y violentó el acto de creación política iniciado por Lenin al frente de los bolcheviques. Los nexos tentativos entre Lenin y Stalin se encuentran en que este último, aprovechando algunas condiciones creadas en vida del líder revolucionario, desvirtuó el sentido de la dirección partidista hacia el totalitarismo. Lenin había organizado el Partido bolchevique para dirigir a los obreros, no para domarlos o subyugarlos. La conversión del aparato partidista en un instrumento de control en manos de la burocracia fue un proceso definitorio en el decurso de los acontecimientos y de los sentidos históricos asumidos por esta para la transición «socialista».

La Revolución removió todas las zonas de la sociedad rusa: las instituciones, las normas, las ideas, los valores. En ese movimiento telúrico, el Estado obrero concedió amplios derechos jurídicos y políticos a los ciudadanos como la legalización del divorcio y el aborto, la eliminación de la potestad marital, la igualdad entre el matrimonio legal y el concubinato, etc. A partir de 1926, bajo el régimen de Stalin, se instituyó nuevamente el matrimonio civil como única unión legal. Más tarde se abolió el derecho al aborto, junto con la supresión de la sección femenina del Comité Central y sus equivalentes en los diversos niveles de organización partidaria. En 1934, se prohibió la homosexualidad, y la prostitución se convirtió en delito. No respetar a la familia se convirtió en una conducta «burguesa» o «izquierdista» a los ojos de la burocracia. Los hijos ilegítimos volvieron a esta condición, que había sido abolida en 1917, y el divorcio se convirtió en un trámite costoso y pleno de dificultades.⁸

El mecanismo sutil, paciente e integral de reformulación y regresión utilizado por Stalin para hacer infértiles los progresos de Octubre alcanzó, en primer orden, a las instituciones detentadoras de violencia, las que igualmente se hicieron funcionales a los nuevos intereses. En sus orígenes, el Comité de Seguridad del Estado (KGB)⁹ tuvo como objetivo combatir la contrarrevolución, los sabotajes y la especulación, objetivos de legítima defensa frente a la oposición reaccionaria que generó la Revolución; pero esas lógicas motivaciones iniciales se modificaron progresivamente con el ascenso de la burocracia al poder, hasta convertirse en el órgano preservador de los intereses del Estado burocrático, cuyo objetivo fue eliminar la oposición de las propias fuerzas revolucionarias.

El Estado obrero necesitaba su propia institución armada para defender sus intereses, máxime por las agresiones, que no se hicieron esperar, de catorce países al unísono. Para ese fin fue creado el Ejército Rojo en enero de 1918. Como nuevo concepto, la política de los dirigentes bolcheviques estaba abierta a constante debate, en el cual los uniformados tuvieron un papel importante. Naturalmente, el ejército profesaba las mismas ideas del Partido y el Estado. Pero la institución armada no escapó a la arremetida reaccionaria de la burocracia, la que de inmediato comenzó a transformarla en defensora de sus intereses, arrancándole progresivamente la esencia popular que le dio origen.

La medida que refleja con mayor claridad este proceso fue el decreto que restableció el cuerpo de oficiales, un golpe demoledor a los principios revolucionarios que originaron esta institución armada, uno de cuyos pilares fue, precisamente, la liquidación de ese cuerpo, dándole jerarquía al puesto de mando, que se ganaba con capacidad, talento, carácter, experiencia, etc. El cuerpo de oficiales veló entonces celosamente por la «pureza» y fidelidad de los uniformados al «Partido» y al «Estado socialista». De igual manera, se fue apagando el espíritu de libertad y debate que había en las filas del Ejército, en estrecha relación con el criterio de que «ningún ejército puede ser más democrático que el régimen que lo nutre».¹⁰

Entre los elementos más sensibles está la ruptura de uno de los principios básicos del programa bolchevique, por el cual los sueldos de los más altos funcionarios no debían sobrepasar la media del salario obrero. Bajo el período de Lenin, el diferencial máximo de salario se mantuvo en una relación de 1 a 4, rango que el propio Lenin calificó de «diferencial capitalista».

La regla que impedía que los funcionarios del Partido Comunista recibieran un salario mayor que el de los obreros calificados, conocido como el «máximo del Partido», fue abolida el 8 de febrero de 1938. Para 1940, cuando un obrero ganaba 250 rublos mensuales, un diputado recibía 1 000, un presidente de República 12 500 rublos y el presidente de la Unión 25 000 rublos en igual período.¹¹ Para los años de la *perestroika*, existía el conocido «abastecimiento especial», lo que elevó el nivel adquisitivo de los miembros de la nomenclatura muy por encima de lo percibido por un obrero o un ingeniero.

En 1921, debido a la entrada incontrolada de nuevos miembros al Partido, Lenin desarrolló una «purga» interna que implicó la expulsión de 200 000 militantes. Su objetivo era difundir las tradiciones e ideales de Octubre, fuertemente amenazados por el ingreso de individuos que se montaron en el carro de la revolución con poco desarrollo político. Esta «purga» no tuvo nada

en común con los crímenes de Stalin, ni con la paranoia colectiva que este impuso en la URSS. No hubo policía secreta, juicios políticos, ni mucho menos campos de concentración.

En el proceso de conformación de los marcos estalinistas del régimen soviético, la recomposición del partido resultaba vital. Varios datos brindan con claridad las coordenadas de esas transformaciones: entre 1930 y 1934, el partido dejó de ser *de facto* una organización obrera; en 1930, los obreros representaban 49% de la militancia; en 1934 esta proporción había caído a 9,3%. Junto a este proceso, se produjo el control casi monopolista del partido por la «clase de los directores». En 1923, solo 23% de todos los directores de fábricas soviéticas eran miembros del partido; en 1936, la cifra se acercaba a 100%.¹² Esto fue una constante. Para 1986, la proporción de obreros miembros del Partido era menor de 30% entre los 19 millones de militantes del PCUS.

La austeridad y la ética, emanadas del compromiso con las masas, que caracterizaron a los bolcheviques, quedaron progresivamente inutilizadas por las huestes estalinistas. Los dirigentes bolcheviques permanecían cerca de los obreros y los campesinos, caminaban por las calles sin escoltas y hacían caso omiso a las jerarquías. Cuando se consideran las condiciones de lujo y privilegios que la burocracia estalinista fue creando para sí, aislada de la población, protegida detrás de muros de seguridad o custodiada por numerosos guardaespaldas, podemos entender mejor la diferencia ética que entrañó el proyecto bolchevique y la decadencia estalinista.

El relacionamiento internacional del Estado soviético durante décadas dio la razón a los temores de Lenin, quien había previsto, basado en hechos que tuvo que enfrentar en sus últimos meses de vida política, el peligro de que «el gran ruso» heredado de los años de dominación y explotación zarista permaneciera en la política del nuevo Estado con la consecuente degeneración del internacionalismo que estaba llamado a realizar la URSS. Señalaba Lenin:

En tales condiciones, es natural que la libertad de separarse de la unión [...] sea un simple pedacito de papel incapaz de defender a los no rusos de la embestida de ese hombre realmente ruso [...] ese opresor que es el típico opresor ruso. No hay duda de que los obreros soviéticos y soviéticos, que constituyen un porcentaje ínfimo, se ahogarán en ese océano de la canalla gran rusa chovinista como una mosca en la leche.¹³

El hecho real, a pesar de lo que aparecía en la Ley de leyes y otras regulaciones, implicaba la imposibilidad de afirmar que las repúblicas que conformaban el Estado soviético coordinaran sus actividades con el Centro, sino que se subordinaban directamente a Moscú. Stalin no hizo sino nombrar desde arriba a los

responsables políticos. Las élites de las repúblicas, aunque arribaran a posiciones de determinada importancia, escasamente podían obtener puestos relevantes a nivel de la Unión, donde el predominio ruso llevaba el peso fundamental. El jefe de la Revolución rusa prestaba especial interés a los conceptos emanados de la práctica política frente al tema de la Unión:

Una cosa es la necesidad de unirse contra los imperialistas de Occidente, defensores del mundo capitalista. En eso no cabe duda alguna [...] Otra cosa es cuando nosotros mismos caemos, aunque solo sea en cuestiones de detalles, en actitudes imperialistas hacia las nacionalidades oprimidas, socavando así nuestra sinceridad de principios, toda nuestra defensa de principios de la lucha contra el imperialismo.¹⁴

Como corolario de estos apuntes diferenciadores, el propio Lenin, conocedor de la influencia de las personalidades en los procesos históricos, anunció la incompatibilidad de Stalin con el máximo cargo político de la URSS.

Stalin es demasiado rudo, y ese defecto [...] se hace intolerable con el puesto de secretario general. Por eso propongo a los camaradas que piensen una manera de relevar a Stalin de ese cargo y designar en su lugar a otra persona que en todos los aspectos tenga sobre el camarada Stalin una sola ventaja: la de ser más tolerante, más leal, más cortés, y más considerado con sus camaradas, menos caprichoso, etc. Esta circunstancia podrá parecer un detalle insignificante. Pero creo que desde el punto de vista de protegernos de la escisión [...] es un detalle que puede adquirir una importancia decisiva.¹⁵

Sustituir no es superar

La lección capital del fracasado intento estalinista estuvo en no comprender que de lo que se trata no es de sustituir al capitalismo, sino de superarlo. La institucionalidad económica y política del socialismo realmente existente difería en sus formas de la capitalista; los preceptos ideológicos rompían de tajo con los promulgados por la beligerante burguesía, los cánones artísticos fueron contestatarios en la forma, los asideros culturales se pretendieron diferentes; pero en la integración orgánica de estos espacios del entramado social no se fundó una subversión del capitalismo. Faltó la cualidad distinta (instrumento de la revolución eficiente y perdurable): la superación del régimen burgués y su hegemonía.

Por tanto, la idea de que la revolución es el exterminio total de la vieja sociedad condujo a perder la necesaria referencia y conexión entre lo viejo y lo nuevo. El proyecto de cambio no puede erigirse sobre quimeras ni buenas intenciones; es importante sopesar el estado

El socialismo soviético posterior a Lenin no fue una alternativa válida, articulada y viable al capitalismo, porque la burocracia usurpadora no era portadora de una ideología superior, de un proyecto cultural, entendido como instrumental quirúrgico para realizar la nueva sociedad o crear las condiciones para lograrla. Esta es una de las claves históricas que explican el fracaso de la transición soviética al socialismo.

real de las circunstancias en el enfrentamiento con la sociedad capitalista, y hacer uso del apoyo científico en la conformación de pronósticos, lo que implica romper con la tendencia al acomodamiento insustancial del saber¹⁶ o, dicho de otro modo, a convertir la mediocridad en virtud.

En la esfera económica, el desafío de la construcción del socialismo está en lograr una mayor productividad del trabajo, al imponer, con el desarrollo de la técnica, bajos precios a las mercancías como modo de erosionar al capitalismo. En esa dirección, la superación de la sociedad capitalista implica el pleno dominio de la ciencia burguesa, de su capacidad generadora de riquezas, y en ningún caso su negación dogmática, ni desatender, en esa práctica, la herencia científico-técnica de la sociedad humana.

Trotsky avizoró que la Unión Soviética estaba más amenazada por una invasión de productos capitalistas a bajos precios que por una intervención militar. Esta tesis tuvo su validación, por una parte, en el caso extremo de la Segunda guerra mundial, cuando el país puso en función su potencialidad de contingencias y logró la victoria con el épico esfuerzo del pueblo; sin embargo, en ningún caso soportó la avalancha de productos a bajos precios que llegaron a mediados de la década de los 70, cuando comenzó a abrir su economía a Occidente.

En los debates respecto a la significación de la Unión Soviética como modelo de desarrollo socialista para los países atrasados, se argumentaba su capacidad para industrializar el país durante los años del régimen de Stalin. Este criterio desatiende que la posibilidad de construir, en pocos años, muchas fábricas del tipo más moderno estaba asegurada, por una parte, por la alta técnica del Occidente capitalista; y por otra, por el régimen de plan económico. En este dominio se asistió a la asimilación de las conquistas ajenas y no a la creación de nuevas condiciones y potencialidades en tanto modelo de desarrollo viable para una economía periférica y anticapitalista.

Desde finales de la década de los 20, el modelo económico soviético frenó la especialización y la

introducción de nuevas técnicas, lo que impidió un uso racional de los recursos. Debido a la estructura vertical y voluntarista que se impuso al proceso productivo, el desarrollo de un sector iba en detrimento del otro, sin la debida integración entre ellos. En este esquema, las unidades productivas, lejos de ser autónomas, eran presas de la desmedida primacía de los criterios políticos sobre las necesidades económicas (otro punto de ruptura con los preceptos iniciales).

Dos datos ayudan a comprender lo que significa la idea anterior. A la altura de 1987, el país contaba con 3,6 veces más ingenieros que los Estados Unidos; pero con una productividad del trabajo comparativamente desfavorable. En igual período, fabricó 801 millones de pares de zapatos de cuero y los Estados Unidos solo 290 millones. No obstante, en este país no había escasez de zapatos, las tiendas ofrecían variedad y calidad, acompañadas de precios accesibles. En la Unión Soviética, formalmente había también muchos zapatos, pero en realidad nada digno de comprarse.¹⁷

Cada nueva sociedad nace de lo edificado por la anterior y la supera. Para Trotsky, esa era una de las dificultades fundamentales de la soviética, pues esta tenía «que resolver los problemas de la producción y de la técnica que el capitalismo avanzado [había] resuelto [hacia] largo tiempo». Partiendo de esta premisa, no podía hablarse, como hacían los dirigentes del Kremlin, de una etapa socialista en el proceso soviético.

Como resultado, la Unión Soviética presentaba una estructura comercial propia de países subdesarrollados. Era exportadora de materias primas y combustible e importadora de productos industriales y de alta tecnología, rasgos que sin duda la colocaban en una posición desfavorable según la correlación de fuerzas del mercado mundial, y la hacían dependiente de otras potencias. Se calcula que en 1986 la Unión Soviética había acumulado una deuda externa próxima a los 41 mil millones de dólares.

Aparejado a ello, la utilización, en general, del salario igualitario suprimió el estímulo individual en la producción de bienes y servicios, lo que representó un obstáculo para el desarrollo de las fuerzas productivas

y a la postre influyó en la socialización de la pobreza. No comprendieron que el socialismo, lejos de suponer la pobreza, implica eliminarla.

Durante el período soviético, las estadísticas referentes a los salarios estuvieron embozadas por una densa bruma, lo que resultó contradictorio al tratarse de un «Estado obrero», y de estar este tema en la médula de los intereses vitales de los trabajadores. Los datos permitirían un análisis objetivo de esa situación; por paradójico que sea, eran más accesibles en cualquier país capitalista, amén de los intereses de clase que justificarían otra cosa.

En resumen, hubo un estancamiento de las relaciones de producción capitalistas, no su superación, en nombre de estructuras y relaciones productivas que supondrían la existencia del socialismo, incluso cuando se hubiera propiciado la coexistencia de estructuras mixtas. Dentro de este esquema, los obreros continuaron disociados de los medios de generación de riquezas. No se convirtieron en dueños reales de estos, debido a que los elementos burocrático-administrativos los mantuvieron distanciados de la propiedad efectiva. En esa dinámica, la nueva organización de la producción, pretendida como socialista, tuvo un carácter formal.

La adulteración del objetivo socialista estuvo en identificar la estatalización de la propiedad con la socialización, limitándose así la complejidad y profundidad de lo que Marx había entendido como superación del modo de producción capitalista.¹⁸ Esas verdades fueron más poderosas que los logros, también muchos, en aspectos sociales concernientes al nivel educacional, de instrucción, los avances en salud y seguridad social, así como en los resultados en la actividad científica. La producción de alimentos, viviendas, vestidos, además del tiempo libre fueron proporcionados a la población en menores niveles que los países occidentales, bajo la concepción de los mínimos que permitía el modelo; a pesar de lo cual los niveles de distribución social fueron superiores y se alcanzaron resultados no vistos con anterioridad en la historia, gracias a los beneficios de la economía planificada.

Pero de lo que se trata es de distribuir la riqueza, no la pobreza. Por tanto, la bondad y novedad de un mecanismo de distribución social no sirve de mucho cuando está desconectado de la generación social de recursos que lo hagan operativo y lo validen. En esa contradicción funcional entre la pobre generación de riquezas y, por consiguiente, su deficiente distribución, estuvo la base del socialismo «de carencias» que tipificó al modelo soviético.

En materia política no se superó al capitalismo. No se dio paso a un mecanismo más eficiente de participación ciudadana en la toma de decisiones en

los distintos espacios de realización, ni siquiera en el debate respecto a la conformación de estas. El modelo autoritario aplicado en la Unión Soviética y su expansión mimética a otras experiencias, obnubilaron el intento de un verdadero poder del pueblo, no ya como fuerza motriz en la toma del poder, sino como sujeto activo en su reproducción. La monopolización del poder por el Partido-Estado negó los avances que, mediante sus luchas, los oprimidos habían logrado dentro del capitalismo en diferentes niveles y períodos, incluida de modo imprescindible la propia experiencia de los soviets, que pasaron de órgano espontáneo de lucha de las masas a adquirir funciones de Estado.

La lenta muerte de Octubre comenzó cuando los soviets pasaron a ser un espacio decorativo dentro del sistema político soviético. Con el advenimiento del estalinismo dichos principios fueron destronados y la oportunidad de lograr la participación política de las masas —incluyendo los mecanismos de movilización, real y autónoma— fue cercenada. En ese proceso, las organizaciones políticas y de masas sufrieron una considerable atrofia que generó un tipo específico de cultura política entre los ciudadanos soviéticos en general, y entre los trabajadores en particular.

Como esencia del déficit democrático de esta práctica, el esquema de un solo partido capitalizó un concepto único de verdad que no tenía canales reales de interrogación con sujetos políticos ajenos al propio partido. En el proceso de tergiversación de la práctica política inicial de los bolcheviques, de interlocutor con mayor desarrollo ideológico real, legitimado y desarrollado, el PCUS pasó a ser censor y árbitro.¹⁹ La conversión de la necesidad en virtud, como temió Rosa Luxemburgo, explica el tránsito del partido único de medida coyuntural (1921) a rasgo esencial del sistema consagrado constitucionalmente.

Como elemento distintivo del modelo político soviético desde la etapa de Stalin y hasta los últimos años de existencia de la Unión Soviética, el sistema requirió una extrema supremacía del Partido Comunista, mediante la supresión de todas las fuerzas sociales que no estaban controladas y subordinadas a él, o al menos de sus posibilidades de acción. El Partido fundió en su actividad práctica al aparato administrativo y sus instituciones, se hizo del gobierno y cumplió las funciones de este, razón por la cual se le conoce como el partido-Estado.

En la sociedad política y civil no hubo una instancia de carácter masivo fuera del alcance del partido-Estado; todas eran reproductoras de sus dictámenes políticos y seguían al pie de la letra sus directrices, sin que hubiera el más mínimo asomo de presión o contraposición al sistema. Indiscutiblemente, fueron dispositivos efectivos

de control político, en vez de funcionar como fuerzas autónomas de la sociedad civil. Se violentó de manera errática y costosa la función social del partido y el Estado dentro de la sociedad en edificación.

Esta práctica dio como resultado que durante las décadas de poder estalinista, los órganos y las instituciones estatales se convirtieran en simples ejecutores de las directrices centrales sin ser responsables de lo que sucedía en el proceso productivo y político; de ese modelo afloró el autoritarismo de «los de arriba».

El PCUS fue un instrumento de control social. El tema de pertenecer a la organización política no solo era necesario a quien pretendiese hacer «carrera política», sino a todo ciudadano que aspiraba, desde el más diverso puesto profesional, a ascender y tener éxito en la rama en la que laboraba. Puestos de trabajo, cargos, reconocimientos y otras valoraciones que debieran estar sujetas a la calidad profesional, al talento, al aporte social, eran cautivos de la pertenencia al partido, y a la tenencia del «carné», lo que sin duda favoreció, en muchos casos, las ventajas de la mediocridad y el oportunismo frente a la virtud y el talento.

En resumen, los elementos esenciales del modelo político erigido por la burocracia soviética fueron: a) la centralización estatal extrema; b) la deformación de la función del partido en la sociedad; c) la capacidad de decisión sobre todos los aspectos de la sociedad en manos de una reducida élite; d) la inmovilidad de los conceptos, dada la atrofia del pensamiento social crítico; y e) la anulación de los criterios divergentes, incluso mediante la violencia. Por tanto, tampoco en materia política superó al capitalismo.

Una muestra de ese catastrófico desatino fue intentar diluir la individualidad en un colectivo cada vez más abstracto, con marcado irrespeto hacia lo distinto, esquematizar un modelo de ciudadano recio, inflexible, como si un hombre nuevo pudiera realizarse por decreto. Todo esto tuvo de fondo una concepción demasiado simplista del hombre, que ignoraba completamente la psicología y sus modificaciones en atmósferas diversas.

Otra prueba aberrante de esta práctica fue el espíritu de autocritica —otra deformación del ideal inicial— a la que se sometían individuos e instituciones. Siempre y en todas partes, la autocritica se limitaba a los organismos de ejecución de la escala inferior, los que se vituperaban como indignos de los organismos superiores de decisión. El método era efectivo, pues distrajo durante décadas la atención a los problemas estructurales y de principios que presentaba el régimen, y ponía en manos de las masas la «solución» a problemas de baja escala, más bien a solucionar consecuencias mientras las causas permanecían intocables.

La unidad poder-verdad que tipificó al régimen soviético tuvo nefastos resultados. La falta de diálogo y de construcción conjunta, en lugar de las cuales prevaleció la revelación de justezas en el discurso oficial y la adecuación de los planteamientos que lo sustentaban, trajeron como consecuencia un profundo resentimiento hacia valores antes compartidos, desesperanza en la posibilidad de influir en el cambio, y apatía desmovilizadora.

Tampoco se trata de asumir el debate como vehículo de escape en espacios periféricos a las decisiones políticas, sino como revelación de las distintas aristas de la verdad, entendida como proceso permanente de penetración en el complejísimo mundo social contemporáneo y su transformación. La cultura sin participación se atrofia y genera contradicciones contraproducentes a las posibilidades de cambio del sistema. En los años 80, la experiencia soviética tuvo como corolario que la población supiera lo que no quería, pero no lo que quería. Se desató una fuerza destructiva que, lejos de cobijar la reflexión y el diálogo, se convirtió en lo que algunos sociólogos catalogaron como «histeria colectiva».

Después de la muerte de Lenin no solo su cuerpo fue embalsamado (símbolo nefasto de lo que fue luego la Unión Soviética), sino su pensamiento, que se enclaustró en manuales en aras de adoctrinar a las masas analfabetas rusas. Consecuentemente, el marxismo se desnaturalizó y se esgrimió como una doctrina rígida, inmutable, justificadora más que aclaradora. El pensamiento social se metió en una camisa de fuerza, impidiendo la confrontación con otras corrientes (de modo científico) y el propio enriquecimiento de las teorías desarrolladas por Marx. Se cercenó el carácter científico de la teoría —valga decir, su inmanencia— y se asesinó el espíritu de la Gran Revolución de Octubre.

Pensar de otra manera era un peligro para los privilegiados del «socialismo soviético». Su dirigencia no solo reveló incapacidad para mantener con vida el espíritu revolucionario en el proceso de enfrentamiento a las circunstancias históricas en que interactuó, sino imposibilitó cualquier vestigio de pensamiento divergente, crítico, desafiante de la autoridad. Por esa razón, como ha señalado Jorge Luis Acanda, «la consigna de la libertad de pensar de otra manera le era indigerible».²⁰

Mientras la lógica del capitalismo se manifiesta en la concentración de la propiedad en pocas manos, a la par que socializa los sueños de alcanzar la prosperidad aun a quienes viven en las peores condiciones, es un hecho que, sin omitir su contralógica, devela eficiencia en el ejercicio hegemónico de la clase que sustantiva el sistema. Sin embargo, en la experiencia soviética se socializaron los bienes materiales y se privatizaron los

sueños,²¹ de ese modo se redujo a un grupo de personas la capacidad de construir la alternativa social.

Una visión de conjunto de las razones hasta aquí expuestas conduce a concluir que no existió una sustitución cultural en el nuevo sistema, pues no superó los aspectos distintivos del capitalismo circundante, ni superó lo que, paralelamente durante varias décadas, iba aconteciendo en Occidente como reflejo del desarrollo integral de la sociedad. Más bien predominó un sentimiento de anhelo y mimetismo por aquello que, producido fuera de las fronteras del país, implicaba mayor nivel de elaboración y de desarrollo, tanto en el ámbito material como espiritual.

La imposibilidad de las autoridades soviéticas de detener el bombardeo cultural dirigido desde Occidente fue un elemento que caló en los intereses del ciudadano corriente, en esa necesidad de consumo limitada por años, que se convertía en una alternativa no solo material, sino ética. Por otro lado, la propia dirigencia sentía esa tentación, y sus niveles de consumo diferían de lo que el discurso oficial apuntaba. Este tema se presenta desde los orígenes mismos del poder burocrático, cuya élite hizo un cambio de ropaje formal, pero en esencia mantuvo el espíritu ostentoso, acaparador y excluyente de la burguesía, y aspiraba, con recelo campesino, a los modos de vida del ciudadano occidental.

Otra de las lecciones fundamentales del proceso soviético fue que ninguna fuerza puede monopolizar el *know how* de la Revolución, ni poseer una infalible capacidad valorativa sobre cada expresión revolucionaria. El nivel de desarrollo de Rusia, la práctica revolucionaria en sí misma y la propia necesidad mundial de la Revolución, invalidaron la pretensión de construir el socialismo en un solo país (al menos a la usanza estalinista).

La experiencia de la política exterior soviética, en general, derivó en que los intereses de la revolución internacional y los intereses nacionales de la Unión Soviética se fundieran, lo que produjo importantes costos al movimiento emancipador y a la propia idea de la revolución socialista mundial, como único modo previsible de subvertir al capitalismo global.

En el plano teórico, intentaron homologar lo más posible las revoluciones posteriores con lo sucedido en Rusia, forzando similitudes, aun en los detalles, en procesos que diferían sustancialmente; lo cual, sin dudas, roía e inmovilizaba la teoría y la práctica de las revoluciones.

En cualquier caso, quedó demostrado que se puede comenzar la revolución socialista en un solo país, pero no concluirla en esas condiciones. Sin dudas, las experiencias particulares son el nutriente constante para

el proyecto emancipador global a partir del objetivo de eliminar el dominio burgués en todas sus dimensiones.

Aunque se establecieron nuevas estructuras económicas, nuevas tendencias políticas y éticas, de manera relativamente programadas, no hubo una sustitución histórica real. Esto hizo posible que, al menor descuido de los «preservadores del régimen», las fuerzas del capitalismo, subyacentes por décadas, vieran la luz y se adueñaran del poder político para cambiarlo todo a su alrededor. En realidad, el modelo soviético no solo fue incapaz de revertir el sistema antagónico, sino también de resistir a su desafío económico y tecnológico.

El cambio de las formas institucionales, la simulación de valores nuevos en el discurso patentizador, y el recurso evocativo del porvenir como hecho, validaron el criterio de que «es infinitamente más peligroso confundir el presente con el futuro en política que en gramática».²²

Al ubicar la experiencia soviética en el pretérito, intento por establecer una sociedad libertaria, desde la modernidad se divisa la disyuntiva —como lo destacó Hal Draper— entre *socialismo desde arriba* y *el socialismo desde abajo*. Se trata de una de las claves explicativas del fracaso soviético que merece una mayor atención, no asumida en estas páginas más que como enunciado. El propio Draper apuntó que «la historia del socialismo puede leerse como un continuo, pero repetidamente fallido esfuerzo para liberarse de la vieja tradición de la emancipación desde arriba»,²³ de lo cual dio cuenta la quiebra del potencial de los soviets frente al partido único de la burocracia.

Desde este punto de vista, la lucha por el socialismo —que implica no la sustitución sino la superación del modo de producción capitalista— adquiere una demanda histórica inmanente: *el socialismo desde abajo contra el socialismo desde arriba*, una exigencia más verificable a la luz del acontecer estalinista. En otros términos, los trabajadores rusos en particular y los ciudadanos soviéticos en general, dado el mecanismo sistémico erigido en su nombre, no fueron los creadores de su propia emancipación.²⁴

A la vuelta de la historia, como resultado totalizador del sistema y la concepción estalinistas, se reiteró la conducción política en nombre de los oprimidos, sin la participación directa y creciente de estos. Marx develó este problema como un desafío esencialmente revolucionario:

Los trabajadores del mundo han esperado durante demasiado tiempo que algún Moisés les conduzca fuera de su cautiverio. Tal Moisés no ha llegado ni llegará. Yo no os sacaré de él, aunque pudiera, pues si pudierais ser sacados, también podríais ser llevados de nuevo a él [como sucedió

a partir de 1991 en la URSS]. Yo aspiro a convencerlos de que no hay nada que no podáis hacer por vosotros mismos.²⁵

Subrayar

El socialismo soviético posterior a Lenin no fue una alternativa válida, articulada y viable al capitalismo, porque la burocracia usurpadora no era, ni podía serlo, portadora de una ideología superior, de un proyecto cultural, entendido como instrumental quirúrgico para realizar la nueva sociedad o crear las condiciones para lograrla. Esta es una de las claves históricas que explican el fracaso de la transición soviética al socialismo.

Los hombres que se hicieron del poder no eran los comunistas reflexivos y cultos que Lenin previó como materia prima imprescindible para afrontar y vencer el gran reto histórico que Rusia asumió en 1917. En realidad, su práctica política constituyó una ruptura con ese principio. Estos hombres, paulatinamente extendidos en la sociedad y convertidos en el sector dominante, resultaron un subproducto de la revolución y revelaron su incapacidad para timonear la historia rumbo a la creación del socialismo.

Los trabajadores rusos fueron despojados del poder que habían alcanzado desde sus luchas; su participación política no se hizo efectiva. Para la burocracia resultó necesario el proceso de restauración capitalista comenzado en 1991 como modo de mantener sus privilegios, en lugar de promover la articulación de mecanismos efectivos para el control de los trabajadores y la participación política de la población que atentaran contra sus intereses. Nunca se ha visto un proceso histórico en el que los sectores dominantes hagan una revolución contra ellos mismos. Los trabajadores rusos sufrieron una enorme atrofia política por los años de la dictadura de la burocracia, caracterizada por la incapacidad para articular sus propios intereses mediante la organización consciente y poder realizar una revolución política desde abajo.

Las condiciones que dieron origen a la Revolución de Octubre, si bien se han modificado en sus formas, no han desaparecido, y el capitalismo muestra su incapacidad para resolverlas. A pesar del resultado final y las encrucijadas del intento, la experiencia soviética no está concluida, pues la necesidad de cambio social radical desborda con creces los límites ruso-soviéticos.

Sigue en el orden del día la revolución anticapitalista, y más concretamente la revolución socialista. El fracaso de esta experiencia, originalmente emancipadora, no significa en modo alguno que, en otras condiciones históricas y con otros factores objetivos y subjetivos, el

resultado del proyecto socialista será el mismo, y mucho menos da crédito a la falsa convicción del carácter inviable de cualquier intento de sustituir el capitalismo por el socialismo.²⁶

No obstante la posposición de la transición al socialismo que los acontecimientos de la URSS imponen para Rusia y el resto del mundo, queda en pie el subversivo camino iniciado con el proyecto bolchevique, que subsiste bajo los escombros de la dictadura burocrática. En 1922, Lenin profetizó:

Puede ser que nuestro aparato estatal sea defectuoso, pero dicen que la primera máquina de vapor también era defectuosa. Incluso no se sabe si llegó a funcionar, pero no es eso lo que importa; lo importante es que se inventó. No importa que la primera máquina de vapor haya sido inservible, el hecho es que hoy contamos con la locomotora. Aunque nuestro aparato estatal sea pésimo, queda en pie el hecho de que se ha creado; se ha realizado la invención más grande de la historia; se ha creado un Estado de tipo proletario.²⁷

Notas

1. Christopher Hill, *La Revolución rusa*, Edición Revolucionaria, La Habana, 1990, p. 18.
2. Ted Grant, *Rusia, de la revolución a la contrarrevolución*, Fundación Federico Engels, Madrid, 1997, p. 108.
3. Ted Grant y Alan Word, *Lenin y Trotski, qué defendieron realmente*, Fundación Federico Engels, Madrid, tomado de www.engels.org.
4. Ted Grant, ob. cit., p. 118.
5. Término tomado del artículo de Alexei Goussev, «La clase imprevista: la burocracia soviética vista por León Trotski», tomado de www.herramienta.com.
6. El análisis respecto al tema de la burocracia tiene una de sus aristas más polémicas en sus vínculos o su autonomía respecto a otras clases. Para algunos autores, la burocracia no podía convertirse en elemento central de un sistema estable, pues solo era capaz de traducir los intereses de otra clase. En el caso soviético, se balanceaba, según este criterio, entre los intereses del proletariado y el de los propietarios. León Trotski fue uno de los mayores exponentes de esta visión. Por otro lado, algunos autores afirman que la burocracia no expresaba intereses ajenos, ni oscilaba entre dos polos, sino que se manifestaba como grupo social consciente, según sus propios intereses. Milovan Djilas es un referente importante para esta segunda visión, específicamente en su obra *La nueva clase*.
7. Vladimir I. Lenin. «Informe Político al undécimo congreso del Partido», *La última lucha de Lenin. Discursos y escritos, 1922-1923*, Pathfinder, Nueva York, 1997, p. 65.
8. Adriana D'Atri, «Un análisis del rol destacado de las mujeres socialistas en la lucha contra la opresión y de las mujeres obreras en el inicio de la Revolución Rusa», tomado de www.rebelión.org, 20 de octubre de 2003. En el artículo «Una gran iniciativa», Lenin da cuenta del sentido revolucionario de estas medidas como uno de los avances más importantes de la Revolución que validaban su rumbo comunista.

9. Hasta la muerte de Stalin, los servicios secretos de la URSS funcionaron con distintos nombres: Cheka, GPU, OGPU, NKVD, KGB, MGB. En 1953 se fusionó el MGB (Ministerio de Seguridad del Estado) con el MVD (Ministerio de Asuntos Interiores) y tomó el nombre de Komitei Gosudarstvennoi Bezopasnosti, la conocida y temida KGB.
10. León Trotski, «¿Qué es y a dónde se dirige la Unión Soviética?», *La revolución traicionada*, Pathfinder, Nueva York, 1992, p. 184.
11. Suzzane Labin, *Stalin el Terrible*, Editorial Huapes, S.A., Buenos Aires, 1947. p. 136.
12. Ted Grant, ob. cit., p. 398.
13. Vladimir I. Lenin, ob. cit., p. 204.
14. Ibídem, p. 210.
15. Ídem.
16. Dolores Vilá Blanco, «Las reformas y su lugar en la transición al socialismo», en *Teoría sociopolítica. Selección de temas*, t. I, Editorial Félix Varela, La Habana, 2000.
17. Abel Aganbeguian, «El ser humano y la economía», *Socialismo: Teoría y Práctica*, n. 4, Moscú, abril de 1988.
18. Jorge Luis Acanda, *Sociedad civil y hegemonía*, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, La Habana, 2002, p. 264.
19. Fernando González Rey, «Acerca de lo social y lo subjetivo en el socialismo», *Temas*, n. 3, La Habana, julio-septiembre de 1995.
20. Jorge Luis Acanda, ob. cit.
21. Frei Betto, «Mística y socialismo», *Casa de las Américas*, n. 185, La Habana, 1991.
22. León Trotski, ob. cit., p. 49.
23. Hal Draper, «Las dos almas del socialismo», tomado de www.marxists.org.
24. En el primer párrafo de los estatutos escritos por Marx para la Primera Internacional se lee: «La emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos» y este es el primer principio del conjunto de su obra. Citado por Hal Draper, ob. cit.
25. Ibídem.
26. Adolfo Sánchez, «¿Vale la pena el socialismo?», *El Viejo Topo*, n. 172, Barcelona, noviembre de 2002.
27. Vladimir I. Lenin, ob. cit., p. 70.

Las vías inciertas de la transitología

Michel Dobry

Político y profesor. Universidad de Paris X-Nanterre.

El propósito de este artículo es explorar algunos de los problemas que encuentran las ciencias sociales cuando se dan a la tarea de tratar de comprender o explicar los procesos que, por buenas o malas razones, se han dado en llamar «transiciones democráticas».¹ Sin embargo, su objetivo no es tan amplio. Más bien me limito a cuestionarme sobre los principios explicativos de estos procesos por investigadores que han intentado construir enfoques más o menos «adaptados» a ellos, y que aquí identifico como «transitología».

Si las conmociones experimentadas por las sociedades de Europa central y oriental a partir de 1989 han representado para la transitología una oportunidad y un campo de experimentación excepcionales, esta ha sufrido también, de retorno, un impacto del que no parece haber salido intacta. Al menos en apariencia, se ha tomado en cuenta algo importante en el deslizamiento terminológico entre «transiciones» y «transformaciones». Si creemos a los teóricos de la *path*

dependence, el desafío sería depurar el análisis de estas conmociones de toda tentación o residuo de interpretación teleológica.² Discutiré más adelante el alcance de esta reivindicación. Pero diré que las perspectivas de la *path dependence*, afirmadas en el terreno empírico de las transiciones de 1989 en Europa central y oriental, siguen estando próximas a la primera ola de la transitología, la clásica, que ha elaborado sus sistematizaciones teóricas a partir de las experiencias sudamericanas y de Europa del Sur. En esta última ya aparece la misma fascinación por las vías mediante las cuales estas sociedades se han desprendido de los sistemas autoritarios (*extrication path*, lo que traduciré como «vías de desprendimiento») y la misma fe en que esas vías son determinantes, es decir, en su poder explicativo.

Entenderé aquí por «transitología» una gama de perspectivas diversificadas, incluyendo las de un número de autores que quizás no aceptarían muy gustosamente que se incluyan bajo una etiqueta que han denunciado de manera explícita y vigorosa. Las diferencias entre las dos perspectivas antes citadas a menudo son reales. De una parte, tienden a ciertos aspectos de la especificidad histórica de las «transformaciones»

Ensayo aparecido originalmente en *Revue Française de Science Politique*. Agradecemos al autor su autorización para publicarlo en *Temas*.

ocurridas en Europa central y oriental, en particular la simultaneidad de las transiciones políticas y económicas, de ahí el interés de muchos investigadores por apearse al enfoque de la *path dependence* para la emergencia de una economía de mercado. De otra, los trabajos apegados a una de las dos perspectivas son en extremo diversos y sería artificial atribuirles una problemática homogénea.

Creado por los «transitólogos» de la perspectiva clásica, el término «transitología» no tiene, a mi juicio, ningún contenido peyorativo. Lo utilizo aquí solamente por comodidad, sin ninguna voluntad de ignorar las diferencias que se pudieran oponer a los enfoques así agrupados. Pero para tratar de responder a las cuestiones mencionadas en este artículo, necesitare ir más allá de las reivindicaciones y de las estrategias de distinción llevadas a cabo por los defensores de sus perspectivas, y aceptar los diferentes enfoques en sus maneras de afirmar la especificidad teórica de los procesos analizados, en aquellos que fundan su pretensión a un tipo de explicación adaptada a esta especificidad, y por último, en lo que representa su pretensión teórica y empírica.

Así serán abordados varios problemas que, al ser examinados, llegan a constituir algunas de las dificultades más recurrentes de la transitología en su conjunto —las que tratan de justificar las transiciones a la democracia y/o las que describen el paso a las economías de mercado. Se verá que a menudo, esas dificultades no son del todo, específicas: las más importantes regresan a las opciones metodológicas «fuertes» y a maneras particulares de prever la causalidad histórica o, mejor, de construir la «intriga histórica».³

Para la discusión, revisaré cuatro conjuntos de problemas⁴ que tiene que ver con los siguientes puntos:

- Las dificultades relacionadas con el presupuesto de justificar las transiciones consisten en identificar las *vías o secuencias históricas* que serían típicas y podrían asociarse a puntos de conclusión o resultados propios —por ejemplo, una democracia consolidada. Extrañamente, esta tentación persiste incluso en los trabajos que optan por un análisis de estos procesos en términos de las «opciones estratégicas» de sus protagonistas.
- El peso de la *determinación del pasado*, que se supone debe contar, y *la manera en que cuenta*. Especialmente en los enfoques de la *path dependence*, estaremos ante una inesperada ambigüedad que conduce a dos problemas complementarios: el primero, cómo se selecciona, separa y concibe el pasado pertinente, que se supone determina y alimenta el proceso de transición o de transformación; y el segundo, qué tipos de «imaginarios causales» entran en escena para justificar la marcha histórica de estos procesos.

- Las «bifurcaciones» históricas (*critical junctures*) observables, o al menos supuestas, en el curso de esas evoluciones, equivocadamente asimiladas —y esta vez se trata del conjunto de los principales enfoques de la *transitología*— como coyunturas críticas o grandes acontecimientos. En relación con esta manera de pensar, está «la marcha de la historia» según la entienden algunos de los autores más importantes de la transitología clásica: la tentación de un *excepcionalismo metodológico* para justificar las transiciones; es decir, la tentación de su aprehensión prioritaria o exclusiva, en términos de opciones estratégicas de los actores de estos procesos.
- Finalmente, la cuestión del sistema democrático *consolidado*, que no debe confundirse con el proceso de transición en sí.⁵ Una de las mayores fuentes de dificultades que presenta la transitología reside en el uso —a primera vista seductor, pero incontrolado y posiblemente esencialista— de la idea de incertidumbre como característica definitoria de la democracia.

¿Trayectorias históricas típicas?

La idea que aparece de manera más espontánea en la mente de quien quiera explicar y construir una «teoría de las transiciones» es la de una o varias secuencias, caminos o trayectorias históricas que serían características de fenómenos distintos. Esta opinión presentaría, aparentemente, inmensas ventajas. Hace posible un análisis comparativo, por ejemplo, a la manera de la «historia natural de las revoluciones», para identificar «uniformidades» recurrentes, articuladas usualmente en una «secuencia de etapas», como «liberalización-democratización-consolidación», mediante el conocido «método de las similitudes y de las diferencias». Tiene otra ventaja: la posibilidad de proponer un recuento histórico plausible, es decir, que relacione un punto de partida, un origen⁶ —por ejemplo, cómo sería la división en el seno de las élites dominantes— y con un punto de llegada de la secuencia, tal en el caso de una democracia inestable, o por el contrario, autosostenida (*self-sustaining*). Otro beneficio aparente sería que, por oposición a lo pretendido por Theda Skocpol en su crítica de la «historia natural», y en contraste con su propio enfoque de «análisis histórico comparativo»,⁷ dentro de tal perspectiva nada excluye *a priori* los lazos de causalidad que puedan enlazar las diferentes etapas, fases o «uniformidades». De la misma manera que en la «historia natural» de las revoluciones, la competencia entre «moderados» y «radicales» constituye visiblemente una causa de la emergencia de un «doble poder», el análisis de las transiciones puede traer a la escena las

relaciones entre «moderados» y «radicales» y la competencia entre ellos para «explicar» el deslizamiento, de la fase de liberalización a la «democratización».⁸

La creencia en las secuencias típicas se acomoda bien —al menos en el plano teórico— con el rechazo al fatalismo y también, a veces, con una visión propiamente heroica de las «grandes decisiones». Esta representación de las transiciones mediante vías «en forma de árbol», con enlazamientos y opciones decisivos, salvaguarda sin embargo lo esencial: *a cada tipo de resultado corresponde una trayectoria histórica típica* y el resultado al que conduce esta trayectoria se concibe como la consecuencia de su especificidad.

Es necesario reconocer, sin embargo, que la «tentación de la historia natural» se ha enfrentado, al menos en algunos de los trabajos fundacionales de la transitología clásica⁹ con una atención escrupulosa a la realidad histórica de estos procesos. Si bien los autores principales de *Transitions from Authoritarian Rule* tenían en mente, como «modelo» teórico, la conceptualización propuesta por Juan J. Linz y Alfred Stepan¹⁰ sobre los procesos de «ruptura» (*breakdowns*) de los sistemas democráticos, tendieron a soslayar el objetivo central afirmado por Linz: identificar una organización secuencial común (*a patterned and sequential character*) en los procesos analizados. Es un error, en las ciencias sociales, ignorar lo que podría llamarse «resultados negativos» o «falsificaciones» de las investigaciones. Este «fracaso» constituye, por el contrario, un resultado muy estimulante, y quizás incluso el más importante en este conjunto de estudios.

A pesar de ello, la imagen de las trayectorias o caminos históricos típicos afecta y limita todavía a una gran parte de la transitología; así ocurre en particular con el deseo de discernir una vía ideal de la evolución de la democratización. Los «dilemas», «problemas» o «desafíos» de la democratización no debieran ser enfrentados al mismo tiempo, sino de manera secuencial. Ciertamente, aunque no se ha afirmado que la vía ideal sea la única posible, la proposición conlleva un corolario cargado de implicaciones: las oportunidades de la implantación «conveniente», autosostenida o sostenible de la democracia en una sociedad dada serán evaluadas bajo las diferencias observables en relación con esta vía ideal.¹¹

Estas diferencias pueden derivarse de contenidos distintos: desde el choque frontal entre diferentes «desafíos» —como el tránsito simultáneo a la democracia y a la economía de mercado—, y los ritmos de cambios (el pesimismo de algunos trabajos de la primera ola de la transitología aplicada a los países de Europa central y oriental viene, en parte, de ahí) hasta la «ausencia» de una clase de empresarios o una verdadera burguesía.

Todo eso aproxima extrañamente al *mainstream* de la transitología con una tradición de análisis de la que, en principio, tienden a distinguirse muchos de sus numerosos promotores: la del desarrollo político», o la «modernización».¹²

No será necesario extenderse aquí sobre la debilidad de las razones que llevan a «comprender» o «explicar» las transiciones mediante trayectorias históricas típicas. Lo esencial en esta perspectiva es la tendencia, no siempre consciente, de intentar explicar la especificidad del punto de llegada del proceso de transición mediante la trayectoria o la secuencia histórica seguida. Comprender o explicar equivale aquí a utilizar, a pesar de la representación de los puntos de ramificación o de las decisiones estratégicas «fuertes», una forma de determinismo histórico bastante rudimentaria, que relaciona este tipo de construcción de la «intriga» histórica con tradiciones más comunes del historicismo; es decir, con aquellos que solo admiten los vuelcos de un fenómeno dado hacia otro que pueda producirse solamente *al margen, en deslizamientos locales* o en transformaciones de *amplitud débil*, o para decirlo como Paul Veyne, que las «pequeñas causas puedan tener grandes efectos».

Explicar las transiciones, y sobre todo sus resultados mediante las especificidades de las trayectorias históricas, tiende a inducir en los investigadores, incluso en quienes están prevenidos contra el sesgo teleológico, la búsqueda de algo no muy lejano a *una ley de desarrollo histórico*. Ello se observa incluso cuando, a diferencia de ciertas formas clásicas de la «historia natural», no se inscribe el futuro de estas trayectorias históricas en los «códigos genéticos»¹³ de las sociedades estudiadas o en las «precondiciones» de estos procesos. Estos rasgos están presentes en una parte de los trabajos típicos de la transitología en proporciones variables y bajo formas diversas, pero siempre con efectos parecidos.

La lógica y la historia

Otro ejemplo de pasos y de esquemas explicativos aplicados para aprehender las transiciones deberían permitirme a la vez precisar el alcance de la discusión emprendida con anterioridad y, simultáneamente, mostrar la imposición de las dificultades que tiende a delimitar: su interés por la discusión parte de que se sitúe en una tradición de búsqueda que pueda ser inesperada aquí, tradición que *a priori*, reivindica una gran desconfianza de cara a paradigmas «deterministas»; a saber, el análisis en términos de opciones estratégicas de los actores.

Los transitólogos que de esta manera creen conjurar el «fatalismo» o el «determinismo», no hacen sino

Los valores o las culturas están lejos de tener, en las transiciones a la democracia, el lugar central que a menudo estamos tentados de atribuirles, sobre todo en las transiciones eurorientales, donde las democracias son construidas por actores que no necesariamente creen en sus valores.

reforzar la hipótesis historicista —haciendo de cada resultado la conclusión de una trayectoria histórica que les es propias— por otra hipótesis: la que tiende a sobreimponer, a las diversas trayectorias supuestas, transiciones de secuencias ordenadas o trayectorias *lógicas* de puntos de bifurcaciones (los puntos donde los actores están confrontando «las grandes decisiones»), secuencias o trayectorias ataviadas desde ahora de todas las galas de la necesidad histórica.

Esta imbricación de un análisis en términos de opciones estratégicas de los actores de las transiciones y de las secuencias históricas ordenadas «en árbol», pero tomando la forma de las leyes de desarrollo histórico, que puede ilustrarse mediante la conceptualización de Adam Przeworski sobre «las situaciones estratégicas» características de las transiciones, conducentes a las democracias automantendidas (*self-sustaining democracies*).¹⁴ Aquí tampoco se postula ninguna necesidad histórica —al menos, a primera vista— entre los puntos de partida de las transiciones, las rupturas (*breakdowns*) que afectan a los regímenes autoritarios, y los puntos de conclusión de estos procesos. Como para la mayoría de los trabajos sobre las transiciones, la democracia autosostenida solo se concibe como un resultado particular entre una pluralidad de resultados posibles. De manera aún más clásica, se distinguen varias fases sucesivas en estos procesos de transición, entre ellos, la de liberalización del régimen autoritario, la de democratización, o de transición en un sentido estrecho, y una tercera, de consolidación, en donde deben institucionalizarse ciertos rasgos fundamentales que hacen de un sistema democrático una democracia autosostenida (la institucionalización de los conflictos económicos, la imposición del control de los responsables políticos sobre las fuerzas armadas, etc.). Ciertamente, todo esto no es obvio, por la razones antes apuntadas, pero también porque no es tan fácil como desglosar, con algún rigor, en ciertos procesos de transición en Europa central y oriental (piénsese, por ejemplo en el caso de Checoslovaquia, o incluso en casos tan disímiles como Rumania) una fase de liberalización que anuncie una de democratización realmente distinta.

El punto más importante para la actual discusión es que tengamos que ver con *una, y solo una única* trayectoria

o secuencia histórica de las situaciones estratégicas que desembocan en una posibilidad de transición hacia una democracia autosustentada (*self-sustaining democracy*).

Se quiera o no, estamos en presencia de *una vía única*. La necesidad reside en el camino que recorrer para llegar a este resultado particular, y no a un desarrollo histórico necesariamente inscrito en el punto de partida del proceso, en sus condiciones iniciales.

La perplejidad del lector crece, sin embargo, porque todo esto se prolonga por una especificación congruente con lo que acabamos de aludir en relación con los efectos posibles de los diferentes ritmos de la liberalización: «Ya sea que la liberalización dure algunos años, algunos meses o algunos días, el régimen y la oposición están enfrentados a la misma secuencia de opciones.¹⁵

Esta hipótesis pone la vara muy alta. Evidentemente, no puede sostenerse en un plano empírico, tratándose en particular de las transiciones en Europa central y oriental. Traduce igualmente algo fascinante para el propio análisis de las situaciones de opción: las temporalidades de los procesos analizados. En esta perspectiva quedarían sin efectos notables sobre los cálculos de los actores, sus anticipaciones, sus capacidades para orientarse, identificar las situaciones, aprender, evaluar la eficacia de sus golpes y de los demás protagonistas o evaluar sus recursos. Por otra parte, presupone, una teoría de la acción, o de la práctica, de las más mecanicistas. También en este sentido, presenta una plausibilidad limitada.

***Path dependence* y dependencia frente al pasado**

¿Qué ha sido, de cara a las dificultades señaladas hasta aquí, de los enfoques en términos de *path dependence* que han competido rápidamente, no sin éxito, en lo referido a las transiciones en Europa central y oriental, en la perspectiva de la transitología clásica? Se conoce que la problemática de la *path dependence* ha sido esbozada explícitamente por sus promotores como una *alternativa* a la transitología clásica o estándar, acusada de estar fuertemente marcada por un sesgo teleológico visible

hasta en el propio término de «transición». Es lo que ha justificado la sustitución de este término controvertido por la noción de «transformación» y, al menos en el plano de la terminología, hay que reconocer que la crítica tiene sentido.¹⁶

Sin embargo, la ruptura reivindicada no solo se situaba en torno a la cuestión de los puntos de llegada de los procesos de transición; abordaba también la visión, inicialmente bastante extendida, de las sociedades de Europa central y oriental —surgida de los derrumbes de los sistemas de dominación de corte soviético— como «no sistemas», «sociedades amorfas», «vacíos institucionales» o, en un plano un poco diferente, de *genesis environments*, en tanto que estos Estados permitían suponer que todo podía salir de ellos —según algunos para mejor y según otros para peor—; que estas sociedades «habían hecho tabla rasa del pasado», y que este realmente no tenía efectos de determinación y que esas sociedades especialmente (es aquí donde se sitúa, probablemente, el blanco principal del ataque) por su carácter, ya amorfo, podían sin exceso de obstáculos constituir excelentes terrenos de ejercicios para un capitalismo *by design*, sin frenos, sin restricciones y sin atender las particularidades históricas de estos terrenos.

Poco importa que el conjunto de críticas provenientes de los promotores del enfoque de la *path dependence* haya estado justificado en todos los casos. Mi argumento es que la ruptura con la transitología clásica —al menos en lo que se refiere al problema discutido, la interpretación de las transiciones y de sus resultados a partir de las trayectorias o secuencias históricas conducentes a estos resultados— no es tan clara como se afirma. En cuanto a las transiciones eurorientales, la variante más significativa del enfoque de la *path dependence* (esa que yo llamaría, en la continuación de este texto, la «dominante»), ha sido sistematizada por David Stark y Lazlo Bruszt.¹⁷

Esta dependencia, en relación con el pasado, parece tomar la forma de dos series de factores defasados en lo analítico, pero estrechamente vinculados en los procesos reales:

- Por una parte, de elementos «heredados» de los sistemas preexistentes, sobre todo sus formas y recursos organizativos, redes sociales informales, lazos de solidaridad, capitales sociales, hábitos o rutinas de los propios actores. La hipótesis típica, y para mí, si no muy original, sí productiva, es que: «lo nuevo no viene de lo nuevo —o de nada— sino de una reconfiguración o remodelaje de los recursos existentes [...] Es la razón por la que la transformación se parecerá más a la adaptación innovadora, que

combina los elementos en apariencia disímiles de la carpintería —más que un plan de arquitecto».¹⁸

- Por otra parte, el «pasado», dotado de un efecto de determinación, reviste igualmente otro rostro, no solamente el de estas «sobrevivencias» y estos rezagos emergentes de la sociedad antigua, sino de la particularidad, en cada uno de los países concernidos, de vías de desprendimiento del sistema preexistente, concebidas como «dependientes» de los puntos de partida de estos procesos; es decir, de las características propias de cada uno de estos sistemas preexistentes (de lo cual la transitología clásica no se habría desinteresado hasta ese punto).

En la diferencia entre estos caminos o trayectorias, en las diferencias entre las combinaciones de elementos heredados del pasado, se encuentra la fuente de otra proposición teórica: en Europa central y oriental no hay un proceso unitario y homogéneo de transición, sino una *pluralidad de transiciones*, dependientes cada una de las particularidades locales,¹⁹ de las dos series de factores *subsumidos* bajo la noción de *path*. La sobrevivencia del «pasado» obedece a especificidades locales (y, subsidiariamente, hay por consiguiente trabajo para los especialistas en estas áreas culturales).

Si no es seguro aún que esta proposición se aleje más de lo que piensan los promotores del enfoque de la *path dependence* de las formulaciones de la transitología clásica,²⁰ esta supone un aspecto todavía más decisivo. La particularidad de cada una de las secuencias locales de «desprendimiento», de cada uno de las vías (*path*) seguidas, está llamada aquí a explicar su conclusión particular, su resultado particular.

Es el camino seguido el que determina a la vez este resultado y sus diferencias con otros: ya no se trata de explicar el tránsito a la democracia o a la economía de mercado, sino a tal tipo de democracia y/o a tal tipo de economía de mercado. En lo referido a las formas institucionales que toman los procesos de privatización en Europa central y oriental, tiende a afirmar que las diferencias muy contrastadas entre las estrategias de privatización en la República Checa, Hungría, Polonia y Alemania del Este, solo podrían hacerse inteligibles²¹ si se relacionan con las diferentes vías de desprendimiento de los sistemas comunistas:²² las dos «revoluciones negociadas», en Polonia y Hungría, contrastan entre sí por la amplitud del compromiso institucional inicial en Polonia, con importantes garantías para los responsables del «antiguo régimen», en particular la presidencia. Mientras en Hungría los comunistas reformistas aceptaron rápidamente la competencia electoral abierta y directa, en Checoslovaquia la rápida capitulación de los detentores del antiguo régimen no se corresponde con el proceso de Alemania Oriental, más cercano a

una especie de «colonización» de parte de la administración estatal y el personal político de la República Federal de Alemania.²³ Esto puede formularse de otra manera: en esta visión de la «dependencia» del resultado respecto a la trayectoria está presente una concepción de la causalidad, de la «marcha de la historia» y de la necesidad histórica que merece ser interrogada. Al analizar esta concepción nos percataremos de que no está exenta de ambigüedades que limitan su alcance explicativo. La cuestión es amplia y compleja y, en algunos aspectos, sobrepasa el mero análisis de los procesos de transición.

Critical junctures y coyunturas críticas

Es necesario subrayar, de entrada, lo siguiente: la trasposición de los análisis en términos de *path dependence* de la ciencia económica hacia la ciencia política o la sociología, está marcada por una inflexión considerable y probablemente, para muchos autores, absoluta, o en el mejor de los casos ampliamente incontrolada. Esta inflexión ha tomado la forma de puesta en escena, en el marco del proceso de *path dependence*, de lo que ha sido identificado rápidamente en la literatura con la etiqueta ambigua de *critical junctures*.

Para la mayoría de los autores, esta inflexión consiste primero en la evacuación, en general poco convincente, del «pequeño acontecimiento histórico». Se le reemplaza, rápidamente, sin siquiera tratar de justificar este modo de construcción de la «intriga» o del «recuento histórico», por acontecimientos o procesos visiblemente a la altura de lo que estas *critical junctures* están llamadas a haber producido —sobre todo en lo que se refiere al análisis de las «transformaciones» en Europa central y oriental—, las vías de «desprendimiento» del antiguo régimen, y con el «pequeño acontecimiento histórico» desaparece simultáneamente el *azar*. Dicho de otra manera, la concepción de un acontecimiento llamado a dar una ventaja inicial o que estimule el proceso en una dirección dada, tiende a reforzar el tipo de visión del determinismo histórico antes señalado.

Un segundo aspecto de la inflexión: casi siempre el acontecimiento que da una ventaja inicial es asimilado sin gran vacilación a una *situación de opción* para sus diferentes actores, exactamente la manera en que los autores afiliados a la transitología clásica, como A. Przeworski, teorizan las bifurcaciones.

Finalmente, el tercer aspecto de la inflexión: la equivalencia rápidamente postulada entre los eventos iniciales, las *critical junctures*, y los períodos, situaciones o, mejor dicho, *las coyunturas de crisis*, que se pueden llamar también «coyunturas críticas». Desde luego, esta

confusión tiene una estrecha relación con la tentación de moderar los acontecimientos; está igualmente vinculada a los esquemas de pensamiento que vehiculan subrepticamente las categorías de lenguaje ordinario (el imprudente e ingenuo argumento etimológico no está lejos: las raíces griegas de *crisis* remiten a discriminación o decisión). Pero para desestabilizar nuestras certidumbres espontáneas sobre la legitimidad de esta equivalencia basta, con plantear la cuestión de saber si todas las «grandes crisis» y todas las coyunturas críticas, constituyen necesariamente *critical juncture* en el punto de partida del proceso de *path dependence* del tipo de los que nos interesan aquí.

Incertidumbre, «anormalidad» y consolidación

Contrariamente a las concepciones sistematizadas por Przeworski, *la incertidumbre no es más la esencia inmutable de las transiciones, como tampoco lo es de la democracia*. Es una variable, en particular, en función de las coyunturas; es decir, especialmente de la sectorización de los juegos políticos de la transición. Los procesos de transición húngaro y —al menos a partir de 1988 y 1989— polaco, han permanecido durante períodos significativos relativamente sectorializados. Esto ha dado a los protagonistas de estas «revoluciones negociadas» la sensación de controlar mínimamente, en ciertos momentos, estos procesos. Este no fue el caso, en 1989, de las transiciones en la RDA, Checoslovaquia o Rumania. En estos últimos casos, estamos en presencia de irrupciones bruscas y amplias, de una incertidumbre que debe ser calificada de estructural, en el sentido de que tiene como resorte mayor las transformaciones de las relaciones entre diversos sectores o campos sociales diferenciados, entre los cuales, *en todos estos casos se encuentran los sectores militarizados*. Pero para captar esta *plasticidad de las estructuras*, su sensibilidad a las movilizaciones, a lo que hacen los actores sociales, hay que poner a distancia las delicias de la oposición objetivismo-subjetivismo y renunciar a pensar las coyunturas críticas en términos de patología o de «anormalidad»... incluso entre comillas.

Percibimos igualmente, de manera acentuada, que el análisis de las transiciones gana al no confundir esta incertidumbre estructural con la incertidumbre *sobre la salida*, cercana o lejana, de los procesos de transición (y la incertidumbre estructural, ni las coyunturas de dessectorialización a las cuales ella está ligada, no tienen, por ninguna virtud mágica, que desembocar, en última instancia, en resultados idénticos).

Estas observaciones presentan, sin embargo, un último interés: permiten comprender lo que se juega

en la manera en que toda una tradición de la transitología concibe, por una parte, la especificidad de la democracia consolidada, y por otra, el proceso de consolidación de la democracia.

En lo que se refiere al primer punto, estas conducen especialmente a abordar con la mayor circunspección posible, solo lo que se ha convertido en uno de los lugares comunes de este campo de investigación: la caracterización de la democracia, justamente, por la *incertidumbre*. Sistematizada por Przeworski (1986), esta caracterización designa, fundamentalmente, la incertidumbre de los actores del sistema democrático sobre el resultado de *la competencia electoral*; la incertidumbre afecta de la misma manera la identificación de los «intereses» sociales que saldrán vencedores y los que han resultado vencidos en la competencia.

Przeworski asocia a estas propuestas la idea adicional según la cual la «naturaleza» de la democracia supondría que todo interés social pueda ser cuestionado por el proceso electoral (*la democracia coincidiría con la sumisión de todos los intereses a la incertidumbre*).

El enfoque aquí esbozado puede permitir delimitar varias de las grandes debilidades de esta caracterización de la democracia. En resumen, estas se vinculan, ante todo, con la vocación «esencialista» que alimenta esta perspectiva. Esta última tiende, en efecto, a soslayar el hecho de que, para que pueda observarse semejante incertidumbre sobre los resultados de las elecciones, es necesario que esté estrechamente circunscrita, y se sumerja, en un océano de certezas. O más bien: para que ella «opere» debe tener, como fondo estable, institucionalizado, objetivado, *un entrelazamiento denso y extenso de certidumbres*, localizadas tanto en el espacio de la competencia electoral como en otros campos o sectores diferenciados y autónomos (y no solamente en otras partes, incluso si esto compete a los sectores militarizados) y sobre todo en los juegos sociales que se despliegan entre los espacios diferenciados y autónomos.²⁴ Uno de los aspectos cruciales de este entrelazamiento de certezas reside en las relaciones que puedan establecerse entre las élites sectoriales²⁵ de las sociedades que conocen los procesos de transición y en los apoyos mutuos que sus miembros pueden anticipar por parte de otros sectores; es decir, en una configuración estabilizada de las relaciones o, mejor, de los flujos de transacciones en convivencia entre sectores estratégicos de estas sociedades.

Al tratarse del proceso de transición en sí, esto significa que, contrariamente a la «tesis principal» de Przeworski, el «compromiso democrático» puede ser explícita o tácitamente —al menos en el caso de las consolidaciones mínimamente efectivas, un compromiso «sustancial»; es decir, entre grupos elitistas

diferenciados que ofrecen a unos y otros verdaderas garantías de intereses» (y aquí, de nuevo, esto no vale solo para los militares). Si ponemos a un lado el caso de Alemania del Este, «colonizado» por su poderoso vecino, es más exactamente a lo que asistimos en el conjunto de transiciones este-europeas, incluido en el caso de las sociedades como la checa, reputadas de haber sometido las élites de los antiguos regímenes a depuraciones de dimensiones relativamente importantes.

Estos elementos de discusión permiten definir mejor de lo que están hechas las configuraciones históricas en las cuales tendemos a descifrar las democracias consolidadas. Aquí se desprenden tres rasgos interdependientes, que apuntan, justamente, hacia la hipótesis de un *confinamiento de la incertidumbre*, y un confinamiento «estructural» si nos atenemos a los resultados de las competencias electorales.

- El primero consiste en la tendencia a identificar la ocurrencia de la consolidación, su «buena forma», allí donde haya emergido y se establezca un juego en el que, con razón o no, los actores creen que es, para ellos, excesivamente riesgoso alejarse visiblemente de las «reglas del juego» de la competencia democrática.
- El segundo reside en la emergencia de una configuración de relaciones entre «élites estratégicas», marcada por los flujos estables de intercambios en convivencia entre sus diversos componentes.
- Un tercero podría, sin dudas, completar estas dos características de la «buena forma» de la consolidación; en el análisis, este tercer rasgo aparece sobre todo como un subproducto posible de la convivencia de las élites exteriores en el campo político con las de las élites políticas mismas. Este rasgo reside, simplemente, en la emergencia de una «sectorialización del juego político», en su autonomización, al menos en las coyunturas rutinarias, en relación con otros sectores, esferas sociales o campos diferenciados.

Sin dudas, estos rasgos no participan plenamente de una visión «encantada» —en el sentido que Max Weber le da a este término— de los procesos de transición a la democracia. Algunas observaciones me permitirán precisar este punto de vista. En primer lugar, nos equivocáramos si identificáramos la formación de una alianza entre las élites «estratégicas» de una sociedad en transición con algún prerrequisito, precondition o necesidad de un consenso de estas élites sobre los valores, en particular los de la democracia. Los apoyos mutuos que pueden darse estas élites, así como la estabilidad de su *convivencia*, pueden perfectamente tener otros resortes sociales, comenzando por el

descubrimiento de la convergencia de intereses heterogéneos. Si los resortes de las relaciones de apoyo mutuo entre élites «estratégicas» no son necesariamente esos a las cuales John Highley y Michael Burton atribuyen la virtud de permitir una consolidación efectiva de la democracia estos autores, en cambio, tienen razón al identificar el *sentimiento de su propia seguridad* —que pueden sentir o no los miembros de algunos de estos grupos— como una de las variables de los procesos de transición que condicionan la emergencia de este tipo de configuración de las relaciones entre élites estratégicas.

Más globalmente, los valores o las culturas están lejos de tener, en las transiciones a la democracia y a la estabilización de estos últimos, el lugar central que a menudo estamos tentados de atribuirles. Podemos verificarlo sobre todo en las transiciones eurorientales, donde las democracias son construidas por actores *que no necesariamente creen en los valores de la democracia* (esto vale también en gran medida para las vías históricas de la emergencia de nuestras «viejas» democracias). Por añadidura, no hay que olvidar lo que se ha señalado de inmediato; a saber: la interdependencia de estos dos rasgos de la consolidación. Dicho de otra manera, se observa un vínculo estrecho entre la «capacidad» de las élites para entrar en estas configuraciones en convivencia y las *limitaciones situacionales* de un contexto de acción donde la democracia, por razones que pueden ser perfectamente *contingentes*, es percibida por los autores como «el único juego que cuenta», un factor particularmente acentuado, en los casos de las transiciones eurorientales, al menos en comparación con otros contextos históricos de transición, por ejemplo, durante mucho tiempo, hasta fines de los años 80, en lo que se refiere a las transiciones en América Latina.²⁶

No quisiera que se malinterpretara el sentido de mi discusión. Los trabajos de las diferentes corrientes de lo que he llamado aquí la «transitología» a menudo son ricos en observaciones, intuiciones y cuestionamientos teóricos. Constituyen un espacio de investigación prometedor del que se han investido numerosos investigadores de talento. Simplemente, he intentado apuntar algunas de las fallas (y creo que hay que tomarlas en serio) ya que limitan en gran medida la pretensión de la explicación, así como la simple descripción de este conjunto de trabajos. Para estos males, algunos remedios son simples; el problema es ponerlos en práctica. Admito que quizás no sea tan fácil renunciar a la fascinación en cuanto a los procesos de transición. No es fácil abandonar la idea, que parece obvia, que comprender o explicar estos procesos significa, ante todo, explicar la emergencia de aquello a lo que conducen: sus resultados. Sin embargo, temo que no haya otra solución para estos tipos de procesos

históricos, como para un buen número de otros. De otra vertiente de la transitología está claro que el remedio no debería ser menos radical: el conocimiento de las coyunturas críticas, en particular de aquellas que están marcadas por la irrupción de la incertidumbre (no se trata de la incertidumbre sobre el resultado último de la transición), supone su «normalización» metodológica. Esta normalización constituye la condición indispensable de la inteligibilidad de lo que estas coyunturas pueden tener de diferentes, o de semejantes, en relación con otros tipos de coyunturas observables en nuestros sistemas políticos.

Dicho de otra manera, estoy bien consciente de lo que propongo en las páginas anteriores es una terapia de choque. Estoy igualmente consciente de este tipo de terapia deberá, sin dudas, componerse con «formas» salidas del pasado. Pero en las ciencias sociales las hibridaciones a veces comportan un poco más de riesgos.

Notas

1. Es obvio que el uso de esta denominación no podría significar, en ningún caso, que los tránsitos a la democracia se realicen mediante instituciones o procedimientos democráticos en sí, ni siquiera que sus actores se adhieran a ellos necesariamente.
2. David Stark, «From System Identity to Organizational Diversity: Analyzing Social Change in Eastern Europe», *Contemporary Sociology*, v. 21, n. 3, Nueva York, 1992.
3. Paul Veyne, *Comment on écrit l'histoire?*, Le Seuil, París, 1971.
4. Estos cuatro conjuntos de problemas están lejos de agotar todos los puntos que merecen una discusión crítica profunda. Por ejemplo, entre las dificultades que obviaré están la dimensión internacional y transnacional del proceso de transición, que solo constituye una preocupación marginal o secundaria de la transitología clásica. Para una crítica más desarrollada de este aspecto, particularmente contraproducente en el caso de las transiciones en Europa central y oriental, véase Odrote Bohle, «Internationalisation. An Issue Neglected in the Path Dependency Approach to Post Communist Transformation», en Michel Dobry, ed., *Democratic and Capitalist Transitions in Eastern Europe. Lessons for the Social Sciences*, Kluwer, Dordrecht, Holanda, 2000, pp. 235-61.
5. Los desarrollos siguientes tienden a cuestionar la pertinencia empírica, al menos para una parte no despreciable de los procesos de transición y la utilidad analítica de esta distinción entre la fase de transición propiamente dicha y la de consolidación de la democracia, dos procesos descritos a menudo como realidades históricas y «naturalezas» diferentes.
6. Brinton Crane, *The Anatomy of Revolution*, Vintage, Nueva York, 1965.
7. Theda Skocpol, *State and Social Revolutions*, Cambridge University Press, Cambridge, 1979.
8. Véanse Adam Przeworski, «Problems in the Study of Transition to Democracy», en Guillermo O'Donnell, Philippe Schmitter y

Michel Dobry

Lawrence Whitehead, eds., *Transitions from Authoritarian Rule, Comparative Perspectives*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1986, y «The Games of Transition», en Scott Mainwaring, Guillermo O'Donnell y Samuel Valenzuela, eds., *Issues in Democratic Consolidation*, Notre Dame Press, Indianápolis, 1992.

9. Guillermo O'Donnell, Philippe Schmitter y Lawrence Whitehead, ob. cit.

10. Juan J. Linz y Alfred Stepan, eds., *The Breakdown of Democratic Regimes*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1978.

11. Para una variante más o menos elaborada desde este punto de vista, véase Claus Offe, «Capitalism by Democratic Design?», *Revue Française de Science Politique*, v. 42, n. 6, diciembre de 1992, París, pp. 923-42.

12. Aquí dejo a un lado, al menos en lo que se refiere al punto en discusión, la resurgencia, después de 1989, de interpretaciones en términos de «modernización», particularmente establecidas en la ciencias sociales en Alemania. Sus aporías han sido identificadas desde hace bastante tiempo. Como sugieren las reflexiones anteriores, la dificultad consiste en que estas aporías no parecen ser particulares de los trabajos afiliados explícitamente a estas perspectivas.

13. Esto no quiere decir, en modo alguno, que esa visión de las trayectorias de las transiciones —inscrites desde su origen en semejantes «códigos genéticos»— haya desaparecido enteramente de su *corpus*. Un buen ejemplo en Claus Offe, *Varieties of Transition*, Polito Press, Cambridge, 1966.

14. Adam Przeworski, ob. cit.

15. *Ibidem*, p. 109.

16. David Stark, ob. cit.

17. Lazlo Bruszt, *Post-Socialist Pathways, Transforming Politics and Property in East Central Europe*, Cambridge University Press, Cambridge, 1998.

18. David Stark, ob. cit.

19. Stark sugiere que esta pluralidad de caminos no solo concierne a las particularidades de los seguidos según el país, sino también las particularidades de las secuencias de «transformación» en las diversas esferas diferenciadas de sus espacios sociales, ob. cit.

20. Algunos de los más importantes autores de la transitología clásica, como Juan J. Linz y Alfred Stepan, han optado, para dar cuenta de los procesos de transición a la democracia en América Latina, Europa del Sur y Europa central y oriental, por una especie de casuística bastante sofisticada de las vías «dominantes» de la *path dependence*, en las que los diferentes resultados ilustran la variedad de los capitalismo reales. Véase Juan J. Linz y Alfred Stepan, *Problems of Democratic Transition and Consolidation, Southern Europe, South America and Post Communist Europe*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1996.

21. En la República Checa estas estrategias han tomado la forma de una «privatización de masas», pero implicando para el ciudadano un «precio de entrada», mientras que en Polonia la «privatización de masas» ha visto los cupones de participación como una suerte de «fondo de inversiones» distribuidos a los ciudadanos sin ninguna contraparte significativa; en Hungría, asistimos a un proceso complejo y en gran medida descentralizado, concluido antes de 1989 y hecho de una reorganización de empresas estatales conducida por sus propios «gerentes». Aquí no sería ilegítimo notar una especie de autoprivatización de empresas o redes de empresas, o de cesiones de activos negociadas entre una agencia gubernamental y los socios seleccionados. Se trató, lo sabemos, de una actividad monopolizada por una agencia gubernamental, la Treuhandanstalt, y realizada sobre un modelo centralizado.

22. Para que el análisis de David Stark y Lazlo Bruszt pueda ser plenamente demostrativo desde este punto de vista, que las diferentes vías emprendidas para las privatizaciones desemboquen efectivamente en la formación de tipos de economías de mercado (y de tipos de empresas, de la estructura de su propiedad y de las redes que los bancos y empresas puedan formar) presentando entre sí diferencias análogas, lo que, por el momento, está lejos de ser totalmente adquirido. Para una comparación de los procesos de emergencia de los mercados en República Checa —donde la «privatización de masas» parece haber concluido hoy, de manera inesperada, en una «estructura de la propiedad» muy concentrada— y en Rusia (sociedades marcadas por las vías de extricación igualmente muy contrastadas), se puede consultar un reciente trabajo de Lazlo Bruszt, «Constituting Markets: The Case of Russia and the Czech Republic», en Michel Dobry, ed., *Democratic and Capitalist Transitions...*, ob. cit.

23. David Stark y Laszlo Bruszt, ob. cit., p. 101.

24. Véase, en particular, Scott Mainwaring, «Transitions to Democracy and Democratic Consolidations. Theoretical and Comparative Issues», en Scott Mainwaring, Guillermo O'Donnell, Samuel Valenzuela, comps., ob. cit.

25. Por «élites» o «grupos elitistas» solo me refiero aquí a los conjuntos de individuos o eventualmente grupos localizados en «las alturas» de los sectores concernidos. El uso de estos términos no remite a las diversas perspectivas elitistas o a las teorías de la dominación que se asocian a menudo con estos conceptos.

26. Véase, por ejemplo, George Couffignal, comp., *Réinventer la démocratie. Le défi latino-américain*, Presses des Sciences Po, París, 1992; o incluso James M. Malloy y Mitchell A. Seligson, comps., *Authoritarians and Democrats. Regime Transition in Latin America*, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1987; véase también Georgina Sánchez López, comp., *Les chemins incertains de la démocratie en Amérique Latine*, L'Harmattan, París, 1993.

© TEMAS, 2007

España: la transición pactada

Manuel Monereo Pérez

Ensayista. Revista El Viejo Topo, España.

Un determinado acto político puede haber sido un error de cálculo de las clases dominantes, error que el desarrollo histórico corrige y supera a través de las «crisis» parlamentarias gubernativas de las clases dirigentes; el materialismo histórico mecánico no considera la posibilidad de error, si no que entiende todo acto político como determinado por la estructura de un modo inmediato, o sea, como reflejo de una modificación real y permanente (en sentido de adquirida) de la estructura.

Antonio Gramsci

Que la historia —la narrativa histórica— cumple un papel político, es algo sabido. Todo movimiento social real ha tenido que ver con el pasado, construir un imaginario que ligue pasado y presente y, sobre todo, que justifique el futuro. La mayor o menor autoconciencia, la necesidad de argumentar racionalmente los proyectos sociales y culturales y, desde ese nivel, analizar el pasado están en relación directa con la cualidad del paradigma —en sentido amplio— del que se parte.

La llamada transición política española a la democracia es, sobre todo, un hecho histórico. Treinta y dos años después de la muerte de Francisco Franco y los mismos del reinado de Juan Carlos I de España, no por la gracia de Dios, sino del dictador, debieran dar el suficiente reposo y el aquilatamiento de los datos históricos para conocer con cierta solvencia lo que realmente sucedió, sus actores básicos y los dilemas estratégicos que tuvieron que resolver, así como la intervención internacional en lo acontecido. Y más allá, intentar explicar por qué pasó lo que pasó; es decir, hacer bueno lo que aconsejaba Pierre Vilar para construir una historia razonada.

Sin embargo, no solo la transición a la democracia, sino todo el siglo pasado, están abiertos y son objetos de ásperos debates que están sirviendo para definir espacios «político-culturales», los cuales, de manera mediata intervienen en la lucha política directa, intentado justificar proyectos, liquidar tradiciones, y fundamentar refundaciones. En definitiva, la historia como arma política en el secular conflicto entre izquierda y derecha, entre los defensores del proyecto nacional-católico neoliberal y —justo es decirlo— los escasos partidarios

del papel histórico del movimiento obrero organizado y de su durísima y cruenta lucha por la democracia y el socialismo.

La paradoja, esta sí universal, es el enésimo renacimiento histórico de un anticomunismo total y sin complejos, cuando los herederos de la Tercera Internacional apenas consiguen mantener sus cada vez más débiles posiciones. Si vivimos, como algunos pensamos, una etapa marcada por una durísima *contrarrevolución preventiva*, parece que estamos asistiendo al intento de rematar al herido y liquidar un fantasma que asustó y sigue asustando a unas clases dominantes ya mundializadas, y a sus objetivos cósmicos.

Se puede decir que el discurso dominante en torno a la transición se construye en tres niveles interconectados, aparentemente contradictorios, pero con una matriz común.

El primer nivel es el oficializado: los reformistas del régimen y las fuerzas de la oposición democrática con un gran nivel de autoconciencia histórica, de moderación y transigencia, establecen un gran pacto que pone fin, a la vez, a la dictadura franquista —entendida en la práctica como un régimen personal— y a la guerra civil. Todo ello impulsado por la milagrosa capacidad de dirección de su majestad Juan Carlos I de España, encarnación de esta España nueva, superadora de viejos y arcaicos enfrentamientos.

El segundo nivel del discurso, explícitamente señalado en un célebre libro, vendría a narrar una historia un tanto diferente que parte de lo que se ha llamado «el Rey como motor y cerebro del cambio». El asunto se puede explicar así: un rey instituido como tal por el general Franco conoce, por herencia familiar y por comprensión de la realidad de la sociedad española, la necesidad de un cambio político que pacíficamente —y lo que es más importante, desde la propia legalidad franquista— transite hacia un nuevo régimen democrático adaptado a las demandas y requerimientos de una Europa que lucha por su unidad e integración.

Hay un tercer nivel, más sutil y no tan contradictorio como en principio pudiera parecer, que vendría a contar lo siguiente: la dictadura de Franco fue la consecuencia natural de la descomposición de una República que había dividido profundamente a la sociedad española, radicalizada por una izquierda marxista y anarquista irresponsable. Franco tuvo que afrontar la modernización del país con costos humanos, políticos y sociales, sin duda lamentables, pero inevitables. El resultado final fue la construcción de una sociedad occidental, industrializada, con un predominio claro de las capas medias que formaron la base, el sustrato socioeconómico, capaz de impulsar una democracia al estilo europeo y una transición moderada en su forma y contenido.

Estos tres discursos articularon un imaginario que se estratifica (en el sentido que Gramsci le daba a este término) en un sentido común que se ha ido imponiendo lentamente en partes nada desdeñables de la llamada opinión pública española y coincide con la pérdida de peso político-cultural de la izquierda en la sociedad. El discurso así construido elude elementos decisivos sin los cuales, entre otras cosas, no se entendería la transición como un fenómeno específicamente histórico.

Lo primero que habría que destacar es que, pese a la denigración sistemática de la Segunda República, el franquismo tuvo su origen en un intento más de golpe de Estado de una coalición formada por los grupos de poder económico, la Iglesia católica y la derecha política, que fracasó por la capacidad de resistencia de las fuerzas democrático-plebeyo-republicanas; todo ello en un contexto caracterizado por el ascenso del fascismo, la crisis de las democracias liberales y la derrota del movimiento obrero.

El segundo elemento es que la Guerra civil española no fue un episodio más del enfrentamiento entre las tradicionales dos Españas, sino una guerra de exterminio que se prolongó a lo largo de una extensa etapa histórica con un objetivo bien claro: liquidar física, política y culturalmente a lo que las «fuerzas vivas» de la dictadura franquista denominaron la «Anti-España» (liberales, demócratas, separatistas, rojos y anarquistas); es decir, las organizaciones políticas y sindicales que históricamente se constituyeron para luchar por un Estado democrático, por derechos sociales y laborales para los trabajadores, así como la perspectiva de una transformación socialista de la sociedad capitalista.

El tercer elemento que habría que considerar es que el régimen franquista representó una auténtica *involución civilizatoria*, no solo porque desde el punto de vista económico nos condujo a los niveles de renta de 1914 y a una situación real que nos colocaba en las condiciones de finales del siglo XIX, sino porque redujo a cenizas una etapa cultural y científica que, sin exageración, se ha podido denominar una auténtica Edad de Plata; provocó la emigración de centenares de miles de españoles y desató el terror —un frío calculado y sistemático terror— aplicado sobre la España vencida, que tuvo como consecuencias, después de la guerra, el fusilamiento de más de cien mil personas, decenas de miles de detenidos en campos de concentración y de trabajo, la tortura y una humillación sin fin.

La represión política, la tortura y la violación sistemática de los derechos humanos fundamentales se practicaron hasta el fin de la dictadura. Aún hoy, las secuelas de este terror siguen existiendo en franjas significativas de la población española, que no quieren «señalarse políticamente» y siguen votando con temor.

Despolitización, miedo y un terror difuso transmitido de generación en generación ha sido la herencia político-cultural más sobresaliente que dejó el régimen dictatorial de Francisco Franco Bahamonde, apoyado abiertamente —nunca se debe olvidar— por el Tercer Reich y el fascismo italiano, consentido y protegido por las grandes democracias europeas, y especialmente por los Estados Unidos, hasta el punto de que estos se convirtieron en un elemento especialmente relevante en la política interna del régimen.

El régimen franquista. Crisis económica, conflictividad social y oposición política

Se ha discutido mucho sobre la naturaleza, características y etapas de un régimen que duró casi cuarenta años. El centro del debate sigue siendo su relación con el fenómeno histórico del fascismo y su especificidad en el marco global de los regímenes autoritarios. Parecería, por el debate, que definirlo o no como fascista es un punto discriminante para valorar su mayor o menor crueldad o su papel histórico en el proceso de acumulación capitalista y en la evolución de la sociedad española. Más allá de estas polémicas, se debería insistir en las específicas relaciones —en unas condiciones históricas dadas— del franquismo con la crisis no solo de la Segunda República, sino de un largo período que comenzó mucho antes y, sobre todo, con la realidad que emergió después de una durísima y larga guerra civil, en un mundo que avanzaba con ímpetu hacia la Segunda guerra mundial.

El primer asunto tuvo que ver con la construcción —en cierto sentido, con la reconstrucción— del Estado y de sus instituciones, en un contexto que cambiaba rápidamente. En 1945, los aliados preferentes del franquismo fueron militarmente derrotados y la dictadura tuvo que afrontar una nueva situación caracterizada por el aislamiento internacional. Esta realidad provocó cambios institucionales y una nueva orientación económico-social interna, que agravaron las penosísimas condiciones de vida de la población, marcadas por el hambre, la represión y el mercado negro.

Hay coincidencias en constatar que la década de los 50 abrió una etapa nueva del régimen, relacionada con los acuerdos político-militares con los Estados Unidos, el concordato con la Santa Sede y, sobre todo, con el Plan de Estabilización de 1959. Esta política económica inauguró un modelo específico de acumulación capitalista, con consecuencias sociales y culturales notables, que duró, con altibajos y crisis parciales, hasta los años 1973-75.

La década desarrollista supuso, entre otras cosas, el ascenso al gobierno de los tecnócratas ligados al *Opus Dei* y significó, en primer lugar, una integración subalterna y dependiente al mercado mundial y, específicamente, a una economía europea en proceso de integración. En segundo, una transformación demográfica y social de hondo calado, ya que España pasó, en un plazo muy breve, a configurarse como una sociedad industrial y urbana, con una pérdida, especialmente significativa, del peso de población agraria, que lanzó a sus elementos más jóvenes hacia la emigración europea y hacia los centros industriales en crecimiento como Madrid, Cataluña, el País Vasco y Asturias. Las remesas de los emigrantes, más la apertura a un turismo en ascenso, conformaron dos mecanismos relevantes de financiación del propio modelo —el otro sería la inversión extranjera—, pero por otra parte tuvieron consecuencias sociales y culturales de consideración e influyeron poderosamente en la *implantación* de ciertas pautas de lo que en aquella época se llamó la sociedad de consumo. A esto se añadió, en parte como consecuencia de lo anterior, el desarrollo de un sector de servicios, ya entonces desequilibrado y sobredimensionado.

Los datos ayudan a comprender con más claridad lo que sucintamente se ha descrito. De 1961 a 1974, la economía española creció a un ritmo anual medio acumulativo de 7% del Producto Interno Bruto, en términos reales. La renta nacional creció ininterrumpidamente desde 1960 hasta 1975 pasando de 568 243 millones de pesetas (pesetas de 1958) a 1 562 071 millones.

La población activa agraria pasó de 41,7% en 1960 a 20,7% en 1977 y la industrial, de 31,7% en 1950, a 37,3% en 1977; mientras que en el sector de los servicios creció de 26,5% en 1950 a 41,8 en 1977. En 1950, la parte asalariada de la población activa era de 42%, en 1976 llegaba ya a 69,2%. Como se ha dicho, el proceso de urbanización fue también especialmente radical. Se calcula que desde la década de los 50 hasta los años 73-75, más de seis millones de personas abandonaron el medio rural y emigraron hacia el exterior o hacia los centros industriales internos. En 1970, 66,5% (dos tercios) habitaba ya en urbes.

Esta larga etapa de crecimiento económico y cambio social tiene algo de paradójico en la historia de la dictadura franquista. De un lado, significó un nuevo aliento, una forma de «consenso social pasivo», revitalizador, en cierta medida, del propio régimen; de otro, la entrada en los mecanismos de conflicto, innovación social y cambio cultural de la fase fordista del capitalismo. Denominar esto *modernización capitalista reaccionaria* se relaciona con tradiciones arraigadas en la

cultura política de las fuerzas franquistas, que pretendieron combinar nacional-capitalismo con americanismo; tradicionalismo teológico-político con liberalismo económico y, más allá, la conversión de la política en gobierno tecnocrático de las élites —como, por ejemplo, el *Opus Dei*—, que santificaron el capitalismo de cada día y pretendieron configurar nuevas jerarquías sociales.

El «Estado de obras» de Fernández de la Mora casaba muy bien con «el crepúsculo de las ideologías» y la veta autoritaria y reaccionaria que tiene en Ramiro de Maeztu un antecedente señero y que, como nadie, personificaba el futuro presidente del gobierno español, Luis Carrero Blanco. En el imaginario del régimen, del monje-soldado falangista que se dejaba guiar por las estrellas y luchaba por nuevos amaneceres imperiales, se pasó a banqueros y empresarios dinámicos, atados al diario rezo del rosario y a la castidad, que hacían de la sagrada búsqueda del beneficio la santificación de su vida diaria, y de las cotizaciones bursátiles las intérpretes supremas de la presencia de Dios en la tierra. La «nueva ética» del capitalismo nacional-católico se impuso a las élites económicas y políticas, desde el viejo principio franquista: «no meterse en política».

Lo objetivo y lo subjetivo no son categorías separadas y opuestas, sino configuraciones sociales complejas mediadas por la conciencia. En los «escenarios de crisis» del franquismo se anudaba un conjunto de líneas de fractura política, que se entrecruzaban, y que las organizaciones subjetivas del conflicto (las fuerzas políticas reales y actuantes) intentaban unificar y hacerlas converger para forzar —repito forzar— el fin de la dictadura.

Todo ello en un contexto histórico social, marcado por:

- Un escenario internacional caracterizado por la derrota del imperialismo norteamericano en Viet Nam, por la caída de las dictaduras griega y portuguesa (esta última tuvo consecuencias especialmente notables, tanto en el régimen como en la oposición española); por la creciente conflictividad social de una Europa post mayo del 68, en la que un movimiento obrero todavía fuerte y seguro de sí impulsaba a la izquierda política y cultural a la búsqueda de alternativas a lo que se llamó en aquella época «el neocapitalismo». Teniendo en cuenta además que, con dificultades, el proceso de unidad europea avanzaba y aparecía —para las clases económicamente dominantes y para una parte importante de la población—, como el lugar natural donde debería integrarse España.
- La emergencia contradictoria y desigual de un nuevo movimiento obrero, situado en una coyuntura

histórica dominada por la aculturación, la sociedad de consumo y la búsqueda de nuevas formas de solidaridad de grupo y de clase. Segregados y apiñados en «ciudades dormitorio» de los cinturones industriales de los grandes núcleos urbanos, tuvieron que aprender las nuevas formas de sobreexplotación laboral, la organización del trabajo ligado a las cadenas de montaje o al tajo en un sector —el de la construcción— que lo invadía todo. Supieron lo que era endeudarse por un piso mal construido, en barrios sin servicios básicos en medio del frenesí especulativo inmobiliario, que ya en aquella época se convirtió en mecanismo de obtención de ganancias a costa de las gentes.

Se ha discutido mucho sobre el carácter y las actitudes políticas de este movimiento obrero emergente. De lo que no cabe ninguna duda, es de que sus movilizaciones durante los años 60 y los 70 erosionaron a un régimen que negaba y prohibía la lucha de clases, y que ejerció contra él una represión sistemática, de la que después de cada caída, de cada lucha, volvía a emerger plantándole cara a la dictadura. La discusión sobre el contenido principalmente económico o político de estas luchas no tiene demasiado sentido, ya que deja a un lado el factor experiencia y lo que es más importante: la formación de la cultura obrera.

Estas luchas —ya fueran motivadas por cuestiones económicas o por condiciones de trabajo y laborales— requerían de organización, de una subjetividad que echaba raíces en la fábrica, ligada al Partido Comunista (PCE) o a otras fuerzas de izquierda. El gobierno las convertía en políticas al reprimirlas ferozmente, haciendo crecer la experiencia y la conciencia sobre la necesidad de organización y la importancia de la política en la lucha social.

Este movimiento obrero que combinaba, sabia y audazmente, lucha económica y lucha política, trabajo ilegal y trabajo legal, había penetrado en las estructuras del sindicato franquista creando un nuevo tipo de sindicalismo (Comisiones Obreras) y fue fortalecido por un Partido Comunista que entendió muy bien, muchas veces a pesar de su táctica y de su estrategia, la nueva etapa y las condiciones de una nueva clase obrera española.

- La realidad plurinacional del Estado español. Si algo caracterizó al fascismo en España, fue la lucha permanente contra los separatismos y en defensa de la «sagrada unidad de la patria». El franquismo fue el nacionalismo español llevado hasta sus últimas consecuencias; es decir, hasta intentar criminalizar política y jurídicamente las autonomías que refrendó

En España hubo una reforma política pactada con la oposición democrática; es decir, una reforma fundamental del régimen de Franco dirigida por y desde el poder del Estado, que consiguió crear una coalición social y política favorable a dicho proceso e impidió la ruptura democrática en sentido estricto.

la Segunda República. La represión, la lucha contra las lenguas vasca, catalana y gallega, así como el intento de poner fin a la identidad cultural y nacional, según la vida fue demostrando, no tuvo éxito y se convirtió en uno de los problemas más serios que tuvo que afrontar la dictadura. No hay que olvidar que en 1959 surge, como escisión del Partido Nacionalista Vasco, la organización armada ETA. Tres datos hacían que el problema tuviera una difícil solución para el régimen de Franco. Cataluña y el País Vasco eran las zonas más industrializadas y ricas del Estado español; si bien las burguesías —vasca, catalana y gallega— apoyaron al dictador, partes minoritarias de ellas —y, sobre todo, sectores muy amplios de la pequeña y mediana burguesía— siguieron defendiendo las posiciones nacionalistas. En las nacionalidades históricas del Estado español, la lucha por la democracia engarzó la cuestión social y la lucha por las libertades nacionales en un todo complejo y contradictorio, que definió el mapa político en cada una. Por otra parte, la cuestión nacional tenía una vertiente que dañaba mucho al franquismo: la implicación de amplios sectores de la Iglesia católica con los nacionalismos vasco y catalán. Las identidades de estas nacionalidades tuvieron desde siempre la complicidad de una parte significativa del clero, hasta el punto en que hubo sacerdotes fusilados por el franquismo, acusados de pertenecer al movimiento nacionalista. Que las burguesías vasca y catalana tuvieran que vivir en realidades históricas con un importante peso social del nacionalismo, tenía y sigue teniendo consecuencias contradictorias para su dominio en el Estado español. Si querían ser hegemónicas en las nacionalidades históricas, tenían que distanciarse —cuando no enfrentarse abiertamente— a la burguesía, en este caso sí española, que apoyaba a un régimen y a una derecha política que obtenía una gran parte de su consenso social en la lucha contra los nacionalismos periféricos

- La crisis de la Universidad franquista y la resistencia del movimiento estudiantil. Desde mediados de los años 50, la Universidad en general, y los estudiantes

en particular, se convirtieron en uno de los más graves problemas de la dictadura. En España, el proceso de escolarización y de cualificación de la fuerza de trabajo necesaria para el nuevo modelo de acumulación capitalista coincidió con la aspiración de amplios sectores de las capas medias por conseguir que sus hijos tuviesen una graduación universitaria. La expansión del estudiantado y el crecimiento de las universidades, así como la permanente conflictividad estudiantil, pusieron en crisis a la Universidad franquista. La izquierda encontró en los universitarios un apoyo sustancial y, a través de ellos, fue llegando a España el pensamiento crítico y el marxismo, en sus varias acepciones.

- Los conflictos con la Iglesia católica. Denominar al régimen franquista como un sistema autoritario o fascista, basado fundamentalmente en una ideología nacional-católica, no era exagerado; expresaba la realidad de una alianza estratégica entre los militares golpistas y la Iglesia y algo sin duda más importante: el alineamiento de amplios sectores de la población española con la derecha política estaba relacionado con la influencia y el poder de la Iglesia católica en España.

El papado de Juan XXIII y el Concilio Vaticano II iniciaron cambios muy importantes en la Iglesia católica y en sus relaciones con el régimen. El surgimiento de las comunidades de base, la adscripción de militantes de origen cristiano a fuerzas de izquierda o de orientación marxista, el apoyo de una parte del clero a las movilizaciones obreras, coinciden con el distanciamiento con respecto al régimen, en plena sintonía con el Vaticano, de sectores significativos de la jerarquía católica. En algunos momentos, como en el caso de monseñor Antonio Anoveros, obispo de Bilbao, estuvo a punto de producirse una ruptura de relaciones entre el Vaticano y el gobierno español, al tiempo que señaló un giro de la Iglesia católica favorable a un cambio político ordenado y pacífico hacia la democracia.

Se ha dicho antes que la legitimidad del régimen se resquebrajaba, las divisiones internas se acentuaban y

que una parte creciente de la población española reclamaba cambios políticos profundos. A lo que habría que añadir la previsible muerte del dictador. Se estaba abriendo —el tiempo lo fue haciendo cada vez más evidente— una crisis en un sentido preciso: los de arriba ya no podían seguir mandando como antes y los de abajo no aceptaban ser mandados de la misma manera. La muerte de Luis Carrero Blanco, a manos de un comando de ETA, era una señal, un dato inquietante que mostraba todas las debilidades del régimen

Cuando hablamos de crisis de régimen, no nos referimos a una quiebra o derrumbe de este, sino a que el sistema tenía cada vez más dificultades para gobernar los procesos sociales y no encontraba los mecanismos ni los instrumentos precisos para responder a las demandas que se le acumulaban y que tendían a dividir las diversas familias del régimen y, lo que era más grave: bloqueaba las pocas iniciativas que era capaz de tomar. Nada expresa mejor todo esto que el primer gobierno de Carlos Arias Navarro y su famoso «Espíritu del 12 de febrero», torpedeado por la feroz ofensiva del sector más ultra del régimen y por una división creciente en el propio gobierno.

La dimisión de Alonso Pío Cabanillas y de Antonio Barrera de Irímo cierra una etapa y abre otra con dos hechos decisivos para la transición: la muerte Franco y el agravamiento de la crisis económica internacional. El primero no requiere muchos comentarios. Franco era el centro de su régimen, concentraba en sí mismo todos los poderes del Estado y, a su vez, fue árbitro y regulador de las tensiones entre las diversas corrientes que se articulaban en el denominado Movimiento Nacional. En realidad, el nuevo rey no supuso, como suele entenderse, la restauración de la vieja monarquía borbónica, sino la instauración de la monarquía del Régimen del 18 de julio franquista, a cuyos principios fundamentales juró fidelidad en su toma de posesión; por lo tanto, el nuevo Jefe de Estado recibe la legitimidad de Franco y hereda los problemas de un sistema que tenía todos los síntomas de una crisis estructural.

El otro asunto era aún más grave. Como ya se ha dicho, el largo período de crecimiento económico, la década desarrollista, generó en una gran parte de la población española grandes expectativas de mejoría en sus condiciones de vida, de empleo y de futuro para unas nuevas generaciones escolarizadas y con aspiraciones de integrarse a los modos de vida europeos. Es más, el consenso pasivo que Franco obtuvo en esta época se basaba, en gran parte, en la idea de que, gracias a la ley y el orden, el crecimiento y el desarrollo económico serían una realidad cada vez más perceptible para el conjunto de la sociedad. La crisis puso en

cuestión el modelo de acumulación capitalista en España, mostró sus debilidades y vulnerabilidad, y su carácter internacional restaba margen de maniobra para la necesaria y urgente reestructuración productiva del país. En un momento especialmente delicado, cuando era necesario minimizar los conflictos y encontrar salidas a problemas que se acumulaban y a demandas cada vez más difíciles de responder, la crisis económica se convirtió en un detonante, en un acelerador de la conflictividad social y objetivamente agravó las contradicciones internas en la coalición social y económica que apoyaba al franquismo. Obviamente, la oposición democrática —y su centro, el PCE— fue lanzando propuestas y movilizaciones que agravaron las dificultades del régimen, y proporcionaron a aquella la iniciativa política.

¿Una ruptura pactada?

La herencia que recibió Juan Carlos I fue, en muchos sentidos, difícil. Heredó un presidente de gobierno, Carlos Arias Navarro, que solo estaba dispuesto a admitir meros retoques en la estructura jurídico-política del régimen y nunca estuvo en disposición de cuestionar un sistema que, como repitió una y otra vez durante su mandato, se basaba en la victoria en la guerra civil. El Rey maniobró para colocar en ese gobierno a algunas personas de su confianza con un talante más reformista (Manuel Fraga, José María de Areilza, Antonio Garrigues). Hereda también, una clase política franquista muy dividida, en la que se podían distinguir al menos tres familias. Primero, un numeroso sector con gran influencia en los aparatos e instituciones del Estado, especialmente en el ejército y el aparato represivo. Segundo, un sector aperturista que vivía en la incertidumbre permanente, sin un proyecto claro y deseando resolver la crisis del régimen sin que este fuera cuestionado de manera fundamental. Tercero, un sector reformista, que sabía, lampedusianamente, que todo tenía que cambiar para que lo fundamental continuase siendo igual. Esto es, a caballo entre una reforma *en el régimen* o una reforma *del régimen*. Heredó una conflictividad social creciente, agravada por la crisis económica, a la que se sumaron sectores muy diversos: desde los estudiantes universitarios, a los colegios profesionales, pasando por los conflictos recurrentes con la Iglesia católica y por una agudización de las varias cuestiones nacionales del Estado español, y por el terrorismo —que nunca estuvo ausente del proceso—, protagonizado fundamentalmente por ETA.

Un dato muy importante de esta fase fue la presencia pública de una oposición política democrática

que iba dejando la clandestinidad y aparecía en plena luz del día, hasta convertirse en un actor político con el que necesariamente había que contar. Esta oposición estaba organizada en dos grandes bloques: uno nucleado en torno al PCE —la Junta Democrática de España— y el otro al Partido Obrero Socialista Español (PSOE) —la Plataforma de Convergencia Democrática. Conviene señalar que estos dos bloques de la oposición democrática expresaban dos formas, dos estrategias de transición de la dictadura a la democracia. Si programáticamente no tenían, en principio, diferencias fundamentales, una ponía el acento en la movilización social como auténtico motor del cambio político y, dada la debilidad de las fuerzas políticas existentes, en la búsqueda de una convergencia político-social por abajo. La otra, con una debilidad organizativa muy notable, enfatizaba en la búsqueda de acuerdos con los sectores reformistas del régimen y la presión internacional, buscando básicamente la convergencia entre la socialdemocracia internacional y la derecha europea; todo ello con la atenta supervisión del Departamento de Estado norteamericano.

El programa de la ruptura democrática fue definido por la Junta Democrática de España en julio de 1974 y consistía, básicamente, en: a) un gobierno provisional de amplia coalición; b) amnistía total para presos y exiliados políticos; c) libertades políticas sin ninguna discriminación; d) reconocimiento de la personalidad nacional específica de Cataluña, Euskadi y Galicia, mediante la aplicación provisional de los estatutos de autonomía de la década de los años 30. Autonomía para las regiones; e) elecciones libres a Cortes constituyentes que decidirían el futuro régimen democrático de España.

En Cataluña, Euskadi, Galicia, en tantas partes del Estado español, esta plataforma político-programática de ruptura se fue sintetizando en una consigna común: Libertad, Amnistía y Estatuto de Autonomía. Hoy se tiende a olvidar esta Plataforma ideal y moral, que movilizó a miles de personas y llenó las cárceles cuando los muertos por las acciones represivas del gobierno se seguían combinando con torturas y palizas en las comisarías, así como con una aplicación selectiva de la legalidad favorecedora de las fuerzas políticas y sindicales «moderadas», y abiertamente discriminadora de las fuerzas de la izquierda política y social más rupturista.

Esta estrategia de combinar la lucha social y una amplia política de alianzas con sectores sociales y culturales diversos, así como la unidad de las fuerzas políticas de oposición, tuvieron un éxito notable al derrotar políticamente los intentos de reforma que ejemplificaba Manuel Fraga Iribarne. El gobierno de

Arias Navarro, dividido, sin un proyecto solvente y con una contestación creciente en la calle, perdió primero la iniciativa política, después la base social y más adelante la confianza de un rey deseoso de consolidar la monarquía en un país con tradición republicana y temeroso de que la caída del régimen fuese su propia caída. El gobierno Arias-Fraga vivió ante un dilema permanente: la apertura del régimen con una mayor permisividad hacia las fuerzas de la oposición, lo cual traía como consecuencia inevitable incrementar la represión, ya que esta permisividad la aprovechaba la oposición para ampliar los espacios de libertad. La dialéctica apertura-represión, unida a las características del personaje (Fraga), terminó como todos los intentos anteriores, con el bloqueo de las tímidas reformas propuestas a manos de las Cortes franquistas. El 1º de julio de 1976, Arias Navarro tuvo que presentar la dimisión.

Con la llegada a la presidencia del gobierno de Adolfo Suárez, las cosas cambiaron sustancialmente. La oposición democrática y la lucha social habían sido capaces de impedir una reforma parcial o, como se llamó en aquella época, una democracia otorgada y limitada desde el poder. El nuevo gobierno estaba convencido de que en ese momento se trataba de ir hacia una democracia liberal homologable a las europeas desde el control férreo de la transición por parte del gobierno y la instituciones del franquismo. Más claramente: democracia a la occidental, sí; pero controlada *por y desde* el poder. Era un cambio sustancial en la dinámica política, que le daba por primera vez la iniciativa al gobierno en la disputa por la hegemonía en la democratización

Adolfo Suárez, con el apoyo inequívoco del Rey —desde una estrategia ideada por el presidente de las Cortes y del Consejo del Reino, Torcuato Fernández Miranda— puso en práctica una política que tenía dos objetivos concretos: neutralizar a los sectores franquistas ultras y recuperar para la Reforma la hegemonía en el proceso de cambio político, con el objetivo explícito de impedir la ruptura democrática. La estrategia que lo sintetizaba fue la llamada Ley para la Reforma Política, que en puridad no reformaba nada, sino era una norma habilitante para salir del régimen franquista y lograr uno de los elementos claves en cualquier proceso de transición política: disminuir la incertidumbre.

De la llamada Ley de la Reforma Política, sorprenden al menos dos cosas: una, que fuese aprobada por las Cortes franquistas; es decir, que estas se hicieran un *harakiri* completo. Otra, que la estrategia de Fernández Miranda, «de la ley a la ley», fuese algo más que un mecanismo jurídico-político. Porque, en primer lugar, consolidaba la monarquía del 18 de julio, y lo

que es más importante: no ponía en cuestión la legitimidad del régimen franquista. En segundo lugar imponía las reglas de juego que deberían guiar la transición: el sistema electoral y los límites de cualquier proceso de institucionalización democrática. Además, conseguía que la hegemonía en la oposición democrática fuese pasando de los sectores más rupturistas (el PCE, las Comisiones Obreras y la extrema izquierda), a los sectores moderados (liberales, demócrata cristianos y, especialmente, el PSOE).

El 15 de diciembre de 1976, se celebró el referéndum sobre la Ley para la Reforma Política. Se trató de un gran espaldarazo al gobierno. La participación fue superior a 77%, y 94% de los votantes optaron por el SI, 2% por el NO y 3% fue de boletas en blanco. El porcentaje más bajo de votantes se produjo en el País Vasco, mientras que en Cataluña la participación se situó en torno a 74%. En Galicia llegó a 69%. La oposición democrática había pedido la abstención, aunque solo el PCE y la extrema izquierda hicieron campaña a favor de ella. El gobierno de Suárez estaba en condiciones de iniciar propiamente la transición. Disponía del control del aparato y las instituciones del Estado, tenía una legitimación popular más que holgada y, además, un proyecto claro. Ahora se trataba de discutir con la Oposición Democrática los límites del proceso y los contenidos de este, que al final no fueron otra cosa que preparar las elecciones generales del 15 de junio.

Antes se ha dicho —y conviene insistir en ello—, que la estrategia de Adolfo Suárez se concretaba en neutralizar al llamado *bunker* y hegemonizar el cambio político. El *bunker* era un elemento real de la situación, ya que controlaba parcelas muy significativas del poder. El miedo al golpe (en una sociedad donde aún hoy, treinta años después, sigue existiendo miedo en parte de la población), que siempre tuvo una base real, fue un argumento justificativo de los términos en que se formuló la reforma y restó influencia en el proceso a los sectores que lucharon coherentemente por una ruptura democrática. Una correlación de fuerzas favorable, el miedo al golpe y la memoria viva de la represión franquista propiciaron que la hegemonía del cambio fuese pasando a manos del gobierno de Suárez. Es más, para esa hegemonía era fundamental que la oposición, y especialmente el PCE, aceptasen asumir que el elemento clave de la transición sería derrotar al *bunker* y no cuestionar el tipo de democracia que la Reforma estaba imponiendo.

El PCE, hay que decirlo claro, fue la única fuerza que se opuso realmente al franquismo. Practicó desde siempre una política unitaria, se reorganizó una y mil veces, y consiguió, cuando las demás fuerzas casi

desaparecieron, echar raíces en un nuevo movimiento obrero emergente en el campo y en la ciudad. Llegó a tener una enorme influencia en las universidades, en los trabajadores intelectuales, y fue un referente de abnegación y heroísmo, ganado en las comisarias de la policía política y ante los pelotones de fusilamiento. En la nueva situación creada por la política del gobierno de Adolfo Suárez, aparecieron todas las contradicciones y los déficit de la estrategia política que el PCE había ido marcando desde los años 50. Que las Cortes franquistas se hiciesen el *harakiri*, fue algo que sorprendió a todo el mundo y demostraba —esto conviene subrayarlo, porque se olvida con mucha frecuencia— la profunda crisis del régimen, el protagonismo político de la oposición democrática, y sobre todo, de la lucha social.

Ahora bien, la situación política cambió y cambiaría aún más. La cuestión ya no era una contraposición genérica y abstracta entre «democracia y dictadura», como defendía una y otra vez Santiago Carrillo, sino que de lo que se trataba era de decidir el tipo de democracia que construir, y el protagonismo de los trabajadores en ella. En un tiempo cuando la palabra democracia se usaba sin ton ni son, se olvidaba que siempre ha habido y hubo diversos tipos de democracia, y que el movimiento obrero y la izquierda estaban, más que nadie, interesados en una democratización sustancial que rompiera con las bases materiales del fascismo en sus diversas acepciones.

Conviene señalar que los límites que la Reforma imponía explícitamente al proceso de democratización eran, básicamente, tres: la forma monárquica, la continuidad del núcleo duro de los aparatos e instituciones del Estado y la llamada «Unidad de la Patria». El otro lado del asunto era también claro: no cuestionar la legitimidad del Estado del 18 de julio. La transición, con confrontación social, con terrorismo, con conflicto permanente, con el ala dura del régimen y con una parte del propio ejército, fue concretándose en lo que comúnmente se llamó «un pacto entre élites»; es decir, una negociación entre el gobierno de Adolfo Suárez y la llamada oposición democrática. Quedaba un obstáculo importante: la legalización del Partido Comunista de España. El 9 de abril, en plenas vacaciones de Semana Santa, Adolfo Suárez tomó personalmente la decisión de legalizarlo.

Un asunto crucial fue la conformación de una alianza política capaz de afrontar unas elecciones generales que consolidaran la nueva correlación de fuerzas que se estaba estructurando en la sociedad. Señal relevante de la dirección que tomaba del proceso fue la constitución, en torno a Adolfo Suárez, de lo que sería la Unión de Centro Democrático (UCD), que

expresaba la alianza entre los sectores reformistas del régimen franquista y la oposición moderada. Las elecciones del 15 de junio de 1977 eran ya reflejo de estos cambios que sucintamente se acaban de señalar: mayoría relativa de la UCD (34,61%), un PSOE especialmente fuerte (29,27%), un PCE electoralmente débil (9,38%), y una Alianza Popular (AP), partido liderado por Fraga, que asumió un voto franquista claro y nítido (8,8%). A lo que habría que añadir la presencia muy significativa de los partidos nacionalistas vascos y catalanes.

Todo lo demás es ya muy conocido. Dados los límites de este artículo, no vamos a profundizar mucho más, pero sí señalar que el gobierno de la UCD consiguió consensuar con la oposición parlamentaria, y derivadamente con los sindicatos, un Plan de ajuste y reforma económica: los celebres «Pactos de la Moncloa». En paralelo, estos consensos básicos cristalizaron en un acuerdo para una nueva Constitución.

Epílogo para continuar el debate

La tesis que se ha defendido aquí es bien precisa: en España hubo una *reforma política pactada* con la oposición

democrática; es decir, una reforma fundamental del régimen de Franco dirigida por y desde el poder del Estado, que consiguió crear una coalición social y política favorable a dicho proceso e impidió la ruptura democrática en sentido estricto. La izquierda político-social, y especialmente el PCE, no tuvieron fuerzas suficientes para impulsar cambios más radicales en la línea de una verdadera ruptura con el franquismo. Lo que vino después fue mucho más discutible: legitimar la Reforma como si fuese la Ruptura, y con ello limitar seriamente su autonomía política y cultural. Reconocer que las cosas no salieron como se esperaba y que no hubo la suficiente fuerza, no implicaba necesariamente pasarse sin más al territorio de la Reforma.

¿Había otro camino? Esto ya es pasar de la historia a la política. El debate continúa.

Chile: dos reflexiones sobre la transición a la democracia

Jorge Contesse Singh

Profesor. Universidad Diego Portales, Chile.

Es marzo de 1990. Uno de los dictadores más brutales del mundo le entrega la banda presidencial a quien diecisiete años atrás explicaba las razones por las que había sido necesario un golpe militar. Con ferviente expectación popular, se unge el primer presidente democrático de Chile tras casi dos décadas de dictadura militar. La ceremonia se celebra en el recién inaugurado edificio del Congreso Nacional, en Valparaíso, a 120 kilómetros de la capital, Santiago. El régimen del general Augusto Pinochet no solo deja atrás desaparecidos, exiliados y presos políticos, sino además empresas estatales privatizadas de manera oscura, sino también otras víctimas del terrorismo de Estado.¹ Comienza, así, el proceso de transición democrática en Chile.

Este período de transición chilena a la democracia se ve muchas veces como un modelo a seguir. Sobreponiendo las divisiones que antes llevaron al país a su más trágico momento institucional, las fuerzas políticas partidarias de la dictadura y los partidos de centro-izquierda acordaron la manera en que sería llevada a cabo la transición: esta se pactó. Como buena parte de los indicadores que usualmente se utilizan para

medir el éxito o el fracaso de un arreglo político-institucional se relacionan con el desempeño macroeconómico, la historia se narra con un desenlace feliz. Chile ha mantenido sostenidas tasas de crecimiento económico; la pobreza se ha reducido a la mitad—destacándose como uno de los primeros países en lograr una de las metas del milenio de la ONU—, las tasas de mortalidad infantil, alfabetización e inflación son de las más bajas de América Latina; la población accede a más bienes materiales que antes y el país se inserta en el mundo mediante tratados de libre comercio.

Sin embargo, paralelamente a este escenario, la cohesión social de la sociedad chilena se diluye. Algunos ven en ello una paradoja; otros, la consecuencia inevitable del modelo de arreglos políticos y económicos que se ha adoptado. La empresa colectiva que significó la recuperación de la democracia fue lenta, pero sostenidamente dio paso a un creciente individualismo, marcado por una expansión del consumo (y, consecuentemente, del endeudamiento privado), e incluso un cambio en la autopercepción de muchos. Mientras buena parte de los demás países de la región se batían entre presidentes que no alcanzaban a cumplir

con sus mandatos constitucionales, Chile sellaba acuerdos comerciales con la Unión Europea, los Estados Unidos y los países asiáticos, generando una hipertrofiada sensación de éxito, ya que al desmantelarse las redes de protección social durante la dictadura militar, se ponía en evidencia la indefensión en que muchos se encontraban. Salud, educación y seguridad social fueron puestas parcialmente en manos privadas, con las inevitables marginaciones de quienes no podían pagar por tales servicios. Como corolario, una de las caras más dramáticas de las políticas macroeconómicas impuestas durante el régimen de Pinochet —y mantenidas, en lo sustancial, por los gobiernos democráticos sucesivos— se asoma con inusitada tozudez: la mayor riqueza del país no llega a todos. Se crece, así, en desarrollo económico y, al mismo tiempo, en desigualdad social.

En este artículo muestro, en primer lugar, los principales logros del retorno a la democracia. Si bien mi mirada es crítica, es preciso destacar los avances que Chile ha experimentado después que Pinochet abandonara la jefatura de Estado. El propósito del trabajo, sin embargo, es poner al frente, por así decirlo, el lado oscuro de la transición: aquella cara que los chilenos y las chilenas hemos postergado y que, indefectiblemente, quiere manifestarse. Entre los principales problemas identificados, destaco los arreglos institucionales —el papel de las reformas constitucionales— y la creciente desintegración del tejido social. El ensayo argumenta que, mientras no corriamos las deficiencias anotadas, la transición a la democracia no puede considerarse completada.

Después de la dictadura

Al mismo tiempo que la dictadura eliminó la disidencia política —tanto en Chile como en el extranjero—, instauró un sistema económico de corte neoliberal. Los gobiernos de centro-izquierda que han desfilaro sucesivamente desde 1990 —todos de la misma coalición política— fueron desmantelando tímidamente los enclaves autoritarios que Pinochet diseñara con cuidado. La autoridad civil ha retomado poco a poco su poder sobre los militares; los temores a un nuevo golpe de Estado se han disipado y los índices inaceptables de pobreza e indigencia que el país mostraba hacia fines de los años 80 disminuyeron a la mitad, según las cifras oficiales. Junto con lo anterior, la inversión extranjera ha crecido significativamente, amparada en un estatuto especial decretado por la junta militar al poco tiempo de hacerse del gobierno.

Para muchos analistas, Chile es hoy el país con mejores oportunidades para invertir y vivir en América Latina.

En general, se vive mejor hoy que hace veinte, treinta o cuarenta años. Ello, en sí mismo, puede considerarse una señal de progreso. Como documenta un académico chileno, «de los 9,5 millones de chilenos en 1970, solo 0,8% asistía a la universidad. En 1997, en cambio, los 380 mil alumnos matriculados en la universidad representaban 2,7% de la población nacional».² Del mismo modo, la mortalidad infantil solo ha sido reducida durante las últimas décadas: en 1960, de cada mil niños nacidos, cien morían antes del primer año de vida; en 1980, el número bajó a 35 y en 2000 a menos de diez niños muertos por cada mil nacidos vivos.³

Las sistemáticas violaciones de los derechos humanos cesaron con la llegada de los gobiernos de la Concertación. Se abrió un pequeño espacio, si no para perseguir a todos los responsables, al menos para documentar lo que muchos líderes de la derecha se esmeraban en negar: la existencia de un régimen que utilizó el terror de Estado como método de control y exterminio de adversarios políticos. Aun con dificultades —como algunas movilizaciones de tropas del Ejército a comienzos de los años 90—, la transición logró normalizar la vida institucional. Sin embargo, mucho tuvo que ocurrir. En 1991, el gobierno de Patricio Aylwin recibe el informe de una Comisión de Verdad y Reconciliación, en el que se documentan las desapariciones de personas bajo la dictadura militar. El impacto de la denominada Comisión Rettig no fue menor.

Al poco tiempo de reiniciada la democracia, el país intentaba arreglar los términos con el oscuro pasado reciente. Con todo, la oposición política, aún amamantada por la figura de Pinochet, buscó siempre matizar las conclusiones del dicho informe. Después, tras el arresto de Pinochet en Londres —ordenado por un juez español—, las autoridades se vieron en la obligación de mostrar que Chile estaba en condiciones de juzgar al ex dictador. Ello, en tanto el gobierno siempre mantuvo la tesis de que le correspondía a Chile, y no a otros países, administrar justicia en los casos de violaciones a los derechos humanos perpetradas en su territorio. Debe tenerse en cuenta que estos hechos ocurrían al tiempo que se constituía la Corte Penal Internacional, con la que se inauguraba la era de la justicia universal frente a crímenes de lesa humanidad. No obstante, el gobierno del presidente Eduardo Frei hizo todo lo posible por conseguir la devolución de Pinochet a su país, destacando la constitución de una Mesa de Diálogo entre civiles y militares, cuyo objetivo era recabar la información que tenían las Fuerzas Armadas sobre el paradero de detenidos desaparecidos. El resultado fue desolador: se reconoció que, como ocurrió en Argentina, numerosos cuerpos de detenidos habían sido arrojados a ríos, lagos y costas chilenas. Se

avanzaba en la verdad, pero siempre a medias: luego se comprobó que buena parte de la información entregada era falsa. En 2003, con motivo del trigésimo aniversario del golpe de Estado, y en ocasión de la entrega de un informe sobre prisión política y tortura —sucesos que el informe Rettig no había abordado—, el ambiente pareció cambiar. La derecha política reconocía tímidamente los excesos cometidos durante la dictadura y los medios de comunicación social reportaban profusamente los sucesos de 1973, abriendo archivos hasta entonces desconocidos. La figura de Salvador Allende recibió una inusitada y postergada atención. El presidente Lagos quiso simbolizar, con la entrega del informe de la Comisión Valech —denominada así por el nombre de su presidente—, que en materia de derechos humanos Chile saldaba si no todas, sí buena parte de sus cuentas.

El país gozó de un sostenido crecimiento económico a lo largo de la década de los 90, lo cual se frenó solo con la irrupción de crisis externas, sobre todo la acaecida en Asia en 1997. Aprovechando la robustez de la economía nacional, los gobiernos quisieron darle un rostro más humano al modelo neoliberal impuesto por la dictadura; modelo que la propia alianza concertacionista había legitimado. Para ello, se elevó enormemente el gasto público y se establecieron diversos programas sociales que, en su conjunto, ayudaron a reducir los índices de pobreza e indigencia. Pero al no modificar las estructuras institucionales heredadas de la dictadura —focalización de programas y prestaciones sociales en manos privadas—, el impacto de las iniciativas no sería capaz de romper con la extrema pobreza. A lo anterior debe sumarse marcos regulatorios deficientes, que obstaculizan la fiscalización y el control de las actuaciones de entidades privadas prestadoras de servicios públicos. La brutalidad del mercado podía domesticarse, mas no eliminarse. Como ha advertido Gonzalo Delamaza, «se ha mantenido el dinamismo de un modelo que aumenta la disponibilidad global de recursos, pero crea oportunidades inequitativas y profundiza la desintegración social». ⁴ Con todo, la sensación general es que el país progresaba: allí donde había calles pequeñas, se construían modernas autopistas; los almacenes de barrio cedían espacio a los gigantescos centros comerciales; la esfera pública se modificaba al compás de la expansión del consumo. Así, Chile avanzaba.

El «No» a Pinochet

En octubre de 1988, 56% de la población dijo «No» a Pinochet. El plebiscito determinaría ocho años más

de Pinochet como jefe de Estado o elecciones democráticas dentro de un año. La arrogancia pinochetista no midió el compromiso de los chilenos con la democracia. En diciembre de 1989, Patricio Aylwin, candidato de la Concertación de Partidos por la Democracia —que agrupa a socialistas, radicales y demócratacristianos— fue electo presidente de la República, lo cual confirmó que los seguidores de la dictadura continuarían en el gobierno. Entre el plebiscito y las elecciones presidenciales celebradas un año más tarde, el régimen estuvo muy ocupado. Junto con «dictar» varias leyes que permitieran amarrar el modelo autoritario, los técnicos al servicio de Pinochet diseñaron cuidadosamente un sistema electoral que asegurara, al menos, la mitad de la representación popular a los partidos políticos asociados al proyecto pinochetista. Este modelo, denominado «sistema electoral binominal», ⁵ distorsiona la voluntad popular forzando la formación de dos grandes bloques y dejando fuera a las corrientes políticas minoritarias. Lo hace obligando a la formación de dos listas parlamentarias que compiten no tanto entre *ellas*, sino forzando a los miembros de una misma lista a competir entre *ellos*: esto, pues contempla un mecanismo «de subsidio» a la lista parlamentaria con la segunda votación (digamos Lista B), la que obtiene sí o sí un cupo en tanto y cuanto la votación total hacia los dos candidatos de la misma lista (B) sea de al menos un tercio de los votos totales emitidos en ese departamento electoral (Lista A y Lista B). Esto es, aun cuando un candidato de la lista contraria (A) obtenga un mayor número de votos particulares, si la lista en que le toca correr no dobla en votación a la lista contraria (B), entonces tendrá que sentarse a ver cómo el candidato de la lista contraria —candidato que recibió menos número de votos— sea quien comparta asiento en el Congreso con su «compañero» de lista. Como explica el politólogo Richard Kimber,

el sistema binominal logra el efecto inverso al del sistema «el primero pasa la posta». Este último exagera la influencia del partido mayoritario a expensas de los partidos minoritarios. En el sistema «binominal», en cambio, si el principal partido minoritario alcanza al menos un 33,4% del voto en cada distrito, se asegura, como mínimo, la mitad de los cupos parlamentarios. En Chile, los estrategas de Pinochet anticiparon correctamente que las elecciones presidenciales y parlamentarias de 1989 colocarían a los partidos de derecha en segundo lugar, detrás de la coalición de centro-izquierda que apoyó la opción ganadora en el plebiscito de 1988, esto es, el «No». Al diseñar distritos en los que el «No» de ninguna manera duplicara la opción «Sí», aseguraron, al menos, que el *status quo* electoral para el año próximo significaría ganancias electorales. ⁶

Lo que resulta especialmente notable es que el *status quo* al que se refiere Kimber sigue manteniéndose tras diecisiete años de gobiernos democráticos. El

mantenimiento del sistema electoral binominal ha significado, en efecto, que la derecha —cada vez menos ligada al pinochetismo duro— ha cogobernado con la coalición que recibe la mayor parte de las preferencias electorales. Desde el punto de vista de la teoría democrática, lo anterior es inaceptable; la voluntad popular es distorsionada e ilegítimamente reemplazada por decisiones cupulares de los partidos políticos. Pero, además, desde una perspectiva práctica, el sistema binominal ha significado que varios de los proyectos que, entre otras cosas, han buscado mejorar el desmantelado sistema de protección social chileno sean sustancialmente modificados o bien derechamente vetados en el Congreso nacional.⁷

A la estructura institucional reseñada, debe agregarse una segunda cuestión, acaso consistente en reglas no escritas sobre cómo hacer política. Luego del trauma institucional que significó la quiebra democrática de 1973 y la posterior dictadura militar, las fuerzas políticas —en especial, las de centro-izquierda— entraron en una importante negociación con los partidos de derecha.⁸ En el período anterior a las elecciones presidenciales de 1989, derecha y centro-izquierda —para entonces, la izquierda ya se había marginado de los arreglos políticos— acordaron un modo muy particular de hacer política: en adelante, Chile viviría bajo lo que fue conocido como «la política del consenso» o «la democracia de los acuerdos».

Ello significaba promover un arreglo consensuado por parte de los partidos y líderes políticos, evitando en todo lo posible el disenso. Las deliberaciones sobre asuntos de interés público serían, de esta manera, todo menos abiertas al debate público. Los aires de participación ciudadana que motivaron a más de la mitad de la población chilena a sacar a Pinochet de La Moneda comenzaban a esfumarse. Se entendió que las decisiones sobre asuntos de relevancia debían concordarse previamente, provocando así consecuencias en, al menos, dos sentidos. Por una parte, el papel de órgano deliberante del Congreso nacional se redujo al de un mero buzón sancionador de proyectos ya aprobados (o rechazados) en negociaciones, a espaldas de la ciudadanía. Por otra, aquellas corrientes políticas sin representación parlamentaria —en esencia, las tendencias de izquierda— fueron quedando cada vez más al margen. La «democracia de los acuerdos», que se instaló como estandarte de quienes miraban hacia el futuro, despojó a la democracia de una de sus principales características: el disenso y la discusión política robusta. De allí en adelante, el desacuerdo fue visto como un obstáculo insalvable para la gobernabilidad.

La «política del consenso» y la estructura institucional binominal han marcado la forma de hacer política en Chile durante los últimos decenios. De esta manera,

por ejemplo, a pesar de que algunos sectores, como humanistas y comunistas, han concitado cerca de 10% de los votos en las elecciones municipales, la adhesión popular no se ha reflejado en ningún escaño parlamentario. Consecuentemente, la coalición gobernante ha debido ceder amplios espacios de negociación frente al inflado poder de los partidos de derecha. El dictador como Comandante en Jefe del Ejército por ocho años más para luego «retirarse» como senador vitalicio, es una muestra del tipo de concesiones que la coalición oficialista debió realizar —sin razón, según algunos.⁹ Los deseos de los vestigios autoritarios se han cumplido así casi a cabalidad.

Resulta sintomático cómo las élites de comienzos de la democracia concibieron y diseñaron la nueva cara de un Chile que ha buscado, con toda legitimidad, dejar atrás las sombras del conflicto mal negociado. Como una manera deliberada de reinventar el país, durante la Exposición Mundial de Sevilla, en 1992, el gobierno chileno decidió nombrar una comisión especial para definir una muestra que fuera a la vez innovadora y representativa del país. A solo dos años de recuperar la democracia, la empresa arroja luz sobre cómo Chile se ha imaginado desde entonces. La idea que finalmente se impuso fue la de presentar nada menos que un iceberg traído especialmente desde la Antártica. No es poca cosa montar la exhibición de una pieza de hielo de sesenta toneladas. Y tal era, precisamente, el mensaje que transmitir: Chile como un país capaz de mucho. Pero, además, la simbología del iceberg —un imponente trozo de hielo instalado en medio del sofocante verano español— como muestra emblemática de Chile, va mucho más allá de la creatividad y destreza de los encargados del pabellón. Algunos meses antes de su instalación, el comisario general explicaba la significación de la muestra:

la idea es que Chile se vea como un país moderno. Aquí no hay problemas étnicos, no tenemos una tradición precolombina. Chile es básicamente un país nuevo [...] No nos interesa impactar al europeo con la imagen de un país exótico porque no lo somos [...] En el pabellón tendremos personas de excelente presencia, bilingües, bien vestidas y esto no es por esnobismo [...] es simplemente la necesidad de que nos vean iguales a ellos y no como una curiosidad exótica.¹⁰

La descripción habla por sí sola. Todo lo que pueda significar diferenciarse de lo que creemos moderno sería, de allí en adelante, ajeno al proyecto de la *nueva* nación chilena. Como explica un destacado académico, comentando el pasaje reproducido más arriba:

Al postularlo como un país diferente, se pensó sin duda en el resto de América Latina. Aun cuando todo signo estético es polisémico, en la intencionalidad de los diseñadores el iceberg connota la idea de que somos un país frío, no cálido, que no se ajusta a los rasgos que

El período de transición a la democracia, que exhibe notables logros en materia de estabilización política y social, ha favorecido la exclusión de buena parte de la población chilena.

caracterizan, en la imaginación europea, el modo de ser latinoamericano: el tropicalismo, la informalidad y lo premoderno.¹¹

En la mente de quienes diseñaban la hoja de ruta chilena había un nuevo comienzo, casi como asistiendo a un momento revolucionario, solo que desprovisto de balas y sangre. ¿Qué consecuencias tiene esta anécdota para el proceso de transición? Por lo pronto, debe destacarse la relación entre las reformas políticas postergadas durante todo este tiempo y la forma en que Chile decidió, mediante un frío y majestuoso iceberg, (re)presentarse ante la comunidad internacional.

En el año 2005, se aprobaron más de cincuenta modificaciones a la Constitución, redactada por Pinochet a comienzos de los 80. Nuevamente, siguiendo los símbolos que han acompañado el proceso político de transición, el ex presidente Ricardo Lagos, al poner su firma en la Constitución —que él llamó «de 2005»—, que eliminaba la de Pinochet, decretó que se ponía término a la transición. Ciertamente, se suprimió no solo el nombre de un dictador del texto fundamental chileno, sino además fueron enmendadas instituciones que hacían de la democracia chilena una lejana aspiración.¹² La de 2005 fue, a fin de cuentas, la reforma más profunda hecha a la Constitución de 1980.¹³

Las dos propuestas que sin embargo fueron rechazadas por el Congreso nacional tienen una especial relevancia: se trata de la modificación del sistema electoral binominal y el reconocimiento constitucional de los pueblos indígenas. Sobre lo primero, ya me he referido. Es un sistema distorsionante de la representación electoral, que margina a las corrientes políticas minoritarias que tienen derecho de encauzar institucionalmente sus demandas. Grave, aunque poco sorpresivo, resulta comprobar que quienes han permanecido en el poder gracias al mantenimiento de un *status quo* ficticio, sean los mismos que se oponen a modificarlo.

Respecto a la situación de los pueblos indígenas, la transición chilena muestra quizá su cara menos amable.¹⁴ Se trata del sector más desventajado de la población, en el que se unen altos índices de pobreza con políticas estatales que han ido desde la asimilación forzada al procesamiento de algunos de sus líderes bajo el estatuto antiterrorista, pasando por la división deliberada de sus tierras. En 1989, cuando se negociaban los términos

de la futura transición, las agrupaciones indígenas y el entonces candidato a la presidencia de los partidos de centro-izquierda, reunidos en la ciudad de Nueva Imperial, adoptaron un solemne acuerdo mediante el cual aquellas se comprometían a deponer todo intento de reclamar, a través de vías violentas, sus derechos a la tierra ancestral. Este, por su parte, se obligaba a impulsar una agenda de reconocimiento de derechos a favor de estos grupos. Al igual que otros sectores de la población chilena, el acuerdo de Nueva Imperial significaba para los indígenas una luz de esperanza, en el sentido de que al fin sus demandas, postergadas durante siglos, serían recibidas por el Estado.

Si bien el gobierno cumplió con uno de los puntos más importantes del acuerdo de Nueva Imperial —la promulgación de una nueva ley indígena, en 1993—, el proyecto finalmente aprobado distaba mucho de lo que las agrupaciones esperaban como respuesta del Estado. La situación de los pueblos indígenas, que en 1992 vieron cómo el país emprendía inusitados esfuerzos por festejar la llegada de los españoles a América, promoviendo en Europa una imagen de Chile como un país sin problemas raciales pendientes, no ha mejorado. Se trata de una de las pocas naciones del continente que ha negado el reconocimiento constitucional a sus pueblos indígenas, una medida que ha estado en el centro de la agenda de estos grupos desde mediados de los años 80. Como ha observado Patricia Williams, el otorgamiento de derechos —o de reconocimiento constitucional— tiene un carácter simbólico, al permitir que grupos históricamente desventajados reivindicquen, con esas medidas, su humanidad postergada.¹⁵ Junto con lo anterior, y como manifestación de la apertura económica, la década de los 90 vio el afianzamiento de numerosos proyectos de inversión, muchos de los cuales —como acontece en otros lugares del planeta— chocan con las demandas de los pueblos indígenas. Al respecto, se destaca la poca capacidad del Estado para idear soluciones sustentables a estos proyectos. Pareciera que en la extracción de recursos naturales los intereses económicos han primado, empobreciendo aún más, económica y culturalmente, a los indígenas.

No debe desconocerse la importancia de las reformas políticas que sí fueron aprobadas. Desmantelar la nostalgia autoritaria contenida en la Constitución era

imperativo. Sigue pendiente, sin embargo, la transición a la democracia. Mientras el proyecto de país no refleje la verdadera pluralidad política existente, permitiendo que las personas comparezcan a la esfera pública con todas sus particularidades y divergencias, no podemos mostrarnos satisfechos. El ex presidente Lagos no firmó una nueva Constitución, como él quiso hacernos creer. Solo actualizó, parcialmente, lo que los mandatos de la democracia hacía mucho tiempo exigían.

Un voto de confianza

En septiembre de 1970, Chile sorprendió al convertirse en el primer país en llevar, por vías constitucionales, a un socialista a la presidencia de la República. Treinta y cinco años más tarde, después de pasar por la sombra de una larga dictadura y un proceso de transición a la democracia marcado por la figura de Pinochet, volvía a sorprender. Por primera vez en América del Sur, una mujer se convertía en presidenta por elección popular. Aún más, se trataba de una mujer con hijos de distintos matrimonios, separada, agnóstica y, en general, ajena a las élites políticas. La elección de Michelle Bachelet, a comienzos de 2006, significaba, paradójicamente, cambio y continuidad. En tanto pertenece a la misma coalición que ha gobernado Chile desde el retorno a la democracia, su arribo al ejecutivo significó un voto de confianza a la Concertación. Con todo, su entrada en La Moneda traía un importante simbolismo de cambio: no solo las características personales de la nueva jefa de Estado —sencilla, incómoda con el paternalismo de Lagos y con la experiencia de la tortura y el exilio vivida en carne propia— la convertían en un nuevo referente. El carácter paritario que imprimió a su primer gabinete, unido a un llamamiento explícito a la ciudadanía a imaginarse como dueña de su propio destino, dieron a su administración un sello diferente. En efecto, el día en que tomó posesión de su cargo, las calles de Santiago vieron desfilar a miles de mujeres portando la banda presidencial. En uno de los países más conservadores de una de las regiones más conservadoras del mundo, todas eran presidentas.

Si bien, como se dijo, Bachelet representa a los mismos partidos que legitimaron el modelo político y social diseñado por la dictadura, desde un comienzo la ciudadanía la ha visto como la posibilidad de poner al día al país en las tareas sociales que se han postergado debido a las inevitables concesiones de una transición democrática pactada. Como sugerí al comienzo, no obstante los positivos índices de crecimiento económico registrados durante los últimos diecisiete años, la desigualdad social ha crecido.¹⁶ En efecto, en 1992 la

diferencia entre los ingresos recibidos por el quinto más rico de la población y el quinto más pobre era de 13,2 veces. Según la encuesta de mediciones sociales que se viene aplicando desde hace veinte años, la diferencia en 2003 se incrementó en 14,3 veces.¹⁷ En el contexto de una agresiva expansión del consumo, acompañada por el debilitamiento de los relatos colectivos, no debiera sorprender que muchos chilenos se muestren insatisfechos con el progreso económico y desconectados de una comunidad que parece medir la condición de iguales en términos eminentemente monetarios. Según han puesto en evidencia varios estudios sobre desarrollo humano del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), la mayor parte de los chilenos, si bien muestran mejorías en su calidad de vida, tienen sentimientos negativos hacia el sistema económico de libre mercado¹⁸ y, junto con ello, están ansiosos de sentirse autores de la historia común que escribe el país.¹⁹

En tanto el gobierno de Ricardo Lagos significó para muchos el paradigma de las promesas incumplidas —el lema de su campaña presidencial era «crecimiento con igualdad»—,²⁰ el llamado de Michelle Bachelet a que la ciudadanía participara de los asuntos públicos tuvo un eco tan fuerte como inesperado. En mayo de 2006, a menos de tres meses de iniciado su mandato, se produjo una inusitada revuelta estudiantil. Para nadie era nuevo ver a los estudiantes salir a la calle en la época en que los presidentes preparan su cuenta anual ante el Congreso pleno. Sin embargo, esta vez fue distinto. Quienes se movilizaron no eran —como solía ocurrir hasta entonces— estudiantes universitarios, articulados en general alrededor de partidos políticos, normalmente de la izquierda extraparlamentaria. Los manifestantes eran menores de edad y vestían uniformes escolares. La «revolución de los pingüinos» —denominada así por la sintomática combinación de blanco y negro en las prendas escolares chilenas— había comenzado. Y, con ella, un impresionante despliegue de savia nueva que, en particular, puso en evidencia la obsolescencia del sistema de educación pública heredado de la dictadura y, en general, alertó sobre la necesidad de revisar la organización de nuestra vida en común.

No fue difícil que la ciudadanía se conectara con la movilización estudiantil. Con el fondo de irritantes y creativas faltas ortográficas en los lienzos que colgaban de los establecimientos educacionales públicos, la población se sorprendió con la simpleza de las demandas: el sistema de educación es un vergonzoso mecanismo de perpetuación de las desigualdades sociales existentes en el Chile que roza el bicentenario. Y Bachelet, cuya sonrisa parecía querer acoger a todo el mundo, representó el momento ideal para catalizar la convicción juvenil. En un sentido amplio, pareciera que este es el gobierno en el que o bien se abren los

espacios que la Concertación no ha podido (o querido) hacer a la ciudadanía o, definitivamente, pavimenta el camino para la alternancia en el poder.

En definitiva, parece apreciarse la necesidad de mover el horizonte de lo posible un poco más allá. Que quienes nos hayan refregado en el rostro esa necesidad hayan nacido durante una dictadura, con filiaciones partidistas no convencionales y vistiendo el uniforme carente de colores que identifica a los escolares, constituye otra muestra de lo inadecuadas que han resultado las formas de canalizar el conflicto y el disenso durante estos años de democracia. No solo la educación pública está en el banquillo de los acusados: el sistema de pensiones, que durante muchos años permitió a Chile jactarse de que los países desarrollados debatieran su posible adaptación, también está en crisis.²¹ Y así una serie de instituciones que transforman las relaciones sociales bajo la voraz ola del crecimiento y el progreso económico.²²

Dos reflexiones finales

Para adoptar una actitud frente al desarrollo social y político de Chile en los últimos diecisiete años —período comúnmente llamado de transición a la democracia—, debe partirse de alguna concepción particular de la democracia que permita escrutar el funcionamiento del sistema político. En este artículo, la concepción que defiendo es no elitista. Dado que Chile cuenta con arreglos políticos poco inclusivos, donde el temor al conflicto se manifiesta de variadas formas en diversas instituciones sociales, se requiere una armazón teórica que permita criticar con firmeza ese estado de cosas. Los autores que enfatizan la dimensión agonística de la democracia, como Chantal Mouffe, parecen pertinentes. Mouffe ha criticado las concepciones discursivas de la democracia —como las sostenidas por intelectuales como John Rawls o Habermas— por su pretensión de anular el pluriverso de opiniones acerca de lo público. Según ella, resulta necesario dar cauce a la dimensión de agonismo existente en la idea de lo político —y que el liberalismo político de Rawls, por ejemplo, vacía de contenido.²³ En tanto la democracia liberal busca solucionar el conflicto mediante su «despolitización»,²⁴ es necesario devolver a la ciudadanía la capacidad de intervenir en los asuntos públicos, desde sus propias visiones acerca de la vida en común. Como otros países latinoamericanos, Chile se ha habituado a que las decisiones sobre cómo organizar los asuntos públicos se adopten de espaldas a los ciudadanos, lo cual ha generado una inaceptable separación entre representantes y representados.²⁵ La primera reflexión, entonces, aunque parezca obvia, está en llamar la atención sobre la falta de participación de chilenos y

chilenas en la construcción de un país común. Como criterio orientador de nuestras instituciones públicas, hace falta lo que Nancy Fraser denomina el «principio de paridad participativa».²⁶ Si no se logra que las personas tengan el potencial de impactar de manera equivalente el resultado de las decisiones colectivas, no es posible hablar con propiedad de un régimen democrático comprometido con la justicia social de sus integrantes.

La segunda reflexión nace del reconocimiento de la deuda en materia de participación social en la construcción del país. Si el criterio que anima mi concepción de la democracia es la paridad de participación, debe entenderse la transición a ella como incompleta. Desde luego, la democracia es una aspiración a la que deben tender los arreglos institucionales diseñados por los seres humanos. Lo anterior, sin embargo, no debe servir de excusa para contentarse con un estado de cosas que no pasa la prueba de la legitimidad. Dicho en otras palabras, el principio de paridad de participación *debe* realizarse. Tomadas en serio, las reformas a la Constitución —discutidas brevemente más atrás— no son la culminación de un exitoso proceso, como sugirieron los líderes que las negociaron, en especial, como se dijo, el ex presidente Lagos. Se trata, en verdad, de la puesta al día del Congreso nacional con una parte de las necesidades democráticas del país. Una parte importante, de eso no hay duda; pero incompleta.

Dos fueron las modificaciones a la Constitución rechazadas en el debate constitucional: la reforma al sistema electoral —que ha obligado a que en Chile solo existan representantes parlamentarios de dos coaliciones electorales— y el reconocimiento de los pueblos indígenas, en buena medida por el irreal peso que la derecha ejerce en la conducción de los asuntos públicos. Dos son también las reflexiones que he querido compartir en estas páginas. El período de transición a la democracia, que exhibe notables logros en materia de estabilización política y social, ha favorecido la exclusión de buena parte de la población chilena. Una concepción de la democracia comprometida con la participación igualitaria de las personas debe impugnar no solo el modo de concebir la forma de hacer política que hoy rige en Chile; esa concepción obliga, además, a decretar la tarea aún pendiente. A diecisiete años de recuperada la democracia y devuelta la autoridad al poder civil, si bien hemos avanzado, seguimos estando en mora.

Notas

1. El aspecto más sonado de la dictadura de Augusto Pinochet lo constituye las violaciones masivas y sistemáticas a los derechos

humanos. Con todo, dichas violaciones estuvieron acompañadas, en particular durante los años 80, por un proceso privatizador que significó «la venta de 32 empresas [estatales], con una pérdida patrimonial de 2 209 millones de dólares de 1989. A ello se agrega que [el Estado] asumió los pasivos de las empresas enajenadas, aumentando sus deudas en 131% en relación con 1984». Véase el «Informe de la Comisión Investigadora Encargada de Analizar Presuntas Irregularidades en las Privatizaciones de Empresas del Estado Ocurrecidas con Anterioridad al Año 1990», Cámara de Diputados de Chile, 18 de octubre de 2005, p. 439, disponible en www.camara.cl/diario/doc.asp?vid=18913&vurlid=101.

2. Patricio Navia, *Las Grandes Alamedas: el Chile post-Pinochet*, La Tercera / Mondadori, Santiago, 2004, p. 60.

3. *Ibidem*, pp. 56-7.

4. Gonzalo Delamaza, *Tan lejos, tan cerca. Políticas públicas y sociedad civil en Chile*, LOM, Santiago, 2005, p. 51.

5. Sistema de elecciones populares destinado a la formación de un sistema bipartidista en torno a dos grandes partidos políticos o coaliciones. Fue inventado en Polonia tras la llegada al poder de Wojciech Jaruzelski, con el objeto de promover la participación de partidos minoritarios en la Dieta, pero sin que se perdiera la preeminencia del Partido Socialista. En la actualidad, es utilizado en las elecciones legislativas de Chile. Para una mayor explicación, véase http://es.wikipedia.org/wiki/Sistema_binominal. [N. del E.]

6. Sitio web del profesor Richard Kimber, disponible en www.psr.keele.ac.uk/docs/chile.htm, revisado el 4 de enero de 2007.

7. Así ha acontecido, por ejemplo, con la reforma integral al sistema de salud pública, que pretendía dotarse de un fondo solidario de financiamiento de las prestaciones o con intentos de reformar las normas laborales.

8. La coalición de centro-izquierda ya había pasado por un proceso significativo de negociaciones al asociar, bajo una misma coalición política, a demócratacristianos y socialistas, profundamente divididos durante la época de Salvador Allende y la Unidad Popular.

9. Como observa Navia, «el fracaso electoral de Pinochet en octubre de 1988 resultó ser mucho menos costoso para la dictadura que lo que debió haber sido. Aun cuando el ex dictador tuvo que abandonar el poder, la Concertación fue incapaz de transformar su triunfo en una derrota del proyecto político de la dictadura. Al contrario, al apurarse en lograr una negociación constitucional durante 1989, la coalición triunfante legitimó parcialmente el proyecto autoritario de la dictadura». Patricio Navia, *ob. cit.*, pp. 110-1.

10. Fernando Léniz, *La Época*, Santiago, 1 de noviembre de 1990, citado en Bernardo Subercaseaux, *Chile, ¿un país moderno?*, Ediciones B, Santiago, 1996, p. 60.

11. Bernardo Subercaseaux, *ob. cit.*, p. 61.

12. Así, por ejemplo, se terminó con la institución de los senadores designados y vitalicios, se repuso la facultad presidencial de remover a los jefes de las Fuerzas Armadas, se sacó del texto constitucional lo relativo al sistema electoral y se quitaron atribuciones al Consejo de Seguridad Nacional, órgano que podía ejercer una inusitada influencia sobre el poder civil.

13. En 1989, en ocasión de las negociaciones entre la derecha y la coalición de centro-izquierda se acordaron 54 reformas a la Constitución.

14. De acuerdo con el Censo de 2002, 4,6% de la población chilena se considera indígena. Diez años antes, sin embargo, los datos arrojaron una población de casi 10%. En tanto es imposible que haya disminuido a casi la mitad en una década, la explicación a esta diferencia en los resultados radica, posiblemente, en el tipo de preguntas que se hicieron en una y otra ocasión.

15. Patricia Williams, *The Alchemy of Race and Rights*, Harvard University Press, Cambridge, 1991, p. 153.

16. El «no obstante» de la frase puede estar mal utilizado; no es «a pesar» del desempeño económico del país, sino precisamente *a causa de* la estructura económica y social que Chile ha establecido que los índices de desigualdad se han elevado.

17. Se trata de la Encuesta de Caracterización Socio-Económica (CASEN), aplicada por el Ministerio de Planificación y Cooperación. Véase también, Andrés Sanfuentes, «Disminuye la pobreza, pero la distribución del ingreso sigue mal» (2004), disponible en www.asuntospublicos.org/detalle.php?id=1944, consultado el 30 de noviembre de 2005, p. 5.

18. PNUD, *Nosotros los chilenos: un desafío cultural*, Santiago, 2002, pp. 257 y ss.

19. PNUD, *El poder: ¿para qué y para quién?*, Santiago, 2004.

20. Véase Varios, *Gobierno de Lagos: balance crítico*, LOM, Santiago, 2006.

21. En los Estados Unidos, el gobierno de George W. Bush debió echar pie atrás en sus intentos por reformar el sistema de seguridad social. Entre otras cosas, influyentes medios de comunicación, como *The New York Times*, han advertido sobre las graves falencias que el sistema de pensiones chileno ha comenzado a mostrar durante los últimos años. Véase «And Now, A Word from Chile», *The New York Times*, 31 de diciembre de 2006, p. 7; «Chile's Pension Worries», *The Economist*, Londres, 10 de mayo de 2005.

22. En un estudio que midió los grados de felicidad en diversos países de América Latina, Chile, a pesar de ser el país más rico, resultó uno de los que presenta menores grados de felicidad. Se trata, además, del país «donde más pesa el dinero». Véase CimaGroup, *La felicidad en Sudamérica: perspectiva comparada*, disponible en www.emol.com/noticias/documentos/pps/felicidad_comparada.ppt, visitado el 4 de febrero de 2007. El estudio completo sobre el caso chileno se puede consultar en <http://www.cima-group.net/sitio/pics/estudios/felicidad.pdf>, visitado el 4 de febrero de 2007.

23. Chantal Mouffe, *On the Political*, Verso, Nueva York, 2005.

24. Paul Kahn, *Putting Liberalism in its Place*, Princeton University Press, Princeton, 2005, p. 253.

25. Jorge Contesse Singh, «El Parlamento en mora: algunas reflexiones sobre la función representativa del Congreso nacional», *Revista de Derecho Público*, n. 65, Universidad de Chile, Santiago, 2002, pp. 284-95.

26. Nancy Fraser, «Social Justice in the Age of Identity Politics», en Nancy Fraser y Axel Honneth, *Redistribution or Recognition? A Political-Philosophical Exchange*, Verso, Londres-Nueva York, 2003.

Las transformaciones del sujeto político en la Argentina democrática

Nuria Paola Yabkowski

Socióloga. Universidad de Buenos Aires.

La transición democrática en Argentina, que comenzó en 1983 con el gobierno de Raúl Alfonsín, implicó —en los términos utilizados por José Nun—, una nueva relación entre el régimen social de acumulación y el régimen político de gobierno. El primero de estos conceptos es entendido como un «complejo conjunto de las instituciones y las prácticas que inciden en el proceso de acumulación de capital», en el cual se incluyen la política y la ideología como partes constituyentes de la lógica económica, y ya no como elementos superestructurales asentados sobre una base preexistente.¹ Aunque no se modificaron ciertas estructuras y lógicas de la acumulación de capital durante la dictadura militar, sí se modificó su relación con las prácticas políticas e ideológicas que, entre otras cosas, legitimaban el nuevo régimen, proyectaban nuevas estrategias, resolvían ciertas contradicciones y hacían surgir otras nuevas. Si entendemos, a su vez, la democracia como un régimen político de gobierno, resulta imposible definirla en su totalidad. Se debe recurrir así a los «parecidos de familia», de modo que no se alude a una pre-noción ideal que tiende a ser alcanzada, sino más bien a un conjunto de herramientas,

prácticas y estrategias que sirven a una determinada manera de regulación de conflictos.²

Teniendo todo esto en cuenta, hablar de transición democrática implica hablar de nuevas prácticas y nuevas relaciones entre ellas. De estas, elegimos destacar lo que concierne a las «significantes», como el conjunto de prácticas discursivas que hacen la constitución del sujeto; es decir, en este artículo nos centraremos en el análisis de la creación de un tipo particular de sujeto político dentro de un orden simbólico, el cual se ha ido transformando desde el inicio de la democracia hasta la actualidad. Esta transformación, como veremos, ha derivado en la anulación de dicho sujeto. En este sentido, nos abocaremos, sobre todo, a dos instancias interrelativas: el mercado y el Estado, ya que creemos que han desempeñado un papel fundamental en la conformación del orden simbólico en la democracia argentina. Dicho orden aparece aquí como la piedra de toque que permitiría comprender cómo se produjo la reducción del campo de actividad del sujeto político, desde una acción de protesta, crítica, transformadora, capaz de cuestionar lo establecido, en definitiva, de resistir al discurso único.

Por último, nos referiremos a una cuestión que resulta central al hablar de transiciones: la estructuración del tiempo, y cómo se transforma desde el mismo comienzo de la transición democrática hasta la actualidad.

El sujeto como *subjectum*: un análisis desde el lenguaje

La revolución de la modernidad implicó cambios más que significativos en el campo del conocimiento, que necesitó de un nuevo fundamento: la instauración de un modelo de racionalización y apropiación del mundo y de las cosas. Surgió entonces el sujeto moderno cartesiano «pienso, luego existo», capaz de desterrar la contingencia y, peor aún, toda diferencia. La razón se había vuelto instrumental.³ Es el dominio racional hecho fórmula, asumido en una simetría de cálculos matemáticos y ajustándose todo en la soledad de lo mensurable. El detenimiento como premisa de la perfección, pero perfección vacía. No hay lugar para la transformación si se miden sus motivos. Es con todo esto que la instrumentalización de la razón deriva en consolidación del dominio: el esclavo interioriza los órdenes del amo, y asume la entrega total al mundo de las jerarquías y las medidas, al mundo de su ser calculable que elimina las diferencias. Luego, la autodisciplina. El sistema rige como modelo y la instrumentalización regenera las copias. El orden de lo mismo. Frente a la razón instrumental, únicamente la eficacia puede ser prerequisite de la realidad, y solo hay *subjectum*; es decir, ese ser autosuficiente, ser en sí, que se convierte en fundamento de todas las cosas, pues es el único capaz de preexistir. Así, el sujeto se tornó en *yo*, como único fundamento de la razón instrumental y del conocimiento como cálculo.

Ahora bien, ¿qué sucede cuando aplicamos estos esquemas modernos a la política? Cuando los actores políticos solo pueden constituirse como *subjectum*, es decir, como un sujeto sustancialista, ya formado, ya existente, siempre anterior a cualquier actividad social, la política se torna absolutamente improductiva, pues el conflicto —carácter constituyente de ese modo de hacer que denominamos política— solo aparecería como el medio a través del cual se bloquean o despliegan atributos esenciales ya preexistentes en ese sujeto.⁴ La política no produciría nada nuevo, sería incapaz de crear, y los acontecimientos políticos solo serían expresiones de lo preexistente.

Sin embargo, la expresión no tiene como único destino convertirse en mero vehículo, pues puede ser forma; es decir, aquello que conforma lo que expresa. Cuando la expresión es forma, no es algo vacío sino

Las transformaciones del sujeto político en la Argentina democrática

movimiento que produce y crea. Es el movimiento en el que lo expresado y la expresión se constituyen de una sola vez. Pues no existe ningún contenido previo a la forma, no hay ninguna sustancia que preexista, no hay *subjectum*, y por lo tanto, hay política.

Para comprender a los actores políticos, es necesario indagar las categorías que los producen como sujetos, los elementos que intervienen en la conformación de sus identidades, todos aquellos ingredientes históricos que se conjugan de modo tal que los sujetos aparecen como *subjectum*. Pues teniendo esto en cuenta, es posible realizar un camino de deconstrucción que nos permita devolver a la política su carácter productor. Y aquí ese camino se realizará, en parte, a través del lenguaje, entendiéndolo como un campo de lucha, la arena ideológica donde se pone en juego el sentido y la constitución de la realidad.⁵ Más específicamente, el lenguaje es el lugar donde se define qué es y qué no es político; dicho de otra forma, qué se puede transformar y qué no, qué es lo natural y lo social, qué es lo legítimo. Interesantes ejemplos al respecto expone Oscar Landi cuando analiza ciertos discursos en el retorno de la democracia en Argentina, momento en el cual todo era objeto de redefinición, especialmente aquellas cosas anuladas por la dictadura militar y que ahora había que reponer.⁶ Esa reposición se efectuaba a través del discurso, dándoles lugar a tópicos, formas, expresiones, nombres que antes habían sido acallados, una reposición que siempre implica una reelaboración y transformación.

Cualquier discurso puede ser político, aun si no habla de política. Sería una visión extremadamente reduccionista plantear que los discursos políticos son solo aquellos que hablan de temas políticos, o que son pronunciados por personas involucradas en la política. Por el contrario, los discursos políticos se entienden aquí como esos actos transformadores de las relaciones intersubjetivas que constituyen a los sujetos;⁷ es decir, estamos dando lugar a uno de los importantes aportes que realizó la pragmática lingüística, que deja de lado la concepción que solo otorga a los actos de habla el carácter de expresión de algo preexistente, para en cambio, analizarlos como actos ilocutorios, actos de habla que, al momento de decir, también hacen; cuestión que John L. Austin resumió en la idea «hacer cosas con palabras».

Una vez establecido esto, podemos comprender que estudiar el lenguaje como campo de lucha es ver cómo va en busca de la hegemonía a través de sus determinaciones y delimitaciones de los campos semánticos. Lo que se efectuó desde 1983 hasta la actualidad en Argentina es una elaboración discursiva hegemónica que implicó una redefinición del espacio público, reduciéndolo, y una científicación de la política,

delimitándola como campo de *expertise*, excluyendo con ello a la mayor parte de la sociedad. Todo ello arrastró a la sociedad a una situación de «penuria de sentido»,⁸ lo cual implicó impotencia desde una posición de pasividad, pues todo «hacer social» debe tener un sentido construido socialmente. Cuando este no existe, la capacidad para actuar se encuentra extremadamente reducida. Cuando decimos que el lenguaje es un campo de batalla en busca de hegemonía, lo que estamos introduciendo es el concepto de interpretación, entendido como una práctica, como la lucha por la producción de símbolos y sentidos, los cuales determinarán las prácticas sociales, en tanto que afectan la representación que haga de sí misma una sociedad. Pero no sería posible pensar la interpretación como práctica si no es porque, desde este enfoque, ya se ha transformado la naturaleza misma del signo. Ya no es, simplemente, el soporte de un símbolo, sino más bien «una ficción que produce *efectos materiales*»,⁹ se le ha devuelto la materialidad al signo, y con ello, la practicidad a la interpretación. Desde aquí se plantea la imposibilidad de un desenmascaramiento como finalidad, porque solo habrá máscaras de máscaras, donde cada una será una sociedad distinta. Desde esta posición teórica se puede sostener que hablar un lenguaje es una lucha en sí mismo, donde el sujeto, en vez de desaparecer bajo el manto de la pasividad, se presenta como un verdadero y completo actor. Como bien dice Eduardo Grüner, la interpretación es como la política: «o la hacemos nosotros, o nos resignamos a soportar la que hacen los otros».¹⁰

Precisamente aquí cabe hacer algunas aclaraciones, pues venimos hablando de la política sin muchas precisiones, por lo que resulta conveniente recurrir a algunas definiciones. Para Grüner, y retomando el concepto de *zoon politikon* de los griegos, «lo político» es aquella instancia antropológicamente originaria y fundacional, el espacio de una ontología práctica,¹¹ mientras que para Emilio de Ipola, es esa dimensión de contingencia inherente a lo social, que permite cuestionar el principio estructurante de una sociedad.¹² En ambos casos, resulta notorio que la categoría sirve para diferenciarse de esa otra acepción que es «la política», entendida como el ejercicio de una «profesión» específica dentro de los límites institucionales establecidos por el Estado (acepción que hasta ahora no hemos trabajado). Pero, por otro lado, y mucho más interesante, ambas definiciones apuntan a una práctica instituyente de la sociedad, donde la contingencia no puede ser borrada, al mismo tiempo que conforma un espacio dinámico siempre posible de ser transformado. Así, la conjunción que conlleva el concepto de «sujeto político» comienza a clarificarse: en su conformación interviene el orden simbólico,

nunca predeterminado. El próximo apartado intentará dar cuenta de dicho orden en la Argentina democrática.

El mercado como complejo dispositivo de poder

Para no concebir a los actores políticos como sujetos sustantivos resultaba necesario dar cuenta de los ingredientes históricos que intervienen en su conformación, una tarea difícil, ya que «las fuerzas sociales intervienen en política constituyendo sus identidades bajo la forma de sujetos».¹³ A ello se refería Louis Althusser cuando afirmaba que «la ideología interpela a los individuos como sujetos»,¹⁴ que los constituye de ese modo para que solo se reconozcan en tanto tales; pero, como bien dijo Marx, no se puede estudiar al hombre por lo que piensa de sí mismo. Ya hemos dicho algo acerca de las consecuencias que de ello se derivan, algunas ciertamente paradójicas, puesto que cuando se quiere extinguir la productividad de la política, al mismo tiempo que el sujeto se constituye, en ese mismo movimiento desaparece, pasa de ser fundamento de todas las cosas, a ser el fundamento de su propia nulidad. Ahora bien, uno de los elementos que intervienen en la conformación de estos actores políticos como sujetos es el orden en el que todo acontece; es decir, en la Argentina reciente las confluencias, conjunciones, relaciones y contradicciones que se dan entre un sistema político democrático y un Estado capitalista. Sin embargo, no puede ser este el espacio para tratar tan complejo tema, por lo que nos reduciremos a analizar algunas de las características que esa conjunción ha dejado en el nivel del orden simbólico, o sea, el conjunto de las «prácticas significantes», concepto que sirve para resaltar el trabajo de producción de sentidos heterogéneos que se relacionan y articulan entre sí para dar lugar a determinadas identidades políticas y sociales. Entendidas así, las prácticas significantes adquirirían cierta autonomía productiva, y no se derivarían como mero reflejo de las relaciones sociales. Por el contrario, y por oposición a cierto marxismo reduccionista, estas no serían esa instancia primera y originaria de la cual surge el orden simbólico, que después «retornaría» sobre ellas; sino más bien ese orden simbólico, como conjunto de prácticas significantes, operaría como constituyente de las mismas relaciones sociales.¹⁵ Solo de esta manera puede llegar a comprenderse el efecto de los discursos (en su sentido más amplio) sobre los modos de constitución de los actores políticos; solo por este camino puede estudiarse la producción de sentidos. De otra manera, estos solo preexisten para luego expresarse de uno u otro modo en distintas coyunturas, lo cual llevaría a la imposibilidad

de pensar la transformación, es decir, la política productora.

Cuando afirmamos que el orden simbólico interviene en la conformación de las relaciones sociales, indicamos que en cada uno de los discursos lo que se está poniendo en juego es el régimen de verdad de una sociedad. Esto no es ninguna novedad, pues ya el mismo Hobbes lo había dicho: la guerra de todos contra todos no era otra cosa que una guerra por el significado de las palabras, una guerra causada por la heterogeneidad de los sentidos, por la variedad de interpretaciones, mientras que el Leviatán viene a conquistar la hegemonía del sentido, a terminar con esa guerra dándole a cada palabra un único sentido y significado, a saldar la disputa interpretativa instalando un único régimen de verdad.

Ahora bien, las prácticas significantes productoras de sentidos operan dentro de complejos dispositivos de poder,¹⁶ entre los cuales el mercado ha tenido una importancia significativa en la Argentina democrática. El mercado no ha tenido ni tiene solamente una función económica en la sociedad, sino que, sobre todo, ha sido una pieza central en el reordenamiento social; ha ejercido una función normativa,¹⁷ generando un nuevo sujeto en tanto individuo privado, para lo cual ha debido desarticular los mecanismos de reconocimiento que funcionaban antes. Las identificaciones, creadas sobre la imagen de un semejante, han sido capaces de regular el comportamiento social de los individuos, ya que no solo determinan lo permitido y lo prohibido, sino, además, construyen ciertas identificaciones colectivas como positivas y otras como negativas.

En el caso del mercado, una de las identificaciones colectivas legitimadas ha sido la de «consumidores», la cual ha permitido conjugar (sin contradicciones para el sistema), la igualdad jurídica del ciudadano con la distribución desigual en la sociedad, ya que la escasez de participación política es compensada con la participación en el consumo. El problema surge cuando ni la una ni la otra resultan suficientes, de modo que las demandas se multiplican y el conflicto deja de ser latente. Sin embargo, cuando las demandas eran básicamente materiales, se leían en términos de problemas distributivos y no de modo de producción. De la misma manera, cuando las demandas apelaban y sobrepasaban las instituciones políticas generando verdaderos conflictos, se denunciaba la crisis de la democracia.¹⁸ Dicho de otra manera, el mercado ha sido muy eficaz en instaurar un discurso cuyo régimen de verdad fue capaz de articular todo diagnóstico bajo la opción orden-caos. Entendido como dispositivo de poder normativo, el mercado ha generado un individuo privado desentendido de la cosa pública, para el cual la política ha dejado de tener sentido. En otras palabras,

ha logrado desarticular los mecanismos de reconocimiento que le daban un importante lugar al sujeto político y, por tanto, un lugar posible a la transformación social, es decir, ha «des-politizado la sociedad» y «des-socializado la política».¹⁹

El Estado es una práctica significativa

Hemos mencionado varios procesos de individualización a través de mecanismos de identificación, pero falta decir que dichas identificaciones se construyen mediante la articulación de distintos «sistemas interrelativos»; es decir, a través de la manera como se relacionan las diferentes formas en que los individuos son nombrados, en tanto destinatarios de una variedad de discursos. El Estado interpela desde el mismo momento en que se presenta separado de la sociedad civil.

Esa división implica varias cosas que pueden ser enumeradas escuetamente. En primer lugar, una relación contractual que supone una de equivalencia, pues en tanto el contrato es solamente una vinculación jurídica, no hay contrato que valga si los firmantes no están en igualdad de condiciones (jurídicas), de modo que la equivalencia debe constituirse declarando a los individuos sujetos libres e iguales bajo la norma legal, prescindiendo obviamente de las desigualdades concretas y sociales. La primera interpelación del Estado es, por tanto, como sujeto jurídico. En segundo lugar, quienes firman el contrato se constituyen en pueblo, el cual para ser soberano debe conformarse como sujeto único (no puede haber más de un soberano), y así, nuevamente, el pueblo revela su existencia al margen de toda relación social, pues solo de esta manera puede desentenderse de todas las desigualdades que lo niegan como sujeto único. Con esto, la voluntad y el poder del soberano no solo son únicos, sino que además se convierten en atributos individuales, pero ahora ya no del pueblo sino del Estado, a través de una operación de inversión que subjetiva a este último y cosifica al pueblo. Así, el sujeto jurídico es ahora miembro del Estado, pero miembro subsumido y anulado bajo la «voluntad general» que él no controla.²⁰

En resumen, cuando el Estado interpela a los sujetos, los constituye, pero solo nombrándolos como miembros de una forma genérica que anula toda particularidad concreta. Esto si consideramos al Estado en tanto forma de relación social, y por ende, en cuanto práctica significativa que produce y reproduce significados de los sujetos; es decir, como el conjunto de los significados y normas de una vida en sociedad, que legitima las desigualdades cuando se presenta como mediación dentro de una sociedad dividida. Aun si

Si bien la configuración del orden simbólico y político en clave tecnocrática —comenzado durante la dictadura militar— se consolidó durante la década de los 90, en los años 80 adquirió su legitimidad democrática.

aceptáramos que las divisiones sociales no pueden ser abolidas, sino solo transformadas, la anulación del sujeto político y la improductividad de la política responden al «fetichismo del Estado», es decir, a su subjetivación, a su naturalización a través de la «limpieza» de las huellas de su producción social e histórica, y a la cosificación de los hombres que se someten a ese Estado como ente ajeno y hostil.²¹ Una sociedad dividida, si bien solo puede reconocerse a sí misma y aparecer efectivamente a través de «lo político» como organizadora del orden social, solo en el capitalismo ha adoptado la forma Estado, más precisamente, el fetichismo del Estado, que anula toda posibilidad de transformación de las relaciones sociales cuando borra las huellas de su ser como producto social. De esta manera, la conjunción de dos sistemas interrelativos como son el Estado y el mercado, ha constituido un *subjectum*, anulando al sujeto político.

El realismo político: germen de la tecnocracia democrática

El Estado no es solo una *forma*, como tampoco un conjunto de instituciones que en sus interrelaciones constituyen lo que llamamos *aparato del Estado*. Ambas concepciones resultan necesarias para poder aproximarnos a su complejidad. Un análisis más profundo debería tener en cuenta las conexiones entre ellas y cómo se afectan mutuamente; por ejemplo, las transformaciones en el nivel institucional tienen su efecto en el de la relación social que implica el Estado. Teniendo esto en cuenta, parece pertinente aclarar que, en un primer momento, el Estado surge interpelando a los sujetos como pueblo único que se constituye en soberano (para que luego esa relación sea invertida), de modo que su mecanismo de legitimación está atravesado, esencialmente, por la idea de representante del pueblo soberano. Pero luego, las transformaciones históricas que consolidaron las relaciones sociales capitalistas, implicaron la conformación de una sociedad dividida, dentro de la cual se desarrollaban luchas antagónicas. El Estado precisó de un nuevo mecanismo legitimador, que dejaba atrás la noción de soberanía para centrarse en la de mediación; o sea, el Estado se consolida como algo distinto y por encima del pueblo, capaz de mediar entre

las distintas clases y sus respectivos intereses, para proporcionarle a la sociedad su unidad. De este modo desaparece la idea de pueblo ligada a la noción de soberanía, para dejarle su lugar al nuevo par que conformarían sociedad civil²² y mediación, entendida la primera como el espacio propio de las diferencias sociales que luego serían anuladas en la unidad del Estado. Por ello decimos que este interpela a los sujetos desde el mismo momento en que se presenta separado de la sociedad civil.

Por otro lado, si bien cuestionamos esta separación como natural, no desconocemos sus efectos prácticos y reales, y esto debe tenerse en cuenta en cualquier análisis, para no creer que toda relación entre Estado y sociedad civil, en cualquier tiempo y lugar, tendrá las mismas características: no es lo mismo el Estado de Bienestar —que proveía y garantizaba beneficios sociales en relación con una sociedad cuya clase popular se reconocía casi enteramente peronista (1946-1976)—, que el Estado neoliberal que se relacionaba con una sociedad fragmentada y con identidades políticas débiles. Debido a estas diferencias, las transformaciones en el Estado a nivel de sus instituciones también repercuten en lo que denominamos «la forma Estado». Hay que realizar un análisis que tome en cuenta las dos concepciones.

Cuando en los años 90 se implementó la denominada Reforma del Estado, esta constituyó a los sujetos desde el mismo momento en que fue afectada y transformada la relación Estado-sociedad civil. La reforma administrativa (modificación del aparato estatal), las políticas de privatización y concesión, y las políticas de descentralización (la delegación de actividades en el ámbito municipal o en la misma sociedad),²³ no solo cumplirían el objetivo de reducir el papel del Estado en la economía y la producción, sino que impactarían la constitución de la sociedad civil, tanto en el nivel individual como en el de sus organizaciones. Su papel cambiaría desde el momento de la implementación de las políticas de descentralización, ya que algunas de las funciones antes atribuidas al aparato estatal fueron delegadas —ya sea por acción o por omisión— a la sociedad civil.

La reforma del Estado tuvo como uno de sus principales mecanismos legitimadores un discurso acerca de un aparato estatal obsoleto e ineficaz, que ya

no sería eficiente para llevar a cabo sus funciones; un discurso, en fin, basado en la tecnocracia. El discurso tecnocrático interpeló de tal modo a los sujetos, que terminó por aniquilarlos casi completamente, al igual que a la política o, en los términos explicados antes, a «lo político». Para comprender cómo este discurso pudo penetrar en la sociedad argentina, hay que tomar en cuenta las condiciones materiales y simbólicas que permitieron su consolidación. Nos referimos con ello a las transformaciones del mundo del trabajo que comenzaron durante la dictadura militar de 1976 y se acentuaron drásticamente en la década de los 90, las cuales dejaron en la miseria a gran parte de la población (hacia fines de la década, se llegó a una tasa de desempleo de más de 20%, y 50% de la población se ubicaba bajo la línea de pobreza). Estos cambios económicos, centrados en un proceso de desindustrialización creciente, en la terciarización y precarización del empleo y en una apertura financiera sin control, tuvieron sus efectos en la dimensión más propiamente social, destruyendo no solo los mecanismos de integración social a través del trabajo, sino también las bases de las identidades sociales (esto puede ejemplificarse en la bajísima tasa de sindicalización), lo que determinó la conformación de una sociedad fragmentada, incapaz de proveer de sentido a sus acciones, dejándola de ese modo en una situación de indefensión.

En esta sociedad la política dejó de tener sentido. Al estar, en la memoria colectiva, asociada al Estado, la caracterización de este como ineficiente derivó en una concepción de la política como inútil. Una frase de Roberto Dromi, ministro de Obras y Servicios Públicos del primer gobierno de Menem (1989-1995), puede servir de ejemplo: «Nada que deba ser estatal permanecerá en manos del Estado»,²⁴ justificando las privatizaciones de las empresas de servicios públicos, pues el discurso oficial, devenido hegemónico, esgrimía que, en manos privadas, esas empresas se volverían eficientes y dejarían de provocarle pérdidas al sector público. Este mismo discurso, pronunciado una y otra vez por los distintos miembros del gobierno, se reproducía en todos los medios de comunicación masiva (tenemos en cuenta que también la radio y la televisión pública fueron privatizadas al comienzo del gobierno menemista), pero con un agregado de no poca importancia, cuyo resumen sería el siguiente: un Estado «grande» no solo es ineficiente, sino también corrupto. La corrupción quedó inmediatamente asociada a la política, y ya no podía haber política sin corrupción, de modo que era necesario eliminar ambas y dejar la administración en manos de técnicos supuestamente neutrales y desinteresados. Un buen ejemplo de cómo este discurso interpeló a los sujetos, serían las elecciones

presidenciales de 1999. La coalición entre Unión Cívica Radical y FREPASO, que dio lugar a la ALIANZA, triunfante en las elecciones, centró su campaña en la integridad moral de sus candidatos, prometiendo que en el nuevo gobierno ya no habría actos de corrupción, pero en ningún momento cuestionó las bases del modelo económico que provocó la pauperización de millones de personas. Era imposible, por ejemplo, que se cuestionara el modelo de convertibilidad.²⁵ Otro ejemplo, pero de índole más compleja, fue la frase que resonó una y otra vez durante los acontecimientos de 2001: «Que se vayan todos», que puede ser interpretada como la expresión más llana del fin de la política, pues ese «todos» no distinguía, las diferencias solo dentro del espectro político, sino también entre la política (como campo de acción transformadora) y el ejercicio de la política menemista neoliberal.

Sin embargo, este discurso tecnocrático tan fuerte durante los años 90, no fue tanto una novedad o algo completamente distinto de lo que venía ocurriendo en los años anteriores, sino más bien la forma consolidada y extrema de un discurso que ya había comenzado, en 1983, con el retorno de la democracia.²⁶ En ese entonces, la discusión giraba en torno al «realismo político»; es decir, a la lectura de una situación política considerada precaria, a una democracia nueva siempre amenazada; en fin, a la construcción de un orden político que debía tener en cuenta cuál era su punto de partida.²⁷ Ser realista, en política, se transformó en una constante referencia a «lo posible», lo cual puede leerse como el inicio de un discurso tecnocrático y, más precisamente, como el comienzo de lo que luego será llamado en los 90, «el discurso único». Se instaló así la referencia a un «principio de realidad», que postulaba que esta era una objetividad científicamente definible, entronizando el «saber científico» y desplazando la política. Un saber típicamente moderno, donde la razón, como vía de conocimiento, había sido completamente instrumentalizada, reduciendo el mundo a una entidad medible y calculable a través de una operación de identificación absoluta del concepto con la cosa,²⁸ y toda exterioridad a la inexistencia. Aquello que no entrara bajo la dominación del concepto, quedaba marginado al terreno de la imaginación. En el caso específico de la política, eso significaba el destierro hacia la utopía, lugar de las ficciones, los sueños y, por supuesto, lo imposible.

Había que ser realista, moverse en el ámbito de lo posible, aunque ese espacio fuera definido por una razón instrumentalizada y dominante que permitía, eso sí, reducir la incertidumbre. Pero hablamos de reducción y no de anulación, ya que la incertidumbre no es otra cosa que un rasgo constitutivo de la interacción política, y más propiamente de la democracia. Si no se puede anular la incertidumbre, siempre se intentará llevarla

hasta su mínima expresión mediante una construcción artificial y precaria; o sea, a través de la construcción de un orden social que permite estructurar el tiempo de tal forma, que podamos sentir continuidad. La política, como forma de estructurar el tiempo social, aun cuando se la quiso anular bajo el saber cientificista, estuvo presente. El proceso de democratización fue un modo particular de estructurar el tiempo, ya que implicaba establecer una relación con un pasado difícil y horrible, para muchos absolutamente insoportable. Fue una forma de reducir la incertidumbre controlando el tiempo. Pero este es tiempo social y, por lo tanto, no es uno, sino múltiples y heterogéneos, los cuales intentan ser conjugados en el orden social, que muchas veces —y ahí aparece el problema— se abroga el monopolio de la temporalidad social.²⁹

Se entiende así que quien tiene la posibilidad de estructurar el tiempo, tiene poder, ya que el tiempo es —y lo fue especialmente durante el proceso de democratización en Argentina— un bien escaso. En ese momento, ser realista era no solamente establecer qué era lo posible, sino también establecer cuáles eran las prioridades, pues hacer todo era simplemente «imposible». En este marco, el discurso que construía lo posible siempre lo hacía en referencia a ese «principio de realidad» que apelaba a un saber científico indiscutible, lo cual derivaba en la construcción de una realidad apenas transformable. Aunque en los 90 adoptó una forma extrema, fue en los 80 que comenzó ese proceso de anulación del sujeto político, a través de un desplazamiento de la política como instancia absolutamente improductiva. Como dijo Oscar Landi, allí empezó la des-socialización de la política y la des-politización de la sociedad. Podríamos decir que lo que ocurrió fue un proceso de fetichización de la decisión política, pues el discurso construyó una realidad donde las alternativas eran definidas de antemano, de modo que la decisión, que se plantea como elección entre alternativas dejó de ser expresada en términos políticos. Siguiendo a De Ipola, se anuló el rasgo constitutivo de la decisión política, el cual consiste en que es ella misma la que instituye cuáles son las alternativas.³⁰ Y precisamente aquí vuelve a aparecer el mercado como complejo dispositivo de poder con su poder normativo, pues al desplazarse la política y poner en su lugar el mercado, este estableció que las únicas alternativas eran: orden o caos.

Conclusión

Hemos intentado dar cuenta de algunos de los fundamentos que subyacen en la tecnocracia, o más

precisamente, en la concepción tecnocrática de la política, con especial énfasis en las consecuencias que tuvo para la construcción de un orden simbólico. Tanto el Estado como el mercado son mucho más que lo que postula el pensamiento neoliberal, pues en este mientras el primero es reducido a un aparato administrativo neutral que solo debe ejecutar, el segundo se consolida como el mecanismo natural, capaz de regular del mejor modo las relaciones, intercambios y distribuciones en materia económica. Por el contrario, ambos cumplen una función fundamental a la hora de conformar el orden social y simbólico dentro del que se construyen los sujetos como tales. En tanto complejos dispositivos de poder, tienen la capacidad de interpelar a los sujetos de un modo muy particular: constituyéndolos como individuos privados. Ambos mecanismos lograrían intervenir en la conformación de un orden simbólico en el cual, en un mismo movimiento, se anula a la política, al sujeto político y a su capacidad transformadora.

Si bien la configuración del orden simbólico y político en clave tecnocrática —comenzado durante la dictadura militar— se consolidó durante la década de los 90, en los años 80 adquirió su legitimidad democrática. Ello no debe ser pasado por alto si se quiere comprender lo que sucedió después en Argentina.

Uno de los mecanismos que configuran el orden simbólico es la estructuración del tiempo. La pregunta que ahora surge es cómo se estructura el tiempo en la actualidad, sobre todo, teniendo en cuenta los acontecimientos sucedidos en Argentina en diciembre de 2001, momento en el cual una gran cantidad de personas se movilizó en las calles de distintos lugares del país, en principio, como respuesta al estado de sitio declarado por el presidente de la nación. Se exigió su renuncia, a lo cual el gobierno respondió con el aparato represivo del Estado, y causó la muerte de varias personas. Estos acontecimientos derivaron en la renuncia del presidente De la Rúa y en una sucesión paródica de varios presidentes interinos (cinco en una semana), ya que el vicepresidente Carlos Álvarez, había renunciado casi al comienzo de la gestión. Ello generó inmediatamente una serie de preguntas en el campo de las ciencias sociales acerca de si comenzaba una nueva etapa en la historia argentina, y si efectivamente el año 2001 podía considerarse un momento «bisagra». En otras palabras, y traduciéndolo a los términos que aquí nos conciernen, si era posible pensar que estábamos en una nueva etapa de transición. Las interrogantes se formulaban de la siguiente manera: ¿transición hacia qué, hacia dónde? ¿Qué nueva forma empezaba a adquirir la concepción del tiempo político?

Mientras en la etapa de la transición democrática en Argentina, el tiempo se presentaba, sobre todo, como un bien escaso, en la actualidad, bajo la presidencia de Néstor Kirchner, se reformula como la necesidad de *recuperar un tiempo perdido*. Ello puede visualizarse especialmente en el campo de los derechos humanos, donde los discursos se centraban alrededor de un núcleo que ubicaba a la justicia y al fin de la impunidad como algo demasiado postergado, de modo que el trabajo consistía en recuperar ese tiempo perdido. Sin embargo, y aunque la necesidad de justicia por los crímenes de lesa humanidad cometidos por la dictadura militar resulta algo innegable, este modo de estructurar el tiempo como recuperación de un tiempo perdido se asienta sobre un discurso configurador de un orden simbólico que continúa impidiendo el surgimiento genuino del sujeto político. Esto es así debido a que en este discurso la única referencia posible a la década de los 90 aparece en términos de una «mala herencia». Lo único visible son sus consecuencias nefastas de hambre, miseria, desocupación, denigración de la salud y la educación, entre otras, con las cuales el actual gobierno debe lidiar, *a pesar de no haberlas provocado, a pesar de «no estar ahí»* cuando todo comenzó.

Cuando las cosas se presentan de esta manera, no solamente la clase política dirigente se desentiende de su participación en ese proceso de decadencia, en el intento de construirse una imagen política, sino que, más importante aún, se destruye toda noción de proceso. La década de los 90 se concibe como una «etapa oscura» que no tiene ni origen ni final, ni por qué ni para qué; es solo un gran vacío en la historia argentina, que ha tenido sus consecuencias, aunque no se sabe muy bien por qué, ya que resulta imposible ligarla o religarla a cualquier otra etapa, excepto en términos de «mala herencia». Dicho de otro modo, los 90 se han fetichizado, pues se ha perdido toda noción de que esa época no fue otra cosa que el resultado de un *proceso* social y político. Se ha frustrado así toda posibilidad de «nombrarlo».

Este es uno de los polos del discurso, pero no el único. Del otro lado encontramos una referencia constante a los años 70, como momento de lucha, activación social y política, movilización popular, resistencia, y transformación. Sin embargo, esta referencia —que a primera vista parece productiva en relación con la formación de una cultura política del cambio—, se convierte en algo completamente nulo e improductivo cuando se la configura como mito. Así, la configuración mítica de los 70 pierde su espacio en el tiempo en tanto que se la sitúa como momento originario, un origen fuera de todo tiempo social. Se pierde de este modo, una vez más, el sentido del proceso.

El orden simbólico constituido alrededor de este discurso que oscila entre lo «innombrable» y el mito, anula en un solo movimiento el pasado y el futuro, excluye todo pensamiento de la génesis, dejando solamente el presente. Un tiempo presente, que podría contener dentro de sí toda la potencia de la transformación, se convierte en una momia petrificada, en algo inhabitable para el sujeto político, pues este no sería capaz de sobrevivir un solo minuto allí donde todo comienza una y otra vez desde cero. El cineasta Luis Buñuel ha relatado de una forma extraordinaria cuáles son las posibilidades de disfrutar exactamente lo mismo con un interés siempre renovado: «Durante los últimos diez años de su vida, mi madre fue perdiendo poco a poco la memoria. A veces, cuando iba a verla a Zaragoza, donde ella vivía con mis hermanos, le dábamos una revista que ella miraba atentamente, de la primera página a la última. Luego, se la quitábamos para darle otra que, en realidad, era la misma. Ella se ponía a hojearla con idéntico interés».³¹ En pocas palabras, solo es posible que lo mismo se presente como algo distinto, si se expone a un sujeto sin memoria, pero el sujeto político, o tiene memoria, o no es.

Más allá de esta breve caracterización del momento actual, que parecería indicar que nada o pocas cosas han cambiado, es necesario observar también que las cosas no son iguales. Polarizar la discusión hacia una u otra postura sería desconocer que el lugar de la política es un espacio de tensiones, y por ello mismo, el sujeto político está siempre haciéndose y deshaciéndose; en algunos momentos tendiendo a desaparecer y en otros surgiendo claramente. La época analizada en este artículo fue el tiempo del desvanecimiento del sujeto político, de su anunciada muerte, pero nunca de forma total. En la actualidad hay ciertos indicios que podrían permitirnos afirmar que tal sujeto está luchando por constituirse otra vez. Uno de estos indicios se encuentra en los nuevos movimientos sociales,³² pues aunque durante mucho tiempo fueron caracterizados como esencialmente antipolíticos por tener una metodología de protesta que perturbaría el orden social (en vez de recomponerlo), y por buscar beneficios sociales del Estado que solo paliarían la desesperada situación económica de sus miembros (en vez de intentar transformar el modelo socioeconómico que los colocó en esa situación), hoy en día se reconoce su participación en términos políticos.

Jacques Rancière explica que la «lógica política» es aquella que subvierte la «lógica policial», entendida esta como la que distribuye los cuerpos y las funciones dentro de un determinado orden. Subvertirla implica entonces un momento de desplazamiento de los cuerpos, una desunión de las identidades frágiles y contingentes, pero eficazmente fijadas dentro del orden policial. La

política es el momento del «desacuerdo» fundamental acerca de quién es «parte», la ligazón de lo desligado y la cuenta de los incontados. Es el conflicto fundamental, porque define quién es parte de la comunidad política. Esa definición es problemática, porque no abarca una cuestión de contenidos, sino más bien, de formas. La comunidad política aparece como tal cuando se introduce un litigio, una distorsión, acerca de la cuenta de sus partes, cuando esa cuenta es siempre errónea porque lo que ha emergido es la parte de los sin parte, la que inaugura el espacio vacío y el tiempo muerto, la que desplaza a los cuerpos de la naturalidad de sus funciones y de la identificación evidente. Se inaugura cuando el litigio es acerca de la existencia misma del litigio.³³ Los nuevos movimientos sociales, a través de sus prácticas y sus intervenciones, han inaugurado ese litigio desde el mismo momento en que dejaron de ser solamente pobres, para pasar a ser piqueteros, cuando la denominada cuestión social dejó de ser solo un problema social para pasar a ser también político, y cuando finalmente se constituyeron en actores; en resumen, cuando provocaron una distorsión en la lógica policial de las identificaciones evidentes.

Retomemos los «sistemas interrelativos» antes analizados: el mercado y el Estado, para ver cómo se relacionan con estos nuevos movimientos sociales. Excluidos como están del mercado laboral, e imposibilitados, por sus condiciones materiales de existencia, de ser interpelados por el mercado en tanto consumidores e individuos privados, lo fueron por el Estado a través de las políticas focalizadas de asistencia. Podría parecer que no hay ninguna posibilidad de que se constituyan en sujetos políticos, por lo menos teniendo en cuenta este modo de interpelación (ya que se constituirían como receptores de estas políticas, es decir, sujetos pasivos). Sin embargo, aunque una vez más la relación con el Estado aparece como limitadora de la constitución de los movimientos sociales como sujetos políticos, al mismo tiempo esta relación implica una interpelación en tanto colectivo, y ya no como individuo privado. Para recibir los beneficios de estas políticas, han debido organizarse, conformar una asociación civil y reclamar en conjunto. Y de este modo de organización, que en un principio solo se relacionaba con la lucha por la subsistencia, surgieron nuevas identidades, solidaridades, relaciones sociales, y particularmente lo que aquí nos interesa: una nueva politicidad. No pretendemos desconocer los límites de esta politicidad propia de los nuevos movimientos sociales, pero tampoco sus potencialidades. Así como son capaces de provocar una distorsión en el orden constituido, no debemos olvidar que el objetivo de los «sin parte» no es otro que integrarse, formar parte de la comunidad; es por ello que el problema aparece

cuando se pregunta no solo a qué tipo de orden se integra, sino en condición de qué. Y esta nueva politicidad corre el riesgo de integrarse en tanto excluida. Sin embargo, es solo una posibilidad y no una consecuencia necesaria. Pensar en estos términos es ver la política como tensión, y al sujeto político en constante cambio, sufriendo todo tipo de transformaciones, algunas de las cuales pueden desencadenar el proceso que llevaría a su desaparición.

En síntesis, pensar las transiciones en la era democrática argentina, implica repensar el proceso histórico de descomposición y recomposición del sujeto político en su dimensión práctica y simbólica.

Notas

1. José Nun, «La teoría política y la transición democrática», en José Nun, Juan Carlos Portantiero comp., *Ensayos sobre transición democrática en la Argentina*, Puntosur, Buenos Aires, 1987, p. 37.
2. *Ibidem*, p. 9.
3. Theodor Adorno, Max Horkheimer, *Dialéctica del Iluminismo*, Sur, Buenos Aires, 1971.
4. Oscar Landi, «Sobre lenguajes, identidades y ciudadanías políticas», en Norbert Lechner, comp., *Estado y política en América Latina, Siglo XXI*, México, DF, 1983, p. 176.
5. Mijail Bajtín/Voloshinov, *El marxismo y la filosofía del lenguaje*, Alianza, Madrid, 1992.
6. Oscar Landi, *Reconstrucciones. Las nuevas formas de la cultura política*, Puntosur, Buenos Aires, 1988.
7. *Ibidem*, p. 206.
8. Jürgen Habermas, *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*, Amorrortu, Buenos Aires, 1973.
9. Eduardo Grüner, «Foucault: una política de la interpretación», en Michel Foucault, *Nietzsche, Freud, Marx*, El Cielo por Asalto, Buenos Aires, 1995, p. 22.
10. *Ibidem*, p. 13.
11. Eduardo Grüner, «La tragedia o el fundamento perdido de lo político», en Atilio Borón, comp., *Teoría y filosofía. La recuperación de los clásicos en el debate latinoamericano*, CLACSO, Buenos Aires, 2002, p. 21.
12. Emilio de Ipola, «Acción, decisión, sujeto», *Fractal*, a. 4, v. V, n. 19, Buenos Aires, octubre-diciembre de 2000, pp. 79-96.
13. Oscar Landi, *Reconstrucciones...*, ed. cit., p. 209.
14. Louis Althusser, «Ideología y aparatos ideológicos del Estado», *Posiciones*, Anagrama, Barcelona, 1977.
15. Oscar Landi, «Sobre lenguajes...», ed. cit., p. 180.
16. Los dispositivos de poder son formaciones históricas, conjuntos heterogéneos de discursos, reglamentaciones, leyes, enunciados científicos y filosóficos, etc, que se articulan de distintas maneras, cambiando de posición y función, de modo que puedan responder a una urgencia, función que les otorga una posición estratégica dominante. *Ibidem*, p. 176.

17. Guillermo O'Donnell, «Democracia, ciudadanía y estado», en Adam Przeworski, comp., *Democracia sustentable*, Paidós, Buenos Aires, 1998.

18. Norbert Lechner, *Estado y política en América Latina*, Siglo XXI, México, DF, 1983, p. 316.

19. Oscar Landi, «Sobre lenguajes...», ed. cit., p. 179.

20. Norbert Lechner, ob. cit.

21. Norbert Lechner, «Aparato de Estado y forma Estado», en Julio Labastida Martín del Campo, comp., *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*, Siglo XXI- UNAM, México, DF, 1985.

22. Entendemos por sociedad civil la esfera en la cual los individuos se relacionan por fuera de las instituciones estatales, no implicando ello que tales relaciones no sean políticas; sino, por el contrario, la sociedad civil puede ser entendida como un campo de lucha, tal como lo hacía Gramsci.

23. Isidoro Felcman, *Reforma del Estado*, Galerna, Buenos Aires, 1992.

24. Hasta el día de hoy se discute si esta frase fue un acto fallido (queriendo decir en realidad «nada que deba ser privado permanecerá en manos del estado»), o simplemente un acto de sinceridad cínica.

25. El modelo de convertibilidad implementado en 1991 establecía la paridad por ley entre el peso y el dólar, y fue una de las políticas económicas que contribuyó al proceso de desindustrialización, ya que a las industrias nacionales les resultaba imposible competir con los bajos precios de los productos importados, lo que las llevó al cierre, dejando a miles de personas sin empleo. Por otro lado, esta ley dejó al Estado argentino sin capacidad de realizar políticas monetarias, y dependiente exclusivamente de las divisas que entraban vía exportaciones, anulando de este modo uno de los mecanismos esenciales de planificación de la economía nacional.

26. Cuando decimos que el discurso tecnocrático ya había comenzado en 1983, no estamos olvidando su instalación durante la dictadura militar que comenzó en 1976, sino haciendo referencia a su comienzo ya legitimado democráticamente.

27. Un ejemplo de ello es la aceptación social que tuvieron las leyes de «Obediencia debida» y «Punto final», promulgadas durante el gobierno de Alfonsín, las cuales proporcionaban impunidad a los represores en la dictadura militar, exceptuando a las Juntas Militares. Estas fueron enjuiciadas y condenadas, pero indultadas durante el primer gobierno menemista. Tales leyes fueron el resultado de una negociación entre el gobierno de Alfonsín y los militares

Las transformaciones del sujeto político en la Argentina democrática «carapintadas», quienes en la Semana Santa de 1987 se sublevaron, amenazando la recién instalada democracia. La aceptación social de estas leyes devino de la forma en que fueron presentadas por el gobierno, es decir, como *la única solución posible* para conservar el orden democrático.

28. Theodor Adorno, Max Horkheimer, ob. cit.

29. Norbert Lechner, *¿Qué es el realismo en política?*, Catálogos Editora, Buenos Aires, 1987.

30. Emilio de Ipola, ob. cit.

31. Luis Buñuel, *Mi último suspiro (Memorias)*, Plaza & Janés, Barcelona, 1983, p. 13.

32. Los que hoy se denominan nuevos «movimientos sociales» son, por un lado, los de los «piqueteros», desocupados que implementaron como metodología de protesta el corte de ruta. Por otro lado, son las organizaciones barriales que empezaron a conformarse tras la toma de tierras fiscales para construir viviendas precarias, y que hoy son asentamientos o villas. Ambos tipos de organización tienen un anclaje territorial y una particular relación con el Estado, ya que lo que reclaman y obtienen de él son beneficios sociales derivados de políticas focalizadas contra la pobreza (bolsas de alimentos, ayuda para los comedores comunitarios, material para viviendas). Es debido a las características de esta relación que, para muchos científicos sociales, carecen del componente político, pues son vistos simplemente como seres que luchan por su supervivencia, y que se encuentran atrapados bajo las redes «clientelares», que impedirían no solo cualquier movimiento autónomo, sino también cualquier formulación de un proyecto de transformación social. Para un desarrollo más extenso de esta cuestión véase Svampa Maristella, comp., *Desde abajo: la transformación de las identidades sociales*, Biblos, Buenos Aires, 2000; Svampa Maristella y Pereyra Sebastián, *Entre la ruta y el barrio: la experiencia de las organizaciones piqueteras*, Biblos, Buenos Aires, 2003; Merklen Denis, *Pobres ciudadanos: las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*, Gorla, Buenos Aires, 2005.

33. Jacques Rancière, *El desacuerdo. Política y filosofía*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1996.

© TEMAS, 2007

Centroamérica: retos, conflictos y perspectivas en el siglo XXI

Manuel Orozco

Economista. Diálogo Interamericano, Washington DC.

La región centroamericana ha atravesado un período de guerra y violencia en los últimos cincuenta años y experimentado una inestabilidad política desde el comienzo de su historia republicana. Quince años después de las guerras de la década de los años 80, el estado de transición democrática y estabilidad económica demuestran que el proceso de cambio político y social ha sido lento, y aún subsisten grandes debilidades que impiden a las instituciones transformarse e influir en el cambio. Este artículo analiza los distintos retos estructurales y circunstanciales para la gobernabilidad después de las guerras en la región.

Principales retos

Centroamérica ha profundizado su transición hacia la democracia desde comienzos de los años 90, con la adopción de acuerdos de paz, la celebración de elecciones, la reconciliación nacional y un mayor compromiso para la protección de los derechos humanos. Sin embargo, la democracia y los derechos humanos continúan enfrentando grandes desafíos que

impiden alcanzar avances significativos. Entre ellos están el lento crecimiento macroeconómico, la continuada desigualdad social, la fragilidad de las instituciones estatales, la fragmentación de los partidos políticos, el caudillismo, lo incipiente de las instituciones sociales, la creciente inseguridad y la vulnerabilidad frente a los desastres naturales.

Crecimiento económico

Los países centroamericanos han intentado enfrentar los desafíos de la globalización incrementando su crecimiento económico mediante un mayor comercio e inversión; sin embargo, las tasas de crecimiento siguen siendo bajas y en los pocos casos en que se han incrementado no han podido ser sostenidas.

El resultado ha sido una lenta recuperación económica. A las perspectivas de crecimiento cabe añadir que el bajo rendimiento económico ha caracterizado históricamente a la región. En los últimos cuarenta y cinco años, el Producto Interno Bruto (PIB) per cápita no ha logrado duplicarse en la mayoría de los países centroamericanos. No menos importante es

el hecho de que menos de 25% de la población gana el equivalente al PIB per cápita. Por lo tanto, la población continúa enfrentando serias dificultades económicas que representan un desafío para la supervivencia.

Desafíos políticos

Además de las realidades económicas, existen múltiples y complejos problemas políticos. La administración judicial es ineficiente, selectiva y subordinada a la influencia de líderes políticos, lo cual conduce al abuso de autoridad y la corrupción política. Hay falta de transparencia, especialmente en la ejecución de obras públicas, y poca responsabilidad por parte del Estado. Más aún, los partidos políticos carecen de institucionalismo democrático y excluyen sectores representativos como los jóvenes, las mujeres y las minorías étnicas. Los líderes de estos partidos gravitan hacia el oportunismo político, no atienden las necesidades sociales y protegen el *status quo* tradicional y el caudillismo, a expensas de las prioridades nacionales. El tejido social permanece débil, al punto de que las organizaciones sociales como las ONG a menudo no pueden sostenerse por sí mismas. La calidad de las instituciones sociales, incluso tan importantes como los medios de comunicación, está determinada por la concentración de mercado, el control estatal y una profesión periodística en desarrollo.¹

El marco político regional y nacional

Además de cuestiones económicas y políticas nacionales, es importante hablar del estado de integración regional. Los obstáculos para una región integrada y coordinada representan otro de los desafíos para la cooperación internacional en Centroamérica. A pesar de que la comunidad internacional y las naciones del istmo están de acuerdo en que el futuro de la región depende de la integración política y económica, los esfuerzos institucionales para iniciarla han progresado muy poco.

Los líderes centroamericanos han fomentado la integración como un medio de mejorar los resultados en distintas áreas, y aquella se ha materializado principalmente en tres esferas. Primero, han apoyado la creación y la renovación de instituciones regionales, en particular el trabajo del Sistema de Integración Centroamericana y del Parlamento Centroamericano. La promoción de cumbres de alto nivel (trece desde 1998), reuniones ministeriales en áreas sectoriales, como el Consejo Centroamericano de Ministros de Salud, y la reforma de la Corte de Justicia Centroamericana, representan avances hacia la integración regional.²

Segundo, ha habido una revitalización de la cooperación regional a partir de la versión moderna del Mercado Común Centroamericano, nacido en 1960. Por último, la expansión de la región como bloque comercial en el hemisferio es otro paso importante hacia la integración, principalmente después de la firma del Tratado de Libre Comercio (TLC), y los acuerdos comerciales de El Salvador, Honduras, Nicaragua y Guatemala, en 2006.

Sin embargo, los esfuerzos en el ámbito institucional han sido lentos e incompletos. Los líderes no quieren otorgar más poder a las nuevas instituciones como el Secretariado del Sistema de Integración Centroamericana (SICA), el organismo central que define la orientación de la integración regional, o el Parlamento Centroamericano. En una reunión consultiva regional en marzo de 2001, los líderes centroamericanos no fueron capaces de convencer a miembros de la comunidad de donantes internacionales de su visión y deseo de trabajar en proyectos regionales. De modo que el trabajo institucional del SICA se ha visto limitado. No obstante, la reciente iniciativa de reformar el Tratado Constitutivo pudiera ser un indicador de los esfuerzos para fortalecer las instituciones regionales, si es aprobada por las legislaturas nacionales y apoyada por los presidentes centroamericanos que lideran el SICA.

La cooperación comercial de la región ha sido variada. A pesar de que algunas firmas han realizado operaciones regionales —por ejemplo, la aerolínea Taca, la cadena de comida rápida Pollo Campero, y los grupos bancarios o de negocios como el Grupo Poma—, faltan esfuerzos por intensificar el comercio regional. Los intentos por crear condiciones para el libre mercado han tenido implementaciones desiguales, ya que algunos países han dado más pasos que otros para la liberalización. También varios gobiernos han sido más lentos que otros en eliminar regulaciones de sus economías o en reducir los aranceles comerciales, aunque estos se han reducido de manera significativa: de 22% en 1986 a 7% en 1999.³ El comercio regional también ha mejorado en años recientes, incrementándose de 18% en 1991 a casi 27% en 2003; sin embargo, la pregunta es si tal incremento es suficiente y sostenible a la luz de la implementación del TLC en la región.⁴

Estas tendencias sugieren que los países centroamericanos carecen del consenso necesario para forjar una visión regional, aunque estén a favor de la liberalización del comercio. De hecho, el establecimiento de un tratado de libre comercio con los Estados Unidos demuestra que hay mayor interés por integrarse en la economía global, que por la integración de la región. Dado que aún no ha pasado un año desde la implementación del TLC en cuatro países centroamericanos, no están claras las repercusiones que tendrá en el comercio intrarregional, aunque es posible

que la atención se enfoque más en el comercio fuera de la región que dentro de ella.

Los defensores del TLC argumentan que el tratado llevará a una mayor inversión estadounidense en las industrias centroamericanas, estimulará el crecimiento económico y generará empleos, y existen algunas evidencias de que el tratado represente beneficios económicos para la región. Nicaragua y Costa Rica han tenido un incremento en las exportaciones de 30% y 20%, respectivamente, desde la implementación del TLC. Sin embargo El Salvador, Guatemala y Honduras han visto decrecer sus exportaciones, que en el caso de El Salvador llega a casi 20%.⁵ Aunque, en su conjunto, este descenso se debe principalmente al creciente déficit en el sector agrícola, las industrias agrícolas particulares reportan un crecimiento en sus ventas, y los datos indican que las exportaciones de El Salvador a los Estados Unidos aumentaron en 66,5 millones de dólares en la primera mitad de 2006.

Sin embargo, como han dicho los críticos, los datos reflejan que el aumento de las exportaciones se concentra en un número limitado de sectores. Además, en tanto parecen haber disminuido en tres de los países centroamericanos desde la implementación del TLC, las importaciones han aumentado, y en el caso de Guatemala el aumento ha registrado la dramática cifra de casi 26%. Por lo tanto, el TLC ha traído hasta la fecha crecientes desbalances comerciales en varios países de la región.⁶ Dada la preocupación de los críticos por los déficit crecientes, que favorecen a los grandes exportadores en sectores específicos, y aumentan el desempleo y los impactos negativos en los derechos laborales, el Tratado ha desencadenado amplias protestas en varios países centroamericanos, y muchas de estas preocupaciones parecen ser válidas con respecto al impacto económico del TLC. Aunque los impactos del Tratado son variados, y se necesitan más datos para ilustrar si será un éxito o un fracaso para la región, los países centroamericanos deben buscar enfoques creativos para extender las ganancias a los distintos sectores y llegar a un acuerdo que no solo tenga un valor simbólico, sino también ganancias económicas para la sociedad centroamericana.

Los conflictos fronterizos representan otro de los obstáculos para la cooperación regional. Varios países centroamericanos enfrentan importantes disputas territoriales que amenazan el futuro de la integración política y económica. Las tensiones entre Nicaragua y Costa Rica sobre el Río San Juan continúan debilitando las oportunidades de mejorar las relaciones bilaterales. El conflicto marítimo entre Honduras y Nicaragua no solo amenaza la cooperación, sino ha despertado preocupaciones sobre el tráfico ilegal de armas, con el alegato de que Honduras busca un rearme. El reciente

enfrentamiento entre El Salvador y Honduras sobre una disputa territorial, que parecía haber terminado en 1992, amenaza nuevamente las relaciones diplomáticas. Finalmente, el diferendo entre Guatemala y Belice demuestra la naturaleza conflictiva de la región, y constituye un desafío a la cooperación y la estabilidad regional.⁷ Sin embargo, mientras que las disputas territoriales de Nicaragua con Costa Rica y Honduras, y las recientes tensiones entre Honduras y El Salvador se han estancado o empeorado, el conflicto fronterizo entre Guatemala y Belice se ha suavizado en años recientes, gracias a las mediaciones de la OEA. Quizás este gesto hacia la solución de ese conflicto fronterizo pueda brindar un ejemplo positivo a otros países centroamericanos enfrascados en disputas territoriales que amenazan la estabilidad y la cooperación regionales.

Respecto a la sociedad civil, hay un gran vacío de redes o instituciones con el propósito de desarrollar estrategias unificadas, aplicables a todos los países con el fin de responder a los intereses urgentes, nacionales o regionales. Hay pocos centros regionales de investigación y apoyo. Irónicamente, los más activos (Funpadem, CIDH, Procesos), son de origen costarricense, el país que más se ha resistido a la idea de la integración centroamericana.

Por tanto, la previsión de modelos regionales requiere una creatividad realista, que reconozca las debilidades de los esfuerzos integracionistas, pero a la vez promueva el diálogo y la cooperación entre las instituciones políticas y sociales. Este diálogo debe estar arraigado en el intercambio de experiencias e intereses comunes, y el intento de coordinar soluciones regionales. Si bien ha habido algunos movimientos recientes en este sentido, no se evidencia mucha eficacia en las acciones, y existen, por demás, presiones que amenazan la integración. La formación de redes regionales es un paso importante, pero estas deben estar acompañadas por una visión de modelos y estándares aplicables a toda la zona.

La reducción de la pobreza y el marco macroeconómico: políticas y reformas sectoriales

Una de las mayores limitaciones para el desarrollo en Centroamérica es la pobreza, en parte asociada a la desigualdad en los ingresos, además de a limitaciones históricas. Como promedio, 37% de los centroamericanos son pobres, y 18% extremadamente pobres, viviendo con 2 dólares y 1 al día, respectivamente.⁸

En cada país de Centroamérica, los gobiernos han buscado vías para enfrentar sus problemas económicos crónicos. Además, la comunidad internacional ha apoyado cambios específicos respecto al mejoramiento

económico. Durante la Cumbre Mundial para el Desarrollo Social, celebrada en Copenhague en 1995, se reafirmó la reducción de la pobreza como un objetivo mundial, y en septiembre de 2000 este compromiso fue renovado cuando 191 naciones adoptaron las Metas de Desarrollo del Milenio, de la Organización de Naciones Unidas.

Población centroamericana viviendo en la pobreza y en la extrema pobreza (%), 2004

País	Pobreza (\$2/día)	Extrema pobreza (\$1/día)
Costa Rica	7,5	2,2
El Salvador	40,6	19,0
Guatemala	31,9	13,5
Honduras	44,0	20,7
Nicaragua	79,9	45,1
Panamá	17,1	6,5

Fuente: Banco Mundial, *Indicadores de Desarrollo Mundial*, 2006.

Además, las condiciones económicas y el alto nivel de endeudamiento de Honduras y Nicaragua los obligaron a firmar los compromisos de reducción de la pobreza, como parte del grupo de Países Pobres Altamente Endeudados (HIPC, por sus siglas en inglés), del Fondo Monetario Internacional (FMI). Los acuerdos exigieron la conformidad con las estrategias de reducción de pobreza hasta 2004 y 2005, respectivamente. En el caso de Nicaragua, la conformidad fue restringida por la recesión internacional y la crisis del café. En el segundo informe al FMI, el gobierno nicaragüense expresó sus intenciones de reducir la pobreza y el déficit fiscal y aumentar servicios sociales como la educación y la salud, al mismo tiempo que afrontaba obstáculos políticos en el sistema judicial, relacionados con la corrupción y en particular la deficiencia de este sistema. El gobierno reconoció, además, que el período de ejecución no era suficiente, dado que el PIB no había crecido y el per cápita cayó 4%. Sin embargo, hubo consenso entre las instituciones financieras internacionales de que Nicaragua cumplió con sus compromisos de reducción de pobreza, sobre todo por las medidas tomadas para privatizar la industria eléctrica, reestructurar el sistema de seguridad social, la reforma legal del servicio civil, y la de las políticas macroeconómicas. Como resultado, su acuerdo como parte del HIPC terminó en el año 2004.⁹ No obstante, continuaron las preocupaciones sobre el aumento de la deuda pública nacional y la provisión de energía, los cuales deben ser abordados para continuar con la reducción de la pobreza en el futuro.¹⁰

En Honduras, otro país con altos niveles de pobreza, la implementación de la Estrategia para la

Reducción de la Pobreza (ERP) comenzó en 2000 con la firma de una serie de acuerdos dirigidos a reducir el nivel de extrema pobreza, que era de 49% en 1999. Los compromisos de Honduras incluyeron su reducción a la mitad en quince años (para 2015). Al igual que en Nicaragua, los resultados de la ERP han sido variados en Honduras, debido en parte a problemas externos como la recesión internacional, pero también internos como la corrupción, la delincuencia, la falta de recursos dirigidos a los sectores más vulnerables de la sociedad, las demandas por parte de los sindicatos de profesores, y la falta de acceso a crédito de los pequeños negocios. A lo largo de los cinco años en que Honduras fue considerada un país del grupo HIPC, esta solicitó varias veces fondos adicionales al FMI para cumplir con las metas de reducción de la pobreza, ya que el proyecto inicial fue catalogado más bien de ambicioso.¹¹ En 2005, Honduras alcanzó su punto final en el acuerdo del grupo HIPC, el cual terminó efectivamente en ese año. El país alcanzó su meta de reducir la extrema pobreza a la mitad, ya que esta afecta hoy a 20% de la población, comparada con casi 50% en 1999; sin embargo, la tasa de pobreza de 44% es aún la más alta de la región, y persiste una gran inseguridad pública, falta de transparencia y los problemas de gobierno, junto con la necesidad de reformas económicas. Esto amenaza los recientes avances en la reducción de la pobreza.¹²

Guatemala padece altos niveles de pobreza y ha intentado adoptar una ERP. Los sectores indígenas son los más afectados por la pobreza: representan menos de 40% de la población y sin embargo 80% de ellos es pobre. La estrategia de reducción de la pobreza se inició durante la presidencia de Alfonso Portillo, en respuesta a los Acuerdos de Paz. Una de las principales estrategias incluyó la aprobación de la reforma fiscal (conocida como el Pacto Fiscal), que entre otras cosas incrementó los impuestos en varios sectores económicos, así como el IVA. El compromiso estableció que los ingresos tributarios fueran 12% de los ingresos totales, y no 7% que estos representaban anteriormente.¹³ Sin embargo, ha habido una gran resistencia a la implementación del acuerdo, lo cual ha llevado a anular o aprobar impuestos adicionales que continúan reduciendo el objetivo de los ingresos tributarios como parte del PIB. El programa de reformas estructurales de la presidencia de Berger, *Vamos Guatemala*, se ha enfocado en promover la competitividad, el comercio regional e internacional y el crecimiento económico, se espera contribuyan a aumentar los ingresos dirigidos a gastos sociales y a la ayuda para las regiones más pobres de Guatemala.¹⁴ Aunque, en efecto, la pobreza se redujo de 56% en 2000 a 32% en 2004, existen preguntas sobre la eficacia de los esfuerzos gubernamentales y la

causa fundamental de la reducción de la pobreza, en vista del tremendo aumento de la recepción de remesas en años recientes.¹⁵

La reducción de la pobreza sigue siendo un imperativo en todos los países de la región y requiere atención para todos los sectores, especialmente aquellos grupos étnicos más vulnerables y no beneficiados de manera apropiada y sistemática con las estrategias de sus países.¹⁶

Presupuestos, política fiscal e ingresos tributarios

En Centroamérica la recaudación de impuestos no ha sido tarea fácil. Es muy poco lo que se recauda debido a la evasión de impuestos, la falta de procedimientos efectivos para su recibo uniforme, y la poca iniciativa política. Sin embargo, las necesidades son muchas.

Guatemala es el país con más bajos ingresos tributarios de toda Latinoamérica; representa solo 10% de su PIB. Otros países de la región exhiben ingresos tributarios más elevados, como es el caso de Honduras y Nicaragua. La base es el impuesto sobre el valor agregado (44%), seguido por el impuesto sobre la renta (22%), y los regímenes arancelarios (11%). Como contraste está el caso de Nicaragua, donde las fuentes principales de ingreso son el impuesto sobre la renta (24%) y los aranceles (36%), más que los impuestos por consumo (23%). Otro factor relevante respecto a ingresos y gastos es el hecho de que Guatemala asigna los más bajos recursos para la educación y la salud, comparados con otros países de la región centroamericana. Se debe notar, además, que todos dedican casi un cuarto de sus recursos al pago de las deudas, principalmente la externa.

Estas naciones tampoco dedican muchos recursos a los derechos humanos, y en muchos casos la responsabilidad recae en la comunidad internacional. El gobierno de Guatemala invierte 9 millones de dólares en trabajos de derechos humanos, comparado con un millón en Nicaragua; pero en ambos la mayoría de estos fondos provienen de donaciones. En Guatemala, 50% del presupuesto para la Procuraduría de Derechos Humanos está constituido por fondos aportados por más de veinte donantes.¹⁷ En Nicaragua, el porcentaje del presupuesto para derechos humanos, constituido por donaciones, es mucho mayor.

Cuestiones sociales y políticas

La región enfrenta paradojas que no debe subestimar la comunidad internacional. Por una parte,

es posible que se encuentre entre las zonas en desarrollo más estables del mundo, política y económicamente hablando. Por otra parte, los problemas de la desigualdad y la gobernabilidad no permiten que asuma una autosuficiencia y amenazan con la una recaída. Los donantes deben verla como un laboratorio de cambio social con implicaciones globales.

Desigualdad

La desigualdad social y la pobreza siguen siendo un problema fundamental. Como promedio, la concentración de las riquezas aumentó de 50 a 60% en el 20% más rico de la población, entre 1970 y 1998.

El problema se manifiesta en varios sectores sociales. Por ejemplo, en Guatemala, 80% de la población indígena es identificada como pobre, comparada con el 50% de los ladinos. Un informe del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) expresa que la cuestión de género también se debe considerar dentro de la desigualdad. «El analfabetismo en adultos afecta a 41% de las mujeres, comparado con 26% de los hombres, y la mortalidad femenina es más del doble del promedio para Centroamérica».¹⁸

Pero la desigualdad no es solo un fenómeno social, sino también político. A pesar de que en Centroamérica las mujeres son la mitad de la población, estas ocupan solo una pequeña parte de los cargos políticos importantes. En algunos países, las legisladoras son menos de 10%, un cuarto de los ministros son mujeres y menos de 10% alcaldes.

Una de las consecuencias de la desigualdad es, sin dudas, la creciente emigración, como medio de supervivencia, hacia países como los Estados Unidos. Desde las guerras civiles en Centroamérica, la emigración aumentó significativamente, debido a una combinación de varios factores. Entre las razones principales se encuentran la violencia y la represión, el lento crecimiento económico a pesar de la estabilidad, los efectos de desastres naturales, y la demanda de mano de obra inmigrante en la economía global. Además, en los últimos cuarenta años, a lo largo de este proceso se han formado lazos entre la diáspora y los nacionales, útiles para mantener el éxodo durante años. A menudo estos vínculos se concretan en el envío de remesas, viajes, llamadas telefónicas, compra de productos nacionales, y pertenencia a asociaciones del país natal (HTA, por sus siglas en inglés).

La emigración ha intentado limitar los problemas sociales de muchos de estos países, sobre todo con el envío de remesas. Han tenido un impacto tal en las economías de Centroamérica que, en muchos casos, son superiores a cualquier indicador económico externo o interno. Al menos uno de cada diez centroamericanos

recibe remesas, las cuales exceden los 9 mil millones de dólares anuales.

Su impacto en la región se puede observar en diversos contextos. En primer lugar, contribuyen a la reducción de la pobreza, principalmente de la extrema ya que 35% de ellas se envían a áreas rurales y alrededor de 65% a mujeres. Tienen, por demás, un importante impacto macroeconómico, ya que su creciente volumen es en muchos casos mayor que la inversión extranjera directa o que la ayuda oficial para el desarrollo, y demuestran un gran poder contra-cíclico respecto a las recesiones económicas. Otro de sus resultados es su expansión en los mercados financieros, ya que, cada vez más, los que envían y los que reciben utilizan mecanismos bancarios formales para este fin. Además de los envíos de remesas, hay otras cuatro actividades transnacionales importantes: el turismo, el transporte, las telecomunicaciones, y el comercio de la nostalgia; todos ellos promueven el desarrollo económico en la región.¹⁹

Los medios de comunicación

Ahora más que nunca, en Centroamérica los medios de comunicación se encuentran entrelazados con cuestiones políticas y económicas. Estas conexiones se relacionan con tres ejes: el periodismo profesional, la independencia institucional de los medios, y el compromiso democrático o político con esos dos ejes. En general, los medios enfrentan el reto de la concentración oligopólica en el sector de la comunicación, así como el dilema de la posición de los gobiernos a favor o en contra del acceso a la información. Dadas las circunstancias, se hace necesario introducir el debate y las propuestas de cambio.²⁰

Aunque la libertad de expresión es un compromiso no negociable, la calidad de los medios de comunicación requiere de un balance entre ella y la responsabilidad periodística. En Centroamérica, este balance se ha inclinado en detrimento de la calidad de la información.²¹ A nivel regional y nacional no existen estándares periodísticos, la producción de información es limitada, y la que se produce a veces no se corresponde con la realidad del país. Un aspecto esencial del reportaje es el periodismo investigativo; y este solo se puede encontrar de manera sistemática en El Salvador y Costa Rica.

Por otra parte, es importante que los medios de comunicación mantengan su independencia editorial e informacional con respecto a las fuentes económicas. En la región, esa independencia es generalmente una excepción. En Guatemala, la televisión está monopolizada por una sola compañía, y dos de los mayores periódicos también los controla una sola

empresa. En El Salvador, el dueño de Telecorporación Salvadoreña controla la mayoría de los canales con mayor audiencia en el país, y en Honduras, la corporación Televicentro controla 80% de la audiencia.²²

No hay dudas de que los medios de comunicación han contribuido a la democracia, como importantes portadores de información, como los medios de expresar intereses y como jueces y críticos del Estado. Sin embargo, la calidad de esta contribución es más bien limitada.²³ Existe un déficit respecto a la capacidad de tener una opinión informada. La distribución de periódicos solo alcanza una pequeña parte de la población, localizada en las ciudades. La prensa escrita tiene una circulación relativamente baja, comparada al total de habitantes y los demás medios de comunicación ofrecen muy poca información cultural o noticiosa. Los reportajes sobre la corrupción, por ejemplo, se orientan más hacia las características personales de los involucrados que a la raíz del problema, de naturaleza institucional, y a menudo se basan en anécdotas y no en una investigación amplia de los hechos.

Cuestiones políticas

Sumada al estado de los medios de comunicación, está la situación política regional. En todos los países hay problemas de gobernabilidad asociados con la fragmentación de los partidos políticos, el abuso sistemático de la autoridad que evidencia prácticas corruptas, la relativa debilidad de los organismos estatales y la falta de confianza en las instituciones democráticas. Cada país enfrenta grandes obstáculos que apoyan la noción de que la democracia es algo más que elecciones.²⁴ Uno de esos es la incapacidad de los actores políticos principales de adherirse a los principios democráticos; otro es el poco fortalecimiento de ciertas instituciones, en particular en el sector judicial.

En Guatemala, la esperanza de una democratización aumentó después de los Acuerdos de Paz de 1996 y con el gobierno de Alfonso Portillo, de 1999 a 2003. Como respuesta a los intentos de Portillo de iniciar una reforma e incluir líderes indígenas en su gabinete, el presidente fue enfrentado por la oposición del ejército y el líder del Congreso, Efraín Ríos Montt. El Congreso ignoró las políticas de desarrollo social y la desmilitarización que el presidente intentaba poner en práctica para fortalecer el control del país. Aún más, las fuerzas armadas continuaron influyendo sobre el gobierno al intentar restringir el poder civil mediante la intimidación a las autoridades y la amenaza de desobedecer las órdenes gubernamentales. Durante este período, el país atravesó un conflicto con el sector privado y con la sociedad civil por continuos problemas

Toda estrategia de cooperación está influida por factores políticos y económicos en estos momentos. Algunos de estos factores son: el débil crecimiento económico en la región; la continua impunidad política de las élites; la ausencia de políticas para enfrentar nuevos desafíos; el aumento de los desastres naturales; la influencia política de Estados Unidos.

de corrupción que alcanzaron los más altos niveles durante el gobierno de Portillo.²⁵

Las acusaciones de corrupción gubernamental se extendieron durante toda su presidencia, y estaban dirigidas sobre todo a funcionarios de alto rango. El ataque oficial a la prensa, en respuesta a los reportajes sobre la corrupción, fue aún peor. Alfonso Portillo (a quien se acusaba de transferir fondos públicos a cuentas personales en Panamá, para huir del país) y algunos oficiales militares fueron implicados en actos de corrupción, a lo que el gobierno respondió con fuertes ataques contra los medios de comunicación y la sociedad civil.²⁶

El problema de la delincuencia es otra de las amenazas a las estructuras institucionales, y el vínculo entre delincuencia, corrupción y política se observó, quizás de forma más patente, con el renacer de las patrullas de autodefensa —instituciones paramilitares involucradas en violaciones de derechos humanos— antes de las elecciones de 2003, con el fin de demandar una compensación financiera por su trabajo durante la guerra civil. A cambio de ello, las patrullas ofrecieron su apoyo a la campaña electoral de Ríos Montt.²⁷ Se creó una comisión para investigar las acciones de los grupos paramilitares frente a la violencia generalizada en Guatemala; sin embargo, la comisión no logró muchos avances durante la administración de Portillo, debido a la reacción política adversa de otros sectores dentro del gobierno.

Después de violentas tensiones electorales, la victoria presidencial de Oscar Berger, en diciembre de 2003, ofreció nuevas oportunidades para abordar las cuestiones fiscales y los problemas de violencia y corrupción. La administración Berger ha intentado negociar un nuevo paquete fiscal, específicamente la aprobación de la Comisión de Investigación de Cuerpos Ilegales y Aparatos Clandestinos de Seguridad en Guatemala. Sin embargo, la tarea de Berger ha sido complicada, porque la frágil alianza que lo llevó al poder se está deshaciendo, así como el apoyo público a su administración. La presidencia de Berger ha afrontado grandes protestas públicas contra la implementación del TLC, disputas territoriales y crecientes tensiones en

la minería. Las acusaciones de corrupción han continuado durante la presente administración, al haber indicios de que los fondos para la reconstrucción fueron mal empleados y no dirigidos a las áreas más afectadas por el huracán Stan. Ha habido muy poco progreso en la reforma fiscal, y cada vez más el gobierno pone sus esperanzas en las repercusiones del TLC para estimular la inversión y el crecimiento económico.

A diferencia de Guatemala, El Salvador, solo recientemente ha experimentado un proceso gradual de democratización con los intentos de los partidos políticos de llegar al poder a través de las elecciones. Desde comienzos de 2003 ha habido una polarización política que se reflejó en las elecciones de marzo, así como en los altos niveles de delincuencia. El Salvador se considera uno de los países más peligrosos de Centroamérica, y la incapacidad del gobierno de frenar el crimen ha provocado el descontento hacia la Alianza Republicana Nacionalista (ARENA), el partido de gobierno que lleva tres períodos consecutivos en el poder.²⁸ Por otra parte, el descontento se hace evidente también por el uso creciente de guardias de seguridad para proteger a las clases altas, identificadas generalmente con el conservador partido ARENA. Los ciudadanos comienzan a asociar el incremento de los guardias privados con la falta de protección del gobierno. Como resultado, el Frente Farabundo Martí (FMLN) ha recibido mayor apoyo popular de los sectores pobres de la sociedad, y en áreas particularmente afectadas por la actividad criminal. Sin embargo, está dividido en dos grupos: el ortodoxo y el reformado. Este último durante un conflicto sobre el liderazgo partidista nominó a Shaffick Handal, como candidato para las elecciones de 2004.

El bajo apoyo electoral al candidato del FMLN —que dio por resultado la cuarta victoria consecutiva de ARENA— puso de manifiesto los retos que supone la ausencia de una oposición viable, debido a la fragmentación del FMLN.²⁹ Las tensiones políticas en su seno amenazan con crear un conflicto que pudiera desarticular su futuro político, sobre todo después de la muerte de Handal. Estas tensiones fueron acentuadas por el alto nivel de violencia luego de la victoria

presidencial de Antonio Saca, cuya administración ha hecho poco por disminuir la ola de violencia, y ha impedido los intentos de investigación de las violaciones de los derechos humanos en el pasado, alegando que incitarían a una mayor violencia. La actual administración ha supervisado la implementación del TLC; sin embargo, no se han materializado mejoras sustanciales, como resultado del Tratado, en la situación de la pobreza y de la emigración. Alrededor de 40% de la población en El Salvador vive en la pobreza, y la emigración continúa expandiéndose. Se estima que de 13 a 40% de la población vive fuera del país. Todo indica que el gobierno sigue enfrentando las cuestiones de la inseguridad pública, el estancamiento económico y la polarización política que históricamente ha sufrido El Salvador.

En Nicaragua los problemas políticos están directamente relacionados con las intenciones de las élites políticas tradicionales de controlar el poder nacional a largo plazo. Después del gobierno de transición de Violeta Chamorro, los miembros de los dos partidos políticos, el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) de Daniel Ortega y el Liberal del ex-presidente Arnoldo Alemán, negociaron un pacto en 1999 para reformar la Constitución, con el objetivo de controlar las instituciones más importantes, creando así un sistema bipartidista que, a largo plazo, eliminaba importantes grupos políticos y frenaba toda posible oposición. Esta estrategia fue implementada para influir en los resultados electorales de noviembre 2001.³⁰

Además de las maniobras políticas, las acusaciones de corrupción redujeron la popularidad de Alemán y su partido. La naturaleza estructural de la corrupción es aún más evidente si se considera la profunda desigualdad de la sociedad nicaragüense comparada con el enriquecimiento generalizado de los funcionarios, mediante el uso ilícito de los fondos públicos. En un país donde el salario mensual promedio es menos de 100 dólares, los ministros y asesores ganan entre 5 000 y 15 000 al mes. Estas cifras son comparables e incluso exceden a los ingresos de los ejecutivos en el sector privado, que generalmente no pasan de 8 000.

Con la victoria de Enrique Bolaños y las iniciativas contra la corrupción, Nicaragua se enfrentó al reto histórico de eliminar los abusos de autoridad que han prevalecido tradicionalmente. Arnoldo Alemán fue encarcelado y declarado culpable en diciembre de 2003 después de un juicio altamente politizado que revivió expectativas de un nuevo pacto entre los sandinistas y otras facciones políticas.³¹ Cuando Bolaños intentó que se aprobara una legislación (Ley de la Deuda Pública, Ley de Presupuesto de 2004 y Ley de la Carrera Judicial), los partidos políticos negociaron concesiones a largo plazo y cambios constitucionales, que incluían la libertad

de Alemán y una limitación de los poderes presidenciales. Ninguno de los dos fue aprobado.³² La administración de Bolaños se caracterizó por la imposibilidad de aprobar leyes, ya que sus intentos eran constantemente bloqueados por los partidos políticos que controlan la legislatura y el sistema judicial. La revisión de poderes presidenciales propuesta es un ejemplo claro de maniobras políticas de los partidos durante su administración. El gobierno también afrontó amplias protestas en respuesta a la crisis energética, y un descontento generalizado caracterizó el período que precedió a las elecciones de 2006, que dieron la victoria al líder del FSLN, Daniel Ortega.

Aunque la victoria de Ortega levantó preocupación sobre el retorno de un líder sandinista al ejecutivo, el presidente dejó claro que no tenía planes de introducir cambios radicales en la política económica, y ha hecho un llamamiento a los líderes políticos y comerciales a trabajar juntos para mantener la estabilidad económica.

Mientras tanto, después del huracán Mitch, Honduras sufrió la etapa inicial de lo que probó ser un desafío directo a la forma de gobierno democrática. Los líderes y funcionarios del sector liberal dominante intentaron eliminar al candidato más prominente de la oposición, Ricardo Maduro, del Partido Nacional. La comisión electoral utilizó el origen panameño de Maduro para alegar que no podía presentarse como aspirante a la presidencia del país. Después de una intensa presión de líderes sociales y políticos, la decisión fue revocada y Maduro ganó las elecciones en 2001.³³ El país también ha sufrido reveses importantes en sus instituciones democráticas, al reducir las libertades de prensa y de expresión. Mientras Carlos Flores fue presidente, ejerció su poder como dueño del periódico más importante para influir en los periodistas y sus informaciones, y recurrió a la censura en varias ocasiones. A pesar de que no se puede lograr mucho dentro de la inestabilidad, el problema de la restricción de las libertades ha continuado desde la administración de Flores, y se ha convertido en una preocupación importante en varios sectores de la sociedad civil y en los medios de comunicación. Algunos periodistas importantes han sido despedidos debido a presiones del gobierno sobre los directores de los medios.

Además, el problema de la delincuencia en el país, especialmente en San Pedro Sula, sigue siendo de gran preocupación. Los ciudadanos se encuentran atrapados entre los grupos del crimen organizado y las pandillas juveniles, y ni el gobierno de Maduro ni la actual administración de Manuel Zelaya han sido capaces de controlar o resolver las causas de la delincuencia y la violencia callejera. Además de la creciente tasa de delitos violentos, durante su primer año de mandato la nueva administración se ha enfrentado a un gran número de

protestas y huelgas en varios sectores de la sociedad civil. Como resultado, algunos miembros del gabinete renunciaron durante 2006, y cuestionaron las habilidades y la agenda del presidente. El debate sobre la corrupción tampoco ha desaparecido de las noticias nacionales.

En resumen, Centroamérica ha experimentado serios problemas políticos relacionados con sistemas partidistas antidemocráticos, sociedades civiles débiles e instituciones políticas frágiles. En particular, el sistema judicial carece de capacidad para exigir el cumplimiento de la ley.³⁴ Cada día, las cortes son más vulnerables al soborno, en vez de afirmar su rol independiente dentro de la estructura política, y la confianza pública en la policía, mal pagada y mal entrenada, es bien poca, si no ninguna. Debido a la creciente corrupción, esta falta de confianza se refleja en el descenso de las votaciones y la falta de confianza en los partidos políticos. Por lo tanto, la democracia continuará siendo limitada en los próximos cinco años, y las dos últimas elecciones presidenciales en Guatemala y El Salvador lo confirman. Demuestran una continuidad en la selección de candidatos de derecha, cuyos gobiernos han hecho muy poco por sus países.

La región presenta una combinación de fenómenos que influyen en el dinamismo político, aunque estos pudieran proveer pistas de cómo escapar de dicho continuismo que parece carecer de enfoques políticos originales y soluciones a los problemas sociales. Está fuertemente condicionada por la influencia de los Estados Unidos, y atrapada por sus propios partidos políticos, que históricamente han hecho nominaciones inadecuadas, y tomado decisiones poco calculadas. El resultado final es una continuidad de gobiernos con alcance democrático limitado y muy pocas opciones para el desarrollo social.³⁵

Inseguridad pública

La cuestión más preocupante para los gobiernos centroamericanos con respecto al mejoramiento social es la inseguridad pública, debido a un aumento sin precedentes de los delitos violentos. En Guatemala los estimados actuales de la tasa de asesinatos van de 16 a 23 por día, comparado con 14,6 en 2005. Hubo 5 338 homicidios en 2005, lo que representa un incremento de 15% respecto a 2004, y solo 5% de los casos fue investigado.³⁶ Las prácticas recientes de linchamiento, mutilación y tortura, junto con el incremento de los asesinatos políticos, han conmocionado al país. En El Salvador el índice de homicidios también alcanzó niveles alarmantes en 2006, con un promedio de once asesinatos por día en los primeros ocho meses del año, cifra que supera ampliamente la de 2005.³⁷ Y aunque el índice en Honduras cayó de 154 a 46 asesinatos por cada

100 000 habitantes en años recientes, aún está entre los más altos de América Latina.³⁸

Los gobiernos regionales atribuyen el recrudecimiento de la violencia a ciertos factores, principalmente, la creciente presencia de pandillas callejeras, que plantea un gran problema regional, con estimados conservadores que van de 50 000 a 305 000 miembros activos en los países centroamericanos.³⁹ La administración del presidente Saca ha afirmado que hasta 60% de los asesinatos en El Salvador se debe a la violencia de las pandillas. Los gobiernos también atribuyen el aumento a la política de los Estados Unidos de deportar a los miembros de las «maras» sin brindar mucha información sobre los deportados, y al hecho de que la mayoría de las deportaciones anuales de los Estados Unidos está dirigida a los países centroamericanos. Además, y relacionados con el problema de las pandillas, están el aumento en el tráfico de drogas, la proliferación del comercio ilegal de armas y los continuos problemas económicos, como factores que incrementan la inseguridad pública.

La expansión de la violencia no solo amenaza la seguridad pública; también consume recursos de los países centroamericanos y amenaza la estabilidad económica y política de la región. El PNUD ha estimado recientemente que la violencia le cuesta a El Salvador 1 700 millones de dólares anuales, alrededor de 12% del PIB del país.⁴⁰ Estos costos significan recursos desviados de otros sectores críticos como la salud y la educación. Además, los altos índices de violencia dificultan el comercio, la inversión y la creación de pequeños negocios, que a menudo son víctimas de la extorsión. Sin embargo, el aumento de la violencia ha ayudado a la expansión de ciertos negocios, sobre todo las compañías de seguridad privadas.

Con respecto al impacto en la estabilidad política, la inseguridad pública influye en las políticas, que por lo general resultan de línea dura. Los altos índices de violencia también deterioran las relaciones Estado-ciudadano y la fe en la democracia, que se expresa en el poco respeto a la autoridad y a las leyes. Finalmente, la creciente inseguridad pública a menudo lleva a una violencia extrajudicial y a limpiezas sociales en sectores particulares, casi siempre en la juventud.

Más que dirigirse a las raíces de la violencia, como la pobreza, la desigualdad, los altos índices de desempleo y una presencia estatal mínima, los gobiernos de la región han optado por métodos de mano dura contra ella. El Salvador, Honduras y Guatemala han aplicado leyes de tipo «puño de hierro», y dos de estos países han implementado fuertes leyes antipandillas. La administración Berger, que comenzó en 2005, dispuso de tres mil soldados para apoyar a la policía nacional en la lucha contra el crimen, y el gobierno guatemalteco

ha redoblado los esfuerzos para la destrucción de zonas clandestinas de tráfico de drogas en el país, en un intento por disminuir la actividad de las maras y los carteles de drogas. En El Salvador, la policía y los militares han llevado a cabo barridas vecinales que recuerdan los tiempos de la guerra civil. La administración de Saca, bajo la presión de organizaciones de derechos humanos, se ha visto forzada a ordenar una investigación oficial sobre posibles abusos policiales y el uso de escuadrones de la muerte. Aunque el problema de las pandillas en Nicaragua no es tan agudo como en otros países centroamericanos, hay temores de que la inseguridad pública crezca con la precaria situación económica, por lo que se han implementado programas de prevención junto con la aplicación de la ley para combatir la violencia.

La cobertura de los medios de comunicación no indica, por lo general, los orígenes de la violencia u otras cuestiones sociales parecidas, a una limitada comprensión pública de la complejidad del fenómeno y a la estigmatización de la juventud como chivo expiatorio de todos los males sociales.

Oportunidades en el horizonte

A pesar de las dificultades, los países centroamericanos han realizado grandes esfuerzos que han brindado oportunidades para la acción política y el cambio.

En el contexto político, es revelador el hecho de la creciente intolerancia al abuso de autoridad. Los ejemplos más visibles de esta intolerancia son la encarcelación del ex-presidente Arnoldo Alemán, las investigaciones a varios empleados civiles del gobierno de Alfonso Portillo, incluyendo al mismo ex-presidente, y la captura de funcionarios hondureños culpables de tráfico de drogas.

Cabe añadir la eventual aprobación del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos en Guatemala, resultante de un debate político sobre el futuro de los derechos humanos en el país. A pesar de la fragilidad de las oficinas de la Procuraduría de Derechos Humanos (PDH), estas han logrado un papel importante, más si se tiene en cuenta la debilidad del sistema judicial en la región. Estas oficinas han promovido un trabajo importante para el acceso al sistema de justicia por parte de los grupos más vulnerables de la sociedad. En cada país la PDH ha conseguido llamar la atención sobre problemas que, de otra manera, hubieran pasado inadvertidos ante el sistema de justicia y la opinión pública. En especial esto es evidente en el caso de Honduras, específicamente en cuanto al trato y criminalización de las «maras», una

táctica que no ha resuelto el problema, y que, sin embargo es práctica común del gobierno. La PDH local ha abogado por un tratamiento más justo del asunto de las pandillas, y ha llamado la atención sobre el problema, a fin de impedir la persecución generalizada de jóvenes y niños.

Otro ejemplo lo constituyen las comisarías para mujeres y la PDH de Nicaragua. Esta se las ha arreglado para llamar la atención de las necesidades especiales de las mujeres que tienen problemas con la justicia. Además, la de Nicaragua ha puesto especial énfasis en la coordinación con la PDH de Costa Rica para abordar las amenazas a los derechos humanos de los inmigrantes nicaragüenses y las dificultades para acceder al sistema de justicia en Costa Rica. Esta es una realidad que ha sido ignorada por ambas sociedades y ha dejado a este grupo vulnerable virtualmente abandonado. La PDH ha abogado por los derechos legales y sociales de los inmigrantes, un mejor acercamiento a su estatus legal, y un respeto de su posición marginal dentro de la sociedad. En la actualidad, la PDH sigue siendo un importante punto de referencia hacia donde los inmigrantes pueden volverse para obtener una mejor respuesta a su pobre situación.

Otro aspecto favorable es que la sociedad civil ha representado un incentivo importante de participación ciudadana. La manifestación de este fenómeno en Centroamérica ha tenido un avance significativo. Una característica central de esa participación ha sido que las ONG hayan aumentado su número en la región y mantenido su estabilidad y que, en muchos casos, parece ser sostenible. Quizás la característica más importante de estas organizaciones es su capacidad de avanzar las agendas sociales de interés nacional. La representación demográfica por género es otro aspecto importante que hay que observar. En la mayoría de los casos, más de 40% de las ONG en Centroamérica están dirigidas por mujeres, una estadística muy diferente a la de las instituciones políticas, donde el porcentaje de representación femenina es mucho menor.

Dentro del contexto de un débil sistema de partidos políticos, el electorado ha buscado candidatos más representativos y menos antidemocráticos. Además, el síndrome de abstención electoral ha disminuido recientemente. En Guatemala y El Salvador, los índices de abstencionismo en las pasadas elecciones fueron menores que en años anteriores. Los esfuerzos para proteger los derechos humanos se encuentran en una coyuntura importante, a medida que la sociedad y algunos políticos buscan el fortalecimiento del sistema. Considerando la realidad actual, la cooperación internacional es de gran importancia. El fortalecimiento de las instituciones democráticas es una obligación internacional que puede ser cumplimentada de varias maneras.

Evaluación de riesgos y asunción de responsabilidades

La estrategia de implementación de tales proyectos requiere la aceptación de la realidad de lo posible, esto es, que la cooperación no resuelve los problemas estructurales del desarrollo, pero sí contribuye a un mejor y más rápido cambio social. Además de que toda estrategia de cooperación está influida por factores políticos y económicos en estos momentos. Algunos de estos factores son: el débil crecimiento económico en la región; la continua impunidad política de las élites; la ausencia de políticas para enfrentar nuevos desafíos; el aumento de los desastres naturales; la influencia política de Estados Unidos.

Prevenir o aminorar los riesgos

Estos factores de riesgo escapan del control de la sociedad y de la comunidad internacional. No obstante, algunas acciones pudieran disminuir su impacto. Hay áreas, en especial, donde estas situaciones pueden ser prevenidas. También existen iniciativas políticas y diplomáticas. Específicamente, se proponen tres mecanismos que pudieran contribuir a reducir de los impactos de estos riesgos: continuidad en los programas, coordinación entre los donantes y supervisión sostenida.

En el primero, es importante mantener la continuidad de los proyectos ya empezados, y no cambiar de estrategia en las etapas críticas. Esto es especialmente importante para los esfuerzos por la recuperación económica. Los cambios en la estrategia pueden afectar la implementación gradual de un proyecto. En este sentido, es importante apoyar políticas dirigidas a la reducción de la pobreza y acompañarlas con mecanismos diseñados para proteger a los sectores vulnerables de la sociedad. Respecto al problema del caudillismo, el tema de la continuidad es fundamental. El apoyo público, que se manifiesta en el soporte financiero de varios donantes, necesita fortalecerse mediante mecanismos de coordinación entre políticos y donantes. Descontinuar estos proyectos estimularían una situación de inestabilidad en el progreso alcanzado.

Tan importante como la continuación es la coordinación y la identificación y validación de proyectos que les permitan a los donantes profundizar en su trabajo sin duplicar o sobrefinanciar ninguna institución social o política en especial. En el caso de la promoción de auditorías, estas iniciativas necesitan planes de implementación con metas comunes a fin de definir una orientación a largo plazo. El mismo efecto pudiera obtenerse en del acceso a la justicia a través del

fortalecimiento de instituciones y programas en áreas claves, pero acompañados por las consultas entre los donantes, que permitan saber y evaluar los objetivos de tales esfuerzos.

La coordinación entre los donantes permite una mejor supervisión de un país y ayuda a prevenir situaciones o alertar a otros de peligros como desastres naturales o violación de las leyes. Esta iniciativa tiene además la ventaja de que permite identificar nuevas necesidades y actuar al respecto. Un ejemplo es lo relacionado con la emigración, problema regional para el cual, sin embargo, ningún gobierno centroamericano ha concretado políticas o ha intentado abordar, quizás con la excepción de El Salvador.

Esta coordinación no debe estar solo orientada hacia los programas, sino ser de naturaleza diplomática. En especial, los esfuerzos diplomáticos no deben divorciarse de la cooperación. Desgraciadamente, muchas iniciativas de cooperación se debilitan por la inacción diplomática cuando se encuentran frente a situaciones políticas difíciles. En este sentido, una herramienta importante es condicionar la ayuda al cumplimiento de normas democráticas.

Por último, es fundamental la supervisión del gobierno por la sociedad. Esta requiere un análisis conjunto que debe estar acompañado por indicadores de progreso respecto a la democracia y los derechos humanos. Para lograr tal efecto, es importante hacer análisis trimestrales de las condiciones sociopolíticas de los Estados e identificar riesgos potenciales que pudieran afectar la implementación de los proyectos de cooperación. Estas supervisiones, a su vez, serían capaces de determinar hasta qué punto un país avanzó o retrocedió respecto a la democracia, qué elementos o condiciones influyeron en ello y qué opciones o iniciativas existen para responder a esa situación.

Estos tres elementos: continuidad, coordinación y supervisión actúan como sistemas de alarma y facilitan el trabajo de la cooperación internacional al contribuir a la prevención de situaciones de riesgo.

Notas

1. Raquel Zelaya, Directora Ejecutiva de ASIES, Guatemala, 14 de mayo de 2004.
2. PNUD, *Segundo Informe sobre Desarrollo Humano en Centroamérica y Panamá*, San José de Costa Rica, 2003, p. 157.
3. Eduardo Gitli, y Randall Arce, «Los TLC centroamericanos como estrategia de inserción en el proceso de globalización», CIPE (2), Costa Rica, abril de 2002.
4. Banco Interamericano de Desarrollo, *Integration and Trade in the Americas A Preliminary Estimate of 2004 Trade*, Departamento de Integración y regionales, Washington DC, 2005.

5. «Rumbo de la política económica en El Salvador», *Periódico Temático*, Comunicación Social (CSD), 2006.
6. Ídem.
7. Manuel Orozco, «Conflictos fronterizos en América Central: tendencias pasadas y sucesos actuales», en Jorge Domínguez, ed., *Conflictos territoriales en América Latina*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2003.
8. Banco Mundial, *World Development Indicators 2006*, Washington DC, 2006.
9. Gobierno de Nicaragua, *Strengthened Growth and Poverty Reduction Strategy*, Second Progress Report, Managua, noviembre de 2003, p. 10.
10. FMI, *Nicaragua: Enhanced Initiative for Heavily Indebted Poor Countries, Completion Point Document*, IMF Country Report, n. 04/72, Washington DC, marzo de 2004.
11. FMI, *Honduras: Poverty Reduction Strategy. Paper Progress Report*, IMF Country Report, n. 04/30, Washington DC, febrero de 2004, p. 20.
12. FMI, *Honduras: Request for a Three-Year Arrangement Under the Poverty Reduction and Growth Facility and Interim Assistance Under the Enhanced Initiative for Heavily Indebted Poor Countries*, IMF Country Report, n. 06/48, Washington, DC, febrero de 2006.
13. BID, *Guatemala: apoyando la reducción de pobreza y el desarrollo sostenible*, Washington, DC, febrero de 2002.
14. FMI, «IMF Executive Board Concludes 2005 Article IV Consultation with Guatemala», *Public Information Notice*, n. 5/95, Washington, DC, julio de 2005.
15. «Country Profile 2006: Guatemala», The Economist Intelligence Unit, Londres, 2006.
16. Birgitte Feiring, *Pueblos indígenas y pobreza: los casos de Bolivia, Guatemala, Honduras y Nicaragua*, Minority Rights Group International, Londres, mayo de 2003.
17. Entrevista con funcionarios de la Procuraduría de Derechos Humanos de Guatemala, 13 de mayo de 2004.
18. BID, ob. cit.
19. Manuel Orozco, *et al.*, «Transnational Engagement, Remittances and their Relationship to Development in Latin America and the Caribbean», ISIM, Georgetown University, Washington DC, julio de 2005.
20. Carlos F. Chamorro, *El turno de los medios: el periodismo centroamericano frente a la agenda de la democratización*, Working Paper, Inter-American Dialogue-Prodeca, junio de 2001.
21. Rick Rockwell y Janus Noreene, *Media Power in Central America*, University of Illinois Press, Chicago, 2003.
22. PNUD, ob. cit., pp. 279-80.
23. Raquel Zelaya, entrevista cit.
24. Manuel Orozco, «Las elecciones y la política en Centro América», *Confidencial*, Managua, noviembre de 2003.
25. Rachel Sieder *et al.*, «Who Governs? Guatemala Five Years After the Peace Accords», *Hemispheric Initiatives*, Cambridge, enero de 2002.
26. Gustavo Berganza, «El conflicto visible y el problema oculto», *Diálogo*, FLACSO, Guatemala, abril de 2002.
27. David González, «Losing Ground in Guatemala», *The New York Times*, Nueva York, 19 de julio de 2002.
28. Charles Call, *Sustainable Development in Central America: The Challenges of Violence, Injustice and Insecurity*, Universidad Internacional de la Florida-Diálogo Interamericano-Instituto de Estudios Iberoamericanos en Hamburgo, 2000.
29. «Poll Salvadorian Government more Popular at End of its Third Year», *EFE News Service*, 31 de mayo de 2002.
30. Manuel Orozco, *International Norms and Mobilization of Democracy*, Ashgate, Londres, 2002.
31. Adolfo Pastrán, «Histórica sentencia contra Alemán», *Informe Pastrán*, 22 de diciembre de 2002.
32. Manuel Orozco, «¿Un paso más hacia adelante? Democracia y cultura política en la coyuntura nicaragüense», *Democracia y cultura política en Centro América*, Procesos, San José, 2004.
33. Manuel Torres Calderón, «Descifrando a Honduras: cuatro puntos de vista sobre la realidad política tras el huracán Mitch», *Hemispheric Initiatives*, Cambridge, agosto de 2002.
34. Entrevista con Andrea Diez, consultora del Instituto de Estudios Comparados en Ciencias Penales y Sociales. realizada en Guatemala, 12 de mayo de 2004.
35. Manuel Orozco, «Continuidad de la democracia limitada en Centro América», *Confidencial*, Managua, abril de 2004.
36. *Infopress Centroamericana*, 20 de enero de 2006, y *Latin American Weekly Report*, 28 de marzo de 2006.
37. Enrique Gomáriz, *Violencia social y género en Centroamérica*, UNIFEM y GESO, San José de Costa Rica, 2005.
38. *Central America and Mexico Gang Assessment*, USAID Bureau for Latin America-The Caribbean Office of Regional Sustainable Development, Washington DC, abril de 2006.
39. Ídem.
40. Ídem.

La modernización económica en China: ¿otra herejía?

Julio A. Díaz Vázquez

Profesor titular. Centro de Investigaciones de Economía Internacional. Universidad de La Habana.

La génesis de este artículo se encuentra en la evolución dispar que mostraron el proceso de modernización de la economía iniciado por China a finales de 1978, y el trágico destino de las «reformas» desarrolladas en la misma época, que concluyeron con el derrumbe del socialismo en Europa del Este y la desintegración de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). Los experimentos socialistas quedaron reducidos a la región asiática y al área caribeña.

Dentro de ese cuadro, China desempeña un papel de primer orden. Durante las dos últimas décadas del siglo xx y más allá del primer lustro del presente siglo, el país conoció un despertar económico-social de proporciones históricas. Según diversos analistas y sinólogos, el año 2006 reafirmó al gigante chino como un polo económico mundial. El crecimiento de la economía internacional en cerca de un tercio dependió del tirón de China al tercer lugar, en el comercio exterior planetario. La espectacular demanda del país de cemento, carbón, acero, aluminio, níquel, petróleo y soya; más el hecho de ser el mayor consumidor de hierro, estaño, zinc, platino y oro, lo hacen la «locomotora» que arrastra e influye en el rumbo económico del orbe.

El ímpetu radical de la economía y su dirección, y los visibles cambios en lo económico-social en China y Vietnam; los ajustes económicos ocurridos en Cuba y, en menor medida, en la República Popular Democrática de Corea, sugieren la formación de desarrollos socialistas alejados de las prácticas del «socialismo real». La formación de modelos propios de construcción socialista refuerza las tendencias en las pluralidades de cada país, en dependencia de las cambiantes realidades que parecen marcar los derroteros del nuevo siglo.

Sin embargo, hasta el presente, pocos textos han intentado —fuera de las referencias generales— sistematizar las singularidades que revistió, desde sus orígenes, el «experimento socialista chino», sobre todo en relación con el desarrollo y la aplicación del «modelo económico clásico soviético», designado así por el carácter generalizador que asumió en la literatura socialista ortodoxa.

Valgan dos salvedades: al hablar de China, tratamos de incursionar en una cultura que acumula la mayor continuidad histórica en la tierra, más de cinco mil años.¹ Por otra parte, el marxismo es resultado del desarrollo cultural de Europa occidental; su trasplante a China

dio lugar a una apropiación herética en medio de una sociedad campesina. El mérito de hacer que el «campo cercara a la ciudad» le correspondió a Mao Zedong. Por razones obvias, ambos problemas quedan fuera de este análisis.

Las tres grandes «herejías» ocurridas dentro de los primeros treinta años de existencia de la República Popular China (RPCh) resultan «paradigmas». El intento de acelerar el crecimiento, el desarrollo económico y otras tareas de la edificación socialista (1958-1961) se concretó en las «tres banderas rojas»: el «gran salto adelante», la «nueva línea política», y la formación de las «comunidades populares». Este experimento económico-social tuvo como denominador común colocar la «política en el puesto de mando».

Posteriormente, la Revolución cultural (1966-1976) hizo recaer la atención económico-social en la «lucha de clases». En cambio, las Cuatro Modernizaciones (1979-2006) enfatizaron en «lo que favorece el desarrollo de las fuerzas productivas», el «poderío integral del país», y lo que contribuía a «elevar el bienestar de la población». En estos apuntes intentaremos una primera aproximación a destacar las disímiles características que, desde sus inicios, dieron un «toque asiático» a la experiencia socialista emprendida por China a partir de octubre de 1949.

Los inicios de la construcción socialista: el modelo soviético y el «color asiático»

El establecimiento de las bases de la economía socialista en China presentó interesantes singularidades. Las confiscaciones al capital burocrático y a los dueños de industrias y comercios que huyeron del país; la nacionalización de las empresas extranjeras, bancos, ferrocarriles y grandes capitalistas nacionales; la aplicación de la reforma agraria que eliminó el feudalismo y los propietarios rurales ricos, así como la distribución de la tierra entre los campesinos pobres, constituyeron pasos que se ajustaron al patrón del programa socialista.

El peso relativo que en la producción de bienes de amplio consumo popular poseían los pequeños y medianos empresarios capitalistas llevó a implementar ciertas libertades de maniobra en este segmento. Sus producciones fueron asociadas a los requerimientos estatales mediante la compra de productos, el suministro de materias primas, los financiamientos, la participación en los beneficios, etc. Pero los dueños mantuvieron la dirección de las empresas; soluciones innovadoras, si nos atenemos al conjunto de experiencias aportadas por el «socialismo real».

Entre 1949 y 1952 transcurrió la fase democrático-burguesa en la experiencia revolucionaria socialista china.

La economía tomó un perfil mixto, al formarse un sector socialista (estatal), el cooperativo (capitalista-estatal), el privado, el individual artesano y el campesino; pero, con los objetivos propuestos de construir el socialismo, las prioridades tendían a los ramos estatales, considerados garantes del futuro y condición indispensable para reformar los demás sectores de la economía.

El dinamismo alcanzado en ese período facilitó la elaboración del primer Plan Quinquenal de Desarrollo Económico y Social (1953-1957), en el que se siguieron los patrones fijados por la práctica soviética: desarrollo industrial acelerado, con pivote en la industria pesada, y socialización de la agricultura. Asumido el modelo soviético, el Plan también tuvo otros contenidos más específicos. En 1953-1956 se nacionalizó el sector privado urbano; en su inmensa mayoría los propietarios pasaron a ser rentistas públicos. El Estado fijó los objetivos productivos, suministró materias primas y distribuyó la producción. Con esta peculiar solución, los dueños recibieron bonos que rentaban tipos de interés diferenciados.

En la agricultura, desde 1953, junto a los «equipos de ayuda mutua» integrados por varias familias que usaban en común las herramientas, animales y suelos, surgieron cooperativas que compartían la tierra, el trabajo, los equipos y otros aperos, aunque conservaron la propiedad de los medios empleados. En 1956, 96% de los campesinos y 90% de la tierra cultivada estaban en asociaciones productivas.² Sin embargo, la adopción del «modelo económico clásico soviético», estuvo, con sus particularidades, en la línea seguida por los países de Europa del Este. El otro referente, la autogestión yugoslava, por su inmadurez, parece no haber sido tomado en cuenta.

La práctica soviética se asoció a un «modelo social» contrapuesto al capitalismo que, en lo económico, político y social tuvo como anclaje tres fundamentos básicos. En lo económico, la propiedad estatal (social) sobre los medios fundamentales de producción incluía las cooperativas. En lo político, se impuso la dictadura del proletariado, luego asumida como «Estado de todo el pueblo», o hechura más desarrollada de democracia. En lo social, se eliminó la explotación del hombre por el hombre: provisión estatal para todo ciudadano, garantía de educación, salud, trabajo, vivienda, cultura, etcétera.

Los elementos político, económico y social se integraron en las instancias estatales y gubernamentales bajo la incuestionable subordinación al Partido. Como corolario, el proyecto socialista tejido en la URSS hizo de la ideología el factor integrador de las relaciones sociales. El funcionamiento de las instituciones iba de la esfera ideológica a la política y de esta a la economía.

La ideología se erigió en sostén del proyecto social y en aglutinadora política, económico-social y estatal.

En el orden práctico, la propiedad estatal (social) sustentó la formación de una dirección de la economía centralmente planificada; la actividad económica se regulaba mediante balances materiales y una asignación altamente centralizada de tareas y recursos. Este sistema empresarial integrado verticalmente a través de ministerios ramales excluía las relaciones horizontales fuera de las determinadas por el Plan Centralizado de la Economía Nacional.³

En este contexto, el mercado careció de todo atributo como entidad y como trasmisor de señales al productor para orientar la oferta y lograr ajustes racionales de la demanda. La economía planificada y el orden centralizado de la producción, junto con un prefijado nivel de consumo de la población, redujeron el intercambio mercantil a la esfera de los gastos individuales mediante la red comercial minorista.

La gestión económica tuvo un carácter administrativo, dadas las cantidades de recursos materiales; las relaciones de valor tenían una función nominal, y la moneda un papel pasivo. En lo formal, el «modelo» integró las relaciones monetario-mercantiles, aunque limitadas a la esfera de la distribución: servían para compatibilizar el fondo de consumo, los salarios y otros servicios, así como para equilibrar los ingresos de la población y los gastos del presupuesto estatal. No puede ponerse en duda que, en un empuje inicial, el modelo de dirección de la economía que echó raíces en la URSS permitió impulsar el desarrollo económico, incorporó en masa recursos naturales y humanos a la producción y facilitó industrializar nuevos territorios y sumarlos al progreso del vasto país.

Para explicar la razón de ser del modelo soviético, vale recordar las condiciones que reunía el territorio de la URSS para industrializarse sobre bases extensivas. El país disponía de ingentes recursos naturales —carbón, mineral de hierro, producción de cemento, etc.—, y fuerza de trabajo que, asociadas a las fuerzas productivas de la época, resultaban esenciales para desplegar procesos de industrialización. En lo referido a la tecnología, en las primeras décadas del siglo xx las disponibles en las principales potencias capitalistas (centro) del momento y en los Estados menos desarrollados (periferia), distaban mucho de los desniveles que exhiben en los inicios del siglo xxi.

Las posibilidades de movilización de medios materiales, mano de obra, más el empleo de tecnologías muy similares, facilitaron resolver en breve tiempo la «revolución industrial socialista», tarea que al capitalismo central le tomó más de una centuria. En última instancia, al subordinar y concentrar los recursos en función de

la industrialización, se retomó la experiencia dejada por el «comunismo de guerra» de 1918-1920.

En aquel trienio, todos los recursos materiales y humanos disponibles fueron dirigidos a aplastar la contrarrevolución y la intervención extranjera. Al centralizar los recursos y capacidades productivas del país, se logró en un breve plazo de diez o quince años hacer del Estado proletario, poseedor de una economía industrial-agraria muy atrasada, una de las potencias industriales de la época. En tanto, la coyuntura específica que enfrentó la URSS permitió que, una vez logrado el liderazgo de Stalin, florecieran las condiciones objetivas y subjetivas para el «modelo económico centralizado». Además, el crecimiento de la producción a altos ritmos y la liquidación del desempleo, trajeron agua al molino de las virtudes iniciales del «experimento soviético». Mientras, el capitalismo conoció su primera gran crisis general (1929-1933) y, con ella, la secuela de millones de desocupados y la caída de la producción. El socialismo engendrado por los soviets pareció revelarse como el enterrador del capitalismo.

A la vez, en el terreno práctico, la centralización basada en la proporcionalidad material, si bien permitió grandes maniobras, tendió a reproducir el desarrollo extensivo de la economía. Al entronizarse, cortó toda apertura hacia otros instrumentos de dirección y control macroeconómico-mercantiles. También la inmensidad del territorio soviético, más la hostilidad capitalista, resultaron factores que contribuyeron al aislamiento económico de la URSS del «mercado mundial». La necesidad de concentrar recursos para la guerra que desencadenó el fascismo poco después, más la reconstrucción de posguerra en la URSS —válido para los países socialistas del centro-este europeo, que siguieron el camino de industrialización acelerada— trajeron un nuevo aliento al modelo económico centralizado. También no pocos beneficios aportó, para darle vida al modelo, la ausencia del mercado, la falta de competencia y el aislamiento de la economía externa.

Al sintetizar las características medulares contenidas en la concepción *clásica* que China comenzó a instrumentar, debe recordarse que si en sus pilares básicos el modelo centralizado se trasplantó al país, no pocas de las particularidades en la formación de la estructura económico-social-socialista china contribuyeron a darle un «color asiático», junto con otros factores culturales muy específicos. El primer plan quinquenal arrojó resultados que tardarían casi veinticinco años en volverse a lograr. La renta nacional creció a un ritmo anual cercano a 9%; la producción industrial a 18% y la agricultura a 4,5%. Los precios mantuvieron una positiva estabilidad, lo cual proporcionó una sensible mejoría en el nivel de vida de la población. Estos éxitos no

estuvieron exentos de costos sociales y económicos; entre otros, los elevados impuestos, los bajos precios, y el gravamen de 80% del fondo de inversiones al sector agropecuario, la densidad demográfica que obstaculizó la mecanización agrícola, y el éxodo poblacional del campo a la ciudad.

En su proyección histórica, es posible aproximarse a los acontecimientos que pronto comenzaron a hacerse visibles y que agitaron a China en los veinte años posteriores. Los prolegómenos de esta nueva etapa tendrán su manifestación después del VIII Congreso del Partido Comunista Chino (PCCh), en septiembre de 1956. Aunque este evidenció matices dentro de la unidad, aprobó, entre otros documentos, las propuestas para el Segundo Plan Quinquenal, además de adherirse a la condena al «culto a la personalidad de Stalin», realizada en ese mismo año.

Sin embargo, según diversos sinólogos, existían sutiles diferencias que palpitaban entre telones en la cúpula del PCCh. Una favorecía la modernización mediante las experiencias, la ayuda material, científica y técnica que ofrecían la URSS y los países socialistas europeos; la otra abogaba por acelerar el proceso de cambios económico-sociales recurriendo a la movilización masiva de la población (se calificó con posterioridad como línea de «autosostenimiento» o de apoyo en las propias fuerzas). Mao y otros dirigentes serían los abanderados de la segunda ruta.

El camino de la aceleración (o de quemar etapas), sostenido por Mao y sus seguidores, no logró la aprobación del Congreso. El plan 1958-1962 mantuvo, en lo esencial, el mismo rumbo estratégico seguido hasta ese momento, el del ya probado «modelo clásico soviético». Pero los propuestos altos ritmos en los crecimientos productivos chocaron, entre otros obstáculos y limitaciones, con la escasez de recursos de inversión; el excedente aportado por la agricultura no alcanzó los montos esperados. No obstante, los avances económicos, así como la labor en las reuniones, conferencias y encuentros partidistas, sirvieron para justificar la ofensiva maoísta que fue aprobada en enero de 1958, durante la segunda sesión plenaria del VIII Congreso.

La primera «herejía»

En esta etapa, aparecerá en China una nueva ortodoxia socialista, una «herejía de izquierda»: el Gran Salto Adelante. La consigna de que el desarrollo económico quedara concentrado en «veinte años en un día» se conjugó como la generalización de las comunas populares. El año 1958 marcó un nuevo derrotero en

el devenir de la sociedad china, con el paso a la línea propugnada por Mao.

En abril de ese año, 43 000 campesinos de la provincia de Hunan, integrantes de veintisiete cooperativas agrícolas, decidieron agruparse para cultivar mejor la tierra, construir industrias locales, cavar canales de riego, trazar caminos, levantar escuelas, etc.; en una palabra, avanzar hacia «rápidos progresos en las áreas económicas y sociales». La revolucionaria asociación fue bautizada con el nombre de *Sputnik*. El 7 de agosto se publicaron sus estatutos; el 29, el Pleno del Comité Central del PCCh adoptó la «Resolución Histórica» que festejó su nacimiento, y deseó la multiplicación de las comunas populares.

Estas constituyeron un Estado-miniatura. Su régimen financiero era dominado desde el gobierno central. Las comunas controlaban las relaciones con el exterior, así como el «sector nacionalizado»: depósitos de maquinarias, talleres de reparaciones, pequeñas industrias auxiliares, etc. En las instancias inferiores, se delegaron responsabilidades en las brigadas (prefecturas) que supervisaban los equipos de base (municipalidades).

La planificación y el control centralizado de las empresas se redujeron hasta 27%; la mayoría de las unidades productivas quedaron sujetas a las autoridades locales, regionales o provinciales. La lógica consistió en que el crecimiento económico acelerara la revolución social, todos los sectores de la producción tendrían misiones iguales, con atención especial a la agricultura. Los objetivos inversionistas no se centraron en grandes unidades; se enfatizó la promoción de tendencias igualitarias en las fábricas (y fuera de ellas), para conjurar la aparición de diferencias en lo social entre los obreros, campesinos y otros grupos de la población.

Antes de finalizar 1958, unas 740 000 cooperativas agrícolas desaparecieron, para dejar lugar a 26 000 comunas. Cada una agrupó, como término medio, unas cinco mil familias. En lo orgánico y estratégico, parecieron constituir unidades básicas de la organización del Estado y la sociedad chinas. Su funcionamiento abarcó, de modo integral, aspectos económicos, sociales, políticos e incluso militares.

El desempeño económico de 1958-1962 manifestó rasgos dispares al tratar, por una parte, de conjugar elementos de racionalidad económica y, por otra, sustentar las medidas aplicadas en la economía en factores subjetivos, ideológicos y movilizativos. Ello llevó al fracaso del plan quinquenal. El balance del Gran Salto indica que redujo el ritmo de crecimiento de la renta nacional hasta 3% anual; la producción agrícola cayó (4%); y se agudizó la diferencia estructural de la economía. En lo humano, quedó la tragedia de la hambruna

con un saldo de muertes estimado en unos treinta millones de personas.

Las deformaciones de esa política fueron sometidas a rectificación en un período de «reajuste-consolidación-complementación» entre 1962 y 1966, y condensadas en el llamado a «caminar sobre las dos piernas». Se propugnó un crecimiento más equilibrado de la industria y la agricultura.⁴ El igualitarismo imperante en las comunas se debilitó en favor de mayores incentivos materiales a la producción; y los campesinos recibieron autorización para explotar parcelas individuales.

El pragmatismo que pareció imponerse en el ordenamiento económico del país tuvo como cabezas visibles a Liu Shao-qui, Deng Xiaoping y Zhou En-lai como presidente de la República, secretario general del Partido y primer ministro, respectivamente.

Fuego al Cuartel General

Sin embargo, desde su cargo de presidente del PCCh de 1962 a 1965, Mao emprendió la crítica a las políticas económicas aplicadas, en particular en la agricultura. Enfiló las diatribas contra la cierta autonomía concedida al sector y al cultivo de las parcelas individuales por los campesinos. Denunció una supuesta «facción burguesa» en el Partido que procuraba volver al capitalismo, al abogar por el empleo de mecanismos y palancas mercantiles e incentivos materiales.

En lo formal, la señal para el despliegue de otra «herejía revolucionaria», de signo más izquierdista, la dio un *dazhibao* (periódico mural) colgado en las paredes de la Universidad de Beida, Beijing, en junio de 1966. El 5 de agosto, Mao colocó en la puerta del Comité Central su propio *dazhibao* cuyo título «Bombardead el Cuartel General», resultó todo un programa. De inmediato se acometió una virulenta cruzada contra cuadros del Partido y dirigentes estatales acusados de defender y fomentar la línea capitalista. Los primeros purgados fueron Liu Shao-qui y Deng Xiaoping.

La punta de lanza de la «ofensiva de las masas» destapada por la Revolución cultural, recayó en los guardias rojos, destacamentos de la juventud seducidos por el culto a la personalidad de Mao. El radicalismo doctrinal izquierdista instaba a combatir lo «antiguo y burgués». A fines de 1967, una vez borrada la oposición dentro del Partido, y consolidados los dictados y el lugar protagónico de Mao, se procedió a la reordenación social, al ajuste de la economía a parámetros de «naturalización» y a eliminar los elementos monetario-mercantiles. Las avanzadas de los guardias rojos fueron desarticuladas; la gran mayoría fue enviada al campo.

La economía experimentó un duro retroceso de 1966 a 1968. Los aspectos económicos quedaron supeditados a la ideología y la agitación de las masas, la «lucha de clases» constituyó el centro de los cambios económico-sociales. La planificación fue desarticulada, los comités de fábricas del Partido desplazaron a los gerentes y los resortes monetarios e incentivos materiales fueron casi liquidados.

Los vínculos empresariales se naturalizaron y las relaciones de mercado se anularon en la práctica. En la agricultura, retornó el colectivismo de las comunas; las áreas cultivadas privadas disminuyeron de 15% a 5%. Los mercados-bazares y ferias libres casi desaparecieron, aunque resultó paradójico que la industria rural fuera estimulada como complemento de las actividades agrícolas.

En el terreno científico-académico, las políticas entronizadas tendientes a acelerar la construcción socialista, primero mediante el Gran salto, y luego con la Revolución cultural, dieron al traste con las ciencias económicas entre 1958 y 1975. La «política en el puesto de mando» se impuso como método y guía práctica para las soluciones económicas. Más tarde, al tomarse como base la «lucha de clases», se generalizaron en las ciencias sociales los métodos políticos. Primó la tendencia a simplificar, absolutizar y llevar a esquemas carentes de contenido los temas de la economía política del socialismo y los planteamientos teóricos de los clásicos del marxismo.

Tampoco escapó esta etapa del desarrollo económico-social de China a la entronización de las virtudes, en mucho inspiradas en el «período heroico de Yenan»; y se patentizó el llamado «modelo maoísta», propulsor ideal de un «socialismo ascético». Mao escribió acerca de cómo la pobreza suscitaba el cambio y avivaba la revolución. El pobre era como un libro blanco donde los caracteres más amenos y hermosos podían ser escritos, así como pintar cuadros frescos y bellos. Esta peculiar teoría justificó el envío de intelectuales y ciudadanos al campo para aprender las «virtudes proletarias». Parecería que la felicidad y la pureza podrían encontrarse en el «país de las hormigas de azul»; calificativo dado al pueblo chino durante mucho tiempo, por llevar hombres, mujeres, jóvenes, viejos y niños prendas iguales: pantalones y chaquetas de color añil. «Modelo» que la ultraizquierda identificó como antípoda de la ortodoxia del socialismo real.

Respecto al comportamiento económico, la caída de la producción en el orden de casi 14% en 1967 y de 5% en 1968 patentizó el retroceso. La agricultura decreció cerca de 3%; solo los sectores vinculados con la defensa y la industria espacial mostraron desempeños positivos. En 1964, China explotó su primera bomba atómica, y en 1970 puso en órbita el primer satélite.

El cuarto Plan quinquenal (1968-1972) relanzó las tareas económicas: la tasa de acumulación fue de 37% de la renta nacional; el incremento del Producto Interno Bruto se fijó en 6% anual. El auge de la industria pesada en el período fue de casi 15% por año. Las tasas de crecimiento medio de la producción industrial reflejaron las oscilaciones e intermitencias que aquejaron a la economía entre 1956 y 1975. Si en 1953-1957 la industria pesada había crecido en 25% y la ligera en 13%, en 1975 los incrementos resultaron de 1% y 2%, respectivamente.

Los planes quinquenales cuarto y quinto intentaron estabilizar el desarrollo económico y paliar la irracionalidad del remolino tormentoso de los años de la Revolución cultural.⁵ En este tiempo se trató de estimular la producción combinando en algo la sensatez económica con la movilización social en torno a los objetivos productivos.

Emprender una valoración de todos los sucesos desencadenados por la Revolución cultural no puede obviar que esta gigantesca agitación social de masas, al margen de los retrocesos económicos, implicó un alto costo humano. No existe, o no se conoce, un balance oficial exacto de esta etapa de la construcción socialista en China, pero diferentes estimados han sugerido que no menos de cien millones de personas vieron sus vidas complicadas por aquella vorágine, y presumiblemente decenas de millones resultaron víctimas fatales.⁶

Por último, la muerte del Gran Líder, en septiembre de 1976, trajo un período renovador en todo el entramado económico-social. El interregno 1976-1978 constituyó un momento de transición en el afianzamiento de las fuerzas políticas que pugnaban por impulsar transformaciones en el curso económico, social y político de China. En ese intervalo aparecieron los síntomas que propiciarían el florecimiento de nuevas «herejías», que vistas en relación con la tradición ortodoxa soviética, clasificarían como de derecha.

Se inicia la modernización

Al fallecer el Gran Timonel, el designado Hua Kuo-feng, su cercano colaborador en sus postreros años, pareció perfilarse como su sucesor. Al mismo tiempo, se exacerbaban las discrepancias en el seno del Buró Político del PCCh en torno al liderazgo que trató de mantener la llamada Banda de los Cuatro, nucleada alrededor de la viuda del finado. Este cuarteto resultó la cabeza visible de las tendencias más extremistas de quienes pugnaban por continuar la política maísta.

El plan de la economía (1976-1980), inspirado en las prioridades otorgadas a la reanimación económica, quedó semiparalizado por las incertidumbres y reajustes

políticos desencadenados luego de la desaparición de Mao. En lo social, este panorama se complicó por las devastadoras secuelas del gigantesco terremoto que azotó varias zonas industriales del país en 1976.

En lo político, a la eliminación de la Banda de los Cuatro, la sustitución de Hua Kuo-feng y el ascenso a la Secretaría General del Partido de Hu Yaobang, le siguió la rehabilitación, en 1977, de Deng Xiaoping.⁷ Había salido a flote en 1973 al ser nombrado viceprimer ministro y jefe del Estado Mayor del Ejército y vuelto a apartar del poder en 1976, tras la enorme manifestación en la Plaza de Tiananmen en defensa de la memoria de Zhou En-lai. Estos eventos, en su conjunto, proyectaron renovadores horizontes en el devenir político-económico-social de China.⁸ Quedó así despejado el camino para que en la Segunda Sesión de la IX Plenaria del Comité Central (diciembre de 1978) fueran resumidas tanto las experiencias positivas como negativas experimentadas en la senda socialista. Además, se aprobó la propuesta de Deng Xiaoping de realizar la restauración socialista del país, en alrededor de cien años, al surgir la nueva China en 1949.⁹ El cónclave sancionó las bases y direcciones de las Cuatro Modernizaciones, proyecto que había propuesto, sin éxito, Zhou En-lai en 1964 y 1975.

Sin embargo, no puede pasarse por alto que a fines de los años 70 del siglo xx, en China concurren factores internos, externos, políticos y económicos que favorecían y a la vez hacían impostergable el proceso modernizador. El país afianzó un Estado soberano que, por primera vez en miles de años, logró la unificación nacional, y poseía un peso y un importante reconocimiento internacional. Pero, con independencia de los ambiciosos objetivos y de los logros en la construcción económica, a mediados de los años 70, China clasificaba como un país pobre, atrasado y subdesarrollado. En 1978, la renta *per capita* representaba 10% de la de la URSS y 2% de la de los Estados Unidos. Se admitía oficialmente que casi cien millones de personas no disponían de suficientes alimentos; vivían al borde del hambre. En determinados índices, el país mostraba deterioros respecto a los de mediados de la centuria.

Para encarar los objetivos trazados, China no optó, como veinticinco años atrás, por volver al «modelo centralizado». Quizás, en su contexto histórico, sea válido conjeturar que la visión y experiencia personal de muchos de sus dirigentes estatales y partidarios, parte del hecho de haberse capacitado en la URSS; pero los acercamientos y distanciamientos político-económicos compartidos en la conducción socialista, aportan ahora suficientes elementos para desechar, como alternativa renovadora, los modelos europeos de socialismo. Tampoco puede descartarse que en ese momento el

China entra de lleno en la sociedad globalizada y se enfrenta al reto de absorber el acervo técnico-cultural-institucional mundial, sin perder la ancestral fisonomía de su muy especial cultura. El siglo XXI verificará si está ante una amenaza o un desafío social sin precedentes en su historia.

modelo soviético mostraba efectos administrativos paralizantes, refractarios a toda renovación, a lo que se sumaban las tendencias burocráticas contenidas en la subordinación de las empresas a rígidos esquemas verticales, erigidos en sólidas barreras que entorpecieron la asimilación de las nuevas tecnologías, así como el estímulo de iniciativas innovadoras; es decir, esas estructuras de gestión cerraron el paso al desempeño de verdaderos «hombres dinámicos socialistas».

Por ello, no resultó un fenómeno aislado que cada cierto tiempo (cinco-diez años) el funcionamiento de las economías socialistas del entorno europeo se viera abocado a reformar los mecanismos económicos aplicados y modificar los indicadores y apartados contenidos en el Plan de la Economía Nacional. Como en la URSS, se argumentó que estas economías experimentaban la urgencia de transitar hacia métodos intensivos de desarrollo y crecimiento económicos.

Acerca de los cambios en la planificación, la administración territorial, la dirección de la economía, los sistemas de incentivos, etc.; o las desviaciones en el funcionamiento económico que las reformas paliaban, a fines de la década de los 70 comenzó a prevalecer el consenso, aceptado por muchos estudiosos del socialismo, de que las causas raíz de los conflictos y desproporciones radiaban esencialmente de la organización y comportamiento del propio «modelo».

De conceder cierta validez a estas ideas, resalta que, por el contrario, en el contexto geográfico de China había suficientes exponentes de modelos de economías dinámicas, con un activo protagonismo estatal en los asuntos económicos, su dirección y su gestión, ancladas en eficientes mecanismos mercantiles y en la prioritaria orientación al mercado mundial, aunque portaban, de una u otra forma, abundantes ingredientes autoritarios.

En su arranque inicial, las medidas tomadas para llevar adelante la renovación económica persiguieron dos objetivos principales: por una parte, la descentralización de la economía y, por la otra, la apertura al exterior, que puso fin al aislacionismo internacional que había sido su signo durante cientos de años. Además, la meta de modernizar la economía y la sociedad china llevó a adoptar e implementar importantes cambios institucionales y económicos. Se iniciaron por la agricultura, para luego extenderse al resto de las ramas

y sectores: la industria, el comercio interior, las finanzas, la banca, la esfera fiscal, las empresas, los servicios y el comercio exterior. Pero el viraje más espectacular ocurrió en la apertura al mundo: fueron incorporadas las inversiones extranjeras directas (IED) a la estrategia de modernizar la economía. Quizás el elemento más novedoso lo constituyó la diversidad de asentamientos geográfico-espacial-económicos para las IED surgidos en los años 1979-1995. Este segmento cuenta con Zonas Económicas Especiales (ZEE), Zonas de Desarrollo Económico y Tecnológico (ZDET), Zonas Libres de Derechos Aduaneros (ZLDA), Zonas de Desarrollo Industrial de Altas y Nuevas Tecnologías (ZDIANT) y Ciudades y Puestos Fronterizos Abiertos.

Por otra parte, en la dirección y gestión de la economía se practicó, entre 1979 y 2006, de una manera gradual —sin excluir retrocesos temporales—, una consecuente orientación mercantil. Se planteó la necesidad de actuar en correspondencia con las leyes económicas —en particular la del valor— y prestar la debida atención a la combinación del trabajo ideológico-político con los mecanismos económicos. Igualmente, se procedió a separar el Partido y la administración y se implementó la responsabilidad por los niveles de dirección, y fueron reforzadas las atribuciones de los organismos y del personal administrativo.

Un paso fundamental en la senda para perfeccionar la gestión empresarial en la industria consistió en liberar a las fábricas de las cargas de la seguridad social. En China se universalizó, como los «tres cuescos de hierro», la garantía que las empresas ofrecían de por vida al obrero: salario, puesto de labor y seguro social, incluida la vivienda. Esta nueva fase en la modernización debía conducir a las entidades a comportarse según las reglas de un mercado socialista.

Importante cometido cumplieron las experiencias iniciadas en la agricultura en la creación del entorno idóneo para la entrada de las relaciones de mercado en la industria. En ello contaron las leyes y disposiciones que garantizan los derechos de las firmas estatales que, sin prisa, pasaban a otras reglas de juego, a las que se agregó la seguridad que la Constitución y las leyes promulgadas daban al inversionista extranjero para la radicación nacional de capitales externos. Entre otras, se incluyeron innovaciones en los mecanismos de

planificación, papel y lugar del plan, así como enfoques novedosos para las políticas fiscales, de precios, y monetario-financieras. En el sistema bancario, más que reforma, se adoptó un nuevo orden tributario dirigido a redistribuir y racionalizar la dimensión y funciones estatales, así como a otorgar mayores atribuciones a los eslabones inferiores de la administración estatal.

El peso relativo que fue adquiriendo el mercado como ámbito de venta y compra de las empresas, impulsó el empleo de controles macroeconómicos por parte del Estado. Ganaron espacio instrumentos como el crédito, los impuestos, las medidas fiscales, etc. Prácticamente se había llegado a una plena liberalización en la circulación, asignación y empleo de los recursos productivos; excepto para un exiguo número de renglones, los precios salieron del control planificado. El Plan, como categoría primaria, y el mercado, como lo secundario —con el propósito intermedio de que el Estado regulaba el mercado, y este a las empresas—, tuvieron en el tránsito hacia una «economía de mercado socialista» su corolario definitivo.

Canalizar las demandas que reclamaban los avances en la modernización de la economía implicó extender las reformas en curso. Las innovaciones abarcaron todas las ramas y sectores económicos. La infraestructura mercantil en ciernes exigió reestructurar y modernizar el sistema bancario, desarrollar los mercados internos de capitales, aplicar un nuevo ordenamiento impositivo, introducir variaciones en el contenido e instrumentar políticas más flexibles. El objetivo de estas era alcanzar un control monetario más desarrollado, dependiente, en lo fundamental, de elementos primarios o indirectos. La remodelación bancaria también contó con la presencia de agencias extranjeras de variadas formas.¹⁰

Las modificaciones introducidas en el área financiera se ajustaron, aunque con imprevistos de variadas raíces, a los mismos principios generales que han regido el proceso de modernización y apertura de la economía. Los cambios han ocurrido de forma gradual, signados por el experimento en zonas de ensayo antes de generalizarse; transcurrieron y se mueven hoy por etapas y niveles; es decir, la difusión a todo el territorio nacional ha tenido lugar después de haberse comprobado su eficacia.

Sin embargo, los sucesivos cambios en el empleo del instrumental financiero que comenzaban a influir en el desempeño económico, no estuvieron exentos de imperfecciones y otros errores. Quizás, la mayor carencia que puede aducirse acerca del nuevo orden que emergía en la esfera monetario-financiera, de manera general, es haber marchado un tanto a la zaga de los cambios que iban sucediéndose en otros sectores de la economía. La novedad, asincronía, magnitud,

complejidad de las variaciones en proceso, junto a la falta de una arraigada cultura mercantil, influyeron con fuerza en el relajamiento de los recién estrenados controles financieros. Estos eventos cayeron en terreno fértil para que se hicieran visibles serios problemas macroeconómicos, generadores de amenazas para el sector bancario y el joven sistema financiero. En última instancia, por sus implicaciones sociales, llevarían a riesgo la estabilidad política del país. Entre los problemas, sobresale la dimensión de los préstamos no recuperables de los bancos comerciales, así como la persistente corrupción.

En lo relativo a la hacienda pública en China, el «modelo económico centralizado» no dejó vestigios utilizables en la reordenación del orden fiscal o en la estructuración de una política tributaria. Tuvieron que transcurrir varios años de avances palpables en los cambios que modificaban el funcionamiento de la economía —agricultura, inversión foránea, etc.— para que fueran ganando espacio las relaciones monetario-mercantiles, y todo lo concerniente al tesoro público adquiriera relevancia.

El Servicio Nacional Impositivo tomó a su cargo, de manera integral, el cobro de los tributos fiscales y la creación de una variada y racional gama de impuestos. Los gravámenes indirectos elevaron su peso; se redujo la recaudación por concepto de ingresos personales, mientras aumentaron la participación de las cuotas empresariales y los tributos sobre los bienes, los servicios y el comercio internacional; fue reforzada la función administrativa fiscal del nivel central y disminuyó la interferencia de las autoridades locales.

Se ampliaron los derechos aduaneros, los que, en la práctica, no habían desempeñado papel alguno en la política fiscal del modelo centralizado; y a la vez sufrieron en los últimos años sensibles ajustes para acercarlos a las corrientes de la economía internacional, en especial después de la adhesión de China a la Organización Mundial del Comercio (OMC). Sumadas estas cargas a las anteriores, conforman cerca de 95% del total de los ingresos impositivos.

La organización del novísimo sistema fiscal ha tenido que ver con la complejidad administrativa de China. El país está integrado por instancias centrales, provinciales, regiones autónomas, municipios, cantones, prefecturas autónomas, distritos, aldeas, áreas urbanas y suburbanas, cantones de nacionalidades, etc. Las relaciones financieras se desarrollan mediante una complicada madeja de principios constitucionales, leyes, orden, costumbres y contratos intergubernamentales de diversa índole.

Finalmente, la experiencia acumulada en más de un cuarto de siglo, desde que China emprendió las «cuatro modernizaciones», muestra que ha logrado incorporar

el mercado al desempeño económico, con presencia mayoritaria de la propiedad pública en los sectores prioritarios, sin la privatización masiva como sostén básico. Conformó indicadores monetario-mercantiles para sustentar el control, la gestión y dirección de la economía, donde las palancas macroeconómicas ganaron categoría principal en el desplazamiento del Plan, la subordinación vertical y la organización ramal, como instrumentos directivos de lo económico-social.¹¹

La síntesis del proceso modernizador chino durante los pasados más de cinco lustros evidencia los espectaculares cambios operados en el sector externo. En 1980, China ocupó el lugar 30 en el mundo; en 2006, el tercero; por el monto de la exportación-importación ascendió al tercer orden en la economía internacional. En lo exportado, las manufacturas constituyen más de 90%, aunque las empresas formadas con IED aportan 60%. Entre 1979-2006 el PIB creció a un ritmo promedio de 9,7%; y por su volumen constituye el cuarto del orbe.

Sin embargo, según cifras oficiales, el PIB *per capita* del país no rebasa los 1 650 dólares anuales; aunque computado en términos de la paridad del poder adquisitivo (PPA), los estimados lo sitúan por encima de los 3 500 dólares. Por ello, China argumenta con fuerza que, en conjunto, aún debe ser incluida en los países en vías de desarrollo.

¿A dónde va China?

Con una alta cuota de objetividad, puede afirmarse que hasta cerca de 1980, en China prevaleció una relación que pudiera designarse de «verticalidad», en la cual la impronta Partido-Estado-individuo había adquirido una elevada dosis reguladora. La sociedad parecía reflejar un carácter homogéneo y uniforme. Predominaba una estructura igualitaria, tenida por equitativa, dentro de un sistema político jerárquico y altamente concentrado en las instancias de poder.

En lo económico, resultaba prioritaria la excesiva centralización. Los miembros de los diferentes sectores laborales —obreros y empleados— carecían de movilidad y, por lo regular, el lugar de trabajo era intransferible y vitalicio, además de estar muy segmentados. La sociedad, prácticamente, estaba cerrada al exterior. El auge económico en los sectores que entraron en la modernización y después en la superación del modelo aplicado hasta entonces, trajo prosperidad y mejoría en el bienestar de millones de personas. A la vez, mostró el lado amargo de la frustración para las generaciones que miraban al pasado y sentían que el mundo «ideológico» al que habían entregado sueños y esfuerzos desaparecía a ojos vista.

Es comprensible que los cambios estructurales que se sucedieron, la movilidad social, la libertad individual para emprender iniciativas económicas, las expectativas de un futuro más prometedor para amplios grupos de la población, dieron motivos a que determinados estamentos sociales sintieran cierta sensación de descontrol y pérdida de los valores prevalecientes hasta entonces. Pero en lo social, la humanidad no conoce experiencia anterior en lograr la erradicación de la pobreza en la magnitud y tiempo en que se ha logrado en los últimos veintisiete años en China. En 1978, la población pobre —la que obtiene unos 85 dólares anuales según normas nacionales (200 dólares según el Banco Mundial)—, oscilaba entre los 250 y 265 millones de personas. Según datos oficiales, esta cantidad ha quedado reducida a unos 21 millones; concentrados en grupos residentes en las zonas más apartadas y montañosas del país. Sin embargo, uno de los temas recurrentes cuando se trata de visualizar toda la conmoción en el entramado social que acarrió la modernización económica se relaciona con dos fenómenos paralelos.

El primero, los grandes desplazamientos humanos. El flujo migratorio, compulsado por disímiles factores, sigue las pautas del mercado. Se trata de grupos heterogéneos formados por jóvenes, con predominio de varones, aunque las mujeres cuentan con ventajas para hallar empleo doméstico, en los servicios, la industria ligera, etc. En general, poseen un bajo nivel educativo; están fácilmente disponibles, aceptan condiciones más duras de trabajo y quizás uno de sus rasgos más peculiares es su carácter estacional.

El segundo, la marejada migratoria tiene impactos positivos en los lugares de origen. Disminuye la densidad de población y reduce el contingente de desocupados o subempleados. Cuando envían dinero a los familiares originan fines de doble carácter, mejora el nivel de vida de los parientes y contribuyen a fomentar actividades de tipo artesanal o semindustrial. Lo negativo: al abandonar de forma permanente el cultivo de la tierra, afectan la producción agrícola.

El sucinto recuento del tráfico poblacional interno en China tiene otras aristas. Los inmigrantes suponen una mano de obra primordial para el desarrollo de las zonas urbanas en crecimiento y para el progreso económico y social. Ofertan trabajo manual barato y, casi siempre, sin seguridad social, lo que se traduce en menores costos para las empresas. Se emplean, en su mayoría, en el sector privado y no en el público, «reservado» para los habitantes locales. Son un factor de competencia para los ocupados en el sector estatal.

Por otra parte, el impetuoso crecimiento de la economía ocurre de modo desigual. Las aéreas costeras, y fundamentalmente las provincias sureñas, acusan un

dinamismo económico y social que contrasta con el secular atraso de las regiones del centro y oeste del país. El proceso de desarrollo económico no ha disminuido esas diferencias. Por el contrario, se han acentuado los desequilibrios territoriales y, como resultado, aparecen mayores desigualdades sociales.

En la esfera laboral surgió un fenómeno desconocido dentro del funcionamiento del llamado «modelo maoísta». Con la generalización del mercado se ha conformado un ejército industrial de reserva, que algunas fuentes oficiosas —prescindiendo del posible grado de exageración— fijan en unos 30 a 50 millones de personas; esto, con independencia de que las estadísticas oficiales hacen oscilar el desempleo en las zonas urbanas en 4-5% (8-10% para otras fuentes) de donde quedan excluidas las áreas rurales.

También pesa de modo negativo que los avances económicos hayan venido acompañados, en lo social, de una corrupción que, en la práctica, toca todas las esferas de la sociedad, incluyendo la política. El comercio de influencias, las malversaciones, la participación en redes de tráfico, el nepotismo, la evasión de impuestos, las construcciones ilegales, la desviación de fondos del presupuesto, el establecimiento de negocios ilícitos, se encuentran entre las más habituales formas de prácticas corruptoras.

Pero también adquieren amplia difusión otras formas de delitos y violaciones legales. La elaboración, distribución y venta de drogas alcanzan considerables niveles, junto a la prostitución, el juego y las actividades criminales. A este flagelo se une el creciente secuestro y comercio de mujeres y niños y el contrabando interno e internacional de personas. Aunque las penas para estas y las anteriores infracciones son duras, su proliferación causa alarma entre las autoridades gubernamentales y partidarias, que ponen en práctica severas medidas de seguridad e intensifican su persecución.

Tampoco el medio ambiente quedó al margen de los influjos trastrocadores de la modernización. Se enfrentan problemas como la contaminación de ríos y mares, la disminución del agua potable, el incremento de la polución, los ruidos, el aumento de desperdicios sólidos, la degradación de los suelos y la reducción de las tierras de laboreo (1-3 millones de ha al año), los cambios climáticos y los efectos de los desastres naturales.

Una conclusión parece obvia: la remodelación (revolución) económica tira de la sociedad china en todas sus vertientes —económicas, políticas y sociales. Sus efectos variopintos y contradictorios hacen más diversificada y dinámica la estructura social en relación con los «experimentos» que condujeron a las «comunidades» o a los desenfrenos extremistas de la Revolución cultural.

En fin, los anales de la nación constatan ahora un desarrollo económico sin parangón, una apertura externa sin referentes en el pasado, ritmos de bienestar más abarcadores para amplios sectores de la estructura económica —sin vaticinios exactos— y una mayor libertad e independencia ciudadana. Lo que presagia que China entra de lleno en la sociedad globalizada y se enfrenta al reto de absorber el acervo técnico-cultural-institucional mundial, sin perder la ancestral fisonomía de su muy especial cultura. El siglo XXI verificará si está ante una amenaza o un desafío social sin precedentes en su historia.

Al intentar desprender deducciones de contenido práctico, o que adquieran un vuelo generalizador de lo acaecido en la economía de China entre 1949 y 1978, y en especial durante la etapa modernizadora de 1979 a 2006, algunos hechos constituyen evidentes muestras de «herejías de izquierda». Sin dudas, el Gran Salto y la Revolución cultural califican como violaciones del desarrollo natural del socialismo conocido en la historia económica, legada por la existencia socialista en el corto siglo XX.

Sin embargo, a la luz de los mismos postulados, el ciclo modernizador de la economía acometido por China clasifica como otra «herejía», aunque esta cae en el otro extremo, a la «derecha». No obstante, el propio curso y la experiencia renovadora china confirman, después de haber asistido al naufragio del modelo económico centralizado gestado en la URSS, y los aplicados en el centro y este europeo —incluida la autogestión yugoslava—, que las economías socialistas que el «viejo topo» desechó, o las existentes, carecieron, en sus mecanismos de dirección económica, de propiedades genéticas autocorrectoras.

La deducción resulta obvia. Una mirada retrospectiva a la realidad del socialismo conocido haría comprensible que, al nivel de las fuerzas productivas actuales, la sociedad está distante de poder enviar el mercado, junto con la rueca y el telar manual, al museo de la historia.

En los resultados que arrojan los avances económicos logrados por China tampoco pueden menospreciarse la situación geográfica y los elementos culturales. El país acumula una vida cultural y aldeana de miles de años, donde la estructura y la tradición familiar desempeñan importantes papeles. La región asiática posee la economía más dinámica del planeta; crecer y desarrollarse es un imperativo para no quedar en el camino. Los chinos optaron por aceptar el reto de la mundialización y por entrar a competir con esas reglas del juego.

La extensión territorial y poblacional no puede pasarse por alto. Diferencias regionales, zonas de pobreza, bajos niveles de transportación y

comunicaciones, tienen influencias evidentes para acelerar o retardar las políticas innovadoras. Aunque en este terreno China presenta grandes disparidades, ello no ha impedido que el «destape modernizador» sacara de la pobreza a millones de personas.

Una característica que, sin excepción, los analistas resaltan dentro de las «reformas» realizadas en China, tendientes a la asimilación de una «economía socialista de mercado», tiene que ver con la gradualidad del proceso. Sin embargo, muy frecuentemente se ignora que ese escalonamiento fue posible por haberse iniciado las «cuatro modernizaciones» a partir de la agricultura y, en general, por la amplia gama del sector económico individual o privado. El desmontaje del llamado «modelo maoísta» parece confirmar que el sistema económico que posibilita administrar con éxito la pobreza resulta incapaz de generar y distribuir riqueza, sin olvidar que la herencia autoritaria está unida en China a un legado de más de dos mil años.

En el terreno político, el aire modernizador se insufló a partir de «cuadros fundadores de la Revolución», la cabeza más visible y descollante fue la de Deng Xiaoping. No es ocioso mencionar que en Europa los intentos renovadores partieron de «herederos». Sumado esto a la esclerosis de la nomenclatura y la burocracia como elementos refractarios a cambios que pusieran en peligro el *status quo* o, en último término, «cambiar para que todo siga igual».

En el caso de la experiencia modernizadora china no solo entraron en crisis los componentes básicos del modelo económico centralizado. La teoría leninista del Partido no resultó inmovible, sugiere algo así como adecuaciones puntuales; la anterior «herejía» revolucionaria de la toma del poder «desde el campo cercando a la ciudad» ahora parece que integrará, en el futuro próximo, la aplicación consecuente de la «triple representatividad»¹² como secuencia y desarrollo lógico del proceso renovador de la economía.

La «triple representatividad» integra al Partido a obreros, campesinos y los «nuevos hombres dinámicos». Plantea fundir la cristalización, la deducción científica, la experiencia, el rumbo y la ubicación histórica del PCCh. La dirección de la lucha revolucionaria por la conquista del poder político, la construcción del socialismo y la modernización, con su corolario modificador, convirtió al Partido en otro que conduce al pueblo para asumir ese poder y que, además, acumula larga práctica y tiempo en su ejercicio. La organización partidista, se dice, pasó de las circunstancias de dirigir al país bajo el bloqueo exterior y un modelo de economía de planificación centralizada a un Partido que guía los objetivos sociales en las condiciones de la apertura al exterior y el desarrollo de una «economía de mercado socialista». El concepto de la «triple

representatividad» hoy se erige en la plataforma de acción para el Partido, en fuente de estímulo para incrementar y desarrollar las fuerzas productivas y el progreso científico-técnico más avanzado; ampliar la visión teórico-ideológica de la militancia y de todo el pueblo para llevar adelante la causa del «socialismo con peculiaridades chinas».

El PCCh se fundó el 1° de julio de 1921 en Shanghai. En 2006 contaba con más de 71 millones de miembros; de los cuales, 12% eran obreros; 29% funcionarios gubernamentales, personal administrativo de las empresas e instituciones de propiedad estatal y técnicos; 32% campesinos (sin ser un partido agrario); y el restante 27% son soldados, estudiantes y jubilados. Estos datos parecen invertir la pirámide de la concepción leninista del Partido. Por otra parte, la ausencia de un mecanismo institucionalizado en el «modelo bolchevique» en lo tocante a la sucesión en las estructuras del poder político, parece resuelta dentro del espíritu modernizador de China, al menos por el momento. El precedente que sentó Deng Xiaoping de alejarse por voluntad propia de los cargos dirigentes —oficialmente no ostentó ninguno— fue refrendado en el acuerdo del XIV Congreso del PCCh (1992), al limitar a dos mandatos, como máximo, los más altos puestos dentro de la jerarquía del Partido y el Estado. En fin, las «cuatro modernizaciones» de la economía emprendidas desde 1979 en China devinieron una «herejía», en relación con la ortodoxia sustentada en los pilares del «modelo» generalizador que pareció desprenderse del experimento soviético. Lo iniciado como un primer paso en todo este largo camino, sustentado en la categoría de la «etapa primaria del socialismo», puede ser interpretado como versión china de un inicial período de tránsito, en lo referido a las tareas que debió resolver el capitalismo; y en concordancia con la teoría aceptada, esta fase demandará, en la nueva China, unos cien años.

El «socialismo con características chinas» ha servido para fundamentar la gradual asimilación de las palancas monetario-mercantiles y, en especial, el papel del mercado en la economía. Desde la perspectiva histórica, esta tentativa parece confirmar las conclusiones de diversos especialistas: el *modelo clásico socialista soviético no era reformable*. El desmontaje económico-social-político en la renovación de la economía no se sustentó en una estrategia preconcebida; más bien el camino lo mostró lo que arrancó como una práctica reformista.

En definitiva, China está en vías de gestar un nuevo modelo económico-social que aún no ha definido todos sus contornos. No corresponde al «socialismo real»; sus patrones se alejan del «socialismo de Estado», y la «etapa primaria del socialismo» es solo una transición. Los criterios que tienden a identificarlo con el capitalismo

parecen objetivos, al reconocer que cohabitarán variadas formas capitalistas y socialistas por largo tiempo. Pero con independencia de los contornos materiales que adopte, es predecible que la «genética del modelo», aun con rasgos en desarrollo, no será de «igual paño» a los contenidos en los perfiles básicos del «modelo clásico socialista» que desechó la historia.

El «pragmatismo» es causa y efecto de las transformaciones prácticas. «Pasar el río tanteando las piedras» sería una parábola acertada para definir esta situación. Pero la propia vida, en un lenguaje transparente, ratifica que cambios tan radicales nos llevan a las disyuntivas: ¿estamos ante una modernización?, ¿reforma?, ¿revolución?, ¿vuelta al capitalismo? Prueba, además, que lo verificado en el país en el más del cuarto de siglo transcurrido en el empeño de modernizar la economía evidencia que «no se puede pasar un inmenso e impetuoso río tanteando las piedras».

Por último, no debe ignorarse que la gran mayoría de los observadores del acontecer político y económico internacional, los especialistas y sinólogos, coinciden en señalar la increíble velocidad y crecimiento espectacular de China como futura potencia de alcance mundial. Entre otros muchos elementos, dispone de una gama de recursos sin igual, voluntad de ser «país del centro», fuerte posición negociadora —es el mayor mercado emergente del planeta—, medios financieros (sus reservas de divisas superan el billón trescientos mil millones de dólares) e imparable expansión tecnológica. Por ello, el despertar del «dragón rojo» está alterando la política, la economía y la geopolítica globales, impactos a los que se ven abocados tanto las sociedades industriales como en vías de desarrollo.

Notas

1. El factor cultural, sin dudas, no puede obviarse en el análisis de lo acaecido en el «coloso asiático» con el surgimiento de la «nueva China», en octubre de 1949. Baste señalar que, los imperios desaparecidos en el siglo XX, originaron nuevos Estados en el mapa mundial. Dato curioso: la abdicación, el 12 de febrero de 1912, del emperador Pu Yi solo transformó el vasto territorio chino en la República de China. Para una amena e interesante historia del país, véase José Fréches, *Érase una vez China. De la Antigüedad al siglo XXI*, Espasa Calpe, Madrid, 2006.

2. Véase al respecto, Salomón Adler, *La economía china*, FCE, México, DF, 1957.

3. Véase Włodzimierz Brus, *El funcionamiento de la economía socialista*, Oikos-tau Ediciones S.A., Barcelona, 1969.

4. Véase Kewes S. Karol, *China, el otro comunismo*, Siglo XXI, México, DF, 1967.

5. Véase Kewes S. Karol, *La segunda revolución china*, Seix Barral, Barcelona, 1977.

6. En 2006, al cumplirse treinta años del inicio de la Revolución cultural, se efectuó en Beijing un evento a puertas cerradas donde académicos y otros especialistas de las ciencias sociales debatieron acerca de aquellos años. Los resultados no han sido publicados. Para acercarse a esos sucesos véase Deng Rong, *Deng Xiaoping y la Revolución cultural. Su hija recuerda los años críticos*, Editora Popular, Madrid, 2006.

7. Se unió al PCCh en Francia, sobrevivió a la epopeya de la Gran Marcha; Mao lo describió como un «hombre de cerebro redondo e ideas cuadradas»; brilló más por su pragmatismo que por la creación teórica.

8. Desde una óptica de ultraizquierda, estos hechos llevaron al poder a una burocracia civil-militar. Véase Robinson Rojas, *China, una revolución en agonía*, Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1978.

9. Véase Deng Xiaoping, *Problemas fundamentales de la China de hoy*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Beijing, 1987.

10. Al finalizar 2002, el sistema financiero chino contaba con 4 grandes bancos, 6 bancos universales estatales, 181 bancos y otras entidades foráneas (en 2004 había 200 organizaciones, 14 firmas corporativas y 216 oficinas de representación); 83 compañías de finanzas y de *leasing*; estas últimas incluyen 54 agencias de 34 firmas de seguros de 12 naciones; 112 bancos comerciales urbanos; 136 *trust* y asociaciones inversoras; 11 bancos por acciones y la red de cooperativas.

11. Los cambios económicos en China dan lugar a variadas glosas —de retorno al capitalismo, entre otros. Véase Martín Hart-Landsberg y Paul Burkett, *China y el socialismo*, Hacer, Barcelona, 2006. Una síntesis analítica de los debates en Julio A. Díaz Vázquez, «China: ¿reforma o revolución?», *Utopías*, v. I, n. 191, 2002, Madrid, pp. 119-25.

12. Véase Jiang Zemin, «Informes ante el XV y el XVI Congreso Nacional del PCCh», *Beijing Informa*, n. 40, 1997, Agencia Xinhua, Beijing, 8 de noviembre del 2002.

El Estado, la economía de mercado y la transición china

Wang Shaoguang

Profesor. Universidad China de Hong Kong.

¿Qué papel debe desempeñar el Estado en la transición de China a una economía de mercado? Sobre este tema parece haber surgido un consenso entre los economistas chinos: el gobierno debe dejar al mercado lo que mejor este maneja y preocuparse solo de lo que no pueda llevar a cabo, sea de modo inherente o circunstancial.¹ Pero no debe exagerarse el alcance del acuerdo. Detrás de planteamientos aparentemente concordantes, queda mucho espacio para debatir qué problemas el mercado puede resolver o no.

Aceptando el supuesto neoclásico de la naturalidad, espontaneidad y eficacia del mercado y las tesis de los teóricos sobre el Estado, algunos economistas chinos sugieren que el papel del Estado debe limitarse a definir los derechos de propiedad, y hacer cumplir los contratos, promulgar y aplicar un sistema de leyes y mantener el valor de la moneda.² Consideran que si el gobierno deja solos a los agentes económicos, los mercados competitivos sin trabas funcionarían mejor en la generación de resultados deseables desde el punto de vista social.

Este artículo apareció en la revista *China Reflected*, n. 1, Hong Kong, 2003. Se publica con la autorización de su autor.

A continuación sostendré que el Estado debe desempeñar un papel activo en la transición de China a una economía de mercado. Mis argumentos se basan en tres observaciones. Primero, incluso en economías de mercado maduras las intervenciones estatales son indispensables para remediar las irracionalidades del mercado y hacerlo más eficiente. Segundo, las instituciones de mercado no pueden instalarse de modo adecuado sin el apoyo del Estado. Sobre todo para que China establezca una «economía de mercado socialista», el Estado tiene la obligación de mitigar las dificultades y crueldades provocadas por la transición al mercado. En tercer lugar, como país gigante en desarrollo, China encara muchos desafíos que no pueden resolverse mediante transacciones voluntarias.

Los papeles del Estado en las economías de mercado

En Occidente, los economistas suelen usar la teoría de las fallas del mercado en las economías de bienestar como fundamento para la actividad gubernamental.

Se refieren a situaciones en que las transacciones voluntarias no resultan eficientes en la asignación de recursos. Aun en los manuales de economía, se ha reconocido la inoperancia del mercado en varios aspectos.

Bienes públicos: Caracterizados por su amplio uso, indivisibilidad y carácter no excluyente, los «bienes públicos» no pueden brindarse por medio del sistema de mercado, o sea, mediante transacciones entre consumidores y productores individuales. Un ejemplo clásico es la defensa nacional, que debe asumir el Estado.

La infraestructura tiene determinadas condiciones de bien público. Es improbable que una economía despegue si no posee una sólida infraestructura. Debido a su indivisibilidad, sin embargo, los inversionistas privados pueden encontrar no rentable penetrar en este campo, al menos en el corto plazo. Es por ello que, en la mayoría de los países, los gobiernos la financian.³

La estabilización macroeconómica también puede considerarse un «bien público». Las economías de mercado siempre se han caracterizado por fluctuaciones económicas cíclicas, por períodos de auge y caída. La estabilidad económica es, obviamente, deseable, puesto que beneficia a todos; pero precisamente por esa misma razón pocos negociantes tienen incentivos para contribuir a su realización. Por consiguiente, el gobierno debe asumir la responsabilidad de mantenerla.

Externalidades: Las externalidades se producen cuando hay divergencias entre los costos o beneficios privados y los sociales. Siempre que estas existen, las acciones de un agente económico (individuo o empresa) suponen costos o beneficios a terceros, que difícilmente reciben compensación o perjuicio mediante los mercados, por lo que les llega de modo involuntario. El resultado puede ser demasiada o muy poca producción o consumo. Algunos indican que es posible que las personas se reúnan de modo voluntario para solucionar el problema de las externalidades. Si el número de terceros es grande, sin embargo, los costos de transacción de todos los que participan en la negociación de una solución tienden a ser prohibitivamente elevados. Además, siempre hay externalidades y en un momento dado pueden coexistir muchos tipos de externalidades. Así, si el Estado no pasa a primer plano con el fin de internalizarlas, gran cantidad del tiempo y recursos de las personas se perderían en rondas infinitas de negociación improductiva.

Rendimientos crecientes: Cuando las actividades económicas están supeditadas a rendimientos crecientes y/o a costos marginales decrecientes, el resultado de un mercado libre será el monopolio. Al no encarar

competencia, un monopolista que optimice las ganancias venderá una producción inferior y cobrará un precio superior al que podría si tuviera competencia. Por tanto, el resultado será ineficiente. La reciente teoría de los «mercados de acceso irrestricto», indica que mientras exista la posibilidad de nuevas incorporaciones, la producción de un bien o el suministro de un servicio por un monopolio no significa necesariamente que pueda explotar el poder monopólico.⁴ Lo que se pasa por alto en la teoría son los costos irrecuperables. En los tiempos modernos apenas hay una industria que no los entrañe y, de hecho, muchas veces suelen ser muy elevados. Los costos irrecuperables de importancia constituyen una barrera eficaz. Es improbable que la potencial entrada de competidores discipline a los monopolistas. En otras palabras, la política antimonopólica gubernamental sigue siendo necesaria.⁵

Desempleo: El modelo de equilibrio competitivo predice pleno empleo. Sin embargo, debido a la rigidez descendente de los tipos de interés y a los salarios nominales, el mecanismo de señalización en los mercados de capital y de trabajo no funciona como lo pensaron los economistas neoclásicos. Como resultado, el elevado desempleo de los trabajadores y de la maquinaria ha afectado muchas veces las economías capitalistas. Aunque la mayoría de los economistas no trata el desempleo como una ineficiencia del mercado *per se*, sino más bien como una consecuencia de algunas de sus fallas, algunos piensan que «el elevado desempleo es la prueba más dramática y convincente de las fallas del mercado».⁶

Mercados incompletos: El modelo neoclásico sostiene que los mercados competitivos pueden asegurar la eficiencia económica, porque supone que hay un conjunto completo de mercados. Pero en realidad no es así. Los mercados privados de futuros y de riesgo, por ejemplo, distan mucho de ser adecuados. No los hay para muchas posibles contingencias futuras y muchos de los riesgos importantes que encaramos no son asegurable. Los mercados de riesgo pueden conducir a ineficientes niveles de inversión. Además, los precios no pueden cumplir la función de coordinar decisiones relacionadas con la composición de la formación de capital sin un conjunto completo de mercados futuros.⁷

Al no existir este conjunto, y el de riesgo, cada agente económico necesita un modelo de la economía total a fin de adoptar decisiones para el futuro, como entrar y salir de determinado mercado. Sin formular expectativas sobre el comportamiento de otros agentes, sus decisiones difícilmente puedan considerarse racionales. De adoptarlas, sin embargo, de hecho está haciendo uso de la misma cantidad de información que requeriría un planificador central. En esa

conceptualización del comportamiento económico, según observa Arrow, «desaparece la superioridad del mercado sobre la planificación central».⁸

Ineficiencia de la información: La información posee dos características especiales. Una vez que se produce, no puede destruirse, y brindársela a más de una persona no resta valor a la cantidad que tengan otras. La eficiencia requiere que la información sea accesible a todos los que la deseen. Sin embargo, los productores privados de información tienen interés en conservarla para su consumo exclusivo. Por ello, es improbable que el mercado privado brinde un suministro adecuado de ella.⁹ Esto es así sobre todo cuando puede usarse para promover el propio bienestar del agente o cuando resulta costoso adquirirla y transmitirla. El gobierno puede contribuir a remediar la ineficiencia de la información. Dada su distribución asimétrica entre el consumidor y el productor, por ejemplo, el Estado puede crear regulaciones para proteger los intereses de los primeros. Además, puede compensar las externalidades en la esfera de la información mediante la recopilación, el procesamiento y la difusión de datos cruciales (por ejemplo, sobre mercados extranjeros) para quienes los necesiten en la economía nacional.

Mientras los estudios tradicionales suponen que los mercados son eficientes salvo en el caso de algunas fallas bien definidas, investigaciones más recientes invierten esta suposición: solo en circunstancias excepcionales lo son. Greenwald y Stiglitz muestran que siempre que estos sean incompletos y/o la información imperfecta —lo que es así en prácticamente todas las economías—, incluso la distribución de mercados competitivos no garantiza el llamado óptimo paretiano limitado.¹⁰ En otras palabras, casi siempre existen esquemas de intervención gubernamental que pueden inducir resultados superiores, haciendo que todos estén en mejor posición económica.¹¹ Aunque el alcance generalizado de las fallas de los mercados no obliga a que el Estado se involucre en todo, el grado «óptimo» de intervenciones gubernamentales es, sin dudas, mucho más amplio de lo que reconoce la escuela tradicional sobre «las fallas del mercado».

Incluso si un mercado competitivo pudiera generar una eficiente asignación de los recursos en los términos de Pareto, existen siempre casos en que se requeriría la acción gubernamental, porque una eficiente distribución de recursos pudiera suponer una gran desigualdad. Según el segundo teorema de la economía del bienestar, por cualquier asignación eficiente paretiana existe un conjunto de precios que apoyan esa asignación como equilibrio de mercado, pero cada una con una distribución distinta de bienestar. El problema es decidir

cuál asignación eficiente paretiana se ajusta al concepto de justicia distributiva de la sociedad. Es obvio que el mercado no puede hacerlo. La función del bienestar social, sencillamente, no es un constructo del mercado: debe desarrollarse a partir del proceso político.

Además, el principio de Pareto puede llevarse un poco más allá para permitir que la eficiencia económica abarque no solo las mejoras reales, sino también las potenciales. En esos cambios, unas personas ganan mientras otras pierden; pero hay ganancias netas generales, en el sentido de que los ganadores pudieran, hipotéticamente, compensar a los perdedores y seguir estando en mejor posición económica. El problema es que en el «orden espontáneo» por el que abogan los economistas neoclásicos no hay forma de garantizar que los ganadores compensen a los perdedores.¹² Sin mecanismos institucionalizados para redistribuir los ingresos, las fuerzas de mercado tenderían a exponer a las personas a los efectos agregados que amplían las fortunas de unos mientras reducen las de otros.

La mayoría de las personas piensa que es correcto cambiar la distribución del ingreso para ayudar a los pobres o aumentar la equidad. Pero la desigualdad no solo es repulsiva desde el punto de vista moral. Numerosos estudios han mostrado que las economías donde la riqueza está distribuida de modo muy desigual, pueden provocar graves problemas en cuanto a incentivos.¹³ También se ha encontrado que la desigualdad suele asociarse a un crecimiento más lento.¹⁴

De mayor importancia es que la supervivencia de una economía de mercado puede, en gran medida, depender de la equidad social. De persistir las recompensas y los castigos asimétricos generados por las fuerzas del mercado, y no producirse ajustes mediante la redistribución, la brecha entre quienes prosperan y quienes se estancan crecería de modo continuo. Como resultado, el conflicto social puede hacerse intenso y comenzar a emerger la violencia. A fin de mantener el nivel de perturbación social por debajo de la destructividad suicida de la revolución nacional, el sistema de mercado debe estar enmarcado por instituciones que prevean sus propias modificaciones como respuesta a las presiones socioeconómicas. Debido a los esfuerzos socialistas y a presiones de los trabajadores pobres en la segunda mitad del siglo XIX y gran parte del XX, en todos los países capitalistas avanzados se han establecido, en distintos grados, mecanismos destinados a compartir los beneficios del crecimiento de manera más igualitaria, lo que ha contribuido a difuminar la oposición al sistema de mercado. «Si no se aprende esta lección, si no se crean los instrumentos adecuados del Estado, se crearán las condiciones para el socialismo y se repetirá la historia de los siglos XIX y principios del XX».¹⁵

Los papeles del Estado en la transición al mercado

China está en el proceso de transición de una economía dirigida a una de mercado. Aceptando la tesis de Adam Smith de que la propensión natural humana a «trocar, canjear e intercambiar» conduciría de modo automático al mercado, algunas personas piensan que una vez que la inflexibilidad del Estado desaparece de la esfera económica, las «fuerzas de mercado» surgirían para poner a la sociedad humana en un orden perfecto. Esa creencia sobre la naturalidad, espontaneidad y eficacia del mercado es, posiblemente, una de las ilusiones más peligrosas. De hecho, un gobierno eficaz es una precondition para la transición a la economía de mercado. Hay tres razones para ello:

En primer lugar, las transacciones voluntarias no pueden producirse en un vacío institucional. Una economía de mercado no puede existir sin instituciones jurídicas, administrativas, normadoras, y tributarias eficaces, mantenidas por el Estado. Se requieren instituciones para que desarrollen, como mínimo, las siguientes funciones:

- Definir los derechos de propiedad.
- Promulgar un sistema de leyes.
- Hacer cumplir los contratos.
- Recaudar impuestos.
- Fiscalizar bancos.
- Supervisar entidades empresariales.
- Promover y preservar la competencia.
- Suministrar a los empresarios información que reduzca la incertidumbre, disminuya los costos de las transacciones y brinde confianza al sector privado para adoptar decisiones de inversión.
- Eliminar y luego evitar el resurgimiento de barreras subnacionales a la movilidad libre de los factores.
- Facilitar la comunicación y la consulta con el sector privado, las organizaciones laborales y otros grupos de interés importantes.
- Llevar a cabo la planificación estratégica y el análisis macroeconómico.
- Administrar un sistema de seguridad social.
- Brindar el contexto legal dentro del que se resuelvan las disputas entre los agentes económicos en competencia.
- Garantizar que no se excluya del proceso político a grupos contrarios a la expansión de los mercados.

Esas instituciones brindan la estabilidad, certeza y previsibilidad necesarias para facilitar transacciones económicas eficientes. Históricamente, la creación de mercados nacionales en Occidente coincidió con la constitución y expansión de las instituciones estatales. Más tarde, los países en desarrollo en el Tercer mundo,

muchas veces no lograron crear sistemas de mercado eficientes y, por tanto, recurrieron a regímenes intervencionistas no porque sus gobiernos fueran demasiado «fuertes», sino más bien porque eran demasiado «débiles». Un Estado débil podía ser muy ininventor y, al mismo tiempo, carecer de la capacidad de construir instituciones legales y de reglamentación eficaces.¹⁶ «Hay pruebas de que en condiciones de debilidad administrativa es más difícil crear y reglamentar mercados nacionales de bienes, trabajo y finanzas que funcionen, que manejar por el gobierno el grueso de la producción en sí».¹⁷ En este sentido, «encoger el Estado» simplemente no produciría sistemas de mercado eficientes. Para crear mercados competitivos, deben establecerse y fortalecerse nuevas instituciones estatales para que desarrollen la tarea de reglamentación y administración indirectas, lo cual es mucho más delicado y difícil que el control directo.

En segundo lugar, las instituciones de mercado no pueden surgir de modo automático. Algunos creen que si el Estado se mantiene al margen, surgirían espontáneamente instituciones de mercado de las transacciones voluntarias entre agentes económicos. Esto nunca se ha producido antes y no tenemos razones para creer que va a ocurrir ahora.

Las instituciones mercantiles representan, en un sentido, el mínimo esencial, irreducible, de «bienes públicos» que debe brindarse para que los mercados funcionen.¹⁸ Dado que son públicos, es improbable que las personas cooperen voluntariamente entre sí para brindarlos, del mismo modo que no lo harían para ofrecer otros tipos de bienes públicos. Desde luego, si el Estado no brinda esas instituciones, los agentes económicos privados tendrían que desarrollar algunas reglas informales para contener la incertidumbre e introducir algún nivel de previsibilidad en las transacciones comerciales. De no haber intervención estatal, sin embargo, es probable que estos acuerdos se conviertan en pactos que obvian los intereses de los consumidores y pequeños productores, y reflejen solo las preferencias de quienes poseen el poder económico. Así, en tanto «bienes públicos», son las fuerzas no económicas las que deben dar origen a las instituciones mercantiles.

Incluso después de establecidas estas, el Estado no puede mantenerse al margen. Los individuos tienen incentivos para romper las reglas de mercado —corromper la base legal del intercambio mercantil, actuar de modo anticompetitivo, falsear la naturaleza de los activos sujetos a contratos, etc. Los costos de la ejecución del comportamiento de acuerdo con el mercado pueden ser elevados en extremo. En países donde ya existe apoyo cultural e ideológico para el autocontrol en el mantenimiento de las reglas del

El mercado no es una panacea capaz de solucionar todos nuestros problemas socioeconómicos. Tampoco es una institución neutral, natural, apolítica y ahistórica. Además, no es un fin en sí mismo. Más bien es solo un medio de promover el bienestar social e individual.

mercado, los costos serían inferiores; en países en que la economía de mercado todavía se está implantando, sin embargo, es necesaria la existencia de reglas de ejecución más explícitas, amplias y costosas, por un Estado fuerte.¹⁹

En tercer lugar, la transición al mercado no es un proceso consensual sino conflictivo. Como ya se indicó, la economía de mercado no está enmarcada solo en las instituciones estatales. También tiene una base ideológica y moral, de la que carece la economía de transición. El supuesto transhistórico de los economistas neoclásicos sobre la motivación humana puede permitirles generar modelos muy avanzados; pero la sencilla realidad es, como señala Lieberstein, que el comportamiento del pueblo suele estar influido por «hábitos, convenciones, ética laboral, cálculo parcial e inercia».²⁰ Cuando se produce un gran cambio institucional, le suele ser difícil adaptarse. En el caso de la transición al mercado, el pueblo no aceptaría sus valores y se comportaría según sus reglas simplemente porque el gobierno ha anunciado que su país ha adoptado el modelo de economía de mercado. Tomó mucho tiempo para que los países europeos desarrollaran actitudes favorables a la formación de sistemas mercantiles en los siglos XVIII y XIX porque, violando la «economía moral» que existía antes, las prácticas más consistentes con la racionalidad del mercado provocaban gran confusión y perturbaciones en esas sociedades.²¹

El sistema socialista estatal era también, en un sentido, una economía moral caracterizada por lo que los chinos llaman «un tazón de arroz hecho de hierro» (empleo vitalicio) y «todos comen de la misma olla» (distribución igual de ingresos con independencia del esfuerzo). Para crear una economía de mercado, tiene que ser destruida la «economía moral» y cultivarse o imponerse una ética nueva que seguramente provocará protestas contra la lógica del mercado. Por consiguiente, el desarrollo del mercado requiere un proceso prolongado de «legitimación», apoyado por la coraza de la coerción.

Además, la transición al mercado entraña no solo la transformación de normas y valores, sino también la redistribución de recursos y poder. La transición puede brindar oportunidades de movilidad social ascendente a algunos grupos sociales, privar a otros de privilegios

tradicionales y amenazar la supervivencia de otros. También es probable que cree desigualdades de ingresos y riqueza que no se adecuen a los patrones existentes de derechos, categoría y poder. En una palabra, la transición tiende a desplazar a grupos en ambas esferas, la política y la económica, lo que inevitablemente dará origen a conflictos sociales y a lucha política.²² La creación de una economía de mercado en Inglaterra, por ejemplo, en modo alguno fue un proceso continuo y consensuado, sino más bien el resultado de una lucha de poder entre grupos sociales que intentaban conformar las relaciones de intercambio en su beneficio.²³

Como han predicho muchos estudios, en las transiciones a la economía de mercado de los antiguos países socialistas, «con independencia de sus consecuencias a largo plazo, es probable que las reformas de corto plazo provoquen inflación, desempleo y asignación desafortunada de los recursos, así como que generen cambios inestables de ingresos relativos».²⁴ Incluso en el mejor de los marcos hipotéticos, como en China, donde todos obtienen beneficios, algunas personas ganarán mucho más que otras. Y con gran probabilidad, algunas se beneficiarán a expensas de otras. El problema es quién obtendrá qué, cuánto y cuándo, y quién correrá con los costos. El gobierno, por supuesto, puede hacer uso de su poder coercitivo para imponer costos a algunos grupos sociales. A fin de que haya una transición relativamente suave, sin embargo, es mejor que el Estado adopte medidas que alivien los dolores de la transición creando nuevas «redes de protección social» y compensando de algún modo a aquellos cuyos intereses estén amenazados por la reforma. Se trata de una empresa muy costosa. El Estado debe tener la fuerza suficiente para acumular recursos para redistribuirlos.

En su estudio clásico sobre el surgimiento de la economía de mercado en Inglaterra, Paul Polanyi encuentra que el origen de la sociedad de mercado no «se remonta al mero deseo individual de intercambio y trueque». En su lugar, cree que la idea misma de que los seres humanos tengan una propensión natural a ello fue resultado de la sociedad de mercado y no al contrario. Dado que este no es una manifestación natural y necesaria de la naturaleza humana, no cabe prever

que el desarrollo de una economía mercantil sea un proceso espontáneo. En el caso de Inglaterra, Polanyi encuentra que «el camino al mercado libre se abrió y se mantuvo abierto mediante un enorme aumento del intervencionismo continuo, organizado y controlado centralmente».²⁵ Los gobiernos brindaron también dinámicas para transformar a otros países europeos en sociedades de mercado.²⁶ Si no hubo nada natural o automático en el surgimiento de los mecanismos en quienes primero los desarrollaron, si los «mercados», como señala Chaudhry, «son constructos conscientes, del mismo modo que las economías dirigidas son planes deliberados»,²⁷ tenemos una buena razón para creer que en todas partes es necesario un Estado fuerte, capaz de aplicar las reglas, normas e instituciones necesarias para establecer una economía de mercado que funcione.

Los papeles del Estado en el desarrollo económico

China necesita no solo reformar su sistema, sino también su economía. De hecho, el propósito de la reforma es el desarrollo. ¿Qué papel debe desempeñar el gobierno de un país pobre en su desarrollo económico? Los argumentos sobre los fracasos del mercado implican que todas las economías basadas en él son iguales y que es posible encontrar un límite teórico óptimo entre el mercado y el Estado. Pero este supuesto es, al parecer, erróneo. Arraigadas en distintas situaciones estructurales relacionadas con el nivel de desarrollo, la ubicación geográfica, el tamaño del país, la cultura y el entorno internacional, las diversas economías deben lidiar con distintos tipos y grados de fallas del mercado, lo que requiere concebir instituciones diferentes para superar estos obstáculos a su desarrollo. En otras palabras, no existe un modelo común de intervención estatal que pueda solucionar las fallas del mercado para todos los países en todos los tiempos.

De modo más específico, tenemos razones para creer que los mercados pueden ser menos eficientes en países subdesarrollados que en los desarrollados y que pueden servir menos a los países subdesarrollados que a los desarrollados.

Los elementos de rigidez estructural son la razón principal para el primer caso. Para que una economía de mercado funcione de modo eficiente, los tres componentes de los mecanismos de precio —señalización, respuesta y movilidad— deben conducirse de modo adecuado.²⁸ En primer lugar, los precios deben ser elásticos, al señalar cambios en las condiciones de oferta y demanda. En segundo, los agentes económicos —productores, consumidores, obreros y propietarios de los factores de producción— deben estar dispuestos

a responder a las señales del mercado y ser capaces de hacerlo. En tercero, los factores deben poder moverse con desenvoltura y facilidad. Pero, en la práctica, esas condiciones de equilibrio suelen faltar en los países subdesarrollados. Por ejemplo, los precios suelen ser distorsionados por el monopolio. Incluso si suponemos que son correctos, las respuestas pueden ser inadecuadas y los factores inmóviles.

Cuatro problemas pueden provocar respuestas inadecuadas a las señales del mercado en los países subdesarrollados: 1) influidas por valores, hábitos, convenciones, ética laboral e inercia tradicionales, las personas pueden no procurar «optimizar» su propio bienestar material como lo postulan las teorías neoclásicas. 2) Muchas veces es difícil encontrar información crucial para adoptar decisiones racionales. Por ejemplo, los agricultores locales que no conozcan los cambios de precios que se producen en otro lugar de la provincia, en el país o en el mundo, no tienen manera de construir inventarios completos de todas las opciones disponibles y perspectivas que guarden relación con sus objetivos. 3) Debido a los bajos niveles de educación, incluso si los agentes económicos están dispuestos a responder a las señales del mercado con rapidez, y toda la información pertinente está disponible, pueden carecer de capacidad para adoptar decisiones racionales. Por ejemplo, no poseer habilidad cognitiva y de computación para comparar opciones o, cuando encaran la incertidumbre, no ser capaces de calcular la distribución de probabilidades y tasas de descuento pertinentes. La opción que elijan puede distar mucho de ser la óptima. 4) La descendente rigidez de los tipos de interés y los salarios nominales es tan fuerte en las economías subdesarrolladas como en las desarrolladas, sobre todo en los países donde prevalece el populismo. Por esas razones, en muchísimos casos, en los países subdesarrollados las respuestas a las señales de mercado son defasadas, inadecuadas e incluso adversas.

La infraestructura deficiente, los estrangulamientos, la mala gestión y otras limitaciones estructurales y organizativas pueden restringir aún más la «espontaneidad» del mecanismo de mercado. Debido a estos rasgos característicos del subdesarrollo, los factores de producción suelen ser inmóviles, incapaces de movimiento rápido o activos, pero solo a un alto costo.²⁹ Los elevados gastos de transporte, por ejemplo, pueden hacer irrentable un producto en el mercado. La falta de movilidad de los recursos —o, con mayor precisión, la incapacidad de algunos de los sectores productivos de ajustarse en forma oportuna a cambios en la demanda— hace menos fiables los mecanismos de precios.

Leibenstein ve la economía como «una red de nodos y senderos». Según él, en esta red «los nodos representan

industrias o familias que reciben insumos (o bienes de consumo) a lo largo de senderos y envían productos (bienes finales o insumos para otros artículos) a los demás nodos. El modelo de competencia perfecta estaría representado por un conjunto completo, con senderos bien marcados y definidos, y en el que cada nodo tenga que ver con cada otro en condiciones de igualdad para el mismo producto». Si los análisis anteriores son sólidos, en la red de la economía subdesarrollada algunos de los nodos son hipoplásticos, varios de los senderos están obstruidos y determinadas partes de la economía se encuentran aisladas de las demás. En una palabra, es una red llena de «agujeros» y «rasgones»,³⁰ que puede justificar más medidas gubernamentales, en relación con las economías desarrolladas.

Según la teoría económica neoclásica, el mercado tiene facilidad para alcanzar la eficiencia estudiada por Pareto. Pero su concepto de eficiencia es, en esencia, estático y se interesa solo en la asignación de determinados recursos. Sin embargo, la eficiencia estática no debe ser el único, o siquiera el principal, criterio para juzgar el desempeño de los sistemas económicos. Sobre todo, desde el punto de vista de los países subdesarrollados, la creación de valor dinámico es mucho más importante que la asignación de valor estático. Según señala Suhartono, un economista indonesio,

[e]l contexto del problema que encaran los países en desarrollo es en lo fundamental diferente del que atiende el análisis estático: no se trata meramente de ajustar con mayor eficiencia la asignación de recursos determinados, sino más bien de cómo acelerar el desarrollo económico y social [...] En términos económicos, el problema entraña una ampliación de la frontera de posibilidades de producción, no solo el movimiento a lo largo de ella, mediante el aumento de capacidades y el empleo productivo de factores de producción no utilizados o subutilizados. Como desde el punto de vista de los países en desarrollo el análisis de ganancias estáticas se plantea el problema equivocado, no guarda pertinencia especial.³¹

No solo la eficiencia de la asignación de recursos es menos pertinente en los países en desarrollo, sino que preocuparse por ella puede también obstaculizar la obtención de eficiencia dinámica. Schumpeter contrasta una economía que optimiza sujetos a limitaciones dadas con una economía que desarrolla sus capacidades productivas:

Como estamos examinando un proceso en que a cada elemento le toma tiempo considerable revelar sus verdaderas características y efectos finales, no viene al caso evaluar el desempeño del proceso *ex nisa* en un momento dado; debemos juzgar su desempeño en el tiempo, según se revela a lo largo de decenios o siglos. Un sistema —cualquier sistema, económico o de otro tipo— que en cada punto del tiempo utiliza a plenitud sus posibilidades

del modo más ventajoso, de todos modos puede, a la larga, ser inferior a un sistema que no lo hace en ningún momento, porque el que no lo haga puede ser una condición para el nivel o la rapidez del desempeño en el largo plazo.³²

El desarrollo en el largo plazo incluye muchas opciones industriales «grandes» que no pueden fluir de modo automático de la adopción óptima, descentralizada, de decisiones en el corto plazo.³³ Como los mercados funcionan solo de modo progresivo, las elasticidades de la oferta y la demanda son por tanto mayores en el largo que en el corto plazo. Así, el mercado puede, a lo sumo, brindar señales adecuadas solo para cambios marginales. Si es necesario realizar grandes transformaciones en poco tiempo, no puede confiarse en el mecanismo de precios, con el propósito de que induzca la necesaria transferencia de recursos. Se requieren, por tanto, intervenciones públicas para invertir directamente a fin de romper estrangulamientos críticos y para nutrir un entorno macroeconómico sano que fomente la innovación de la inversión del sector privado.³⁴

Para preparar el despegue económico, los países subdesarrollados deben primero construir una infraestructura sólida y aliviar los embotellamientos que provocan los desincentivos a la inversión. Sin esta, los costos de las actividades empresariales privadas serían muy elevados, lo que a las claras dificultaría la industrialización. Hay poca discusión en torno a que, como se trata de un bien público, es al gobierno a quien corresponde brindar la infraestructura. De hecho, los gobiernos estatales y locales realizaron considerables inversiones directas en proyectos de infraestructura en el temprano desarrollo económico de los Estados Unidos.³⁵

Motivado por «un apasionado deseo de organizar y apresurar el proceso de ponerse al día», es probable que el Estado también desempeñe un papel importante en la planificación y el financiamiento de inversiones claves en la economía. Por regla general, en las economías subdesarrolladas los capitales son escasos y difusos, sobre todo durante los primeros años de la industrialización. Además, con el deseo de saltar a los sectores industriales modernos, esos países desean utilizar tecnologías productivas que requieren capitales superiores a lo que son capaces de reunir los inversionistas individuales. Los empresarios privados pueden no tener la capacidad de invertir e innovar, incluso teniendo la voluntad de hacerlo.³⁶ Y no siempre tienen la voluntad de hacerlo. Por dos razones.

En primer lugar, los beneficios de algunas inversiones convenientes o necesarias desde el punto de vista social —incluidas la investigación y el desarrollo— pueden llegar en un plazo demasiado

largo.³⁷ Dado que no existen los mercados necesarios para asignar con eficiencia esas inversiones, las empresas privadas pueden carecer de voluntad para asumir los riesgos. Los gerentes de las empresas privadas suelen encarar intensas presiones para que se obtengan beneficios en el corto plazo. Por tanto, a veces son muy miopes en lo que respecta al futuro, y se orientan mucho a optimizar los beneficios a corto plazo. Con frecuencia, las empresas privadas, *ex ante*, calculan las tasas de rendimiento para las inversiones a largo plazo como demasiado bajas, aunque, *ex post*, los beneficios privados y sociales serían muy elevados. Como resultado, las inversiones pudieran ser socialmente subóptimas.

En segundo lugar, las grandes inversiones suelen originar una gran intensidad de externalidades. Un proyecto de inversión podría crear oportunidades para otros en cualquier otra parte. Por ejemplo, estas actividades permiten que las industrias emprendan acciones secundarias para aprovechar las economías de escala mediante la expansión de la producción o inducir una mayor especialización entre las empresas. Suele aceptarse corrientemente que las inversiones en capital humano e investigación y desarrollo son esenciales para el desarrollo económico. Pero las externalidades positivas que surjan de estas inversiones tienden a debilitar el incentivo de las empresas lucrativas privadas para participar en esas esferas.³⁸ El cálculo de pérdidas y ganancias de los inversionistas individuales sencillamente no puede captar de forma adecuada estos beneficios sociales.

Si la inversión y la innovación son las dos ruedas del desarrollo, el análisis anterior muestra que la mano invisible no guía de modo adecuado una economía en esas dos dimensiones. Pueden necesitarse intervenciones estatales que ayuden a la economía a alcanzar su potencial pleno. Apoyando el desarrollo de la educación, los sistemas financieros, las redes de comunicación y otras formas de infraestructura física e institucional, el Estado puede ayudar a las empresas privadas a emplear sus recursos productivos a costos unitarios inferiores o a obtener precios más elevados por sus productos.³⁹ Patrocinando investigaciones básicas o programas de demostración, el Estado puede brindar a las empresas privadas que tengan reservas incentivos para emprender sus propios proyectos de investigación y desarrollo. El Estado puede también invertir en la creación de redes de información nacionales que se mantengan al tanto y difundan la información que surja en diversas industrias y sea pertinente para otras. Al brindar enlaces de información entre las industrias, el Estado puede llenar lagunas que dificulten la innovación en la producción.⁴⁰

Por supuesto, ningún gobierno tiene fondos ilimitados. Por tanto, tiene que usar con prudencia los recursos de que dispone. Históricamente, ningún país

ha emprendido el crecimiento económico moderno sin focalización estratégica. Esta es necesaria no solo porque los capitales y talentos que el gobierno de un país tiene a su disposición siempre son limitados, sino, y de mayor importancia, porque hay pruebas de que el mercado por sí solo no puede promover la composición estructural correcta de industrias compatibles con los objetivos estratégicos del país. Al emplear diversos instrumentos de política para ajustar la estructura industrial, el Estado puede usar sus recursos limitados para estimular determinadas líneas de actividad económica y hacer su economía competitiva internacionalmente.

«En prácticamente todos los casos de desarrollo económico exitoso ha habido intervención e improvisación estatales en una estrategia industrial».⁴¹ En el siglo XIX, la intervención industrial en los Estados Unidos fue enorme. En aquel momento, el gobierno regaló tierras a los ferrocarriles y a los agricultores. También desempeñó un papel importante en la protección del mercado doméstico a fin de permitir que las organizaciones empresariales desarrollaran y utilizaran sus recursos productivos hasta que tuvieran ventaja en la competencia internacional abierta. En los Estados Unidos, el férreo proteccionismo no disminuyó hasta después de la Segunda guerra mundial.⁴²

El Estado japonés ha ido mucho más lejos, al desempeñar un papel importante en la preservación del mercado interno para sus empresas. Ha procurado limitar el número de las que compiten en las industrias manufactureras principales para que las existentes incurran en los costos fijos necesarios para alcanzar ventaja competitiva. Ha hecho esfuerzos para conformar la percepción de productores y comerciantes, guiándolos a posibilidades hasta entonces imprevistas. Ha promovido la investigación y desarrollo cooperativos entre importantes competidores japoneses. Ha garantizado el acceso de empresas manufactureras a financiamiento con bajos intereses. El Estado japonés también ha brindado a la industria una fuerza laboral de elevado nivel educacional para ocupar posiciones como obreros, administrativos y dirigentes. Sin esas iniciativas «desequilibrantes» del Estado, la transformación del Japón de una economía atrasada en un peso pesado de los mercados internacionales pudo, de haberse producido, haber tomado mucho más tiempo.

A fines de los años 70 y principios de los 80, los economistas neoclásicos solían citar con frecuencia a las economías recién industrializadas de Asia oriental (ERI) como modelos de *laissez-faire*. Un análisis más detenido, sin embargo, revela la mano rectora del «Estado fuerte», al modo japonés, en esas economías (con la excepción de Hong Kong). En Asia oriental, en lugar de dejar al mercado que conformase la composición de las industrias, los gobiernos han

desempeñado un papel notable en la determinación de qué sectores o industrias son más importantes para el crecimiento futuro de las economías. Además, han intentado desviar recursos a algunas industrias y empresas mediante complejos controles de importación, planes de préstamos en concesiones favorables y subvenciones a las exportaciones.⁴³ A fin de cuentas, esos gobiernos han tenido gran influencia en el curso y el ritmo de la industrialización y en la estructura en evolución de las economías internas.

Los casos de los Estados Unidos, Japón y las ERI de Asia oriental no prosperaron en un régimen de mercado enteramente libre. Constituyen también un ejemplo de que las ventajas comparativas de los países no siempre son dones de la naturaleza. Estas pueden crearse si se escogen bien las industrias y se aplican las políticas correctas para fortalecer su competitividad internacional.⁴⁴ Tales lecciones son de gran importancia para los países en desarrollo que en estos momentos construyen economías de mercado, porque el «mercado» hacia el que «transitan» es global, dominado por gigantescas empresas transnacionales. Para hacer internacionalmente competitiva su economía, un país de desarrollo tardío requiere una estrategia nacional para dar acceso privilegiado a recursos públicos a las organizaciones comerciales nacionales que mejor puedan desarrollarlos y utilizarlos. Al propio tiempo, sin embargo, debe evitar que estas organizaciones se conviertan en ineficientes grupos de presión geriátricos para la «captación de rentas». Solo un Estado fuerte, relativamente autónomo de las influencias de los intereses especiales nacionales y extranjeros, puede emprender esta doble tarea.

Conclusión

China se encuentra en el proceso de transición de una economía dirigida a una economía de mercado. La transición, por definición, pretende establecer gradualmente al mercado como el mecanismo central de asignación de recursos. En el curso de la transición, sin embargo, debemos evitar lo que Galbraith llama «ideología simplista», Przeworski «falacia neoliberal», o Kornai «culto mítico acrítico al mercado».⁴⁵ El mercado no es una panacea capaz de solucionar todos nuestros problemas socioeconómicos. Tampoco es una institución neutral, natural, apolítica y ahistórica. Además, no es un fin en sí mismo. Más bien es solo un medio de promover el bienestar social e individual. Por esta razón, no debe descartarse ni subestimarse el posible papel de los medios que no son de mercado, incluida la intervención estatal, para ese bienestar. El compromiso estatal activo es indispensable para facilitar la transición

al mercado y el desarrollo económico, dos rubros priorizados del programa chino. Incluso cuando China se convierta algún día en una economía de mercado madura, seguirán necesitándose intervenciones estatales para corregir casos de fallas del mercado generalizadas.

Todos los gobiernos intervienen en la economía, por acción u omisión. Al contrario de la teoría neoclásica, en el mundo real, una menor intervención oficial no siempre produce un nivel superior de bienestar para el pueblo. Como han demostrado muchos estudios comparativos, en los países en que los gobiernos han desempeñado papeles activos ha sido más rápido el ajuste estructural económico, la competitividad internacional ha sido más fuerte, el crecimiento más sostenido y la distribución de ingresos y riqueza más igualitaria.⁴⁶ Por supuesto, esto no significa que debamos dar apoyo general a las intervenciones estatales indiscriminadas.

Los mercados fracasan, pero también los gobiernos. En años recientes, los teóricos de la decisión pública han recalado con razón que la intervención estatal, por razones deliberadas e imprevistas, ha llevado muchas veces a resultados ineficientes. Afirmando que las medidas oficiales no son sino dispositivos para beneficiar intereses estrechos y que la ineficiencia del gobierno es mucho peor que la del mercado, concluyen que debe impedirse que el gobierno intervenga en la economía. Una crítica de la escuela de la decisión pública trasciende el alcance de este breve artículo. Solo enumeraré a continuación fallas evidentes de la teoría de la inoperancia del gobierno.

En primer lugar, este concepto no está definido con claridad. Según la teoría económica neoclásica, se supone que el mercado resulte en una situación de óptimo paretiano. Por tanto, siempre que esté en una situación menos que óptima, podemos pensar en su ineficiencia. Pero no tenemos un patrón igual para calibrar si una medida gubernamental es inoperante. A diferencia del sector privado, el gobierno debe tomar en cuenta otras cosas, además de la eficiencia. En otras palabras, enfrenta de modo constante muchas compensaciones recíprocas, incluidas las que Arthur Okun llama «nuestra mayor compensación recíproca socioeconómica», aquella entre eficiencia e igualdad.⁴⁷ Por tanto, incluso si una medida del gobierno no alcanza el óptimo paretiano, no representa necesariamente un caso de inoperancia gubernamental.

En segundo lugar, si aceptamos con la definición estrecha de «inoperancia del gobierno» —una medida oficial que conduce a un resultado inferior al que se hubiera llegado con el *laissez faire*—, el problema pasa a convertirse en un modelo hipotético: en esencia, usamos como base de comparación algo no observable empíricamente.⁴⁸

En tercer lugar, debido a la inexistencia de una definición satisfactoria de inoperancia del gobierno, es imposible dar una respuesta concluyente a qué es peor: si la inoperancia del mercado o la del gobierno.⁴⁹

En cuarto lugar, mientras se afirma que es una teoría positiva, la literatura sobre la inoperancia del gobierno ha extraído su conclusión, en gran medida, de un modelo preconcebido de conducta, construido en forma tal que «no puede sino resultar en la demostración de inoperancia del gobierno».⁵⁰

En quinto lugar, el modelo de decisión pública deja poco espacio para la complejidad conductual. Según este modelo, el Estado es poco más que una maquinaria para redistribuir riqueza e ingresos y, en política, todos procuran optimizar sus beneficios personales. El modelo presenta dos problemas: primero, pasa por alto el hecho de que la motivación humana es demasiado polifacética y compleja para ser captada en la caricatura de burócratas y políticos que pretenden optimizar su riqueza;⁵¹ y segundo, está desprovisto de instituciones. Incluso si todo el mundo pretendiera solo optimizar sus intereses propios, habría instituciones que limitarían su comportamiento. Como la naturaleza humana es compleja y la institución importa, puede haber funcionarios y gobiernos buenos y malos (del mismo modo que hay gerentes y empresas buenos y malos). Lo que requiere estudio es, precisamente, qué tipo de gobierno tiene menos probabilidades de fracasar. Tratar de encontrar qué hace que en algunos países la intervención estatal brinde mejores resultados que en otros, es probablemente «más fructífero, desde los puntos de vista teórico y práctico, que condenar ‘al Estado’ como institución inherentemente contraria al desarrollo».⁵² Aunque el mal gobierno es sin dudas un obstáculo clave al desarrollo económico, el buen gobierno es indispensable. El desafío fundamental es concebir arreglos institucionales que lleven al mínimo la inoperancia del gobierno.

Por último, la literatura explica mejor las historias de inoperancia de gobiernos que las de logros, sobre todo en casos de industrialización dirigida por el Estado. La evidencia de Asia oriental refuta la idea de que un grado elevado de intervención estatal en la economía es incompatible con el desarrollo capitalista exitoso.

En general, la afirmación de que el gobierno no puede funcionar mejor que los mercados es falsa. Como ya se dijo, la operación eficiente del mercado no puede alcanzarse sin intervención gubernamental. El hecho de que puedan existir políticas oficiales que garanticen el bienestar, no crea, por necesidad, la presunción de que la intervención del gobierno es siempre conveniente. Es necesario sobre todo redefinir el papel del Estado en el curso de la transición de la economía dirigida a la de mercado. La redefinición incluye dos cambios. Primero, el campo de la intervención estatal debe estrecharse. El

Estado debe concentrar su atención en temas macroeconómicos mientras deja las decisiones microeconómicas a agentes individuales. En segundo lugar, es necesario cambiar los instrumentos de política. Más que depender de órdenes administrativas, el gobierno debe intentar afectar la actividad productiva principalmente mediante políticas fiscales, monetarias y regulatorias.

El propósito del presente artículo no es justificar la intervención estatal, sino argumentar en contra del utopismo del mercado. La falacia central de este es que el mercado y el Estado están necesariamente separados y son incluso antagónicos, que el primero es benévolo y el último no. Debemos negarnos a presentar la cuestión como una opción sencilla entre mecanismos de mercado e intervención estatal. Las pruebas de los casos de desarrollo exitoso indican que cuando el Estado y el mercado actúan en conjunto, cuando desempeñan papeles complementarios, el todo es mayor que la suma. La decisión acertada sería entonces desarrollar de modo pragmático una estructura de apoyo mutuo de instituciones de mercado y de no-mercado.

Traducción: María Teresa Ortega Sastriques.

Notas

1. Gao Shangquan, «Taking a Market-oriented Direction and Pushing Forward in a Gradual Way: A Basic Experience of China's Economic Reform», ponencia presentada al Simposio Internacional sobre Teoría y Práctica de la Transición hacia una Economía de Mercado en China, Hainan, 1993.
2. Hong Shang, «Tuidong Woguo Zhengzai Jingli Zhedi TiZhi Bianqian» [«Llevando más allá los actuales cambios institucionales»], *Jingji Yanjiu*, n. 5, Beijing, 1992; Jiang Xiaojuan, «Shichang Yunzhuang Yu Zhengfu Zhineng Zhuanhuan» [«La eficiencia operacional del mercado y los cambios en las funciones gubernamentales»], *Gaige*, no. 1, Londres, 1993, pp. 62-67; «Zhongguo Tuixing Chanye Zhengce Zhongde Gonggong Xianze Wenti» [«Temas públicos en las políticas industriales chinas»], *Jingji Yanjiu*, n. 6, Beijing, 1993, pp. 3-18.
3. Anne O. Krueger, «Government Failure in Development», *Journal of Economic Perspectives*, v. 4, n. 3, Pittsburgh, 1990, pp. 16-7.
4. William J. Baumol, John Panzar y Robert Willig, *Contestable Markets and the Theory of Industry Structure*, Harcourt Brace Janovich, Nueva York, 1982.
5. Joseph E. Stiglitz, «The Invisible Hand and Modern Welfare Economics», *NBER Working Paper*, n. 3641, Massachusetts, 1991.
6. Joseph E. Stiglitz, *Economics of the Public Sector*, Norton, Nueva York, 1986.
7. Heinz W. Arndt, «“Market Failure” and Underdevelopment», *World Development*, v. 16, n. 2, Quebec, 1988.
8. Kenneth J. Arrow, «Rationality of Self and Others in an Economic System», *The Journal of Business*, v. 59, n. 4, Chicago, octubre de 1986.

9. Joseph E. Stiglitz, *Economics...*, ob. cit.
10. Óptimo económico: término utilizado por Vilfredo Pareto (1849-1923), sociólogo y economista italiano, en su teoría sobre la optimización del mercado a partir de las matemáticas. [N. del E.]
11. Bruce Greenwald y Joseph E. Stiglitz, «Externalities in Economies with Imperfect Information and Incomplete Markets», *The Quarterly Journal of Economics*, n. 90, MIT, Cambridge, 1986.
12. Robin W. Boadway, «The Role of Government in a Market economy», en Warren J. Samuels, ed., *Fundamentals of the Economic Role of Government*, Greenwood Press, Nueva York, 1989.
13. Joseph E. Stiglitz, *The Economic Role of the State*, Basil Blackwell, Oxford, 1989.
14. Banco Mundial, *World Development Report*, World Bank, Washington DC, 1991; Alberto Alesina y Dani Rodrik, «Distribution, Political Conflict, and Economic Growth»; Alex Cukierman, Zvi Hercowitz y Leonardo Leiderman, eds., *Political Economy, Growth, and Business Cycles*, MIT Press, Cambridge, 1992, pp. 23-50; Torsten Persson y Guido Tabellini, «Is Inequality Harmful for Growth?», *American Economic Review*, v. 84, Nashville, 1994, pp. 600-21; Roberto Perotti, «Growth, Income Distribution, and Democracy: What the Data Say», *Journal of Economic Growth*, v. 1, Geelderberg, Alemania, 1996, pp. 149-87; Agencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo (UNCTAD), «Income Distribution, Capital Accumulation, and Growth», *Challenge*, v. 41, n. 2, Nueva York, 1998, pp. 61-80.
15. Richard H. Day, «Bounded Rationality and the Coevolution of Market and State», en Richard H. Day, Gunnar Eliasson y Clas Wihlborg, eds., *The Markets for Innovation, Ownership and Control*, North-Holland, Amsterdam, 1993.
16. Banco Mundial, ob. cit.
17. Kiren Aziz Chaudhry, «The Myths of the Market and the Common History of Late Developers», *Politics and Society*, v. 21, n. 2, Washington DC, 1993.
18. Ross Garnaut, «The Market and the State in Economic Development: Applications to the International Trading System», *The Singapore Economic Review*, v. 26, n. 2, Singapur, 1991.
19. Ídem.
20. Heinz W. Arndt, ob. cit.
21. Edward P. Thompson, «The Moral Economy of the English Crowd in the Eighteenth Century», *Past and Present*, n. 50, Oxford, 1971.
22. Kiren Aziz. Chaudhry, ob. cit.
23. John Lie, «Visualizing the Invisible Hand: The Social Origins of “Market Society” in England, 1550-1750», *Politics and Society*, vol. 21, no. 3, Londres, 1993.
24. Adam Przeworski, *Democracy and the Market: Political and Economic Reforms in Eastern Europe and Latin America*, Cambridge University Press, Cambridge, 1991.
25. Karl Polanyi, *The Great Transformation*, Beacon Press, Boston, 1957.
26. Ross Garnaut, ob. cit.
27. Kiren Aziz Chaudhry, ob. cit., p. 247.
28. Heinz W. Arndt, ob. cit.
29. Ídem.
30. Harvey Leibenstein, *General X-Efficiency Theory and Economic Development*, Oxford University Press, Nueva York, 1978.
31. Heinz W. Arndt, ob. cit.
32. William Lazonick, *Business Organization and the Myth of the Market Economy*, Cambridge University Press, Nueva York, 1991.
33. Joseph E. Stiglitz, *The Economic Role...*, ob. cit.
34. Helen Shapiro y Lance Taylor, «The State and Industrial Strategy», *World Development*, v. 18, n. 6, Quebec, 1990.
35. Carter Goodrich, «State In, State Out: A Pattern of Development Policy», *Journal of Economic Issues*, n. 2, 1968, pp. 365-83.
36. Alexander Gerschenkron, *Economic Backwardness in Historical Perspective*, Harvard University Press, Cambridge, 1962.
37. William Lazonick, ob. cit.
38. Harvey Averch, *Private Markets and Public Intervention: A Primer for Policy Designers*, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1990.
39. William Lazonick, ob. cit.
40. Harvey Averch, ob. cit.
41. Helen Shapiro y Lance Taylor, ob. cit.
42. Ídem.
43. Charles F. Sabel, «Learning by Monitoring: The Institutions of Economic Development» (inédito), M.I.T., 1993.
44. Alice Amsden, *Asia's Next Giant: South Korea and Late Industrialization*, Oxford University Press, Nueva York, 1989; Robert Wade, *Governing the Market: Economic Theory and the Role of Government in East Asian Industrialization*, Princeton University Press, Princeton, 1991; Gordon White, ed., *Developmental States in East Asia*, Macmillan, Londres, 1988.
45. John K. Galbraith, «Revolt in Our Time: The Triumph of Simplistic Ideology», *The Political Quarterly*, Londres, 1990; Adam Przeworski, «The Neoliberal Fallacy», *Journal of Democracy*, John Hopkins University Press, Baltimore, 1992; Janos Kornai, «The Postsocialist Transition and the State: Reflection in the Light of Hungarian Fiscal Problems», *American Economic Review*, v. 82, n. 2, Nashville, 1992.
46. Peter Katzenstein, ed., *Between Power and Plenty*, The University of Wisconsin Press, Madison, 1978; Chalmers Johnson, *MITI and the Japanese Miracle: The Growth of Industrial Policy, 1925-1975*, Stanford University Press, Stanford, 1982; John Zysman, *Government, Markets, and the Growth*, Cornell University Press, Ithaca, 1983; Gordon White, ob. cit.
47. Arthur Okun, *Equality and Efficiency: The Big Tradeoff*, Brookings Institution, Washington DC, 1975.
48. Helen Shapiro y Lance Taylor, ob. cit.
49. Anne O. Krueger, ob. cit.
50. Richard A. Musgrave, «Leviathan Cometh-Or Does He?», en Helen Ladd y Nicolaus Tideman, eds., *Tax and Expenditure Limitation*, The Urban Institute Press, Washington DC, 1981.
51. Ídem.
52. Peter B. Evans, «Predatory, Developmental, and Other Apparatuses: A Comparative Political Economy Perspective on the Third World States», *Sociological Forum*, v. 4, n. 4, Oxford, 1989.

El socialismo en el siglo XXI. Desafíos de la sociedad «más allá» del capital

Gilberto Valdés Gutiérrez

Investigador. Instituto de Filosofía.

Desplegada bajo la figura mediática desmovilizadora de la globalización, la expansión y acumulación capitalista en el planeta ha estado y estará cada vez más ligada al genocidio humano. La dimensión destructiva que acompaña este desarrollo instala en la agenda de la humanidad, como nunca antes, la memorable dicotomía de «socialismo o barbarie».

En tal sentido, el debate sobre el llamado socialismo en el siglo XXI no es un mero ejercicio de futurología académica, sino una cuestión de sobrevivencia de la propia especie y su entorno, lo cual hace superfluo, cuando no negativo, intentar asumirlo desde una preceptiva que vuelva a presentarnos la fórmula «mágica» de su naturaleza (acabada de salir del gabinete del sabio de turno), lista para ser aplicada en toda circunstancia histórico-política.

Las consideraciones que siguen tan solo adelantan algunas «pistas» que tener en cuenta en esta dirección. Son presentadas desde el contexto de las nuevas alternativas social-políticas abiertas en América Latina y el regreso de la idea del socialismo a las calles de nuestro continente.

El ave fénix del socialismo

Pensar los retos que afronta la alternativa socialista en las condiciones del capitalismo monopolista transnacional de principios de siglo, presupone un colosal esfuerzo en el ámbito de la teoría emancipatoria.¹ La necesidad de crear espacios plurales de reflexión equivale a desplazar la centralidad de las respuestas acostumbradas, portadoras de certezas estériles, hacia las preguntas. Debemos convenir en que si no siempre hemos acertado con las primeras, quedan en pie todas las segundas. Formular los nuevos problemas que afronta la alternativa socialista frente a la culminación, a escala mundial, del proceso de expansión capitalista, de internacionalización del ciclo completo del capital, exige, en principio, un enorme esfuerzo explicativo y un pronóstico de los nuevos marcos de la acción colectiva.

La significación del tema aconseja no perder de vista el deslinde epistemológico entre la herencia del marxismo clásico y sus desarrollos posteriores durante el siglo XX, y la teleología evolucionista y positivista que usurpó sus créditos y desnaturalizó un pensamiento

fundacional que rechazaba para sí el carácter de «pasaporte universal de una teoría histórico-filosófica general cuya suprema virtud consiste en ser suprahistórica».²

Avanzar en la conceptualización del socialismo supone, de inicio, el abandono de la imagen teleológica sobre la «sociedad de llegada». Utilizamos el término para designar aquella actitud que confunde la teorización sobre el socialismo con su formalización empobrecida. Durante buena parte de su desarrollo, en el marxismo posleninista domina una preceptiva que incluye definiciones «congeladas» de socialismo, construidas sobre la base de la yuxtaposición de algunos rasgos empíricos de experiencias particulares. Parafraseando a Marx, lo concreto-sensible fue elevado directamente al plano de lo concreto-pensado sin depurar lo específico. Como se sabe, Lenin se opuso a esa propensión apriorística cuando lo conminaron a dar una definición lapidaria del socialismo:

[N]o podemos dar una definición del socialismo; cómo será el socialismo cuando alcance sus formas definitivas, no lo sabemos, no podemos decirlo. Decir que la era de la revolución social ha comenzado, que hemos hecho tal y cual cosa y nos proponemos hacer tal otra [...] Pero en cuanto a cómo será el socialismo en su forma definitiva, eso ahora no lo sabemos.³

La nostalgia formalista del pasado reciente —que en el caso de la psicología y el pensamiento petrificado se manifiesta mediante la ilusión según la cual para el retorno del socialismo bastaría con retomar a la línea seguida por los socialismos reales desaparecidos a principio de la década de los 90 del siglo XX, una especie de vuelta al estado de cosas anterior, lo cual relegitimaría el enfoque doctrinario hoy desacreditado— tiene que ser sustituida por la suspensión provisoria de las *concepciones habituales* sobre el socialismo, única manera de visualizar las formas emergentes de socialidad resultante de los cambios. No para subsumirlos en una lógica regresiva o acomodaticia, sino para afirmar la voluntad emancipatoria presente sin ataduras conceptuales que le creen incongruencias a la práctica e intentar desbloquear el futuro de la opción socialista en las condiciones venideras.

Por concepciones habituales de socialismo, en este caso, entendemos aquella que tuvo como presupuesto considerar *lo alternativo* como lo *ya realizado*, y la posibilidad real como realidad desplegada, a despecho del tiempo, modo y lugar que impedía distinguir la aspiración de la realidad. El error consistió en otorgar los rasgos de un proceso interformacional, aún no desplegado en su integridad, sin adecuada categorización y estudio, al socialismo como tal, cuya plenitud supone el predominio de una efectiva socialización de la producción y de la política, y de dignificación humana.

Conviene distinguir que para la solución de este tema no es productivo fijar nociones inmutables de «lo socialista», ni hacer *tabula rasa* con la historia conformada, actitud inherente al nihilismo rupturista. No se trata de colocarnos en el otro extremo de la tentación dogmática de aprehender de manera apriorística la «esencia» del socialismo, al margen de su automovimiento, y sin considerar la afectación que este padeció en sucesivos contextos de enfrentamiento y oposición.

La afirmación o negación subjetiva de cualquiera de sus segmentos temporales no puede hacer perder de vista el deber de captar toda su trayectoria. Domenico Losurdo apuntaba, con razón, que

una cosa es subrayar el defasaje entre la conciencia subjetiva de los protagonistas de la revolución y el sistema social que produjeron, y otra cosa es reducir ese nuevo sistema social o ese comienzo del nuevo sistema social al sistema capitalista preexistente. Una cosa es subrayar la diferencia que separa la sociedad producida por la revolución francesa y el terror jacobino de la *polis*, y otra es afirmar la identificación de la sociedad posrevolucionaria con el antiguo régimen.⁴

En otros términos: la comprensión racional de ese itinerario —de lo válido y lo caduco, de sus variaciones histórico-concretas y de sus deformaciones y desproporciones socialmente condicionadas— es requisito *sine qua non* de su estudio. Mas la versión panlogista de estos presupuestos rebaja el nivel de la crítica y oculta la naturaleza real de la quiebra producida.

Luego de criticar su envoltura de «socialismo de Estado» y las formas de alienación y dominación reproducidas en su seno, Emir Sader no deja de reconocerlo: aquella experiencia histórica ha sido «la construcción más generosa que la humanidad ha creado hasta hoy. Fue allí donde más se confrontó con el mercantilismo, con el egoísmo y con otros fenómenos que el capitalismo lleva al extremo. Por lo tanto, es la forma superior, más importante, que la humanidad haya construido hasta hoy».⁵

El análisis realizado nos confirma la idea de que más que elaborar una modelística abstracta sobre el socialismo, se impone adoptar una postura teórica ajena a lo que Gramsci criticaba como «proyectos mastodónticos» de socialismo,⁶ sean estos hoy fruto de disquisiciones analíticas formales, de escasa o casi nula viabilidad histórica, como de visiones rupturistas mesiánicas que prometan la solución de todas las contradicciones.

Pero también es necesario protegernos de la tendencia contraria: la máxima pretensión de lo socialista convertida en *hipótesis* conceptual inalcanzable, desde cuya idealidad se menosprecian las evoluciones factibles en dicha dirección, inherentes al segmento discreto del desarrollo interformacional en que nos encontramos.

El no comprometimiento del socialismo con un paquete de rasgos fijos e inamovibles es, precisamente, la manera más productiva de conservar lo alcanzado, descubrir las salidas multivariadas que ofrece la crisis de la época y abrimos hacia nuevos grados de socialidad desenajenada.

Cuando los sueños emancipatorios parecían haber cedido su lugar a la pesadilla fáctica del capitalismo real, la persistencia de la Revolución cubana y la sorpresa zapatista del 1º de enero de 1994 marcaron el parteaguas entre el desencanto y la esperanza, y aguaron la fiesta a los sostenedores del mito del fin de la historia. La emergencia de múltiples y novedosas formas de resistencia y lucha a nivel local, nacional, regional y mundial, obligó al pensamiento crítico a conformar un «nuevo mapa cognitivo» que diera cuenta de las alternativas social-políticas populares en ciernes. Proliferó, a contracorriente, un nuevo movimiento plural contrahegemónico que se negaba, con sus prácticas y visiones alternativas, a aceptar la peor de todas las utopías: la utopía de no tener utopías.

Los reacomodos de la noción del socialismo en el siglo XXI ante la crisis civilizatoria precipitada por el capitalismo salvaje y depredador (luego de superarse el impacto de la sorpresa histórica de la desaparición de su forma conocida como «socialismo real», que llegó prácticamente a paralizar el imaginario alternativo del movimiento revolucionario) reafirman más que nunca el compromiso ético implícito en la tarea estratégica apuntada por François Houtart:

Deslegitimar el capitalismo, como expresión de una modernidad deshumanizante, lo que significa la utilización de todos los espacios posibles para el desarrollo de un pensamiento crítico en los sectores de la economía, de la ecología, de la política y de la cultura. En este sentido, los foros sociales han cumplido con un papel importante, el desarrollo progresivo de una conciencia colectiva.⁷

El socialismo en las redes de la modernidad

La opción asumida como libre elección de las masas en las revoluciones protosocialistas del siglo XX, como experiencias de ruptura interformacional, implicó que en ocasiones las medidas socialistas, justificadas o no, se alzaran históricamente sobre una especie de vacío, así como sobre una inadecuada preparación de los sujetos-actores sociales que impedía la plena hegemonía socialista.

La imagen oficial de la «razón suficiente» del derrotero tomado por la socialización de la producción durante la etapa post-revolucionaria, borró durante décadas el conflicto, concientizado por Lenin, entre la superación económica de la propiedad privada y las circunstancias políticas que impusieron la vía jurídico-

administrativa de dicha «superación» como «castigo» a la burguesía en medio de la agudización de los combates de clase. El proyecto original, que solo comprendía la instauración del control de la producción social y de la distribución de los productos por los soviets, devino, contrariamente a lo expresado por Lenin, una forma *sui generis* de «implantación» del socialismo.

La guerra civil y el sabotaje convierten la expropiación y la nacionalización en medidas de autodefensa de la propia Revolución. Se trataba de condiciones excepcionales que en modo alguno hacían superfluas las conclusiones esbozadas en un texto como «Las tareas del proletariado en nuestra Revolución», donde, para Lenin, el nuevo poder no «implanta», no se propone implantar ni debe implantar *ninguna* transformación que no esté ya perfectamente madura en la realidad económica y en la conciencia de la inmensa mayoría del pueblo.⁸

El resultado es la discordancia entre el desarrollo de elementos vitales (producción-distribución-consumo, administración-control-sociedad civil, y Estado-poder-ejercicio del poder) y de las relaciones que tienen como elemento central mediador el problema de la propiedad.

La discusión sobre la disparidad de desarrollo, sus causas y clasificaciones, tiene una larga historia. De lo que se trata es de determinar si fue posible o no la alternativa socialista al capitalismo, como proceso civilizatorio y formacional nuevo, con su propia línea cultural, no depredadora, de desarrollo, o si lo que devino fue una alternativa a la modernidad occidental, como proceso de actualización civilizatoria, sobre la base de un tipo de propiedad no capitalista.

La expropiación de la propiedad privada no es automáticamente sinónimo de socialismo, si no se supera al capital como relación de producción (la propiedad es su simple expresión jurídica), como totalidad que afecta de suyo al asalariado; si se soslaya la solución real a la contradicción capital-trabajo, y este se mantiene como simple valor de uso específicamente diferente del valor de cambio y opuesto al valor como tal; es decir, que se sigue conservando de antemano en una relación económica diferente y exterior a la del cambio. En esa experiencia, además, se reprodujeron aspectos que venían de la comuna rural y de las relaciones precapitalistas, superadas unilateralmente. Todo esto impidió la creación de una nueva línea típica de desarrollo, o que la alternativa condujera a ella dadas las condiciones en que aquella aparece.

Tenemos que concebir el socialismo bajo la impronta del desarrollo histórico. En consecuencia, Rusia poseía las condiciones para que se deformara la alternativa al capitalismo. Para Rusia, la estatalización

El socialismo en América Latina no vendrá de ningún libro iluminado sobre «el socialismo del ni en el siglo xx». Vendrá, en primer lugar, de los movimientos radicales de masas en pro de alternativas social-políticas que recuperen la soberanía y la dignidad de los pueblos.

representó un paso de avance, en lo que concierne a la actualización civilizatoria alternativa al capitalismo occidental. Esto era casi imposible de realizar de otra manera. Sin embargo, en la línea general del desarrollo, al estar inmaduros los sujetos sociales, incluido el Estado, la correspondencia entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción no constituyó tal avance con la conversión del Estado en «empresario universal», el cual se desvinculó de lo que podía haber sido su contrapartida de poder. La solución de continuidad no dio como resultado una genuina antítesis del capital.

El dominio político tiene por base el ejercicio de una función social, y puede mantenerse, a la larga, solo mientras la exprese. En consecuencia, tal función, inherente al Estado-empresario universal, cuando se separa de la sociedad civil popular pierde su legitimidad en el tránsito previsto hacia la nueva estrategia de orden propia del «no Estado socialista», en la cual se hace superflua la vieja condición de representante plenipotenciario de la sociedad. Paradójicamente, en los socialismos reales se fue construyendo una sociedad satrápica, en la que no primaba la privacidad de propiedad, pero se garantizaban patrimonios independientes que, en última instancia, abonaron el terreno para un proceso de privatización a largo plazo y de anexión económica, siempre que garantizara un mínimo de posibilidades de ejercicio de poder político y económico a la cúspide dominante.

De esta manera, el modo de apropiación que se generaliza es contrario a sus fines de equidad, y da lugar a la despersonificación de los sujetos sociales. Las condiciones sobre las que aparece no responden al producto del trabajo (entendido como fruto del desarrollo orgánico que conduce a una socialización de la producción, a la cual se le extirparía el antagonismo). Se da así la posibilidad formal de la enajenación productor/propietario, al quebrarse desde un inicio la ley fundamental de la distribución. El excedente o plus producto queda en «tierra de nadie», salvo la «divinidad terreno-estatal» que induce la apropiación.

Si bien es un hecho que el socialismo como alternativa al desarrollo capitalista puede dar lugar, por las condiciones de su surgimiento, a que los males ya señalados, y en particular la corrupción, lleguen a afectar

las relaciones de propiedad, también es inobjetable que esta degeneración está relacionada con el aspecto consciente del desarrollo de la sociedad, pues la madurez que logre el sujeto social deviene garantía y único presupuesto posible para eliminar aquella.

La revolución proletaria apareció en el devenir de la sociedad como la vía para superar el dualismo instaurado por la emancipación política burguesa. Pero vistos sus resultados históricos a la altura del legado de los procesos socialistas del siglo xx, en los que la estadolatría negativa —según la expresión de Gramsci—, deformada, impidió conquistar la nueva calidad de emancipación social-humana anunciada por la teoría revolucionaria, el dilema entre la emancipación política y la emancipación humana adquiere nuevos significados.

Se suponía que el socialismo real implicaba la quiebra de ese dualismo entre la vida individual y la genérica. Sin embargo, se mantuvo, bajo otras condiciones materiales y falsa conciencia ideológica, la separación entre la vida del Estado (que no fue aquel que Engels definía como no-Estado) y la del individuo real. En otras palabras: la emancipación política de la dominación dejó en pie la dominación bajo otras condiciones.

Se hace necesaria una lectura contextualizada de «La cuestión judía», texto en el que Marx ya revela y crea las condiciones para trascender el horizonte de la modernidad, con el deslinde entre los conceptos de «emancipación política» (de la sociedad burguesa respecto a la política) y lo que entonces llamaban «emancipación humana». Por supuesto, a esta última debe antecederle una nueva calidad de emancipación política (la revolución proletaria), así como toda la gama o conjunto de formas que integran la emancipación global y se desarrollan a partir de la política, pero no terminan con ella. Este proceso debía pasar inevitablemente por la quiebra de la dualidad entre el hombre individual real y el ciudadano abstracto; esto es, cuando aquel «no desglosa ya de sí la fuerza social bajo la forma de fuerza política». La abstracción de Marx de esa fuerza social no política sería un retorno, hecho conciencia, como superación efectiva de todo el desarrollo previo, plasmado en la asociación de los hombres individuales reales.⁹

La lógica seguida por aquellas experiencias pretendió reproducir la modernidad capitalista sin propiedad privada. Pero esta modernidad, en el sentido de proceso civilizatorio, ya existía a escala mundial, con sus consecuencias. Rusia era un elemento de ese sistema, integrado a su historia. Resultaba imposible, pues, reproducir aquella modernidad, con resultados diferentes, a partir de una ruptura con ella misma. El desafío alternativo era alcanzar una cualidad de desarrollo equivalente, mediante un proceso de superación; no por simple acumulación/actualización, sino por creación civilizatoria de trascendencia cultural-humanista que transformara los ejes del desarrollo.

Una interpretación *sui generis* del error de partida aparece en la reflexión de Franz J. Hinkelammert:

Al inscribirse el socialismo soviético en la tradición de la civilización occidental y su modernidad, no pudo ni ver lo que era la crisis del capitalismo en su fondo. Por tanto, no pudo ser la alternativa al capitalismo, que pretendía ser, y reproducía en su interior, esta misma crisis del capitalismo, cuya solución había pretendido [...] El colapso del socialismo soviético demuestra que este socialismo no era la alternativa necesaria para responder a la crisis del capitalismo. La victoria del capitalismo, en cambio, muestra que la crisis del capitalismo es la crisis de la civilización occidental. Es una victoria de Pírrhus, una victoria aparente, en la cual el victorioso resulta ser el derrotado. Superar la crisis del capitalismo nos lleva ahora a la necesidad de ir más allá de la civilización occidental y de su modernidad misma.¹⁰

Son, no obstante, dos crisis diferentes. En sus inicios, la estatalización constituyó un estímulo cuantitativo, dada la necesidad de una fuerte concentración y centralización de medios y recursos para acceder, en parte, al desarrollo de la modernidad, sobre todo en su vertiente de industrialización. Con el desarrollo relativo de las fuerzas productivas en ese impulso civilizatorio, estas chocaron con el primitivismo e imperfección de las relaciones de producción, que al no resolver completamente el problema de la propiedad y la representatividad en el ejercicio de poder que ella presupone, engendró el desgobierno y la inorganicidad de la producción, en primera instancia entre la comunidad laboral y la administración verticalista.¹¹

Era decisivo que las relaciones de producción desempeñaran un papel alternativo-activo, pues el desarrollo de las primeras puede estar mediatizado por el de estas últimas. El contenido de las fuerzas productivas requería formas diferentes a las que tuvo,¹² tanto para esquivar una mera actualización civilizatoria con industrialización forzada, como para impedir la distorsión del desarrollo socialista y generar variables en las que el trabajador deviniera verdadero dueño de los medios de producción y verdadero ejecutor del poder (sin que indefectiblemente fuera adoptada una forma directa-personal, aunque sí real y no virtual). Esto

es: tensar las prerrogativas que brindaba la superación de la democracia de la Comuna, empezando por la propiedad, las relaciones de producción y el propio modo de producción.¹³

La congelación de esta posibilidad generó contradicciones en el funcionamiento del sistema de relaciones político-económicas, derivadas de una contradicción estructural: la expropiación (no la socialización) junto a la creación de patrimonios, limita por doble vía la plena realización de la propiedad social y el sistema de relaciones de producción. Se crea así un modo pseudosocialista de producción, al no ser el trabajador un sujeto activo en la dirección, conducción y realización de la producción; o sea, al no objetivar su propiedad.¹⁴

¿Por qué asombrarse del vuelco sufrido en el pasado reciente? Se fueron gestando todas las condiciones para la disolución de la comunidad: la aparición de producción, distribución, e intercambio pseudomercantil «patrimonializados» que reforzaron no el carácter «irreversible» del socialismo, proclamado oficialmente, sino su carácter reversible, mediante una vía inversa particular.

Para Adolfo Sánchez Vázquez,

lo que se construyó como «socialismo real» fue un sistema —ni capitalista ni socialista— que, tras los avances logrados en otras décadas, acabó por estancarse económica, científica y tecnológicamente y entrar en un proceso de descomposición social y degradación moral. Por su inmovilismo, este sistema no retrocedía al capitalismo ni avanzaba hacia el socialismo.¹⁵

La aspiración a que el Estado sea reabsorbido por la sociedad —concepto límite positivo de toda alternativa socialista desde la Comuna de París¹⁶ y fundamento básico de la construcción teórica de la lucha emancipatoria—, no puede sustituir al hecho cierto de que el Estado alternativo aparece como organización general de la propia sociedad, como *mediación política* necesaria. Al criticar la restauración estalinista de la forma de Estado adoptada en el socialismo real, hay que tomar en cuenta que las ideas originales de la democracia directa, y del no Estado, se enfrentaron a la complejización de las sociedades contemporáneas. La estadolatría negativa, el «gobierno de los funcionarios», reflejó también las necesidades insatisfechas de una mediación política *no ballada*, cuyo espacio de poder fue detentado por la conocida deformación estamentaria de dicho sistema político.

En esto reside, en gran medida, la fuerza relativa del liberalismo político, el cual ha podido sostener —no solo mediante la coerción, sino por la reproducción de un consenso que involucra a los propios sujetos excluidos de la democracia— una forma política que satisface *representativamente* el poder

de los núcleos clasistas dominantes. No ha sucedido lo mismo con la representación y el ejercicio del poder de las clases subalternas en las experiencias socialistas del Este. Parece que todavía, como en tiempos de Marx, «tendrán que pasar por largas luchas, por toda una serie de procesos históricos, que transformarán completamente las circunstancias y los hombres».¹⁷

Las causas de esta deformación no se deben buscar en el carácter social de la propiedad, argumento del dogmatismo hoy en boga que afirma su inviabilidad en general. La socialización es premisa para evoluciones de diferentes alternativas. Precisamente, la variedad de alternativas que comprende la socialización de la propiedad contradice el carácter fatal-instrumentalista que avalaba el tipo adoptado en el socialismo real.

La redefinición ideológica que precedió a la desaparición del socialismo real no pudo obviar cómo la quiebra de patrones valorativos y la

ignorancia en que fueron sumidos los pueblos del «socialismo real» los ha llevado no solo a repudiar lo que identifican con socialismo, marxismo-leninismo, etcétera, que para ellos fue opresión, sino a buscar su contraparte como alternativa, sin tomar en cuenta la realidad del capitalismo que, por supuesto, tampoco es como lo han imaginado en su ignorancia.¹⁸

Se repite lo que Marx señalaba al exponer la naturaleza del socialismo proudhoniano: «Todos ellos quieren lo imposible, a saber: las condiciones burguesas de vida sin las consecuencias necesarias de estas condiciones».¹⁹

Dada la naturaleza de la distribución en el extinto «socialismo», las expectativas que se cifran en el cambio privado tuvieron sus fuentes de motivación, por analogía, en el hecho de que este «se opone a la distribución basada en la jerarquía y la subordinación naturales o políticas de los individuos en el seno de las sociedades patriarcal, antigua y feudal».²⁰ «Pero —señala igualmente Marx— el cambio privado se opone asimismo a la libre relación de los individuos asociados sobre la base de la apropiación y del control colectivo de los medios de producción».²¹

Conocedor de estas consecuencias, Georg Lukacs alertaba:

La relación entre el desarrollo económico y transformación del hombre a la que aludimos aquí es en su concreción práctica mucho más complicada. A primera vista se presenta como una reforma económica con el objetivo de acrecentar cuantitativamente y de mejorar cualitativamente el aparato productivo y distributivo. Sin embargo, la economía socialista, si bien su relación elástica con el consumo se convierte para ella en un problema vital, no está en condiciones de resolverse con una simple «introducción» del «modelo» capitalista.²²

Mientras la democracia no se haga superflua por el predominio de la democracia directa integral, el Estado

será la organización general de la sociedad socialista, y las formas políticas caracterizarán por ello la gestión de los asuntos generales. Pero ese Estado no puede ser una unidad superior aglutinante. Esta concepción del Estado —cuyos instrumentos de poder son separados orgánicamente de la sociedad civil pese a que se declaran sujetos al control popular— aparece en la historia del socialismo real como la más seria desviación de la teoría socialista sobre el Estado. En franco conflicto con la secta de los negadores de este, y a diferencia de la consagración estalinista posterior de una de sus formas, Lenin se coloca en la perspectiva de que en la sociedad socialista, cuanto más completa es la democracia, más próximo está el momento en que esta se hace superflua como forma de Estado. Al mismo tiempo, exalta en todas sus formas el desarrollo de la democracia, la desacraliza, y no cede ante la interpretación extensiva de ella, típica de la retórica oportunista, ni ante las tendencias posrevolucionarias que entorpecen el proceso de reabsorción del Estado en la sociedad.

La garantía para que esto no ocurra está en su conversión en un no-Estado.²³ Este proceso no se halla ni en la reproducción de la democracia de la Revolución francesa, mejorada, ni en la simple reproducción de la democracia de la Comuna. La dirección colectiva debe contar con un poder real de renovación y revocación por parte de la comunidad, desde abajo; la simple revocación no es un antídoto directo de la socialización (en las sociedades satrápicas existía la revocación temporal de los funcionarios y no por ello perdía su carácter), si su contenido no está en correspondencia con la nueva democracia participativa.

La democracia adquiere un contenido verdaderamente social con la redefinición de la política planteada por el avance hacia el socialismo; se anula la separación entre instituciones y masas y la organización del Estado privilegia las asambleas por encima de las burocracias y las tecnocracias. De otra manera: al menos teóricamente, el formalismo de la democracia política capitalista (asumiendo al democratismo político liberal como conquista histórica de los pueblos impuesta al elitismo originario del liberalismo)²⁴ se llena de contenido real. Sin embargo, teniendo clara la diferencia sustantiva de la democracia socialista respecto a sus formas anteriores, ese salto no debe mitificarse como el paso de algo «absolutamente negativo» a lo «absolutamente positivo»; esto es, de una democracia ilusoria, incompleta, imperfecta, a una democracia real, completa, perfecta, construida de un golpe.

El socialismo fenecido en las redes de la modernidad confirma que, para esa *otra* democracia, de lo que se trata es de una *superación histórica real*, no declarativa, tanto del liberalismo como del democratismo burgués;

no de un «rodeo» sociopolítico que, a la postre, no satisfaga las expectativas democráticas superadoras. La historia reciente muestra cómo terminaron esos ensayos, por muy legítimos que resultaran en sus inicios: con la vuelta al más ramplón consumo «simbólico» liberal.

Estos procesos no estuvieron fatalmente determinados. Se contaba en potencia con elementos mediadores que no se desplegaron en todas sus posibilidades: «no Estado», democracia, sistema político, identidad de la sociedad civil popular, etc. Aun cuando no se ubicaran en el sistema productivo, esos elementos superestructurales tenían capacidad de repercusión decisiva en la producción, la distribución, el cambio y el consumo, sobre todo en el control y autorregulación socioproductiva.²⁵

América Latina: posneoliberalismo y socialismo

Las nuevos escenarios políticos en América Latina muestran un amplio consenso antineoliberal. Mas la radicalidad explicativa del modelo hegemónico varía de una a otra posición o contexto dentro de ese consenso. Emir Sader lo ha expresado claramente:

El agotamiento —teórico y práctico— del neoliberalismo no representa su muerte. Los mecanismos de mercado que ese modelo multiplicó siguen siendo tan o más fuertes que antes, condicionando y cooptando gobiernos y partidos, fuerzas sociales e intelectuales. La lucha contra la mercantilización del mundo es la verdadera lucha contra el neoliberalismo, mediante la construcción de una sociedad democrática en todas sus dimensiones, lo que necesariamente significa una sociedad gobernada conscientemente por los hombres y las mujeres y no por el mercado.²⁶

El tipo de sociedad que suceda al neoliberalismo es el gran tema —apunta el sociólogo brasileño—, puesto que dicha sustitución puede darse por la superación del neoliberalismo en favor de *formas de regulación de la libre circulación del capital, ya en la lógica del gran capital, ya en sentido contrario*. Esto dependerá de las condiciones en que se dé esa superación, de la correlación de fuerzas y de la coalición social y política que la lleve a cabo. Para Sader, el gran capital puede retomar formas de regulación, de protección, de participación estatal en la economía,²⁷ bien sea alegando necesidades de hecho, bien retomando concepciones más intervencionistas del Estado, con críticas a las limitaciones del mercado.

Al analizar los posibles escenarios del posneoliberalismo en la región, Robinson Salazar ubica el contenido positivo y las debilidades potenciales de lo que llama «populismo radical». En principio, recuerda que el modelo hegemónico asume diversas «caras» (modos de acumulación), según sea la variable más

conveniente a la correlación de fuerzas nacional e internacional.²⁸

El tema no es nuevo. Desde los propios momentos del predominio neoliberal en el continente, ya muchos autores preveían, desde la década de los 90 del pasado siglo, los cursos más probables de las agendas de políticas de recambio, una vez que se superaran «los viejos resabios ideológicos sobre la superioridad moral del mercado».²⁹ Se requería evaluar de forma crítica y objetiva, la perspectiva «renovada» del llamado neoestructuralismo, más allá del hecho cierto de que la alternancia de iniciativas de ajuste y modelos de reestructuración registra un hecho que soslayaban los respectivos discursos: las sucesivas imposiciones de la división internacional del trabajo.

Las políticas de desarrollo —ha escrito Agustín Maraver—, tanto en su versión estructuralista como neoliberal, parten de un concepto metodológico de creación de modelos cuya base es el equilibrio macroeconómico. Dentro de este modelo se asigna al Estado un papel activo, bien como principal agente de la política de desarrollo, bien como impulsor de su propia reducción para permitir el protagonismo mayor al sector privado de la economía, de manera de no competir por los recursos financieros.³⁰

Estos consensos no atenúan las diferencias existentes —que deben ser evaluadas con realismo y sin falsas expectativas por el pensamiento crítico y democrático radical—, contenidas en la discursividad del neoestructuralismo: complementariedad del mercado con la acción estatal activa y selectiva; el énfasis en las políticas de corrección de imperfecciones estructurales, en especial de índole tecnológica, industrial y educativa; la consideración de la equidad como condición —y no como presumible resultado— de la sustentabilidad del proceso de desarrollo; la suspensión negociada total o parcial de la transferencia externa (canalizando los recursos liberados hacia un fondo nacional de reestructuración productiva y privilegiando los problemas sociales más agudos) y, en definitiva, la conceptualización de un ajuste con crecimiento y mayor equidad.

Un rompimiento de ambas posiciones aparece con la emergencia de los procesos definidos por algunos autores como «populismo radical» (que superan los límites antes descritos del discurso y la práctica neoestructural y neo desarrollista). Robinson Salazar lo explica del siguiente modo:

En medio de estas dos, aparece una tercera opción, sin dejar de ser capitalista, que se denomina populismo radical, que practica una revaloración del Estado como principio organizador de la pluralidad social y como ordenador de la articulación externa, pero también como actor que debe hacerse cargo de aquellos aspectos de la vida económica necesarios para el bienestar general en los que el mercado es

incompetente o ineficaz. Tanto el capitalismo estatal asiático como el populismo que amenaza en Latinoamérica son contrapesos del capital financiero, porque limitan sus ganancias, desacreditan su labor y empíricamente son evidenciados, porque el capitalismo de Estado genera crecimiento, aun con la dosis de autoritarismo que le agrega el Estado; en cambio, el capital financiero ahuyenta el empleo, desplaza a los trabajadores de sus puestos de trabajo, volatiliza la economía y vive en permanente riesgo; por ello, la mayoría de las crisis en los países con crecimiento económico amparado en el capitalismo de Estado han sido sometidos a severas crisis provocadas por el capital financiero, como una muestra de la tensión y contradicción del capitalismo en su fase neoliberal imperial.³¹

Desde esta perspectiva, para el citado autor el «populismo radical», en la medida en que va más allá de la lógica liberal en términos políticos, económicos y culturales, ofrece el espacio para la necesaria construcción social del enemigo y la resignificación política de las resistencias y luchas anticapitalistas:

Construir socialmente al enemigo no es una tarea de dirigentes, es una consecuencia lógica que se puede desatar cuando los vastos sectores populares y despojados se den cuenta de que el enemigo verdadero no es el gobierno, sino todo aquel que los despoja, les quita su trabajo, los persigue y criminaliza por ser inmigrantes, les niega la tierra, les cierra las puertas de los hospitales y las escuelas a sus hijos, quien les arrebató su casa, los que les prohíben acceder a los recursos que la naturaleza nos ofrece como el agua, la biodiversidad, etc.. Justo aquí salta a la imaginación que el enemigo es quien les niega vivir y contra él van a luchar.

Construir socialmente al enemigo es otra forma de construir lo político, de encaminar por un rumbo distinto la lucha; es una suerte de reencauzar la lucha y llevarla por los canales en donde está el factor o los factores que le impiden crecer o lograr sus metas. El enemigo construido y referenciado es la recuperación de la esencia de la lucha, contra quién luchó y qué ganó si lo despojo de lo que es mío.

Si es construido socialmente a partir de los espacios donde se nutren los procesos asambleístas, de intercambios de saberes, los foros deliberativos, las fábricas recuperadas, las microempresas comunitarias, las universidades, los talleres artesanales colectivos, en la calle, en las marchas, en los piquetes y cortes de ruta, en las manifestaciones reclamadoras de derechos, en las protestas contra el despojo de vindicaciones añejas, en los reclamos por mantener vigente los derechos humanos y ciudadanos, etc., son complementación de luchas, pero ante todo es acción política que busca la recuperación de la caja de herramientas de las prácticas políticas de antaño y recientes, que los coloque en la posibilidad de asomarse a la convergencia emancipadora que construyen los sujetos sin derechos.³²

El término «populismo radical» termina quedando chico y no permite captar la riqueza de los procesos alternativos al neoliberalismo, de carácter nítidamente antimperialista y liberacionista, cuyo imperativo societal alberga una nueva voluntad proyectiva hacia el «socialismo del siglo XXI». Evidentemente, «los aprendizajes que se han obtenido en las experiencias de emprendimientos y construcciones en los espacios

autónomos estratégicos, nos dicen que la lucha puede pasar de un populismo radical a una etapa de confrontación liberacional, como se muestra en Venezuela y Bolivia».³³

Si consideramos los procesos recientes en la región a partir de la experiencia de la Revolución bolivariana en Venezuela, incluyendo a Bolivia y Ecuador,

el posneoliberalismo puede ser conquistado a contramano de la dinámica del gran capital, imponiendo políticas de desmercantilización fundadas en las necesidades de la población. En este caso, aun sin romper todavía con los límites del capitalismo, *se trata de introducir medidas contradictorias con la lógica del gran capital*,³⁴ que más temprano o más tarde llevarán a esa ruptura o a un retroceso, por la incompatibilidad de convivencia de dos lógicas contradictorias.³⁵

Queda en pie encontrar las verdaderas alternativas que entronquen con el centro de gravedad político configurado hoy por la globalización transnacional y la hegemonía del imperialismo de los Estados Unidos. Frente a esto se perfila, en la perspectiva histórica inmediata, la necesidad de una transformación radical cuya propensión estratégica coincide —pese a los usos viciados del concepto— con la idea de la *revolución democrática completa*,³⁶ que restituya y afiance la independencia nacional mediante proyectos populares (demonizados como populistas por los voceros de la «democracia» neoliberal) y la conservación de las identidades. Transformaciones transicionales democráticas incompletas, como las que caracterizaron a nuestra región por el desarrollo medio del capitalismo alcanzado en nuestros días, o son imposibles o paliativos ante la dominación imperial transnacionalizada.

El socialismo en América Latina no vendrá de ningún libro iluminado sobre «el socialismo del ni en el siglo XXI». Vendrá, en primer lugar, de los movimientos radicales de masas (y de la intelectualidad orgánica a ellos) en pro de alternativas social-políticas que recuperen la soberanía y la dignidad de los pueblos y enfrenten con decisión e inteligencia estratégica a los instrumentos de dominación —de recolonización— del imperio (OMC, ALCA, TLC, militarización y deuda externa). Estas alternativas surgen hoy de manera multivariada en nuestra región, algunas podrán ser mediatizadas y encapsuladas por un tiempo por gobiernos de centro-izquierda o de corte nacionalista declarativo, sin desconocer lo que de avance tienen o puedan tener frente a los gobiernos neoliberales corruptos y entreguistas de las décadas pasadas. Sin embargo, si no se conforman gobiernos con voluntad política que expresen esas alternativas populares de resistencia y lucha, las transnacionales, y las políticas de sus centros imperialistas, seguirán su saqueo, y depredarán nuestros recursos naturales y biodiversidad y nos los seguirán devolviendo como mercadería y patrones macdonalizados

de consumo mediático, generadores de tensiones insostenibles para una enorme masa de trabajadores precarizados y excluidos.

Para que se ponga fin a esa cadena de explotación, un requisito es lograr la más amplia articulación política de los movimientos sociales y populares y su accionar oportuno, de conjunto, desde el centro de gravedad política de cada país y región.

En esas batallas, que siguen siendo más que nunca una *creación heroica*, participan todos los sectores interesados en subvertir y remontar la siniestra lógica del neoliberalismo. Para ello contamos con numerosos movimientos sociales y populares que colocan las demandas reivindicativas (económicas, sociales, culturales) en una perspectiva cada vez más política, como se expresa en las nuevas agrupaciones sindicales que aglutinan a trabajadores ocupados, desocupados y jubilados, todos en mayor o menor medida víctimas de la precarización o, como el Movimiento Sin Tierra (MST), que incluye no solo las demandas de los trabajadores sin tierra, sino de todas las clases populares de Brasil. También ocupan un lugar protagónico los movimientos indígenas, de mujeres, ambientalistas y otros que, a partir de sus reclamos de reconocimiento y equidad, autonomías y defensa de la biodiversidad, desafían la lógica global del sistema que los discrimina y excluye por igual.

Con ellos, desde ellos, habrá que seguir profundizando los procesos, enfrentando la reacción imperialista y sus servidores locales, catalizadores de la radicalización de los pueblos.

El socialismo por inventar en nuestra América tendrá, inevitablemente, fases transicionales (no etapas mecánicas). La lucha contra el neoliberalismo deviene, si es consecuente, lucha antimperialista y anticapitalista que, de hecho, incorpora propietarios pequeños y medios asfixiados por el capital transnacional, y puede asumir modelos diversos de economía mixta.

No pasemos por alto que construir una sociedad de igualdad, justicia y bienestar sería una ardua y prolongada tarea histórica, que requeriría eliminar progresivamente las normas de la competencia, la explotación y el beneficio. No es una meta a realizar en poco tiempo.

Esa contra-lógica frente la mercantilización de la vida y el orden económico del beneficio capitalista puede ser sostenida solo si emana de una revolución popular, que construya su propia noción de democracia política, social y económica.

Sería especulativo definir *a priori* cuáles serán los grados de posibilidad de avance hacia el socialismo de las alternativas democrático-populares que aparecerán, desaparecerán tal vez y reaparecerán en Latinoamérica, ni medir sus resultados a la luz de lo que hemos

concebido tradicionalmente como mecanismos de acción de la leyes de la sociedad socialista. Existe, sin embargo, una enseñanza histórica imposible de soslayar: el reto del socialismo es ir más allá de la lógica del capital, superar lo que llamamos sistema de dominación múltiple del capital. Ese sistema es enfrentado por una gran diversidad de prácticas constataorias de actores y movimientos que expresan no solo protestas colectivas, sino también propuestas de nueva socialidad. No podremos volver a decir: con ustedes vamos *hasta aquí*, después tendrán que hacer dejación de sus demandas y visiones alternativas. Se trata de una cuestión de la mayor importancia teórica y práctica.

En América Latina existe una tensión entre la *lógica de la lucha política* (antineoliberal, antimperialista, antisistema), o sea, la *nueva emancipación política*, y la *emergencia civilizatoria* derivada de las prácticas y visiones utópico-liberadoras de los movimientos sociales, sus desafíos y propuestas frente a la civilización del capital: la *contextualización contemporánea de lo que Marx llama emancipación humana*. Esta tensión se ha hecho tradicionalmente explícita desde una visión instrumentalista de la política y de la lucha por el poder como demiurgo de lo social. Mas desde una visión más amplia de lo político, ella reaparece como algo imposible de obviar. La actitud más productiva para intentar superar dicha tensión no radica, salvo que nos contentemos con un consenso «fácil» e igualmente estéril, en desplazar los puntos conflictivos que suponen ambas lógicas.

Ninguna de estas lógicas debe ser supeditada a la otra, sino armonizadas y complementadas, lo cual implica asumir su tensión como desafíos creativos de aprendizaje de los sujetos involucrados. En otras palabras: si en aras de la presunta toma del poder se abandonan las demandas libertarias y de reconocimiento por las que han luchado muchos movimientos, el nuevo poder contrahegemónico pudiera derivar en una entidad ficticia o desnaturalizada. De igual forma, negarse a participar en el movimiento radical de masas que se constituya en una nación determinada ante la crisis del modelo hegemónico, colocando las demandas específicas (por muy legítimas que sean) por encima de las de la inmensa mayoría de la población, implica signar la noción de «diferencia» con un alto rango de universalidad excluyente.

Habría que reconocer, en principio, que la confluencia de los movimientos sociales y populares para generar alternativas social-políticas en una dirección anticapitalista no implica hacer dejación de sus demandas específicas (libertarias y de reconocimientos),³⁷ ni posponerlas para etapas posteriores, aunque se modifiquen sus objetivos y métodos en cada coyuntura. La lógica geopolítica antimperialista que avanza hoy en

América Latina no es incompatible con la de los movimientos sociales. Las razones de esos movimientos son tantas como los atributos del mundo que es posible conquistar: dignidad para personas y pueblos, equidad, igualdad de género, medio ambiente, diversidad sexual, multiculturalismo, biodiversidad. El «programa máximo» emancipatorio y libertario de la revolución política anticapitalista (pospuesto en las experiencias protosocialistas del siglo xx) se convierte en «programa mínimo» de las luchas de los movimientos sociales y populares.

Lo anterior significa que el ideal de justicia distributiva y de equidad social, irrenunciable para cualquier proyecto de socialismo, de avance hacia la emancipación humana, tendrá que acompañarse de nuevos desafíos relacionados con el cuestionamiento del patriarcado en todas las formas —económicas, políticas y simbólico-culturales— del modelo productivista y depredador de desarrollo, no solo vigente a nivel mundial, sino deificado como aspiración y única alternativa de progreso humano, metamorfoseado con el apellido «sostenible» para el Sur, o de expresas alusiones a la reducción de la pobreza, siempre que estas escondan el proceso real de empobrecimiento que la produce. No se trata de renunciar al bienestar, sino de comprender que el mito del bienestar centrado en el consumo desenfrenado del industrialismo moderno y sus variantes actuales es causa del camino acelerado hacia un punto de no regreso para la posibilidad de la propia vida. En nombre de ese bienestar, en los países centrales se lanzan y lanzarán guerras genocidas por las reservas de hidrocarburos y los recursos hídricos del planeta.

Para que su nombre sea lo que soñó Marx como sociedad emancipada, desenajenada, autogestionaria, el socialismo en el siglo xxi no puede reproducirse en los marcos de la actual civilización excluyente, patriarcal, discriminatoria y depredadora heredada de la modernidad, y que la globalización imperialista potencia a límites insospechados. De los pequeños, continuos y diversos saltos que demos hoy en nuestras luchas cotidianas y visiones de sociedad, emergerá el salto cultural-civilizatorio que nos coloque en esa deseada perspectiva histórica que rescatará y dignificará al socialismo en este siglo, como real emancipación humana.

No hay fórmulas *a priori* para evitar estos males. Hoy, como nunca antes, la izquierda requiere elaborar un nuevas visiones estratégicas, puesto que «es necesario pensar en una empresa muchísimo más difícil: la labor histórica de superar la lógica objetiva del capital en sí, mediante un intento sostenido de ir más allá del capital mismo». ³⁸ Pero esas alternativas sociopolíticas no serán obra de gabinetes, ni fruto de ninguna arrogancia teórica

o política. Serán construidas como proyectos colectivos y compartidos, desde y para el movimiento social-popular.

Notas

1. François Houtart propone tres niveles de reflexión: el de la utopía (¿qué sociedad queremos?); los medios, y finalmente las estrategias. Distingue cuatro objetivos o principios, según las dimensiones ecológicas, económicas, políticas y culturales; a saber: Prioridad de una utilización renovable de los recursos naturales, Predominio del valor de uso sobre el valor de cambio, Participación democrática en todos los sectores de la vida colectiva, Interculturalidad. Véase *Un socialismo para el siglo 21. Cuadro sintético de reflexión*, Ponencia en la jornada «El socialismo del siglo 21», Caracas, julio de 2006.
2. Carlos Marx, «Carta al director de *El Memorial de la Patria*», Carlos Marx y Federico Engels, *Correspondencia*, Editora Política, La Habana, 1988, p. 392.
3. Vladimir I. Lenin, *Obras completas*, Editorial Progreso, Moscú, 1986, pp. 69-70.
4. Domenico Losurdo: «Marx, Cristóbal Colón y la Revolución de Octubre», en *¿Hay alternativa al capitalismo? Congreso Marx Internacional*, Kohen & Asociados Internacional, Buenos Aires, 1996, p. 52.
5. Emir Sader: «La historia es un proceso abierto», *América Libre*, n. 10, Buenos Aires, enero de 1997, p. 104.
6. «Pero entonces —escribía Gramsci en 1918 sobre la sociedad rusa— ¿no es el socialismo? [...] No, no es el socialismo en el groserísimo sentido que dan a la palabra los filisteos constructores de proyectos mastodónticos; es la sociedad humana que se desarrolla bajo el control del proletariado. Cuando este se haya organizado en su mayoría, la vida social será más rica en contenido socialista que ahora, y el proceso de socialización irá intensificándose y perfeccionándose constantemente. Porque el socialismo no se instaura en fecha fija, sino que es un cambio continuo, un desarrollo infinito en régimen de libertad organizada y controlada por la mayoría de los ciudadanos, o sea, por el proletariado» (Antonio Gramsci, «Utopía», *Antología*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973, p. 51.).
7. François Houtart, ob.cit.
8. Vladimir I. Lenin, «Las tareas del proletariado en nuestra Revolución», *Obras escogidas en tres tomos*, t. 2, Editorial Progreso, Moscú, 1974, pp. 53-4.
9. En su interpretación de «La cuestión judía», Isabel Monal («Enajenación y revolución en el joven Marx (1843-1844)», *Cuatro intentos interpretativos*, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1974, p. 27) apunta que para Marx «no existe una enajenación global del hombre que no sea la del conjunto de sus manifestaciones específicas, puesto que el conjunto de las formas y planos específicos de la alienación, forman la enajenación en su totalidad. Esta tesis era particularmente significativa para el proyecto de emancipación (revolución) humana, porque permitía comprender la posibilidad de la superación de una forma particular de enajenación (la del estado político o la de la religión) sin que ello implicase la completa emancipación del hombre como tal».
10. Franz Hinkelammert, «La lógica de la expulsión del mercado capitalista mundial y el proyecto de liberación», *Pasos*, n. 3, San José de Costa Rica, 1992.

11. El verticalismo catalizó la falta de viabilidad de los mecanismos de control popular. Esta es, aunque no se quiera, la base del despotismo, cualquiera que fuere, al erigirse el Estado (separado de la sociedad civil popular) como empresario universal. Sin embargo, la ausencia de ese carácter no presupone una contrapartida privada, en la medida en que las estructuras y funciones que realiza den cabida a otras formas de organización de la sociedad civil, el control popular y la autogestión de los productores asociados. También hay que establecer la relación entre el alto mando económico y el cuerpo de agentes de ejecución, y cómo este cuerpo puede, al burocratizarse, ocupar una posición intermedia, ajena a la sociedad civil y al control de las comunidades laborales.

12. No podemos olvidar que las fuerzas productivas tienen su propia lógica de desarrollo, como contenido de relativa independencia. El socialismo tenía y tiene que transitar por esa lógica con sus consecuencias y resultados, sus contradicciones. Pero el arte del socialismo debe estar en que ellas no generen las crisis sociales y ecológicas del productivismo capitalista. Para que ello no se produzca no basta con que la propiedad esté socializada, pues a las contradicciones y resultados del desarrollo de las fuerzas productivas se les agrega, o están implícitos en ellas, las condiciones de su forma, las relaciones de producción y el tipo de propiedad, más las contradicciones de la época en que esta se realiza. Y es ahí, precisamente, donde se pone a prueba el arte del socialismo, la cautela de que hablara Lenin, para que no se engendre un «inmovilismo», sino un desarrollo sostenido y sustentable al eliminar, de forma revolucionaria plena, esas contradicciones.

13. Merecería un punto aparte los planteamientos de Lenin sobre la democracia de la Comuna sobre estos aspectos y cómo se conjugarían en el contexto de la NEP. Precisamente, en el proyecto socialista europeo, las diferencias patrimoniales incidieron en el resto de la diferenciación social (no solo en el aspecto inicial que mencionaba Lenin sobre el salario y las concesiones de los funcionarios públicos), bajo el manto de una supuesta lucha contra el igualitarismo. La condición básica para la existencia de esta diferencia patrimonial no radica solo en la distribución, sino en la separación productor/ propietario, en la separación del representante plenipotenciario de la sociedad, de la propia sociedad que representa, sin tener esta acceso para su dominio.

14. La parálisis del movimiento hacia una verdadera co-propiedad hizo que desapareciera el aspecto real positivo de la propiedad colectivo-social. De hecho, la sociedad civil se producía y reproducía solo en el trabajo vivo; aspecto importante para comprender el curso de la distribución, el consumo, la pérdida de organicidad en la reproducción, la creación de patrimonios enajenables, la falta de control y la planificación adoptada. El camino hacia la autoconstitución del sujeto quedó trunco, al convertirse en agente para la transformación en el sentido instrumentalista (por las razones esgrimidas en las distintas coyunturas). La reproducción y la producción sobre la base del trabajo pretérito no eran accesibles a la sociedad como productores libres asociados. De ahí la ineficiencia, el burocratismo, el inmovilismo, el voluntarismo y la enajenación.

15. Adolfo Sánchez Vázquez, «Izquierda y socialismo», *El futuro de la izquierda en México*, Fundación Friedrich Ebert, México, DF, 1992, p. 83.

16. La experiencia de la Comuna va a ser resaltada por Marx, Engels y Lenin no solo como primera experiencia de destrucción de la vieja maquinaria estatal, sino por la capacidad e iniciativa de su sustitución por lo que llamaron un nuevo tipo de Estado y de poder, ejercido directa y orgánicamente por el pueblo. Un Estado, en consecuencia, «que ya no es propiamente un Estado», un «no-Estado» en cuyas formas nuevas estaban latentes las bases del proceso

mismo de su extinción. En los materiales preparatorios de *El Estado y la revolución*, Lenin apunta: «La Comuna no era ya un Estado en el verdadero sentido de la palabra» (y ¿qué era, pues? por lo visto, una forma de transición del Estado al no-Estado!». (*Obras completas*, t. 33, Editorial Progreso, Moscú, 1986, p. 171).

17. Carlos Marx, «La guerra civil en Francia», *Obras completas*, t. 2, Editorial Progreso, Moscú, 1973, p. 237.

18. Octavio Rodríguez Araujo, «De Trotski a Gorbachov. Previsiones y perspectivas», *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, n. 142, México DF, octubre-diciembre de 1990, p. 62.

19. Carlos Marx, «Carta a P. V. Annenkov, 28 de diciembre de 1846», *Miseria de la filosofía*, Editorial Progreso, Moscú, 1979, p. 188.

20. Carlos Marx, *Fundamentos de la crítica de la economía política (Esbozo de 1857-1858)*, t. 1, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1970, p. 91.

21. *Ibidem*.

22. Georg Lukacs, *El hombre y la democracia*, Editorial Contrapunto, Buenos Aires, 1989, p. 201.

23. «Marx dedujo de toda la historia del socialismo —escribió Lenin— y de las luchas políticas que el Estado debería desaparecer y que la forma transitoria de su desaparición (la forma de transición del Estado al no Estado) sería «el proletariado organizado como clase dominante». Pero Marx no se propuso *descubrir las formas políticas de este futuro*». (Vladimir I. Lenin, «El Estado y la revolución», *Obras escogidas*, t. 2, ed. cit., pp. 705-6).

24. «El Estado liberal, que a mediados del siglo XIX estableció en Inglaterra las libertades políticas indispensables para el desarrollo del capitalismo, no era democrático: no hacía extensible la libertad política a la masa del pueblo. Cuando más adelante lo hizo, esto empezó a limitar la libertad de mercado. Mientras mayor se hacía la libertad política, se tornaba menor la libertad económica. Como quiera que sea, la correlación histórica no demuestra que el capitalismo constituya una condición indispensable para la libertad política». (C. B. Macpherson, «Elegant Tombstones: Note on Friedman's Freedom», *Democratic Theory. Essays in Retrieval*, Oxford, 1973, p.148.).

25. El curso seguido por el pensamiento teórico oficial fue, de manera pionera, denunciado por Antonio Gramsci a propósito de sus comentarios a un Manual de economía política del socialismo publicado en la URSS en 1928: «Lo que llama la atención es esto: que un punto de vista crítico, que requiere el máximo de inteligencia, de falta de prejuicios, de frescura mental y de inventiva científica, se ha convertido en un monopolio de cháchara de cerebros estrechos y mezquinos, que solo por su posición dogmática consiguen mantener un lugar no, ciertamente, en la ciencia, por sí en la bibliografía marginal de la ciencia. El peligro más grande en estas cuestiones es una forma de pensamiento osificado: hay que preferir hasta una cierta despreocupación desordenada, antes que la defensa filisteo de posiciones culturales constituidas» (Antonio Gramsci, «Acerca del método de la investigación económica», *Antología*, ob. cit., p. 454.)

26. Emir Sader, «¿Érase una vez el neoliberalismo?», www.rebelion.org, 30 de junio de 2003.

27. Esta última visión está representada por el megaspeculador George Soros, quien afirma que el mercado es bueno para producir cierto tipo de bienes, pero no los bienes que llama públicos o sociales, los cuales deberían ser responsabilidad de políticas estatales. Se trata de un reconocimiento de que el mercado induce a la acumulación privada y no a la atención de las necesidades de la gran mayoría de la población. O el gran capital puede, simplemente, por

vía de los hechos, violar sus propias afirmaciones y desarrollar políticas proteccionistas —como las del gobierno de Bush—, alegando necesidades de seguridad, de defensa de sectores de la economía, e incluso del nivel de empleo. Véase Emir Sader, ob. cit.

28. Existe otra ventana analítica —expresa el sociólogo colombiano-mexicano— sobre los riesgos del populismo radical, cuyo argumento lo han construido intelectuales especialistas en la economía, quienes argumentan que el neoliberalismo tiene dos manifestaciones, una radical de libre mercado ortodoxa, desprendida del Estado manejada por los organismos financieros y grupos de poder ligados al capital financiero, cuyo comportamiento es una apuesta a la especulación y un desinterés por el capitalismo productivo o de transformación, caso en América Latina de México y Chile; la otra cara del neoliberalismo es más estatista, le da un lugar preponderante al Estado para impulsar empresas, erogar subsidios, ligar los apoyos bajo una política de Estado de medio plazo que posibilite un incremento en el PIB, en las exportaciones y generación de empleo, restándole importancia vital al capital financiero. Lo anterior nos dice que hay dos versiones del neoliberalismo y las dos están en permanente tensión, la que apuesta al libre mercado bajo la batuta del capital financiero y la que se cobija en un capitalismo de Estado, con toque autoritario, para incrementar la producción. (Robinson Salazar, «Visibilizando al enemigo: EE.UU vs. América Latina», *Utopía y Praxis Latinoamericana*, n. 33, Maracaibo, junio de 2006, p. 9.)

29. Osvaldo Sunkel y Gustavo Zuleta, «Neoestructuralismo versus neoliberalismo en los 90», *Revista de la CEPAL*, n. 48, Santiago de Chile, diciembre de 1990, p. 35-53.

30. Agustín Maraver, «Las tensiones de la teoría en la transición del socialismo inexistente al capitalismo real», *Papeles de la FIM*, n. 2, Madrid, segundo semestre de 1994, p. 120.

31. Robinson Salazar, ob. cit., p. 9.

32. *Ibidem*, pp. 8-9.

33. *Ibidem*, p. 8.

34. La presentación dicotómica de las categorías «capitalismo» y «socialismo», «socialismo» y «mercado», «plan» y «mercado» empobrecería el espectro teórico y práctico de alternativas intermedias, formas transicionales ajustadas a una u otra época o coyuntura, cuya riqueza es del todo imposible de fijar de antemano. Poder político de las mayorías; ampliación, consolidación y autoafirmación de la sociedad civil popular; movimiento procesual hacia el no Estado; tránsito de la representación a la participación directa en todos los ámbitos políticos y sociales, expresado en una

democracia verdaderamente participativa y cooperativismo económico avanzado que legitime la propiedad sobre los medios de producción por parte del productor asociado: he ahí los puntos esenciales para una agenda histórica básica de progresiva autogestión transicional hacia el socialismo.

35. Emir Sader, ob. cit.

36. El término «revolución democrática completa» era empleado por Lenin para distinguir las transformaciones democráticas prosocialistas del contenido de la revolución democrática burguesa. En la literatura soviética oficial posterior, este concepto es preterido en aras de la apología de un socialismo que perdió su sentido, precisamente, como revolución democrática completa. Contenido democrático y revolución socialista no son dos continentes que requieran puentes comunicantes. Un socialismo sin ese contenido, no podrá calificar como tal. Ambos conceptos están integrados en una misma alternativa. Hallarle solución a las contradicciones que genera esta alternativa era, es y será por algún tiempo el contenido fundamental de esta fase interformacional, a pesar de los cambios de épocas y marcos históricos que harán variar las singularidades, pero no su contenido esencial.

37. Desde el actual escenario mexicano, Enrique Dussel (*¿Qué hacer? Sobre los movimientos sociales y el partido político*, tomado de www.insumisos.com) escribe: «Coordinar todos los movimientos sociales puede transformarse en una tarea política de alcance estratégico. Para ello se necesita ir formulando un proyecto *hegemónico* que incluya las demandas de la *mayoría de la población*. Liderar esa unidad nacional de movimientos sociales desde un proyecto hegemónico puede ser una función histórica, y sin conflicto institucional, al menos a corto plazo. Ese frente o unidad de todos los movimiento sociales, feministas, ecologías, marginales, clase obrera, petroleros, electricistas, clase campesina, sindicatos democráticos (y democratizando a los *charros*), vendedores informales, niños de la calle, asociaciones de adultos mayores, el Barzón, maestros, estudiantes, profesores, amas de casa (con sus *cacerolazos*), los pueblos indígenas y muchas otros que nacen eventualmente, es el motor sociopolítico de los logros del futuro».

38. István Mészáros, «La teoría económica y la política: más allá del capital», www.rebelión.org, 26 de diciembre de 2002.

Democracia laboral y conciencia colectiva en Venezuela.

Un estudio de cooperativas

Camila Piñeiro Harnecker

Socióloga. Universidad de Berkeley, Estados Unidos.

La Revolución bolivariana, originada por el rechazo del pueblo venezolano a su experiencia con el neoliberalismo,¹ se ha trazado como objetivo principal la construcción de una sociedad más incluyente, humana y solidaria, que garantice el «desarrollo humano integral» de todos los venezolanos (Constitución Bolivariana, Artículo 299). Se reconoce la importancia de la democracia participativa no solo como una herramienta de inclusión, sino también como el medio o instrumento fundamental para ese desarrollo. El artículo 62 de la Constitución expresa que «la participación del pueblo en la formación, ejecución y control de la gestión pública es el medio necesario para lograr el protagonismo que garantice su completo desarrollo, tanto individual como colectivo».²

En la forma de cooperativas de producción y empresas cogestionadas entre los trabajadores y representantes del Estado y/o dueños privados, la democracia laboral —el modelo de control o administración democrática de las empresas por los propios trabajadores— se ha convertido en un elemento muy importante de este proceso. De hecho, en Venezuela, el número de cooperativas (la forma más

común de democracia laboral) ha aumentado de 877 en 1998 a más de 130 000 en la actualidad.³

A través de cursos de formación, incentivos (económicos y morales) y la definición de las «empresas de producción social» y la «propiedad social», el gobierno está promoviendo que las empresas controladas democráticamente por sus trabajadores sean vistas como herramientas de desarrollo comunitario, enfatizando la importancia de la solidaridad hacia las comunidades de su entorno. Este experimento en marcha proporciona numerosos casos de estudio para el tema central de esta investigación: la relación entre la democracia laboral y la conciencia social de los trabajadores. ¿Pueden estos extender sus intereses más allá de los individuales y colectivos, para incluir intereses sociales más amplios? ¿Cómo tiene lugar este desarrollo de la conciencia social?

Dentro de los límites de este artículo,⁴ discutiré el proceso mediante el cual los trabajadores expanden sus intereses individuales estrechos, para incluir otros más amplios compartidos por sus colectivos laborales; describo la organización interna de las cooperativas investigadas y analizo los factores más significativos que

limitan o facilitan el desarrollo de la relación entre la democracia laboral y la conciencia colectiva de los trabajadores.

Las cooperativas en Venezuela

Más que un proceso espontáneo desde abajo, el extraordinario crecimiento en el número de empresas democráticamente administradas por los trabajadores en Venezuela ha sido, en gran medida, el resultado de políticas públicas que las promueven. Por primera vez, la Constitución venezolana identifica «la autogestión, la co-gestión, las cooperativas en todas sus formas incluyendo las de carácter financiero, las cajas de ahorro, la empresa comunitaria y demás formas asociativas guiadas por los valores de la mutua cooperación y la solidaridad» como importantes actores en la economía venezolana (Constitución Bolivariana, Artículo 70). Más aún, el Estado tiene el mandato constitucional de «promover y proteger» estas formas de democracia en el lugar de trabajo (Constitución Bolivariana, Artículos 118 y 308).

Entre los diez objetivos estratégicos propuestos en noviembre de 2004 para la fase subsiguiente de la Revolución, estaba el de «acelerar la construcción del nuevo modelo productivo, rumbo a la creación del nuevo sistema económico». ⁵ Desde entonces, un gran número de gobiernos locales, instituciones y empresas estatales ha abierto espacios para las pequeñas empresas, sobre todo las cooperativas. ⁶ Aproximadamente veinte empresas privadas ociosas han sido expropiadas y entregadas a sus trabajadores para ser reabiertas bajo un modelo de co-gestión junto con representantes estatales. ⁷ En estos casos de co-gestión en empresas recuperadas, los trabajadores se organizan en una cooperativa que es propietaria de al menos 49% de las acciones de la empresa. ⁸ La idea es enlazar pequeñas empresas autogestionadas, como las cooperativas, con medianas empresas co-gestionadas entre los trabajadores y representantes estatales o dueños privados, y ambas con grandes empresas estatales a cargo de producción y servicios estratégicos, también administradas democráticamente. ⁹

En resumen, las cooperativas se han convertido en el modelo de organización del trabajo más importante de la Revolución bolivariana. Según los informes estadísticos de la SUNACOOOP, se había pasado de 877 cooperativas registradas en 1998, a la cifra de 158 917 en septiembre de 2006: un crecimiento que involucra a más de 1,5 millones de venezolanos, equivalente a más de 12% de la fuerza laboral. ¹⁰

Aunque la nueva Constitución de 1999 había reconocido esta importancia, no fue hasta que la Ley

Especial de Asociaciones Cooperativas (LEAC) se aprobara y promulgara en septiembre de 2001, que su número empezó a crecer. Esta ley facilita su creación, enfatiza la obligación del Estado de protegerlas, y extiende su condición de libre de impuestos. Pero más que a causa de la nueva ley, el número de cooperativas creció aceleradamente en 2004 y 2005 (cuando se crearon 36 765 y 41 485 cooperativas respectivamente), como resultado de la promoción directa por instituciones estatales, y la implementación de los programas de formación técnico-profesional denominados Vuelvan Caras. ¹¹ Un segundo ciclo de Vuelvan Caras empezó en marzo de 2006, en esta ocasión con mayor énfasis en la formación administrativa y sociopolítica de sus participantes, sobre todo promoviendo la visión de las cooperativas como herramientas para el desarrollo comunitario. Sumando el número de las formadas bajo ambos ciclos, Vuelvan Caras ha contribuido a más de 9% de todas las cooperativas registradas en Venezuela desde 1999.

Las cooperativas no son algo nuevo en el país. La década de los 70 fue un período importante del cooperativismo venezolano, después de que la ley de 1966 concretó el apoyo estatal a ellas en la forma de preferencias en los contratos estatales, y con la creación de SUNACOOOP. Esta etapa se caracterizó por la influencia de jóvenes católicos con experiencia en trabajo comunitario que «adoptaron el cooperativismo como una herramienta para la transformación social». ¹² Las cooperativas de este período sobresalen por su mayor articulación; formaron 18 Centrales Cooperativas Regionales, en 1967, y la Central de Cooperativas Nacional de Venezuela (CECONAVE), en 1976. ¹³ Sin embargo, este ímpetu anterior del cooperativismo en Venezuela había disminuido considerablemente a partir de los 80. ¹⁴

Democracia laboral en las cooperativas venezolanas

Mi concepto de democracia laboral considera como sus dimensiones las siguientes:

1. Extensión: la proporción de trabajadores que participa en la toma de decisiones.
2. Modo: el grado de participación directa o indirecta de los trabajadores.
3. Alcance: el tipo de problemas que pueden ser discutidos por los trabajadores.
4. Igualdad de información: la igualdad en el acceso a la información sobre la empresa.
5. Eliminación de la división del trabajo: hasta qué punto las tareas intelectuales y manuales son compartidas o rotadas entre los trabajadores.

6. Supervisión colectiva: el grado en que los trabajadores se supervisan colectivamente.
7. Poder de influencia: la magnitud en que los trabajadores sienten que pueden influir en las decisiones.
8. Motivación: la medida en que los trabajadores realmente participan.
9. Capacidad de comprensión: el nivel de habilidades analíticas de los trabajadores.
10. Capacidad de comunicación: facilidades para la comunicación de los trabajadores.

A partir de estas variables, llamo *componente formal de la democracia laboral* al promedio de las primeras cuatro dimensiones, y *componente sustantivo* al de las últimas seis.

Según la ley, la *extensión* de la democracia laboral en las cooperativas venezolanas incluye a todos los miembros (LEAC, Artículos 21 y 26). Para asegurar que la mayoría de ellos participe en la toma de decisiones, las cooperativas han establecido en sus reglas que el quórum mínimo para una asamblea es de por lo menos 50%, y 75% para elecciones y análisis de reglamentos. Pueden contratar trabajadores temporales (los que, aunque amparados por la Ley del Trabajo, no cuentan con los derechos de los miembros) por un máximo de seis meses, después de cuyo término deben ser aceptados como miembros (LEAC, Artículo 36).

Respecto al *modo* de la democracia laboral, la participación de los trabajadores en la toma de decisiones en las cooperativas es generalmente directa. En la mayoría, no se permite representación: es «una persona, un voto». Las decisiones se alcanzan, casi siempre, cuando se logra una mayoría simple. Pero para los cambios de reglamentos, disolución o fusión, la ley requiere una mayoría de al menos tres cuartos (LEAC, Artículos 17, 70, 71). La votaciones se hacen levantando las manos, salvo para la elección de directivos (o «coordinadores»), en cuyo caso se realizan mediante voto secreto. Pero el mecanismo de votación puede ser propuesto y decidido por los participantes en asamblea. Por otro lado, las cooperativas pequeñas, sobre todo las tradicionales, usan modos de votación más informales. Aunque estos pueden facilitar la construcción de consenso, también inhiben la participación de aquellos menos extrovertidos.

Siguiendo el principio cooperativo universal de administración democrática, la ley establece que la asamblea tiene el poder de decisión sobre todos los temas, aunque este pueda ser delegado (LEAC, Artículos 21, 26). Por tanto, el *alcance* de la democracia laboral debe incluir todos los asuntos. Algunos son discutidos directamente en plenario, mientras que otros lo son por los directivos, aunque sus propuestas deben ser aprobadas por la asamblea. Sin embargo, en algunas cooperativas las decisiones más importantes —por

ejemplo, la distribución de excedentes, la compensación mensual y las metas de producción— son tomadas por los directivos o incluso únicamente por el presidente, sin consultar a la asamblea. Esta práctica es más común en las nuevas cooperativas donde, como expresó un consultor para cooperativas Vuelvan Caras del MINEP, los primeros directivos se habían sentido como dueños.

El componente formal más débil de la democracia laboral es el de *igualdad de información*. Pocas cooperativas llevan la contabilidad de manera regular y aún menos han establecido mecanismos para presentar la información eficazmente a todos los miembros. Esto ocurre pesar de que SUNACOOOP les exige que realicen asambleas para discutir su situación financiera y la distribución de excedentes por lo menos una vez al año. Esta institución supervisora de las cooperativas venezolanas también les exige llevar registro de todas las reuniones en que se tomen decisiones importantes, como inclusión o exclusión de miembros, elección de directivos, aplicación de sanciones y solicitud de préstamos. Además, deben entregar a SUNACOOOP informes trimestrales sobre su situación financiera, el número de miembros y trabajadores asalariados contratados. Pero según Carlos Molina, superintendente de SUNACOOOP, de más de 15 000 cooperativas que habían pedido el «certificado de cumplimiento» (necesario para establecer contratos con empresas estatales), menos de 10% lo había recibido porque el resto no había entregado la información requerida. Para Molina, esto mostraba que muchas no manejan la información de manera transparente.¹⁵

Aunque las cooperativas tradicionales han tenido bastante tiempo para perfeccionar su organización interna, solo una de las que estudié alcanza los niveles más altos de democracia laboral formal. Esto ocurre porque casi todas son, fundamentalmente, negocios familiares, donde la toma de decisiones es, por lo general, demasiado informal e irregular. Por ejemplo, en una de ellas, las decisiones son tomadas muy a la ligera, por solo la mitad de los miembros realmente involucrados en la producción. Por el contrario, los miembros de la que tiene los mecanismos de participación formal más avanzados entienden la importancia del debate. «Nosotros nos reunimos todas las semanas, aun cuando parece que no hay nada de qué hablar, porque es importante que nos comuniquemos», dijo uno de sus miembros.¹⁶

Siete de las quince cooperativas que investigué presentan significativos avances en los componentes formales de democracia laboral, pero ninguna alcanza niveles similares de *democracia laboral sustantiva*. Aunque la existencia de mecanismos formales para la toma democrática de decisiones es un prerrequisito para alcanzar esa sustantividad —sugerida en mi estudio por

la fuerte relación entre los componentes formales y sustantivos de la democracia laboral— en muchas, su nivel es bajo.

Esto puede explicarse principalmente por las bajas *capacidades de comprensión y comunicación* de los trabajadores de las cooperativas que estudié. Más de 85% de todos sus miembros son mujeres, y esto coincide con el hecho de que más de 72% no había tenido ninguna experiencia profesional anterior, ni siquiera en el sector informal; eran, por lo general, amas de casa con escasa interacción social extrafamiliar. Otro factor significativamente relacionado con el grado de democracia laboral sustantiva de las cooperativas es el nivel escolar, pues aunque más de 62% de todos los individuos estaba participando por lo menos en una misión educativa, casi la mitad no rebasaba la primaria.¹⁷

La dificultad de estas cooperativas para lograr una democracia laboral sustantiva se deriva también de que, a pesar de su organización horizontal, no han avanzado lo suficiente en la erradicación de jerarquías —o sea, en la eliminación de la *división social del trabajo*. En las más pequeñas, la mayoría de los miembros tiene algún cargo o responsabilidad; mientras que en las mayores el número de posiciones para cada cargo aumenta, de manera que las responsabilidades son compartidas entre varios individuos, aumentando así el porcentaje de miembros que las desempeñan. La duración de los cargos es de uno a tres años; aunque se permite la reelección una vez (LEAC), son generalmente rotados entre aquellos miembros dispuestos a asumirlos.

Guiados por ideales de igualdad, tanto en las cooperativas tradicionales como en las nuevas, las tareas menos deseables, como las de limpieza y vigilancia, por lo general son rotadas entre los miembros. La rotación periódica de las tareas productivas es más común en las nuevas, donde hay un mayor énfasis en la importancia de la igualdad y la idea que «todos debemos tener la oportunidad de aprender todo». Por ejemplo, en una de las cooperativas Vuelvan Caras que estudié, los miembros han votado insistentemente que los directivos dediquen ciertas horas, todos los días, a la producción directa. Argumentan su deseo de sentirse iguales a aquellos, y expresan el temor de que estos se distancien de ellos al no experimentar su realidad. Este énfasis en la necesidad de transformar las relaciones de producción de manera que se elimine la división social (no necesariamente la técnica) del trabajo, puede deberse a la influencia de los materiales de formación usados por ese programa. En ellos se explica que la separación entre las tareas intelectuales (administrativas o gerenciales) y las manuales (productivas) es una de las contradicciones del capitalismo que no fue resuelta por las experiencias históricas del socialismo, y debe ser eliminada en el del siglo XXI. Se propone que las

jerarquías sociales sean suprimidas, para establecer mecanismos de toma de decisión colectiva en igualdad de condiciones.¹⁸

Pero ese ambiente igualitario ha demostrado ser muy difícil de lograr. La persistente división social del trabajo en las cooperativas que estudié se debe, principalmente, a que la mayoría de los miembros tiene muy escasos conocimientos administrativos, por lo que las tareas de contabilidad y gerencia permanecen entre esos pocos miembros con un poco de experiencia o niveles educativos más altos. El éxito en la supresión de estas desigualdades dentro de las cooperativas depende también, de forma significativa, de la disposición y eficacia con que los miembros con esos conocimientos los compartan con el resto. Por ejemplo, en una de las cooperativas, la persona a cargo de la contabilidad en los inicios, enseñó pacientemente a todos cómo hacerlo, y ahora esta tarea se rota cada mes, bajo su supervisión. Mientras, en otra cooperativa, la única persona con conocimientos contables ha sido una profesora inefectiva, que se mantiene a cargo de esa tarea.

Estos y otros problemas de liderazgo afectan también la percepción de los trabajadores en cuanto a su *poder de influencia* en la toma de decisiones. Algunas cooperativas tienen menos concentración de liderazgo, lo que contribuye al ambiente de igualdad necesario para una genuina democracia. Pero muchas cuentan con miembros que son líderes excepcionales en sus comunidades, lo que hace a otros miembros sentirse menos capaces o preparados para participar. Algunos líderes son efectivos promoviendo la participación de los demás, pero acaso su grado de efectividad depende de sus personalidades. Aquellas personas más dominantes tienden a ser menos pacientes, lo cual resulta en menos oportunidades para que otros asuman el liderazgo colectivo.

La dificultad en la eliminación de la división social del trabajo también podría estar relacionada con la mayor o menor disposición de los trabajadores a ejercer sus derechos y obligaciones. Una socia de una nueva cooperativa se quejó de que «algunos socios no asumen las responsabilidades y se recuestan a otros». Pero como la mayoría de los miembros pasivos e introvertidos de las nuevas cooperativas, una explicó que ella requiere más tiempo para pensar antes de tomar las decisiones, pues teme «cometer errores». Otra socia de una cooperativa tradicional contó que le tomó alrededor de tres años dejar de sentirse «muy insegura a la hora de hablar o representar a la cooperativa». En aquellas con conflicto interno, muchos miembros dijeron que se abstienen de expresar sus opiniones porque no quieren producir más problemas, tienen miedo de crearse enemigos, o las asambleas son demasiado caóticas. Por tanto, su

pasividad puede ser resultado más de su temor por las consecuencias de asumir liderazgo que de su intención de diferírselo a otros.

En cualquier caso, el establecimiento de mecanismos donde los trabajadores puedan evaluar colectivamente el comportamiento de cada uno, o la *supervisión colectiva*, es crucial para impedir que algunos miembros evadan su deber de participar activamente, tanto en la toma de decisiones como en las actividades productivas. De hecho, Elinor Ostrom plantea que la supervisión colectiva, junto con la imposición de sanciones graduales y adecuadas, son fundamentales para resolver estos problemas de acción colectiva.¹⁹

Sin embargo, la mayoría de las nuevas cooperativas tiene espacios muy informales e irregulares, donde los miembros pueden evaluar su rendimiento y establecer los correctivos necesarios para impedir indisciplinas. Solo una de las nuevas cooperativas recién había formalizado mecanismos de supervisión colectiva. Estos son mucho más comunes en las tradicionales, donde los socios explican, en asambleas semanales, cuánto han avanzado en el cumplimiento de las tareas que se les habían delegado en reuniones anteriores.

No debe sorprender, por tanto, que sea precisamente en aquellas cooperativas con menos supervisión colectiva donde el debate sobre cómo disciplinar y disminuir comportamientos parasitarios está resultando en el establecimiento de la distribución o compensación de acuerdo con la productividad, como fue admitido por la presidente de una cooperativa Vuelvan Caras. El principio cooperativo de compensación equitativa había sido interpretado e implementado por las cooperativas creadas por este programa en la forma de pagos mensuales (o anticipos societarios) y distribución de los excedentes anuales en partes iguales para todos los miembros, solo descontando ausencias injustificadas. Pero de todos los cooperativistas encuestados, solo 27,8% expresó que el principio de distribución más acertado es el igualitario.

Por otro lado, a pesar de estos problemas, la *motivación* de los miembros de las cooperativas que estudié para participar en la toma de decisiones es relativamente alta. Aun en aquellas cooperativas donde falta mucho para lograr una genuina democracia laboral, los trabajadores reconocen las ventajas y oportunidades, tanto materiales como espirituales, que les brinda la participación en la toma de decisiones. Hay una alta asistencia a las asambleas, no solo porque en ellas se deciden cuestiones que afectan sus ingresos, sino también porque saberse dueños y responsables de sus cooperativas constituye una fuente de satisfacción. «Aunque no me gusta cuando mis compañeros no están de acuerdo conmigo, dar mi opinión me hace sentir bien, útil», dijo una cooperativista.

Factores que influyen en la democracia laboral

Podría decirse que la motivación de los trabajadores es alta solo por el poco tiempo que la democracia laboral ha sido ejercida en estas cooperativas. Pero este estudio muestra que el interés de los miembros en la participación está fuertemente vinculado a la magnitud en que la democracia laboral formal ha sido establecida en sus cooperativas. Las dos más antiguas tienen los más altos niveles de motivación, porque han logrado consolidar estos mecanismos.

Por otro lado, aunque tiene un impacto relativamente menor, el *ingreso de los trabajadores* resulta considerable en su motivación. De hecho, 27,8% de todos los miembros encuestados dijo que segura o muy probablemente dejarían la cooperativa si se les presentara una oportunidad de trabajar para una empresa privada que les ofreciera mayores ingresos; 24,3% no sabía qué hacer; y 47,3% afirmó que no, o que es muy improbable que lo hiciera. En la mayoría de los casos, después de reconocer las ventajas de no tener jefes, los entrevistados explicaron que están dispuestos a dejar la cooperativa solo porque necesitan mayores ingresos para poder satisfacer sus necesidades básicas. La mayoría de las mujeres que se habían retirado de una cooperativa Vuelvan Caras pequeña y rural, lo habían hecho porque sus ingresos eran menores que sus gastos de transporte.

En cualquier caso, este estudio no confirma la idea de que la calidad de la democracia laboral de una empresa está ligada de forma consistente a su *situación económica*. En la muestra, la mitad de las cooperativas más democráticas tiene las situaciones económicas más favorables, mientras que la otra mitad tiene las peores. Aquellas donde la democracia laboral está más consolidada, y presenta situaciones económicas difíciles, no padecen de niveles bajos de productividad, sino de demanda y de maquinaria deficiente.²⁰ En todo caso, una situación económica menos difícil ciertamente permite a las cooperativas extender y perfeccionar sus prácticas democráticas. Así es en las dos con las situaciones económicas más favorables, las cuales han establecido autoevaluaciones semanales, y han promovido que los miembros menos experimentados dediquen más tiempo a estudiar.

Coincidiendo con la idea de que las habilidades y actitudes participativas pueden transmitirse de un espacio a otro, la investigación encuentra una fuerte coincidencia entre los niveles de democracia laboral en las cooperativas y los de *participación de sus miembros en organizaciones políticas y sociales* de sus comunidades. Estos trabajadores se sienten más preparados para participar y es común que asuman roles protagónicos.

¿Implica esto que ciertas características o experiencias anteriores de los individuos sean condiciones para lograr una genuina democracia laboral? Mi observación sugiere que no. Es cierto que muchos miembros, sobre todo en las cooperativas tradicionales, estaban activamente involucrados en organizaciones políticas o comunitarias antes de su incorporación. Pero tanto en ellas como en las nuevas, es usual encontrar miembros que se han convertido en militantes activos en sus comunidades solo después de su incorporación.

Debido a que el objetivo del programa Vuelvan Caras no se declaró diáfano en sus comienzos, y que más de 93% de los miembros de las cooperativas que estudié son mujeres —casi todas desempleadas con anterioridad—, es razonable suponer que la mayoría de los participantes del programa estaba interesada en obtener beneficios materiales (como un trabajo, una beca mensual de 75 dólares aproximadamente, o la reparación de sus viviendas) más que en sus aspectos ideológicos.

Con independencia de las motivaciones originales para incorporarse a las cooperativas, este estudio confirmó la idea de que el ejercicio de la democracia directa, en distintos espacios, multiplica sus efectos transformadores. Al mismo tiempo, no prueba que una predisposición o una experiencia participativa anterior sea necesaria para que los individuos logren consolidar la democracia en sus lugares de trabajo; aunque tampoco niega que con prácticas participativas anteriores tiendan a hacerlo más activa y eficazmente.

Por otro lado, la democracia laboral en las cooperativas que estudié es inversamente proporcional al *tamaño de su membresía*. Aquellas con mayor número de socios han sido las menos exitosas en la consolidación de su democracia laboral. Esto es consistente con la idea de que la participación es más fácil en grupos pequeños. Como Eduardo Acuña y otros explican, cuando el grupo de participantes es reducido, es posible tener interacciones más espontáneas que permitan a cada individuo desempeñar un papel protagónico e impida «sentirse parte de una masa humana que oculta la individualidad y que les incita a recluirse en el anonimato».²¹ Componentes de la democracia laboral como la igualdad en el acceso a la información, la eliminación de la división social del trabajo, el sentido de control del proceso de toma de decisiones, y la supervisión colectiva, son más difíciles de implementar a medida que el tamaño de las cooperativas aumenta.

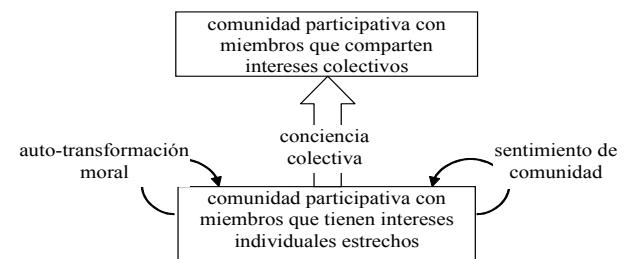
De hecho, esta investigación sugiere que la experiencia de los trabajadores en cuanto a la democracia laboral es principalmente afectada por los *conflictos internos* de las cooperativas; así como que la intensidad de los enfrentamientos está estrechamente vinculada al tamaño

de sus membresías, junto a otros factores que serán analizados más adelante.

Conciencia colectiva en las cooperativas venezolanas

Como he simbolizado en el siguiente esquema, el ejercicio de la democracia directa por una comunidad (es decir, un grupo de personas unidas por preocupaciones y problemas comunes) produce en los individuos una conciencia colectiva. Estudiosos de la democracia participativa han considerado que la participación de los individuos en la toma de decisiones produce en ellos efectos psicológicos que resultan en la ampliación de sus intereses individuales, al incluir otros menos estrechos, más solidarios. Esta adopción de los intereses de otros en la comunidad participativa es consecuencia de dos procesos que se refuerzan mutuamente: la *autotransformación moral* de los individuos y la emergencia de un *sentimiento de comunidad* entre ellos. La autotransformación moral —expresada en su autopercepción— es resultado del efecto educativo de la participación, que se manifiesta en sentimientos de confianza en sí mismo, seguridad en las capacidades propias, mayor control de sus vidas. El empoderamiento producido por la dinámica transformadora de la participación facilita que los individuos rompan con su individualismo estrecho y acepten la interdependencia con otros miembros de la comunidad, generando así un sentimiento comunitario. Este efecto integrador de la práctica democrática hace que los participantes sientan que pertenecen, como iguales, a la comunidad. Esta pertenencia se experimenta en igualdad de derechos y obligaciones, no solo en términos formales, sino sustantivos, en la medida en que las decisiones tomadas a través de un proceso genuinamente democrático son vistas como medidas colectivas e impersonales, que no limitan libertades individuales.

Proceso de expansión de los intereses de individuos en el ejercicio de la democracia participativa en una comunidad



Coincidiendo con la idea de que la participación genuinamente democrática anima a los individuos de una comunidad a ver los intereses de otros como

propios, este estudio encuentra una relación muy fuerte entre los niveles de *democracia laboral* en las cooperativas y los de *conciencia colectiva* de sus miembros. Defino *conciencia colectiva* a partir de tres variables: comprensión de los intereses y problemas de otros miembros; disposición a contribuir a las soluciones, y materialización de esa disposición en declaraciones y/o acciones.

En aquellas cooperativas donde la democracia laboral está más consolidada, los trabajadores parecen estar más atentos y sensibles a los intereses de los demás miembros. Esto se evidencia en reuniones donde se discuten los casos de ausencias, problemas de salud o personales. Por lo general, el foco de estos análisis se centra en cómo estos problemas afectan el bienestar de esos miembros y disminuyen su productividad.

Esta conciencia colectiva es aún incipiente, sobre todo en las cooperativas menos democráticas y en particular en aquellas sin mecanismos eficaces de supervisión colectiva. Por ejemplo, en estos casos no hay un reconocimiento generalizado de que algunos miembros tienen necesidades especiales, ni de la diferencia entre el esfuerzo que cada individuo hace durante la producción y su productividad. De hecho, de todos los cooperativistas encuestados, el 24,3% declaró que la distribución del ingreso debe ser según la productividad de cada miembro, 26% según el esfuerzo que estos hagan, 27,8% igual para todos, mientras que solo 5,7% según las necesidades y 15,7% de forma igualitaria, pero teniendo en la cuenta las necesidades especiales de algunos miembros. Al ser interrogados sobre por qué no otorgar ingresos más altos a aquéllos con necesidades mayores, algunos explicaron: «todos tenemos muchas necesidades»; y sugirieron que no estarían dispuestos a hacerlo si ello disminuyera sus ingresos: «únicamente los fondos sociales de la cooperativa deben ser usados para aquellos casos extraordinarios». Aun en una de las cooperativas más democráticas un socio expresó: «La idea es que todos produzcamos igual para que todos cobremos lo mismo». Por el contrario, un miembro de otra cooperativa, entre las más democráticas, explicó: «No me pasa a mí, pero hay otras personas aquí con más necesidades y con diferentes capacidades. Yo no pienso que el pago deba ser de acuerdo al trabajo, sino a la productividad».

No obstante, los trabajadores de las cooperativas más democráticas están relativamente más inclinados a destinar recursos propios y colectivos para la solución de los problemas de otros miembros. Una cooperativista dijo: «Si hay un miembro con una necesidad, la cooperativa debe ayudar». Estas buenas intenciones generalmente son materializadas en la forma de asignaciones de licencias pagadas y préstamos sin

intereses y períodos de amortización flexibles. En algunos casos, varios trabajadores de las cooperativas habían visitado las residencias de miembros con problemas, conversado con familiares y —sobre todo en aquellas cooperativas con situaciones económicas más holgadas— entregado donaciones.

La dinámica transformadora de la participación democrática se evidencia en que hay una sólida coincidencia entre el nivel de democracia laboral de las cooperativas y su efecto más inmediato: la percepción de autotransformación moral de sus miembros. «Desde que estoy en la cooperativa me siento útil y feliz, y mi comprensión de muchas cosas ha aumentado», dijo una cooperativista. «Yo me siento un mejor ser humano. La cooperativa ha cambiado mi vida. Antes yo tenía miedo de hablar con otras personas, ahora me siento más segura cuando hago diligencias y hasta le opino a mi marido». Más de 86% de todos los miembros encuestados expresaron sentirse más preparados; más de 82% valoraba las labores manuales como tan o casi tan importantes que las intelectuales; y más de 56% afirmó que sus relaciones con vecinos habían mejorado desde que se incorporaron a las cooperativas.

El sentimiento de comunidad entre los trabajadores de las cooperativas, el otro efecto más importante de la práctica democrática,²² es notable en sus referencias a los problemas y preocupaciones que comparten: «Todos tenemos los mismos problemas». «Todos estamos logrando algo juntos, sin jefes». También se manifiesta en la sensación de igualdad de derechos y obligaciones que experimentan los miembros: «Esta cooperativa es mía, aquí todos somos dueños, todos somos iguales». «La cooperativa es como una familia: uno se esfuerza todo lo que uno puede, y los problemas de uno los entienden mejor».

Factores que influyen sobre la conciencia colectiva

Aunque tanto la autopercepción de los trabajadores sobre su transformación moral, como sus niveles de conciencia colectiva están fuertemente relacionados con sus experiencias de participación democrática en las cooperativas, la conexión entre ambas no resultó tan clara en mi estudio. Esto se debe a la existencia de otros factores que disminuyen o promueven el efecto menos inmediato de la participación: el sentimiento de comunidad entre los miembros.

El factor que más limita el desarrollo de la conciencia colectiva, entre los trabajadores de las cooperativas que estudié, es el grado de *conflicto interno*, que también coincide con el *tamaño de sus membresías*, según se apuntó anteriormente. Con la excepción de una cooperativa

pequeña donde el conflicto emana de animosidades entre dos familias, aquellas con mayor intensidad de conflictos internos son, de hecho, las que más asociados tienen, surgidas bajo la misión Vuelvan Caras. Estas cooperativas se suponen formadas por personas que han compartido por lo menos seis meses en un aula, con un ambiente igualitario y solidario. En realidad, dado que un número significativo de participantes del programa se retiraron antes de que terminara, todas las cooperativas Vuelvan Caras que estudié habían sido creadas uniendo dos o más aulas con personas que nunca habían pasado tiempo juntas. Las discrepancias emergen entre grupos con diferentes posiciones en cuanto a la actuación de los directivos y, en las cooperativas sin supervisión colectiva, sobre qué tipo de sanciones imponer. Estas facciones generalmente coinciden con grupos que habían estado en aulas diferentes.

Otra fuente de conflicto en las cooperativas Vuelvan Caras es que algunos instructores o «acompañadores» del programa habían cruzado la fina línea entre proporcionar apoyo e imponer sus criterios, limitando así la autonomía de estas. En un caso, fueron los instructores los que habían nombrado el primer grupo de directivos, dejándole a la asamblea solo el poder para aprobarlo. La cooperativa había sido prácticamente administrada y dirigida por los instructores durante los primeros dos meses. Esta intervención, realizada de manera no pedagógica ni transparente, ha tenido serias consecuencias negativas para la cohesión y confianza entre los miembros.

Algunas discrepancias internas provienen de que los más esforzados se sienten utilizados o «explotados» por los que trabajan por debajo de sus capacidades. Como expliqué antes, esto ocurre solo en cooperativas donde la distribución es igualitaria y no hay una eficaz supervisión colectiva. Es importante destacar que en aquellas con mecanismos de supervisión colectiva, la distribución igualitaria no ha resultado en baja productividad ni comportamientos parasitarios.

A diferencia de las tradicionales, la mayoría de las nuevas cooperativas no organizan actividades para promover la cohesión y confianza entre sus miembros, lo que podría contribuir a la solución de conflictos. Solo una de las nuevas había tenido reuniones similares con cierta regularidad, quizás porque los miembros provienen de un área con un sentido relativamente alto de comunidad. Como Mario Grippo, fundador de la cooperativa La Alianza, dijo, «estas convivencias donde nosotros podemos decirnos lo que sentimos sirven para crear un sentido de comunidad y apoyo mutuo». Estas actividades, junto con «la formación constante en lo humano, lo colectivo, lo social» y la rotación de

responsabilidades, ha sido crucial para la consolidación de esta legendaria cooperativa venezolana.²³

De hecho, la cantidad de *formación sociopolítica* sobre cooperativismo y ciudadanía (con un promedio de 36 días de educación entre los miembros de las cooperativas en mi estudio) es un factor importante que promueve la expansión de la solidaridad de estos trabajadores. El énfasis en la formación sociopolítica de las cooperativas tradicionales se origina en la influencia del movimiento canadiense Antigonish, que por primera vez combinó el cooperativismo con la educación para adultos. El objetivo principal de este movimiento era que los miembros de las cooperativas experimentaran una «educación liberadora». Estas organizaciones eran vistas como modelos para la educación de adultos a través de la cooperación económica, en las que «el quehacer económico de cada día se convierte en una continua escuela donde el pueblo va asimilando procedimientos, técnicas y actitudes sociales nuevas».²⁴

Según los resultados de mi investigación, además de los miembros de las cooperativas tradicionales y algunos con un interés particular en estos temas, los individuos que habían recibido la mayor cantidad de horas de instrucción sociopolítica eran los participantes de la misión Vuelvan Caras. Pero esta ventaja ha tenido una influencia limitada, debido en gran medida a la baja calidad de la formación impartida. De hecho, funcionarios del MINEP reconocen que hubo mucha improvisación en el primer ciclo de este programa. Los instructores fueron contratados sin un proceso selectivo que asegurara su preparación técnica e ideológica para enseñar a personas de sectores marginales de la sociedad venezolana. Hubo muchos retrasos en la entrega de los materiales de lectura requeridos, e incluso muchos participantes no recibieron ninguna instrucción sociopolítica.²⁵

De manera similar a la formación sociopolítica, otro factor que promueve la expansión de la solidaridad de los trabajadores que investigué es el tipo de paradigma de democracia laboral que es promovido por las principales instituciones con que ellos interactúan. Las ideas de estas instituciones sobre cómo debe organizarse la participación y los principios que deben guiarla influyen tanto en la organización de las cooperativas como en la interacción de sus miembros.

Finalmente, el factor más importante que facilita el desarrollo de la conciencia colectiva de los trabajadores, además de su propia experiencia con la democracia laboral, es la magnitud de su participación en organizaciones sociopolíticas o comunitarias. Como expliqué antes, todas las prácticas genuinamente democráticas de un individuo, no solo en su centro de trabajo o comunidad, refuerzan sus habilidades y

actitudes democráticas y facilitan, por tanto, el desarrollo de su conciencia colectiva.

Conclusiones

Este estudio empírico de quince cooperativas venezolanas confirma que hay una fuerte relación entre los niveles de democracia laboral de un centro de trabajo y los de conciencia colectiva de sus trabajadores. Aunque hay otros factores que también influyen negativa o positivamente, el desarrollo de esa conciencia es resultado, en gran medida, de sus experiencias con el ejercicio de la democracia participativa en el lugar del trabajo. Es decir, la variable dependiente es la conciencia colectiva y la independiente es la democracia laboral. La práctica de la participación en otros espacios es el más importante entre todos los factores que intervienen en esta relación. Esta promueve tanto la consolidación de la democracia laboral como el desarrollo de la conciencia colectiva de los trabajadores.

También queda evidenciado que, aunque la participación tiene un sólido efecto educativo y autotransformador en los miembros de las cooperativas, otros factores impiden la total realización de su efecto integrador. El surgimiento de un sentimiento de comunidad entre ellos es socavado por conflictos internos, provocados en gran medida por inexperiencia en cuanto a relaciones sociales y tareas administrativas, y agudizados por la ausencia de mecanismos eficaces de supervisión colectiva. Estos desacuerdos parecen afectar significativamente sobre todo a las cooperativas con grandes membresías, donde la práctica participativa se limita mucho.

El proceso de desarrollo de habilidades y actitudes democráticas, así como de la conciencia colectiva, implica cambios psicológicos e ideológicos que requieren tiempo y regularidad. La mayoría de las nuevas cooperativas no han logrado consolidar su democracia laboral porque necesitan más tiempo para aprender de sus propios errores, como se evidencia en la inexistencia de mecanismos de supervisión colectiva. La eliminación de la división social del trabajo, necesaria para crear un clima de genuina igualdad, también ha demostrado ser difícil de lograr. La escasa experiencia profesional y administrativa de los trabajadores, así como sus bajos niveles educativos, a veces combinados con un liderazgo inadecuado y contraproducente de algunos miembros, dificulta la desconcentración de tareas intelectuales en las cooperativas.

Por otro lado, aunque no se ha analizado en este artículo, el intercambio económico de las cooperativas venezolanas tiene lugar fundamentalmente a través de un mercado capitalista, lo que socava tanto el desarrollo

de la democracia laboral en ellas como el de la conciencia colectiva de sus miembros. De hecho, las cooperativas tradicionales en este estudio son prácticas incompletas o corrompidas, que operan solo unos pocos días por semana o contratan trabajadores asalariados permanentemente. Para evitar estos efectos del mercado y consolidar las prácticas democráticas en ellas, es necesario establecer mecanismos de coordinación con las comunidades que las rodean, bajo los principios de la planificación democrática. Esto permitiría, de manera simultánea, extender la práctica participativa de los trabajadores y crear un ambiente más consistente para ella. Más aún, puesto que la expansión de la solidaridad de los individuos resulta fundamentalmente del ejercicio de la democracia participativa, el establecimiento de mecanismos de planificación democrática los acercaría a la meta de crear una sociedad más solidaria.

Los resultados de esta investigación sugieren que esta meta no es inalcanzable, pues las personas se muestran capaces de adoptar los intereses de otros con los que interactúan mediante la práctica democrática.

Notas

1. Según el Instituto Nacional de Estadísticas de Venezuela (INE), en 1999 60% de la población vivía en la pobreza y 50% de los empleos eran del sector informal.

2. La necesidad de «empoderar a la gente» (es decir, permitir a los ciudadanos convertirse en protagonistas del proceso de transformación social, en lugar de beneficiarios pasivos de programas sociales) fue identificada inicialmente por Chávez en 1995, en su *Agenda Alternativa Bolivariana*. Con la aprobación de una nueva Constitución por un referéndum en 1999 y el establecimiento de un paquete de 49 leyes en diciembre de 2001, la administración pública se ha descentralizado y se han abierto espacios para la participación directa de todos los ciudadanos en la toma de decisiones. La Ley de Consejos Locales de Planificación Pública, de junio de 2002, fue un intento de democratizar el presupuesto de los gobiernos municipales. Más recientemente, con la Ley de Consejos Comunales, de abril de 2006, se ha promovido una forma mucho más completa y autónoma de autogobierno comunitario. La participación directa también se garantiza en la Constitución Bolivariana a través de cuatro tipos de referendos que pueden ser solicitados por los ciudadanos, el derecho de demandar la auditoría de instituciones estatales, y el de co-nominar candidatos para la Corte Suprema, el Consejo Electoral Nacional, y el Consejo Republicano Moral.

3. Según la Superintendencia Nacional de Cooperativas (SUNACOO), este era el número de cooperativas registradas en Venezuela en septiembre de 2006. Ciertamente, puede ser mucho mayor que el de cooperativas realmente funcionando. Varios críticos plantean que 75% de las nuevas cooperativas ha desaparecido (Véase Oscar Bastidas Delgado, «Afirman que boom cooperativo es improvisado», *El Universal*, Caracas, 13 de noviembre de 2006). SUNACOO realizó un censo de cooperativas activas entre agosto y septiembre de 2006 y solo 48 073 se presentaron, lo que podría indicar que aproximadamente 86 000 de las registradas, que no

participaron en el censo, no están o nunca estuvieron en operación (www.sunacoop.gov.ve/cierre_balance_positivo.html).

4. Este texto es parte de una investigación mayor, consistente en un estudio de doce cooperativas de producción y tres asociaciones civiles ubicadas en tres regiones venezolanas (Caracas, y los estados de Lara y Mérida) que conduje entre junio y agosto del 2006. Empleé métodos de investigación cualitativos y cuantitativos, como observación participativa, notas etnográficas, una encuesta estandarizada a 229 miembros de cooperativas, 176 entrevistas semi-estructuradas a algunos de los encuestados, varias entrevistas a miembros de cooperativas (33), residentes de comunidades aledañas (18), funcionarios de la administración pública (21), así como académicos y otros conocedores del cooperativismo en Venezuela (11), además de análisis en archivos y publicaciones. Debido al poco tiempo que dispuse para realizar la investigación, y para hacer mi muestra más fácilmente comparable, me enfoqué intencionalmente en cooperativas de producción no agrícolas con, al menos, un año de funcionamiento. Las cooperativas que estudié son de producción de comida (4), construcción (3), textil (3), calzado (1), herrería (1), y lana artesanal (1), y dos casos de servicios turísticos.

5. Hugo Chávez Frías, *Taller de Alto Nivel «El nuevo mapa estratégico»*, Ministerio para la Información y la Comunicación, Caracas, 2004, p. 32.

6. Acatando decretos presidenciales como el 2371 de 2003 y el 2876 de 2004, que exigen a las empresas estatales, y todas aquellas que contratan con el Estado, tener mecanismos de subcontratación transparentes y que prioricen a las pequeñas empresas y cooperativas, estas instituciones han aumentado considerablemente sus contratos con estas. Por otro lado, el acceso a financiamiento ha sido significativamente simplificado con la creación de varias instituciones financieras que dan créditos, con condiciones preferenciales, a las cooperativas, como tasas de interés bajas y requisitos colaterales más flexibles.

7. Estas expropiaciones se basan en el Artículo 115 de la Constitución Bolivariana que establece un límite a la propiedad privada «por causa de utilidad pública o interés social» (Marie Trigona, «Workers in Control: Venezuela's Occupied Factories», *Venezuelanalysis.com*, 9 de Noviembre de 2006, <http://www.venezuelanalysis.com/articulos.php?artno=1872>). Además, el gobierno de Chávez está evaluando otras 700 empresas ociosas que también podrían ser expropiadas y entregadas a sus trabajadores. De estas, 155 se han comprometido a implementar la co-gestión, y otras 60 estaban en negociación (entrevista con Luis Primo, 22 de marzo de 2006).

8. En junio de 2006, 595 empresas privadas estaban en negociación y 200 ya habían establecido acuerdos tripartitos entre los trabajadores, los dueños y el estado bajo el Acuerdo Marco de Corresponsabilidad para la Transformación Industrial (Hugo Chávez Frías, «Discurso sobre el Acuerdo Marco de Corresponsabilidad para la Transformación Industrial», Caracas, 8 de junio de 2006).

9. Sin embargo, la aplicación de la co-gestión en las empresas estatales ha encontrado muchos obstáculos, y parece estar estancada (Michael A. Lebowitz, *Construyámoslo ahora: el socialismo para el siglo XXI*, Centro Internacional Miranda, Caracas, 2006, cap. 7).

10. Sharat G. Lin, «Five Worker-controlled Factories in Venezuela», *Venezuelanalysis.com*, septiembre de 2006 www.venezuelanalysis.com/articulos.php?artno=1812. Del número total de cooperativas, más de 60% son de servicios y alrededor de 30% de producción. De acuerdo con el segundo y tercer informe trimestrales de SUNACOOP de 2006, del total de 158 917 cooperativas en Venezuela, 61,09% son de servicios, 29,04% de producción, 2,97% de protección social, 1,79% de consumo, 2,02% de ahorro y crédito, y 0,45% de vivienda (<http://www.sunacoop.gov.ve/siscoop/siscoop.swf>).

11. Cinco de las quince cooperativas que investigué fueron creadas como parte de este programa. Según el Ministerio de Economía Popular (MINEP) a cargo de este programa, 134 763 venezolanos (7 592 en el primer ciclo) se habían graduado y creado más de 7 000 cooperativas (MINEP, «Graduados 134 763 lanceros MVC e inaugurado CFS Manuel Piab», 29 de marzo de 2007). Camila Piñeiro, «The New Cooperative Movement in Venezuela's Bolivarian Process», *Monthly Review Online Magazine*, 5 de diciembre de 2005.

12. Oscar Bastidas Delgado, «El cooperativismo en Venezuela», trabajo presentado en el Taller sobre Cooperativismo en las Américas convocado por UNIRCOOP, San José, Costa Rica, 2003, p. 23.

13. Las cinco cooperativas «tradicionales» (es decir, creadas antes que comenzara el proceso bolivariano en 1999) que investigo son parte de la Central Cooperativa de Servicios Sociales de Lara (CECOSESOLA), una red de 80 cooperativas de producción y consumo, asociaciones civiles y grupos sin figura legal, que agrupa aproximadamente 200 000 miembros, de los cuales 300 son trabajadores.

14. Para 1997, había solo 766 cooperativas con 201 366 miembros. De este total, 32,4% eran de crédito y servicios, 22,2% de transporte, 8,2% de producción agrícola, y solo menos de 2% de producción industrial o artesanal (Véase Oscar Bastidas, «El cooperativismo...», ed. cit., pp. 24-26 y 29).

15. Entrevista a Carlos Molina, 23 de agosto de 2006.

16. Por razones de confidencialidad, no utilizo los nombres de las cooperativas y de mis entrevistados. Las entrevistas se realizaron, de manera directa, entre el 7 de julio y el 25 de agosto de 2006.

17. 7% no había terminado la educación primaria, 20% solo había alcanzado el nivel primario de educación, 27,8% el nivel secundario, 38,7% tenía, por lo menos, un año de estudios superiores o técnicos, y solo 6,1% estaba haciendo estudios de posgrado.

18. Carlos Lanz, *Dossier para la crítica de la división social del trabajo*, julio de 2005, <http://www.aporrea.org/ideologia/a17683.html>.

19. Elinor Ostrom, *Governing the Commons: the Evolution of Institutions for Collective Action*, Cambridge University Press, Cambridge-Nueva York, 1990, <http://mrzine.monthlyreview.org/harnecker051205.html>.

20. Aunque no me extendiendo sobre este problema en el presente artículo, mi investigación demuestra que la situación económica de las cooperativas se ve afectada principalmente por la competencia que enfrentan. Las cooperativas más exitosas son aquellas que operan en mercados nichos, es decir, sin competencia.

21. Eduardo Acuña, Alejandra Núñez, Mario Radrigán, «Un marco conceptual para el estudio de la participación», *UNIRCOOP*, v. 1, n. 1, San José de Costa Rica, abril de 2003, p. 80.

22. Desgraciadamente, no pude obtener información cuantitativa confiable sobre el sentimiento de comunidad entre los miembros de las cooperativas.

23. Entrevista con Mario Grippo, 8 de julio de 2006.

24. José Martínez Terrero, *Las cooperativas de Venezuela*, Centro Gumilla, Caracas, 1972, pp. 18-9.

25. Yolanda D'Elia, ed., *Las misiones sociales en Venezuela: una aproximación a su comprensión y análisis*, Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales, Caracas, 2006. p. 75.

La ley olvidada de la transición y el proyecto económico socialista en el siglo XXI

Luis Marcelo Yera

Investigador. Instituto Nacional de Investigaciones Económicas.

Llama poderosamente la atención que algo de lo que hemos estado tan necesitados, como una ley que explique la transición de una formación económico-social a otra; sea, con toda probabilidad, la menos conocida de las guías teóricas descubiertas por Carlos Marx. De hecho, solo la he visto mencionada en un texto de la popular editorial soviética Progreso, e incluso allí es tratada de manera por lo menos incompleta.¹ Por alguna razón, la denominada Ley del cambio gradual de las formaciones económico-sociales había sido ignorada, a su vez, por los más conocidos manuales soviéticos.²

En aquel libro se aborda este tema debido al debate que provocó, por aquella época, el artículo del yugoslavo M. Milanovic («Los clásicos del marxismo y la llamada vía no capitalista de desarrollo. La argumentación o la no argumentación de una tesis»), que intentaba demostrar, desconociendo ciertas sutilezas teóricas, que Marx y Engels admitían la posibilidad única del paso de todos los pueblos al socialismo a través del desarrollo capitalista.

La insatisfactoria respuesta de Vasili Solodóvnikov y Víctor Bogolovski en el libro de Progreso, analizada

desde la perspectiva actual, me motivó a intentar en el presente trabajo una mayor profundización en la temática, con la esperanza de promover una reflexión madura sobre tan vital cuestión.³

Al ser tan comunes, en asuntos de la construcción del socialismo, las opiniones basadas más en la subjetividad de los interesados que en los principios científicos, el casi inédito manejo de la citada *ley* parece insustituible para tratar de entender, en el presente, los requisitos de la transición hacia un sistema social más justo y avanzado de creación de riquezas, es decir, hacia el socialismo *en* el siglo XXI.⁴ Esta *ley* explica las condiciones en que la humanidad transita en su evolución por las distintas formaciones socioeconómicas conocidas, sin poder obviar ninguna de ellas. Marx no la llamó así. Es una de las realizaciones de posteriores estudiosos del Materialismo Histórico —¿acaso Gueorgui V. Plejánov?— a partir de los distintos documentos elaborados por Marx.

Solodóvnikov y Bogoslovski explican que al tener en cuenta la era capitalista Marx atribuía esta *ley* a la sociedad *en general*; es decir, aquella donde el desarrollo del capitalismo se desenvolvía en línea ascendente, pero

tenía en cuenta lo *particular* en algunos pueblos que eludieron alguna de las formaciones socioeconómicas en su desarrollo. Ponen como ejemplo —aunque no precisan dónde Marx pudo considerar los casos— a los pueblos eslavos y nórdicos de Europa, y los nómadas de Asia y África, que pasaron de la sociedad tribal a la feudal sin conocer la formación esclavista. Mas para ello hizo falta una condición ineludible: la formación obviada había agotado sus posibilidades de desarrollo social en el mundo, y existía ya en él un sistema social más avanzado.⁵ Es decir, los ejemplos citados, perfectamente equiparables al subdesarrollo actual, pudieron dar el salto histórico porque ya estaba extendido el feudalismo en el planeta.

Si se considera la ausencia de un socialismo establecido antes de la Revolución de Octubre, considerada por Plejánov «una infracción de todas las leyes históricas»,⁶ se comprenderá por qué hoy es necesario abordar este hecho histórico bajo la óptica planteada. Ante el colapso acaecido en el llamado socialismo real, tantos años después de aquella Revolución, ¿estaba justificada la alarma de Plejánov? ¿Se mantiene vigente para los países pobres? Veamos, a la luz del presente, qué resultados ofrece una verificación al respecto.

La Rusia soviética y la Ley de la transición

Cuando encabezó la Revolución Socialista de Octubre en Rusia, y bajo los efectos de la enunciada Ley, Lenin parecía enfrentarse a una situación similar a la de las sociedades tribales mencionadas, que no sufrieron el esclavismo. Rusia se encontraba en un estatus precapitalista, con una inmensa mayoría de campesinos con restos del régimen gentilicio, mientras que el capitalismo de la época no había agotado sus posibilidades de desarrollo social en el mundo y por ello no existía un solo país en la Tierra con un sistema social más avanzado. Para sus propias consideraciones sobre esto, Lenin tuvo un estímulo importante en el prólogo de Marx y Engels a la edición en ruso del *Manifiesto Comunista*. Allí, estos se habían preguntado y contestado sobre el entonces polémico tema de la propiedad común de la tierra rusa, supuesto punto de partida para el comunismo en aquel país:

¿Puede la comunidad rural rusa —aun cuando es una forma fuertemente socavada de la antiquísima propiedad común del suelo— convertirse directamente en la forma superior de la propiedad común comunista? ¿O, por el contrario, deberá recorrer primeramente el mismo proceso de disolución que constituye la evolución histórica de Occidente?

La única respuesta posible hoy día a esta interrogante, es la siguiente: si la Revolución rusa se convierte en la señal para

una revolución proletaria en Occidente, de modo que ambas se complementen, entonces la actual propiedad común rusa de la tierra podrá servir como punto inicial de un desarrollo comunista.⁷

En una carta a Danielson, fechada en Londres, en 1893, también Engels considera que

en Rusia, lo mismo que en cualquier otra parte, no se hubiese podido desarrollar a partir del comunismo primitivo y agrario una forma social superior, a menos que esa forma superior *existiese* ya en otro país y pudiese servir de modelo. Y como esa forma superior —siempre que sea históricamente posible— es una consecuencia necesaria de la forma capitalista de producción y del antagonismo dualista social creado por ella, no puede desarrollarse directamente a partir de la comunidad agraria más que como imitación de un modelo existente en alguna parte.⁸

A su vez, un Engels ya dudoso había opinado en 1894: «No me atrevo a decir que esa comunidad haya conservado suficientes fuerzas para poder, en el momento oportuno, como confiábamos Marx y yo todavía en 1882, conjugada con una revolución en la Europa occidental, servir de punto de partida para el desarrollo comunista». Para, seguidamente, no desalentar del todo a los revolucionarios rusos:

Para que sobreviva algo de esta comunidad es preciso [...] que se realice la revolución en Rusia [la que] dará un nuevo impulso al movimiento obrero del Occidente [...] y acelerará así la victoria del proletariado industrial moderno, sin la cual la Rusia de hoy⁹ no podrá llegar a una reorganización socialista de la sociedad ni sobre la base de la comunidad¹⁰ ni sobre la base del capitalismo.¹¹

Sobre este tema específico, es importante también la carta respuesta que Marx le envía a la revolucionaria rusa Vera Zasulich, y cuyos borradores son mucho más ricos que la carta final.¹² Como se apreciará, los fundadores, si bien no proscibieron la realización de una revolución en Rusia, inspiradora para Occidente, se cuidaron bien de no llamarla «socialista». Solo podría adoptar este último carácter después del triunfo del movimiento obrero en algún país avanzado de Europa occidental. Sin embargo, cuando en abril de 1917 un camarada le propuso, cautelosamente, a Lenin esperar por este último triunfo antes de actuar —como había ocurrido siempre en la historia y aconsejaban los fundadores—, este le espetó: «esto no es marxismo, sino una parodia del marxismo».¹³ Es en 1921, en plena Nueva Política Económica (NEP), cuando el líder del proletariado ruso precisa al respecto:

En Rusia poseemos una minoría de obreros industriales y una inmensa mayoría de pequeños agricultores. En un país así la revolución socialista solo puede alcanzar el éxito definitivo con dos condiciones. *La primera, es que sea apoyada a su debido tiempo por la revolución socialista en uno o en varios países adelantados.* Como ustedes saben, al objeto de que se dé esta condición, hemos hecho muchos más esfuerzos

que antes, pero no son suficientes ni mucho menos, para que esto llegue a convertirse en realidad.

La otra condición es el acuerdo entre el proletariado, que ejerce la dictadura o tiene en sus manos el poder del Estado y la mayoría de la población campesina.¹⁴

El triunfo de un sistema social más avanzado en el mundo desarrollado garantizaría la «legalidad» histórica de la Revolución socialista rusa, y si ello no ocurría, esta última debía replegarse por lo menos a una economía mercantil con predominio de la propiedad estatal, como ocurrió con la NEP. Este asunto del mercado en la transición socialista ha sido —y continúa siendo— un tema sumamente polémico. Han surgido posiciones encontradas, incluso entre líderes marxistas relevantes.

En un texto publicado recientemente, que incorpora algunos documentos de Che Guevara no divulgados con anterioridad, se evidencia que él pronosticó el derrumbe del socialismo en la URSS unos veinticinco años antes del hecho, señalando que la NEP había dejado sembrados los mecanismos capitalistas en la URSS.¹⁵ El Che fue explícito en su opinión sobre el uso de esos mecanismos en el socialismo, cuando escribió que «eliminar las categorías capitalistas: mercancía entre empresas, interés bancario, interés material directo como palanca, etc. [...] esa es nuestra aspiración».¹⁶ También era la de Marx, pero su metodología para alcanzar esta meta no fue nunca oportunamente divulgada.

Todas estas categorías están asociadas, desde luego, al tema de la vigencia de la Ley del valor en el socialismo, cuestión que requiere hoy más que nunca de un reanálisis a fondo. Por ejemplo, en el campo del valor vinculado a la producción socialista durante la transición, no conozco que se haya tenido en cuenta, en la debida medida, el enunciado matemático de Marx: «los valores de las mercancías están en razón directa al tiempo de trabajo invertido en su producción y en razón inversa a las fuerzas productivas del trabajo empleado».¹⁷ Así, solo con una cada vez mayor capacidad tecnológica se podrá reducir constantemente el tiempo de fabricación de los productos para disponer de abundancia de estos y lograr disminuir su valor, así como la expresión en dinero de este último: el precio. Algo poco tratado, y por tanto no comprobada aún su viabilidad, es la concepción de Marx sobre la posibilidad de eliminación de la Ley del valor, lo cual no parece haber llegado de una manera clara al Che Guevara, y tal vez tampoco a Lenin. Sobre la base, precisamente, del aumento incesante de la productividad, Marx había expresado, en su *Crítica del Programa de Gotha*, que en el socialismo *construido* la remuneración en dinero sería sustituida por bonos que midieran directamente el tiempo aportado por cada productor, «después de descontar lo que ha trabajado para el fondo común», y con ese bono extraer

de los almacenes de medios de consumo —no de los establecimientos comerciales que ya no se justificarían— la parte equivalente de productos a la cantidad de trabajo rendido. Así, *con la sustitución del dinero, dejaría de existir la llamada economía de mercado, en tanto ambiente de compraventa que es*. En el comunismo, el tiempo de fabricación de los bienes de consumo sería tan reducido que permitiría prescindir del bono de la fase socialista y pasar a aplicar la fórmula «de cada cual según su capacidad, a cada cual según sus necesidades», con lo que la Ley del valor sería solo historia.¹⁸

En esencia, Lenin luchó por respaldar el aumento de la productividad —pocas veces visto bajo esta óptica— con las armas mercantiles con que los países más desarrollados de su época habían alcanzado la suya. ¿Cuáles otras existían que hubieran probado su eficacia en tiempo real para reducir, lo antes posible, la brecha que separaba a su país de las naciones avanzadas en esta categoría? Téngase en cuenta el papel de los precios en la competencia entre los dos sistemas.

Por lo demás, nunca podremos saber cuál sería el criterio del Che sobre la ley de la transición —derivada de la concepción materialista de la historia— en tanto herramienta para explicar la NEP como un resultado de la posposición de la revolución socialista en los países avanzados de entonces, independientemente de la pésima situación económica de Rusia.

Como se ha examinado, Lenin creía en la ley del cambio gradual de las formaciones económico-sociales, pero había decidido, con optimismo, arriesgarse a alterar la secuencia de la historia y llevar a cabo una inspiradora revolución socialista, y no democrático-burguesa, de acuerdo también con su correcta idea de que cada revolución socialista equivalía a romper el eslabón más débil de una cadena capitalista desigualmente desarrollada. Para Lenin, la Revolución rusa reunía la mencionada condición, pero en honor a la verdad, ese eslabón no era en realidad el de un capitalismo suficientemente avanzado, como aconsejaban los fundadores. Al enumerar, en el *Manifiesto comunista* las famosas diez medidas que tomar por la revolución comunista, Marx y Engels diferenciaban los «países más avanzados» entre los «diversos países» que habían alcanzado un desarrollo suficiente de la clase obrera.¹⁹ El atraso de Rusia hizo que Lenin luchara con todas las fuerzas a su alcance para que la «señal» de la revolución socialista llegara principalmente a la avanzada Alemania, y si tenía éxito allí, solo «violara» por un tiempo —lo más corto posible— la mencionada ley.

La frustración de la revolución socialista en Alemania y la ausencia posterior de otras revoluciones de este tipo en países desarrollados, parecía haber dejado sin sustento científico a la Revolución Socialista de Octubre, que por tal motivo no dispuso de ningún

No debe buscarse en la Economía política el origen de las insuficiencias que ha padecido la economía del llamado socialismo real, sino en la deficiente interpretación del componente filosófico de la teoría de Carlos Marx, la cual, dicho sea de paso, más temprano que tarde tendrá que ser redimida.

modelo más avanzado como referencia. Este vacío, unido al progresivo deterioro del estado de salud de Lenin debido al atentado sufrido en agosto de 1918, parece haber exacerbado su dedicación por encauzar conceptualmente, de una vez, la revolución, y archivar dicho asunto teórico, que no estaba en sus manos resolver. Al año siguiente de haberse pronunciado por la indispensabilidad, para Rusia, del triunfo socialista en al menos un país adelantado, consideró, en 1922, que con las medidas de la NEP y el poder alcanzado «Rusia dispone de fuerzas económicas completamente suficientes para asegurar el tránsito al comunismo».²⁰ Pero ¿disponía realmente Rusia de suficientes fuerzas económicas para llevar a cabo la deseada transición? Por lo menos en el decisivo campo de la organización empresarial socialista, no.

Los fundadores se habían pronunciado porque, a partir de la experiencia socialista previa en las naciones adelantadas,

los países atrasados vean «cómo se hace eso», cómo hay que poner las fuerzas productivas de la industria moderna, hecha propiedad social, al servicio de toda la sociedad, solo entonces podrán estos países atrasados emprender ese camino acortado de desarrollo.²¹

Lenin, lógicamente, no pudo ver «cómo se hace eso». Por citar solo un hecho importante, las nacionalizaciones en Rusia —y, por ende, la enorme concentración de fábricas estatales que se creó en el gigantesco país— adelantaron de un tirón las mismas condiciones que más de treinta años después, a una escala mucho menor, dieron origen, en las corporaciones norteamericanas —partiendo de una elevada acumulación de conocimientos que no existían en Rusia— a su primer gran y revolucionario mecanismo descentralizador para poder *governar* unidades productivas integradas: la Dirección por Objetivos. La compañía estadounidense General Electric, por ejemplo, sintió la urgente necesidad de descentralizarse en los años 50 al disponer de más de 130 fábricas.²² El principio empleado era de una admirable sencillez: centralizar los objetivos generales de la corporación; es decir, que los directivos los tuvieran presentes, y descentralizar la forma de llevarlos a la práctica. La autoridad se situaba en los puntos más próximos al

lugar de la acción, poniendo en juego conocimientos más vastos y oportunos. Ni siquiera la Alemania de la época de Lenin tuvo condiciones de tamaño en sus corporaciones para crear semejante mecanismo. El triunfo del socialismo allí hubiera sido también prematuro.

El propio Che Guevara se había dado cuenta de que «todavía las técnicas de dirección y las concentraciones de capitales no eran en la Rusia zarista tan grandes como para haber permitido el desarrollo de los grandes *trusts*. Estaban en la época de fábricas aisladas, unidades independientes, cosa prácticamente imposible de encontrar en la industria norteamericana de hoy día, por ejemplo».²³

No obstante, los investigadores soviéticos Solodóvnikov y Bogoslovski, a la distancia de los tempranos años 70, intentaron fundamentar oficialmente el hecho épico de la Revolución Socialista de Octubre: «La historia hizo sus enmiendas a los postulados teóricos de Marx y Engels. En primer lugar, en Rusia el desarrollo del capitalismo avanzaba rápidamente y con todas las contradicciones inherentes a él. En segundo lugar, la revolución socialista triunfó en Rusia antes que en los países europeos occidentales».²⁴

Ambos científicos, en condiciones de un entorno político difícil, eludieron tratar el tema del mayoritario campesinado precapitalista de la Rusia de entonces, independientemente del avance de su minoritario capitalismo, que no había agotado sus posibilidades de desarrollo. Tampoco se refirieron a la incómoda primera condición, jamás cumplida, para el éxito definitivo de la revolución en un país así, expresada en un momento por el propio Lenin, aunque obviada después, sin explicación conocida, por él mismo: «que sea apoyada a su debido tiempo por la revolución socialista en uno o varios países adelantados».

La historia que siguió después de la muerte de Lenin, acaecida en 1924, se conoce. Al socialismo realmente existente allí se le hizo andar a marcha forzada, y la Unión Soviética trató de representar el modelo de país con «el sistema social más avanzado». A la luz del derrumbe acaecido en el sistema más de setenta años después del triunfo de octubre de 1917, se plantea de nuevo hoy, para las naciones

subdesarrolladas con aspiraciones socialistas, una situación similar a la de la Rusia de aquel entonces, al querer marchar hacia un orden interno justo sin que exista en el planeta un sistema social más avanzado, surgido del anterior, ya agotado, que les sirva de modelo y les ayude de manera franca.

¿Qué hacer?

Para intentar responder, veamos una faceta de la mencionada ley relacionada tanto con lo referido al «cambio gradual», como al decisivo problema del tipo de propiedad económica que debe caracterizar al socialismo. La experiencia práctica de que se nutre el materialismo histórico, demuestra que en todo fenómeno social, al examinar el proceso de su desarrollo, coexisten dinámicamente las tres épocas: los vestigios del pasado, las bases del presente y los gérmenes del futuro.²⁵ No se alcanza lo nuevo por decreto, se necesita de una gradualidad. Así como ocurre en la moral, en el decisivo fenómeno social de la propiedad empresarial —bajo la cual se garantiza la indispensable producción material—, conviven, en la transición, esas tres épocas.

Teniendo en cuenta la disyuntiva político-ideológica de si los productores directos son dueños o no, existen solo cuatro tipos de propiedad empresarial en las dos primeras épocas que han sintetizado las posiciones políticas hasta el presente:

Vestigios del pasado precapitalista:

- 1) La *propiedad privada individual*, asociada al productor por cuenta propia, y aunque proviene de épocas precapitalistas, muestra aún su utilidad, por ejemplo, en el desempeño del campesinado.

Bases del presente capitalista:

- 2) La *propiedad privada capitalista*, cuya evolución va desde un dueño que explota a uno o más obreros en la fase de pequeña o mediana empresa, hasta la de cientos de miles de dueños (los accionistas) que obtienen plusvalía de decenas de miles de obreros en el marco de una gigantesca sociedad por acciones, la cual puede adoptar la forma corporativa o la de un conglomerado.
- 3) La *propiedad privada cooperativa* que puede tener distintos grados de desarrollo derivados del nivel de agrupación de dichas entidades.
- 4) La *propiedad estatal* con gestión también estatal, en el sentido de que el aparato burocrático gubernamental se reserva para sí determinadas y variables decisiones empresariales, mientras que puede delegar otras.

El segundo de esos tipos ha sido el sustento del modo capitalista de producción, mientras que el tercero y el cuarto, adaptados a las condiciones del denominado socialismo real, fueron proclamados por los soviéticos —sin explicar la base científica de esa adopción—, como las dos formas organizativas de la propiedad social, aunque limitando —y tampoco explicando el porqué—, las cooperativas a la agricultura. La propiedad estatal, supuestamente de todo el pueblo, era considerada el patrón hacia el cual la otra debía irse acercando, pero sin que, aún en las actuales condiciones, la carencia de una plena identificación de los productores con ella —con toda la ineficiencia y descontrol que esto ha traído— sea considerada diáfano como el problema fundamental del socialismo realmente existente.

Según propone a todas luces la metodología marxista, la alternativa estaría en identificar los gérmenes del futuro socialista, ubicados sobre todo en las bases del presente, y llevar a cabo una síntesis, como mismo sucedió en otras etapas históricas cuando un único tipo de propiedad más productiva, que había surgido en la formación económico-social precedente, representó específicamente al esclavismo, al feudalismo y al capitalismo, aunque conviviera con otros tipos.

Así, de la fase corporativa de la propiedad privada capitalista, que representa la expresión más compleja y desarrollada de un proceso que se inició por la pequeña o mediana empresa, el socialismo heredaría la organización. En tal sentido, la propia estructura y forma de gobierno de la corporación moderna y del conglomerado japonés, generadores de múltiples soluciones organizativas para maximizar la eficiencia y competitividad de una gran unión de entidades productivas, sería, con sus adaptaciones, un verdadero aporte para el sistema empresarial socialista de la transición,²⁶ el cual se basa en el principio de la centralización nacional de los medios fundamentales de producción, que se ha venido realizando principalmente a través de la forma ministerial.

La auténtica teoría marxista del desarrollo estaría pendiente de asimilar científicamente la corporación capitalista, así como, tal vez, la contribución organizativa principal de ese proceso. Debe observarse que los más altos niveles de desarrollo alcanzado en el mundo están estrechamente ligados a esta figura, independientemente de la crisis de derechos de propiedad que padece.²⁷

A su vez, no se ha subrayado lo suficiente que el desempeño eficiente y competitivo de las también llamadas grandes sociedades por acciones, permitió a Marx y Engels en el siglo XIX fundamentar, para el futuro socialismo, la viabilidad de la nacionalización de los medios fundamentales de producción, los cuales

comenzaban una tendencia a la concentración en corporaciones de ramas fabriles completas que no justificaba la competencia entre ellas y obligaba a organizar un plan. Federico Engels ejemplificó esta situación con el caso de la corporación inglesa que unificó 48 grandes fábricas de álcalis. Este proceso, que implica una real oposición entre planificación y competencia anárquica, ellos lo denominaron «socialización de la producción».²⁸ Sin embargo, esto comenzó a frustrarse ya a finales del siglo XIX con el surgimiento de las primeras leyes internas antimonopolios en Canadá y los Estados Unidos, generadas por una clase burguesa dispuesta a cortar el paso a toda manifestación natural de socialismo. Tal vez aquí esté el origen conceptual de los problemas afrontados con la planificación en los países del llamado socialismo real.

Sobre estas grandes organizaciones, Che Guevara, cuya faceta como reconocedor de los aportes del capitalismo asimilables por el socialismo ha sido menos divulgada, había anunciado: «tomar los últimos adelantos administrativos y tecnológicos del capitalismo, esa es nuestra aspiración».²⁹ En estos aspectos coincide, esta vez, con Lenin. Para el líder soviético, un marxista debía tener aprendido «que el socialismo es imposible sin aprovechar las conquistas de la técnica y de la cultura alcanzadas por el gran capitalismo». Más aún, vale la pena releer lo que escribió en la misma página en relación con el tema de la experiencia administrativa aportada por las grandes empresas capitalistas: «solo son dignos de llamarse comunistas quienes comprenden que es imposible crear o implantar el socialismo sin aprender de los organizadores de los trusts». Por que el socialismo no es una invención, sino la asimilación y la aplicación por la vanguardia proletaria, después de conquistar el poder, de todo lo creado por los trusts».³⁰

Por otra parte, de la *propiedad privada cooperativa* —tal vez el germen de futuro más socorrido por Marx y Engels—, se trasladarían la democracia y distribución, lo cual significa que, si bien en la época de los fundadores del marxismo solo se conocían cooperativas aisladas, en el presente aportan ya su más valioso quehacer las uniones de cooperativas o cooperativas de segundo grado, como es el exitoso caso, aún perfectible, de Mondragón Corporación Cooperativa, en el País Vasco, que aglutina más de cien de estas entidades. Este «germen» representaría un verdadero desafío a prejuicios y estereotipos creados a lo largo de los años en las filas revolucionarias. En buena lógica marxista, las mejores experiencias remunerativas en estas organizaciones debieran contribuir a concretar tanto la fórmula socialista de distribución como la aspiración de liquidar el trabajo asalariado. Debe recordarse que en la *Crítica del Programa de Gotha*, Marx fundamentaba

un orden en el destino del «producto social global» —al cual solo habría que agregar hoy un fondo de solidaridad—, donde la retribución individual se dejaba desinteresadamente para el final, después de satisfacer las necesidades de la producción y de la colectividad, por lo que sería, por tanto, una cantidad variable.³¹

Finalmente, de la *propiedad estatal* se asumiría la responsabilidad por el interés social. Cómo lograrlo de una manera nueva y eficiente se convierte también en un reto teniendo en cuenta la existencia de una serie de mitos. Los fundadores del marxismo habían fundamentado, sin que fueran conocidos o atendidos sus planteamientos ni siquiera por Lenin, el empleo del mecanismo de arriendo,³² cuyo desarrollo teórico llevaría a que el contrato contemple no solo dicho interés social, que sería estrictamente respetado, sino la inevitable diferenciación de la tasa de arriendo, derivada de la correspondiente asimetría en la rentabilidad ramal y de la necesidad de velar por la equidad social.

A propósito, en el espíritu de la teoría marxista está que las empresas estatales socialistas no sean afectadas por los impuestos. El propio Sistema Presupuestario de Financiamiento, ideado por Che Guevara en Cuba, era coherente con dicho espíritu. Marx criticó fuertemente el mecanismo impositivo en el capitalismo. Si seguimos su conocida lógica de no reproducir en el proyecto socialista lo que criticaba de la realidad capitalista, menos debía estar presente ese mecanismo en una expresión tan importante como su sistema empresarial estatal. Adicionalmente, el hecho de que el Estado socialista se reduciría gradualmente hasta desaparecer —otro tema crucial omitido en el debate—, haría innecesarios los impuestos a sus empresas. De cualquier manera, una barrera psicológica actual estaría en aceptar la tasa de arriendo como el aporte de las empresas del Estado al presupuesto, mientras que los impuestos quedarían, en la transición, para otras formas de apropiación. Por lo demás, me hago una pregunta: ¿podría distribuirse directamente entre la población que califique una parte de la tasa de arriendo recaudada, para fortalecer la realización de la propiedad social?

Volviendo al tema de la síntesis, Marx nos regaló su correspondiente visión concentrada, a propósito de la práctica de los obreros de la Comuna de París, acerca de estos tres tipos de propiedad convenientemente mezclados en uno solo, una verdadera perla no debatida de su obra:

Si la producción cooperativa [...] ha de sustituir el sistema capitalista; si las sociedades cooperativas *unidas* han de regular la producción nacional con arreglo a un plan común, *tomándola bajo su control y poniendo fin a la constante anarquía y a las convulsiones periódicas*, consecuencias inevitables de la producción capitalista, ¿qué será eso entonces, caballeros, más que comunismo, comunismo «realizable».³³

He destacado dos momentos en la anterior cita. Si recordamos que en ese texto Marx había escrito que «La Comuna [de París] no había de ser un organismo parlamentario, sino una corporación de trabajo, ejecutiva y legislativa al mismo tiempo»,³⁴ queda claro que lo que uniría a esas cooperativas sería la organización corporativa, o sea, estaríamos hablando de una corporación de cooperativas, algo que difiere de la experiencia yugoslava, y que sustituiría gradualmente, a muy largo plazo, al propio aparato del Estado. A su vez, ¿no ha demostrado la estructura estatal de los monopolios naturales de la etapa pre-neoliberal —aún sin el protagonismo de los obreros y, por tal motivo, carente de la eficiencia económico-social debida—, que es capaz de acabar con la anarquía provocada por la competencia de productores independientes?

La obra monumental de Marx y Engels estuvo dirigida estratégicamente a guiarnos, mediante leyes científicas, a la organización del modo de producción representado por la propiedad socialista, cuyos gérmenes se venían manifestando en el capitalismo, para establecerla desde el poder político de los nuevos productores. Las propias leyes de la dialéctica aplicadas a la evolución de la propiedad desde el capitalismo al socialismo, arrojaron iguales resultados para Marx que los aquí expuestos.³⁵ A pesar de ello, y sin que aún esté claro el porqué, el hilo conductor conceptual de los fundadores dejó de seguirse en algún momento y no se trasladó adecuadamente a sus partidarios. Lo anterior tiene mucho que ver con el hecho de que después del derrumbe acaecido en Europa del Este se haya extendido la idea de considerar el camino al socialismo como algo desconocido, y su construcción un experimento que se realiza sobre la base del método prueba-error, o lo que es lo mismo, bajo la fórmula de «se hace camino al andar», como expresó un famoso poeta.

Reflexionando al respecto, el propio Fidel Castro dijo en la reciente segunda edición de la entrevista concedida a Ignacio Ramonet: «¿Qué es el marxismo?, ¿qué es el socialismo? Eso no está bien definido [...] Habría que hacer un estudio bien profundo».³⁶ En otro marco, expresó: «una conclusión que he sacado al cabo de muchos años: entre los muchos errores que hemos cometido todos, el más importante error era creer que alguien sabía de socialismo, o que alguien sabía de cómo se construye el socialismo».³⁷

Sin dudas, la fracasada práctica soviética, dada como universal en su momento por ellos mismos y por muchos, sobre todo en lo que respecta al manejo de la decisiva propiedad estatal empresarial, sesgó profundamente el pensamiento socialista, hasta reconocerse hoy la dura y contradictoria realidad de que

se construyó durante mucho tiempo algo que ni siquiera se conocía. Padecíamos de un vacío en la estrategia.

Sin embargo, la casi desconocida ley del cambio gradual de las formaciones económico-sociales —como otras leyes marxistas que abordan diferentes aristas de la construcción socialista— parece que puede contribuir a superar ese vacío al explicar que la transición del capitalismo al socialismo es un movimiento tendencial gradual donde caben, como se ha visto, distintos tipos de propiedad de las tres etapas mencionadas. Incluso, la propiedad empresarial del Estado, perfeccionada por supuesto, probablemente sea necesario mantenerla por un tiempo indefinido en esferas especiales como la industria militar. Por su parte, aunque el modelo práctico de la propiedad social —el tipo principal— sigue sin estar en ningún lugar, su modelo teórico, necesitado de completarse, se puede lograr con lo mejor de lo creado por el hombre en esta esfera —muy superior hoy que cuando la Revolución de Octubre— y que lleva implícita la funcionalidad. Aunque, circunstancialmente, pueda existir un determinado estancamiento, o incluso un retroceso, el ser humano siempre ha tendido a buscar lo más avanzado en el desarrollo de las fuerzas productivas.

Científicamente ello justificaría repetir en el presente, aunque no desde cualquier tipo de subdesarrollo, la «anticipación», con razón rechazada entonces por Plejánov, de un Lenin carente de soluciones corroboradas por la práctica humana que hiciera gradualmente viable el paradigma de la unión de cooperativas, fundamentado por Marx y Engels. El propio dirigente soviético lo suscribió cuando expresó en uno de sus últimos y menos atendidos escritos que «el régimen de los cooperativistas cultos es el socialismo».³⁸

Existen, visibles o no, las respuestas en detalle para el «cómo se hace eso», pero es necesario identificarlas y asimilarlas críticamente. A cualquier fatalista que invoque hoy el triunfo socialista de algún coloso, podría decirse como hizo Lenin, aunque esta vez con actualizada razón: «Esto no es marxismo, sino una parodia de marxismo», lo que implica la necesidad de precisar el contenido de la ley de la transición en cuanto al grado de desarrollo de las «bases del presente» en la nación pionera.

En tal sentido, con el aval que brinda la ciencia marxista, es válido expresar que el socialismo se puede empezar a construir en un solo país, aunque no en cualquier país; y que, en cuanto al tipo de propiedad que lo caracteriza, no existen diferentes socialismos, como tampoco diferentes capitalismo, sino uno solo. El Estado y el entorno regulador que propicia es, en realidad, lo diversificado.

En la actualidad, muchos revolucionarios vuelven sus ojos a los nuevos movimientos sociales para buscar,

como si se partiera de cero a causa del derrumbe socialista, respuestas frescas a los males contemporáneos. Sin embargo, aunque es correcto evaluar la viabilidad de dichas experiencias, los gérmenes aún por estudiarse del futuro socialista, validados por la práctica cotidiana de la sociedad desarrollada contemporánea, se corresponden con aquel planteamiento de Carlos Marx referido a que «la humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar». ³⁹ Engels expresó la idea a su manera, al escribir que «el socialismo práctico reside en el conocimiento exacto del modo capitalista de producción en sus diversos aspectos». ⁴⁰

Es cierto que el modelo marxista, en cuanto al campo empresarial, se concibió para un alto desarrollo de las fuerzas productivas y para la hermandad entre los productores, pero el entorno capitalista impone sus reglas y se deberá competir con esos adversarios. La sociedad socialista les entregaría, presumiblemente, la mejor organización, pero mientras exista dicho entorno, tendría que continuar respetando el principio, quizás un tanto crudo para algunos, pero disciplinante, de «quienes no venden, no pueden cobrar».

Entonces, cuando en esencia el talón de Aquiles del socialismo conocido ha sido su incapacidad de producir competitivamente frente al capitalismo —y eso lo conoce muy bien la izquierda marxista, que sabe de la necesidad de dar un vuelco a sus concepciones económicas—, no hay por qué hablar más de utopía sino de proyecto.

Consideraciones finales

El marxismo se formó como una doctrina íntegra en la unidad orgánica de las tres partes que lo componen: la filosofía del materialismo dialéctico e histórico, la economía política científica del capital y, por el momento, el socialismo científico. Su base filosófica —sobre todo el materialismo histórico— aporta importantes elementos para orientar con relativa nitidez la conformación de la organización decisiva del sistema empresarial socialista, de donde se deriva la realización de este tipo de propiedad.

Sin el insumo filosófico, la economía política de la transición al socialismo es inoperante y, como se conoce, al estudiarse las relaciones sociales que se llevan a cabo en la esfera económica por la Economía política marxista, esta disciplina debe partir del hecho de que el tipo principal de propiedad en dichas relaciones, la social, se realice plenamente para impulsar de manera sostenida el desarrollo de sus fuerzas productivas.

En otras palabras, no debe buscarse en la Economía política el origen de las insuficiencias que ha padecido la

economía del llamado socialismo real, sino en la deficiente interpretación del componente filosófico de la teoría de Carlos Marx, la cual, dicho sea de paso, más temprano que tarde tendrá que ser redimida.

Notas

1. El libro, Vasili Solodóvnikov y Víctor Bogoslovski, publicado en español en 1975, se titula *La experiencia histórica de desarrollo no capitalista*, un tema al que se le había pretendido dar nivel de teoría en la entonces URSS.
2. Véanse dos textos emblemáticos soviéticos: Fedor V. Konstantinov y otros, *Fundamentos de filosofía marxista-leninista*, parte II, Materialismo Histórico, Editorial Progreso, Moscú, 1975; así como Víctor Afanasiev, *Fundamentos del comunismo científico*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1982.
3. Como antecedente, véase mi trabajo *En busca del paradigma perdido de Marx y Engels*, Colección Rebeliones, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2004.
4. El actual proceso revolucionario en Venezuela, basándose en los trabajos del conocido politólogo Heinz Dieterich, ha guardado justificada distancia de la práctica del llamado socialismo real del siglo XX, al plantearse desarrollar el socialismo del siglo XXI. Sin embargo, parece más razonable tomar la idea surgida en el Instituto de Filosofía, de Cuba, y hablar de socialismo en el siglo XXI. Porque desde el punto de vista científico no hubo tal socialismo en el siglo XX. Además, como pretende demostrar el presente artículo, el socialismo parte de una serie de características de alcance universal en su decisiva esfera productiva que lo hacen identificable, independientemente de las especificidades de cada caso.
5. Vasili Solodóvnikov y Víctor Bogoslovski, *La experiencia histórica de desarrollo no capitalista*, Editorial Progreso, Moscú, 1975, pp. 13-4.
6. Colectivo de autores, *Historia de la filosofía*, t. II, Editorial Progreso, Moscú, 1980, p. 139.
7. Carlos Marx y Federico Engels, «Prólogo a la edición rusa de 1882 del *Manifiesto Comunista*», en Heinz Dieterich, comp., *El socialismo del siglo XXI*, Paradigmas y Utopías, México, 2002, p. 159-60.
8. Federico Engels, «Engels a N. F. Danielson», *Obras escogidas*, t. 3, Editora Política, La Habana, 1963, pp. 377-80.
9. Prácticamente la misma de 1917, en cuanto a su estructura clasista.
10. Se refiere a la campesina que la componía con restos del régimen gentilicio.
11. Federico Engels, «Palabras finales al trabajo “Acerca de la cuestión social en Rusia”», *Obras escogidas en dos tomos*, t. 2, Editorial Progreso, Moscú, 1973, p. 433.
12. Véase Carlos Marx, «Carta a Vera Zasulich», en Néstor Kohan, *Marx en su (tercer) mundo*, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, La Habana, 2003, p. 283.
13. Vladimir I. Lenin, «Séptima Conferencia (de abril) de toda Rusia del POSD(b)R», *Obras completas*, t. 31, Editorial Progreso, Moscú, 1985, p. 380.
14. Vladimir I. Lenin, «Informe sobre la sustitución del sistema de contingentación por el impuesto en especie», *Obras completas*, t. 45, Editorial Progreso, Moscú, 1987, p. 57. El énfasis es mío.

15. Ernesto Che Guevara, *Apuntes críticos a la Economía política*, Centro de Estudios Ernesto Che Guevara, Ocean Press (Australia) y Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006, pp. 26-7.
16. *Ibídem*, p. 15.
17. Carlos Marx, «Salario, precio y ganancia», *Obras escogidas*, Editorial Progreso, Moscú, s/f, p. 208.
18. La Economía política marxista continúa teniendo un desafío en este tema de los bonos, a pesar de algunos esfuerzos hechos como el del científico alemán Arno Peters. En tal sentido, es necesario esclarecer si es factible el criterio poco conocido de Marx, expuesto en su obra *Contribución a la crítica de la Economía Política*, acerca de la importancia de descubrir las leyes que permitan reducir el tiempo de trabajo calificado (trabajo complejo) —que tiene la fabricación de todo producto— a unidades de trabajo no calificado (trabajo simple), para poder sumar ambos conceptos. De no ser esto posible, el capitalismo podría ser eliminado con la nacionalización, pero no el capital, debido a la existencia del dinero. El capital solo podría quedar subordinado al trabajo, lo cual de todas formas sería un logro trascendental.
19. Carlos Marx y Federico Engels, «Manifiesto Comunista», *Obras escogidas*, Editorial Progreso, Moscú, s/f, pp. 49-50.
20. Vladimir I. Lenin, «XI Congreso del PC(b)R», *Obras completas*, t. 45, ed. cit., p. 102.
21. Federico Engels, «Acerca de la cuestión social en Rusia», *Obras escogidas en dos tomos*, t. 2, ed. cit., p. 426.
22. Ralph J. Cordiner, *Nuevas fronteras para directores de empresa*, Rialp, Madrid, 1964, p. 38.
23. Ernesto Che Guevara, ob. cit., p. 9.
24. Vasili Solodóvnikov y Víctor Bogoslovski, ob. cit., p. 16.
25. Vladimir I. Lenin, «Quiénes son los “amigos del pueblo” y cómo luchan contra los socialdemócratas», *Obras completas*, t. 1, Editorial Progreso, Moscú, 1981, p. 187.
26. La teoría marxista, necesitada de actualizarse, debe identificar como insumos de ella en el campo de la organización empresarial y asimilar críticamente la Dirección por Objetivos, la Dirección por Valores, la Reingeniería de Procesos, el balance actual de Centralización (decisiones estratégicas)-Descentralización (decisiones operativas), entre otros muchos aportes surgidos principalmente de la experiencia organizativa de los sistemas productivos únicos de las corporaciones norteamericanas y japonesas, las cuales han desplazado, en el presente, el justificado eurocentrismo de la época de Marx y Engels.
27. Luis Marcelo, «La crisis de propiedad en las corporaciones transnacionales: expresión actual de la decadencia imperialista», *Cuba Siglo XXI*, www.nodo50.org/cubasingloxxi, marzo de 2005.
28. Federico Engels, «Del socialismo utópico al socialismo científico», en Carlos Marx y Federico Engels, *Obras escogidas en un tomo*, Moscú, s/f, pp. 442-3.
29. Ernesto Che Guevara, ob. cit., p. 15.
30. Vladimir I. Lenin, *Acercas del infantilismo «izquierdista» y del espíritu pequeñoburgués* (folleto), Editorial Progreso, Moscú, s/f, p. 27. Las cursivas aparecen en el folleto.
31. El orden de distribución propuesto por Marx era el siguiente: en lo que respecta a la *actividad productiva*, reposición de los medios de producción; ampliación de esta y fondo de reserva o seguro contra accidentes, calamidades, etc. En lo relativo al *consumo*, gastos generales de administración no concernientes a la producción; satisfacción de las necesidades colectivas (escuelas, instituciones sanitarias, etc.); fondos para lo que hoy llamaríamos seguridad social (incapacitados para el trabajo, etc.). Solo después de esto se procedería al reparto entre los productores individuales.
32. Luis Marcelo, *En busca del paradigma perdido de Marx y Engels*, Colección Rebeliones, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2004.
33. Carlos Marx, «La guerra civil en Francia», en Carlos Marx y Federico Engels, *Obras escogidas en un tomo*, ed. cit., pp. 301-2.
34. *Ibídem*, p. 298.
35. Véase Luis Marcelo, ob. cit.
36. Ignacio Ramonet, *Cien horas con Fidel*, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, segunda edición, La Habana, 2006, p. 441.
37. Fidel Castro, *Discurso pronunciado en el acto por el aniversario 60 de su ingreso a la Universidad*, Tabloide Especial No. 11, La Habana, 17 de noviembre de 2005, p. 12.
38. Vladimir I. Lenin, «Sobre las cooperativas», *Obras completas*, t. 45, ed. cit., p. 389.
39. Carlos Marx, «Prólogo de la contribución a la crítica de la economía política», en Carlos Marx y Federico Engels, *Obras escogidas en un tomo*, ed. cit., p. 183.
40. Federico Engels, «Contribución al problema de la vivienda», en Carlos Marx y Federico Engels, *Obras escogidas en tres tomos*, t. 2., Editorial Progreso, Moscú, 1973, p. 396.

Nada cubano me es ajeno: notas sobre la condición ciudadana

Armando Chaguaceda

Profesor. Universidad de La Habana.

Cuba se aproxima al medio siglo de vida como experiencia singular de poder anticapitalista, experimentando síntomas y demandas de transformaciones internas. El curso de los acontecimientos, si partimos de una postura que abandone las lecturas deterministas y teleológicas de los procesos sociales, abre numerosos cauces de evolución nacional. Y en estas aproximaciones al cambio social en curso, el tema del ciudadano tendrá, con toda seguridad, un lugar privilegiado.

La lucha moderna por la ciudadanización recorre un camino accidentado, de continuos ascensos y retrocesos: va desde la consagración de los derechos del hombre y el ciudadano, la extensión paulatina del derecho al voto a las poblaciones adultas masculinas durante la segunda mitad del siglo XIX y su conquista femenina a lo largo de la última centuria, pasando por la pugna para instalar el respeto a los derechos de minorías étnicas, sexuales y culturales hasta llegar a la elevación de los sociales al mismo altar de los civiles y políticos.

Como noción y vínculo jurídico-político del individuo con el Estado (en sus dimensiones de poder público, territorio y población), la ciudadanía resulta una condición básica que señala los derechos (civiles, políticos, socioeconómicos y culturales) disfrutables y los deberes que cumplir. Se caracteriza, además de por la atribución de los mencionados derechos, por varios elementos constituyentes: rango de estabilidad —que subsiste independientemente de la presencia física del sujeto—, subordinación al poder estatal y, al mismo tiempo, obligatoriedad de este para con sus ciudadanos y sus derechos.² La formación y el despliegue de una conciencia y praxis ciudadana se interrelacionan estrechamente con otros procesos dinámicos y multidimensionales. Entre ellos, los de la socialización política.³

Este proceso de internalización de formas, valores y creencias se materializa, en la práctica, mediante la participación ciudadana. Concebida como el involucramiento consciente y activo del sujeto en los procesos sociales, es susceptible de desplegarse en disímiles esferas de la realidad: empresarial, comunitaria, político-institucional, etc. Atraviesa por sucesivas fases

Premio *Temas* de Ensayo 2006 en la modalidad de Ciencias sociales.

de desarrollo en las cuales el protagonismo de los sujetos implicados resulta imprescindible: levantamiento de problemas, expresión de propuestas, elaboración de agenda, diseño y ejecución de un sistema de acciones, control y evaluación de estas, etc.

Hoy son apreciables diversas actitudes hostiles respecto al involucramiento activo de los ciudadanos en la *res publica*, que resultan antitéticas con la idea de formar el sujeto dinámico y comprometido que necesita una democracia. De estas conductas, la que denominaría *apologética* considera el actual orden de cosas como insuperable, al evaluar nuestra institucionalidad como la mejor opción *universalmente* posible, por lo que solo cabría esperar incrementos cuantitativos de sus prestaciones y no habría que transformar las actuales estructuras, toda vez que estas y sus ocupantes resultan ser los óptimos («este es el mejor orden posible», «antes todo era peor», «ellos saben lo mejor para nosotros»).

Por su parte la *acomodaticia*, hija del la rutina y el escepticismo, aparece como fruto de una conciencia cívica cansada —«esto no hay quien lo arregle ni quien lo hunda», «aquí nada va a cambiar», «que dirijan otros, porque a mí no me interesa la política»— aunque por lo general sus practicantes continúan insertados en la lógica funcional del sistema, participando periódicamente de los rituales y códigos que lo legitiman. Tomando como referente el escaso nivel de involucramiento consciente de los sujetos, esta modalidad puede considerarse una forma de desconexión velada que tributa al inmovilismo.

Una tercera tendencia negativa es la alternativa *rupturista*; es decir, la búsqueda de una desconexión con los mecanismos y entornos democráticos de participación y socialización políticas, optando por las salidas violentas e ilegítimas, de corte antisistémico.

Todas estas resultan actitudes previsibles y peligrosas dentro de un marco de acción democrático.

En la teoría (y praxis) política contemporánea cada vez son más reconocidas las relaciones existentes entre «condiciones de posibilidad» y los ordenamientos deseables para la acción ciudadana efectiva y protagónica. Esta no puede desarrollarse al margen de una práctica social e ideológica realmente pluralista, un modo de interpretar y organizar la vida social caracterizado por el reconocimiento y despliegue de una diversidad de discursos e interpretaciones culturales, ideológicas o filosóficas; pluralismo en cuyo marco la única opción excluida sería aquella cuya esencia atente contra la existencia de las otras. En oposición, el monismo es una cosmovisión animada por la idea de que una comunidad humana puede regir sus destinos por un principio o ley suprema única que anula la existencia de aquellas alternativas que, aun dentro del orden existente, puedan discrepar de las estructuras y

jerarquías impuestas por el discurso estatal dominante. El monismo no solo recelará de aquellas tendencias realmente hostiles, sino negará su existencia a todo lo que (aun siendo su aliado potencial) no se le subordine, o pertenezca a aquello que le parezca distinto y ajeno. El pluralismo debe tender a garantizar su reproducción y enriquecimiento, en tanto el monismo tributa a su propia degradación, a tornarse disfuncional en sociedades complejas y constreñir el desarrollo a meros (y cada vez más escasos) crecimientos cuantitativos.

De ahí que, para garantizar un sistema democrático de gobierno, constituya una condición indispensable un entorno institucional, normativo e ideológico dentro del cual la ciudadanía pueda ejercer el derecho de elegir a sus autoridades de forma libre, secreta e informada, por medio del sufragio popular. Ejercicio de consulta, no reducido al acto de votar, donde la población puede desplegar su potestad para formular demandas, dar opiniones, y aportar alternativas de solución de manera democrática. Y para lo que debe contar con alternativas reales (y no solo formales o aparentes) de opciones políticas o programáticas. Obviamente, es un asunto complejo y, en lo esencial, aún no satisfecho por la institucionalidad de las democracias liberales, ni por las experiencias populistas ni del llamado «socialismo de Estado».

Resulta necesario entender el término ciudadano no solo como el sujeto de derechos constitucionalmente garantizados, sino como quien actúa de manera responsable e interviene en la reproducción de la convivencia social y en sus condicionantes. Este accionar ha sido analizado en términos de *ciudadanía política*, definida como el derecho a participar en el poder político, ya sea como votante o mediante la práctica activa, o *ciudadanía social*, expresada en lo referente al derecho a un estándar básico de vida, bienestar y seguridad económica. Ambos enfoques, sin embargo, son interdependientes. Un conjunto de factores —pleno acceso a información, reglas transparentes y democráticas, garantía de recursos elementales de la participación— permiten el monitoreo y control público de los servicios ambientales y sociales, como asuntos esenciales para la vida de los ciudadanos. La consagración constitucional de prerrogativas ciudadanas resulta, por sí sola, insuficiente. Así, los derechos no reemplazan las responsabilidades de actuar de la ciudadanía: crean una oportunidad para ese ejercicio.

Cuba: balance de una experiencia

En Cuba, cualquier análisis de la actualidad que pretenda trascender la descripción y proyectarse positivamente debe reconocer el tremendo

significado de estas casi cinco décadas de esfuerzo liberador y de entrega de las mejores capacidades y energías de nuestros ciudadanos. La revolución de 1959, devenida un proceso socialista de liberación nacional, integró orgánica y originalmente, en un todo armónico, los ideales del proyecto nacional martiano: justicia social, independencia política, democracia y desarrollo económico. Y lo hizo atravesándolos, en su concreción, con renovadas dosis de democraticidad y compromiso cívico.⁴

Pero estos ideales ya estaban presentes en sus homólogos de 1868, 1895 y 1933. Solo variaron el nivel cualitativo del cambio propuesto y las disímiles medidas y combinaciones de los componentes propios de los procesos anteriores. De hecho, ya se había demostrado en 1868, el absurdo de pensar la independencia sin abrazar la emancipación del esclavo; de materializar las reivindicaciones proletarias de 1933 sin derrotar la dependencia económica neocolonial; de consagrar la derrota de la dictadura batistiana, en 1959, sin dar curso a una profunda revolución social que estremeciera todos los ordenes de la vida nacional. Porque en todos los casos, las revoluciones van a mostrarnos (y construir) un tipo de ciudadano que, al rebelarse contra el régimen existente, subvierte simultáneamente las bases de la dominación y apuesta por erigir un nuevo orden social, transformándose a sí mismo en el empeño.

Recurriendo a una metáfora, podríamos considerar que el pueblo revolucionario —la inmensa mayoría de la población cubana— constituido como especie de Voluntad General, suscribió un Contrato social *sui generis* que desarrolló en los años 60 un tipo específico de participación política, capaz de combinar la ratificación masiva, en grandes congregaciones populares, con la ejecutoria centralizada del liderazgo. Este elemento funcional a las necesidades de la etapa temprana del proyecto,⁵ a fines de la década comenzó a revelar síntomas de agotamiento. Se acudió entonces a una institucionalización desplegada paulatinamente a partir de la segunda mitad de los años 70. Sin embargo, ese proceso también resultó un fenómeno mediatizado que no agotó sus potencialidades democráticas, toda vez que paralelamente a la apertura de nuevos espacios codificados y estables de accionar ciudadano, fortaleció el aparato burocrático y consagró los rasgos centralizadores de la conducción social.

Sobre la apología que ciertos analistas hacen de los procesos masivos de participación sociopolítica alternativos a la democracia liberal, preciso una acotación. Sin desdeñar la pertinencia de cierta «democracia de congregación», no deben exagerarse sus potencialidades —ni ocultar sus peligros— para el funcionamiento estable y ordenado de una institucionalidad democrática. Nada puede sustituir la

participación sistemática institucionalizada y, en particular, el voto como mecanismo susceptible de vincular orgánicamente el ejercicio de la decisión individual, auténtica y madura, y la sabia sanción de las mayorías. Los otros mecanismos, realizados en grandes espacios, sin posibilidad de proyectar y debatir propuestas particulares, y donde el ciudadano es influido por la pasión de las masas y el magnetismo de líderes, pueden generar fenómenos como el unanimismo, la sugestión de los involucrados y el desconocimiento de los matices que resultan de una deliberación. Lo que debe diferenciar al socialismo de los rituales burgueses no es la anulación de la institucionalidad representativa sino su complementación con nuevos espacios democráticos —de productores, por ejemplo—, ni la supresión del debate y la discusión pre-decisional de alternativas, sino el reconocimiento de aquella pluralidad cuyos componentes (clasistas, socioculturales y de cualquier otra índole) tributen a la reproducción del proyecto popular.

Para muchos cubanos, el referente por el que se lucha durante estos casi cincuenta años puede codificarse con un denominador: el proyecto. Formar parte de este implica la pertenencia voluntaria y el compromiso militante, deviene entrega del individuo a una obra mayor donde subsume y realiza sus proyectos de vida, familia, etc. Por otro lado, esta denominación presupone un carácter racional y ordenado de construcción de un modelo de sociedad que rebasa lo meramente político para expresarse en modos de comportamiento, códigos y valores éticos, ideológicos y estéticos que configuran un modo particular de ser y devenir ciudadano. Muchos estaremos de acuerdo si consideramos el proceso cubano, esencialmente, como un proyecto anticapitalista que engloba modos de distribución, integración social y comportamientos ajenos a la lógica del capital.

Sobre el particular, no hay mayores disensos para quienes nos empeñamos en su defensa y renovación. El problema parece ser el posicionamiento, lo más objetivo posible en las actuales circunstancias, para valorar las posibilidades concretas de la acción ciudadana que perfeccione este esfuerzo compartido. Ello supone, ante todo, definir⁶ si aún sigue siendo «proyecto» para la mayoría de nuestra gente, que lo ha asumido, defendido y mantenido por décadas, y en especial entender qué sucede con aquellos sectores juveniles (nada insignificantes) que, sin ubicarse en su contra, no parecen asumirlo como suyo. Una de las claves es entender que los proyectos históricos cuentan con diferentes espacios de legitimación —históricos, institucionales, ideológicos, etc.— que pueden armonizarse, andar divorciados o, incluso, contraponerse entre sí, en dependencia del nivel de desgaste, credibilidad o eficiencia que posean.

Para los cubanos, como para cualquier pueblo, resulta evidente que el factor histórico, al margen de los plazos, va agotándose paulatinamente a velocidades cada vez mayores, sobre todo tras la desaparición de la generación protagonista de la insurrección (donde se incluye el liderazgo histórico). A mi juicio, lo que parece constatable es que, con independencia de los factores clasistas, grupales y territoriales, existe un condicionamiento epocal capaz de definir ciertos ambientes y conciencias generacionales que informan mentalidades y comportamientos, trascendiendo las determinaciones de otra índole. Ello haría que un burócrata, un campesino y un intelectual, al ser coetáneos, puedan diferenciarse o contraponerse, pero compartir, aun sin desearlo o concientizarlo, visiones, códigos y valores que constituyen puntos de partida y raseros para sus respectivos modos de medir y transformar la realidad.

En un modelo de socialismo de Estado, donde la educación pública y gratuita y ciertos criterios de igualdad social hacen coincidir en espacios comunes a los hijos de dirigentes y trabajadores, este factor adquiere un peso importante. De ese modo, lo temporal juzga implacablemente las capacidades renovadoras incorporadas (o ausentes) en los códigos comunicativos, los mecanismos de socialización y las estructuras rectoras del ordenamiento institucional de cualquier sociedad. Y la nuestra no es una excepción.

Como sabemos, el ser ciudadano no surge con nuestro nacimiento, necesita un sólido y continuo proceso educativo y se concreta en diversas dimensiones (axiológica, jurídico-normativa, institucional), las cuales, en su integración, definen el sentido de nuestro accionar cívico. Este se funda en tradiciones cimentadas por generaciones, pero debe responder a los cambios en la estructura socioclasista, los niveles culturales adquiridos y las influencias de entornos globales. Todo ello modificará los comportamientos ciudadanos y obligará a la legislación, la escuela y la política a dar cauce a nuevos modos de ser socialmente responsables y comprometidos.

Retos del rearme cívico

Exploremos entonces algunos de los retos planteados al proyecto socialista cubano a partir de las deformaciones sufridas por el comportamiento cívico en los últimos tiempos. Una merma del civismo se produce en procesos anticapitalistas históricos —como el cubano— cuando algunos ciudadanos (al interiorizar los cánones burocráticos) llegan a pensar que su necesaria posición crítica puede tomarse por una actitud antisistémica. La desmovilización general de la sociedad

activa puede operar, primero, como autoconvencimiento auténtico de numerosos sujetos («no es este el mejor momento para experimentos», «la crítica daña al proyecto», «no podemos preocupar a nuestros líderes») y después, mediado por experiencias transmitidas y prácticas sociales recurrentes, como mandamiento perverso incrustado en el sentido común («no te destaques», «no seas problemático»), que hace perder los referentes originales.

Dentro de los espacios políticos, ello se traduce en la promoción de la unanimidad trastrocada en unanimismo. La primera es parte del proceso de construcción y reconstrucción del necesario consenso dentro de una colectividad autónoma, un punto de arribo al que no se le ponen metas prefijadas, un instrumento más para articular la unidad popular y apoyar la aplicación de la idea que suponemos superior tras discutirse el resto de las opciones. En tanto en el unanimismo, donde el debate se sustituye o reduce a expresiones acotadas y formales, la voluntad colectiva se transfigura en una general abstracta y falseada, que realmente es la de quienes dirigen el escenario. En esta forma pervertida de unanimidad, los medios se convierten en fin, y aunque no se anuncie así, y se represente un ritual democrático, todos saben, a partir de su sentido común, que deben acomodarse a este tipo de comportamiento.

De arribarse a un estadio doméstico donde la segunda variante se generalice, ciertamente la mayor amenaza no provendrá de la infiltración de posibles agendas enemigas en el discurso propio, sino de la virtual parálisis de un orden social que cierre espacios a cualquier disenso no antagónico y empobrezca la búsqueda colectiva de soluciones. Todo esto nos lleva a considerar la pertinencia de fortalecer nuestro proyecto social a partir de un reconocimiento de la diversidad cultural, racial, clasista, regional y de género y, como correlato sociopolítico, el respeto y promoción de una auténtica pluralidad socialista. Por no partir de formulaciones abstractas e ingenuas, esta apuesta es capaz de reconocer que cada sociedad define los marcos en que puede desplegarse la pluralidad y materializarse los procedimientos y acciones que la consagran. Pero aun con esta salvedad, cualquier referencia a la pluralidad como un valor constituyente enfrenta poderosas oposiciones ya que, en ciertos sectores, impregnados de una alergia a lo diverso que podemos catalogar de «heterofobia», subsisten visiones que otorgan omnipresencia a una lectura reduccionista de lo político o, al menos, una posición preeminente en el amplio espectro de motivaciones, intereses y acciones de los ciudadanos.

Anteriormente me refería al problema generacional como una variable ineludible, una especie de luz roja

Resulta necesario entender el término ciudadano no solo como el sujeto de derechos constitucionalmente garantizados, sino como quien actúa de manera responsable e interviene en la reproducción de la convivencia social y en sus condicionantes.

que percibir por los implicados en la reconstrucción del paradigma socialista. Son precisamente esas nuevas generaciones las que frecuentemente muestran síntomas de desarraigo o inconformidad, al sufrir el impacto de problemáticas presentes en la sociedad cubana actual. Dificultades que, de manera formal, podríamos intentar desglosar en dos grandes grupos a partir de su relación con la vida del ciudadano: aquellas que inciden en la esfera privada y las que tributan al lado público del asunto. Obviamente, cualquier división de este signo tiene un valor instrumental, metodológico y no expresa un referente exacto ya que, como es evidente, los problemas de ambas esferas se interpenetran.

El impacto de las primeras en la vida del ciudadano no es desdeñable, ya que consumen cotidianamente buena parte de sus energías y capacidades. Entre estas ubicaríamos la insuficiente producción y comercialización de alimentos; el magro papel del salario como referente de valor real, y medio para reproducir las condiciones de vida; la difícil situación de la vivienda, etc. Problemas similares a los de cualquier país pobre, con la importante salvedad de contar, en nuestro caso, con una protección estatal lo suficientemente eficaz como para impedir la aparición de bolsones extendidos de miseria.

En esta dirección, un ejercicio cívico superior no puede limitarse a una «batalla contra las ilegalidades» que penalice las manifestaciones del fenómeno mientras soslaya las causas profundas y estructurales que lo engendran, y las demandas irresueltas que lo reproducen. Solo puede desplegarse sobre la base de la asunción y el enfrentamiento conjunto del Estado, representado por las administraciones, y la llamada sociedad civil,⁷ expresada en las diversas comunidades ciudadanas, a asuntos «oscuros», virtualmente invisibilizados hasta fecha reciente. Temas como la pobreza,⁸ hija tanto de las restricciones del bloqueo como de los errores y cortapisas impuestos al despliegue de la iniciativa socioeconómica ciudadana, pueden dejar de ser canchales de marginalidad y delito para convertirse en un espacio de accionar colectivo, multiplicador de capacidades, y debe solucionarse con la promoción de fórmulas de participación ciudadana.

No se trata de hacer un himno a la frugalidad impuesta o al subconsumo acumulado, ni cantar loas a una «pobreza virtuosa» digna de perpetuarse. La gente

no quiere envejecer en medio de privaciones, pero sí rescatar el valor de su trabajo (y del salario y demás formas de ingresos honestos) como medio para adquirir los bienes que necesita a fin de hacer más confortable su vida. Y en los espacios comunitarios cuenta con diversas potencialidades inexploradas (y frecuentemente desconocidas o penalizadas por la legislación) capaces de comprometer al ciudadano con su entorno barrial, regional y nacional, en la medida en que este le permita realizar su proyecto de vida sin necesidad de incurrir en la mal llamada «lucha», en el sueño de emigrar, o en apostar, parásitamente, a una existencia y mentalidad signadas por el *rentismo*, es decir, la dependencia de fuentes externas, más o menos estables, de financiamiento.

En otra dimensión del asunto (la que propuse definir como pública) las restricciones al debate y la información, así como el envejecimiento, formalización y estrechez de ciertos espacios de participación social, podrían resumir los principales problemas que lastran el perfeccionamiento de un accionar cívico comprometido con el proceso cubano. A pesar de los esfuerzos realizados en algunas esferas educacionales y culturales, el debate ha sido en lo fundamental desterrado de la cultura política promovida oficialmente, y se ha privilegiado la repetición memorística y la réplica monológica.⁹

El *quid* del asunto no reside en la existencia misma de cierto tipo de debate, pues este puede moverse hacia áreas «asépticas» que eluden las problemáticas más candentes. El problema está en sus alcances sociales, su capacidad de reflejar la realidad y la potencialidad para generar respuestas a los problemas más agudos de la colectividad humana. Y aquí, en la realidad concreta y palpable, nuestros déficits se aprecian en la formalización del debate en numerosos eventos públicos donde la espontaneidad se planifica y los planteamientos son previamente coordinados, en el discurso envejecido y cierta aparente desconexión de organizaciones con la realidad o en el desgaste injustificado que sufre la figura del *delegado*, dotado de escasa autonomía y poder de gestión, con lo cual se compromete la imagen de uno de los componentes más democráticos del sistema: los órganos de base del Poder Popular.

A mi juicio, uno de los dramas recurrentes de nuestra institucionalidad radica en que incluso los espacios y principios de regulación democrática instituidos —como los poderes populares y el llamado centralismo democrático de las organizaciones políticas— se enmarcan, como regla, en un orden de cosas verticalista y autoritario que limita su funcionamiento y erosiona la legitimidad y participación sociales. Por otro lado, las opciones ofrecidas por los llamados «disidentes», independientemente de las escasas posibilidades que tienen para nuclear y promover proyectos alternativos, se han subordinado, en una visible mayoría, a los intereses yanquis, reviviendo las peores tradiciones de servilismo, corrupción y politiquería domésticas y poniéndose al servicio del enemigo histórico de la nación cubana.¹⁰

Otro requisito *sine qua non* para formar una ciudadanía activa, es contar con espacios estables, legítimos e influyentes de opinión pública. La experiencia soviética demostró que allí donde se pierde (¿o nunca existió?) una sólida cultura de autonomía ciudadana, los ciudadanos se encuentran virtualmente desarmados para impedir un desmontaje del sistema. Y que, en ese contexto, este puede ser realizado, precisamente, por el único grupo social que cuenta con los recursos materiales, el capital cultural y las ambiciones necesarios para emprender la contrarrevolución capitalista: los sectores restauracionistas de la burocracia.¹¹

¿Será que el lenguaje cauteloso de algunos de nuestros cronistas, al abordar amplias franjas temáticas de la Cuba actual, es una afición o tendencia individual, «casualmente» multiplicada? Hace algún tiempo sabemos que la censura clásica, esa que se encontraba detrás de las puertas de una Oficina de Prensa gubernamental —como eufemísticamente se les llama en las democracias liberales— y las redacciones de los medios de prensa burgueses, no encuentra idéntica expresión en el socialismo de Estado. Pero cuando se manifiesta en la negación explícita a abordar determinados temas en los órganos masivos de difusión,¹² no posibilita el acceso a la información y la capacidad de proyectar socialmente expresiones de disenso o aprobación de las diversas colectividades que integran la sociedad; se pierde la capacidad de influir correctivamente antes de que ciertos errores se generalicen. Por supuesto, existen cuotas de flexibilidad y márgenes de maniobra que dependen tanto del reconocimiento ganado por algunos medios y actores sociales —el mundo cultural y los programas radiales, por ejemplo—, del prestigio, valentía y niveles de relación de ciertos periodistas y espacios, como de la formación intelectual de quienes detentan la dirección del órgano en que trabajan; pero esos matices no alteran, en lo general, el estado de cosas.¹³

En un plano más amplio, una reconsideración de nuestras potencialidades de activamiento cívico pasa por el reanálisis de la relación entre lo público y lo privado, en la confluencia de múltiples actores representados por los espacios estatales, mercantiles y comunitarios. Urge definir estrategias ante la penetración de una suerte de apología de lo mercantil y lo privado, y el creciente desprestigio de la idea de lo público identificándolo con la gestión tradicional de ciertas agencias estatales.

Para acometer la desmercantilización eficaz de esferas de la vida, debemos posicionarnos en las demandas de cada contexto. Lo que denomino *desmercantilización negativa* se reduce a la recuperación o el fortalecimiento del control estatal de la propiedad y la gestión de unidades económicas, pertinente en escenarios como el latinoamericano. En manos de un gobierno de beneficio popular, ello garantiza la soberanía nacional de las riquezas y recursos naturales, permite elevar los niveles de vida, extender prestaciones sociales, instrucción y sanidad. Por lo tanto, detiene y revierte la hipermercantilización neoliberal, no la supera dialécticamente. Incluso puede favorecer la posición de grupos dominantes (protoburgueses), al concentrar el poder económico en sus manos, y si ocurriera un cambio de correlación de fuerzas de los sujetos populares, se posibilitaría una rápida re-privatización, formándose incluso monopolios.

En cambio, puede intentarse —para el caso cubano— una *desmercantilización positiva*, y superar la lógica liberal, mediante el involucramiento de los trabajadores, vecinos, consumidores en diferentes espacios y niveles de participación. En esto resulta crucial el desarrollo de una cultura del consumo (y no del consumismo insostenible) con contenidos éticos y estéticos relacionados con la frugalidad, la suficiencia, la calidad y la elegancia. Para lograrlo se necesita desplegar estrategias fundadas en la noción de complementariedad, donde el Estado (asumiendo toda la propiedad y gestión o compartiéndola), las cooperativas, las unidades autogestionadas en usufructo, las pequeñas empresas familiares, comunitarias y en ciertos casos privadas, aporten sus fortalezas específicas al sistema socioeconómico.

Tenemos el reto formidable de impedir la apología del «mercado autorregulado y democrático» o del «capitalismo popular» —utopías conservadoras—, sobre todo porque allí donde persiste un subconsumo acumulado y existen regulaciones autoritarias al acceso a determinados bienes y servicios, la propaganda neoliberal de «consumo para todos» deviene especialmente seductora. Para esto, el mejor freno a la idolatría mercantil son los espacios mercantiles estables y responsables, comunitaria e institucionalmente

acotados: una profilaxis de dosis exactas para evitar el ansia y la adicción.

En resumen, se precisa redefinir lo público y reconstruir la contractualidad, promover el asociacionismo, rescatando el papel de las diversas mediaciones socioeconómicas —organizativas, legales, culturales—, como forma de evitar los enfoques binarios Estado-mercado.

Pero ese nuevo orden socioinstitucional requiere también un nuevo tipo de ciudadano, no un ente pasivo, ni tampoco un producto de laboratorio, un hombre nuevo *in vitro* que, por artificial, devendrá candidato indeseable y de segura extinción. El hacedor del socialismo cubano del siglo XXI será un hijo de las contradicciones inherentes a todo proyecto social, decidido —desde las posturas de un compromiso crítico— a resolverlas. Este no brotará de la nada, sino que se construirá en nuestros espacios públicos y privados con las herramientas de la educación y el derecho, la ética y la política, por un tipo de ciudadano que, reconfigurando la frase de Plutarco, crea que «nada cubano me es ajeno»

El socialismo pudiera intentar definirse a partir de varias dimensiones «existenciales». Como *estructura* refiere a una realidad tangible, expresada en determinado desarrollo de las instituciones y las formas organizativas de la vida social, de su substrato material tecnológico, entre otros. Es también *movimiento*, superación dialéctica donde lo estructural se va transformando constantemente hacia formas superiores de socialización de todas las esferas de la realidad, y no una mera sustitución de la lógica dominadora del capitalismo por otra diferente. Y es, por supuesto, *percepción* porque los sujetos deben sentirse más libres, actores conscientes y protagónicos de su propio destino, y no meros espectadores o herederos de una obra anterior. Esto último es crucial porque, si no sucede —como bien pueden explicarnos varios millones de ciudadanos esteuropeos—, el ideal socialista bien puede naufragar dejando la añoranza de los sectores populares por las conquistas sociales perdidas. De ahí que un cambio tremendo como el que nos proponemos solo pueda realizarse desde el compromiso consciente de grandes mayorías.

Miremos ahora al futuro y, apasionada o serenamente, interroguémonos: ante la insuficiente presencia de una ciudadanía activa, ¿a quién confiaremos los destinos de la nación? ¿A un modelo pseudoliberal carente de la acumulación material, la tradición organizativa y la cultura política metropolitanas, que zambulliría al país en las simas de la desigualdad, la corrupción estructural y el abandono de toda pretensión nacional de soberanía? ¿O acaso a sectores de la burocracia que, tras la desaparición del liderazgo

histórico, como demostró la experiencia esteuropea, iniciarán el tránsito hacia su definitiva conversión en burguesía?

Hoy tenemos la oportunidad y el desafío de poner a prueba la pertinencia de una efectiva pluralidad emancipadora de izquierdas que, reconstruyendo el paradigma nacional, nos reconstruya a nosotros mismos en el empeño. Confío en que para los cubanos ese proyecto será (todavía) viable y se apoyará en las mejores tradiciones y capacidades patrióticas, intelectuales y humanas, que ha desarrollado este país. Obviamente estos son solo algunos apuntes de una agenda en perenne construcción, como esfuerzo al que queremos contribuir quienes apostamos porque la cultura cívica y política del socialismo cubano supere sus lastres y transite por una senda de mayor participación, legitimidad y democracia. Una donde el ciudadano vea incluidos sus desafíos cotidianos y sus sueños excelsos; una que lo recrimine si no se implica, le posibilite realmente los medios y espacios para hacerlo, y fomente y reconozca la valía de ejercer un compromiso crítico.

Notas

1. Para una visión abarcadora y sugerente —aunque a ratos algo esquematizada— del devenir histórico de las concepciones e institucionalidad democráticas, véase David Held, *Modelos de democracia*, Alianza Editorial, Madrid, 2001.
2. Véase Martha Prieto, Lissette Pérez, Giselle Sarracino y Carlos Villabella, «Derechos constitucionales y sus garantías», en *Temas de Derecho constitucional cubano*, Tema VI, Editorial Félix Varela, La Habana, 2006.
3. La socialización se define como «los mecanismos de aprendizaje y conservación de las creencias y actitudes comunes a todos los miembros de una sociedad, lo que permite comparar las diversas comunidades con sus agencias de socialización y sus «culturas» propias (Jacques Lagroye, *Sociología política*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1993, p. 374). Se trata de entender el «proceso de formación del individuo bajo el influjo social, en otras palabras, el proceso mediante el cual el individuo incorpora todo un sistema de conocimientos, normas, valores que le facilitan su participación en uno u otro medio social» (Carlos Cabrera, comp., *Sociología política*, t. 2, Editorial Félix Varela, La Habana, 2004, p. 75).
4. Para un análisis de la relación entre el proyecto revolucionario y tópicos como la democracia, la participación popular y la legalidad, recomiendo la consulta de Julio Fernández Bulté, «Tras las pistas de la Revolución en cuarenta años de Derecho», *Temas*, n. 16-17, La Habana, octubre de 1998-junio de 1999, pp. 104-18.
5. Donde coexistían titánicas tareas por acometer (educativas, sanitarias, defensivas) y grandes masas dispuestas que, como regla, contaban con modestos niveles de instrucción y grandes dosis de entusiasmo y compromiso.
6. Y hacerlo como un acto racional y no meramente algo derivado de la fe, la pasión o la tradición.
7. Esta ni será un portentoso maná, preñado de bienaventuranzas, ni un demonio al que se precisa exorcizar. Como dice Fernando

Martínez Heredia, «la sociedad civil puede ser vehículo de la diversidad social, no solo para la satisfacción de necesidades insoslayables, sino como enriquecimiento de una identidad nacional que está ligada al socialismo, una diversidad de gente que ha ejercitado masivamente la solidaridad y posee fuertes sentimientos de comunidad poscapitalista. Puede cubrir con su cultura de participación y su cultura política espacios que va dejando vacíos el Estado, no para competir con él, sino para participar en un poder revolucionario en el cual el Estado debe ser un instrumento». «En el horno de los 90. Identidad y sociedad en la Cuba actual», *Corrimiento hacia el rojo*, Letras Cubanas, La Habana, 1999.

8. Hoy, la «situación de riesgo» abraza alrededor de 20% de la población habanera. Esta pobreza resulta incomparable con las realidades de inmensas poblaciones urbanas latinoamericanas pero, al mismo tiempo, poco congruente con las expectativas socialistas. Véase Ángela Ferriol, Maribel Ramos y Lía Añé, *Reforma económica y población en riesgo en Ciudad de la Habana*, Programa «Efectos sociales de las medidas de ajustes económicos sobre la ciudad. Diagnósticos y perspectivas», INIE-CEPDE/ONE, La Habana, enero de 2004.

9. Fijémonos, por ejemplo, en la proliferación de pseudodebates televisivos, donde los temas discutidos no reflejan las preocupaciones latentes y cotidianas de los ciudadanos y la puesta en escena muestra un largo monólogo —repartido entre diferentes actores—, y es prácticamente imposible encontrar siquiera matices importantes dentro de un mismo discurso identitario.

10. El fenómeno de la llamada «oposición», exagerado en su real peso numérico e influencia en la sociedad cubana, nos obliga a hacer una lectura distinta a la que realizaríamos de la contrarrevolución organizada durante las décadas de los 60 y los 70. En aquellos casos, se trataba de remanentes del antiguo orden, interesados en detener la ola transformadora de la Revolución y, por tanto, opuestos a la historia y al sentir mayoritario de la gente. Sencillamente, no eran legítimos. Hoy se trata de un asunto más complejo que comparte por igual el carácter de proyecto subversivo promovido por los gobiernos occidentales, y el hecho de expresar diversas insatisfacciones de un sector de la sociedad en un entorno pletórico de restricciones para cualquier forma de disenso organizado.

11. La burocracia, definida como el sector que en los regímenes de socialismo de Estado se ocupa de la dirección política profesional, la administración de las entidades económicas y la conducción de los aparatos ideológicos del Estado, no puede reducirse superficialmente a un concepto peyorativo, utilizado para describir el simple papeleo o ineficiencia estatales. Incluso, su naturaleza interna es lo suficientemente compleja como para encontrar, en su seno, a clásicos burócratas, oportunistas, dogmáticos y arribistas, junto a cuadros dotados de creatividad y pensamiento propio, sinceramente consagrados a la épica de un proyecto anticapitalista. Pese a ello, parece una regularidad que, incluso en los procesos más auténticos y de raigambre popular, conforme estos se prolongan, se va configurando en los burócratas una identidad y conciencia de grupo específico, distinguido del conjunto de la sociedad.

12. Hecho evidente cuando se considera que, generalmente, los Consejos de dirección (integrados por cuadros formados y enmarcados en una estructura jerárquica y rigurosamente organizada) parecen tener las mismas precisas orientaciones, porque los temas oscuros y los enfoques se repiten, de forma sospechosamente similar, de un medio a otro.

13. Pero no es ese el único nivel desde donde el flujo de ideas queda acotado a límites más o menos precisos. Existe una autocensura aprendida cuando el creador se mutila a sí mismo, cohibiéndose de abordar un problema que, por experiencias anteriores o ajenas, pudiera traerle complicaciones desagradables. Detrás del argumento de la autocensura se suelen escudar hoy, sin embargo, aquellos que padecen de cobardía política y no son capaces de defender sus verdades. Por otra parte, también existe una actitud honesta ante formas de censura que las consideran de alguna forma legítima, y se asumen voluntariamente por un autor cuando cree que revelar ciertos lados feos de la realidad puede comprometer la esencia humana y liberadora de un proyecto al que ha consagrado su talento y su vida.

Sobre la transición socialista en Cuba: un simposio

Jorge Luis Acanda González

*Profesor. Facultad de Filosofía e Historia,
Universidad de La Habana.*

Aurelio Alonso

Sociólogo. Casa de las Américas.

Narciso Cobo Roura

*Juez. Presidente de la Sociedad Cubana
de Derecho Económico.*

Alexis Codina Jiménez

*Profesor. Centro de Estudios de Técnicas de Dirección,
Universidad de la Habana.*

Ramón de la Cruz Ochoa

*Jurista. Profesor Adjunto de la Facultad de Derecho,
Universidad de La Habana.*

Rafael Hernández

Politólogo. Revista Temas.

Enrique Gómez Cabezas

Ingeniero. Director del Programa de Trabajadores Sociales.

Carlos Lage Codorníu

*Economista. Presidente de la Federación Estudiantil
Universitaria.*

Osvaldo Martínez

*Economista. Director del Centro de Investigaciones
de la Economía Mundial*

Isabel Monal

Filósofa. Directora de la revista Marx Ahora.

Concepción Nieves Ayús

Filósofa. Directora del Instituto de Filosofía.

Fernando Rojas Gutiérrez

Ensayista. Viceministro de Cultura.

con

Daybel Pañellas

Psicóloga y profesora. Universidad de La Habana.

La transición socialista cubana es un proceso no siempre bien comprendido dentro de la Isla, y muy tergiversado fuera. Además de constituir una realidad histórica desenvuelta a lo largo de diferentes etapas, esta transición se ha formulado desde los primeros años 60 —en textos clásicos de Fidel Castro y Che Guevara, así como de otros dirigentes e intelectuales cubanos—, hasta el periodo más reciente, con un referente común: la construcción de una sociedad más justa, equitativa, participativa, soberana, y con más altos y repartidos estándares de bienestar, libertad y dignidad ciudadanos. Su continuidad se expresa en la reiterada voluntad de desarrollar y corregir el sistema: «Queremos una transición para perfeccionar y hacer mejor nuestro socialismo», afirmó Raúl Castro apenas rebasado el momento más duro del Período especial (Juventud Rebelde, 7 de mayo de 1995).

Los problemas de la transición motivan la preocupación y el interés de los más diversos grupos sociales, y se discuten en una amplia gama de instancias y espacios, formales e informales, a lo largo de la Isla. Hemos elegido solo algunos de esos problemas, para someterlos a un panel de personas que se distinguen en el

campo de las ideas y el conocimiento, en la práctica social y política, pertenecientes a diferentes profesiones y generaciones. Les agradecemos su inmediata disposición y el tiempo dedicado —a pesar de sus muchas ocupaciones—, para contribuir a profundizar en complejos asuntos que, por su naturaleza, rebasan la contingencia inmediata. Este simposio no pretende que el lector saque sus propias conclusiones acerca de problemas cuya envergadura y resolución superan el alcance de estas páginas, sino apenas que considere algunas de sus facetas más significativas para la transición socialista y su futuro.

Rafael Hernández / Daybel Pañellas: En Cuba, ha habido varios ciclos de cambio o periodos de transición socialista —económica, social, política, cultural, ideológica— en el último medio siglo. La Revolución subvirtió el orden capitalista y formuló un proyecto socialista alternativo de carácter radical en los años 60; adoptó un modelo institucional más próximo a los socialismos históricos del este europeo en los 70; lo sometió a un debate crítico nacional durante la rectificación en la segunda mitad de los 80, antes de entrar en la crisis y las reformas del Período especial

en los 90, que trajeron consigo un nuevo ciclo de cambios y, de hecho, nuevos elementos en el funcionamiento del sistema.

¿Existe un período de transición o de cambio en curso actualmente? Si es así, ¿cómo lo definiría en relación con los anteriores?

Jorge Luis Acanda González: Sería un error pensar que una sociedad puede permanecer estática, en cierto momento empezar a transitar hacia algo diferente, y después volver a quedar inmóvil. La cuestión de la transición radica en determinar de qué tipo es y hacia dónde se dirige. Pero este asunto se complica debido a que *período de transición* en la *Vulgata* marxista —es decir, en el marxismo dogmático— fue el cliché para denominar una supuesta etapa intermedia entre el triunfo de la revolución y el comienzo del socialismo; en otras palabras, «la transición del capitalismo al socialismo». Este concepto, propio del esquema tradicional que desarrolló ese marxismo soviético dogmático, mecanicista, economicista, establecía etapas predeterminadas del desarrollo de la sociedad. Según este enfoque, primero ocurría el triunfo de la revolución, la toma del poder, y luego empezaba un período de transición en que se iban eliminando las relaciones de producción capitalistas y surgían las nuevas relaciones de producción socialistas. Esos dos tipos de relaciones iban coexistiendo, debilitándose las capitalistas y fortaleciéndose las socialistas, hasta que llegaba un momento en que las antiguas habían desaparecido y solo existían las nuevas. Sería entonces cuando terminaría el período de transición. Esta visión implicaba que todos los países socialistas, y sus respectivas Academias de Ciencias, se veían en la obligación de establecer la fecha de inicio y terminación de esa transición. Para los soviéticos, este período concluyó en 1936, porque ya en esa época —según ellos mismos plantearon—, habrían desaparecido todos los rezagos del capitalismo y habría comenzado algo llamado socialismo.

Hablar ahora de período de transición podría quizás despertar evocaciones inadecuadas en las generaciones que vivieron las discusiones suscitadas en Cuba al respecto, durante los años 70 y 80, hasta la debacle del socialismo. Entonces se decía que en la etapa de transición, el Estado asumía la forma de dictadura del proletariado; y que al rebasarse el período de transición *al* socialismo, este se volvía irreversible. ¿Por qué? Puesto que ya se habrían eliminado todas las relaciones de producción capitalistas, y todos los grupos sociales portadores de estas, las únicas clases que quedarían serían la clase obrera, el campesinado y los intelectuales. Por lo tanto, se deducía que de donde único podría emerger el capitalismo sería de una invasión extranjera.

Si la pregunta se formula en términos de definir la existencia en Cuba de un nuevo período de transición, sería necesario responder exorcizando el propio concepto. Ahora bien, si la pregunta fuera simplemente:

¿se está transitando en Cuba?, la respuesta sería que no hay forma de no estar transitando, pues en toda sociedad hay movimiento, y en ese sentido todo el mundo transita. Si se reformulara de esta otra forma: ¿hacia dónde tiende el movimiento social en Cuba, o hacia dónde va la transición?, entonces el problema tiene otras dimensiones.

Desde el año 1985 hasta hoy, las dinámicas del cambio han sido fuertes y diferenciadas. La llamada rectificación tenía como idea eliminar todo lo que tuviera que ver con mecanismos de mercado, retornar a un modelo que se apoyara más en otro tipo de resortes. En 1993, se inicia otra estrategia, que no busca un retorno, sino asumir las nuevas realidades y crear otras estructuraciones, no solo económicas, sino de aperturas de espacios y redimensionamiento del Estado. Este recortó muchas de sus tareas y funciones; la contractualidad comenzó a tener entonces un papel más importante en la relación Estado-individuo. A partir de 2005, el Estado tiende a asumir funciones anteriores, como por ejemplo, la cuestión de garantizar el pleno empleo. La transición se encamina en otra dirección. En general, podría decirse que la política de la transición se encuentra hoy ante una alternativa: mayor centralización del poder y la propiedad, o por el contrario, mayor socialización.

Aurelio Alonso: En torno al concepto de transición se han polarizado las posiciones ideológicas. Es necesario rescatarlo como una noción que denota una secuencia de cambios o reformas que pueden orientarse hacia una transformación radical del conjunto de la estructura social. En ese sentido, Cuba sí se encuentra en una transición. Desde 1959, ha tenido logros y también fracasos, ha adoptado rumbos que se han ido modificando en el camino, y sigue enfrentando numerosos desafíos.

Diría que hoy se trata de una transición dentro de la transición, generada después del derrumbe del socialismo en Europa del Este, con la quiebra de las fórmulas que caracterizaron el experimento socialista del siglo xx. Pero no se trata de un proceso de transición revertida, como ha sucedido en los países de Europa del Este. Las cuatro experiencias socialistas que sobreviven a nivel mundial —la china, la vietnamita, la coreana y la cubana— nacieron inspiradas en aquel experimento, pero han modificado su rumbo y reiniciado sus proyectos de reformas con otros derroteros, en búsqueda también de un ideal socialista. La nuestra es la única en Occidente.

Cuba inició su transición con muy poca experiencia y escasos referentes, aunque desde el comienzo con inspiración martiana. Siempre ha habido un sustrato martiano muy fuerte en nuestra ideología socialista. Pero la transición cubana se diferencia de su matriz, la

socialista iniciada por la Revolución bolchevique, en que durante los diez primeros años de nuestro experimento socialista, buscaba constituir un modelo autónomo, capaz de articularse en el sistema mundial de relaciones internacionales, no a través del bloque soviético —término absolutamente legítimo, a mi juicio, también— sino de manera independiente.

En aquella época, algunos interpretaron que el modelo cubano se estaba alineando con el chino. De hecho, hay que reconocer que China tiene el mérito de haber buscado y mostrado, por primera vez, que era posible y hasta necesario asumir el experimento socialista de una forma autónoma, no subalterna a los lineamientos que el Kremlin trataba de imponerle al resto de los socialismos. Esto tuvo lugar muy temprano, por supuesto, y también generó una confrontación muy fuerte con Moscú. Ahora bien, en su proyección política e ideológica, los chinos no se limitaron a defender un modelo autónomo, sino que, como país grande y muy poblado, tuvieron una visión de potencia competitiva, en la esfera internacional respecto a la influencia de la Unión Soviética. Esta política dio lugar a divisiones en los partidos comunistas en todo el mundo; e incluso trató de ejercer influencia en la Revolución cubana, rechazada públicamente por la dirigencia cubana, encabezada por Fidel, a mediados de los años 60. Cuba procuraba enrumbar su transición hacia un socialismo que no fuera subalterno al soviético, ni al chino. Esa época, en la que se cometieron también algunos errores, no estuvo exenta de dogmatismos; pero también hubo espacios de apertura, polémicas, debates, relacionados con la aspiración a mantener esta autonomía desde la política y desde el pensamiento, hasta que la economía cubana tuvo que admitir su bancarrota, después de la Zafra de los Diez millones; y la única salida disponible entonces fue la incorporación al CAME. Esta alianza económica también tendría implicaciones en el plano ideológico, aunque en la política internacional Cuba logró mantener una autonomía —característica de la impronta de Fidel— con la cual desarrolló el liderazgo de nuestra solidaridad con África, por ejemplo.

La soviétización ideológica no se debió solo a la relación con la URSS, sino a que entre nosotros también hubo una tendencia que la favorecía. Si bien desde su comienzo la transición tuvo un objetivo de justicia social, equidad, soberanía, esta modifica sus mecanismos, algunos de sus rumbos, sus pasos estratégicos menores, a principios de los años 70; y se articula al sistema soviético. Ahí se produce por primera vez una transición dentro de la transición. Se abandona la búsqueda de un modelo diferenciado, se impone la uniformidad ideológica y se reducen los espacios de debate.

Después del derrumbe del modelo socialista implantado en el siglo xx, se revela para Cuba y para

todo el mundo que pretende seguir siendo socialista, la necesidad de iniciar otra transición dentro de la gran transición hacia el objetivo socialista. Esta es una tercera etapa. Pero la estructura económica, el sistema de dirección y planificación de la economía, las estructuras políticas, la institucionalización del país se diseñaron sobre esquemas que, en general, copian el soviético. Hoy no hemos superado del todo los lastres de ese modelo, que es el del socialismo del siglo pasado.

Resistir y subsistir son dos conceptos distintos, no co-extensivos, pero sí muy relacionados; pues se trata, a lo largo de los 90, de resistir y subsistir en el plano de la continuidad de la sociedad cubana. Por otra parte, a partir del cambio de siglo existe un marco externo que vuelve a darle a Cuba una esperanza fundamentada de recuperación económica. Un proyecto de justicia social es sostenible, y puede reproducirse de manera ampliada a partir de que cree también un soporte económico. No lo tenemos todavía, y se dificulta por las condiciones de bloqueo, pero la suficiencia económica es imprescindible.

Narciso Cobo Roura: El término transición admite diferentes aproximaciones. Se suele hablar hoy de transición cuando se quiere significar el paso de una economía socialista a una economía de mercado. Este no es nuestro caso. Y habría que pensar dónde colocar otras experiencias como las de China o Viet Nam. De cualquier manera, toda transición supone que exista un modelo, un referente, una determinada dirección hacia la cual se transita. En nuestro país, creo, podemos hablar de una transición cubana como una continuidad. Estábamos —y estamos— en una fase de transición hacia el socialismo, que se vio dramáticamente interrumpida por el Período especial, y que hoy se está viendo estorbada por otros fenómenos, quizás de mayor complejidad.

No creo que transición y cambio sean términos intercambiables. Transitar siempre supondrá cambios. No estoy seguro de que suceda a la inversa. De manera necesaria, la transición presupone una dirección, y toda dirección, a su vez, una meta, un modelo, y todo modelo, una conducta. Ahí es donde interviene el Derecho. De alguna manera, es esa su principal función ordenadora: postular conductas. Toda norma encierra una expectativa de conducta, como también encierra o tutela un determinado valor.

Pero igualmente puede pasar que se establezcan determinadas conductas cuya exigencia resulte, por el contrario, disfuncional y generadora de contradicciones. Por ello, el cumplimiento o incumplimiento de una norma encierra un mensaje; es un indicador, nada despreciable, de qué tan acertada —o errada— fue la elección del modelo de conducta a seguir. Personalmente, no creo que le hayamos hecho mucho

caso a este indicador. Y esto tiene un costo social. Es de los fenómenos que hoy afectan nuestra transición.

Tenemos bastantes problemas que parecen estorbarla, al menos en lo que se refiere a la organización de las relaciones de producción, y que muchas veces obstaculizan no solo el desenvolvimiento de las fuerzas productivas, de las que hay una enorme potencialidad, sino también el proceso mismo de transformación del hombre como elemento central en la transición que nos proponemos. Esa es mi mayor preocupación.

A fines de la década de los años 80, el Llamamiento al IV Congreso del Partido fue un momento importante para nuestro país, de enjuiciamiento crítico de lo que podía lastrarnos en nuestro proyecto social. No es solo que entonces hubiera polémica sobre la transición, aunque se escribió sobre el tema, sino que, en lo fundamental, se polemizó sobre nuestra realidad, sobre los principales problemas que entendíamos nos afectaban y concernían a todos. Fue algo que realmente movilizó nuestra capacidad de repensarnos. Estos casi veinte años transcurridos han incorporado una reflexión más madura sobre los problemas de la transición, pero hay que hacerle un espacio mayor.

Alexis Codina Jiménez: Pienso que el «período de transición o cambio actual» es parte de la situación que se creó a inicios de los años 90, con la desaparición de la URSS y el campo socialista. Repentinamente, perdimos más de 80% de nuestras fuentes de abastecimientos externos y mercados de nuestras exportaciones, además del tipo de relaciones de colaboración y planes a largo plazo que le otorgaban al país una relativa estabilidad para planificar su economía y propiciar su desarrollo social. En menos de tres décadas, Cuba tuvo que enfrentar una reestructuración completa de sus relaciones externas, fuentes de suministros, equipamiento tecnológico, etc. Ya habíamos tenido que hacerlo al inicio de los 60, cuando los Estados Unidos rompieron completamente con Cuba e iniciaron el bloqueo. Pero ahora era más difícil, con los Estados Unidos como única super-potencia, arreciaron el bloqueo y las agresiones (leyes Torricelli y Helms Burton, mercenarios contratados por Posada Carriles poniendo bombas en hoteles) con todo su poderío para destruirnos. En tres años, el PIB cayó 35%, cientos de empresas pararon, miles de trabajadores quedaron sin empleo. Es difícil encontrar un país que haya tenido que enfrentar una situación como esta.

He recordado esto porque la recuperación que hemos tenido en algunas actividades y los altos ritmos de crecimiento de la economía en los últimos años han generado en algunos compañeros cierta impaciencia por ver los resultados. Pero la «descapitalización» de más de una década no se recupera rápidamente. Empezamos por la reparación de todas las escuelas,

después los hospitales, la generación de electricidad, entre otras; pero el transporte (interprovincial y local), la red de viales, abastecimiento y distribución de agua, puertos, construcción y reparación de viviendas —que ya tenía importantes déficits acumulados— y la recuperación de esas ramas requiere incontables recursos y esfuerzos. Muchas de estas actividades son «nudos de enlace» y de apoyo, vitales para el desarrollo económico-social del país y su recuperación solo puede asumirse con recursos centralizados.

Si tengo que caracterizar la etapa actual, desde el punto de vista económico, diría que es de «recuperación y acumulación para el desarrollo». Los convenios y contratos con China y Venezuela nos han dado nuevas posibilidades de suministros y mercados, pero son compromisos que deben pagarse. A diferencia de períodos anteriores, en que solo teníamos azúcar, níquel, y tabaco, para pagar lo que importamos, ahora contamos con productos y servicios de alto valor agregado. La extraordinaria inversión que ha hecho la Revolución en el desarrollo de su «capital humano» (que algunos criticaron por ser «gastos improductivos») nos permite exportar servicios médicos y medicamentos, entre otros productos del «conocimiento». Si le agregamos el turismo, podemos ver que la estructura de las fuentes de ingresos externos de Cuba se ha modificado radicalmente durante la última década, de exportador de productos primarios a exportador de servicios.

En las nuevas condiciones, sin planes a largo plazo que nos aseguren los suministros y mercados externos, la lucha por la eficiencia, el ahorro de recursos y la disciplina cobran mas importancia que nunca antes. Pienso que la medida de centralizar los recursos en divisas responde a necesidades coyunturales, para garantizar, de forma más rápida, la «recuperación». Además, al iniciarse la crisis de los 90, tuvimos que liberalizar muchas cosas, y las empresas no siempre hicieron una utilización eficiente de los recursos de que disponían; los gastos en divisas aumentaban, mientras que los aportes disminuían.

La recuperación no solo es necesaria en el plano económico, sino también social y ético. La situación que se generó con la crisis afectó, sensiblemente, el comportamiento social y determinados valores. Ante las limitaciones de recursos y la contracción en la satisfacción de necesidades sociales, en mucha gente el «sálvese quien pueda» y el «resolver» desplazaron a la solidaridad y los valores éticos; empezaron a manifestarse nuevas formas de prostitución y de «apropiación» de recursos.

Pero cuando analicemos el Período especial, no debemos pensar solo en penurias, sino también en las enseñanzas y lo que representó en diferentes planos.

Por primera vez nos quedamos totalmente solos y más amenazados que nunca antes; dependíamos exclusivamente de nuestras fuerzas. Ni las izquierdas más ortodoxas apostaban un centavo por la supervivencia de la Revolución; muchos prepararon sus maletas para venir a Cuba a «recuperar» sus cosas. Nuestros cuadros desplegaron iniciativas y energías increíbles. No es casual que fue el período en que en la Universidad recibimos más solicitudes que nunca antes para la superación de cuadros en técnicas de dirección —formulación de estrategias, gestión de la calidad, *marketing*, negociaciones—, así como de consultorías, para la preparación de estrategias competitivas, programas de cambio, planes de *marketing* para mercados internacionales, entre otros. La población respondió de forma admirable al llamado de Fidel de «resistir hasta que la patria pueda recuperarse».

Cuando hablo en otros países de lo que pasó en Cuba en esos años y le pregunto a la gente qué gobierno de América Latina habría podido sostenerse, todos coinciden en que ninguno. Pienso que esa es una experiencia muy valiosa, para el presente y para el futuro.

Ramón de la Cruz Ochoa: No observo un proceso de transición en curso en Cuba. Quizás estemos en vísperas de una nueva etapa de la Revolución, pero no de una transición. Estamos todavía en el Período especial, quizás en su fase final, pero persisten algunas de sus consecuencias más negativas. Mencionemos solo algunas no solucionadas del todo; entre estas, la doble circulación de moneda o la diferencia entre los salarios y el costo de la vida, que sigue siendo demasiado pronunciada. En esta etapa hay problemas económicos con implicaciones sociales muy fuertes que no están resueltas. Además de los mencionados, tenemos el problema de la indisciplina en el trabajo, provocada o aumentada por el Período especial; la crisis del transporte; la falta de exigencia, etcétera.

Un problema central es el irrespeto a las leyes, a la legalidad, no solamente en la sociedad, sino en las instituciones, así como la corrupción. Ya estaban presentes antes del Período especial, pero como consecuencia de este, se potenciaron.

La debilidad de las instituciones es manifiesta. Los Tribunales y la Fiscalía. deben aumentar su papel en la vida institucional del país. Estos existen no solo en función del control del delito, sino con funciones importantes de reacción del Estado ante cualquier conflicto, a las que deben responder con la necesaria energía y autonomía. Deben ser órganos cuya tarea esencial sea el cumplimiento de la ley y la garantía del ciudadano ante cualquier ilegalidad o arbitrariedad de algún funcionario o ciudadano.

Es necesario fortalecer el papel de la Asamblea Nacional, y las Asambleas Provinciales y Municipales

del Poder Popular. Si no logramos que estas instituciones desempeñen el papel que les corresponde no hay democracia socialista.

Para poder hablar de una nueva etapa, habría que rebasar estos problemas, o al menos enfrentarlos de manera más sistemática, abierta y decidida.

Enrique Gómez Cabezas: Sí, hay una transición hacia una sociedad más socialista. Estas transformaciones ocurren en el contexto de una sociedad que se vio muy afectada en su ritmo de desarrollo, «tocó fondo» como consecuencia de los trascendentales cambios que ocurrieron en el mundo a finales de los años 80 e inicios de los 90. Nuestro proceso tuvo que hacer concesiones tácticas para sobrevivir, y ahora emerge con una recuperación económica gradual y lucha por alcanzar niveles de justicia social e igualdad superiores. Las transformaciones también corresponden al momento histórico que vive la humanidad: los procesos que se suceden en el continente, el ejercicio de la hegemonía del imperialismo y la crisis medioambiental.

Desde el año 2000, con la Batalla de ideas, se ha vivido en Cuba una etapa de cambios constantes y profundos. La Revolución se encuentra en un proceso de revisión y análisis permanente de cómo hacemos cada cosa, en una lucha contra la rutina, y se propone cambiar todo lo que debe ser cambiado, ganando conciencia de lo mucho que podemos hacer para tener una sociedad mejor, con la mira puesta en el objetivo esencial de perseverar en conquistar toda la justicia; para ello tendrá que ser el sistema socialista el que marque el derrotero de los cambios que se producen y se seguirán produciendo en Cuba. La dirección de la Revolución ha liderado este proceso de cambios en todos los órdenes de la vida social.

Desde nuestra experiencia en el Programa de los Trabajadores Sociales podríamos ejemplificar mejor. El Comandante en Jefe ha calificado a este contingente, ya con más de cuarenta mil miembros, como una especie de microscopio social con el encargo de escudriñar la sociedad, identificar cada uno de los problemas que puedan estar presentes y coordinar las acciones para transformar las causas y condiciones que los originan, a veces prejuicios existentes, herencias culturales de siglos de desigualdades y también por fallas en el trabajo de instituciones del país. No es para nada frecuente que un gobierno se lance a fondo a una búsqueda en detalle de los problemas existentes en la complejidad del entramado social, y asuma el reto de atenderlos, con el compromiso de que en una sociedad que se considere justa ningún ser humano debe quedar abandonado a su suerte.

Te puedo hablar de algunos de los problemas sociales estudiados donde se ponen en práctica estas reglas. Una de las primeras tareas fue la atención a los

jóvenes desvinculados, que empezó por conocer a cada uno, indagar su situación, su nivel de preparación, sus aspiraciones. Ya sabíamos la relación existente entre marginalidad y delito. Fidel había expresado un principio de justicia social que marcaba la pauta en esta tarea cuando expresó que una sociedad donde el hombre sobrara no servía para nada, esta era una cuestión que no resistía un análisis ético. Muchos de estos jóvenes desvinculados aspiraban a empleos para los que no estaban preparados y surgió la solución del estudio como opción de empleo. Más de trescientos ochenta mil de estos jóvenes han ingresado a programas de superación y cerca de cien mil continúan hoy estudios universitarios. De desvinculados, con una autoestima baja en muchos casos y no pocas a las puertas de la prisión, han pasado a ser estudiantes universitarios con un nuevo proyecto de vida, una elevada autoestima, y reconocimiento social. Se va gestando una verdadera transformación.

El avance hacia el acceso pleno a la educación superior, proceso al que llamamos «Universalización de la Universidad» es una señal de la orientación de los cambios en Cuba. El modelo de la nueva universidad tiene ya más de tres mil sedes en los municipios, resultado de romper esquemas, del espíritu de buscar soluciones. No hubo que hacer todas estas construcciones, las aulas de la infraestructura educacional existente en los municipios para los diferentes niveles y tipos de enseñanzas, funcionan también para los estudiantes universitarios cuando en estas concluyen las clases de los horarios habituales. También los policlínicos, los talleres de los centros, los laboratorios, se convierten en escenarios de las universidades: es el país convertido en una gran universidad. Los profesores se forman de la gran cantera de profesionales graduados por la Revolución. Hoy el número de profesores universitarios se ha multiplicado cinco veces con estos profesionales que se desempeñan como docentes adjuntos y dan las clases en sus propios municipios.

Otro cambio que se opera en la sociedad cubana actual es el tratamiento social del delito. La solución no puede ser las prisiones. Hay que ir a las causas del problema, que no se pueden cambiar de hoy para mañana, ni espontáneamente. Hoy tenemos más claro lo que se puede lograr. Es un proceso social: hay que discutir, educar, cambiar mentalidades de personas e instituciones, ir avanzando y midiendo el efecto. Tenemos la convicción de que la solución está en la atención efectiva a los problemas sociales que originan el delito y no en las prisiones, que son un recurso no deseado, tal vez inevitable por un período. Se reajustan las políticas penales para evitar, siempre que sea posible, que cuando un joven infrinja la ley y deba ser sancionado,

vaya a una prisión. Se ha desarrollado, con jóvenes que han delinquido, la experiencia de la aplicación de sanciones sin internamiento, cumpliendo la medida del tribunal en su propia comunidad, incorporados a la sociedad, superándose, trabajando. Por otro lado, se avanza en la dirección de crear las condiciones necesarias para la reinserción social de los que salen de las prisiones, que suelen ser mirados con cierto recelo, pues aunque nuestras leyes establecen la obligación de garantizar empleo a cada uno de los que egresan de las cárceles, hay que trabajar en la conciencia social para que sean aceptados, de manera que su centro de trabajo y la comunidad donde se incorporen asuman la responsabilidad de darles el apoyo social que necesitan. Hay que plantearse el problema integralmente, persuadir a personas e instituciones. Y son necesarios nuevos cambios, ya no a nivel macro, sino microsociales, con los que tienen que interpretar el espíritu de esa ley, y no solo ocuparse de su aplicación práctica, que no es suficiente para superar los estereotipos y los prejuicios asociados a ellos.

Dentro de las prisiones, el reto es transformarlas en escuelas: hay experiencias muy alentadoras de centros de internos que funcionan estructuralmente como escuelas donde se logran resultados educativos, se desarrollan nuevas motivaciones en las vidas de los sancionados, y se observa cómo mejoran las relaciones humanas; aparecen nuevos tipos de liderazgos que cambian la historia de la ley del más fuerte en las prisiones, por el reconocimiento al que ayuda a los demás o al monitor de la clase. Algo que ha superado las expectativas es la motivación de los presos por superarse, lo cual le permite al individuo salir mejor preparado para incorporarse nuevamente a la vida en sociedad. Hoy funcionan veintinueve sedes universitarias en las prisiones de Cuba. ¿Está hecho todo? No lo creo; estos ejemplos solo marcan el camino, pero hay mucho más por hacer.

También está la experiencia de la movilización de los trabajadores sociales para detectar y rectificar las prácticas viciadas en la distribución de los combustibles, desvío, despilfarro y descontrol en los servicentros, y así poder multiplicar dos veces y media la venta de combustibles al sector privado. Participaron diez mil cuatrocientos trabajadores sociales. Esta tarea demostró la capacidad de la Revolución para revertir situaciones tan complejas como las relacionadas con el robo y la corrupción. Los llamados nuevos ricos fueron denunciados con todas las evidencias y recibieron, sobre todo, una sanción moral. A esta tarea siguieron muchas otras que se enmarcan dentro de la Revolución energética. No es solo ir a una vivienda a promover una conciencia de ahorro —algo de por sí sumamente importante—, sino hacer un censo del potencial de

¿Existe un período de transición o de cambio en curso actualmente? Si es así, ¿cómo lo definiría en relación con los anteriores?

disminución del consumo energético en cada casa, cambiar desde un bombillo incandescente hasta un refrigerador, un aire acondicionado o un televisor. Organizar la participación de la comunidad, una y otra vez, en los numerosos programas de la Revolución energética que se llevan a cabo. Todo esto demuestra la posibilidad de la sociedad humana de hacer un uso racional de los recursos disponibles, única vía para la preservación de la especie ante los enormes desafíos que enfrenta.

Claro, no solo los cambios ocurren en los frentes en que trabajamos directamente. En nuestro sistema de salud, con indicadores de referencia para los organismos internacionales, la Revolución lleva a cabo una verdadera transformación. Por ejemplo: como resultado del análisis de los problemas de salud que presenta en la actualidad nuestra población, hoy más envejecida, se han creado en la comunidad un grupo de nuevos servicios como los de fisioterapia, terapia intensiva, óptica, servicios de atención más efectiva a urgencias cardiovasculares, cirugías, laboratorios, rayos X, ultrasonido, entre otros. De igual manera, se requería atender las causas de la mortalidad infantil para lograr indicadores por debajo de 6 por cada mil nacidos vivos y se ha desarrollado un programa de genética comunitaria que dispone de equipamientos y especialistas formados para ello. ¿Cuántos otros cambios pudiéramos enumerar?

Carlos Lage Codorníu: En los años de la Revolución, el tránsito ha estado marcado por la búsqueda de un rumbo hacia la construcción socialista. La transición —el proceso de cambio y adaptación que vive hoy la Revolución cubana— además de recurrir a medios que respondan a la coyuntura actual, se caracteriza por plantearse una transformación en la forma de pensar y de construir el proyecto socialista cubano.

En primer lugar, dentro del paradigma del socialismo, el modelo cubano resulta prácticamente contrario a lo que existe en la mayor parte del mundo, a pesar de la aparición reciente de gobiernos de izquierda, sobre todo en América Latina. En segundo, a reserva de cierta recuperación de los efectos de la crisis, sus costos se expresan en el plano interno de la Revolución: no solo en las condiciones materiales, sino en los valores de las personas, y sobre todo, de los jóvenes. En tercero, el poder de la globalización, el impacto de las nuevas tecnologías, de la transculturación

y la fuerza comercial del capitalismo son factores que funcionan como una maquinaria muy eficiente de influencia sobre nuestro proceso. Esta situación impone a la Revolución la necesidad de repensar la manera de articular nuestro modelo y participar en él.

Si entendemos la transición actual como esta necesidad de repensar el socialismo cubano, se podrían identificar algunos temas que no deben esperar. Uno que atañe a la mayoría de los cubanos consiste en la necesidad de que la Revolución se exprese en la vida material de las familias, donde se debe sentir el impacto de la recuperación económica; esto es, en la comida, ciertas comodidades, los salarios. En los años de la crisis había un sentido de resistencia y se comprendían las carencias; pero ya estamos en una etapa en que sí se ven llegar los recursos, y es más difícil que todo el mundo se identifique con su lógica de distribución, que no es igual en todos los sectores. La recuperación económica se ha sentido, pero resulta insuficiente. Existen preocupaciones relacionadas con la necesidad de recuperar el valor del trabajo, de su significación para el individuo, la eficiencia en la producción, el aseguramiento de una distribución lo más equitativa posible.

Otro tema muy amplio es el referente al fortalecimiento de la credibilidad en las instituciones y organizaciones, y su reconversión en espacios reales de participación. Ello implica, a su vez, la necesidad de replantearse las maneras de hacer trabajo político.

Finalmente, está el tema referente al ámbito educativo-formativo. Erróneamente, se podría pensar que es innecesario, pues se trata de un área muy trabajada desde de la Revolución. Aunque se presupone que estamos educando y formando, nuestros métodos no siempre han funcionado. No basta con instalar un canal de televisión educativa o ampliar la enseñanza universitaria mediante la universalización. Estas transformaciones puestas en práctica durante los últimos años, han tenido un impacto incuestionable, pero no son suficientes aún si se trata de preparar a las generaciones jóvenes para enfrentar su mundo.

Oswaldo Martínez: La transición equivale al proceso de construcción del socialismo. Ahí radica una de las diferencias importantes entre capitalismo y socialismo. El primero tiene un amplio rango de autoconstrucción espontánea, dado por la acción del mercado. Especialmente después de la experiencia del derrumbe

del socialismo en la Unión Soviética, está claro que el socialismo se construye conscientemente, no se puede confiar en mecanismos espontáneos. La construcción del socialismo en Cuba empieza en algún momento situado hacia fines de 1960, coincidente con el proceso de grandes nacionalizaciones, a partir del cual desaparecieron las estructuras capitalistas de propiedad sobre los medios de producción fundamentales. Este proceso de transición ha tenido diferentes etapas. Una transcurrió durante toda la década del 60, cuando la Revolución cubana no tenía aún una relación tan estrecha con los países socialistas. Es una fase de una gran dinámica de búsquedas y de debates sobre los problemas de la transición socialista. Hay una segunda etapa, que pudiéramos llamar de la institucionalización. En esta no se perdieron los rasgos originales sustantivos de la Revolución cubana, y hubo un grado de avance en nuestro desarrollo económico. Allí predominó una concepción de la transición que tendía a caracterizarla según estaba en los libros, como algo dado, establecido, que se guiaba por la Unión Soviética como modelo. La vida demostró que no era así. El derrumbe de ese modelo del llamado socialismo real abrió una nueva etapa, la de la sobrevivencia, en la que se intenta mantener el proyecto socialista en las más adversas condiciones imaginables, aquellas que ninguna teoría había pensado; vale decir, en las condiciones de un país pequeño y subdesarrollado, sin apoyo externo alguno, en medio del bloqueo y de la profunda crisis económica e ideológica que significó la desaparición de aquel mundo socialista europeo.

La construcción del socialismo, esa transición, sigue abierta para nosotros en un proceso de aprendizaje y debate constantes. Hoy, más que nunca antes, la transición socialista constituye una aventura en la cual solo el debate, la imaginación —no en el sentido aventurero y superficial del término, sino en el buen sentido teórico y político—, y el tener en cuenta con mucha fuerza las experiencias del pasado, nos pueden servir como brújula en este bosque intrincado. Por supuesto, abrirse paso por ese bosque es mil veces mejor que retroceder al capitalismo. En estos momentos ya se habla y se discute en el mundo —y en América Latina en particular— acerca del socialismo del siglo XXI; y se puede advertir un retroceso del neoliberalismo en esta región, donde los movimientos sociales han irrumpido con una fuerza significativa y se respira un ambiente de búsqueda tenaz de fórmulas alternativas al dominio capitalista. Para decirlo en términos literarios, el socialismo tiene una segunda oportunidad para repensarse. Para los cubanos, repensar el socialismo implica una gran dosis de responsabilidad. Se trata de valorar el significado de las cosas fundamentales que hemos alcanzado para avanzar, a partir de ellas, en ese

socialismo del siglo XXI. Cuando uso esta expresión, no estoy aludiendo a una copia mimética de Venezuela. Una de las cualidades de ese socialismo debe ser que nadie debe imitar a nadie, sino que cada uno debe tener sus propios olores y colores nacionales. En cierta época, hablar de los socialismos nacionales era casi herético, porque se suponía que el socialismo era un cuerpo rígido con características similares en todos los países.

Pensándolo desde sus conceptos fundamentales, el socialismo es la ausencia de la explotación del hombre por el hombre, la práctica de un altísimo grado de equidad social, las más amplias posibilidades de acceso a la cultura, cimentadas en el acceso a la educación, las mayores posibilidades de desarrollo de la ciencia y la técnica. Debe ser construido por los hombres y mujeres más cultos posibles, considerando la cultura en términos de aquel escudo y aquella espada que Fidel nos recordaba en una ocasión; y con el criterio más amplio, sin exclusiones, curados de las enfermedades del pasado. Sobre esa base, existe una segunda oportunidad, no solo para Cuba, sino también para el socialismo, en un sentido general. Estamos ubicados en la región del planeta donde es más evidente la ruptura del sistema de dominio imperial. Hay perspectivas promisorias, como el ALBA, que aunque no es el socialismo del siglo XXI, permiten pensar en una integración latinoamericana no dictada por la ventaja comparativa de mercado, que ha dominado todos los procesos de integración dentro y fuera de América Latina, sino uno que empiece por enfatizar la atención a la salud, la educación, la alfabetización, que se base en principios de solidaridad y de cooperación, de modo que constituyan no la retórica del discurso integracionista, sino la sustancia del proceso. Ahí disponemos de un embrión de socialismo del siglo XXI, con una proyección internacional sumamente promisorio.

Por eso debemos hablar de la transición en términos muy diferentes a como lo podríamos hacer en los años 80, cuando el socialismo real y sus manuales pesaban mucho e imponían un modo de enfoque del problema. Aunque el derrumbe de este socialismo ha sido dañino en muchos aspectos, también tiene el lado positivo de habernos liberado la mente de ciertas ataduras, y ahora podemos pensarlo en términos frescos, no de una iglesia internacional, sino en la forma como lo hacía Marx cuando hablaba de la Internacional: un conjunto de pueblos que basaran sus relaciones en la solidaridad y en la cooperación.

Isabel Monal: No creo que en Cuba haya habido varias transiciones. La transición ha sido una sola, aunque ya lleva más de cuatro décadas. El concepto de transición en Marx y Engels, que en alemán es *Übergang*, resulta fundamental. Al respecto existe mucho debate y ambigüedad desde el inicio, por parte incluso de los

propios autores, de Lenin y de otros grandes pensadores y revolucionarios posteriores. No hay una teoría de la transición, como tal, en Marx y Engels, pero sí una concepción sobre ella; y aun cuando resaltan sus trabajos y análisis de la transición del feudalismo al capitalismo y —lo que para algunos teóricos es una piedra de toque del marxismo— la transición socialista, o lo que otros llaman transición al socialismo. Personalmente, considero que la categoría «transición socialista» es la que con mayor exactitud refleja la concepción de los fundadores; con ello no olvido que Marx y Engels hablaban del período de transición sin denominarlo específicamente socialista, un uso que se instituyó posteriormente. En mi respuesta, me referiré al concepto de transición como lo elaboraron los clásicos.

En Cuba, o en cualquier otro caso, se trata de un proceso contradictorio, con sus alzas y sus bajas, pero que es uno solo. Empezó a principios de los años 60, y tiene en su interior fases, etapas, y una diversidad de elementos. Nuestras propias concepciones sobre el socialismo y el comunismo se han modificado a partir de la experiencia interna y también de las enseñanzas de otros procesos. Muchas de las modificaciones que hemos hecho eran necesarias para la salud del propio proceso, y otras han sido impuestas por una realidad muy adversa.

Esta de los años 90 es una fase a la vez gloriosa y negativa. Lo primero, porque es increíble que hayamos vivido ese período y no solo estemos aquí, sino que hoy la Revolución cubana es una referencia —incluso con mayor fuerza que antes fuera de Cuba— para muchísimos movimientos progresistas y populares de otros países. Pero también es muy negativa, porque ha dañado mucho los valores éticos que había forjado la propia Revolución. A mi juicio, en ninguna otra formación económico-social la ética tiene un papel tan importante como en la sociedad socialista, porque esa formación económico-social depende, en una medida mayor que ninguna anterior, de sus ciudadanos, de los revolucionarios y de todos los que conforman la sociedad, cualquier capa o grupo.

Los valores incluyen muchísimas dimensiones, además de la ética, el sentido de la vida, una cierta jerarquía de las funciones de cada uno, etc. Aunque estamos haciendo un esfuerzo por superar lo ocurrido en la década de los 90, no se ha podido recuperar plenamente uno de los elementos fundamentales del socialismo: la distribución según el trabajo. Por otra parte, ya no se habla casi nunca de comunismo; por ejemplo, para América Latina, la idea que se proclama es el socialismo, cuando en realidad se trata de una meta intermedia. Esa sociedad comunista no está tan cercana como Marx y Engels pensaron inicialmente; ni tampoco

como la pensó Lenin, que fue más realista. Marx y Engels evitaron idear modelos ni tesis abstractas. Los grandes revolucionarios que los sucedieron —Lenin, Fidel Castro, el Che— también elaboraron sus proposiciones, sus experimentos, la mayoría de los cuales ha tenido éxito, sobre todo desde el punto de vista político. En eso, la Revolución cubana ha hecho aportes fundamentales. Me preocupa la ausencia de referencia al comunismo hoy y el tratamiento del socialismo separado de la idea comunista; esto puede traer consecuencias perniciosas.

A mi juicio, se exagera la influencia de la Unión Soviética y de otros países socialistas en el proceso cubano. No niego que cometimos errores copiando; pero no es lo fundamental que haya caracterizado nuestro proceso. Aun cuando nos dejamos llevar a ratos por ellos, siempre hubo un elemento de autenticidad predominante en la Revolución cubana. Otro elemento que se debe tener en cuenta es que nuestras bases materiales dependían muchísimo de las de los otros países socialistas. Y ahora, por tercera vez, la Revolución cubana tiene que modificar los elementos de sus infraestructuras materiales. El proceso del socialismo cubano ha tenido que enfrentar tres veces un cambio total de estas. Esto fue impuesto por una serie de factores impredecibles, que han hecho muy difícil y complejo el tránsito cubano.

Una de las concepciones que más ha desarrollado la Revolución en este período es la idea de democracia. Aunque pudiera parecer contradictorio, habría que señalar que si bien hay una relación entre economía y política, esta no es del tipo que le impida a la política generar, de una manera creativa, nuevos aportes. Desde que nace, el proceso revolucionario cubano es muy democrático. En aquel primer período de la década de los años 60 e inicios de los 70, había elementos sobre los que no teorizamos, pero estaban presentes; por ejemplo, la sociedad civil creada por el socialismo. Las sociedades civiles dependen del tipo de sociedad, no son todas iguales. La Revolución cubana, desde el primer día, le dio un peso enorme a los movimientos sociales, uno de los aspectos de la sociedad civil. Siempre hubo un peso muy grande de la política. En la década de los 90, uno de los elementos que permitió mantener firme a esta sociedad, su unidad, su convicción, su conciencia, fue la idea de que la caída de la Revolución y el socialismo era la pérdida de la independencia del país. Esta era ya una sociedad participativa. Y quiero resaltarlo porque no puede haber socialismo sin una sociedad civil fuerte. Antes se hizo de una manera intuitiva, pero hoy existe una mayor conciencia de ese factor. Nos hemos dado cuenta del daño que puede hacer la falta de desarrollo de la democracia. El socialismo, como proceso, no se puede conformar con los logros obtenidos, sino que

tiene que ir más allá. Estoy en contra de elaborar decálogos o referencias abstractas sobre la democracia. Es necesario perfeccionarla y desarrollarla, porque si no se hace, se pone en peligro la sociedad socialista misma.

Tenemos una mayor conciencia de la peligrosidad de no tomar suficientemente en cuenta los factores espirituales, que a veces funcionan como una especie de caldera donde se va creando el vapor y no tiene cómo salir. Y los problemas políticos pueden hacer explotar calderas, no solo los económicos. El énfasis que hoy está teniendo la cultura es un gran paso de avance. Uno de los errores de los soviéticos fue no darse cuenta de que el lector que había creado el socialismo, el lector soviético, era ya el ciudadano del socialismo que estaba muy lejos del mujik o del de la Revolución de Octubre. El lector, el que va al cine, el que puede ver una buena televisión, un buen espectáculo, ya es otro ser humano. Ese socialismo va siendo construido por otro tipo de ciudadano, cuyos criterios tienen un mayor fundamento; su capacidad de contribuir es mucho mayor, así como su capacidad creativa como grupo y como individuos es mucho mayor; y la sociedad socialista que los formó tiene que abrirles las posibilidades para que esa creatividad no se pierda.

Concepción Nieves Ayús: El tema de la transición es bien polémico, y de él se puede hablar desde diferentes perspectivas, comenzando por el propio término, dada la pluralidad de sentidos que se le atribuye. El pensamiento socio-filosófico y político asocia su esencia a lo transitivo, al cambio, lo enfoca como un proceso en el que lo viejo, lo obsoleto va desapareciendo, en tanto emerge la cualidad nueva. El paso de un tipo de sociedad a otra siempre está mediado por un período de tránsito; la diferencia radica en el contenido, medios y fines de ese proceso. En la tradición del pensamiento marxista encontramos un tratamiento conceptual de la problemática. Recordemos a Marx, en su *Crítica al Programa de Gotha*, cuando apuntaba que «entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista media el período de transformación revolucionaria de la primera a la segunda», a la vez que aportaba ideas en torno al carácter del trabajo, los principios de distribución en correspondencia con el grado de desarrollo alcanzado por la sociedad, el papel del Estado, los principios de igualdad y justicia social, etc. Pero en este pensar la transición al socialismo ocurrió también que se potenció su unidireccionalidad, olvidando que transcurre a través de múltiples contradicciones externas e internas, susceptibles de provocar virajes no deseados, como lo constata la experiencia histórica de finales del siglo xx. En la actualidad, el concepto de transición está siendo

usurpado por la ciencia política occidental. Por consiguiente, lo primero es precisar de qué transición estamos hablando.

La pregunta que ustedes formulan se refiere concretamente a la transición socialista en Cuba y sus etapas de desarrollo. Este es un asunto en permanente debate. Cuando se trata de las periodizaciones de un proceso social, siempre existirán criterios diferentes e incluso encontrados. Por ejemplo, hay quienes aseguran que estamos en la etapa que se inició en 1985, con el Proceso de rectificación de errores y tendencias negativas; y que el Período especial solo es una fase. A mi juicio, la clave está en darse cuenta de cuáles son las nuevas tareas y qué condiciones concretas las provocan. Considero que en el lindero del siglo xxi la sociedad cubana se mueve hacia una etapa diferente dentro del proceso de la construcción socialista, de un amplio y rico contenido social, la que se identifica como Batalla de ideas.

La década de los 90 nos enfrentó a fuertes retos. Para remontar la crisis, se adoptaron medidas de profunda significación para el proyecto social cubano, las que tienen su impacto en la sociedad actual. Si bien no hemos trascendido el llamado Período especial, en tanto se mantienen condiciones de precariedad y limitaciones en el orden económico que hacen difícil y compleja la vida cotidiana del cubano, sí podemos decir que nos las ingeniamos para impulsar el desarrollo macroeconómico y social del país. En este terreno, entramos en una etapa con signos de conflictividad diferentes a la existente en los años más duros —1993-94— del Período especial. La Batalla de ideas da cuenta de una nueva realidad, que se caracteriza por un modo diferente de enfrentar los problemas acumulados y emergentes.

Comprender la llamada Batalla de ideas como una revolución dentro de la Revolución significa transitar hacia el socialismo, en el siglo xxi, con métodos propios, enfatizando en los reguladores éticos, políticos, jurídicos, sociales; pero también en los económicos, porque ninguna sociedad —lo decía Marx— puede vivir por encima de sus posibilidades.

Sobre este particular, llama la atención el discurso político de Fidel Castro. Cuando el 1° de mayo de 2000 expresa al mundo que Revolución es «sentido del momento histórico, cambiar todo lo que deba ser cambiado», apunta a la necesidad de nuevos conceptos para avanzar en la construcción socialista. Por ejemplo, uno de los asuntos para los que reclama la aplicación de ideas y fórmulas diferentes y novedosas es el referido a los jóvenes, a su integración social, ya que resultaba altamente preocupante y comprometedor para el futuro de la Revolución la masa de adolescentes que al terminar el nivel medio descontinuaban sus estudios, y

los crecientes índices de delincuencia juvenil. Los programas de la Batalla de ideas adelantan un conjunto de propuestas para enfrentar esos problemas concretos, correspondientes precisamente a una etapa diferente del proceso de construcción socialista en Cuba.

Fernando Rojas Gutiérrez: De entrada, tengo una precisión de enfoque respecto al tema. La transición socialista es internacional, por definición, porque la revolución socialista, aunque tiene expresiones nacionales, también lo es. Por tanto, la cuestión de cuándo empezó la transición socialista a nivel internacional debe discutirse en términos de si fue al surgir el socialismo como corriente de pensamiento, o cuando se tomó el poder por primera vez en 1917, o cuando varios países proclamaron esa intención. Para mí, esa perspectiva internacional de la transición socialista se mantiene.

Históricamente, hubo dos momentos claves. Al principio, se pensó en una revolución proletaria mundial, que en aquel entonces quería decir europea. Después, Lenin hace una corrección —que para muchos todavía hoy pasa inadvertida— en el sentido de que una revolución mundial con perspectivas socialistas tendría forzosamente que incluir a los pueblos conocidos comúnmente hoy como del Tercer mundo. Porque el socialismo no va a triunfar en un país aislado, aunque podrá iniciarse en uno, en dos o en tres, pero tendrá forzosamente que triunfar internacionalmente, desde revoluciones o desde procesos de transición socialista en países que, al mismo tiempo, tienen entre sus tareas la completa emancipación nacional.

Por tanto, la Revolución cubana, como parte de un proceso internacional, no es un proceso para varios años, ni siquiera para varias décadas —como parece haberse asentado en la mentalidad de los dirigentes y teóricos del movimiento comunista internacional en los años 30, los 40, los 50—, sino que resulta mucho más largo. Este proceso irá estableciéndose por distintas vías —no solo por las más convencionales de la lucha armada— en muchas regiones del mundo. Es lo que está sucediendo en América Latina, donde parece que se están conformando circuitos tendientes a transformaciones de tipo socialista. En comparación con otros procesos en nuestra área geográfica, Cuba inició ese tránsito en una fecha bastante temprana. Si lo vemos desde la perspectiva de las revoluciones de principios del siglo xx, la cubana podría ser la última; pero desde la perspectiva de los procesos en América Latina, es la pionera. Esa dimensión internacional de la transición socialista se manifiesta hoy en la cooperación y la solidaridad con otros procesos, que de una u otra forma han declarado, o se aproximan, a una tendencia de transición socialista.

Por supuesto, ahí se establece una dialéctica entre ese proceso —que es internacional, por definición— y las políticas o las obligaciones revolucionarias que contrae el pueblo que ha iniciado esa transición consigo mismo, con la vida, el bienestar, el desarrollo de sus ciudadanos y ciudadanas.

Cuba ha transitado por varios períodos, incluyendo aquel en el cual, soberana y conscientemente, decidimos participar de la construcción del socialismo en alianza con los países del llamado «socialismo real», perspectiva cancelada por la historia y la vida. Esa cancelación refuerza más la idea de que las perspectivas de una revolución internacional se concentran en la lucha que libran los países más empobrecidos contra el hegemonismo imperialista. Por tanto, las perspectivas de la construcción del socialismo en Cuba se ubican hoy, por una parte, en la participación en esos procesos que se producen en otros países, en América Latina; y por otra, en los que tienen lugar dentro de Cuba, en cuanto a preservar los logros de la Revolución y otorgar a la vida de los cubanos y cubanas la dignidad que tiene que proveer la transición al socialismo.

Esa situación cualitativamente nueva no es la de principios de los años 90, cuando estaba claro que había fracasado el llamado «socialismo real», pero no que iba a haber una nueva ola revolucionaria, sobre todo en América Latina. Este período nuevo se abre a finales de esa década.

Por una parte, es imprescindible hoy la lucha común que libramos junto con los pueblos, en especial de América Latina, para ir fomentando cambios a nivel internacional. No se trata, desde luego, de exportarles la revolución, sino de compartir esfuerzos por la transformación. Por otra, internamente se requiere profundizar en nuestro socialismo, con una mejor expresión de las ventajas que este declara tener, y que la vida ha demostrado que puede brindar. Superar nuestros problemas solo se puede alcanzar a plenitud en una escala internacional, para lograr lo que el socialismo se propuso históricamente: una sociedad de justicia, libertad, bienestar universal, a los más altos niveles posibles, para el conjunto de la población.

R.H. / D.P.: *¿Qué importancia tiene en este proceso de cambio o reordenamiento socialista la visión (o visiones) sobre la propiedad social y el mercado?*

Jorge Luis Acanda González: *Mercado*, en sí mismo, resulta un concepto tan abstracto que prácticamente no sirve para ningún análisis científico importante; lo único que puede querer decir es *espacio de intercambio de equivalentes*, que es algo muy viejo. En el feudalismo hubo mercado, en el capitalismo también, y en una sociedad que quiere construir una sociedad comunista, con un sistema que llamamos socialismo, va a existir durante un tiempo.

Mientras una sociedad no pueda superar la división social del trabajo, el mercado tendrá razón de ser. Marx soñaba con un comunismo donde no existiera división social del trabajo, que no es lo mismo que división técnica. Como eso todavía se va a demorar bastante, porque atañe a las propias características del trabajo y al desarrollo de las fuerzas productivas, el mercado debe tener un lugar, sea este más central o más periférico al sistema. La demonización del mercado puede ser, en sí misma, bastante contraproducente para estudiar los procesos de construcción del socialismo.

¿Por qué se habla de socialización de la propiedad? Porque el socialismo realmente existente ha sido un modelo estadocéntrico, que identificó eliminación de la propiedad privada capitalista con estatización de la propiedad, y propiedad social con estatal. En sus análisis, Marx y Engels dejaron claro que estatización de la propiedad no significaba socialización. Esta quería decir que la propiedad de esos medios de producción pertenecía a toda la sociedad. Al considerar que estatizar una propiedad equivale a hacerla de toda la sociedad, se identifica *el Estado con toda la sociedad*. Después de lo que ocurrió en Europa del Este, está claro que el Estado no puede confundirse con toda la sociedad, y que la propiedad estatal no tiene por qué ser sinónimo de propiedad de toda la sociedad.

¿Entonces, qué puede ser la *propiedad social* en el socialismo? Se trata de buscar formas nuevas en las cuales esa empresa, esa fábrica, esa institución, se conviertan en propiedad real de los trabajadores que laboran en ellas. La cooperativización de la propiedad es una estrategia socialista. Nadie tiene una respuesta de cómo va a ocurrir, pero esa debe ser la línea. Esas cooperativas deben tener una relación específica con un Estado, que no es cualquier Estado, sino uno cuyo propósito tienda a ser cada vez menos fuerte y ocupar un lugar menos importante, para contribuir a su propia extinción. La relación entre el Estado y las empresas cooperativas, así como el papel del mercado en este modelo, sería objeto de una reflexión más compleja que se debe hacer cuando esa circunstancia exista.

Aurelio Alonso: No hay coincidencia entre socialización y estatización de la sociedad. La socialización tiene un sentido mayor. Una economía socialista no debe ser estatal a ultranza. El Estado socialista tiene que mantener una función reguladora, ser un inversor, y también propietario de los recursos naturales, de los grandes servicios públicos —la electricidad, el gas, el agua. Pero también debe legitimarse la economía mixta, incluyendo no solo la inversión extranjera, sino la nacional. Es necesario que se fomente, por ejemplo, un sector de economía familiar en aquellas actividades productivas y de servicios donde este sea más eficaz para resolver los problemas de la sociedad.

El Estado debe tener la sensibilidad y la flexibilidad para descentralizar y privatizar en esa economía. Las barberías, las peluquerías, no tienen por qué ser del Estado; como tampoco la administración de las bodegas y de otras pequeñas cosas. La iniciativa privada debe abarcar espacios que no se limiten a doscientas actividades de cuentapropismo. Es necesario experimentar, y en la medida en que se demuestre más eficiencia, facilitarlos; o establecer cooperativas; o por el contrario, cuando no funcione en un sector, volver a la estatización. Pero cuando se demuestre sólidamente que no es funcional, no cuando se atasque por las trabas impuestas. Un ejemplo palpable de esta necesidad se encuentra en la agricultura, mayoritariamente en manos de un sector cooperativo, pero controlado por el Estado en un alto grado. La pequeña propiedad agrícola, que es solo 15 %, es la que produce cerca de 60 % de lo que come la población. Nuestro socialismo no ha tenido éxito en su política agraria. Socialista no quiere decir estatizado, sino que responda a los intereses del post-capitalismo que queremos crear, una de cuyas necesidades fundamentales es alimentar a la población en gran escala. Últimamente he percibido con satisfacción que algunos de nuestros economistas hablan de buscar «formas propiedad popular».

Respecto al mercado, realmente nunca hemos estado al margen de él. Lo hemos informalizado, eso sí. Yo pregunto: ¿cuando a uno se le rompe una cañería en la casa, no tiene que recurrir al mercado? Superarlo no puede reducirse a demonizarlo; la condena no funciona si no se consiguen otros mecanismos que igualmente tienen que nacer del mercado. Y que funcionen en el sentido económico y ético —es decir, conformes con los valores de la sociedad que se quiere crear.

Creamos una tendencia a pensar que, en el socialismo, había una correspondencia casi automática entre legalidad y legitimidad. Pero las fórmulas de solución jurídicas no son, necesariamente, todo en el espectro social. Esa diferenciación entre lo legal y lo legítimo también forma parte de la transición actual. No todo lo que existe se debe solucionar por la vía del antagonismo. No se puede superar el mercado si no es a partir de crear, desde su propio mundo, mecanismos superiores que conserven en la sociedad lo positivo que él le ha dado en su historia, y que evite la deformación que en los últimos cien o doscientos años ha ido introduciendo, al establecerse como un absolutismo. Pero no pensemos que se va a abolir el mercado con cuatro leyes. Un riesgo que han corrido los socialismos es el de volver a las sociedades estamentarias y crear un socialismo que parte de un esquema voluntarista, sin mecanismos que funcionen por sí mismos.

Narciso Cobo Roura: Con el mercado y la propiedad social sucede que, en ocasiones, se nos presentan como contrapuestos o mutuamente excluyentes. El tema del mercado ha sido muchas veces abordado desde visiones extremas y, por etapas, casi «anatemizado». Yo sí creo que existe la necesidad de configurar determinados espacios concurrenciales que obliguen y motiven a una gestión productiva y comercial de manera diferente a la que está teniendo lugar y que, consecuentemente, permitan que esta transición se mueva —y adelante— en la dirección requerida. No veo que el predominio de la propiedad social y el carácter planificado de nuestra economía se oponga a ello. Hay reflexiones muy serias y sostenibles en torno a esto.

Por otra parte, creo que la forma en que se han organizado los diferentes tipos de mercado entre nosotros dista mucho de satisfacer o posibilitar su verdadera función; al contrario, más bien constituye un elemento distorsionador que, por regla general, tiende a desarrollarse de manera parasitaria, a costa de la propiedad social. Sin concurrencia ni control. En primer lugar, hay un mercado de productos normados en moneda nacional cuyo cometido es asegurar una distribución equitativa y, en mi opinión, es una de las primeras fuentes del mercado negro. Se adquiere el mismo producto en el mismo lugar por dos precios. Eso da paso también a la corrupción. Existe un segundo mercado en moneda nacional de productos no normados, es decir, de venta libre, pero cuyos precios están determinados por los referentes del productor o del servicio privado, y que la población resiente. Hay un tercer mercado, en divisas, que se despliega con todo su atractivo, pero que no tiene cómo corresponderse con un sistema salarial en moneda nacional, lo cual no deja de fomentar la necesidad de adquirir la moneda convertible que permita acceder a él.

De cara a estos mercados tomados como referentes —sin mencionar el negro, que es una realidad—, tenemos que los egresos, por regla general, rebasan con mucho los ingresos en cualquier núcleo familiar. Esto trae de la mano un problema central: el trabajo deja de ser el centro de la economía. Los criterios de retribución cambian. Aparecen los términos «resolver», «luchar», con una significación que se comparte. Los ingresos quedan asociados a remesas, a actividades por la izquierda, a una economía informal. El trabajo retribuido, propiamente dicho, cede su lugar. Son otras las circunstancias que entran a determinar la capacidad económica de un individuo o familia.

En cuanto a la propiedad social, se dice a menudo que el problema con la propiedad estatal es que «lo que es de todos no es de nadie» y, por tanto, nadie responde por ella, lo cual encierra una buena dosis de verdad. Sin embargo, no creo que se sostenga lo que el

pensamiento neoliberal postula acerca de la ineptitud del Estado para «gerenciar» la propiedad social. Esta puede ser administrada por el Estado con tanta eficiencia como la privada. Sin embargo, hay obstáculos que frenan y entorpecen la gestión, problemas más bien de organización de la actividad económica, no necesariamente vinculados, de forma «fatal», a la condición estatal de la propiedad. Por ejemplo, se dice que el panadero no siente ni actúa como «dueño» de la panadería, y por eso no produce un pan de calidad. La verdad es que ese panadero, de hecho, «dispone» de los recursos de la panadería y actúa como si fuera su propietario, solo que en aspectos que le suponen una ventaja económica personal. Él actúa como «dueño». Solo que respecto a las ventajas. Riesgos, no soporta ninguno. Ocurre lo mismo con el chofer del taxibus, que no entrega ningún comprobante de haber recibido lo que se paga por el servicio; ese chofer actúa, en última instancia, como si fuera verdaderamente el propietario de ese ómnibus. Esa conducta no comporta ningún riesgo, pues ese medio estatal, que es propiedad social, no está siendo «gerenciado» como corresponde. ¿Por qué? ¿Es tan difícil darse cuenta?

Otros problemas estorban para que pueda haber una identificación del trabajador con sus medios de trabajo, y que su participación sea efectiva en la gestión de los recursos. La responsabilidad está diluida y el riesgo se hace recaer, de una forma u otra, en el Estado. Le corresponde a este soportar las consecuencias de su falta de administración o por elegir mal a quien debe administrar. Cuando se coloca a un empleado ante el consumidor, ejerciendo la gestión comercial del Estado, este tiene todas las posibilidades de defraudar al cliente y al Estado. Es lo cotidiano. Como cliente, como usuario, como consumidor, se tiene siempre la percepción de que no se nos da lo que nos corresponde ni aquello por lo que pagamos. A veces se nos quiere hacer ver que se trata casi de un favor.

No hay necesidad de que sea así. De hecho, no es así en todos los lugares. ¿Por qué en unos sí y en otros no? Estamos en plena capacidad de organizar la actividad económica con un criterio de eficiencia y racionalidad, con participación de los trabajadores. Es este el elemento central de cualquier cambio que queramos hacer. Pero para ello tenemos que corregir el diseño.

Naturalmente, hay otras formas de propiedad social, como la cooperativa, que en nuestro caso y hasta ahora se ha limitado a la esfera de la producción agropecuaria. Si examinamos las Cooperativas de Producción Agropecuaria (CPA) y las de Créditos y Servicios (CCS) en este mismo sector, ambas sufren un alto grado de interferencia de las estructuras estatales de dirección de la agricultura y del azúcar. Uno se pregunta: ¿en qué

¿Qué importancia tiene en este proceso de cambio o reordenamiento socialista la visión (o visiones) sobre la propiedad social y el mercado?

consiste la propiedad? Esta supone, por definición, un conjunto de derechos para disponer, decidir, sobre esos bienes y recursos, de conformidad con los mejores criterios. En la actividad de la cooperativa o del pequeño agricultor que la integra, hay muchos factores que interfieren esta gestión productiva. Se trata de disfunciones en su manejo, perfectamente corregibles, cuyo efecto negativo se ha estado viendo sostenidamente en la agricultura, y en consecuencia se expresa en el mercado de productos agropecuarios, como destino último de sus producciones.

Si examinamos las Unidades Básicas de Producción Cooperativa (UBPC), recordamos que en los años 90 suscitó una gran expectativa, equivalente a la de una tercera reforma agraria. Pero al cabo de más de diez años, los resultados no son los que esperábamos. ¿Qué ha impedido que una mentalidad de cooperativista se forme después de diez años en esas personas que realizan su actividad en ese espacio productivo? ¿Qué elementos de subordinación, qué forma de condicionar las decisiones, han impedido que allí se forme esa percepción, ese sentimiento de propietario?

Los cooperativistas tuvieron que asumir los riesgos; pagar por estos medios, suyos en lo adelante, trabajando una tierra en usufructo. A pesar de esas condicionantes y del tiempo transcurrido, esa mentalidad no se ha formado, y no se han alcanzado los resultados productivos previstos. Puede que sea necesaria una recapitulación y un balance sobre algunos de estos problemas de fondo, que no son solo de cobros y pagos. Se requiere, en alguna medida, de un reordenamiento de las relaciones productivas que permita recolocar y reconocer al campesino en su papel de productor.

Alexis Codina Jiménez: La preservación de la propiedad social es fundamental para la continuidad del modelo socialista. Es lo que garantiza que los recursos se destinen a las prioridades más convenientes para el desarrollo económico-social del país y, más importante, la apropiación del excedente y su utilización en las necesidades más importantes de la población. Pero en las nuevas condiciones que se generaron con la desaparición de la URSS y el campo socialista, sin abastecimientos ni mercados externos asegurados en planes a largo plazo, su gestión tiene que ser más dinámica.

Tan importante como quién es el dueño, es la relación que existe entre los resultados de la empresa y la remuneración de los «productores directos». La gente no puede sentirse «propietaria social», ni generar sentido de pertenencia si reciben lo mismo, con independencia de que los resultados de la empresa sean buenos o malos. La distribución con arreglo al trabajo, que planteó Marx en la *Crítica al Programa de Gotha*, no hemos logrado concretarla. La situación se ha complicado más con los esquemas de estimulación y las tiendas en divisas, que han acentuado más las diferencias entre lo que aporta y recibe cada cual.

La preservación de la propiedad social no excluye la conveniencia de hacer ajustes en los enfoques que hemos estado aplicando. Exceptuando la agricultura, en el resto de las actividades la única forma que adopta es la propiedad estatal, que abarca desde una termoelectrica hasta la reparación de calzado. Esto obliga al Estado a tener que atender, garantizar y administrar todo, incluyendo actividades de servicios menores de carácter personal, con la consecuente burocracia y la dispersión de recursos que esto supone.

En la agricultura, donde se maneja un recurso típicamente estatal, como la tierra, tenemos cooperativas de producción, de créditos y servicios, etc., incluyendo propiedad privada. No hay que tener los recursos de Greesom, el investigador de CSI, para imaginarse que, detrás de las pastillas de maní, que son iguales en todas partes, hay una pequeña industria, cooperativas, y grupos de individuos que se ocupan de toda la logística, producción y distribución. Es decir, en la práctica esas formas de propiedad existen, pero no son legales, ni se reconocen. Sin mencionar múltiples producciones clandestinas que utilizan materias primas no disponibles en el mercado, como se ha venido informando en la prensa.

Está claro que, en el socialismo, el mercado no puede ser el regulador automático de la producción y distribución de recursos, como en el capitalismo. El regulador fundamental tiene que ser el Plan. Pero en la práctica, vemos el mercado operando. Cuando la oferta de productos agrícolas del Estado se reduce, aumentan los precios en el mercado campesino. En las tiendas en moneda convertible lo utilizamos para recaudar divisas. Sin mencionar el mercado negro, donde se compran y venden artículos que no se ofertan en el mercado estatal, o se ofertan a precios en moneda convertible

inaccesibles para mucha gente. Objetivamente, la «ausencia de mercado», «mercados desabastecidos», o donde se ofertan productos a precios muy altos, son factores que estimulan el mercado negro y las prácticas nocivas a las que está asociado. No se trata de estimular el consumismo, sino que el mercado posibilita identificar necesidades y preferencias de la gente, que deben ser tenidas en cuenta en la formulación de los planes.

También podemos ver el mercado como un complemento necesario de la distribución con arreglo al trabajo. Para garantizar la entrega de los productos normados, el Estado gasta cuantiosos recursos para subsidiarlos. Esos precios subsidiados son iguales para todos, con independencia de los ingresos que reciba cada cual. Con el mercado, los productos de la libreta podrían quedar solo para la población más vulnerable, como jubilados, núcleos de muy bajos ingresos, etc. Una limitación importante para que el mercado pueda desempeñar este papel diferenciador del consumo, según el aporte de cada cual, es la existencia de la doble moneda y, consecuentemente, de los mercados en moneda nacional y en peso convertible que, objetivamente, limitan el acceso a muchos productos solo a los que, por diferentes vías, tienen acceso a divisas. El acercamiento del valor real de ambas monedas y, en el futuro, su conversión en una sola es una condición importante para que pueda operar la distribución con arreglo al trabajo y podamos utilizar el mercado en las funciones que nos interesen.

Ramón de la Cruz Ochoa: El tema de la propiedad social es muy importante. En muchas ocasiones se ha identificado con la propiedad estatal. Por ejemplo, el movimiento cooperativo, que existe casi exclusivamente en la agricultura, ha dado buenos resultados y se ha ido perfeccionando. Esta producción social, ya sea como CPA o como Cooperativa de Créditos y Servicios, es una forma no estatal de propiedad social. Este sector es importantísimo para un problema tan prioritario para el país como la producción agrícola.

Tenemos que ampliar el punto de vista de lo que es ese tipo de propiedad, para darle más fortaleza, y extenderlo más allá de la agricultura, a otros sectores de la producción y de los servicios —por ejemplo, la gastronomía—, que en Cuba no se han desarrollado; allí la propiedad puramente estatal no ha sido exitosa. La comunitaria tampoco se ha desarrollado, y es una propiedad social. Se debe dejar de identificar la propiedad social única y exclusivamente con la estatal, y darle una connotación más creativa, más participativa al pueblo, de manera que este se sienta realmente identificado con ella.

En cuanto al mercado, es imprescindible en toda sociedad. La experiencia histórica —incluida la

nuestra— así lo demuestra. Pero debe estar controlado por el Estado, y que este disponga de los resortes necesarios para que cumpla su función social.

Hace muchos años soy partidario de la descentralización. Naturalmente, las propiedades básicas en la economía del país, la energía, la gran y mediana industria, deben estar bajo el estricto control del Estado. Descentralizar no quiere decir dejar «suelto», sino dar autonomía, capacidad de gestión y dirección. Lo mismo ocurre con el sistema empresarial, que debe tener mayor descentralización y autonomía. Es posible que en los últimos años se les haya otorgado a determinadas empresas estatales un poder de decisión y autonomía para el cual no estaban preparadas, lo que trajo algunas consecuencias negativas que se intentan revertir mediante una mayor centralización. Hay que crear las condiciones en el sistema empresarial, sin dejar congelado el proyecto descentralizador, que es vital en el funcionamiento de la economía y el socialismo.

Para que haya descentralización tiene que haber fuertes órganos de control de todo tipo, como la Fiscalía o el Ministerio de Auditoría y Control, y otros organismos centrales del Estado. Los beneficios de un sistema más descentralizado son obvios. Se le puede dar al municipio un presupuesto, determinadas facultades para manejar ese presupuesto, obtener ingresos, bajo el control de la ley y de los órganos superiores. Por el contrario, como ocurre ahora, el municipio tiene poca capacidad para crear, innovar y desarrollar planes que satisfagan las necesidades de su población. Si todo lo hacemos centralizadamente, la consecuencia va a hacer más pasividad por parte de la población y de las distintas instituciones del Estado.

Enrique Gómez Cabezas: La propiedad estatal es lo que permite disponer de los resultados de la producción en función del desarrollo social y también, algo muy importante, hacer un uso racional de los recursos. No es la acumulación de capital el motivo principal de la producción de bienes y servicios, sino el desarrollo social necesario ante las alarmantes consecuencias de un desarrollo depredador del capital, que no repara en la destrucción acelerada de las condiciones de vida de la especie humana, sin haber resuelto los graves problemas de salud, alimentación ni educación.

Sin ser especialista del tema, pienso que nuestra economía está sometida a un proceso de análisis permanente, se enfrentan problemas de disciplina laboral, descontrol de recursos, despilfarros, corrupción. En algunas empresas existe cierta tendencia a poner sus intereses por encima de los de la sociedad, incluso perdiendo de vista su objeto social. Con los resultados de estudios del potencial de ahorro de portadores energéticos y las reducciones del consumo

asociadas, se está demostrando que podemos lograr índices de eficiencia mayores en las empresas y en la economía, integralmente.

Carlos Lage Codorníu: En el llamado período de tránsito al socialismo, una de las transformaciones fundamentales es la de la propiedad. Aunque el individuo debería sentirse propietario de los medios de producción, de los que es supuestamente dueño, no se comporta como tal. Por las referencias que tengo, en los años de mayor bonanza económica esa contradicción no se resolvió. No tengo idea de cuál podría ser la alternativa, pero sí se hace necesario pensar en fórmulas novedosas para la realización de la propiedad en el modelo cubano.

La propiedad estatal tiene un reto, consistente en el manejo de los procesos de centralización y descentralización. Estos ciclos se han movido bruscamente en la economía cubana a lo largo de estos años, con fuertes centralizaciones y descentralizaciones. La centralización actual responde a una coyuntura. Pero cuando se vaya a descentralizar, lo mejor es no hacerlo de golpe, sino progresivamente. La empresa socialista depende muchas veces de que el empresario innove. Cuando se le quita la posibilidad de decidir —por la centralización excesiva— se limita su capacidad de iniciativa, su nivel de entrenamiento, y no aprende cómo funcionar de otra manera. Si se pasa bruscamente de la alta centralización a la descentralización, ese empresario se va a equivocar, porque estuvo mucho tiempo acostumbrado a que le dijeran lo que tenía que hacer y cuál era el camino.

No nos hemos dado tiempo todavía para demostrar que la empresa socialista estatal puede ser eficiente. A veces, en esto influyen muchísimo las relaciones con las demás empresas, los mecanismos de gestión, la doble circulación de moneda. Casi siempre las empresas estatales se mueven en una curva entre el control y la eficiencia. Según demuestran los estudios, cuando hay mucha eficiencia, existe poco control; cuando se centraliza, se gana en control, pero se pierde eficiencia. Ahora bien, no es lo mismo centralizar que *regular*. Hay fórmulas de regulación que pueden ayudar a que la curva se mueva hacia adelante, y se alcance un punto, con determinado control y también eficiencia. Por eso una de las mejores políticas que se iniciaron en esta etapa fue la del perfeccionamiento empresarial, cuyo objetivo era que la empresa se encaminara por sí misma.

El mercado —dígase el de la actividad de productores privados— siempre va a ser un problema, aunque ello no quiere decir que se deba renunciar a él. Hay determinadas actividades que pueden relegarse a ese mercado, pero siempre estableciendo límites muy claros. Estas relaciones de mercado facilitan la incubación de las relaciones capitalistas. No obstante,

la economía socialista ha demostrado, a través de cuarenta años, que no todo tiene que ser planificado y controlado, sino que es necesario ir dejando margen a ciertos segmentos de mercado. Por ejemplo, la gastronomía en las cafeterías, los «timbiriches», las paladares, el mercado agropecuario. Hay que ver en qué medida estos han resuelto o no una problemática esencial de nosotros los cubanos y qué se hace para ofrecer un espacio social de mercado para que se desarrollen.

Aunque no la creo adaptable a nuestra realidad, la línea económica china adoptó medidas sabias, al definir de entrada sectores sujetos a la planificación y la centralización, como por ejemplo, el energético; otros con algún tipo de regulación, aunque con márgenes propios de actuación e incluso de planificación; y otros que no se planifican, donde solo actúa la ley del mercado. De cierta manera, esa filosofía puede ser útil, en el sentido de definir qué áreas son estratégicas; cuáles tienen que mantenerse bajo determinado control, menos estricto; y qué actividades pueden quedar a la iniciativa particular de los individuos. Con particular no quiero decir necesariamente privado o individual, sino un margen donde determinados segmentos socioeconómicos, que no afecten la correlación de fuerzas dentro de la sociedad, puedan resolver problemas y necesidades reales.

Oswaldo Martínez: Son temas recurrentes, no resueltos, acerca de los cuales se ha debatido por toneladas de palabras y papeles, aunque siguen abiertos como grandes retos a la imaginación, a la sabiduría teórico-práctica y al escrutinio de experiencias. El tratamiento del mercado permanece siendo una asignatura pendiente del socialismo. Se trata de un fenómeno sumamente ambivalente. Lenin decía que las relaciones mercantiles generan capitalismo cada día, cada hora, cada minuto. Su funcionamiento espontáneo fue la base histórica del surgimiento del capitalismo y ha sido su mecanismo de generación y operación principal hasta hoy. Pero el mercado también es un mecanismo de estímulo a la productividad, a la innovación, a la producción. Y el socialismo se ha debatido históricamente frente a esa ambivalencia, que yo caracterizaría como la lucha entre la mercadofobia y la mercadocracia. Por un lado, no se trata del temor a un fantasma inventado, sino al peligro real de que las relaciones mercantiles, dejadas a su espontaneísmo, o confiando en su funcionamiento autónomo positivo, produzcan lo contrario a lo que el socialismo se propone. Siempre recuerdo la frase del Che cuando las calificaba de «armas melladas del capitalismo». Por otro lado, existe el peligro de que, al reprimir al mercado, ahogándolo totalmente, podamos conseguir efectos negativos, de desestímulo productivo, y esto puede ser

grave porque el gran problema consiste en que no hemos descubierto nada para sustituir algunas de sus funciones recurrentes y permanentes. Vivimos en el filo de esa contradicción, tanto en Cuba como donde quiera que el socialismo ha intentado sentar sus bases, pues el mercado resulta ser como un brioso caballo que corre el riesgo de lanzar a su jinete por el aire y descalabrarlo; pero al mismo tiempo, no hay otra cabalgadura disponible. Naturalmente, no puedo ofrecer una solución para este problema. Considero que debe ser manejado de manera muy específica, en el día a día, mediante un proceso de prueba y error. Los que creyeron que construir el socialismo era solamente estimular las relaciones mercantiles y jugar al capitalismo bajo un rótulo socialista, tuvieron que arrastrar las consecuencias que les deparó la vida. Es necesario aprender a usar el mercado en dosis medidas para que no nos mate, ya que es un tóxico; y al mismo tiempo en dosis suficientes para que pueda funcionar como tónico y permita estimularnos. No es posible olvidar en este sentido el componente ideológico, que es fundamental, la actitud política de la población, que se resume finalmente en su cultura, entendiéndose que esta no se reduce a las expresiones artísticas y literarias, sino incluyen la cultura política.

El desafío nos lo plantea una sociedad de consumo que nos bombardea cotidianamente con sus imágenes, sus mitos y su muy sabiamente administrada publicidad, que golpea sobre los instintos más recónditos del ser humano, y también sobre nuestras carencias y errores. Por eso, tanto el tema del mercado como el de la propiedad social requieren una nueva ronda de examen de la realidad, y de debate. Sería saludable una reconsideración actual de las reflexiones teóricas del Che, a comienzos de los años 60, en torno a las relaciones mercantiles en el socialismo, vistas a la luz de la experiencia de cuarenta años y después de la caída del socialismo real, cuando en América Latina pugna por surgir un socialismo con nuevas características y nuestro socialismo ha sobrepasado ya la etapa de sobrevivencia de los años 90 para empezar a plantearse nuevas metas de desarrollo.

Isabel Monal: Tenemos un problema muy serio, que es necesario subrayar: la propiedad social de los medios de producción no está funcionando como quisiéramos. Se han experimentado diversas formas; unas tendemos a afianzarlas; otras, a modificarlas. El socialismo, en general, no acaba de encontrar un camino muy claro al respecto. Una de las tantas dificultades es que los trabajadores no se sienten dueños de sus medios de producción, sino que dicen: «son del Estado». Aunque trabajan para un Estado socialista, que a su vez representa al pueblo, los trabajadores no la sienten como su propiedad, ni tampoco el pueblo, en general. Las

implicaciones de este problema van más allá, pues afectan la calidad de la producción, el cuidado de los medios, su durabilidad, así como que el producto llegue bien al pueblo, y que cuando este hace uso de las instalaciones, tenga noción de que nos pertenecen a todos. Para evitar este y otros problemas, en algunos países socialistas se pusieron en práctica determinadas experiencias de autogestión, en que las decisiones sobre la producción se tomaban a nivel de la fábrica; pero esto daba lugar a que los trabajadores y la administración nada más pensarán en los intereses de *su* fábrica, y no en los de la sociedad. Ahí tenemos, creo, un problema del socialismo cubano, y del socialismo en general, sobre el que hay que trabajar.

La cuestión del mercado es fundamental. No soy economista, pero creo, por una parte, que la mercancía y el mercado no nacieron con el capitalismo, sino que existen desde tiempos inmemoriales. Marx nos legó el análisis del fetichismo de la mercancía y el concepto de alienación. Él decía que la fase de transición guarda muchos de los elementos de la vieja sociedad, aunque no lo quisiéramos. El socialismo ha querido, erróneamente, eliminar la mercancía. No sé si esto desaparecerá en el comunismo, pero de lo que no me cabe la menor duda es de que en el socialismo no puede desaparecer todavía. Lo que hay que determinar es qué papel desempeña la mercancía y qué función le vamos a dar al mercado. El socialismo es un proceso con una dinámica; lo que está bien hecho, en la década de los 90 o de los 80, puede que deba ser cambiado en la próxima década. Eso no significa que lo que se hizo antes estuviera mal, sino que ya no es válido porque caducaron las condiciones en que tuvieron lugar.

No estoy de acuerdo con lo que se hace en China, porque no creo en un socialismo *de* mercado, me parece una contradicción. Sin embargo, es necesario concebir un socialismo *con* mercado. Aunque eso es muy ambiguo, pues ahí caben decenas de concepciones y de modelos. En Cuba, estamos aprendiendo cómo hacerlo: hay que encontrar un punto de equilibrio. Ese es un rasgo de la transición socialista. Es necesario construir esta transición, pero no a partir de modelos utópicos y abstractos —que Gramsci decía que eran formas de autoritarismo—, sino a partir de realidades y experiencias que recibimos.

En cuanto al control de la economía, nadie puede dudar que la ejecución de un gran proyecto, la generación de electricidad o los recursos hidráulicos deben estar centralizados. Pero otras cosas deben estar descentralizadas, incluso a nivel de municipio, como son, por ejemplo, algunas campañas de salud pública. Aun si hay un nivel de centralización en la proyección, puede haber mucha descentralización en la ejecución. El socialismo, como experiencia histórica —sin excluir

la cubana—, ha pecado quizás de excesiva tendencia a la centralización, aunque se han creado en ciertos momentos formas de descentralización, pero pienso que siempre estuvimos un poco atrás en ese aspecto. Por ejemplo, las divisas en un momento dado se descentralizaron demasiado, pero no estoy muy segura de que se deban centralizar tanto como ahora y tengo en mente pequeños gastos para lo cotidiano. ¿Es que el modelo del socialismo que queremos exige algunas de esas centralizaciones? No. ¿Pero es posible, en las condiciones de Cuba hoy, hacerlo de otra manera? No es posible. Mi temor es que, habiéndose sobrepasado las condiciones que obligaron a ciertas centralizaciones, nos acomodemos a ellas.

Concepción Nieves Ayús: Las diferentes visiones sobre la propiedad social y el mercado en la etapa actual de reordenamiento socialista en esferas claves como la producción, distribución, comercialización y los servicios, transparentan la experiencia por la que transitamos en la década de los años 90, cuando tuvimos que adoptar un conjunto de medidas encaminadas a diversificar las formas de organización de la propiedad, incluyendo la de empresas mixtas, sociedades y asociaciones económicas con inversión extranjera. La diversidad que se introdujo en los años 1993-94 ha dado lugar a un proceso de acción y reacción en la sociedad cubana, cuyos fundamentos deben ser estudiados y analizados consecuentemente, en tanto se ha producido un replanteo en relación con el efecto de esas medidas. El tema de la propiedad es medular para la teoría y la práctica socialistas. Es imprescindible fortalecer la propiedad social. Hacer que resulte eficiente significa consolidar un sistema de relaciones diferente al capitalista, avanzar en la transición socialista. Sin embargo, hay acciones que no pueden hacerse reversibles de la noche a la mañana, hasta tanto no desaparezcan las causas que le dieron origen, es decir, la propiedad cooperativa o la mixta podrán ser superadas solo en la medida en que agoten sus potencialidades de desarrollo. Es necesario sopesar todas las variables para redefinir el rumbo, aunque la estrategia esté clara.

Otro aspecto es la polémica en torno a la definición de propiedad social. Si nos atenemos a la letra del marxismo original, sabemos que esta no se identifica con propiedad estatal, aunque la incluye. Las experiencias del socialismo histórico demostraron los peligros de esos extravíos. La propiedad social se expresa especialmente en la socialización de los medios de producción, lo que ocurre de manera diferente en cada país, en dependencia de los niveles de partida de cada proceso, así como de las variables externas que pesan en la adopción de determinadas políticas. Por ejemplo, en Cuba la coyuntura histórica fue muy diferente a la

que observamos hoy en otros procesos regionales —como es el caso de Venezuela. Sin embargo, tampoco para Cuba la propiedad estatal tiene que ser la única forma de expresión de la propiedad social. Durante el Período especial fue necesario acudir a la creatividad de las masas a fin de encontrar fórmulas de asociación para responder a problemas concretos. Es posible encauzar una política de autogestión y autodirección social consistente con el proceso de construcción socialista. Hay que tener en cuenta las condiciones por las que transitamos, aunque uno no puede obviar la importancia de utilizar los medios apropiados para alcanzar un determinado propósito. Construir una sociedad diferente a la capitalista requiere atender cuestiones como la igualdad, la justicia y la libertad. Es necesario que en lo político y lo social, pero también en lo económico, el obrero se sienta dueño. Como decía el Che, tenemos que construir la base material, pero sin descuidar la formación del hombre nuevo. Para lograrlo, se requiere trabajar paralela y gradualmente en ambas direcciones.

Aunque no soy economista ni experta en el tema, considero que el mercado no puede ser una entidad situada por encima de la sociedad, ni debemos absolutizar sus funciones. La posición extrema de excluir al Estado, variable importante en el proceso de construcción socialista, como mecanismo de regulación del mercado, no es viable. Tenemos que convivir con el mercado, no solo como una necesidad de nuestra economía interna, sino porque estamos insertos en el contexto del mercado internacional. Se requiere garantizar la suficiencia para el mercado interno en términos de producción, y para conectar ese abastecimiento y esa producción internacionalmente. Pero en nuestra sociedad los mecanismos de regulación del mercado no pueden ser los mismos que en el capitalismo. Hablando de transición socialista, no debe olvidarse que en este período las cosas no son puramente socialistas ni puramente capitalistas, pues estamos transitando de una forma de construcción a otra, y el mercado es una variable que se va a mantener a todo lo largo del proceso. No se trata de poner la sociedad en función del mercado, sino al revés. Hay un conjunto de variables asociadas a ese mercado que necesitan ser rearticuladas, repensadas, y desarrolladas consecuentemente. No solamente tenemos que considerar el mercado desde el punto de vista del movimiento de las mercancías, sino de la política de empleo y de otros muchos factores.

Fernando Rojas Gutiérrez: Ese es un asunto no resuelto. Los bolcheviques le dedicaron un congreso del partido casi íntegramente —en un momento en que no existía todavía el estalinismo— al tema del mercado. Después de que se canceló la relación solidaria

con los países del llamado campo socialista y, esencialmente, con la Unión Soviética, en Cuba nos hemos movido hacia el mercado, entendiendo, por un lado, que es imprescindible y obligatorio para fomentar el desarrollo; y, por otro, que por su propia naturaleza y su asociación congénita con el capital, puede resultar dañino a los fundamentos conceptuales y las esencias ideológicas de la revolución y del socialismo. Se ha usado la frase «no nos ha quedado más remedio...». Esta refleja una contradicción —entre esa necesidad u obligatoriedad, y al mismo tiempo, los perjuicios que puede provocar la relación con el mercado—, todavía no resuelta en el plano de la teoría, ni en el de la política. Aún no podemos prescindir del mercado y, sin embargo, tenemos conciencia de sus perjuicios. Habría que desarrollar esa conciencia de la manera más beneficiosa, porque una demonización al extremo conduciría a prescindir de elementos que pueden ser útiles, y a lo mejor incluso hasta imprescindibles, en la conducción y el desarrollo de la economía. Los bolcheviques empezaron a resolver esa contradicción introduciendo un término que en la teoría económica nuestra no se ha usado suficientemente: la «acumulación». Eugenio Preobayenski empezó a hablar de la acumulación primitiva socialista —evocando la capitalista—, es decir, reforzando la idea de la presencia instrumental de determinados elementos del capitalismo en la economía, con el objetivo de la acumulación. Me pregunto si no es posible hablar de una acumulación de capital para el desarrollo, a tenor de la introducción de elementos de mercado en los últimos quince años, como lo hizo la economía política del socialismo en aquellos primeros años de la revolución rusa.

En cuanto a las formas de propiedad ocurre igual. Lenin no identificaba la propiedad estatal como la única manera de avanzar hacia el socialismo; de hecho, cuando propone lo que los estalinistas llamaron después el «plan cooperativo leninista» —que les sirvió para decretar la colectivización forzosa de las tierras del campesinado—, él comenta estas ideas como Arquímedes cuando comenzó a gritar «*eureka!*», en el sentido de que, al fin, habían encontrado la manera de combinar el interés individual y el colectivo en la construcción del socialismo, mediante las cooperativas. Se puede llegar a la propiedad social —que no es lo mismo que propiedad estatal, dice Lenin claramente en sus últimos textos— a través de la libre cooperativización de los pequeños productores. En el marxismo de inspiración leninista no hay una apuesta íntegra y exclusiva por la propiedad estatal como antecesora de la propiedad social —aunque la estatal es también antecesora de la propiedad social, cosa que no entienden quienes la desprecian absolutamente.

En este tema no ha existido tampoco entre nosotros la suficiente claridad acerca de cuál es el alcance de la

propiedad de tendencia socialista no estatal. Comprendo también que la manera en que se manejó la fundación de cooperativas en Europa del Este, durante la etapa de desintegración de aquella experiencia, no tiene que ver para nada con la de inspiración leninista, y puede inducir preocupación entre nosotros. Hubo discusiones muy saludables auspiciadas por el llamado Proceso de rectificación de errores y tendencias negativas.

En general, acerca del mercado y la propiedad es necesario sentarse a reflexionar más. Es necesario contar con más recursos de capital, y no solo de capital humano. Y la revolución tiene que proponerse esa meta, conservando lo que Lenin llamaba «las alturas de mando». Hay que hacer concesiones, si es necesario, para procurar acumular capital. Las críticas a la Nueva Política Económica (NEP) —algunas muy respetables, porque advierten los peligros, como por ejemplo, autorizar el empleo de fuerza de trabajo asalariada, o el arriendo ilimitado de la tierra a propietarios privados—, aunque desde la perspectiva de la crítica a los excesos son correctas, muchas veces olvidan que cuando se gestó aquella experiencia, trazada para un período relativamente largo, en el que se sostendrían determinados niveles de bienestar, justicia y equidad, se ponía el énfasis principal en la acumulación de capital como fuente para el desarrollo.

R.H. / D.P.: *¿En qué medida el consenso resulta un eje central en la evolución/ transformación del sistema?*

Jorge Luis Acanda González: Consenso también puede ser una categoría engañosa. No se puede ignorar que el capitalismo ha logrado consenso, de la misma manera que el fascismo tuvo el suyo. El problema es de qué tipo de consenso se trata. Ya Gramsci hablaba de la diferencia entre consenso activo y pasivo. Esta diferencia es muy importante para plantear el problema central: el de la democracia socialista. En mi respuesta anterior, me referí a que democratización de la propiedad implica democratización del poder. Se discute si se puede democratizar una primero y el otro después —o al revés. Ello implicaría que desde el poder central se llegaría a generar un cronograma de trabajo de la democratización. Esta idea, que puede estar asentada en algunos cerebros, resulta falsa. La democratización tiene que avanzar armónicamente en lo económico y lo político a la vez, o no avanza.

Volviendo a Gramsci, la cuestión es lograr un consenso activo, que implica no simplemente participar en la solución de los problemas, una vez que estos son definidos. Para que haya consenso activo las personas deben participar también en la reflexión acerca de los problemas y en su construcción, así como en la elaboración de estrategias. Lo más importante en el

tema de la participación es la definición de las áreas en la que esta existe, o se permite que exista; si alcanza todas las áreas (la de definición de los problemas, la de pensar sus posibles soluciones, la de decidir cuál o cuáles de esas soluciones se va a aplicar, la de decidir cómo se va a aplicar) o si simplemente se va a convocar a las personas para que participen en tareas ya establecidas de antemano en otros niveles. La pregunta clave es: ¿quiénes determinan los problemas existentes en una sociedad? Para poder desempeñar todos los roles que supone un consenso activo, las personas deben poseer una forma de conocimiento y pensamiento radicalmente diferente. De ahí que cuando Gramsci usó este concepto, lo vinculó al de *reforma intelectual*.

Para que existan individuos capaces de ejercer adecuadamente sus derechos ciudadanos, estos deben poseer un estilo de pensar adecuado. No se trata del conocimiento técnico necesario para resolver, por ejemplo, la utilización de los recursos hídricos de la cuenca del río Cauto, reducir la contaminación ambiental o los niveles de inflación. Se trata, en cambio, de un individuo que tenga la capacidad de un pensamiento crítico. Ahí entra el concepto de reforma intelectual. Es necesario reestructurar todo el sistema que incide en la socialización del individuo, en la producción de su sentido común, de sus conocimientos, de sus necesidades; no se trata solo de la escuela, ni de expandir el conocimiento en general, sino de transformar el tipo de conocimiento y lograr que la gente piense con su cabeza críticamente, que es la única manera de *pensar* realmente.

Para esto se requiere una reforma cultural. De manera que la escuela no sea un espacio donde una persona, desde arriba, le baja conocimientos a otra, que únicamente debe abrir las entendederas y metérselos dentro. Se trata de una enseñanza problémica, que desarrolle la capacidad de polémica, el pensamiento crítico; no convertir al individuo en un receptor de saberes, sino lograr la participación del alumno y de sus padres, de manera activa, precisamente para impedir que el proceso de enseñanza-aprendizaje se siga dislocando por completo. Lo mismo ocurre con la relación médico-paciente, dirigente-dirigido. Es imposible lograrlo si no se reestructura el sistema, de manera que el consenso tenga que ver con la participación, y esta no se reduzca al espacio que le asigna alguien desde el poder, porque este considere que ese es el que en este momento se le puede asignar, y solo ese. La participación tiene que ser, precisamente, ilimitada; para que sea activa en el disenso, en la discusión, en la crítica, en el entrecruzamiento de ideas, entre ciudadanos que tengan las condiciones no solo intelectuales, sino económicas y políticas, para ejercer sus derechos de ciudadanía.

Aurelio Alonso: El consenso resulta determinante, pues es el sostén de una proyección democrática. Pero,

¿qué es el consenso, dónde radica? Como dice Jorge Cela, «para un ama de casa eso que nosotros llamamos la crisis económica es algo que tiene lugar entre la puerta de su bodega y su cocina». Si ella logra cargar con alimentos entre una y otra, no hay crisis económica; y si no, entonces la hay. El consenso, la democracia, la educación para la democracia, la formación de la república: he ahí los grandes temas para el Partido.

La democracia no se reduce al papel del Partido como instrumento de dirección de la sociedad, aunque debe contar con este como proveedor y formador social, como garantía de calidades éticas, morales, que represente a una vanguardia, formada por los sectores más comprometidos de la población, los más dispuestos; para que este pueda ser siempre una cantera, un mecanismo de revisión, de corrección, que asegure dispositivos como la lucha contra la corrupción, son sus cuadros, sus mecanismos formativos, los que tienen que hacer esas funciones desde el Partido. A medida que vayan siendo relevadas las generaciones mayores, muchos de esos compañeros —a los que admiro por su entrega y por todo lo que han dado— podrán dar paso a otros más jóvenes que traerán consigo mucha frescura e inventiva, además de capacidad para hacer que el Partido también tenga su transición, para llegar a ser más vanguardia y menos poder institucional directo en nuestro país.

Hemos visto avanzar la persuasión sobre la presión, en el ejercicio del poder. Pero, a mi juicio, no basta. Es necesario conceder a la persuasión el plano de la espontaneidad: persuadirnos por nosotros mismos y no esperar a que nos persuadan. Además, los persuasores tienen también que ser persuadidos. Es un desarrollo que reclama la conciencia política.

Las bases del consenso están dadas por las posibilidades reales, no nominales, de participación efectiva que gane la población. A las generaciones más jóvenes les toca una responsabilidad muy fuerte en la presión social desde abajo, en el uso de la inteligencia para que el consenso se renueve.

Narciso Cobo Roura: Consenso y unanimidad son términos que a veces se utilizan erróneamente como si significaran lo mismo. A lo mejor hay espacios en los que puedan intercambiarse, pero pienso que puede existir consenso y no necesariamente unanimidad. Es necesario corregir la idea, demasiado generalizada, de que hay que entender las cosas y asumirlas de manera unánime. Le resta espacio a la inteligencia, al disenso, a la discrepancia, a la duda, a la reflexión. En mi opinión, debe haber siempre una posibilidad, un espacio —real— para analizar y considerar las alternativas en el ámbito de las decisiones, cualquiera que pueda ser la naturaleza de estas, para sopesar sus ventajas e inconvenientes. Estas no tienen por qué afectar el consenso; todo lo

¿En qué medida el consenso resulta un eje central en la evolución/transformación del sistema?

contrario: lo enriquecen. Disentir de decisiones en el orden político, económico o social, no quiere decir que no se participe de un consenso mucho más aglutinador, más enraizado, más comprometido —por compartido— en la realización de nuestro proyecto social.

El camino de discutir las alternativas es más sólido y nos permite llegar a soluciones con una mayor consecuencia. Al respecto, nos ha faltado el espacio para el debate real. El Llamamiento al IV Congreso fue muy aleccionador, porque era auténtico, genuino, a partir de una necesidad, y verdaderamente motivó a la población. Después de esta experiencia, se tuvo la percepción de que habíamos comprado cabeza y le habíamos cogido miedo a los ojos. Quizás en algunos lugares fue así; pero no creo que de manera general. En realidad, sobrevino todo ese fenómeno de la caída del socialismo en Europa del Este y la crisis impidió continuar profundizando en la dirección que se planteaba. Pero fue un momento de reflexión crítica de una riqueza social enorme y no creo que lastrara en nada el consenso, sino al contrario, lo fortaleció.

Es indispensable formar el consenso en un espacio de reflexión crítica, análisis, debate participativo, donde se sea auténtico, franco, abierto; donde no tengamos que asumir posiciones formales. Se trata de no seguir reproduciendo la doble moral, para que los hijos sepan que su padre no tiene un discurso en la calle y otro en la casa. Y que lo que se les dice a ellos en la intimidad es lo que proyecta socialmente, con la misma reflexión, madurez, sentido de responsabilidad, sin que existan dos lenguajes, dos formas de pensar. Es este consenso, y no otro, el que puede resultar un eje indispensable en todo este proceso reordenador en que estamos empeñados.

Alexis Codina Jiménez: El consenso, como expresión de comprensión y aceptación por amplias mayorías de políticas y medidas, es fundamental para realizar transformaciones y avanzar. Eso, junto con la confianza en Fidel y la dirección del Partido y el Gobierno, fue lo que nos permitió resistir el impacto de la crisis que se generó a inicios de los años 90 que, entre otras cosas, produjo apagones de hasta 18 horas diarias. A pesar de la urgencia con que teníamos que tomar medidas, para la subsistencia y para mantener la independencia y las conquistas sociales, el Plan de Medidas que se aprobó en la Asamblea Nacional fue discutido previamente en asambleas por millones de trabajadores y ciudadanos. También un amplísimo consenso realizado en años

posteriores, como respuesta a un plan de la disidencia financiada desde el exterior, ratificó la preferencia por la opción socialista, como única vía para enfrentar la crisis y preservar nuestro modelo, que es decir nuestra independencia y derecho al desarrollo. Me parece que un tema importante radica en los mecanismos para propiciar ese consenso.

Hay medidas que deben aplicarse, que pueden no ser populares, pero que hay que adoptarlas para preservar los intereses de toda la sociedad. Igual sucede en las organizaciones, donde el jefe tiene que exigir disciplina y cumplimientos que no pueden someterse a consenso. Otro tema relacionado con el consenso es la confianza. No podemos discutirlo todo, con todos. Hay cuestiones que «han de andar ocultas», como dijo Martí sobre su lucha contra el imperio, porque debatirlas o informarlas públicamente proporciona elementos para que nuestros enemigos traten de obstaculizarlas. La confianza en Fidel y en la dirección de la Revolución fue la que nos permitió primero resistir, para después subsistir y continuar desarrollándonos sin hacer concesiones a nuestros enemigos. Tan importante como el consenso es la agenda de los temas que deben ser consensuados: ¿en qué cosas es necesario que tengamos consenso?, ¿en cuáles no es necesario, ni posible?

Ramón de la Cruz Ochoa: Ninguna sociedad se puede dirigir si no hay consenso, aunque sea mínimo. Es una verdad tan conocida que no hay que demostrarla; la cuestión radica en cómo lograrlo. No se puede hacer sin discusión, sin debate y sin democracia, porque entonces sería formal y, por tanto, falsa. Para lograrlo hay que discutir los grandes temas que preocupan a la población y abordar este debate con un sentido pluralista. En resumen, el consenso debe consistir en una unidad en la diversidad. No se puede pretender, porque resultaría falso una sola opinión, un solo criterio, sobre los problemas fundamentales de la sociedad.

Ha habido momentos muy importantes de búsqueda de un consenso; por ejemplo, el conjunto de medidas que se tomaron para comenzar el Período especial se adoptaron solo después de haberlas sometido a un amplio debate en el país. Esta fue una experiencia muy positiva. Lo mismo ocurrió en aquellos debates previos al IV Congreso del PCC. Es necesario establecer esta práctica política como un estilo de trabajo en la sociedad, no solo en ciertas coyunturas.

Por supuesto, el consenso tiene que referirse a los temas fundamentales del país, los que garanticen su vida presente y futura, dentro de los principios que nos hemos dado —independencia, soberanía, solidaridad, justicia social—, y que han guiado a la Revolución. No podemos pretender lograr unanimidad en cada uno de los aspectos de la cotidianidad, porque además resultaría un desgaste innecesario.

Enrique Gómez Cabezas: El consenso es necesario, y cada vez lo será más. La Revolución se ha planteado el objetivo estratégico de elevar la cultura general integral de nuestro pueblo de manera que cada ciudadano pueda comprender las realidades y tener los elementos de juicio para formarse una opinión propia de cada situación. Ya no se trata de alfabetización, ni de un título universitario, sino de una cultura general integral necesaria para ser verdaderamente libres en un mundo donde la manipulación se ha desarrollado hasta límites increíbles, como medio efectivo de dominación. No se trata de adoctrinar a un pueblo para manipularlo, sino de darle acceso al conocimiento para que participe conscientemente en las transformaciones sociales. Digamos que hay un elevado nivel de consenso en las decisiones principales y estratégicas tomadas por la Revolución, a la vez que existen y se expresan muchas inquietudes en relación con la vida cotidiana.

Ese consenso no se expresa en silencio. Siempre hay un debate de manera espontánea sobre cualquier tema, el Partido tiene un estudio permanente de los estados de opinión y son tenidos en cuenta para la toma de decisiones. Una de las cosas que hay que lograr en mayor grado es que ese debate se refleje igualmente en el espacio formal de las organizaciones.

Carlos Lage Codorníu: El consenso tiene un papel fundamental y se logra a partir del debate. La unidad de pensamiento no supone que todo el mundo piense lo mismo, sino que se contrapongan criterios para lograr un intercambio dirigido a la construcción de un proyecto común.

Por eso, como recalca Raúl en el Congreso de la FEU, es muy importante el trabajo y la toma de decisiones en colectivo, que la gente lo sienta como una necesidad, no solo como un método. Incluso si se dispone de especialistas, personas con experiencia y ciertas aptitudes, las complejidades en que nos desarrollamos aconsejan, cada vez más, no descansar únicamente en esas personas, por muy capaces que puedan ser, pues difícilmente sean tan geniales como para no equivocarse nunca. Se reduce la probabilidad de error en las decisiones en la medida en que se tomen de manera colectiva, consensuada. Dicho así, la cuestión de prevenir las equivocaciones puede parecer trivial, pero no lo es, porque si algo explica las reacciones

escépticas y pesimistas en algunas personas últimamente, es la acumulación de malas experiencias como consecuencia de políticas erradas. El consenso puede ayudar muchísimo a ser más eficientes, no solo en la economía, sino también en la manera de dirigir la sociedad y de construir el camino socialista. Además —y esto es muy importante—, genera un sentido de pertenencia con la decisión, la confianza en la capacidad real de que el nuestro sea un proceso de construcción colectiva.

Antes fue más fácil adoptar determinadas políticas que respondieran a los deseos e intereses de una gran mayoría; hoy es mucho más difícil, por la heterogeneidad de nuestra población. Es muy difícil que una misma política tenga igual aceptación o impacto en sectores o grupos de personas diferentes. Necesariamente, la adopción de políticas globales va a ser cada vez más polémica; por consiguiente, en cada espacio y estrato social tiene que haber adecuaciones que requieren mucha mayor preparación, creatividad y tacto de nuestros dirigentes.

Es necesario desarrollar fórmulas novedosas para hacer política, atemperadas al momento que vive el mundo, al influjo de las nuevas tecnologías del poder, de los medios de comunicación. Se repite mucho que Cuba es un país muy politizado; probablemente esta sea una de las mayores ventajas, pues no se puede construir el socialismo sin una sociedad altamente politizada. El problema se presenta con los métodos, que muchas veces son esquemáticos, y en vez de lograr el resultado propuesto, se produce cansancio. Hay temas políticos que, por su naturaleza, pudieran desarrollarse de manera atractiva; sin embargo, la excesiva reiteración y los métodos arcaicos logran desencadenar un rechazo entre la gente ante un tema que pudiera haberse desenvuelto con éxito.

Muy relacionado con los métodos, un aspecto a tener en cuenta es la cuestión de los códigos. No se debe asumir que los jóvenes de hoy respondemos a los mismos códigos comunicativos que las generaciones anteriores. Ni siquiera hay que suponer que a las generaciones mayores les funcionan los mismos códigos de hace veinte años. El mundo ha cambiado mucho, y la sociedad cubana junto con él, así como los moldes en que los hombres viven y se desarrollan bajo estas nuevas circunstancias. Hay que reexaminar las maneras de atraer e incorporar. Nuestro estilo se ha quedado prácticamente reducido a volver a repetir lo mismo. La cultura y los medios —no solo la televisión— tienen que ser nuestra principal forma de hacer política. Aunque no sepamos bien cómo, las vías tienen que ser estas. En las universidades, a veces funciona mucho más el correo electrónico que la televisión y la radio. Es necesario investigar cuáles son las vías por donde llega

la información a la gente, y cómo utilizarlas sin abusar de ellas.

Para nosotros los jóvenes, el socialismo significa pasar trabajo y tener que vivir y asumir contradicciones dentro de la familia, incluso éticas, entre lo que tengo para vivir y mis convicciones. No tenemos otro referente del socialismo más que el que nos dieron nuestros padres. Esa visión tiene que compensarse —entre otros recursos—, con procesos de formación y de educación que abarcan desde el conocimiento de la historia, hasta la discusión sobre adónde va el socialismo.

Cuando se proclama «defender el socialismo», ¿se trata de defender qué? Arrastramos problemas que nos hacen mucho daño. Por ejemplo, en el transcurso de determinados procesos asamblearios convocados por las organizaciones, se multiplican los discursos, que no son vacíos solo porque digan frases manidas o repetidas, sino porque incluso los discursos más espontáneos carecen de un referente, de la seguridad de a dónde queremos llegar: ¿sabemos qué defendemos? Hay que revisar de nuevo el significado de muchos conceptos. Releyendo el discurso de Fidel en 1961 llamado «Palabras a los intelectuales», me asombró lo que él decía sobre lo que significa ser revolucionario —y lo empezamos a discutir en la FEU. Según Fidel, hace cuarenticinco años, el revolucionario era la vanguardia, era una actitud ante la vida, que debía tratar de cambiar y de ir directo a las esencias. En un tema como este puede ayudar muchísimo el debate, pero tiene que desarrollarse de una manera integradora.

Oswaldo Martínez: No hay socialismo sin consenso socialista. Si hemos llegado hasta aquí, ha sido porque ha existido ese consenso, aunque no se haya mantenido siempre igual. A lo largo de cuarentiocho años, por supuesto, ha cambiado. Ese consenso no existe por decreto, sino que es como una planta, hay que cuidarlo, echarle agua, cultivarlo. Está influido por los diferentes momentos políticos y también por el relevo generacional. 70% de la población cubana nació bajo condiciones de bloqueo; y no sé exactamente qué porcentaje, pero uno no despreciable, nació después de 1990, es decir, bajo las condiciones de lo que hemos llamado Período especial. La Revolución ha tenido la sabiduría suficiente para mantener ese consenso. No obstante, tiene que tener en cuenta la realidad de esas características poblacionales del país en la actualidad. Por un lado, se trata de una población que envejece cada vez más, por encima de 60 años; y por otro, ese segmento que ha nacido en condiciones de Período especial no ha encontrado aquella aparente solidez de la Unión Soviética, ni la pertenencia a un mundo aparentemente sólido y seguro, como era aquel grupo de países socialistas, sino la cruda y no pocas veces

amarga resistencia del Período especial, sus escaseces y desigualdades. Aprecio como uno de los ingredientes importantes del mantenimiento de ese consenso, en los últimos años, la existencia de una política cultural más inclusiva y abierta.

Por supuesto, tenemos por delante retos gigantescos, en particular el inevitable cambio por razones biológicas de la dirección histórica de la Revolución. Pero también son grandes las capacidades y los recursos que tiene nuestro pueblo, capaz de haber resistido el Período especial en soledad, antes de que apareciera Chávez y de que mejoraran las relaciones económicas con China. Este pueblo tiene absoluta convicción de que nuestro socialismo llegará a buen puerto, que vamos a lograr enlazarnos con las transformaciones políticas que están teniendo lugar en América Latina y que finalmente van a permitir la realización del esfuerzo socialista cubano. Para decirlo en términos militares, Cuba ha sido como una patrulla que se adelantó a su batallón, y quedó cortada en relación con América Latina. Esa patrulla intentó establecer vínculos con otro batallón, muy alejado geográficamente y culturalmente; de allí recibió durante cierto tiempo ayuda, solidaridad y también algunas cosas nocivas. Aquella relación se rompió y ahora podemos decir que empiezan a restablecerse los contactos con el batallón de origen, al cual pertenece por razones históricas, geográficas, y sobre todo culturales. Hemos sido antes vapuleados por todas las desventajas del socialismo en un solo país; pero ahora se abre la posibilidad de fundirnos en una internacionalización del socialismo, en esta nuestra región histórica y cultural. Esta posibilidad debe tener sobre nosotros una influencia muy saludable; y, por supuesto, Cuba también debe influir sobre ese proceso.

Isabel Monal: Aprecio mucho esta pregunta, porque a menudo no se le da la importancia a la dimensión que tiene la idea del consenso. Gramsci, con su concepto tan amplio y tan rico de hegemonía, subraya la importancia del consenso. Ninguna sociedad puede vivir sin consenso, pues de otra manera, no permanece estable ni se reproduce a sí misma. En ciertos capitalismos se logra el consenso incluso de las clases explotadas. El socialismo lo necesita todavía más que el capitalismo. Y este solo se construye escuchando a los otros, no puede ser impuesto. Porque no puede ser una copia ni una continuación del consenso del capitalismo; tiene que ser algo nuevo. Y es así porque el socialismo depende del pueblo, y supone un ciudadano activo que debe decidir, crear; de otra manera, no se reproduce ni evoluciona. Uno de los errores de las experiencias socialistas es no haber tenido suficientemente en cuenta que la dinámica de la sociedad socialista no se puede parar nunca, y tiene contradicciones que es necesario reconocer. En estos años, que han sido terribles por

una parte, y tan enriquecedores por otra, hemos ido creciendo en la maduración de cómo se elaboran los consensos.

A lo largo de estos últimos cincuenta años, la sociedad cubana ha sido siempre heterogénea, aunque en estos momentos, lo es más que en los 80. Han surgido grupos nuevos, hay una movilidad diferente, y una mayor cultura de debate, porque el nivel de información, que es uno de los puntos que ha ganado la sociedad cubana en estos años, es mucho mayor que el de décadas anteriores. No puede haber democracia, ni consenso, ni participación, si no hay suficiente información no solo de lo que pasa en Cuba, sino en el mundo, porque hasta para entender Cuba es necesario saber lo que pasa en el resto del mundo. El nivel de información le permite, al ciudadano del socialismo, análisis más complejos y una mayor diversidad de criterios. Pero la sociedad también necesita coincidencias de criterios para actuar al unísono. Se requiere unidad para reconstruir consensos —porque los consensos se pueden quebrar y reconstruir— y tener en cuenta para ello la gran heterogeneidad de la sociedad cubana.

Concepción Nieves Ayús: El consenso es clave para el buen desenvolvimiento de la sociedad civil, en sus vínculos con la sociedad política. La construcción de un tipo de socialidad diferente a la capitalista, desde una ideología revolucionaria como la nuestra, es una tarea de masas y no de élites; por tanto, es imperativo contar con el pueblo.

El consenso es algo altamente valorado, porque con el Período especial, en condiciones difíciles y de muchas insatisfacciones como consecuencia de la crisis económica, uno de los mayores retos del gobierno revolucionario fue mantener el consenso. Los Parlamentos Obreros fueron una forma de construir el consenso. En esas circunstancias, el poder revolucionario se vio abocado a buscar diferentes vías para articular el consenso y hacer que el pueblo se sintiera parte del proceso de toma de decisiones. Surgió la oportunidad de un diálogo amplio, abierto, de criterios encontrados y opuestos. Esa expresión contradictoria es precisamente el consenso, cuya esencia radica no en que todos piensen igual, sino en la convergencia en torno a elementos cardinales comunes. Esa experiencia permitió que la dirección de la Revolución pudiera asumir un conjunto de medidas y que fueran entendidas no como un paquete neoliberal, sino como un plan necesario para salvaguardar la Revolución.

El consenso se logró a través del discurso argumentativo, basado en una ética de la responsabilidad por parte de todos los ciudadanos comprometidos con el proceso revolucionario, que transitaba por una de sus etapas más convulsas. Evidentemente, en tales condiciones el consenso excluye toda coacción que no

sea la del mejor argumento. Y eso fue lo que sucedió en la década de los años 90, proceso liderado por Fidel, quien tuvo la capacidad de mantener la vinculación con los trabajadores, de oír al pueblo y de hacer que las medidas, aun las más traumáticas, tuvieran un sentido político y no tecnocrático.

En las primeras etapas de la Revolución, los recursos para fomentar el consenso eran diferentes, pues se trataba de otras tareas. En la actualidad, la acentuada heterogeneidad de la sociedad civil, expresada en una marcada diferenciación interna de las clases y grupos sociales; el surgimiento de nuevas organizaciones y cambios en el marco de las ya existentes, así como la necesidad de nuevos espacios y formas en sus relaciones mutuas y hacia el Estado, imponen el despliegue de múltiples formas de participación para la construcción del consenso político. Es vital concebirlo de otro modo, canalizando la participación de manera que trascienda lo movilizador, y se inserte con más fuerza y conciencia en el proceso de toma de decisiones para que las personas se sientan parte, que puedan no solo expresarse, sino involucrarse en la definición de las tareas. En esa misma medida, el consenso se puede mantener y fortalecer en torno al proyecto revolucionario.

La calidad del consenso en torno a la Revolución cubana se mantiene porque el pueblo legitima el poder. El proyecto cubano ha dado muestras de la existencia de un consenso político fuerte, vinculado a la defensa de los principios del sistema. Ejemplo de ello lo constituye el respaldo de la población al proyecto de modificación constitucional, suscrito por más de 99% de los ciudadanos, de manera voluntaria. Esto significa la defensa de nuestro sistema ante cualquier intento, externo o interno, de cambiar los principios sobre los que está estructurado, además de ser una respuesta a los ataques externos, y una demostración clara de la legitimidad de que goza la dirección política de nuestra Revolución.

En asuntos cruciales, vinculados a la defensa frente a los ataques de los Estados Unidos y de otro tipo, el consenso es sólido. Las disonancias aparecen asociadas a problemas que impactan la vida cotidiana; emergen opiniones, juicios, valoraciones críticas, posiciones encontradas respecto a determinadas medidas. El consenso no es estático, fluctúa, se modifica. Esto es un reto para la propia política, pues no basta con que haya buenas intenciones de parte de quienes toman las decisiones, ellas pasan por la conciencia de los dirigidos, por sus sentimientos y sus deseos, porque la sociedad es un organismo vivo. En esa misma medida, el consenso debe ser constantemente redefinido.

Fernando Rojas Gutiérrez: Para seguir usando la categoría de acumulación, que me parece muy pertinente, hay un momento a mediados de los 90 en

el que se detiene la caída del Producto Interno Bruto, y aunque no se ha intensificado la recuperación, empieza un cierto nivel de crecimiento. Ese momento coincidió muy favorablemente con un auge del intercambio de ideas y discusiones; es el mejor momento, por ejemplo, de nuestras revistas culturales como conjunto, y es cuando se produce también un movimiento hacia la discusión en las organizaciones juveniles. Hubo una especie de coincidencia entre un incremento de la confianza, porque se empieza a percibir que puede haber una salida, y un mayor debate, un incremento en la circulación de ideas. También fue el momento en que se adquirió conciencia de los efectos negativos del mercado. En esa etapa se fortaleció el consenso; en primer lugar, porque la capacidad de resistencia demostrada era, en sí misma, una victoria; y en segundo, porque se empieza a percibir —como decía Fidel por entonces— la luz al final del túnel. En ese período se produjo un incremento del nivel de acumulación.

Otro momento importante, en el plano de las ideas, es el inicio de lo que se dio en llamar después «Batalla de ideas», y que pudo desplegarse también porque tuvo lugar una determinada mejoría en la situación económica que permitió el inicio de un conjunto de programas cuya esencia era más profunda que la de un grupo de obras constructivas. Los resultados que se esperaban de esos programas, esas inversiones para acumular un nuevo capital de ideas, eran una transformación cultural que, a la larga, fortalecería el consenso. Esta meta no se ha alcanzado en la plenitud en que se había proyectado, hay que reconocerlo. En el momento actual, después de varios años, no se ha logrado lo esperado, y en algunas áreas yo diría que se ha retrocedido en una transformación cultural cuyo propósito, declaradamente expresado, era que los niveles de cultura y de educación fueran una fuente todavía más sólida de dignidad, fortaleza y desarrollo de la conciencia.

En consecuencia, el consenso ha cambiado de naturaleza respecto al momento anterior de mediados de los 90. Estamos más cerca de cómo estuvimos, en el sentido del consenso nacional, a los primeros años de los 90. Ciertamente, tenemos conciencia de que hay un enemigo —mucho más agresivo incluso que en aquel momento— de nuestros intereses sagrados como nación: la soberanía, la independencia, la perspectiva de la construcción socialista, que fueron las bases de la resistencia victoriosa de este pueblo a principios de los 90. Pero no estamos, al mismo nivel, satisfechos con el desarrollo de las políticas domésticas, tanto con las que afectan la vida cotidiana y la economía como con algunas incidentes en la ideología, la formación de conciencia, como estuvimos a mitad de los 90. Hay retrocesos preocupantes en esta esfera; por ejemplo, la

visión existente hoy sobre el capitalismo es más ingenua y menos militante, lo que daña al consenso. Actualmente, ha ganado terreno una perspectiva nacionalista burguesa de desarrollo de Cuba, que representa hoy una alternativa más peligrosa que en cualquier otro momento de la Revolución. En este momento no se puede descartar esa perspectiva considerándola extinta, como pudo darse por sentado en etapas anteriores. Se mantiene consenso alrededor de los pilares fundamentales, pero no es lo suficientemente sólido acerca de una perspectiva socialista, que es el tema de la pregunta.

R.H. / D.P.: *¿Qué peso tienen la expresión y participación ciudadanas en su funcionamiento?*

Jorge Luis Acanda González: Un problema bien definido desde que se empezó a usar el concepto de *ciudadano*, en los albores del pensamiento liberal, es que la ciudadanía puede ser formal o real. Para su ejercicio hace falta, en primer lugar, independencia económica. En el capitalismo, esta independencia de las amplias mayorías no existe; en el socialismo estadocéntrico tampoco, por cuanto el Estado es el único empleador y propietario, con una capacidad muy fuerte de coerción económica no violenta, para abrir espacios y cerrarlos, y coartar al individuo.

En segundo lugar, se encuentran los requisitos políticos. Cuando el individuo se expresa y participa, no puede sufrir sanciones de ningún tipo. Cuando en los años 70 se le decía a alguien: «no vas a escribir ni publicar, el único espacio que te vamos a dejar es que te vayas a trabajar a una fundición de acero», y esto se cumple porque no hay formas jurídicas ni políticas para impedirlo, la capacidad de ejercer los derechos de ciudadanía está fuertemente limitada. De esta manera, la participación se queda en un nivel puramente formal, al que le corresponde un consenso puramente afirmativo.

No hay que olvidar tampoco que expresión no es sinónimo de participación. De otra manera, habría que admitir que no hay sociedades más participativas que las de ciertos países capitalistas, donde existen libertades formales de expresión, y la gente puede hasta burlarse del presidente de la república, o decir lo que le dé la gana. Como sabemos, esa expresión no implica participación real ni garantía de consenso activo.

Aurelio Alonso: La democracia socialista tiene que ser participativa, pero también representativa. La llamada democracia que el liberalismo nos ha impuesto, representativa y no participativa, no implica que tengamos que inventar una democracia solo participativa y no representativa. El socialismo tiene que crear también su representatividad.

En muchos países de América Latina se está demostrando que las democracias representativas, tal

cual existen, no son tan desaprovechables, porque los intereses populares han llevado a la presidencia a gobiernos que responden a sus demandas, y no a los que están en contra de estas. Y lo están haciendo con lo que el Che llamó «las armas melladas del capitalismo», en el contexto de un nivel de deterioro de la institucionalidad burguesa, de la gobernabilidad, se dice hoy —que todavía el Che no pudo conocer en su época—, que el pueblo puede utilizar, y lo está haciendo. Si en Venezuela la transición tiene que ser del capitalismo a un socialismo nuevo, con mercado, en nuestro país tiene que ser de un socialismo defectuoso a un socialismo viable. En esa búsqueda hay que hallar una democracia en la cual la participación efectiva, que dista de haberse logrado, signifique algo más que la disposición del pueblo a asistir a una marcha popular o a una movilización del 1° de mayo. Tiene que ser, progresivamente, una participación en las responsabilidades constructivas de la sociedad. El Che lo definía con una frase extraordinaria: «la democracia tiene que ser que el pueblo pueda participar en decidir qué parte del ingreso bruto va a la acumulación y cuál al consumo». Hay que pensar en cuáles dispositivos de representación se crean para que, en cada nivel, haya una participación efectiva, de manera que quien decida sea el pueblo. Nuestra Asamblea Nacional, llena de virtudes morales, debe implicarse mucho más en el ejercicio del poder y de la participación real en las decisiones.

Una manifestación popular puede funcionar como mecanismo democrático en una sociedad dividida, para afrontar a los terratenientes afectados por la reforma agraria y en plan de promover cualquier tipo de sabotaje, con una población que apoya la socialización de la industria azucarera y que la tierra sea distribuida. En esa asamblea en la Plaza de la Revolución, una manifestación masiva de pueblo está actuando en una decisión. Pero no cualquier marcha en la plaza, aunque puede ciertamente demostrar la solidaridad con la Revolución, expresa que esa masa de pueblo esté decidiendo nada. Hay un cierto anquilosamiento del poder de convocatoria, en lo que refiere a participación. Es necesario encontrar los caminos de la participación que pueden volver a darle al proceso revolucionario un consenso *in crescendo*. Aunque este no se ha perdido en lo esencial, los viejos mecanismos ya no están funcionando.

En cuanto a la expresión ciudadana, el hecho mismo de que estemos hablando de este tema y que se pueda publicar me parece un buen signo. La expresión es un punto de partida clave para recuperar un poco el valor de aquella frase «Dentro de la revolución, todo», definiendo *dentro* con una connotación más política que doctrinaria, y más totalizadora que reductiva. El tema

de la expresión, la apertura del debate, son signos positivos. Conocer nuestra historia, y discutirla, es un ingrediente imprescindible en la formación de un sentido de participación distinto.

Narciso Cobo Roura: Pienso que uno es el peso que pueden y deben tener la expresión y la participación ciudadana en la formación de nuestro consenso, y otro el que realmente tienen. Virtualmente son amplias, significativas, insustituibles; realmente, en mi opinión, distan de lo que tienen que ser. Expresión y participación ciudadanas, hoy por hoy, son insatisfactorias. Nuestro sistema es mucho más participativo que el de muchos otros países, no lo pongo en duda; pero sus posibilidades reales son incomparablemente mayores.

El primer espacio de participación ciudadana, la asamblea de rendición de cuentas del Poder Popular en la circunscripción, por tomar ese único referente, no permite una verdadera interacción. Todo lo contrario, en vez de ser propiciatoria para que fluyan los problemas de la comunidad, más bien fomenta la incomunicación. El mecanismo de inhibición se instala a partir de que hay una determinada retórica pseudoexplicativa, racionalizadora, de las causas que determinan la no solución de los problemas. Esto da lugar, las más de las veces, a la indiferencia. Esto no forma el consenso activo que se requiere.

La capacidad de reacción de las estructuras frente al malestar o a la inconformidad del consumidor, el cliente, el ciudadano, es a todas luces insuficiente e ineficaz en cualquiera de las instancias. Como resultado, este se encuentra predispuesto de antemano a cuestionar la posibilidad o capacidad de reacción y corrección que pueda tener una estructura determinada, lo cual limita la participación efectiva de una gran parte de la población. A nivel de la sociedad, estamos desaprovechando un diseño que tiene otras potencialidades y preservando, retóricamente, mecanismos con un determinado grado de irracionalidad, que tienen un efecto enervante, inhibitorio, o que impiden directamente la expresión y la participación ciudadanas. Es de las cosas que más nos urge y apremia cambiar.

Alexis Codina Jiménez: Si el *consenso* es fundamental, la *expresión y participación ciudadanas* son los vehículos para propiciarlo. No puede haber dudas de que nuestro sistema de participación es muy superior a los de las «democracias representativas». En los últimos años he estado algunos meses en diferentes países latinoamericanos, en algunos períodos he coincidido con procesos electorarios. Los intercambios con alumnos de los cursos que he impartido y otros ciudadanos me han permitido conocer algunas interioridades de esas «democracias». Algo que me resultó revelador, que la

gente hablaba como una cosa muy natural, es que los congresistas (que salen electos por campañas que financian sus partidos, con contribuciones de empresarios) tienen que entregar una contribución mensual a su partido que, muchas veces, es superior al sueldo que reciben. Es decir, que sus partidos tienen claro que su elección le propiciará ingresos muy superiores a su sueldo. Esos ingresos debe gestionarlos con las atribuciones que le permite su cargo (prebendas, aprobación de leyes que benefician a determinados grupos económicos, apropiación de ayudas externas, etc.). Varios ministros fueron sustituidos por malos manejos, pero los congresistas tienen inmunidad parlamentaria; por tanto, no pueden ser revocados porque fueron «elegidos por el pueblo». Esa es la «democracia representativa» que Mr. Bush nos propone para «liberarnos».

En el caso de Cuba, el sistema de órganos del Poder Popular, desde la circunscripción hasta la Asamblea Nacional, con todos los defectos que puedan señalársele, no solo es representativo (y no de los intereses de grupos económicos), sino también participativo. Pero es insuficiente. La instancia en la que participa la población es la asamblea con el delegado, en la que se discuten problemas de la zona que muchas veces este no puede resolver, porque requiere recursos que se manejan en otras instancias o por la burocracia de las instituciones que tienen que darle respuesta.

Pienso que para una *expresión y participación ciudadanas* más amplia, esto es insuficiente. En los años 90 utilizamos las asambleas para una amplia consulta popular sobre el Plan de Medidas que se debatiría en la Asamblea Nacional. Este mecanismo es muy amplio, pero resulta muy costoso y, necesariamente, demorado. Hay que pensar en otras vías. A diferencia de otros países, en Cuba el pueblo está organizado. Podríamos utilizar diferentes organizaciones más, como hemos hecho en otras ocasiones. Para el análisis de cuestiones específicas, podrían crearse grupos *ad-hoc* con integrantes de diferentes organizaciones políticas y sociales, así como de asociaciones profesionales (Unión de Juristas, de arquitectos e ingenieros, economistas y contadores, etc.), investigadores y académicos.

La prensa podría desempeñar un papel más activo en esto, trabajando en tres planos: información, integración de estados de opinión, y con trabajos de análisis y reflexión. En la Asamblea Nacional se debaten temas que interesan a la población, la prensa informa lo que plantearon los delegados, pero muchas veces no podemos entenderlos bien porque no tenemos antecedentes de lo que se discute. Se podría preparar un resumen de los documentos base (con los aspectos que puedan hacerse públicos), informarlos previamente en la prensa y que los interesados enviaran sus criterios.

En la última sesión de la Asamblea Nacional, los ministros de Economía y de Finanzas y Precios presentaron sus informes más resumidos y centrándose en los problemas. Eso es bueno, porque disipa el tono triunfalista que a veces caracteriza algunos informes. Pero nos privó de una información amplia, que aparecía en informes de años anteriores. Raúl planteó que la prensa informara más ampliamente sobre esto pero, después de pocos días, no se informó nada más.

Con excepción de los temas culturales, deportivos e internacionales, son excepcionales los trabajos de análisis y reflexión sobre problemas nacionales. Nos enteramos de lo que se hace cuando se inaugura una obra. Pero conocemos poco de lo que se está haciendo. El informe que presentó el ministro del Transporte en la Asamblea nos ayudó a comprender los problemas del transporte ferroviario y de carga, y las cosas que se están haciendo; el de la ministra de Industria Básica nos actualizó sobre la generación eléctrica. Pero esto fue en la Asamblea; hay que hacerlo más frecuente y fluidamente. Recuerdo el espacio «Ante la prensa», donde ministros y funcionarios informaban lo que se estaba haciendo, la gente llamaba y se interesaba. La Mesa Redonda ha ganado un interés en la atención de la gente. Es un espacio muy útil, además de información, se presentan análisis y reflexiones. Podríamos utilizarla más para cubrir este déficit, incorporando más temas de interés cotidiano para la gente, como sucedió con las que se desarrollaron, con la participación de Fidel, cuando la crisis energética y en otros momentos.

No se trata de promover una *glasnost*, que solo sirvió para confundir y para que los soviéticos renegaran hasta de su heroica historia. Es difícil encontrar otro pueblo con la instrucción y cultura política del cubano. Esa gran fortaleza que ha creado la Revolución podemos utilizarla más creando los espacios y vías que, sin comprometer la discreción con que tenemos que manejar algunos asuntos, nos permita convertir esa fortaleza en energía.

Ramón de la Cruz Ochoa: Nuestra concepción de la democracia —de la mayoría de los cubanos, incluidos los profesionales que estudiamos estos temas, y los intelectuales— no es la de un proceso consistente en votar cada cuatro, cinco o seis años, y elegir representantes, diputados y senadores. Se trata de que sea una democracia participativa, donde los ciudadanos intervengan sobre todo en la toma de decisiones, así como en su ejecución. No puede pretenderse una buena participación que influya en la toma de decisiones si no existe expresión de las ideas y debate. No puedo aceptar la existencia de espacios exclusivos para que tome decisiones un grupo élite de la sociedad. En todas las decisiones fundamentales de la sociedad deben participar todos los sectores sociales, incluyendo las

¿Qué peso tienen la expresión y participación ciudadanas en su funcionamiento?

minorías, siempre que sean legítimas y actúen dentro del respeto a nuestra Constitución y nuestras leyes.

Enrique Gómez Cabezas: Si estamos hablando de consenso es a partir también de la participación. El consenso se expresa también en la medida en que la gente participa y protagoniza las transformaciones. Si no existe cultura y nivel de información no hay participación consciente, pues no pueden sustentarse las opiniones

Trabajar en función de un objetivo es participar. Transformar la sociedad, ser parte de los nuevos programas de la Revolución, es participar. Los trabajadores sociales que cumplen misiones de la Revolución energética en el exterior, o los médicos internacionalistas, participan en un proyecto que expresa un valor imprescindible a nivel global. Participar es también debatir y contribuir a interpretar la realidad, aportar en la generación de ideas, tan necesaria para encontrar soluciones a los enormes problemas existentes.

En distintas etapas de la Revolución, los jóvenes han sido protagonistas de importantes transformaciones sociales: desde las luchas por la independencia hasta la campaña de alfabetización y las milicias revolucionarias, las misiones internacionalistas en África o la presencia de los médicos en más de sesenta países; los maestros emergentes que revolucionan hoy la educación con los nuevos programas que se desarrollan, o los instructores de arte abanderados en la batalla por el desarrollo de la cultura. Los trabajadores sociales, cuya edad promedio es veintiún años, están haciendo Revolución: Fidel los ha llamado constructores de una sociedad nueva. Ahí está la participación y es necesario lograr, en mayor grado, que se sea más consciente de ello y sea asumido con absoluta responsabilidad.

Carlos Lage Codornú: La participación es un reto y una necesidad. No se logra una Revolución verdadera si la gente no se siente partícipe —sin que se confunda esta idea con que todo el mundo tiene que decidir todos los días acerca de todo.

Por la edad que tengo, 25 años, mi vida ha estado determinada por los años de la crisis, período durante el cual vimos cómo se degeneraron o se corroyeron ciertos valores en Cuba, que afectaron a su vez a organizaciones e instituciones. Se discute acerca de si a la gente no le interesa participar —lo que en algunos casos puede ser cierto—; pero muchas personas

verdaderamente interesadas no han encontrado espacios donde actuar, o no sienten que las tomen en cuenta. En tiempos de crisis, resulta razonable que la política sea cerrar todo y mantener cierta rigidez, pero en la medida en que se produce una evolución de la situación, es necesario abrir y flexibilizar, porque no vamos a vivir permanentemente en esas condiciones. No se puede desconocer que Cuba está en guerra constante, que estamos expuestos a peligros; pero hay que ir ensanchando márgenes al debate, a las vías de participación. Nuestra organización, la Federación Estudiantil Universitaria (FEU), también enfrenta ese gran problema. Estamos revisando muchos aspectos de nuestro trabajo, pero uno de los principales —que no se resuelve con orientaciones o con una decisión desde la dirección de la FEU— es que los espacios de participación han perdido credibilidad, y los estudiantes no identifican a las instituciones ni a sus dirigentes como su vía de comunicación con la Revolución, como debería ser dentro de un sistema socialista. Esto pasa con muchas instituciones, unas más que otras.

El tema es tan complicado que no se resuelve solo encontrando a un grupo que entienda que ese es el camino. Hay una serie de vicios que nos lastran. Uno de ellos es el de «los funcionarios». No disponemos siempre —a la cabeza de las principales estructuras de las organizaciones— de suficiente nivel cultural y sensibilidad para escuchar a la gente, de una verdadera cultura del debate, como para asumir determinada política. Este problema se repite en casi todas las instituciones. Hay gente muy buena, pero no en los lugares de dirección donde deberían estar; estos han sido ocupados por compañeros que a lo mejor pueden ser muy disciplinados, muy correctos, muy alineados con lo que en algún momento pudo ser necesario, pero que hoy no responden a las necesidades de los cubanos.

La educación en Cuba no es el campo exclusivo de un ministerio, sino de todos los organismos e instituciones, que forman o deforman. Nosotros desde la FEU —no sé si esta experiencia sería útil al resto de la sociedad— hemos analizado que, en Cuba, la Revolución siempre dispuso de mecanismos movilizadores. En los primeros años, la guerra con los Estados Unidos era un mecanismo muy fuerte, que mantenía a la gente en una sintonía particular con la Revolución. Angola, incluso con las contradicciones que la caracterizaron, fue un proceso intenso de participación y movilización. La Revolución siempre ha

desencadenado grandes procesos que implican a mucha gente incorporada en un sentido participativo y de identificación. En los últimos años, nos ha faltado ese tipo de proceso.

La Revolución necesita compartir tareas; por ejemplo, en el caso de los jóvenes, recibimos la del trabajo social. Sin embargo, muchos jóvenes pensamos que es necesario ir más allá de lo asignado, pues queremos también crear en nuestro propio ámbito. Hay numerosos problemas que enfrentar que permitirían sacarlos más allá de la vida diaria, por lo cual esta variante tendría mucha fuerza. No sé si esta idea pudiera aplicarse a toda la sociedad, pero por lo menos los jóvenes, y en particular los estudiantes, tienen ahí una gran necesidad que satisfacer. Esto les permitiría apreciar mejor la nobleza e intención de la Revolución, porque a veces se pierde de vista su verdadera naturaleza, cuando se ha excluido a personas calificándolas de no revolucionarias, porque tenían criterios diferentes, o por no haberlos expresado de la mejor forma. Estas políticas dictadas por personas equivocadas se confunden con las de la Revolución, que como camino trazado hacia la justicia social está más allá. Parte fundamental de las características de la Revolución, especialmente en este período, es cierta rebeldía en la gente, expresión de su inconformidad ante lo mal hecho.

También en lo referente a la formación, subrayo la necesidad de abrir nuevos espacios de debate, pues se trata de un medio necesario para consolidar los principios. A veces se teme a ello, porque se puedan colar el oportunista y otros enemigos reales. Sin embargo, hemos participado en numerosos debates bien polémicos, y hemos comprobado que a mayor amplitud, más se han consolidado los principios, pues es precisamente en ese tipo de experiencias donde se puede palpar la fortaleza de la Revolución. La diversidad de ámbitos para expresar lo que realmente se piensa revela ese vigor, que caracterizó al proceso durante mucho tiempo. No se puede cumplir el concepto de Fidel de cambiar todo lo que haya que cambiar, si no se va a la esencia de los problemas en la confrontación de criterios. Naturalmente, no todo hay que debatirlo, pues sería ir al otro extremo; si se dispone de una estructura de dirección, y hay tareas que cumplir, no se puede estar haciendo un plebiscito cada dos meses. Pero esto no invalida la gran necesidad de debate en las instituciones, las organizaciones y la dirección.

Oswaldo Martínez: El peso que tienen hoy la expresión y la participación ciudadanas me parece determinante. Si el consenso ha permitido el sostenimiento de la Revolución cubana y de la construcción del socialismo en las más adversas condiciones inimaginables, asimismo ha funcionado la participación ciudadana. Naturalmente, esa participación

puede y debe ser mejor. El sistema del Poder Popular introduce aspectos novedosos, revolucionarios, de profunda índole democrática. Pero para que no sea bueno solo en sus concepciones y en los excelentes compañeros que lo integran, requiere un nuevo aire, de manera que las elecciones de los delegados de circunscripción hagan que la población se sienta convocada realmente; que las asambleas de rendición de cuenta sean menos formales. Se trata de no desechar lo mucho bueno, pero hace falta superar lo que ya tenemos.

Isabel Monal: La participación y la expresión ciudadanas tienen un papel determinante. Los pueblos tienen responsabilidades, y también se equivocan. Y si el pueblo cubano no quiere equivocarse, tiene que estudiar, estar informado, porque no se trata solo del derecho de opinar, sino de hacerlo con responsabilidad. Participar no es solo dar opiniones, sino debatir y participar en la concepción y ejecución de los planes. La toma de decisiones forma parte de este proceso.

Hace falta un diálogo verdadero entre los científicos sociales y los compañeros que toman las decisiones. ¿Qué sentido tiene crear instituciones y poner compañeros a investigar y a estudiar y después no tomarlos en cuenta, ni siquiera llamarlos para ver qué piensan? Se han cometido errores a pesar de que había especialistas disponibles, dispuestos a dar su conocimiento y a trabajar sin horario. Nada puede justificar eso. Además del diálogo entre los especialistas, y entre estos y los tomadores de decisiones, el más importante, la sal de la tierra, para decirlo con palabras de la *Biblia*, es el diálogo con la población, con el ciudadano del socialismo, consciente, educado, cultivado y desarrollado por el socialismo y para el socialismo. Y jamás menospreciar lo que este tiene que decir.

Concepción Nieves Ayús: Un elemento medular, sustantivo, diría que hasta definitorio de la transición socialista es la participación. En el transcurso de estos cuarenta y nueve años de Revolución, se han creado las más variadas instituciones y mecanismos para que las personas participen en el proceso, se vinculen con la organización política, y se sientan escuchadas, atendidas. En términos de ciudadanía activa, tal como se promueve este asunto en otros contextos regionales y nacionales, tenemos avances que mostrar. Aunque es necesario perfeccionarla, nuestra institucionalidad ha creado espacios para posibilitar esa expresión ciudadana. Ahora bien, cada etapa exige revisar en qué medida esos mecanismos se corresponden con las nuevas tareas y necesidades. No se puede pretender que el Poder Popular, creado en 1975 en condiciones específicas, esté a la altura de las demandas actuales de participación ciudadana si no se revisan

permanentemente su estructura, funcionamiento, métodos de trabajo. Me refiero al análisis integral de su funcionamiento en cuanto al papel del delegado en la base, la efectividad del proceso de rendición de cuentas, la legitimidad de que gozan las asambleas municipal, provincial y nacional. Las instituciones existen, pero debe existir también un análisis sistemático de las premisas sobre las cuales estas se han construido, para medir si continúan dando respuesta a las necesidades e intereses de la ciudadanía. Cuando hablamos de ciudadano nos referimos al individuo en relación con el Estado, no solo para los asuntos macro, sino preferentemente en los ámbitos cercanos e inmediatos a él como persona pública, a su participación en el proceso electoral, de rendición de cuentas, o en otras acciones dentro de su comunidad. El ciudadano debe conocer y confiar en esas instituciones, pero también exigirles. Hay que poner a tono la participación con las nuevas demandas, y en esa misma medida, perfeccionar nuestras instituciones para que el ciudadano sienta que le son útiles para encauzar sus intereses y necesidades, a la vez que pueda participar en sus actividades; sentir no solo que está demandando, sino que forma parte del proceso de realización de las políticas.

Fernando Rojas Gutiérrez: Lo anterior conduce a reflexionar sobre el papel de la participación ciudadana. Las debilidades del consenso no plantean la necesidad de sustituir la organización institucional del sistema, ni afectan el sentido de legitimidad. Las organizaciones cubanas y el sistema político siguen gozando de legitimidad. Se trata de debilidades funcionales para asegurar la participación ciudadana. Por ejemplo, los cambios recientes en la estructura del Partido, que yo celebro, hay que entenderlos como dirigidos a que este avance en la recuperación de su papel dirigente. No se trata de que eso se haya perdido, pero sí se ha resentido el tipo de intervención política que el partido debe tener en la sociedad, y que es necesario recuperar. Pienso que la Juventud Comunista, con su propia lógica, debe analizar cómo participa en su papel de líder juvenil, y no solo como gestora de proyectos. Menciono las dos organizaciones políticas fundamentales, pero análisis similares se pueden hacer para todas nuestras organizaciones sociales y para las estructuras estatales. Es necesario que alcancen niveles de funcionamiento superiores, sobre todo desde la perspectiva de la participación, el punto donde están las principales debilidades; lograr que todas nuestras organizaciones puedan ser realmente vehículos de participación ciudadana.

Una cuestión esencial atañe a la calidad de la participación. La propia lógica de la agresión externa nos ha obligado a insistir, sobre todo, en su carácter

afirmativo; pero debemos avanzar en su sentido propositivo. Es absolutamente imprescindible que las personas se sientan implicadas en las transformaciones necesarias para tener más socialismo; personas que van a exigir, al mismo tiempo, niveles de información y de cultura que faciliten un tipo de participación tendiente al desarrollo socialista. El peligro de que se pueda desatar un fenómeno parecido a la *perestroika* está siempre latente, precisamente por los problemas que mencionaba sobre el consenso. Existe la posibilidad de que emerja una propuesta no socialista. Por lo tanto, tiene que haber mucha más información para poder competir con los medios de difusión adversos, así como más cultura, más educación, y más participación: más gente opinando, discutiendo dentro de las instituciones de la Revolución, porque si esos debates ocurren fuera, se lastima el esqueleto esencial de la sociedad. Los peores errores de la última dirección soviética al pretender modificar las estructuras políticas y sociales, supuestamente bajo las banderas del socialismo, llevaron a desorganizarlo todo y a favorecer que los procesos en marcha se salieran de los cauces de la institucionalidad socialista. Es muy importante no reventar las instituciones, pero al mismo tiempo exigirles una transformación en el sentido de los flujos de información-participación entre la institución y el ciudadano, con la tremenda desventaja de todos los grandes problemas materiales que tenemos. Pero no es posible, so pretexto de que hay muchos problemas de tipo material, dejar de enfrentar este reto.

R.H. / D.P.: *¿Cómo se perfigura el socialismo cubano en la perspectiva de la próxima década? ¿Qué papel ocupan en su definición las nuevas generaciones?*

Jorge Luis Acanda González: Quisiera que el socialismo cubano de la próxima década fuera menos estadocéntrico, para que se desarrollara más la democratización del poder y de la propiedad. La coyuntura actual no indica necesariamente que vaya a ser así, pues la próxima década se encuentra demasiado cerca. Habría que remontar dificultades y escollos relacionados con factores ajenos o externos a Cuba. Ahí está el imperialismo, que sigue siendo una amenaza sobre el país; y en el mundo prevalece un orden y un mercado global capitalista.

Pero también habría que superar obstáculos mentales e intereses. Se mantienen atrincheramientos mentales, dogmatismos y concepciones muy acendradas en grupos que no están ajenos a relativas cuotas de poder. También existen otros grupos sociales que, por razones muy diversas, no tienen interés en este cambio; algunos muy vinculados a la actividad monetario-mercantil capitalista, que realmente quisieran que estas

se ampliaran; otros cuyos intereses convergen con la idea de un Estado omniculturalizador.

Quisiera que la transición no avanzara hacia el capitalismo ni hacia formas de democracia burguesa, pero tampoco hacia estilos estadocéntricos, que en un momento dado a lo mejor fueron necesarias, pero ya no. En ese socialismo de la próxima década —el que yo deseo o el que exista— ¿qué papel tienen las nuevas generaciones? En primer lugar, ya sabemos que nadie puede dar por garantizado que en la próxima década tengamos socialismo. La cuestión de la reversibilidad la planteó el propio Fidel en uno de sus últimos discursos. Cada generación marca una impronta significativa, aunque en cualquier momento histórico haya más de una generación incidiendo e interactuando. ¿Cuántas generaciones hay en este momento en Cuba, como agentes de la actividad política? Puede ser que haya cuatro. Pero en una perspectiva de futuro, son las más jóvenes las que tienen un papel fundamental.

El futuro del socialismo depende de si se ha avanzado en el camino de la socialización del poder y de la propiedad. De otra manera, puede existir un sistema llamado socialismo, pero que no lo sea realmente. Es evidente que los próximos diez años van a marcar una etapa de recambio generacional en el poder, por razones biológicas. En esa proyección futura, ¿querrán estas generaciones ser la fuerza que propicie la socialización del poder y la propiedad, en busca de un sistema cada vez más socialista? Nadie puede dar esa respuesta de antemano.

Por otra parte, ninguna generación es un grupo homogéneo. En la propia generación del centenario, había individuos de la misma edad que desempeñaron papeles muy tangenciales, o no tuvieron ninguno, o fueron contrarrevolucionarios. Sería demasiado hablar de «los jóvenes». Unos querrán un papel; otros, uno distinto, de acuerdo con circunstancias muy complejas que van desde las historias de vida particulares, hasta inserción en estructuras.

Si una persona desde joven aprende a ser simulador, repetitivo, obediente, a no pensar con cabeza propia, se está prefigurando el futuro. Si se quiere que una generación, o una parte de ella, tenga un papel activo en el sentido de reestructurar el proceso, de impedir que camine hacia todo lo contrario, de salvarlo, enfrentar los escollos, rescatar la idea original, se requiere estructurar su proceso de socialización de tal manera que esto sea posible. No se le puede pedir a una generación que desempeñe un papel histórico clave si esos procesos socializadores —la familia, la escuela, los mecanismos de participación social— la han moldeado de una forma que lo impide.

No hay que olvidar lo que pasó en 1991 en la Unión Soviética cuando, un buen día, Gorbachov dijo: «se

acabó el Partido Comunista»; y más tarde vino alguien más que anunció: «Se acabó la Unión Soviética». No hubo un grupo de poder, aparte de algunos sectores minoritarios, que pudiera haber revertido aquellas decisiones. ¿Por qué? Porque no se había construido socialmente un sentido de independencia, de gestión propia, de autonomía de criterio, pues las estructuras sociales no lo habían desarrollado. La mayoría lo asumió como había asumido todo lo que le había pasado antes, esperando órdenes de arriba. Si se quiere que la generación más joven —que dentro de diez años ya no lo será— pueda asumir ese papel activo, hay que estructurar su vida para que pueda asumirlo, pues no existe ningún contrato ni seguro de vida con la historia.

Aurelio Alonso: Es la pregunta para la cual no tengo respuesta. Pienso que en el futuro, el socialismo cubano no se debe parecer mucho, institucionalmente, al que tenemos ahora. Cualquier seguridad excesiva al respecto revela superficialidad o un optimismo triunfalista, como también cualquier derrotismo. El país no está perdido, pues haber atravesado los años 90 como lo hicimos en Cuba, y haber logrado las cosas que hemos logrado, sostienen nuestra esperanza. Hoy estamos asistiendo al nacimiento de un ambiente más propicio a nuestro futuro, en el resto de América Latina, con distintos niveles de radicalidad: haber vivido la época en que surge el ALBA y tener la posibilidad de empezar a trabajar en función de una esperanza que no sea solamente local o nacional.

Aun así, no hay que olvidar que el pueblo soviético venció heroicamente al nazismo, vivió una aparente consolidación del poder económico, político y militar, apreciable en las cuatro décadas posteriores a la guerra, y en los diez años siguientes se desplomó sin que nadie lo esperara. ¿Dónde se perdió aquella fuerza? Hay un poeta árabe cuyos versos dicen: «Vuestros hijos no son vuestros hijos, porque ellos habitan la casa del futuro, donde tú ni siquiera puedes visitarlos». Las nuevas generaciones son la promesa, aunque también pueden detonar el derrumbe de lo que existe.

En otro contexto, las nuevas generaciones de finales de los 80 dieron al traste con el socialismo en la Unión Soviética. Ellas tenían setenta años de formación en el marxismo leninismo estalinizado más cerrado; no tenían acceso al cine de Occidente; no podían experimentar nada de afuera, salvo si entraba clandestinamente; no podían salir del país, ni siquiera moverse libremente dentro del suyo. Mientras las viejas generaciones dominantes no sabían cómo estas pensaban, las nuevas decidieron que no querían esa sociedad.

Me pregunto si hoy el discurso oficial que escuchamos en las nuevas generaciones, incluso con las posiciones que nos parecen más lúcidas, es representativo de lo que piensan realmente los jóvenes.

Indudablemente, cada generación tiene su responsabilidad histórica, pues nadie dirige un país desde la tumba. Cuando desaparezca la generación histórica —la que ha permanecido en la dirección del país desde el inicio de la Revolución—, la intermedia y los más jóvenes estarán a cargo. Los históricos dejan, desde luego, una impronta que incluye las cosas maravillosas que hicieron, los sacrificios que realizaron y la capacidad que tuvieron para lograr que la Revolución se mantuviera. Es necesario reconocer esa deuda. Por otra parte, su presencia en el poder transmite visiones formadas en los años 60 sobre el liderazgo del relevo. Entre esa generación histórica, desde luego, hay figuras con la inteligencia y la lucidez, la capacidad y la flexibilidad para advertir cuántas cosas han ido cambiando desde entonces y que será necesario renovar; otras siguen pensando que el modelo es el mismo. Ha sido una suerte para la Revolución que Fidel, y también Raúl, en sus respectivas responsabilidades, hayan podido perdurar con sus puntos de vista durante todo este tiempo, y dejarnos la experiencia, por ejemplo, de cómo lidiar con los Estados Unidos. En qué medida las nuevas generaciones van a colocarse frente a ese legado es una interrogante abierta que solo la historia futura podrá responder.

Narciso Cobo Roura: Nuestro socialismo me lo represento, en un futuro próximo, en lo esencial, con un mayor espacio para la realización personal de todo hombre y mujer; en primer término, como creador de bienes materiales y espirituales, con la consiguiente ampliación de los márgenes para que puedan intervenir de manera más efectiva y creadora en toda actividad económica, cualquiera que pueda ser la forma organizativa que se adopte para ello y la forma de propiedad en que esta se inscriba.

Lo he pensado, lo pienso, lo hablo, desde la perspectiva del Derecho: deben existir otros espacios para intervenir y participar en el sistema de relaciones económicas. Quizás para ello deba producirse una reorganización de las relaciones de producción, implicando cambios y perfeccionamiento en las de propiedad, que permitan la estructuración de estas en un marco más transparente, que contribuya de manera efectiva a su realización y perfeccionamiento, y que pasa igualmente por los intercambios que deben servir de cauce natural para la realización de bienes y servicios.

Y en el plano de la solución de conflictos, que no dejan de ser una consecuencia natural y necesaria de aquellas otras relaciones, me represento un marco más inteligente, de mucha capilaridad, para tutelar todo este complejo tramado de relaciones. Existe una diversidad de vías de solución de conflictos, cada una con diferentes grados de eficacia, según su tipo: desde las que están diseñadas para hacerse efectivas en el ámbito

de jurisdicción estatal, correspondiente al sistema de tribunales, como las que pasan por las soluciones que pueden ser acordadas por las partes y sostenidas, resguardadas y protegidas por el Estado.

El Derecho no solo resulta importante en esta transformación como portador de valores, sino como un elemento activo, dinámico. La irracionalidad de la norma —creo haberlo dicho antes— genera problemas en el sentido más amplio, no solamente disfunciones, sino corrupción. El voluntarismo en el legislador supone un alto riesgo. La norma erige una determinada conducta exigible, la establece como expectativa, y la sociedad le otorga un determinado reconocimiento. La da por buena. Para ello debe poseer un grado de racionalidad, pues de lo contrario corre el riesgo de desencadenar múltiples consecuencias negativas.

El Derecho tiene que ser capaz de detectar sus propias frustraciones normativas y suprimirlas. Por ejemplo, la cuestión de la compra-venta de la vivienda. Es ilusorio suponer que por haberla regulado de forma casi prohibitiva en nuestra norma, no va a tener lugar. Ha continuado, y de paso ha contaminado a tantos ciudadanos como no somos capaces de imaginar. En Derecho, no puede razonarse de esa forma; este tiene que fluir, para contribuir a la transformación, para desempeñar un papel dinamizador. En cambio, ocurre lo contrario, lo que afecta el tejido humano, a la sociedad. Todo esto acarrea afectaciones al sistema de valores.

Respecto a los jóvenes, tengo la suerte de ser padre y profesor. Me entusiasma la negación que encierran —y que no es puramente generacional—, su espíritu crítico, la contradicción que encarnan, su abierto cuestionamiento de las cosas, su inconformidad, y a la vez su capacidad de motivación y de identificación con las tareas. Cuando no están en ese caso, me parece que no juegan su papel. En realidad, me preocupa cuando falta esa confrontación. En un momento de tantas contradicciones, ser contemplativo yo creo que es una falta mayor. Es difícil para ellos. Yo lo entiendo. Conformarse un proyecto de vida hoy, en un marco de tantas restricciones y condicionamientos, y a la vez ser un agente —participar— de las transformaciones que estamos obligados a emprender, se las trae. Y no deja de haber quien lo asume de una manera oportunista, no comprometida, evasiva, limitándose a contemporanizar, más que reproduciendo, incubando una nueva doble moral.

Aprecio, quizás más en lo que niegan que en lo que afirman, la necesidad de corregir y buscar alternativas, y eso me hace pensar que van a ser mejores y van a llegar mucho más rápidamente a los objetivos que nosotros nos trazamos y a los que ellos mismos alcancen a identificar. Es verdad, quizás —y esto se suele afirmar

no siempre con razón— que no tienen el mismo nivel de compromiso. Puede ser. Pero esa no es necesariamente una desventaja, porque les posibilita enjuiciar con mucha mayor objetividad los problemas y, si vamos a ver, es a ellos quienes corresponde en realidad corregir a todos los que hayamos venido actuando con error. Y, por otra parte, a veces no dejamos de confundir compromiso y justificación.

El nuestro es, a veces, un discurso muy justificativo, muy racionalizador, en el sentido de pretender dar razones y explicaciones que no tienen por qué tenerse por buenas, ni asumirse. Y al criticarlo, deben tender a afirmar exigencias y valores muy importantes para ellos, como pueden ser la racionalidad y la transparencia.

A nosotros, el elemento utópico nos marcó; y aunque este muchas veces ha resultado movilizador, también ha tenido un efecto paralizante y, a la larga, contraproducente. Ellos no están movidos por una visión utópica; aunque su ideal pueda funcionar quizás en otro nivel, este es más realizable, y va a tributar de manera mucho más efectiva al estadio que el sistema socialista debe alcanzar. Ojalá que ellos sean lo suficientemente críticos con nosotros como para ser mejores, para hacer las cosas mejor de lo que las estamos haciendo ahora. Espacio y razones para ello, sobran.

Alexis Codina Jiménez: Me es difícil prefigurar el socialismo cubano en la próxima década. Muchas de las cosas que quisiéramos hacer no dependerán solo de nuestra voluntad, sino de la situación internacional. El mundo va ganando conciencia de la complejidad de sus problemas, y los pueblos se van despertando y rebelando. Pero las fuerzas reaccionarias que se oponen al progreso son cada vez más agresivas e irracionales en sus pretensiones de imponer una dictadura a nivel planetario, con capacidad y disposición de desatar conflictos, guerras, invasiones. Estamos demasiado cerca de ellos y sus intenciones de destruirnos están muy declaradas para que las ignoremos. Esto nos obliga a estar alertas y preparados. Me limitaré a esbozar las principales direcciones en las que, pienso, debemos concentrar nuestros esfuerzos en los próximos años.

Si en algún período de la Revolución el papel de las nuevas generaciones será particularmente importante será, precisamente, en el próximo decenio. Son las generaciones que nacieron después del triunfo y se formaron en la Revolución. No participaron en las batallas históricas de los primeros años como la campaña de alfabetización, Girón, las nacionalizaciones, la Crisis de Octubre, las zafras del pueblo, por mencionar algunas en las que maduraron y se formaron las generaciones actuales. Muchos se educaron o se hicieron profesionales en los años difíciles del Período especial. Pero han tenido un papel protagónico en el impulso y materialización de los Programas de la

Revolución, desarrollados en el marco de la Batalla de ideas. Además, han recibido una formación profesional, cultural y política muy superior a la de generaciones anteriores. De su identificación con la continuidad del proyecto social de la Revolución podemos encontrar ejemplos excepcionales en los cinco héroes prisioneros del imperio, que a pesar de las ofertas que les hicieron en los primeros momentos, de las crueles condenas y presiones a que han sido sometidos, no han flaqueado, ni claudicado.

Las tareas que tienen que enfrentar las nuevas generaciones son muy diferentes a las anteriores. Los jóvenes de la generación del centenario tuvieron que enfrentar la solución de problemas de muy larga presencia en nuestra sociedad: la miseria, la ignorancia, las enfermedades endémicas, la falta de atención médica, la desigualdad e injusticia social, la discriminación, la ausencia de independencia y de soberanía del país. Convocaron al pueblo para construir un nuevo proyecto social. Las nuevas generaciones tienen que convocarlo para defender, consolidar y llevar ese proyecto a niveles superiores. Para esto tendrán que enfrentar la atención de problemas no menos complejos. Para mencionar algunos, en lo relativo al desarrollo económico: la recuperación y acumulación a la que hice referencia al inicio: la elevación de la producción de alimentos y eficiencia en el uso de la tierra; el aprovechamiento óptimo y desarrollo de nuevas fuentes de energía; el desarrollo de ramas y recursos económicos basados en el conocimiento; la generación de empleo productivo; la recuperación de la infraestructura ferroviaria, viales, puertos, y transporte de carga. En la esfera social y el consumo, continuar el mejoramiento de los servicios educacionales y de atención de la salud (con una población más envejecida); la reparación y construcción de viviendas; el transporte urbano; el acercamiento a la eliminación de la libreta de racionamiento, de manera que quede para la población más vulnerable, y utilizar el mercado para el resto; la elevación del valor real del peso y un sostenido acercamiento del valor de ambas monedas, hasta la existencia de una sola, entre otros.

Todo esto deberá traducirse en un incremento de la riqueza social, con el aumento de los recursos exportables y del abastecimiento de productos y servicios para las necesidades nacionales, así como un incremento de la productividad del trabajo y, con esto, continuar elevando el nivel y calidad de la vida de la población. En lo relacionado con el funcionamiento y la gestión social, deberá producirse, paulatinamente, un proceso de descentralización de decisiones y de recursos que garantice una mayor dinámica en las respuestas a necesidades territoriales y de empresas y entidades, manteniendo reservas en fondos centralizados para

atender necesidades generales y contingencias naturales o provocadas desde el exterior; mecanismos de intercambio, participación y control social más dinámicos; desburocratización del funcionamiento de las instituciones estatales, dando respuestas más ágiles a las necesidades de la población, entre otros.

Hay que hacerlo sin descuidar dos constantes que han estado y deben continuar presentes en cualquier transformación que pensemos: la atención de la defensa y la preservación de los valores de la Revolución —solidaridad, honestidad, internacionalismo. En resumen, la protección hacia fuera (la invulnerabilidad militar de que habló Fidel) y la protección hacia adentro (invulnerabilidad política). La invulnerabilidad económica, por la que tenemos que trabajar intensamente, debe contribuir a las dos anteriores.

Para la orientación y conducción de estos procesos, contamos con el Partido que, bajo la guía de Fidel, ha conducido la Revolución en sus diferentes etapas. Es la institución con la capacidad y autoridad requeridas para integrar todos los componentes de la sociedad y preservar la continuidad de la Revolución, su ideología, sus logros y, fundamentalmente, la unidad del pueblo, que ha sido el factor principal que, junto al liderazgo de Fidel, nos ha permitido resistir las presiones y agresiones de un enemigo tan poderoso como nuestro vecino del «Norte revuelto y brutal que nos desprecia», como lo denominó Martí.

Un comentario final. Raúl dijo en una ocasión, citando a Marx, que los jóvenes se parecen más a su tiempo que a sus padres. Muchos de los menos jóvenes, en ocasiones, hemos actuado sin considerar esta realidad. En lugar de sostener un diálogo abierto, un intercambio de percepciones y enfoques, pretendemos explicar, convencer sobre nuestros puntos de vista, que responden a patrones de referencia y vivencias diferentes. Pienso que las nuevas generaciones se han ganado el derecho y están mejor preparadas para garantizar la continuidad de la Revolución. Tenemos el ejemplo y el pensamiento de Fidel, Raúl, el Che, Camilo, Frank y tantos otros en los que podemos inspirarnos y encontrar fuerzas en los momentos más difíciles.

Ramón de la Cruz Ochoa: Para mí, lo más importante respecto al futuro es la esperanza de que el socialismo no se frustre en Cuba. Se trata de preservar ese nuevo tipo de sociedad por la que se ha venido luchando tanto tiempo. Ese es el gran desafío, en el que deben ser incluidas todas las generaciones que convivimos en nuestra nación.

A la generación histórica le tocó cumplir un papel determinante en los últimos cincuenta años. Esta generación ha estado representada, fundamentalmente, por Fidel y Raúl, quienes han gozado y gozan de un gran prestigio y legitimidad. Pero por ley de la vida, el

momento de esta generación ya va pasando para abrirle camino a una nueva generación. Aquí reside un desafío, en la capacidad de relevar a esa generación histórica en las decisiones fundamentales del país, un relevo que debe consolidarse mediante el mayor reconocimiento del protagonismo de las instituciones: el Partido, la Asamblea Nacional, los poderes provinciales y locales, los órganos de justicia; en fin, todo el sistema político del país, que es necesario fortalecer más. Las nuevas generaciones que van a sustituir a la histórica en esa tarea lo necesitan aún más, ya que, por razones obvias, no van a tener el grado de legitimidad ni el acervo histórico de que esta ha gozado.

Enrique Gómez Cabezas: Hubo una etapa en que existía un mayor grado de incertidumbre sobre el futuro, aunque nunca concebimos un futuro que no fuera socialista, pero estamos viviendo un renacimiento del ideal socialista. En los próximos años seguiremos luchando incesantemente, son enormes los desafíos que se nos presentan.

Ciertamente, nuestra economía muestra señales de recuperación gradual y sólida y son prometedores todos los programas en que estamos inmersos para hacer nuestra obra más justa y más humana. Alientan también los cambios que ocurren en el continente, y las posibilidades que se abren con el ALBA para hacer frente a las ansias de dominación del imperialismo. Pero no podemos perder de vista los problemas globales causados por el orden económico impuesto hoy por los poderes supranacionales de los monopolios, de los que no escapa nadie. La crisis energética es tal vez el principal y tiene un efecto desencadenante: guerras de conquista, contaminación ambiental, calentamiento global, desastres naturales, desaparición de los bosques, escasez de alimentos y altos precios, desertificación de suelos y carencia de agua, muerte y destrucción. Cuba asume su responsabilidad con el destino del mundo, cuando promueve hoy una Revolución energética a nivel global; tiene un valor extraordinario la fuerza moral y el liderazgo internacional del compañero Fidel, avalado por las realizaciones concretas que demuestran todo lo que se puede hacer con voluntad política, a pesar de no disponer de importantes recursos materiales.

Carlos Lage Codorníu: Hacia dónde vamos, es algo que todavía no sabemos. Le llamamos socialismo, aunque el socialismo, como lo plantearon los marxistas clásicos, no ha existido nunca. La inmensa mayoría de la gente, aquí en Cuba —salvo excepciones—no quiere regresar a la sociedad anterior, de manera que hay límites que nosotros los cubanos no queremos pasar. Por eso nuestro camino quizás implica, como dicen los matemáticos (por reducción al absurdo), construir al revés el otro mundo.

¿Cómo se prefigura el socialismo cubano en la perspectiva de la próxima década? ¿Qué papel ocupan en su definición las nuevas generaciones?

En esta construcción, los jóvenes tenemos el papel de empujar y proponer. Hay un debate pendiente entre generaciones, entre lo que cree la generación de nuestros padres, y una que también quiere proponer nuevas ideas. Incluso los más ortodoxos entre nosotros los jóvenes, tenemos maneras distintas de pensar, y de asumir, no solo la Revolución, sino la vida en la sociedad. Hasta en las familias, hay concepciones distintas, entre padres que pudieran parecer muy abiertos en ciertas posiciones, e hijos con quienes la relación, finalmente, falla. A menudo, los padres, que tuvieron una vida de mucho sacrificio en los inicios de la Revolución, nos formaron tratando de que no pasáramos las dificultades que ellos tuvieron, cuando probablemente debieron haber hecho todo lo contrario.

No se trata de incomunicación, pero sí hay muchas ideas nuevas que todavía necesitan poder expresarse. Y los responsables de esa deficiencia, en última instancia, somos nosotros los jóvenes. Para fortalecer el peso de la joven generación es necesario empujar, hacernos más presentes. Hay sectores que han advertido la necesidad de que los jóvenes se incorporen; pero en otros todavía hay mucha reserva.

Resulta fundamental en este sentido el papel de una vanguardia joven, que pueda nuclearse, conocerse, ayudarse, estimularse y darse fuerza. No podemos esperar que nos ayuden a empujar o a proponer, todo depende de nuestro propio esfuerzo, como en otros momentos los jóvenes lo hicieron. La diferencia de aquel otro momento es que entonces los jóvenes querían romper con un estado de cosas, con todo un orden social; mientras que hoy se trata de romper otro estado de cosas, pero sin atacar la lógica del orden social. Queremos proponer y hacer cosas nuevas, no necesariamente como las piensan otras generaciones, pero sin negar la Revolución. Eso es lo que significa continuidad, no repetir la historia, sino asumirla dialécticamente.

Oswaldo Martínez: Aunque estoy curado en salud de caer en ese economicismo que pretende resolverlo todo dentro de una fórmula económico-técnica, tengo el vicio de apoyarme en la economía. Si algo la vida me ha enseñado, lo que he aprendido de mis lecturas y experiencias, es que si la economía no está guiada por la política y la ideología, puede convertirse en un monstruo. Estoy convencido de que dentro de diez años, tendremos una mejor situación. Obviamente no

vamos a ser una sociedad de consumo; pero algunos de los problemas que más le aprietan el cinturón a nuestra población en estos momentos se habrán aliviado considerablemente: la vivienda, el transporte y la producción de alimentos. No quiero usar palabras gastadas, como que «se está trabajando fuertemente», «hay planes y proyectos»; pero confío en que habrá sustanciales mejorías.

Dentro de algún tiempo, probablemente tendremos otra dirección política en el país. Esta será necesariamente una dirección de estilo público más colectiva, pues no habrá una figura del calibre histórico de Fidel, y no estará compuesta por los hombres que participaron en la Sierra y en los procesos de gestación de la Revolución cubana, sino por nuevas generaciones. En ese futuro, Cuba tendrá también una situación internacional aún más favorable. La ruptura que se está produciendo en la dominación imperialista sobre América Latina debe profundizarse.

En cuanto a nuestra transición, creo que no habrá terminado. He ahí otro tema de debate. Recuerdo aquellos manuales de marxismo-leninismo que casi establecían el momento exacto en que podría decirse que se había terminado la transición y construido el socialismo.

De hecho, ese futuro está en parte ya adelantado. El relevo generacional se ha ido produciendo de manera natural, en el sentido de que no hemos cometido el error de esperar a que la generación histórica desaparezca para introducir de golpe y porrazo a las nuevas generaciones, sino ha ido ocurriendo de forma gradual. Tenemos un ministro de Relaciones Exteriores de cuarenta años, junto a otras figuras que no pertenecen a la generación histórica. Se ha conformado ya un equipo de dirección en el que participan esas generaciones nuevas. Dentro de un tiempo lo estarán en mayor medida, y también otros más jóvenes que ellos, como los que ahora se dedican al trabajo social o integran las filas de la juventud, reciben los cursos de superación integral, o son miembros de la Asociación Hermanos Saíz de jóvenes artistas y creadores. Ellos estarán entonces en pleno proceso de participación política y accediendo a esos niveles de dirección.

Isabel Monal: Este período de transición socialista cubano sigue su proceso a partir de donde está, aunque no tengo la menor idea de lo que será la década próxima. Pero ciertos temas de los que hemos hablado

—el diálogo, el consenso, la participación, evitar funcionar con ideas abstractas, extraer las enseñanzas, ver al socialismo como proceso— deberán estar presentes con más fuerza. Vamos también a extraer experiencias de los otros procesos que están teniendo lugar hoy en América Latina, aunque, con excepción del venezolano, no se han propuesto, por el momento, el socialismo. La integración de América Latina, de la que ya estamos formando parte va a traer implicaciones para nuestro proceso socialista, no solo porque aprendamos de lo que hacen los otros, sino porque hay que adecuarse a las nuevas exigencias de esas integraciones, y de las experiencias que nos traen. El ALBA, por su parte, significa un nuevo concepto de relaciones e integración. En conjunto tenemos ante nosotros un nuevo reto del socialismo *en* las nuevas condiciones del siglo XXI, y teniendo en cuenta las enseñanzas acumuladas en el siglo pasado.

Respecto a las nuevas generaciones, estas van a tener el papel decisivo. Ellas serán las protagonistas. Ese es un punto que tiene sus complejidades y matices. Se llama «generación histórica» a la que cumplió un liderazgo histórico y cuyos dirigentes todavía están actuando, que no solo son los padres del proceso, sino que entre ellos está el genio político de Fidel Castro. Las fuerzas revolucionarias del siglo pasado produjeron dos grandes genios políticos, Lenin y Fidel, que no lo fueron solo por dirigir un proceso en un país o en una zona, sino que tuvieron la capacidad de ver el mundo en su globalidad y en su complejidad. Es difícil razonar sobre la Revolución cubana sin tener en cuenta algo que la propia historia produce tan raramente.

Fidel y la dirección histórica de la Revolución siempre les dieron un papel a los jóvenes a medida que pasaban los años. En 1961, por ejemplo, la generación histórica participó en la alfabetización, pero fue sobre todo una tarea entregada a los muchachos que tenían quince o veinte años. La epopeya de Angola la realizaron varias generaciones. Hoy, generaciones de médicos cubanos brindan otra faceta del quehacer solidario. Hay tareas que parecerán tener una dimensión heroica mayor; pero quizás para las generaciones actuales haga falta una mayor heroicidad, que no es visible en el proscenio, sería una heroicidad íntima, de uno frente a uno mismo, aunque no sea exponiendo la vida por otro. La juventud de hoy, y la que viene detrás de esta, que hoy son niños, tienen la tarea de la integración del continente, de ganarle definitivamente la batalla al imperialismo. Estos son retos descomunales.

La decisión del individuo es aceptar los retos que le impone la historia, y aunque estamos viviendo un momento fabuloso en América Latina, nada indica que es seguro obtener los éxitos. De aquellos que buscan el cambio profundo, dependerá que se tenga éxito o no.

No basta con luchar por ello, sino hacerlo con inteligencia. Fidel decía en uno de sus discursos que la Revolución, entre otras cosas, era sentido del momento histórico. Hay algunos procesos que están demostrando tener sentido del momento histórico. Cuba forma parte de ese proceso, y nuestra juventud será la encargada de conformar y llevar adelante los grandes proyectos.

Concepción Nieves Ayús: No podemos pensar el socialismo cubano sin mirar al mundo donde estamos situados, pues muchas variables de carácter global influyen en la posibilidad de desarrollo interno. En primer lugar, el socialismo cubano, con sus imperfecciones, problemas y contradicciones, lo vamos a seguir defendiendo para que pueda mantenerse frente a la confrontación ideológica, política y militar con el imperialismo. Por eso, la preservación de la calidad del consenso es tan importante, pues no podemos decir ciegamente que el socialismo lo vamos a mantener sin tomar en cuenta los muchos problemas que se deben superar. En segundo lugar, hay que mirar el mundo. Un tema básico son los problemas globales, como el cambio climático, los desafíos ecológicos —sobre los que ha escrito tanto Fidel últimamente—, pues no vivimos en una urna de cristal, sino en un mundo —los africanos, los latinoamericanos— interconectado. En tercer lugar, están las estrategias de los Estados Unidos para estos próximos diez años. Todos esos factores hay que tenerlos en cuenta para pensar, a largo plazo, el socialismo cubano.

Pensar la sociedad cubana dentro de diez años significa plantearse la solución de los problemas que tenemos hoy, incluido el desarrollo productivo, el aumento de la eficiencia, con independencia de los apoyos económicos externos; cómo podemos fortalecernos con nuestros recursos propios, tanto naturales, materiales, como humanos. Porque la inteligencia de los cubanos se ha enriquecido, su cultura ha aumentado, pero debemos saber aprovechar estas potencialidades y continuar desarrollándolas, como se advierte en las políticas trazadas en la Batalla de ideas.

Otro problema clave es el del involucramiento del pueblo, que es lo que identifica un proceso socialista, dirigido a elevar el bienestar de las personas de una manera solidaria. Se trata, como decía Marx, de un sistema donde el libre desarrollo de cada uno será la condición para pensar el libre desarrollo de todos. Se trata de pensar de manera integral esa sociedad, y su economía, pero también sus mecanismos políticos de involucramiento de las personas; del bienestar y la felicidad de la gente, porque el socialismo no es un ente abstracto, sino una sociedad que puede garantizar su plenitud no solamente personal, sino como seres sociales. No puedo vaticinar cómo vamos a estar dentro de diez años, debemos superar un conjunto de

contradicciones propias del proceso de la transición. En un mundo con tantos conflictos, es necesario actuar con inteligencia para preservar lo que tenemos.

La propia dirección histórica tiene conciencia acerca de la necesidad de garantizar la continuidad. Van a producirse rupturas necesarias, como es lógico; pero sin que haya un abismo o un distanciamiento. Esto ya se aprecia en los nuevos programas y políticas que se están aplicando para atraer a esa masa de jóvenes al proceso revolucionario mediante la educación, de manera que no se sientan marginados, sino partícipes, tenidos en cuenta. Esta juventud disfruta de las conquistas de la Revolución como algo ya dado, no tuvo la oportunidad de luchar en la Sierra, en Girón; sus exigencias y metas son muchas y diferentes, más elevadas, a tono con el tiempo histórico en el que les ha tocado vivir. Es necesario que asuman sus propias tareas y que puedan formar parte también de este proceso de continuidades. Si no se lograra este objetivo, entonces sí estaría en peligro el proceso.

Detrás de la generación histórica que hizo la Revolución, y cuyos miembros tienen una edad avanzada, hay por lo menos dos generaciones más. Pero no basta con esa sucesión generacional ya formada; es definitorio que las que hoy están formándose también sientan el proceso como suyo. La juventud cubana, en esencia, es revolucionaria; pero tiene intereses propios. Hay que tratar de que encuentren su propio camino en la Revolución.

Fernando Rojas Gutiérrez: En la actualidad, la tarea fundamental para esta sociedad es la de producir bienes materiales. No es saludable suponer que vamos a ser un país importador de esos bienes. Antes mencioné la importancia de nuestras relaciones con países hermanos, sobre todo en América Latina, teniendo en cuenta que nos encontramos en un proceso de revolución internacional. Ahora bien, Cuba necesita de la producción material. Estamos en un momento que puede hacer parecer esta meta tan colosal como hace cuarenta años, pero no hay otra solución a nuestros problemas cotidianos, salvo que este país produzca bienes materiales. En la perspectiva de los próximos diez años, al socialismo cubano le hacen falta mayores niveles de prosperidad material ciudadana. El interés de las personas en vestirse, comer adecuadamente, tener sexo, divertirse cultamente, no se debe identificar con ansias de consumo. Yo quisiera vivir en un país socialista

con todas nuestras ventajas, pero con más prosperidad material. Esta idea puede evocar el momento en que estalló el experimento socialista en Europa oriental. Recuerdo aquellas manifestaciones en Praga donde se veían unas pancartas que decían: «No queremos embutidos, queremos libertad». El socialismo implica las dos cosas: embutidos y libertad. No solo necesitamos mantener estos cauces abiertos para el crecimiento cultural, sino fortalecer el sentido socialista de esos cauces y lograr educar a nuestra gente en que el capitalismo no es la alternativa. Me asusta apreciar que circula hoy, con tremenda naturalidad, la idea del capitalismo como una idea liberadora. Quiero que resolvamos ese problema en los próximos diez años con más cultura, más información, y al mismo tiempo, con una mejoría sustancial de las condiciones de vida.

Después de la generación histórica que hizo la Revolución —y por esa razón tiene que ser la que nos conduzca en este momento, y por eso mismo, con toda probabilidad no estará dentro de diez años— el problema de la sucesión o de la convivencia de las generaciones revolucionarias no se podrá plantear de la misma manera. A ninguna generación siguiente le va a tocar el papel de la generación histórica. Y lo que me gustaría es que no tengamos que preguntarnos cómo conviven las generaciones, sino que estas, sencillamente, lo hagan, de manera que el mérito, la capacidad, el trabajo y la participación, decidan el papel de cada ciudadano. Para llegar hasta ahí habrá, sobre todo, que trabajar a fin de que los jóvenes tengan cada vez un mayor papel. Curiosamente, esta época de la que hemos estado hablando, además de ser años de grandes transformaciones culturales y educacionales, han sido también de mucho paternalismo, lo cual es un contrasentido con la idea de producir grandes transformaciones revolucionarias educacionales y culturales. Percibo sin embargo —y es una percepción que arranca del último congreso de la FEU, y de los años más recientes— la aparición de líderes juveniles que comprenden la necesidad de no ser objeto ni de practicar con sus iguales una relación paternalista. Pienso que este ya es un resultado de estas transformaciones educacionales y culturales que se requieren.

© TEMAS, 2007

Controversia

Rumbos de las artes visuales cubanas

Rafael Acosta
Nelson Herrera Ysla
Maylín Machado
Sandra Sosa
Rufo Caballero

Rufo Caballero (*moderador*): Cada cierto tiempo nos encontramos en Cuba una especie de corte, donde los especialistas se citan, intercambian, y tratan de pensar el rumbo actual de las artes visuales cubanas, el término de cierto ciclo que entienden cumplido, necesitado de meditación teórica. Con más razón se justifica el debate sobre los últimos años, cuando estas artes han seguido un trayecto un poco más sinuoso, menos lineal, y, por lo mismo, nos topamos con muchas hipótesis, a veces encontradas, a veces convergentes, sobre qué momento viven en cuanto a su desarrollo, a su destino. En esta oportunidad hablaremos, de manera general, sobre el alcance del mundo de la visualidad en Cuba en los últimos tiempos, preferiblemente de los años 90 hacia acá, dado que los 80 y las décadas anteriores han sido ya muy pensados y muy discutidos en publicaciones cubanas y aun extranjeras.

Diferentes colegas del mundo de la Filología, de la Informática; o sea, no exactamente de la Historia del arte o de la Teoría cultural, nos conminan a que hagamos precisiones sobre nuestros campos de estudio y de trabajo. Los cercanos al mundo de la plástica, pero que no se mueven profesionalmente en él, necesitan ganar precisiones sobre el concepto actual de *artes visuales* y el de *visualidad*. Pareciera —por lo menos en Cuba y en buena parte del mundo— que con los años se ha ido sustituyendo el concepto de *artes plásticas* por el de *artes visuales*. ¿Por qué se ha producido ese proceso, qué momentos ustedes señalarían como fundamentales, si verdaderamente procede tal desplazamiento?

Maylín Machado: Eso ha tenido mucho que ver con la globalización del término *art* —procedente de la lengua anglosajona—, que vino a sustituir al vocablo alemán

Kunst y a la denominación de «bellas artes». Esta expansión del vocablo, que ha implicado un cambio de sentido, estuvo vinculada al desarrollo de los nuevos medios y a los cambios que estos produjeron en la visualidad de forma general y también en el campo del arte. El significado de *art* está más relacionado con lo que entendemos como artes visuales que con el antiguo esquema de las bellas artes, que incluía, casi de forma homogénea, varias prácticas artísticas y que a partir de entonces privilegió las que se consideraban estrictamente visuales por encima del resto. Eso pudiera ser muy discutible, pero lo cierto es que se ha producido en los últimos cincuenta años un fenómeno de expansión de lo visual. Fue W. J. T. Mitchell, uno de los fundadores de los estudios visuales, quien habló por primera vez del giro pictórico para señalar la nueva hegemonía de lo visual en las culturas contemporáneas, algo que no era exclusivo de estas, sino característico de determinados momentos del desarrollo cultural.

Nelson Herrera Ysla: El término que más se ha empleado durante siglos es el de «bellas artes», y sirvió para clasificar de algún modo aquello que se producía por artistas, por creadores, en el campo sobre todo de la escultura, la arquitectura, la pintura, el grabado, el dibujo. Se llevó a un plano muy matérico en cierto sentido, y estuvo dominando durante siglos. Ya en el siglo xx se empezó a utilizar el término «artes plásticas». Creo que empezó a surgir fundamentalmente en el mundo de habla hispana porque «bellas artes» tenía una connotación referida a la historia, al pasado. «Artes plásticas» situaba un poco más estas creaciones en el campo de la modernidad. Y como decía Maylín, *visual art*, término que se emplea en inglés, es más abarcador, mucho más cercano a nosotros quizás, y fue tomado prestado para nuestras expresiones. De todas maneras, no hay en estos momentos una sustitución total, sino una yuxtaposición en el empleo de todos estos términos. Hay países que siguen empleando el término «artes plásticas» y hay otros que siguen llamando a sus eventos, indistintamente, «salones de artes plásticas» o «salones de arte». Nosotros estamos más cerca del término «artes visuales», a pesar de que en el Ministerio de Cultura se creó una Dirección de Artes Plásticas y Diseño en el año 76, y con anterioridad ya había una Dirección de Artes Plásticas y un Departamento de Artes Plásticas, que venía desde antes de la Revolución.

«Artes visuales» es de una mayor apertura. Y hoy día, efectivamente, la visualidad, el mundo de lo visual, ha desbordado, en última instancia, el término de «artes plásticas». Por lo tanto, no creo que haya una evolución, como en otros géneros o expresiones artísticas, donde hay una sustitución real y manifiesta; lo que hay es una superposición de términos; se usan indistintamente, y hay regiones del país, zonas, críticos, autores, que siguen empleando uno u otro, según estiman. Los medios de comunicación masiva tienen un problema con eso: en televisión llaman a un pintor, por ejemplo, «artista de la plástica», y a veces se dice también por radio. Uno no sabe bien qué quieren decir, porque el plástico es un material industrial de origen químico, de una connotación tecnológica muy fuerte. El término «artista visual» abre un poco más los caminos: en él entra el videasta, el cineasta, todo el universo audiovisual, y el artista se siente más cómodo porque no lo encasillan en un solo sentido. De todas maneras, esos términos van a seguir conviviendo durante mucho tiempo, no van a desaparecer fácilmente. Incluso nuestro museo se llama Museo Nacional de Bellas Artes, y adentro hay cosas que no son propiamente —según la tradición—, bellas artes; hay otros géneros que no existían cuando se inventó el término; se fueron incorporando después. El Museo es de artes en general, o de artes visuales, viéndolo desde una perspectiva contemporánea, porque allí coexisten instalaciones, objetos, fotografías, carteles; elementos que no eran considerados así en la primera mitad del siglo xx, pero el propio Museo, por tradición, por

costumbre, se ha visto en la necesidad de continuar llamándose Museo Nacional de Bellas Artes; es el nombre que empleamos para designarlo, y creo que no ocasiona grandes trastornos tampoco; todos sabemos de qué se trata. Por lo tanto, hay que aprender a convivir con toda esa terminología.

Rafael Acosta: En el seminario sobre esta temática que llevó a cabo el Centro Cultural Criterios, a finales de marzo de este año, me encontré desde la primera conferencia, brindada por Magaly Espinosa, y después, cuando Jacqueline Venet habló sobre el videoclip, y Dean Luis Reyes sobre el documental, que todo esto está muy vinculado con el desarrollo de las tecnologías. Esto es casi un lugar común, pero me interesa precisarlo porque, al mismo tiempo que en la llamada posmodernidad se ha producido una gran promiscuidad entre las disciplinas humanísticas, en esa misma etapa el desarrollo de las tecnologías ha propiciado también una mezcla con estas disciplinas teóricas. Yo escuchaba las cosas que decía Magaly, y me daba cuenta de que en Cuba es algo que está apenas por comenzar a ser estudiado, y que es sumamente importante, porque, como siempre en nuestro país, la creación va delante del pensamiento acompañante. Ya hay un grupo reducido de artistas que está trabajando con bastante acierto en estas nuevas formas expresivas de la visualidad. Todo esto forma parte del entrecruzamiento que existe en el mundo de hoy entre las disciplinas humanísticas y el desarrollo del arte vinculado con las tecnologías de punta, y que en Cuba, repito, apenas está comenzando.

Rufo Caballero: Eso es muy polémico. Para algunos escritores y teóricos, el «pensamiento acompañante» va delante de la creación. Decía Oscar Wilde que la crítica era mucho más vislumbradora que la propia creación artística. Aunque también la crítica es creación artística. Pero no podemos detenernos ahora en ese debate. Creo que, efectivamente, deberíamos precisar dos grandes momentos en cuanto a esta polémica de la nomenclatura, porque desde los 60 hasta los 80, básicamente, todas las expresiones de arte efímero, la *performance*, el *happening*, arte en el cuerpo, arte en la naturaleza, en fin, todo eso fue separándose del concepto de artes plásticas. Fue como una especie de acuerdo tácito, porque ciertamente no ha sido muy instituido, o sea, pocas veces se leen, como referencia instituida, las razones de los cambios. Ahora bien, el que ha estado pendiente de estos cambios se ha dado cuenta de que casi tácitamente el concepto de artes plásticas, es muy inerte, muy matérico, muy cósmico, al lado de todos estos fenómenos que trascienden incluso la experiencia de lo visual. De otro lado, este desplazamiento terminológico ha sido marcado por la ampliación genérica del mundo cultural y los cambios estéticos que han supuesto, de forma sustantiva, las tecnologías y los medios; ha sido marcado por la incorporación, cada vez más, del mundo audiovisual como parte natural de lo visual. En efecto, hay un primer momento, que yo marcaría de los 60 a los 80, en que lo plástico va cediendo a una idea de arte visual más amplia, más flexible, pero ya en los 2000, los estudios visuales han ido más lejos que eso, ya se plantean trascender la propia institución *arte*, o sea, el propio concepto de arte visual es solo un campo muy específico de lo que compete a los estudios visuales, que comportaría trascender la institución arte y el legado de lo que va marcando la historia del arte, para abrirse a una visualidad del mundo contemporáneo donde se incluye la publicidad, el lenguaje comercial de la calle, la gráfica urbana, los graffitis; y ello con toda naturalidad, más allá de los géneros tradicionales o convencionales instituidos por la historia y la teoría del arte. Creo que son fenómenos un poquito diferentes, porque esto último es mucho más radical.

Hecha esta aclaración, quisiera comenzar motivándolos con la polémica que creo resulta fundamental en todo este tiempo, y que viene marcada por lo siguiente: ustedes saben que a principios de los años 90, por determinados factores incluso de

diseño institucional, la crítica comenzó a hablar, de diferentes modos, sobre lo que se dio en llamar la recolocación del paradigma estético del arte. Alguien habló de la vuelta al oficio de manera más concreta; otro, de recolocar el paradigma estético, propiamente; otro más, del grosor metafórico, tropológico, etc. Algunos críticos consideramos, avanzados los años 90, que si bien al inicio fue bueno precisar eso del acento sobre el paradigma estético, esta idea de gravitar tanto alrededor de él se fue convirtiendo en una trampa, y que el arte cubano a lo largo de esa década —a veces por responder a determinados reclamos de un mercado por lo general incierto, fragmentario, a veces *naif*, y otras, un poco mareado por esta idea de la importancia de coincidir con el paradigma estético— fue sacrificando el diálogo social y la virulencia alusiva que lo distinguía hasta los años 80. ¿Cómo ven ustedes este proceso?

Sandra Sosa: El primer paso fundamental dentro lo que sería la orientación del arte cubano de los 90 es, precisamente, cuando a finales de la década anterior —la del Proyecto Castillo de la Fuerza y, por supuesto, del objeto esculpado—, se cierra completamente el diálogo entre, por lo menos, una parte de lo que sería el arte emergente cubano y la institución arte cubano; o sea, que están confinando el arte al espacio de la autonomía. Es precisamente durante la segunda mitad de los 80 cuando se dan los contactos públicos, las intervenciones y los *performances* de una manera explosiva; y entonces cambia la dirección, la orientación de este arte cubano. Va a ser la propia institución arte cubano, la (vamos a decirlo pensando en Gramsci) *sociedad política*, la que estaba ejerciendo un nivel de criterio y de fuerza, como monopolio de la violencia legítima. Los artistas cubanos se dan cuenta de que la única manera de preservar el derecho a la palabra es, simplemente, recluirse dentro de la llamada *autonomía del arte*, y todo lo que se llamó la vuelta al oficio, la restauración del paradigma estético, el grosor de la metáfora, no es más que el resultado de esa autonomía del arte.

En el año 91, René Francisco organiza un taller en el ISA —tengo entendido que Flavio Garciandía estuvo tras ese taller— y reúne a los artistas que después conformarían la exposición llamada *Metáforas del Templo*. Fernando Rodríguez, Carlos Garaicoa, Esterio Segura, Los Carpinteros, Ibrahim Miranda, Abel Barroso eran los alumnos que después integrarían la llamada generación de los 90. En ese taller —según me cuenta René Francisco— los artistas cubanos que quedan en el país (porque entre los años 89 y 91 se produce prácticamente un éxodo masivo de la generación de los 80), se dan cuenta de que la única manera de subsistir es precisamente cambiar todas las coordenadas del arte cubano, ¿y cuál sería la única manera? Volver a la llamada *autonomía del arte*. Dentro de esto, por supuesto, ejerce un papel fundamental lo que se llamaría después *el mercado del arte*, que ya con *Cuba OK*, en el año 90, se da el primer fenómeno de grandes connotaciones dentro del arte cubano contemporáneo, con el llamado por Flavio Garciandía «síndrome de Ludwig». Tengo entendido que entonces se compró las dos terceras partes de la exposición *Cuba OK*.

Durante los 90 se perciben dos fases en el arte cubano respecto a sus relaciones con el mercado: un primer momento, entre 1992 y 1997, cuando una serie de exposiciones que se realizaron fundamentalmente durante las Bienales de La Habana, donde, de alguna manera, el arte cubano está observando ese mercado, empezando a reconocer el fenómeno, sintiendo su manipulación. Estoy hablando de exposiciones como las de Toirac, o *Realidades virtuales*, que creo que se hizo en el Pabellón Cuba en la Bial del año 97 —si mal no recuerdo la fecha—, que están criticando ese mercado, sus contradicciones y efectos más inmediatos. Pero a partir de 1997, e incluso hacia el año 2000, la crítica joven empieza a hablar de un vaciamiento

de los discursos y un estancamiento de los códigos estéticos en el arte cubano. Pienso que a partir del año 97 se observa un segundo momento cuando los artistas cubanos están envueltos de modo total en la dinámica del mercado. Además, no creo que ya para esta fecha todavía les interese el problema de la censura, que durante mucho tiempo determinó la existencia de esa llamada tradición crítica del arte cubano, y que en el caso de los 90 se proyectó de manera solapada, *underground*, o indirecta, con ese protagonismo de la metáfora. Para esta fecha, los artistas estaban tan involucrados en la dinámica mercantil que fue común el juego con esa tradición crítica, punto clave para la negociación en buena parte de los casos debido a su atractivo comercial.

El asunto de la censura —que de entonces acá casi no se ejerce por la institución, al menos de manera pública— dejó de ser una preocupación para los artistas cubanos. Así en el catálogo —que nunca salió publicado, pero sí se repartió entre las amistades— de la exposición *CD Rom* realizada en 2001, el crítico Frency Fernández, habla de un vacío en el arte cubano. Es el primer momento en que se anuncia con carácter público esta idea, aunque yo pienso que empieza un poquito antes: desde el año 99 o 2000. Justo entonces era demasiado evidente la ausencia de mega-exposiciones convocadas por la institución arte cubano, la ausencia de fuerza de esa institución en términos de recursos e ideas, sin olvidar que en esa fecha el fenómeno de los *free-lancers* cobra relevancia. Muchos especialistas de las instituciones comienzan a involucrarse en esa dinámica mercantil, que ya no es solo de los artistas, sino de la institución arte cubano completa. Si se revisan las resoluciones del Consejo Nacional de las Artes Plásticas (CNAP), se podrá observar que desde el año 97 hasta prácticamente el 2001, hay una especie de política cultural que, cada vez más, da cabida a lo que podríamos llamar su política comercial y, por tanto, la del Ministerio de Cultura. Fecha decisiva en las acciones futuras de artistas e institución pudiera ser la Séptima Bienal de la Habana. Fue la última vez, antes del 11 de septiembre, que los coleccionistas, críticos, galeristas y personalidades del mundo del arte en los Estados Unidos nos visitaron de modo apabullante. El público internacional se sugestionó pensando que era la última Bienal, con el resultado de que los talleres de los artistas fueron vaciados por las ventas.

Cuando en 2001 se crea Galería Génesis de Arte, que era un proyecto experimental hasta el año 2000, fue la confirmación del perfil político-cultural que le interesaba al Ministerio de Cultura, potenciado desde el CNAP. De ahí el surgimiento de Subasta Habana en 2002, y el ingreso de los mejores espacios expositivos, hasta ese momento promocionales —Galería Habana, Galería La Casona— al *staff* de las llamadas galerías comerciales. Estas decisiones redujeron buena parte del circuito promocional a las galerías municipales, las cuales suelen estar en muy malas condiciones.

Rufo Caballero: Rafael, creo entender que para ti no se produce tanto un vaciamiento de sentido como un cambio en los vectores de este; sobre todo de un repliegue existencial, una tendencia muy fuerte a la introspección y a otro tipo de discurso. ¿Te puedes referir un poco a ello?

Rafael Acosta: La intervención de Sandra me obliga a decir algo que de todas maneras pensaba abordar. Yo daba casi por seguro que las razones de mi presencia en este panel, al lado de críticos con reconocimiento y tantas horas de vuelo, estaban dadas por haber estado, durante siete años, a cargo del sistema institucional de las artes plásticas.

Rufo Caballero: Creo que se trata, como en el caso de las artes plásticas y las artes visuales, de una razón mayor...

Rafael Acosta: Bueno, de todos modos Sandra me obliga a hacer una precisión, y después contesto a tu reclamo. Lógicamente, si este es un país que funciona exclusivamente a través de las instituciones estatales, al no existir el sector privado en el tema de la pintura, todo el trabajo se realiza a partir de ese sistema institucional. No hay que satanizar el mercado; el sistema institucional no podía estar de espaldas a lo que estaba ocurriendo, a la arribazón de gente para comprar arte. Como se sabe, en Cuba no existe un mercado doméstico del arte, porque la situación económica del cubano no da para esos menesteres, pero sí existen compradores que arriban al país a tocar la puerta de tal o cual artista, inclusive con nombres y apellidos: diplomáticos, *dealers*, gente que viene supuestamente a ver la Bienal de La Habana y lo que quiere es comprar, y algunas veces (las menos) a descubrir nuevos talentos. Entonces, el sistema institucional propició iniciativas que tenían que ver con el desarrollo del mercado; ahí surgieron la empresa Galería Génesis, Subasta Habana, ADAVIS, aunque esta fue una iniciativa más bien dirigida al derecho de autor, pero la señal que estaba trasladando el CNAP en la época de mi administración no era que ese fuera el interés prioritario de la institución, sino, sencillamente, participar de una situación que se estaba dando, y que era irremediable.

Ahora, volviendo a lo que tú me decías, Rufo, creo que sí, que esencialmente uno de los matices de la curaduría de la exposición *Latido* hecha por Sandra, que se expuso con mucho éxito en los países nórdicos, y de otras exposiciones que se han hecho con los artistas más jóvenes, más talentosos, es que están mirándose introspectivamente, hay un denso intimismo en esas propuestas, y casi se ha abandonado la mirada de cuestionamiento social al estilo de los 80. Se pudieran contar con los dedos de las dos manos los artistas que se han mantenido en una estética de incursión social en sus propuestas artísticas. Se me ocurren ahora, rápidamente, Toirac, Tania Bruguera, Rocío García, con proposiciones muy particulares. René Francisco, Ponjuán, Lázaro Saavedra, Alexis Esquivel. Hay otros, pero estos son los que me vienen a la mente. También los jóvenes. Tuve la suerte de ver, en casa de Sandra, unas imágenes de obras de artistas que están cursando estudios en el ISA, lanzados a una tarea de introspección absoluta. En el texto que sirve de prólogo a la exposición *Latido*, de esos jóvenes que he mencionado —por cierto, uno de los textos más interesantes que he leído sobre el arte cubano de los últimos años—, Sandra atribuye esa conducta intimista a un desencanto en relación con el tema de la utopía, y a lo atractivo o no que les pueda resultar un diálogo contestatario, polémico, crítico con lo social, por lo que, entonces, se refugian en la introspección. Coincido con ese punto de vista.

Nelson Herrera Ysla: Yo pienso que están sucediendo muchas cosas a la vez. Por fortuna, se han terminado los tiempos en los cuales predominaba una tendencia importante en el arte —como en los 80, por supuesto—, que ocupó y acaparó la atención de casi todo el mundo. Nosotros los cubanos somos muy dados a extremos, y también a una actitud pendular en el campo de la cultura, de la teoría, de la crítica; esto sucede en el ejercicio de cierta práctica, tanto en el pensamiento como en la creación artística.

En los 90 ocurrió un fenómeno, como decía Rufo, que empezó a poner sobre la mesa algunas cosas que habían sido olvidadas durante la década anterior, no por un nuevo planteamiento de ciertos problemas, porque los artistas cubanos siempre se han estado moviendo, a lo largo de los años, entre varias tendencias, varias corrientes similares; lo que pasa es que en los 80 primó una sobre las demás. Había muchos artistas que no participaban de lo que se llamaba «el nuevo arte cubano»; pero estaban en Cuba, produciendo incluso una obra importante. Pero no fueron legitimados por la crítica, como sí lo fueron ciertos nombres y grupos que todos

recordamos. Creo que los 90 trajeron de nuevo a capítulo un asunto que estaba preterido, un tanto obliterado en estas discusiones del período anterior.

Y ahora resulta que en los 2000 está todo conviviendo a la vez; salvo los artistas que mencionó Rafael, que participaban y que hoy se pueden contar con los dedos de la mano. Hay otros —que también se pueden contar con los dedos de la mano— que pertenecen a otras tendencias. Lo que pasa es que a nosotros, en el campo de la crítica, la curaduría, nos fascina estar, de alguna manera, cerca de lo que se considera la vanguardia, lo último, lo que más está dando que hablar; a veces por razones personales, no siempre históricas. A veces somos muy circunstanciales, muy ocasionales, y dirigimos todo nuestro pensamiento a indagar o a resaltar un fenómeno que está ocurriendo ahora mismo; y lo hacemos, en muchos casos, porque tiene que ver con nuestra manera de pensar, o con otras maneras de pensar... y también porque responde a modas, a tendencias. En la teoría y en la crítica hay modas, hay tendencias, igual que en el campo del arte. No son exclusivas de la creación y del artista. También hay poses en la crítica, en la teoría, en la historiografía. Es difícil valorar todo esto porque vivimos inmersos en un cierto estrellato de artistas, prácticamente en un sistema de estrellas; y también en el campo de la curaduría sin que nos demos cabalmente cuenta. Hay un mercado de curaduría, como lo hay de ideas. No estoy diciendo nada extraño.

A veces nos cuesta mucho trabajo ser lo suficientemente imparciales para valorar todo lo que está ocurriendo en un momento determinado, con respecto al arte. Creo que hoy, por suerte, hay muchas tendencias y muchas propuestas; los artistas cubanos se están moviendo en varias direcciones, y ya no podemos decir: el arte cubano es esto o es lo otro, porque cuando decimos «arte cubano», estamos haciendo una generalización extraordinaria, incluyendo o excluyendo a mucha gente, porque a veces hablamos de seis, diez, o quince artistas. El arte cubano son muchos artistas que tienen desde setenta y tantos años, hasta los que tienen dieciocho o diecinueve, que están estudiando en el ISA en estos momentos.

Hace poco vimos una exposición magnífica, *Ni a favor ni en contra sino todo lo contrario*, curada por Maylín Machado, en la Facultad de Artes y Letras. A mí me entusiasmó e inmediatamente me vino a la cabeza la idea de escribir: «aquí viene el arte cubano otra vez en actitud pendular hacia la crítica social, la crítica a la historia, a los medios masivos, a las instituciones, al sistema del arte, a todo». Y tuve que decirme: ojo, Nelson, son dieciocho artistas, jóvenes sobre todo, que están haciendo algo interesante, pero no sabemos si dentro de dos o tres años la mayoría de ellos toma otro rumbo, deja el video o la fotografía, las instalaciones, esos temas. No sabemos lo que va a pasar.

Hay una tendencia a ver la parte por el todo. Sucede a veces. Creo que es humano. No pretendo culpar a los críticos, ni a los historiadores, ni a los teóricos. Pero lo que está ocurriendo hoy, esa vuelta, quizás, a la reflexión sobre ciertos aspectos de la realidad cotidiana, sobre ciertos aspectos de la historia, no ocurre en todo el arte cubano, porque esa zona de lo íntimo, lo doméstico, la introspección de que hablaba Rafael y mencionó Rufo, es también parte del arte cubano. Hay un grupo de artistas, perfectamente identificables, que están trabajando sobre esa zona; y otros que están tratando de participar de una renovación de las propias formas más allá de que el contenido pueda ser escabroso o no, delicado o no, más o menos sensible para la cultura de un país. Artistas que tienen una mirada hacia los terrenos de la forma, de las morfologías, de las estructuras; incluso de circulación de la obra de arte, y no por ello son menos importantes que estos que están cuestionando ciertos aspectos muy sensibles de la realidad nacional. Y eso no quiere decir que no participen de un movimiento igualmente importante para la cultura cubana.

Por eso creo que hay que hacer un balance y ver la complejidad de lo que está ocurriendo, desde Alfredo Sosabravo, que tiene más de setenta y cinco años, hasta artistas que tienen diecinueve o veinte años. ¿Hacia dónde va el arte cubano?, ¿Qué parte del arte cubano va hacia dónde?, ¿O cuántos caminos tiene hoy, a la vez, el arte cubano, que están desarrollándose, que están apuntando cosas interesantes?

Rufo Caballero: Creo que ese espíritu de que habla Nelson fue el que, de alguna manera, animó aquel Primer Salón de Arte Contemporáneo; incluso salió alguna crítica que se llamaba «Salón con todos», que respondía justamente a la muy obvia idea de afianzar esa pluralidad. Ahora bien, queramos o no, hay vectores dominantes en cada época, y se trazan mapas, porque de otro modo todo sería solo diverso, todo plurívoco; siempre hay como una jerarquía, y a mí la impresión que me da es que, efectivamente, en los inicios de los 90 esa contracción sobre lo autonómico, como decía Sandra, en algunas ocasiones fue sobre todo un subterfugio; tanto es así, que en las exposiciones sobre género que se hicieron en los años 94, 95 —paisaje, retrato y naturaleza muerta—, se encontraban propuestas muy vivas y muy dialogantes con lo social a través del subterfugio de la metáfora. Sin embargo, avanzada esa década, se percibió no solo introspección, sino una tendencia muy peligrosa a un verdadero hedonismo dulce, complaciente, yo diría que hasta manierista, y era como un callejón sin salida, estéticamente hablando. A mí me sucede un poco lo siguiente: siento que hay algún desfase en cuanto al arte y la institución, y cuando digo institución, no excluyo a la crítica. Sandra hablaba de los años 1999 o 2000 como el momento del repliegue; yo fui un poquito más atrás, ya desde el 97, 98 yo estaba confesando que sentía eso, incluso comencé a hablar de una franca crisis en el arte cubano; sin embargo, cuando uno hace curadurías internacionales, y tiene que ir directamente a los talleres, a las casas de los artistas, a las escuelas, uno siente un potencial extraordinario. No sé si les sucede a ustedes, creo que sí.

Antes se mencionó a un grupo de gente, nos faltan muchísimos, por ejemplo, la escultura y la instalación que hace Esterio Segura sigue siendo muy dinámica y muy viva referencialmente. Entonces, percibo que a nivel del arte mismo sí sigue existiendo esa viveza, esa actividad semántica, por decirlo de alguna manera; sin embargo, institucionalmente, no tienes la sensación, como sistema, de que eso sea así.

Maylín, tú que has tenido una experiencia curatorial intensa en los últimos años, ¿has sentido ese desfase?

Maylín Machado: Sí, pienso que Sandra, entre las muchas cosas que dijo, apuntó elementos que me parecen importantes. Quizás lo que tendríamos que hacer es cambiar las preguntas que nos hacemos. Rafael decía que la institución en algún momento debió volcarse hacia el mercado, una realidad que estaba, y que siempre estuvo; o sea, el hecho de que nos viráramos hacia el mercado en ese determinado momento no quiere decir que este hubiese surgido en ese momento; a nivel internacional, el mercado del arte contemporáneo existía desde los años 70. Que en los 80 se desarrolló con mayor fuerza, es cierto; pero nosotros nos abrimos al mercado en un momento determinado, por condiciones muy específicas de nuestro contexto. También es verdad que la institución debió abrirse al mercado porque este era un hecho, y tenía que sacarle partido. El problema está en si los mecanismos que la institución ha creado para abrirse a ese mercado son eficientes, si las estructuras que se han creado dentro de las ya existentes están dando resultados; porque, efectivamente, existen redes de galerías, primero empezó Génesis, y ahora el Fondo de Bienes Culturales. Yo nunca he entendido exactamente cómo funcionan esas redes comerciales, porque el Fondo pertenece al Consejo de las Artes Plásticas, y

Génesis es del propio Consejo, y al final la otra red de galerías del Fondo también pertenece al Consejo. Cuando uno saca la cuenta de cuánto pueden estar ingresando esas galerías que supuestamente deben vender, los números no son muy felices y por tanto caben dudas de si están cumpliendo las funciones para las cuales fueron creadas. Tanto las galerías comerciales —que son casi todas— como las promocionales que todavía quedan en el país, exhiben lo mismo. Quizás la institución ha perdido el poder de legitimación que había tenido siempre. Esos espacios importantísimos, como Galería Habana, que era de puntería, donde se presentaban los artistas contemporáneos más fuertes, igual que el Centro Wifredo Lam, quizás han ido perdiendo ese potencial de legitimación que habían tenido.

Es cierto que hay variedad en el campo de la producción actual, quizás también tengamos que incorporar nuevas variables para el análisis de esa producción, vincularla con otras esferas de la propia realidad. Esa exposición que mencionaba Nelson viene de un proyecto que ahora está dando sus mejores frutos, el de la Cátedra Arte de Conducta, que dirige Tania Bruguera desde hace cuatro años. Ese es otro elemento que también está influyendo mucho, que ya la crítica y la sistematización de los estudios sobre arte cubano desde hace unos años han empezado a tener en cuenta: la educación artística. Cuando entendamos que esta ya no es aquel fenómeno de los años 80 —el llamado *isacentrismo* que hubo en determinado momento—, empezaremos a comprender las líneas que definen la creación de las generaciones más recientes de artistas, algunas de las cuales se han establecido como tal a partir de la impronta institucional, que durante un tiempo —creo que fue mayormente durante el tiempo que Rafael estuvo al frente del Consejo de las Artes Plásticas— se interesó por promocionar nuevos artistas que surgían del ISA, y así tuvimos la oportunidad de ver expuestas en Galería Habana exposiciones de Galería Dupp, o vimos también, incluidas dentro de las Bienales de La Habana, propuestas de Enema, por ejemplo. Pero cada una de esas generaciones —muchos de cuyos miembros ya no están ahora mismo en el país, por lo que no se le puede dar seguimiento a ese tipo de producción— tenían características concretas, resultado de propuestas pedagógicas también muy concretas y, sobre todo, de artistas que estuvieron al frente de esa formación como René Francisco, Lázaro Saavedra, etcétera.

Creo que eso está pasando con la Cátedra de Tania, o sea, el resurgir de esa mirada hacia lo social, que no quiero hacerla exclusiva de ella, porque hay artistas nuevos, para llamarlos de alguna manera, que también tienen esa perspectiva en su arte. Estoy pensando, por ejemplo, en Henry Eric Hernández. Sé que no es el único, pero quizás fue el primero en el que yo empecé a notar ese acercamiento a la realidad y a lo social de una manera distinta, puntual, un acercamiento ya no hacia la historia en general, sino hacia el *background* histórico, hacia esas personas o sujetos individuales, a ese otro que muchas veces no es marginal, sino común. Quizás también es el caso de artistas más recientes, graduados de la Cátedra de Tania, que tienen un interés hacia la realidad, pero un interés funcional y al mismo tiempo gnoseológico. Ahí yo veo puntos interesantes, que son de enlace, pero también de ruptura, con las generaciones anteriores. Aparece otra vez la idea del proyecto, pero ya no como los veíamos en Los Carpinteros, sino uno que no es ni utópico ni lúdico, sino funcional, no para resolver los problemas generales de la sociedad, sino para resolver necesidades muy concretas del sujeto en cuestión al que ellos se acercan. El que ha llevado a cabo Tania es un tipo de trabajo que tiene su preocupación mayor por el llamado *arte de conducta*, donde se interactúa con un sujeto y su comportamiento, pero que está dando lugar a otros significados. Los miembros de esta Cátedra son estudiantes, muchos de ellos del ISA, que a su vez comparten con otros estudiantes, no siempre vinculados directamente a la Cátedra,

pero que están formándose con ellos en los mismos espacios, y habrá que ver en determinado momento hasta qué punto esa idea del arte se está expandiendo, o se expandirá, porque es un proceso, un fenómeno muy reciente que no quita importancia a esas otras formas de creación que existen.

Otra variable importante es la movilidad de nuestros artistas. En este momento, muchos no crean para el territorio nacional, ni están dentro de él. Hay una buena parte del arte cubano que nos estamos perdiendo porque no lo vemos, no existen las condiciones para exhibirlo. La Facultad de Artes y Letras nos dio la oportunidad de montar la exposición de que hablaba Nelson, porque habíamos perdido la posibilidad de presentarla en otro espacio. Nos dijeron que no tenía que ver con la política de exhibición del centro, que ellos eran más tradicionales en cuanto a los proyectos que elegían, y en un lapso de una semana la Facultad de Artes y Letras nos abrió las puertas para poder exponer allí, cosa que agradecemos muchísimo, pero es un espacio educacional, que no tiene las condiciones para mantener una exhibición de ese tipo por mucho tiempo. Creo que eso tiene que ver mucho con la expansión de lo visual, y de la cultura visual, y de cómo eso se incorpora a la creación artística. El resultado material de estos trabajos —y digo material porque el resultado último es más complejo— es procesal; son trabajos que muchas veces terminan en la aplicación de nuevos medios para la exhibición; de manera que el ejercicio de ubicar o crear un recorrido de ese tipo de obras en el espacio implica la utilización de medios electrónicos que las instituciones de este país, a nivel infraestructural, no están preparadas para acoger. Nosotros necesitamos, para esa exposición, determinadas condiciones técnicas, aparatos tecnológicos que las instituciones cubanas a veces no están preparadas para brindar.

Y es así en muchas otras creaciones, como las de artistas del tipo de Raúl Cordero, que utiliza básicamente la tecnología para la realización de sus obras, o el caso de Jaca, ex Carpintero, que trabaja el video arte. Lo hacen desde una perspectiva bastante internacional, y por eso muchas veces no tienen las condiciones para exponer en las instituciones cubanas. Habría que ver igualmente —y supongo que eso también le corresponda a la institución—, hasta qué punto resulta efectivo crear o habilitar determinadas estructuras comerciales, y no contar con un poco más de tecnología. Estoy entrando en un terreno que no me incumbe, porque no sé exactamente cuáles son las condiciones que tiene la propia institución en este momento para hacer frente a estas situaciones; o sea, para dotar a las galerías de una infraestructura que soporte proyectos más experimentales. Pero *experimental* es una palabra a la que se le tiene mucho temor en los espacios de exhibición, o por lo menos es una palabra que no interesa, tampoco sé por qué, ya que, repito, habría que ver hasta qué punto son efectivas las ventas o las acciones comerciales que llevan adelante estos espacios.

Y otra cosa es la función que está teniendo el Museo Nacional de Bellas Artes. Es como si hubiese retrocedido en el tiempo; una institución que fue, durante muchos años, puntera en el desarrollo y presentación de proyectos de arte contemporáneo, que acogía esos primeros salones de que se habló antes. En este momento, las exposiciones transitorias de arte cubano que presenta entran en el rango de las del resto de los espacios de exhibición. Habría que revisar un poco esa política, porque también está marcando el tipo de arte que se está haciendo en esos espacios educativos, un arte que muchas veces ni siquiera está preparado ni condicionado para ser exhibido; un arte que ni siquiera los autores piensan exponer. Como ven, no hay muchas respuestas, sino muchas interrogantes que tenemos que empezar a contestarnos.

Rufo Caballero: También valdría preguntarse si lo experimental está determinado solo por formatos, soportes, o modalidades diferentes. Una exposición como *El*

thriller, de Rocío García, me parece absolutamente de avanzada. Lo que decía Nelson es fundamental: cuando un crítico traza un mapa acerca del momento en que se halla el arte, está reflejando a qué esfera del arte se refiere, y eso hay que tenerlo muy claro. Queramos que no, vivimos en lo que se llama un pueblo joven, y los pueblos jóvenes están obsesionados por el tema de la definición, del proyecto identitario, de cómo replantearlo. Si a esa condición de pueblo joven se le suma que todo está sometido continuamente a un esquema de acción-reacción, eso hace que uno espere del arte un principio más sustantivo, si se quiere, más alusivo, más problematizador con respecto a la realidad. Quizás en otros espacios, las morfologías, los juegos de estilo pueden resultar más funcionales o pertinentes. Pero en Cuba, eso deviene bastante secundario.

Antes de pasar la palabra al público, quisiera que, brevemente, con una frase o un párrafo, cada uno de ustedes resumiera su opinión, cuál es su mapa; o sea, en qué momento está el arte cubano, ¿qué marca, concretamente, estos últimos años del arte cubano?

Sandra Sosa: Maylín ya dijo que se hace necesario un museo de arte contemporáneo cubano, eso es inevitable. Por otra parte, hay una contradicción entre la política pedagógica de la institución arte cubano, y la de circulación y legitimación de la producción artística. No es coherente que en el Instituto Superior de Arte se gradúen hornadas de estudiantes hablando de un arte heterodoxo, experimental, de vanguardia, imbuido de toda la dinámica de la globalización y de los nuevos medios, y que el entramado institucional de galerías y circuitos —a no ser el Centro Wifredo Lam, que gracias a Dios lo están arreglando— no promueva su exhibición en esos espacios. Es inexplicable que los miembros del taller de Tania Bruguera tengan que buscar espacios alternativos de exhibición, habiendo un circuito que cuando Armando Hart preparó toda su estructura en el año 89, lo hizo para graduar artistas emergentes, y que los consagrados tuvieran un nivel de sucesión. En estos momentos, el arte cubano a nivel nacional —por lo menos su cara oficial—, está conformado prácticamente por los mismos nombres de hace más de veinte años, y los muchachos jóvenes se nos están yendo del país. Mucha gente con talento se marcha porque no ven un futuro para su creación. En algún momento pensé que el problema estaba en que la institución mezclaba la política promocional con la comercial y que debían separarse. Ahora mismo creo que no. El problema está en que la política promocional está siendo regida por la comercial, y no viceversa, como debe ser. Lo único que puede salvarnos en ese punto, por lo menos en relación con los emergentes, porque no creo que a los consagrados les haga falta la institución arte cubano: ya tienen sus espacios de reconocimiento y habría que preguntarse a cuántos de ellos les interesa todavía exponer en Cuba. La institución es para ellos solamente un mecanismo para salir del país; y a la institución lo único que le queda es —a mi entender—, pensar en esa gente joven que está saliendo, y que en definitiva deben ser la futura cara del arte cubano.

Rafael Acosta: Creo que se está viviendo en estos momentos el instante en que el arte cubano está dejando de ser moda en las principales corrientes del mercado internacional. Esa tesis la planté en mayo del año pasado, en un evento teórico en Valencia, como una propuesta a debatir y, de buenas a primeras, se pararon allí en aquel evento críticos tan importantes como Donald Kuspit y Ángel Kalemberg, y dijeron: «sí, ya pasó de moda». Lo que yo llevaba como una idea que podía estar sucediendo, para especialistas foráneos que constituyen ilustrados observatorios del arte contemporáneo, ya era un hecho. Una buena pregunta sería: ¿el hecho de que deje de estar de moda, reconocido en los circuitos internacionales, beneficiará al arte cubano? Es una pregunta interesante, con sugerentes y diversas respuestas.

Yo creo que llegó el momento en que los artistas que llegaron a posicionarse en ese mercado, se mantengan, y que el resto pueda regresar al soliloquio con sus demonios, con sus fantasmas de la creación; y que se normalice la situación anómala que acabamos de vivir en los últimos diez años, cuando artistas sin ningún tipo de entidad, cuyas propuestas eran absolutamente banales, vivían con una solvencia económica extraordinaria (equiparando los conceptos de precio y significación), lo que hizo que muchos verdaderos artistas se confundieran, y que en sentido general el gremio artístico llegase a conclusiones erróneas. Se crearon —y esto sí es un efecto negativo del mercado—, falsas jerarquías. Sería una etapa nueva, muy interesante, en que muchas poéticas puedan ser rescatadas, y que lo comercial deje de tener esa impronta tan fuerte que tuvo en los últimos años.

Rufo Caballero: Evidentemente, esa pérdida de moda del arte cubano en lo internacional tiene que ver con la asfixia del compromiso social del arte; o sea, el *boom* del segundo lustro de los 80 tenía un carácter tanto estético como sociopolítico, de catarsis colectiva, de proyecto emancipatorio. El arte de hoy, que es diverso, que aspira, o debiera aspirar, a continuar el diálogo vivo con respecto a lo social, pero que reviste muchos otros matices, ¿cómo pudiera lograr una inserción internacional similar a la que alcanzó en los 80?

Maylín Machado: El mercado es un hecho y no podemos estar de espaldas a él; existe, y va a existir en el futuro. Aunque haya terminado el *boom* del arte cubano en el ámbito internacional, eso no quiere decir que los artistas no vayan a seguir encontrando espacios. Hay muchos que siguen insertándose en el mercado internacional y están muy bien ranqueados en él. Eso puede seguir ocurriendo, porque la propuesta que están haciendo varios jóvenes artistas es muy original no solo para Cuba, sino también para el arte en general. El hecho de que esa vertiente sea distinta pudiera abrirle espacios, lo cual no quiere decir que tenga que perder su propia esencia para lidiar con ese mercado. Mecanismos hay muchos, y en definitiva durante estos últimos años han sido los artistas —los buenos, por supuesto— los que han demostrado haber tenido mayores habilidades y mejores recursos para entrar en el mercado, sin dejar de hacer la obra que quieren hacer; y no tiene por qué suceder lo contrario con estas nuevas generaciones, a pesar de que el arte cubano no sea ya un interés priorizado del mercado internacional.

Rufo Caballero: Pero en un momento en que, por la mundialización, el arte tiende a temas más universales, menos locales en un sentido descriptivo, el cubano tiene que competir con muchas propuestas que cumplen ese nivel, y no logra el protagonismo anterior. Nelson, tú que has estado en el vórtice de una institución prestigiosa y protagónica como el Centro Wifredo Lam, ¿aceptas, como se ha dicho, que hay un desfase entre institución y creación artística?

Nelson Herrera Ysla: Ese desfase existe. Pero no es un problema que se vaya a extender por mucho tiempo; son ciclos del arte cubano. En un momento determinado, las instituciones estuvieron a la vanguardia del sistema, y luego disminuyeron su papel, como aquí se ha dicho. Ahora son los artistas quienes están teniendo el protagonismo. Estamos en un momento interesantísimo del arte cubano, cuando hay otra vez una búsqueda de la «utopía». Los artistas están tratando temas de la vida cotidiana, de lo doméstico, lo íntimo, lo personal, y también lo histórico y lo social, desde un paradigma crítico. Son obras que se están produciendo aisladamente, como las de Lázaro Saavedra, de Toirac, o para exposiciones colectivas como la de los artistas que expusieron en la Facultad de Artes y Letras, que curó Maylín. En muchos otros artistas hay también un conocimiento y un reconocimiento de problemas que no se habían abordado con anterioridad, pues son totalmente

nuevos. Eso manifiesta una relación diferente del arte con la vida. El énfasis en lo político y lo social de décadas atrás se ha desplazado hacia lo privado, lo personal; y se destaca el papel del individuo como muy importante en la historia, aquí y en cualquier lugar del mundo. Eso lo están haciendo los artistas con una conciencia que no la había antes, retomando de alguna manera aquello extraordinario de la vanguardia rusa de los años 20, del arte ligado a la vida. También observo que muchos sectores como la fotografía, la instalación, el diseño incluso, que no estaban priorizados en los últimos años, han cobrado un valor extraordinario.

Por último, a mi juicio, el mercado, que como bien dice Maylín, no se va a acabar nunca, le trajo un beneficio tremendo al arte cubano. Porque el oficio del arte se completa también en el objeto acabado, bien terminado, bien hecho. El gusto por la factura, por la obra bien terminada, va a existir siempre, aunque algunos puedan ver detrás de eso un interés comercial. Una exposición extraordinaria, *Mare Nostrum*, de Nelson Ramírez y Liudmila Velazco, de fotografía cubana muy bien curada por ellos mismos, era difícil encontrarla hace diez, quince, o veinte años. En las exposiciones recientes, de Galería Habana, de La Casona, junto al carácter más experimental está la buena realización. Hace poco, en una exposición en La Casona, titulada *Artib-Goth*, el público tenía que mover los cuadros de la pared y el piso, colocarlos como si estuvieran almacenados, para poder verlos. Que yo recuerde, eso no había ocurrido en el arte cubano, ese nivel de experimentación, de audacia; y al mismo tiempo, son obras bien hechas, bien facturadas. No estoy diciendo que ese va a ser el gran camino, pero sí que el mercado trajo algunos beneficios al arte cubano. Y, por otro lado, en medio de una realidad tan dura, tan difícil, que estamos viviendo hoy, ha resurgido una mirada hacia la vida del hombre, del individuo, de lo doméstico, de lo privado. Estamos viviendo, a mi entender, un momento de tránsito, de cambio, y cinco años, históricamente, no es nada, cinco años es un segundo en la historia de cualquier país. De modo que es muy difícil valorarlo ahora, pero siento que estamos en el medio de ese tránsito y de ese cambio.

Rufo Caballero: Por supuesto que el mercado no es un mal necesario, es un bien necesario en muchos sentidos. De lo que no estoy tan convencido, y no lo celebraré tanto, es de la vuelta o el afianzamiento en el oficio, porque muchas veces ello ha sido peligroso, y se ha confundido con lo relamido, con el adormecimiento conceptual. A veces el énfasis en el hedonismo se asocia al mercado más cutre o más de segunda, porque el serio viene buscando obras con otro tipo de elaboración, con otro tipo de discurso. Tampoco estoy muy convencido de que las propuestas sociales del arte de hoy denoten un regreso al discurso utópico. Todo lo contrario; son proposiciones que vienen del fin de la utopía, de un aprendizaje distinto. Fue el caso, por ejemplo, de la exposición digital *El héroe (remake in Cuba)*, de la Sala Cero en este 2007.

Cada uno de los elementos tratados tiene detrás una cantidad tremenda de posibilidades polémicas, como eso de que habrá arte siempre. ¿Qué dirían en este minuto los filósofos de «el ocaso del arte», las reflexiones alrededor del declive de la institución arte, la tradición que desde Hegel se refiere a «la muerte del arte» a partir de la cada vez mayor (se supone) estetización de lo real, en un sentido expandido y de sacrificio de la neurosis excluyente?

Queda abierto el debate para que los asistentes se proyecten y lancen sus opiniones.

Andrés Abreu: Casi me gustó más lo que Rufo dijo al final que todo lo que se había discutido, porque además concuerda con algo que se estaba debatiendo sobre cierta vuelta al arte de compromiso o, por lo menos, la mirada crítica hacia la realidad. Mundialmente ocurre un fenómeno que el arte cubano está asumiendo, y es ahí donde veo tal vez el mayor vínculo con lo social. Se trata de que la sociedad se está,

como Rufo dijo, estetizando demasiado y complejizándose mucho; hay una gran cantidad de fenómenos que ella misma propone a la vida. El arte cubano ha empezado a registrar esos fenómenos que ya de por sí constituyen un aspecto creativo dentro de determinadas zonas de la vida. Hay zonas, grupos sociales, que en un momento dado fueron considerados marginales, que han ido progresando dentro de la complejidad de las sociedades contemporáneas, alcanzando un nivel tal, que están proponiéndole a la vida fenómenos de imagen, de visualidad, de comportamiento muy ricos. Por ahí veo uno de los caminos más interesantes, desde el punto de vista de lo que está ocurriendo. Es verdad, como algunos mencionaban, que hay varios nombres, además del grupo de la Cátedra de Tania Bruguera —que ya de por sí tiene una preparación muy orientada conceptualmente hacia esa vía. Se está dando en otros creadores de igual manera.

Georby Ferreri: Mi pregunta es la siguiente: ¿qué mecanismos hay para resolver los problemas que ustedes han planteado? Toda la energía que existe se va en discursos y no, en esencia, en resolver las dificultades, por ejemplo, el problema de los jóvenes que se gradúan de las escuelas de arte y después se van, o también cuáles son las posibilidades para que el público pueda ir a una buena galería con las mejores condiciones para pasar una jornada?

Rafael Acosta: Yo diría una cosa que creo esencial dentro de esta problemática: todo está, o una buena parte está en la disponibilidad de recursos materiales que tenga la institución para enfrentar el trabajo; los funcionarios, los especialistas, los promotores culturales, están repletos de buenas intenciones, pero a veces los recursos y el financiamiento no acompañan esa intencionalidad. Por ejemplo, a mí me correspondió desde el Consejo de las Artes Plásticas proponer primero, y después defender con fuerza, que cerraran tres importantes instituciones que están en la Habana Vieja: el Centro de Desarrollo de las Artes Visuales, el Centro Wifredo Lam, y la Fototeca. Poco después se cayó el techo de la Fototeca; afortunadamente no hubo pérdidas de vidas humanas ni obras dañadas, ni nadie lastimado. Eso fue un argumento mucho más fuerte que los informes que se habían enviado. Es muy difícil conducir una política cultural cuando tienes cerradas tus tres instituciones más importantes. Y había que cerrarlas para su restauración, gustase o no tal decisión. Año y medio después se restauró la Fototeca y están en vías de conclusión el Lam y el Centro de Desarrollo. Pero cuando uno viaja por el país, encuentra galerías municipales y de cabeceras de provincia que están en franco estado de deterioro, y eso solamente se puede resolver con financiamiento y con recursos. Y es que el sistema de las artes visuales no está excluido de la realidad de este país. Lo otro, por supuesto, son políticas inteligentes, ganas de trabajar, etc., que están en el ánimo de los funcionarios del Ministerio de Cultura, en sentido general.

Rufo Caballero: Es un problema de recursos, pero también de mentalidad. Por ejemplo, en este discurso que ha imperado hoy aquí, los cinco tenemos orientaciones muy diversas, y sin embargo ha fluido un tipo de propuesta interesante. Yo me pregunto: esas ideas de ustedes cuatro, ¿son prototípicas de la institución, las abraza la institución hoy día? La Alianza Francesa tuvo la iniciativa, y ha surgido un espacio que se llama Sala Cero, con un programa digital perenne. Yo me pregunto: ¿tuvo que ser por una institución tan específica, tan puntual, tan culturalmente paralela, como la Alianza Francesa, que esta modalidad, que viene siendo protagónica hace por lo menos diez, doce, quince años, al fin tuviera un espacio de legitimación y de circulación de ideas? Realmente, es un problema de mentalidad y de falta de iniciativa.

Denia García Ronda: Preguntaba Georby algo así como ¿dónde podemos ir a ver arte? Eso sí está garantizado, sean galerías comerciales, o promocionales; sea el Museo de Bellas Artes o La Acacia, La Casona, cualquiera puede disfrutar el arte. Lo que yo me preguntaría es si el público va a las exposiciones, qué se hace para que haya una promoción del arte cubano. He ido a galerías donde la única visitante era yo misma; he ido al Museo y ha habido dos o tres personas dando vueltas por aquel caserón enorme que es el Museo de Bellas Artes, y lo mismo pasa con otras galerías. Algunas veces a uno le da hasta pena entrar y ver a aquellas mujeres guías sentadas ahí, más aburridas que un *centerfield*. Lo que hay que preguntar es qué se está haciendo para que de verdad la gente, o por los menos los que se interesen de alguna manera en el arte, o los jóvenes, puedan ir y gustar de las exposiciones de pintura y de todas las artes visuales.

Rufo Caballero: Denia, ¿cuánta gente lee los libros de la nueva narrativa cubana?

Denia García Ronda: En eso tendríamos que hacer un análisis diferente a estas cosas que son públicas. Quizás podemos compararlas con cuánta gente ve la televisión, o cuánta gente va al cine o al teatro. La lectura de un libro es algo tan personal, que es muy difícil de contabilizar. Aunque la Feria del Libro se llene de millones de personas, eso no da la medida de quién lee; puede dar la medida de quiénes van a la Feria y quiénes compran libros, pero no quiénes leen. Es muy difícil saber eso; pero los espacios públicos de arte sí pueden dar una medida, por lo menos comparativa. El cine se promueve solo, por la gran tradición cinéfila que hay en Cuba; la televisión se promueve sola por lo mismo, ¿y el arte?

Rufo Caballero: Lo que pasa es que el mundo de la visualidad, de las artes visuales, como decidimos llamarlas al inicio, históricamente tiene ese comportamiento, queramos o no. No se puede ser demasiado utópico. Evidentemente, esta es una tradición de arte que no goza de una recepción masiva. La propia celeridad con que se han ido sucediendo los códigos y han ido cambiando a lo largo del siglo xx provoca un desfase muy acentuado con el receptor. Salvo en momentos como los años 80, cuando el artista emplazaba al receptor, iba a la calle, lo llamaba, lo traía a la galería; salvo en el momento en que el diálogo se hace prácticamente explícito, directo, emplazador, el mundo de las artes visuales sigue siendo un recinto bastante demarcado.

Rafael Acosta: Apoyando lo que dice Rufo, hace diez años aproximadamente el Centro Juan Marinello hizo una investigación de campo sobre el consumo de las distintas manifestaciones artísticas que, por cierto, la va a repetir próximamente. Fue muy interesante, y como es natural, el furgón de cola de ese tren eran las artes visuales. Fue una investigación en zonas urbanas. Es un tipo de manifestación artística que no goza de la popularidad, de la preferencia de las grandes masas. Es así aquí y en el mundo entero. A veces las inauguraciones de algunos artistas se convierten en verdaderos sucesos de público, y después pasa eso que dice Denia; pero es un fenómeno mundial, no es solo un problema cubano. A ello hay que agregarle las serias dificultades del transporte.

Pero sí recuerdo que hubo un momento, que se perdió recientemente, cuando las artes visuales tuvieron una gran presencia en la televisión y en los demás medios. Se crearon programas, se hicieron acciones institucionales para promover y tratar de motivar esta presencia, pero es un fenómeno complejo, cultural, no es tan sencillo que las artes visuales puedan tener o no una mayor demanda, mayor consumo por parte de la población. Comparar el disfrute de las exposiciones de arte con el disfrute de la televisión sí me parece improcedente. Para el cubano que no sepa degustar un libro por la noche, la TV es el último refugio que le queda, salvo que tenga dinero

para ir a un restaurant o a la Macumba a tirar un pasillo, y esos, como sabemos, son los menos.

Rufo Caballero: Aquí está el maestro Oscar Morriña, recuerdo que él nos hablaba de que se había hecho una encuesta a los receptores, y la obra favorecida fue el *Angelus* de Millet.

Oscar Morriña: La más odiada fue *El muchacho del chaleco rojo*, de Cezanne, la más incomprendida de todas, y la favorecida fue el *Angelus* de Millet. Eso fue a nivel mundial de percepción. Cien años de atraso.

Andrés Abreu: Estoy de acuerdo en que es imposible proponerse una masividad en la percepción de las artes visuales; pero no es menos cierto que nuestras instituciones, al menos las más promocionales, han perdido el carácter de mover sus exposiciones, sus curadurías, sus temporadas, en una dinámica contemporánea, y están cayendo en el arquetipo más clásico y ortodoxo de exponer cada cierto tiempo, de una manera muy tradicional y poco comunicativa con los predios contemporáneos de la vida. Los jóvenes estudiantes, que siempre son los que tienen una movida indiscutible, los fanáticos de inauguraciones de exposiciones, hasta ese público se va perdiendo, porque no encuentran instituciones que tengan un programa consecutivo cultural, atractivo. Yo luché mucho tiempo porque la Fototeca de Cuba, La Casona, y el Centro de Desarrollo, que pertenecen a la misma institución, inauguraran en un mismo día y crearan un fenómeno que permitiera que por lo menos la Plaza Vieja dejara de ser ese sitio solo turístico y muerto que es frecuentemente, y se convirtiera, al menos un día de la semana o del mes, en un lugar a donde acudiera otro tipo de personas, otro tipo de cubanos, que se moviera un aspecto distinto de la vida alrededor de aquella plaza; y nunca, por mucho que lo dije en determinados lugares, eso ocurrió, ni siquiera por una vez.

Recuerdo que una vez, cuando se realizaba un salón de fotografía, la Fototeca y el Centro de Desarrollo estaban vinculados al mismo evento, y entonces la gente se movía de la Plaza Vieja hasta Luz y Oficios. Creo que fue la única vez que ocurrió, y hubo todo ese movimiento alrededor. Eso también hay que pensarlo, porque las galerías comerciales en el mundo entero no les interesa el público, sino el comprador en primera instancia. En Cuba, el fenómeno es diferente, las galerías pueden ser espacios más fríos en relación con otras manifestaciones, pero puede haber otra mirada hacia el público potencial. Las instituciones promocionales tienen que pensar en eso también.

Rufo Caballero: Incluso los propios artistas; es decir, por qué ha mermado, de forma tan sustantiva, aquella vocación de diálogo y desafío a la institución que redundó en un proyecto como el Castillo de la Fuerza. Ya sabemos de la abulia, la desidia y el retiro de la institución, pero toda la responsabilidad no está del lado de ella.

Sandra Sosa: Eso nos lleva a la Bienal de La Habana, donde muchos proyectos eran de inserción sociocultural, y precisamente las instituciones de la Habana Vieja —creo que Nelson puede hablar de eso mejor que yo— tengo entendido que desaprobaron muchos proyectos justamente porque eran de inserción sociocultural, y la autoridades no están preparadas para asumir ese tipo de arte; y, por tanto, tampoco el público. Si los funcionarios que dirigen ese tipo de política no tienen interés, ¿cómo puede interesarle al público si nunca le llega?

Florencia Peñate: Mi intervención tiene que ver con lo que ha dicho la compañera Denia. Ya se sabe que la literatura, las artes plásticas, e incluso algún tipo de cine, no van a tener el público que vamos a encontrar en el Salón Rosado de Tropicana,

en la Tropical, ni nada de eso. No veremos a la gente dándose golpes para entrar en una galería, eso ya se sabe, porque hay determinados códigos que usted tiene que saber para disfrutar eso, pero la literatura moderna también tiene también códigos, porque no es lo mismo una novela realista que una de Cortázar, y sin embargo la gente la compra y la lee, a lo mejor unos la entienden mejor que otros, pero por lo menos se hizo el ejercicio y el intento. Pero en cuanto al arte, a las exposiciones, si yo, que estoy interesada en este asunto porque soy historiadora del arte, y que además soy de los privilegiados que tienen correo electrónico e Internet, no me entero —o me entero después, cuando ya pasó— de cosas importantes a las que me hubiera interesado ir, qué pasa con el que no le interesa profesionalmente. Menos se entera. Eso, desde luego, tiene que ver con las posibilidades materiales de esas instituciones, de esas galerías, que no tienen computadoras, no tienen todos esos medios que hoy son importantes. Está bien, es un problema económico que no podemos resolver, y quizás no se sabe cuándo se resuelva. Pero ¿se aprovechan las posibilidades que hay en la radio, la televisión? A veces en *Hurón Azul*, un espacio que se dedica a la cultura, se habla de las cosas cuando ya pasaron.

Hay problemas económicos objetivos, pero hay problemas subjetivos también, porque no se divulga completamente. ¿Por qué la gente va al cine?, porque todo el mundo sabe cuándo es el Festival, quién viene, cuándo viene, se entrevista al director, al artista que vino, incluso al público. Hay una promoción y unos van por conocimiento, y otros empiezan yendo por novelería y después son captados por ese mundo.

Rufo Caballero: A veces sería preferible que no se divulgara. Porque, por ejemplo, ¿cuáles son los patrones que sienta la televisión cubana sobre el arte cubano? Son absolutamente distorsionantes, o sea, los que suele auspiciar, subrayar, son aquellos que tienen que ver con la bonitura y no con lo bello; para la televisión, el arte cubano se acabó en los 70. Los grandes maestros de los 70 son los que ellos promueven, abrazan. No niego los valores de varios de esos maestros, pero luego hubo un desarrollo más rico en el arte, que ellos ignoran.

Graziella Pogolotti: Como todo el mundo sabe, yo estoy alejada, inevitablemente, de las artes visuales hace unos cuantos años; sin embargo, este tema de la promoción y la difusión, como es un tema más general, creo que me atañe. Antes de proseguir, yo quiero preguntarle a Nelson, que ha estado a cargo de las Bienales de La Habana, qué concurrencia de público tiene la Bienal.

Nelson Herrera Ysla: A la primera Bienal de La Habana la visitaron trescientas cincuenta mil personas, porque se hizo en el Museo Nacional de Bellas Artes, solo en el edificio que hoy es conocido como Arte Cubano. Sus cuatro plantas concentraban toda la Bienal, más de ochocientos expositores, y era el año 1984, y no les tengo que explicar cómo estaba de bien el transporte en la ciudad de La Habana. La segunda Bienal también: doscientas cincuenta mil o trescientas mil. Contadas con un medidor mecánico. Eso fue insólito, recuerdo que a la noche de la inauguración de la segunda Bienal, asistieron diez mil personas al Museo Nacional de Bellas Artes; yo nunca había visto una cosa así. No se me olvidó la cara de Flavio Garcíandía, que con los ojos casi fuera de sus órbitas me decía: «Nelson, esto no ocurre en ningún lugar del mundo». Eso se fue perdiendo con el paso del tiempo; entre otras razones porque el Museo no podía desmontar siempre sus obras —afortunadamente, porque se iban a estropear todas— durante dos meses o tres, para después volverlas a montar cuando la Bienal terminara. Por lo tanto, estuvimos gozando de alrededor de ciento cincuenta mil, doscientos mil visitantes hasta la cuarta Bienal de La Habana. Cuando nos trasladamos, porque gracias a la vida

encontramos la Fortaleza de La Cabaña, empezó a disminuir el público. Eso fue en el año 91, cuando todavía había guaguas; luego llegó el llamado Período especial y dejamos de medir la entrada de público, tal vez no queríamos reconocer lo bajo que había caído. Lo cierto es que ha habido una disminución extraordinaria desde el año 1984 hasta el 2006, el de la última Bienal, a pesar de que el público cubano es, creo, más culto que hace veintitrés años, cuando se inauguró la primera. Hay más programas, más enseñanza, más escuelas de arte; hoy día debe haber un público más preparado para la Bienal de La Habana, pero lamentablemente, no asiste como antes, cuando realizamos las primeras bienales.

Graziella Pogolotti: Yo hice la pregunta porque en estos asuntos promocionales tiene que haber un sustento material elemental. No sé si la razón que acaba de dar Nelson es muy fuerte. Cuando se hace la Feria del Libro hay una cosa que le llaman «trompo», que conduce a la gente a la Cabaña. Y la Cabaña tiene otros atractivos. Pero en el mundo entero, en relación con el fenómeno de las artes visuales, se da un elemento en términos de promoción; efectivamente, está el desfase en la asimilación de códigos, que es siempre muy notorio. No creo que hoy día llegue al extremo de Millet, pero sigue habiendo un desfase. Pero hay un fenómeno de confusión social que induce a la gente a concurrir muchas veces, aunque no sepa lo que se les está mostrando: hay una gran exposición antológica de Cezanne, y tiene una multitud, pero eso se ha estado propagandizando utilizando todos los mecanismos propios de la publicidad y el mercado, no solamente los que forman parte del trabajo de la crítica artística propiamente dicha.

Aun en el Festival de Cine, siendo el cine una manifestación profundamente arraigada entre nosotros a través de cien años de tradición, se produce este fenómeno de confusión social. Hay gente que va al Festival, que concurren de sala en sala, porque hay que estar en la onda, hay que poder hablar de lo que está en la onda, y yo pienso que en esa conquista del espectador todos los mecanismos son válidos.

Como la serpiente: atraer a mucha gente, y siempre se enganchan unos cuantos que repentinamente descubren un mundo que no conocían. En ese sentido, tenemos que trabajar con muchísima más eficiencia. Es cierto que la televisión y la radio tienen su propia política específica, y selecciona, y es cierto también que los otros medios de divulgación ofrecen muy poca, pero hay que inventar fórmulas que, en determinados momentos, hagan del fenómeno de las artes visuales un acontecimiento. A los efectos internos, este fue uno de los propósitos de las Bienales de La Habana. No me refiero a lo que pueden representar en el plano internacional, sino a los efectos nuestros. Cuando Mendive salía por ahí con sus mujeres pintadas, había un público que de algún modo se interesaba por eso.

Sandra Sosa: La Revolución siempre tendió a llevar la educación estética a las masas; pero hay una realidad: la masificación del producto cultural no significó necesariamente la masificación de la educación estética. Lo que se manejó fue un determinado tipo de educación casi «clásica», por decirlo entre comillas, que es la que refleja la mayoría de la población, que se quedó, como bien se dijo aquí, un siglo atrás. Por otro lado, los medios de difusión no responden a esos cambios del arte, porque cuando se ve el Noticiero de Televisión, o cualquier otro programa de los cuatro canales, siempre vemos obras de ciertos pintores, casi siempre con formatos bidimensionales. El programa acaso un poco más audaz fue *Signos*, y era un proyecto del CNAP con la presentación de algunos artistas que realizaban otro tipo de arte. Eso explica las grandes multitudes en exposiciones como las de Cosme Proenza o las de Roberto Fabelo, o quizás como las de Kcho en algún momento, caso muy especial por las características de su discurso estético, que no responde a lo que los medios de difusión exhiben y proponen.

Los medios de difusión no responden ni ayudan a esa compulsión social, aunque esta última Bienal de La Habana, a pesar de las críticas del gremio a su puesta en escena, fue más visitada que la anterior, dada su circulación en los medios. Quizás no tuvo tanta atención internacional como nacional. Fue mucha gente, aunque no hubo grupos de guaguas a disposición de los visitantes. Eso significa hablar de una colaboración entre todas las instituciones, que en definitiva responden a un solo organismo: el Ministerio de Cultura. Pero aquí volvemos de nuevo al mismo punto; se trata de lograr una sistematicidad en las acciones de la política cultural cubana.

Rufo Caballero: Lo más difícil, en ese segundo momento, cuando ya lo fundamental del legado de alguna manera está difundido, es acatar los códigos contemporáneos de la cultura, porque hay que desmontar prejuicios, además de compulsionar.

Me acuerdo de cuando, en los 80, la gente participaba de las variantes de arte en la calle, y lo hacía con un grado de desprejuicio muy alto; por lo menos, trataba de entender, y en ese momento, en la prensa cubana se leía que artes plásticas era dibujar y pintar. Había mucho más desfase en la prensa cultural y los advenedizos al gremio, en los alrededores del gremio, que en la propia recepción masiva. Este es un fenómeno fascinante para estudiar: los distintos niveles de la recepción, y su no semejante operatividad.

Ha sido una tarde muy provechosa. Muchísimas gracias al panel, y a los participantes, que movieron las ideas de manera muy efectiva.

Participantes:

Rafael Acosta. Investigador y crítico de arte. Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello.

Nelson Herrera Ysla. Curador, crítico de arte, investigador.

Maylín Machado. Crítica de arte y profesora de la Facultad de Artes y Letras, Universidad de La Habana. Editora de *La Gaceta de Cuba*.

Sandra Sosa. Crítica de arte e historiadora.

Rufo Caballero. Ensayista y crítico de arte. Miembro del Consejo Editorial de *Temas*.

Un documento y un libro: el proyecto editorial de José Martí

Enrique López Mesa

Investigador. Centro de Estudios Martianos.

En marzo de 1886, José Martí recibió en Nueva York la visita de su amigo mexicano Pablo Macedo.¹ Fue este quien hizo resurgir en él una vieja idea, acariciada casi desde su infancia: la de editar libros para Hispanoamérica. Macedo lo convenció de lo viable de la empresa en aquel momento y Martí se aferró a esa ilusión «como un niño que juega en la cuna con un rayo de luz».² El solo hecho «de pensarlo hacedero», hasta le hizo cantar, de pura alegría,³ máxime cuando su alejamiento del proyecto insurreccional de los generales Máximo Gómez y Antonio Maceo lo había llevado a perder «la esperanza de ser por ahora, y para siempre acaso, útil a mi patria».⁴ A su *alter ego* mexicano, Manuel Mercado,⁵ le escribió en abril de ese año:

Tengo el pensamiento de hacerme editor de libros baratos y útiles, de educación y materias que la ayuden, cuyos libros pueden hacerse aquí en armonía con la naturaleza y necesidades de nuestros pueblos, y economía de quien trabaja en lo propio, y venderse, en México principalmente, con un margen de escasísimo provecho. [...] me siento

capaz de levantar en este hermoso ramo una empresa benéfica y productiva; —que contra mi costumbre, desde que Macedo me habló de este como realizable, al decirle yo cómo tenía estudiado el asunto, no pienso en otra cosa, y la doy por hecha;— que tan convencido estoy del bien que podría hacer, y el giro útil que podría dar al caudal puesto en ello, que en esto sí me propongo ser porfiado e incansable, y no parar hasta tenerlo conseguido.—⁶

En la misma carta precisa la esencia latinoamericanista de su proyecto:

Ya yo sé los libros vivos que nuestras tierras necesitan, y piden, y no tienen, ni hay aún quien les dé: y los iré publicando de manera que, desde el principio, México los vaya obteniendo al precio estrictamente necesario para cubrir los gastos. Los provechos vendrán de la venta en los demás países. Al fin, estos libros útiles, con ediciones sucesivas, vendrán a reducirse a un precio tal, que no habrá quien no pueda hacerse de ellos. La competencia no es de temer —primero, porque estos libros serán muy distintos de cuantos en esa línea van publicados, —libros humanos y palpitantes, —no meros textos, sino explicaciones de la vida y sus elementos, y preparaciones para luchar con ella —la esencia y flor de todo lo moderno: —después, porque como esta empresa solo será de lucro moderado y honesto, siempre podrá abaratar sus productos mucho más que las que no se conforman sino con grandes provechos.—⁷

Premio *Temas* de Ensayo 2006, en la categoría de Estudios sobre arte y literatura.

De estas líneas se desprende que Martí se proponía crear, en la propia Nueva York, una empresa editorial alternativa que proporcionara a los lectores hispanoamericanos los libros que realmente necesitaban, «muy distintos de cuantos en esa línea van publicados». Thomas Bender ha señalado que fue precisamente su condición de centro editorial lo que le ganó a Nueva York el liderazgo intelectual de los Estados Unidos en la década de los años 80.⁸

De la frase «muy distintos de cuantos en esa línea van publicados» y de la mención a la competencia, que no se conforma «sino con grandes provechos», pudiera inferirse que Martí tenía en mente a D. Appleton and Company,⁹ importante editora norteamericana, puntera en la publicación de libros en español para el mercado latinoamericano,¹⁰ para la cual había hecho traducciones durante cuatro años.¹¹ Martí dio por terminado su compromiso laboral con esa compañía justamente a mediados de marzo de ese año, en los mismos días en que recibió el aliento de Pablo Macedo. No creemos que haya sido una simple coincidencia.¹²

Es sabido que Martí no podía escoger los textos que traducía para la Appleton, y en la intimidad vertía sus opiniones al respecto. Por ejemplo, sobre las *Nociones de Lógica*, de William Stanley Jevons, le confía a su hermana Amelia que tiene «por maravillosamente inútiles tantas reglas pueriles», pero que, gracias a esa traducción, podía invitar a su padre a Nueva York.¹³ La novela *Misterio*, de Hugh Conway, la consideraba «un desastre», «una bellaquería»,¹⁴ y le confesaba a Mercado que su traducción le había venido «pesando como un delito».¹⁵ Por tanto, además de la liberación de una tarea enajenante, su decisión constituía una ruptura con la línea editorial de la Appleton para América Latina y el propósito de crear una alternativa de tipo cualitativo a todo lo mediocre o de poca utilidad que pudiera haber en ella. Y esto, aprovechando la experiencia adquirida en esa misma empresa.

Carmen Suárez León ha señalado cómo estos propósitos, al igual que todas las incursiones editoriales de Martí,

se insertan dentro de esa función de mediación cultural, de honda significación política y social, que lleva a cabo en toda su obra y se constituye en uno de los diálogos interculturales más dramáticos, significativos y de alto valor estético que ha producido un creador y un pensador en el mundo, en el mismo momento en que se aceleraba y profundizaba la gran escisión moderna entre países ricos y países pobres.¹⁶

Pero los meses siguientes transcurrieron sin que su proyecto se concretara. En ese lapso, y gracias a la intercesión de Macedo y Mercado, Martí obtuvo la corresponsalía en Nueva York del diario mexicano *El Partido Liberal*, que simultanearía con la de *La Nación*, de Buenos Aires, que venía desempeñando desde 1882.

A fines de 1886, también comenzó a fungir como redactor de la revista mensual neoyorquina *El Economista Americano*. A ello se unía su labor de cónsul interino de la República Oriental del Uruguay. Martí dio sobradas muestras de una extraordinaria capacidad de trabajo, que le ocupaba hasta las altas horas de la noche. Y por si esto fuera poco, andaba

dando vueltas a la idea, después de dieciocho años de meditarla, de publicar aquí una revista mensual, *El Mes*, o cosa así, toda escrita de mi mano, y completa en cada número, que venga a ser como la historia corriente, y resumen a la vez expedito y crítico, de todo lo culminante y esencial, en política alta, teatro, movimiento de pueblos, ciencias contemporáneas, libros, que pase acá y allá, y dondequiera que de veras viva el mundo.¹⁷

No obstante, este cúmulo de tareas no le hizo olvidar su proyecto editorial. En diciembre de 1886, concibió la forma de reunir los recursos financieros necesarios para poner en marcha sus planes. Entre los papeles que después de su muerte pudo rescatar Gonzalo de Quesada y Aróstegui estaba el manuscrito dado a conocer en el tomo tercero (Miscelánea) de la compilación *Papeles de Martí (Archivo de Gonzalo de Quesada)*. Allí, el historiador y periodista Gonzalo de Quesada y Miranda lo incluyó bajo el título —puesto por él— de «Contrato de empresa editorial».¹⁸

El texto fue redactado el 13 de diciembre de 1886 y su propósito central era formar un capital social de cinco mil dólares con vistas a crear una empresa editorial, en la cual Martí sería el fundador y socio industrial, con la ayuda de tres socios capitalistas: Andrés Alfonzo, Antonio Rodil y Paul F. Philippson, quienes inicialmente aportarían quinientos dólares cada uno, antes del 31 de marzo de 1887.¹⁹

Una simple lectura del documento nos permite comprobar que Martí se reservaba el control absoluto del funcionamiento de la empresa:

- En el artículo cuarto se establece que su administración y dirección quedan «entera y exclusivamente» en manos de Martí.
- En el artículo sexto se les reserva a los tres socios capitalistas el derecho a transmitir acciones a terceras personas, siempre y cuando comuniquen a Martí con tres meses de antelación los datos del nuevo titular. Este decidiría si esa persona era «deseable para la sociedad» y aprobaría o no la transmisión.
- En el artículo doce se establece que «en caso de muerte o incapacitación por enfermedad o ausencia de Martí, la Dirección y Administración de la Empresa pertenecerá a la persona o personas que él designe, o designen por él los que heredaren sus derechos».

O sea, todos los hilos estarían en sus manos y el papel de los otros tres socios se reduciría a aportar el

capital y, en su momento, a percibir sus respectivas cuotas de ganancia.

El original del texto en cuestión —que se conserva en el Centro de Estudios Martianos— consta de siete cuartillas y está manuscrito de puño y letra por Martí y calzado por su firma, así como las de los tres socios capitalistas. En nuestra opinión, no se trata de un contrato propiamente dicho. Varios detalles nos hacen pensar así:

- No es un documento extendido ante notario, lo establecido legalmente en estos casos.
- No está redactado en el idioma oficial del país bajo cuyas leyes debía operar la empresa.
- No se consigna la razón social, ni su domicilio.
- En el artículo séptimo, por un error de Martí, se confunde el año 1887 con 1877, lo que resulta inadmisibles en un documento legal.
- En ese mismo artículo, se fija el 31 de marzo de 1887 como fecha límite de Martí «para dar comienzo a su empresa». O sea, no comenzaría el 13 de diciembre de 1886 —fecha del documento—, sino el 1 de abril de 1887.
- El documento está manuscrito con tinta de dos colores —azul y negro—, algo inusual en este tipo de escritura.
- El apellido de uno de los socios capitalistas es mencionado en cinco lugares del texto como Alfonso, mientras que él firma como Alfonzo.

Estos detalles nos hacen creer que era más bien una declaración de intenciones, un acuerdo entre caballeros, que no debería trascender al plano legal hasta el 1º de abril de 1887, solo que Martí —¡abogado al fin!— tuvo el cuidado de ponerlo por escrito, como una forma de comprometer a sus futuros socios. Ahora bien, ¿se cumplió o no este acuerdo? En la correspondencia de Martí no hay ninguna referencia a este documento, pero de las pocas fuentes de que disponemos —básicamente sus misivas a Manuel Mercado y Enrique Estrázulas— se infiere que nunca tuvo efecto, como veremos más adelante.

El primer libro

Hay un indicio de que a fines de 1886 y principios de 1887 ya Martí tenía en mente cuál sería el primer libro de su proyecto. En su crónica para *La Nación*, de Buenos Aires, de 3 de enero de 1887, se refería a la ley aprobada por el Congreso de los Estados Unidos reconociendo la ciudadanía a los indios norteamericanos, e intercalaba este comentario:

¡Qué contenta estaría si viviese aquella noble mujer que hizo en pro de los indios con un libro lo que la Beecher Stowe hizo en pro de los negros con su *Cabaña del Tío Tom*, Helen Hunt Jackson, que escribió esa novela encantadora

de la vida californiana, ¡*Ramona*! Allí la vida nueva, luciente y olorosa, el choque y apetito de las razas, la liga de las castas y la iglesia, la elegía de la pobre gente india. Salud y piedad infunden en el espíritu aquellas páginas artísticas y ardientes, y se sale del libro como de la agonía de una flor, con el alma avarienta de concordia. La admirable mujer, muerta hace años, reposa sobre un cerro de la linda comarca donde vio padecer tanto a sus indios: ¡lo saben ellos, que le tienen la tumba llena de ofrendas y de flores!

Ahora acaba de fundarse una gran escuela de indios, para prepararlos de una vez a la ciudadanía, y le llaman como el libro de Helen Hunt: —la escuela «*Ramona*».²⁰

Poco más de cinco meses después, en su crónica para *El Partido Liberal* de 23 de junio de 1887, aparece otro indicio. En el párrafo introductorio, Martí enumera ocho sucesos ocurridos en los Estados Unidos en los últimos días, que guardan relación con México. Uno es «que unas fieles amigas peregrinaron a la tumba de Helen Hunt Jackson, la que con tal arte y ternura contó en su novela *Ramona* las desdichas de los indios de México, cuando la conquista de California».²¹ Más adelante, en la misma crónica, recuerda que la Jackson había apellidado al siglo XIX, «por el maltrato de los indios, “un siglo de infamia”, título de una de sus obras».²² En este caso, dada la fecha de la crónica, se hace evidente que ya Martí está trabajando en la traducción de la novela y que prepara su acogida por los lectores mexicanos.

El 8 de julio siguiente, Martí le escribe a Manuel Mercado: «Ahora voy a empezar mi tentativa de editor, y ya veremos si puedo sentarme, con las primeras canas, a hacer algo de peso».²³ Y el 8 de agosto —cuatro meses después de la fecha en que supuestamente debía ser puesta en marcha la empresa— vuelve a explicarle su proyecto:

[P]ublicar libros, modestos y pocos primero, con sistema y propósito en seguida, adecuándolos a las necesidades y carácter de las tierras que amo, favoreciendo con la venta de libros amenos la de los de educación, hasta que pueda desenvolver sin imprudencia los planes que casi desde mi niñez he venido meditando en uno y otro país, y en materia como esa son naturalmente vastos.²⁴

Sobre los aspectos económicos dice: «Con toda voluntad quiso ayudarme Pablo [Macedo], y no pudo». Y recalca:

[N]o obtuve aquí, como que no la pedí a nadie, la suma necesaria para comenzar mi empresa. Pero, ayudándome con un trabajo extraordinario que me tuvo ocupado dos meses, ya puedo a medias hacer por mí lo que anhelo, y tengo en prensa mi primer libro —*Ramona*. Lo escogí, quiero decírselo, porque es un libro de México, escrito por una americana de nobilísimo corazón, para pintar, con gracia de idilio y color nuestro, lo que padeció el indio de California, y California misma, al entrar en poder de los americanos.²⁵

Y líneas más abajo, le revela a Mercado la médula política de su selección:

Su justo objetivo de elevar el nivel cultural de los pueblos latinoamericanos chocaba con los mecanismos económicos. Solo podía tener acceso a un mercado restringido y esto le impedía producir en la escala requerida para competir con las empresas mayores.

sin excitar la pasión contra el americano, —lo que en la autora sería traición fea, y en mí imprudencia y en cierto modo entrometimiento, —su lectura deja en el ánimo— inevitablemente, sin violentar la lección ni insinuarla siquiera, la convicción de que al mexicano no le iría bien en manos de Norteamérica. Prepara, pues, sin odio el libro a aquel estado de racional defensa en que ese país debe estar constantemente acerca de este.²⁶

A estos razonamientos antepone una frase clave para entender la intencionalidad de la edición: «pensé en que a México llega muy a tiempo». ²⁷ Es obvio que la coyuntura internacional influyó notablemente en su selección. El verano de 1886 había sido muy caliente para las relaciones entre México y los Estados Unidos, a causa de una provocación con fines anexionistas que ha pasado a la historia con el nombre de «El caso Cutting», incidente fronterizo que pudo haber conducido a una guerra entre ambas naciones.²⁸ La defensa de México frente a los Estados Unidos fue una constante en la vida de Martí y la solución diplomática del caso Cutting no le hizo perder de vista que la amenaza se mantenía latente. En su crónica para *El Partido Liberal* de 23 de junio de 1887 —la misma en la que menciona la peregrinación a la tumba de la autora de *Ramona*— describe la «junta solemne» celebrada en un hotel neoyorquino por los directores de la llamada Liga de Anexión Americana para «mostrar su poder» y tributar honores al coronel Cutting. Allí, este declaró desenfadadamente que su objetivo era «desposeer a México de los estados del Norte, y en especial de Sonora, California, Chihuahua y Coahuila», y blasonó de contar con quince mil partidarios dispuestos a todo.²⁹ Es decir, independientemente de que el caso Cutting hubiera sido dado por cerrado diplomáticamente desde agosto del año anterior, el «peligro Cutting» no había desaparecido. Es significativo que en la misma crónica en que Martí alerta a los mexicanos sobre él, intercale dos menciones a la autora de *Ramona*.³⁰

Puede ser discutible que Martí escogiera para estos fines una obra de ficción, máxime cuando en fecha tan reciente como enero de 1884 había manifestado:

[L]os tiempos son graves, y acaso temibles, y ni un ápice menos que críticos. Se van levantando en el espacio, como inmensos y lentos fantasmas, los problemas vitales de América: —piden los tiempos algo más que fábricas de

imaginación y urdimbres de belleza. Se puede ver en todos los rostros y en todos los países, como símbolos de la época, la vacilación y la angustia. —El Mundo entero es hoy una inmensa pregunta.³¹

Pero aun así, reconocía el hecho de que las novelas son «como los soldados del ejército mental», que «ganan la batalla, mas luego, nadie recuerda sus nombres». ³² Es muy probable que esa utilidad inmediata de ganar la batalla le hiciera optar por *Ramona* como libro inaugural, sabedor de que ese tipo de lectura era la más consumida por las minorías letradas y de que aun las mayorías iletradas podían ser receptoras de ella gracias a la lectura colectiva y la trasmisión oral. Además, este libro era solo el primer escalón de su proyecto, que —como veremos más adelante— después *ascendería* a los libros de educación.

Ante la imposibilidad de solicitar un préstamo bancario —dada su carencia de bienes con que respaldarlo y porque el pago de los intereses anularía cualquier ganancia—, Martí decide comenzar la impresión del libro —que le cuesta más de mil dólares— «con ahorros de judío», como él mismo dice,³³ y contando con una intención de compra de dos mil ejemplares para Argentina. Al parecer, en agosto de 1887 entregó los originales —o, al menos, una parte de ellos— a una imprenta neoyorquina cuyo nombre desconocemos. Queda debiéndole la mitad del importe, y piensa liquidar su deuda con el producto de las ventas en México y Cuba.³⁴

El 7 de septiembre de 1887 le dice a Mercado: «Trabajo tenazmente en mi proyecto de libros, en que cada día tengo más fe». Y sobre *Ramona*, específicamente, añade: «tengo en él fe supersticiosa, a este libro querido». ³⁵ En ese mismo mes redacta el prólogo del libro. El 20 de octubre siguiente cree pronta su salida y le explica a Mercado los pormenores comerciales, con la minuciosidad de un conocedor de la materia:

Ahora, a *Ramona*. —Ya el libro está al salir de las prensas. Vd. me pregunta con razón el precio de él, como base de toda negociación. En esta primera edición solo me propongo sacar los costos de imprenta, de manera que aunque la página del libro es mucho mayor y más nutrida que la de *Misterio*, y aunque un publicador novel no puede rivalizar en precio con una casa de tantos recursos mecánicos, cobraré por este libro al mismo tipo a que Appleton vendió *Misterio* a sus compradores más

favorecidos, que fueron México y La Habana: él, por 230 páginas, cobró 20¢; yo, por 400 de mucha más lectura, cobraré 37¢, si no baja el pedido de 2 000, o a lo sumo de 1 500: por menos, tendría que cobrar 40¢ por ejemplar.³⁶

En diciembre de ese año, Mercado aún no había logrado «acomodar» el libro con los posibles distribuidores mexicanos. No obstante, Martí prosigue con la edición y, a la vez, se interesa por registrar en México la propiedad literaria de su traducción.³⁷

De la antes citada carta a Mercado de 20 de octubre de 1887 se desprende que para esa fecha ya estaba compuesto y emplanado el texto de su traducción, con un total de cuatrocientas páginas.³⁸ Sin embargo, cuatro meses después, el libro no había salido, y el 17 de febrero de 1888, Martí le dice a Mercado: «Por los apremios de un trabajo más urgente, aunque de puro gana-pan, he demorado la publicación de *Ramona*, que está ya en sus últimas cincuenta páginas, de las 400 que tiene».³⁹ También es posible que dilatara las dos últimas fases del proceso industrial —impresión y encuadernación— hasta tener la certeza de las cantidades pedidas por Argentina⁴⁰ y México. No olvidemos que Martí publicaba el libro para Hispanoamérica, donde la mayoría de la población era analfabeta, lo que implicaba un riesgo económico, por lo restringido del mercado. De ahí la necesidad de contar con pedidos relativamente seguros a los cuales ajustar la primera tirada. Esa era una constante del mundo editorial latinoamericano de la época.

Solo el 26 de julio de 1888 —dos años y cuatro meses después de su conversación con Pablo Macedo— puede Martí remitir a Mercado el primer ejemplar de *Ramona*⁴¹ y avisarle del próximo envío de mil ejemplares para su venta en México.⁴² Su conclusión es optimista: «Y esta es la base de mi empresa editorial, que preparo tenazmente, y de la que, cuando *ascienda* a mi plan de libros de educación, hemos de hablar muy de largo, —y quién sabe si de vernos! Por ahí me empleo: por donde pueda ser útil».⁴³

En todos los aspectos materiales de la traducción, publicación y venta de *Ramona*, Martí contó con la valiosa ayuda de un cubano residente en Nueva York, el joven patriota Félix Sánchez Iznaga —«un administrador que me he improvisado», decía Martí—, quien años después también desempeñaría tareas administrativas en el periódico *Patria* y estaría encargado de la oficina de la Delegación del Partido Revolucionario Cubano.⁴⁴ En una ocasión narró a un amigo la forma en que Martí tradujo *Ramona*: «paseándose él por el cuarto con el original en la mano se la dictaba en español con asombrosa rapidez, y de ahí sin corregirlas apenas, iban las cuartillas a la imprenta». Por su parte, Mercado se valió de un agente central para la distribución y venta del libro en México.⁴⁵

Vino entonces la expectativa acerca del éxito comercial del libro, que permitiera reinvertir las ganancias en la impresión de nuevas obras.⁴⁶ Conocedor del mundo periodístico, Martí desplegó una activa campaña publicitaria, para la que se valió de sus relaciones personales y profesionales. Siguiendo la costumbre de la época, utilizó como texto de base su prólogo al libro y comenzó por casa, en *El Economista Americano*, la revista que por entonces dirigía.⁴⁷ El 8 de agosto de 1888 encontró acogida en las páginas de *El Avisador Cubano*, de Nueva York,⁴⁸ y el 14 de noviembre, *La Nación*, de Buenos Aires, le dio espacio en su primera plana.⁴⁹ En el caso de México —que aspiraba fuera su mejor mercado— Martí puso atención especial. Tan pronto salió la primera impresión, envió copias del prólogo a todos los periódicos y librerías de la capital y de otras ciudades del país, así como ejemplares a los amigos. Al menos dos publicaciones periódicas de la capital se hicieron eco del libro. El 13 de agosto de 1888, el semanario *El Lunes* —que dirigía Juan de Dios Peza— reprodujo el prólogo en su página dos y en la tercera agregó frases demostrativas de que los mexicanos no olvidaban al amigo querido:

Esta hermosa novela americana escrita por Helen Hunt Jackson ha sido traducida del inglés por el elegante, inspirado y erudito escritor José Martí. ¿Quién no recuerda en México a ese cariñoso hermano nuestro, que con brillante pluma engalanó los más importantes periódicos; que nos cautivó con sus dulces versos; que dio al teatro un precioso monólogo, *Amor con amor se paga*, y que en la tribuna arrancó nutridos aplausos?⁵⁰

Cuatro meses después, el domingo 16 de diciembre, *El Partido Liberal* reprodujo el prólogo de *Ramona* y se refirió al traductor como «artista insigne ya de antiguo querido y admirado por los lectores de nuestro diario».⁵¹ El domingo siguiente, 23 de diciembre, Manuel Gutiérrez Nájera publicó, en su sección habitual del mismo diario, un largo texto elogioso de la novela de la Jackson, en el cual terminaba diciendo: «Leed el libro, porque es bello y es bueno, tan bello y tan bueno que no parece traducido sino escrito por Martí».⁵²

El 26 de octubre de 1888, Martí le escribe a su amigo uruguayo Enrique Estrázulas (1848-1905): «Y la cuenta de banco se está tiesa que tiesa, con sus vislumbres de crecer, para cuando estén en el granero los frutos de *Ramona*».⁵³ Aunque no disponemos de información sobre el comportamiento de las primeras ventas del volumen, es de suponer que se hayan correspondido con las esperanzas de Martí, pues solo ocho meses después, el 19 de febrero de 1889, le dice a Mercado que está en proceso la segunda impresión, de la cual ya ha recibido pedidos por «algunos centenares».⁵⁴ En julio de ese año —cuando Martí ya estaba enfrascado en la

redacción de su revista para niños *La Edad de Oro*— recibió de Mercado una letra de cambio por 300 dólares que le permitió liquidar a la imprenta lo adeudado por la segunda impresión.⁵⁵

La carta a Mercado de 26 de agosto de 1889 es la última en que se menciona el proyecto editorial martiano. Para entonces, *La Edad de Oro* ha desplazado a *Ramona* de su correspondencia. Además, una nueva coyuntura política acapara su atención: la Primera Conferencia Panamericana (Washington, DC, 2 de octubre de 1889-19 de abril de 1890). A ella se refiere con esta frase de clara resonancia cervantina: «Y otro molino me está dando vueltas en la cabeza, y la lanza temblándome en las manos: —y es el Congreso de octubre».⁵⁶ Es fácil suponer que el «molino» anterior había sido su proyecto editorial.

Todo indica que la gradual acumulación de deberes le impidió insistir en su proyecto, independientemente de lo factible o no de este.⁵⁷ Pero hay dos causas—cronológicamente encadenadas— que consideramos las más inmediatas.

En junio de 1889, Martí ya está metido de lleno en otra empresa cultural: la revista mensual para niños *La Edad de Oro*.⁵⁸ Nuevamente es redactor asalariado de revistas ajenas, pero esta vez se trata de algo diferente a lo que hiciera en *La América* (1883-1884) y *El Economista Americano* (1886-1888). La publicación del brasileño Aron Da Costa Gómez le brinda la posibilidad de influir en la formación de las nuevas generaciones latinoamericanas. Así le explica a Mercado su propósito:

[H]a de ser para que ayude a lo que quisiera yo ayudar, que es llenar nuestras tierras de hombres originales, criados para ser felices en la tierra en que viven, y vivir conforme a ella, sin divorciarse de ella, ni vivir infecundamente en ella, como ciudadanos retóricos, o extranjeros desdeñosos nacidos por castigo en esta otra parte del mundo. El abono se puede traer de otras partes; pero el cultivo se ha de hacer conforme al suelo. A nuestros niños los hemos de criar para hombres de su tiempo, y hombres de América.—Si no hubiera tenido a mis ojos esta dignidad, yo no habría entrado en esta empresa.⁵⁹

Como es sabido, solo aparecieron cuatro entregas de la revista, pues el propietario exigió de Martí concesiones ideológicas que este se negó a hacer. La salida del último número—correspondiente a octubre de 1889— coincide con el éxito del acto conmemorativo del vigésimo primer aniversario del alzamiento independentista de Carlos Manuel de Céspedes, celebrado el día 10 de ese mes en el Hardman Hall de Nueva York. Martí lo consideró «una resurrección» de la causa revolucionaria: «Yo solo sé que la hora de la fundación empieza, y que allí se cogió la primera cosecha de la obra de ocho años».⁶⁰ Dada la repercusión del acto, Martí creyó llegado el momento de fundar un periódico político independentista. Desde

octubre de 1889 hasta enero de 1890 encontramos evidencias en su epistolario de que trabajó metódicamente en la preparación de ese periódico, cuyo nombre no hace explícito, pero cuyo lema sería «Con todos y para el bien de todos», el mismo de su discurso de Hardman Hall.⁶¹ De esa propia fuente se desprende que la falta de recursos económicos impidió la aparición del periódico. Habría que esperar hasta marzo de 1892 para que su idea se hiciera realidad con *Patria*. Lo importante es que la «resurrección» del 10 de octubre de 1889 le devolvió la esperanza de ser útil a su país, cuya pérdida transitoria en 1884 había reconocido como uno de los factores decisivos para que abrazara su proyecto editorial.

No conocemos qué recepción tuvo la traducción martiana de *Ramona* en los medios culturales hispanoparlantes de los Estados Unidos. Pero, al menos, sabemos que en el número de enero de 1891 de *La Revista Ilustrada de Nueva York*—coincidentalmente, el mismo número en que aparece el trascendental ensayo martiano «Nuestra América»— un destacado intelectual cubano de ideología muy diferente a la de Martí, José Ignacio Rodríguez, al publicar la segunda entrega de su serie de artículos «Las novelistas norteamericanas»—en esa ocasión dedicada a Helen Hunt Jackson—, se refirió a la traducción de Martí: «*Ramona*, que fue escrita, o mejor dicho publicada, en 1884, y que ha sido traducida al castellano por un hombre de gran talento, y de no menos grande corazón, nacido en la isla de Cuba, es una historia deliciosa, aunque llena de tristeza».⁶²

Es probable que, con independencia de que Martí liquidara su deuda con la imprenta en julio de 1889, *Ramona* le haya dejado pérdida o, al menos, no le haya proporcionado ninguna ganancia. Todo parece indicar que su venta no fue rápida. El 3 de febrero de 1891—año y medio después de la salida de la segunda impresión del libro y dos años y medio después de la primera—, Martí le escribe al panameño Elías de Losada y Plisé (1848-1896), editor-propietario de *La Revista Ilustrada de Nueva York*: «¿Qué más que gracias sentidas, puedo darle por el cariño con que se propone mirar a la desventurada *Ramona*? El libro es un servicio,—y por eso lo tradujo este su amigo obligado».⁶³ La explicación de estas palabras la encontramos en la sección «Notas bibliográficas» del número de *La Revista...* de ese mismo mes de febrero:

Ramona.— Novela americana por Helen Hunt Jackson.— Traducida del inglés por José Martí.

Cuanto pudiéramos decir de esta obra admirable que vino a abogar elocuentemente por la consideración y respeto a que tenía derecho la raza autóctona de América, la desgraciada raza india, lo ha dicho en frases sentidas y con lógica abrumadora nuestro ilustrado colaborador D. José Ignacio Rodríguez en el interesante estudio que hiciera de la novelista norte-americana señorita Hunt Jackson, el cual

vio la luz en nuestro número correspondiente al mes de enero próximo pasado.

Ese libro lo ha colocado la crítica moderna «en el grupo de aquellos que se conservarán permanentemente entre los monumentos del ingenio humano», y esto basta para su recomendación.

En cuanto a la traducción española, ha sido hecha «por un hombre de gran talento y de un no menos grande corazón, nacido en la Isla de Cuba», conforme dice acertadamente el Sr. Rodríguez, y esta traducción es la que ofrece a sus innumerables favorecedores la Casa Editorial y Librería de los Sres. E. de Losada & Co., a los precios que se anuncian en el Catálogo de dicha Casa, y que publicamos en otro lugar de este número.⁶⁴

Paralelamente a la edición de *La Revista...*, Losada tenía una librería en Nueva York (E. de Losada & Company, 124 Chambers Street). Incluso, después de vender la revista a Andrés F. Power, en diciembre de 1892, mantuvo ese comercio.⁶⁵

Cuando en septiembre de 1888 Martí le remitió uno de los primeros ejemplares empastados de *Ramona* a Enrique Estrázulas, le decía: «por Vd. he podido publicarla, y ella, como yo, es de usted». ⁶⁶ Obviamente, se trataba de una fórmula de cortesía, como agradecimiento por las entradas económicas que Estrázulas le había propiciado al dejarlo al frente del consulado uruguayo. A esto aludió Martí con posterioridad —el 26 de octubre de ese año—, al referirse a su pecunio personal: «no tengo más que el que saco a sudor puro de la noria, y el tanto más que me da la bondad de Vd., y con el cual endulzo algo las vidas ajenas, y me ayudo a comprar libros, publicar *Ramona*, y seguir meditando en estas locuras». ⁶⁷

Por su correspondencia también sabemos que Martí se proponía traducir y editar la novela *John Halifax, Gentleman* (1857), la obra más popular de la escritora británica Dinah Maria Craik (1826-1887). ⁶⁸ Mas en agosto de 1888 le aclara a Mercado que planeaba hacerlo «tan luego como saque de la prensa mis *Norteamericanos*». ⁶⁹ O sea, con anterioridad a la publicación de su poemario *Versos sencillos* (1891), Martí ya había pensado recoger en un volumen sus artículos de prensa sobre figuras prominentes de la cultura y la sociedad norteamericanas, como Ralph Waldo Emerson, Walt Whitman y otros. No pudo hacerlo, y años después, en su carta a Gonzalo de Quesada y Aróstegui de 1 de abril de 1895 —reconocida como su testamento literario—, al explicar a su secretario cómo estructurar la edición de sus obras en seis tomos, precisa que los dos primeros de ellos deben reunir esos artículos. ⁷⁰

Desafío en solitario

El plan empresarial a que se refiere el documento de 13 de diciembre de 1886 nunca llegó a convertirse

en realidad, pues no tuvo el apoyo financiero necesario. Una empresa que se proponía operar con un margen mínimo de ganancia no ofrecía mucho aliciente para invertir en ella. Los fines culturales y educacionales que perseguía no se conjugaban con la implacable realidad económica de la Nueva York de la *Gilded Age*. No obstante, consideramos que por haber sido concebido, redactado y manuscrito por José Martí, ese documento debe formar parte de la edición crítica de sus *Obras completas*, con las necesarias aclaraciones.

La tenacidad de Martí —recordemos que había decidido «ser porfiado e incansable» en este empeño— ⁷¹ le hizo intentar llevar adelante el proyecto por su cuenta y riesgo, convencido de su éxito. Puso en función de él toda la experiencia que había adquirido en la capital del comercio mundial y demostró la habilidad propia de un conocedor del negocio editorial. Con razón le había dicho a Mercado desde el mismo inicio: «esta no es en mí idea nueva [...] me vengo preparando con un estudio cuidadoso de los menores detalles, desde hace muchos años». ⁷² Pero estaba en desventaja completa: carecía de capital o de mecenazgo, así como de las redes de distribución y comercialización, controladas por las grandes compañías editoras. No era racional publicar libros a cuentagotas; esperar que se vendiera un título, para recuperar la inversión, y después publicar otro. Solo un respaldo financiero podía garantizar el ritmo editorial adecuado. De ahí que las circunstancias adversas se impusieran sobre Martí y el ambicioso proyecto a la postre se redujera a la traducción y publicación de *Ramona*, ⁷³ en cuya selección —además del tradicional interés de Martí por todo lo concerniente a los aborígenes de América— medió una intencionalidad política reconocida por él.

No disponemos de fuentes bibliográficas que nos permitan contextualizar históricamente el proyecto de Martí en el ámbito editorial de la América hispanoparlante; pero es posible que él fuera el primer intelectual latinoamericano que se haya propuesto rivalizar con las grandes compañías norteamericanas en la producción de libros baratos para nuestra región. Aunque fallido, no deja de ser un acto de heroísmo cultural, y queda para la historia como un bello gesto de desafío en solitario, como una pequeña utopía martiana.

Su justo objetivo de elevar el nivel cultural de los pueblos latinoamericanos chocaba con los mecanismos económicos. Solo podía tener acceso a un mercado restringido y esto le impedía producir en la escala requerida para competir con las empresas mayores, haciendo grandes tiradas que disminuyeran el costo unitario y, consiguientemente, el precio de venta.

Además, aún no estaban creadas las condiciones históricas para que sus fines se convirtieran en hechos.

Por ejemplo, la población mexicana —principal destinataria de su esfuerzo— era analfabeta en más de 80%. La impresión y venta masiva de libros a bajo precio tenía que ser precedida por una amplia campaña nacional de alfabetización, tal y como se propondría —Revolución mediante— la Secretaría de Educación Pública de México a partir de 1921, bajo la dirección de José Vasconcelos. De cierta manera, Martí fue un lejano precursor de ese empeño.

Dinero no, pequeño libro sí

El 3 de marzo de 1895, José Martí cabalgaba por los lodosos caminos del norte de Haití. Iba solo, en procura de algunas armas y municiones con las que trasladarse a Cuba en unión del general Máximo Gómez, para asumir la conducción de la guerra que ambos habían convocado, que había comenzado el 24 de febrero anterior. En un momento de aquel día detuvo su caballo ante una apartada vivienda de barro y paja. «Alrededor, fango y selva sola», anotó en su diario, junto con la narración sintética de lo allí ocurrido:

Por los fangales, que eran muchos, creí haber perdido el camino. El sol tuesta, y el potro se hala por el lodo espeso. De la selva, a un lado y otro, cae la alta sombra. Por entre un claro veo una casa, y la llamo. Espacio asoma una abuela, y la moza luego con el niño en brazos, y luego un muchachón, con calzones apenas, un harapo por sombrero, y al aire la camisa azul. Es el camino. Dieciséis años tiene la madre traviesa. Por dejarles una pequeñez en pago de su bondad les pido un poco de agua, que el muchachón me trae. Y al ir a darle unas monedas, «*Non: argent non: petit livre, ouï*». Por el bolsillo de mi saco asomaba un libro, el segundo prontuario científico de Paul Bert.—⁷⁴

Martí no dejó constancia en su diario, pero quizás en aquel instante recordó su viejo proyecto editorial y sintió la satisfacción de no haberse equivocado.

Notas

1. Pablo Macedo y González de Saravia (1851-1918). Abogado mexicano, catedrático universitario y diputado al Congreso de la Unión. Fue editor de diversas publicaciones de jurisprudencia. En 1884, dos años antes de su reunión con Martí, había sido uno de los fundadores del *Anuario de Legislación y Jurisprudencia* y del semanario de miscelánea jurídica *Publicista*. Fue uno de los asesores financieros de Porfirio Díaz.
2. José Martí, *Correspondencia a Manuel Mercado* (compilación y notas de Marisela del Pino y Pedro Pablo Rodríguez), Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2003, p. 174.
3. *Ibidem*, p. 176.
4. *Ibidem*, p. 173.
5. Manuel Antonio Mercado de la Paz (1838-1909). Abogado mexicano. En varias ocasiones fue senador de la República y diputado

al Congreso de la Unión. Subsecretario de Gobernación entre 1882 y 1900. Fue un entrañable amigo de José Martí desde la llegada de este a México, en febrero de 1875, y padrino de su boda, en diciembre de 1877. A lo largo de veinte años, Mercado fue un hombre clave en la vida de Martí.

6. José Martí, *ob. cit.*, p. 180.

7. *Ibidem*, pp. 180-1. Todo indica que, efectivamente, era una vieja idea de Martí, aunque tuvo variantes. A poco de su llegada a Nueva York, en enero de 1880, intentó publicar una serie de libros sobre América, que serían «biográficos, históricos y artísticos, para todos interesantes, por todos entendibles, —libros pequeños, amenos, cómodos y baratos». Otro de los antecedentes de su concepción acerca de los libros útiles para nuestras tierras podemos encontrarlo en el suelto «Textos en México», que publicara en el número de junio de 1883 de la revista neoyorquina *La América*. Véase José Martí, *Epistolario* (compilación y notas de Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla), Centro de Estudios Martianos-Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1993, t. I, pp. 165 y 177; *Obras completas*, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963-1973, t. 28, p. 186.

8. Thomas Bender, *New York Intellect*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1988, p. 207.

9. El fundador de la empresa, Daniel Appleton (1785-1849) se estableció en Nueva York en 1825, en el comercio de víveres, al cual después agregaría el de libros. En 1831 decidió convertirse en editor y en 1838 adoptó la razón social D. Appleton & Co. En 1848 dejó la empresa en manos de sus cuatro hijos, encabezados por William H. Appleton.

10. Desconocemos en qué fecha la Appleton comenzó esa línea editorial; mas, por un catálogo de 1867, sabemos que para entonces ya tenía publicados 62 libros en lengua española, en una lista heterogénea, en la que se entremezclan clásicos de la literatura —como *Don Quijote* y *Los miserables*—, libros de texto, obras de consulta —como el valioso diccionario bilingüe de Velázquez—, relatos humorísticos, el método de Inglés de Ollendorff, el catecismo de Ripalda, y cuentos infantiles, como *La cenicienta* y *La caperucita roja*.

11. Casi desde su llegada a Nueva York, en 1880, Martí trató de vincularse con esa empresa. En carta de 24 de abril de 1880 le informaba a Miguel F. Viondi: «Appleton está en Francia, y quien lo representa, es hurtaño y celoso». En 1882 logró su objetivo. A partir de ese momento la empresa publicó cuatro traducciones suyas: *Antigüedades romanas*, de A. S. Wilkins (1883); *Antigüedades griegas*, de J. H. Mahaffy (1884); *Misteria...*, de Hugh Conway (1886); y *Noiones de Lógica*, de William Stanley Jevons (1886).

12. La carta de Martí a la compañía Appleton está fechada el 16 de marzo y su primera carta a Mercado sobre su proyecto es del día 22 de ese mes. En el terreno personal, la causa concreta de la ruptura fue la enemistad que Martí percibía en el jefe de la redacción de lengua española de la empresa, el médico asturiano Juan García Purón (1852-1912), a quien consideraba «burdo», «hostil» e «ignorantísimo». Años después se referiría así a su decisión: «me aparté con rudeza justa de toda relación con semejante hombre a los pocos meses de tenerme entretenido con trabajos ridículos». José Martí, *Epistolario*, ed. cit., t. I, p. 177; t. II, p. 78. Luis García Pascual, *Entorno martiano*, Casa Editora Abril, La Habana, 2003, p. 104.

13. José Martí, *Epistolario*, ed. cit., t. I, p. 264.

14. José Martí, *Correspondencia...*, ed. cit., p. 241.

15. José Martí, *Epistolario*, ed. cit., t. I, p. 328.

16. Carmen Suárez León, «José Martí: editar libros útiles para nuestra América», *Sic*, n. 17, Santiago de Cuba, enero-marzo de 2003, p. 4.

Enrique López Mesa

17. José Martí, *Epistolario*, ed. cit., t. II, p. 60.
18. Gonzalo de Quesada y Miranda, *Papeles de Martí. (Archivo de Gonzalo de Quesada)*, Academia de la Historia, La Habana, 1933-1935, t. III, pp. 107-9.
19. Carecemos de información sobre los dos primeros socios. Philippon, por su parte, era un comerciante alemán asentado en Nueva York, quien entre 1886 y 1888 fue propietario de la revista mensual *El Economista Americano*, de la cual Martí era redactor. Al menos durante esos años, ambos tuvieron magníficas relaciones. No hay ningún indicio de que Philippon apoyara a Martí en su proyecto editorial, salvo en el embarque hacia México de mil ejemplares de la primera tirada de *Ramona*.
20. José Martí, *Obras completas*, ed. cit., t. 11, p. 134. Helen María Jackson (1831-1885). Poetisa y narradora norteamericana. Su apellido de soltera era Fiske. En muchas ediciones —incluida la traducción de Martí— aparece como Helen Hunt Jackson, o sea, unen el apellido del segundo esposo al del primero. Durante toda su vida fue una defensora de los indios norteamericanos. En 1881 publicó *A Century of Dishonor*, un libro de denuncia, en el cual la autora «es arrebatada como nuestra elocuencia y punzante como nuestras tunas», al decir de Martí (Ibíd., t. 24, p. 204). Esa obra le valió ser incluida en 1883 en una comisión especial encargada de investigar el estado de la educación y las condiciones de vida de los indios de California. De dicha misión surgió la idea de su novela *Ramona*, que apareció en 1884. Martí fue un sincero admirador de la Jackson. Cuando murió, en 1885, le rindió homenaje, calificándola de mujer «de seso fuerte y alma grande», «la que con más sensatez y ternura ha trabajado año sobre año para aliviar las desdichas de los indios». (Ibíd., t. 10, p. 321). Se inspiró en una de sus ideas para escribir su poema «Los dos príncipes», que publicó en *La Edad de Oro*. Sus mayores elogios a la autora norteamericana los vertió en el prólogo a su traducción de *Ramona* (Ibíd., t. 24, pp. 203-5).
21. Ibíd., t. 7, p. 51.
22. Ibíd., p. 56.
23. José Martí, *Correspondencia...*, ed. cit., p. 232.
24. Ibíd., p. 238.
25. Ídem.
26. Ibíd., pp. 239-40.
27. Ibíd., p. 239.
28. Véase Rodolfo Sarracino, *José Martí y el caso Cutting. ¿Extraterritorialidad o anexionismo?*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2003.
29. José Martí, *Obras completas*, ed. cit., t. 7, pp. 51-3.
30. Con independencia de las circunstancias que influyeron en la selección del primer libro, México fue, desde el principio, el destinatario fundamental del proyecto martiano. Su carta a Mercado de 22 de marzo de 1886 —primera en que le habla de su idea— es muy anterior a dicha selección. En ella dice: «México, sobre todo, habrá de aprovecharlo, porque, fuera de las manos de editores rapaces, podrá esparcir periódicamente libros vivos y útiles, que funden carácter y preparen a la faena práctica, a muy bajo precio». José Martí, *Correspondencia...*, ed. cit., p. 173-4.
31. José Martí, *Obras completas*, ed. cit., t. 8, p. 266.
32. Ibíd., t. 22, p. 329.
33. José Martí, *Correspondencia...*, ed. cit., p. 180.
34. Ibíd., pp. 239-40.
35. Ibíd., p. 244.
36. Ibíd., pp. 249-50.
37. Ibíd., pp. 255-6.
38. A estas se añadirían las páginas del prólogo y demás —con foliación independiente—, para un total de 406 páginas.
39. José Martí, *Correspondencia...*, ed. cit., p. 263.
40. Como antes vimos, en su carta a Mercado de 8 de agosto de 1887 Martí habla de dos mil ejemplares de la primera impresión pedidos por Argentina. Sin embargo, en la carta de 26 de julio de 1888 se refiere a que su antiguo patrón, el comerciante argentino Carlos Carranza, radicado en Nueva York, le ha comprado mil ejemplares para Buenos Aires. Es decir, el pedido original se redujo a la mitad. Ibíd., p. 280.
41. Ibíd., p. 279.
42. Ibíd., p. 280. Siempre atento a los costos, «para evitar gastos de factura» se los enviará «en alguno de los embarques de Philippon». Así lo hará, en septiembre de ese año, vía Veracruz.
43. José Martí, *Correspondencia...*, ed. cit., p. 280. El subrayado es nuestro.
44. Sánchez Iznaga dio su vida por la libertad de Cuba en nuestra Guerra de Independencia.
45. Véase José Martí, *Correspondencia*, ed. cit., pp. 279-80, 290 y 313; Luis García Pascual, *Entorno martiano*, ed. cit., p. 229; Patricio Gimeno, «Reminiscencias de José Martí», *Revista Cubana*, v. XXIX, La Habana, julio de 1951-diciembre de 1952, p. 44.
46. El 15 de agosto de 1888 apareció por primera vez en *El Avisador Cubano* el anuncio del libro, puesto a la venta en la librería de Néstor Ponce de León al precio de 75 centavos cada ejemplar. Véase *El Avisador Cubano*, 15 de agosto de 1888, Nueva York, p. 3.
47. José Martí, *Correspondencia...*, ed. cit., pp. 250 y 279. En realidad, Martí había comenzado la propaganda desde las páginas de *El Economista Americano* antes de la salida del libro. En carta a Mercado de 20 de octubre de 1887 le había dicho: «En uno de los *Economistas* que le van por este mismo correo hay unas líneas que escribí sobre *Ramona*, propias para la reproducción que pueden ir sirviendo de anuncio previo». Ibíd., p. 250.
48. *El Avisador Cubano*, 8 de agosto de 1888, Nueva York, p. 2. Su director, Enrique Trujillo, reprodujo íntegramente el prólogo, incluida la fecha, antecedido por una nota suya donde precisaba que era «la primera edición», información que solo podía haberle facilitado Martí.
49. Artes y Letras en *La Nación* de Buenos Aires (4 de enero de 1870-31 de diciembre de 1899), *Bibliografía Argentina de Artes y Letras*, n. 32-5, Buenos Aires, 1968.
50. *El Lunes*, a. VII, t. III, n. 32, México, 13 de agosto de 1888, p. 3.
51. *El Partido Liberal*, 16 de diciembre de 1888, México, p. 2.
52. Ibíd., 23 diciembre 1888, p. 1. Sección «Humoradas dominicales». Cuando el periódico llegó a manos de Martí, le comentó a Mercado: «Con qué agradecimiento leo, aunque poniéndome un poco colorado, las cosas que de pura abundancia de corazón dice de Pepe Martí el *Duque de Job* [seudónimo de Gutiérrez Nájera. E.L.M.], que es de los que pueden dar sin tasa, porque siempre se quedará capitalista! [...] Tengo que escribirle». Lamentablemente, la carta de agradecimiento de Martí a Gutiérrez Nájera no se ha conservado. José Martí, *Correspondencia...*, ed. cit., p. 303.

53. José Martí, *Epistolario*, ed. cit., t. II, p. 61.
54. José Martí, *Correspondencia...*, ed. cit., p. 295. Martí la denomina «segunda edición», pero el examen de los ejemplares de la obra que se conservan en el Centro de Estudios Martianos demuestra que, en realidad, se trata de una reimpresión. El único detalle que permite diferenciar ambas impresiones es el siguiente: en la primera, la página II (reverso de portada) está en blanco. En la segunda, en esa página aparece, enmarcado en un recuadro, el registro legal de la edición: «Entered According to Act of Congress, in the Year 1889, by José Martí, in the Office of the Librarian of Congress of Washington». En aquel momento estaba vigente la ley de 8 de julio de 1870, que normaba todo lo concerniente al registro de la propiedad intelectual en los Estados Unidos, a la vez que centralizaba esas funciones en el Director de la Biblioteca del Congreso. Véase *The Statutes at Large and Proclamations of the United States of America*, v. XVI, Little, Brown and Company, Boston, 1871, pp. 213-4.
55. José Martí, *Correspondencia...*, ed. cit., pp. 317-8. Estimamos que la primera impresión debió ser de dos mil ejemplares —destinados a Argentina y México— y la segunda —cuyo costo unitario necesariamente era menor— de otros mil, que suponemos destinados a Cuba y al resto de los países hispanoamericanos. Coincidentemente, la mayoría de los ejemplares que se conservan en Cuba corresponden a esa segunda impresión. Asimismo, consideramos que la aparición del nombre del traductor en la cubierta del libro también tenía un fin cubano.
56. *Ibidem*, p. 318.
57. En julio de 1890 es nombrado Cónsul de la Argentina y del Paraguay, cargos que se suman al de Cónsul del Uruguay —en propiedad desde abril de 1887—. Como tal, fue designado representante del gobierno de Montevideo en la Comisión Monetaria Internacional Americana (Washington, DC, enero-abril 1891). En diciembre de 1890 fue elegido Presidente de la Sociedad Literaria Hispano-Americana de Nueva York. Y todo lo anterior, sin abandonar sus deberes de corresponsal de *La Nación*, de Buenos Aires, y de *El Partido Liberal*, de Ciudad México, además de la colaboración eventual con otros periódicos, como *La Opinión Pública*, de Montevideo; *El Avisador Cubano*, de Nueva York; y *El Sud-Americano*, de Buenos Aires. Y, por si esto fuera poco, impartía clases nocturnas de Español, era el animador de su querida sociedad de instrucción La Liga, y tenía que perder tiempo «en traducciones mortales de hierros y tuercas, o en buscar las traducciones que no vienen». *Ibidem*, p. 302.
58. José Martí, *Epistolario*, ed. cit., t. II, p. 113.
59. José Martí, *Correspondencia...*, ed. cit., p. 314.
60. José Martí, *Epistolario*, ed. cit., t. II, p. 129.
61. *Ibidem*, t. II, p. 130, 148, 157, 160, 167 y 183. Es muy probable que en la decisión martiana de publicar un periódico independiente hayan influido los altibajos políticos de Enrique Trujillo, quien desde 1885 era el principal periodista del exilio neoyorquino. A principios de 1889 había vendido su periódico *El Avisador Cubano* a la naviera Ward, y a partir del 3 de febrero de ese año cambió el nombre por *El Avisador Hispano-Americano*. Si bien Trujillo continuó como director, la línea del periódico se hizo más moderada y, de hecho, dejó de ser el vocero de la causa independentista cubana. El propósito de Martí era llenar el vacío que había provocado el viraje de Trujillo. Posteriormente, el 12 de marzo de 1890 apareció el primer número de *El Porvenir*, el nuevo periódico de Trujillo, que retomó el papel de vocero revolucionario y contó con la colaboración de Martí. Es probable que este giro de los acontecimientos, unido a la falta de fondos, haya contribuido a que Martí abandonara su idea. Sobre este proceso puede consultarse el artículo de Sotero Figueroa «Calle la pasión y hable la sinceridad», publicado originalmente en el periódico neoyorquino *La Doctrina de Martí*, entre septiembre de 1896 y febrero de 1897, y reproducido íntegramente en el número seis del *Anuario Martiano*, correspondiente a 1976, páginas 192-224.
62. José Ignacio Rodríguez, «Las novelistas norteamericanas. II. Elena Hunt Jackson», *La Revista Ilustrada de Nueva York*, v. X, n. 1, Nueva York, enero de 1891, p. 31. Es de suponer que, de acuerdo con su costumbre, Martí le haya enviado una carta de agradecimiento por estos elogios a su viejo profesor habanero; pero esa misiva no ha llegado a nosotros.
63. José Martí, *Epistolario*, ed. cit., t. II, p. 256.
64. *La Revista Ilustrada de Nueva York*, v. X, n. 2, Nueva York, febrero de 1891, p. 112.
65. Ivan A. Schulman y Vernon A. Chamberlin, *La Revista Ilustrada de Nueva York: History, Anthology and Index of Literary Selections*, University of Missouri Press, Columbia, 1976, p. 7.
66. José Martí, *Epistolario*, ed. cit., t. II, p. 54.
67. *Ibidem*, t. II, p. 60. En carta anterior —de 20 de abril de 1888—, al referirse a la solicitud de la dirección del diario *La Nación* de que se trasladara a Buenos Aires, Martí le había dicho a Estrázulas: «No rechazo en definitiva la idea de ir. Acaso lo solicite yo de aquí a un año. Pudiera ser que lo solicitare. Pero hoy no sería sincero si dijera que pensase en ir. Déjeme probar con mis libros. México quiere ayudarme. Ayúdeme Vd. como si yo no soñara en moverme de aquí». *Ibidem*, p. 23.
68. *Ibidem*, t. II, p. 54; José Martí, *Correspondencia...*, ed. cit., p. 285.
69. José Martí, *Correspondencia...*, ed. cit., p. 281.
70. José Martí, *Epistolario*, ed. cit., t. V, pp. 139-40.
71. José Martí, *Correspondencia...*, ed. cit., p. 180.
72. *Ibidem*.
73. Sobre los aspectos literarios de la traducción martiana de *Ramona* puede consultarse: Lourdes Arencibia Rodríguez, *El traductor Martí*, Ediciones Hermanos Loynaz, Pinar del Río, 2000, pp. 50-5; Maia Barreda Sánchez, «Ramona: un nuevo movimiento en la ficción prolongada», (Trabajo de diploma. Universidad de La Habana, 2000); Héctor Bonet, *Martí, un teórico de la traducción*, Ediciones Holguín, Holguín, 2001; Leonel-Antonio de la Cuesta, *Martí, traductor*, Cátedra de Poética Fray Luis de León, Universidad Pontificia, Salamanca, 1996, pp. 93-101; Roberto Fernández Retamar, «Sobre *Ramona* de Helen Hunt Jackson y José Martí», en Helen Hunt Jackson, *Ramona*, Tr. de José Martí, Arte y Literatura, La Habana, 1975, pp. 417-26; Jorge Luis Rodríguez Morell, «Razones para una metodología de análisis de la traducción martiana de *Ramona*», *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, n. 18, La Habana, 1995-1996, pp. 133-40; Ivan A. Schulman, «Transtextualización y socialización fictivas: *Misterio* y *Ramona*», *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, n. 13, 1990, La Habana, pp. 288-98.
74. José Martí, *Diarios de campaña*. Edición crítica —cotejada según originales—, presentación y notas por Mayra Beatriz Martínez y Froilán Escobar, Casa Editora Abril, La Habana, 1996, pp. 156 y 158.

Ciudad y medioambiente

Rafael Betancourt

Economista. Instituto Canadiense de Urbanismo.

Los constructores de ciudades y los nacientes planificadores urbanos de los siglos XIX y XX esencialmente ignoraron o destruyeron la naturaleza dentro de la ciudad. Arroyos, humedales y líneas costeras fueron rellenados y pavimentados para abrir espacio a la expansión urbana. Carreteras y vías férreas han separado a los pobladores de sus bahías y costas. Se rebajaron lomas y se talaron bosques eliminando así la flora y fauna endémicas y se construyeron caminos, carreteras y edificios sin considerar las implicaciones para el medioambiente.

Con el advenimiento de la electricidad, la climatización, el transporte de personas, mercancías, recursos naturales y energía a largas distancias, los residentes urbanos se fueron aislando de la naturaleza y sus límites. Aun los paisajistas y las élites que crearon parques y áreas verdes para beneficio de los ciudadanos los veían como lujos, trozos de naturaleza introducidos dentro de la ciudad y no reconocían a esta como *parte* del medioambiente.

Hoy en día advertimos la necesidad de planear y diseñar las urbes aprovechando el valor social del medioambiente y haciendo uso de su poder. A partir

de la toma de conciencia ambiental de los años 70 y los 80 del siglo XX se comienza a pensar más sistemáticamente en cómo integrar el desarrollo urbano a la naturaleza y proteger al medioambiente de los abusos de los seres humanos. En los 80 y los 90 comienzan los esfuerzos por restaurar sistemas naturales dañados dentro de las ciudades. Surgen nuevas disciplinas como el paisajismo ecológico para analizar el funcionamiento de los ecosistemas reconstruidos, manejo de cuencas, restauración de aguas superficiales y el paisajismo con especies endémicas.

En este artículo propongo mirar a la ciudad desde el medio ambiente del que forma parte y al cual impacta: analizar su metabolismo, como ser vivo que es, proponer la sostenibilidad urbana —el equilibrio entre el desarrollo económico, social y ecológico— como la única alternativa posible de cara al futuro. A partir de la Estrategia Ambiental Nacional cubana, repasamos los principales problemas ambientales de nuestras ciudades —contaminación, pérdida de biodiversidad, carencia de agua— y alternativas para enfrentar sus causas. Nos detendremos en algunos aspectos claves, como el manejo de residuales líquidos

y sólidos, la «producción más limpia», el reúso y el reciclaje, la conservación y restauración, el ahorro de energía y la arquitectura verde.

Ciudad y naturaleza

La naturaleza integra a la ciudad. Es fácil y común desligar estos conceptos en el proceso de diseñar y construir ciudades.¹ Lo obvio es percibir en la ciudad la ausencia de ambientes naturales: bosques, ríos, campos y ciénagas. Por ello dejamos de ver a la naturaleza como un sistema integrado e interconectado que funciona de cualquier modo, independientemente de la localidad.

La naturaleza en la ciudad es mucho más que árboles y jardines. Es también el aire, la tierra, el agua que tomamos y desechamos, los organismos con quienes convivimos. Constituye la consecuencia de una complicada interacción entre las múltiples funciones y actividades de los seres humanos y otros organismos vivos, con los procesos naturales que determinan la transferencia de energía, el movimiento del aire, la erosión de los suelos y el ciclo hidrológico.²

La ciudad es parte de la naturaleza, pero por tradición, se la ha enfrentado a la naturaleza. La creencia de que existe aparte o es la antítesis de la naturaleza, ha invadido la percepción sobre ella y el modo en que es construida. Esta filosofía ha creado o agravado muchos de los problemas ambientales urbanos: agua y aire contaminados, recursos agotados, inundaciones y deslizamientos, derroche de energía y, a menudo, fealdad. Como dice Anne Spirn en su clásico libro, *El jardín de granito*, aire, agua, organismos vivos, reconocidos y aprovechados, representan poderosos recursos para conformar un hábitat urbano favorable. Ignorados y subvertidos, provocan los problemas que han plagado a las ciudades por siglos.³

El metabolismo de las ciudades

El aporte de las ciencias naturales al conocimiento sobre cómo funcionan los ecosistemas puede contribuir en gran medida a resolver los problemas de sostenibilidad urbana. La ciudad, como cualquier conjunto de organismos, tiene un metabolismo propio, definible, que consiste en el flujo de recursos y productos a través del sistema urbano para satisfacer las necesidades de las poblaciones.⁴

El metabolismo de los ecosistemas naturales es esencialmente *circular* en tanto cada producto despedido por un organismo se convierte en insumo que renueva

y sostiene la continuidad de todo el entorno vivo del que forma parte: una cadena de beneficio mutuo.

Por el contrario, el metabolismo de la mayoría de las ciudades modernas es en esencial *lineal*, con los recursos impulsados a través del sistema urbano sin mucho cuidado por su origen o el destino de los residuales, lo cual genera la descarga de enormes cantidades de desperdicios incompatibles con los sistemas naturales. En la gestión urbana prácticamente no hay conexión entre los insumos y los productos.

El modelo lineal urbano de producción, consumo y disposición es insostenible y socava la viabilidad ecológica de las ciudades, por su tendencia a perturbar los ciclos naturales.

El flujo de recursos naturales hacia dentro y de residuales hacia fuera de las ciudades representa uno de los más grandes desafíos para la sostenibilidad urbana. Esto obliga a «cerrar el ciclo» mediante el reciclaje, el reúso, la refabricación y otras vías para aprovechar los residuales que habitualmente van a basureros e incineradores. Para el urbanista, se trata de *pensar en sistemas ecológicos*: convertir los productos urbanos en insumos de otros sistemas productivos mediante el reciclaje habitual de papel, metales, plástico y vidrio, así como la conversión de materiales orgánicos, incluyendo albañales, en compost o fertilizante natural, para devolver los nutrientes a las tierras agrícolas que alimentan a las ciudades.

Sin embargo, reducir el consumo de agua y otros recursos naturales es el primer y más importante paso para lograr la sostenibilidad urbana. El segundo, un uso más eficiente de la energía urbana para reducir la dependencia de combustibles fósiles no renovables y sustituirlos por fuentes renovables como las energías eólica, solar, geotérmica, biomasa (conversión de materiales orgánicos en energía) y cogeneración (utilización de la energía de los residuales o el vapor de procesos industriales para generar calor o electricidad).

¿Qué significa sostenibilidad urbana?

Sostenibilidad describe un *estado* deseado y un conjunto de condiciones que persisten en el tiempo. Por su parte, *desarrollo sostenible* implica un *proceso* a través del cual se puede lograr la sostenibilidad. La Comisión Brundtland, en su informe *Nuestro futuro común* (1987), definió el desarrollo sostenible como el que «enfrenta las necesidades del presente sin comprometer la habilidad de las generaciones futuras de satisfacer sus necesidades».⁵

El desarrollo sostenible es el equilibrio dinámico entre el desarrollo de los sistemas económico, social y ecológico. Puede deslindarse en:

Desarrollo económico

- Crecimiento económico sostenido.
- Máxima rentabilidad.
- Ampliación de mercados.
- Salarios adecuados.
- Tecnologías apropiadas.

Desarrollo ecológico

- Respetar la capacidad de carga del medioambiente.
- Conservar y reciclar recursos.
- Reducir los desechos.
- Restaurar los ambientes degradados.

Desarrollo social y comunitario

- Aumentar la autosuficiencia local.
- Satisfacer necesidades básicas humanas.
- Aumentar la equidad social.
- Garantizar la participación y la transparencia.⁶

Una concepción integral del desarrollo sostenible lo ve como

un proceso donde las políticas de desarrollo económico, científico-tecnológicas, fiscales, de elevación de la calidad de vida de la población, de comercio, energía, agricultura, industria, de preparación del país para la defensa y otras, se entrelazan con las exigencias de la protección del medio ambiente y el uso sostenible de los recursos naturales, en un marco de justicia y equidad social.⁷

Algunas de sus características son: equidad intergeneracional, social, geográfica y política; protección del ambiente natural; uso mínimo de recursos no renovables; vitalidad y diversidad económica; independencia y suficiencia comunitaria; bienestar individual; y satisfacción de necesidades básicas.

Resulta útil que cada ciudad defina colectivamente una estrategia urbano-ambiental y unos indicadores para poder medir su progreso hacia las metas de sostenibilidad.

La Agenda 21, programa de acción convenido por cerca de 179 Estados en la Cumbre de la Tierra (UNCED) en Río de Janeiro, 1992, refleja un consenso global hacia políticas que integran el medio ambiente y el desarrollo. En su capítulo 28 se invita a las autoridades en cada país a emprender procesos consultivos con sus poblaciones teniendo como objetivo alcanzar consenso, en una «Agenda 21 Local», de, para y con sus comunidades. Los actores en el referido proceso incluyen a las diversas entidades del gobierno, la sociedad civil y el sector privado, bajo el liderazgo de la autoridad local. El *Programa de apoyo a las Agendas 21 locales (A21L)* del Centro de Naciones Unidas para los Asentamientos Humanos (CNUAH-Hábitat) ofrece un sistema de apoyo durante varios años a ciudades de tamaño mediano. Fortalece la capacidad de las autoridades locales para integrar estos planes de acción en uno estratégico, estimula sinergia entre sectores, enfoca la acción hacia su integración y entre los diferentes agentes que intervienen en las ciudades, a la vez que fortalece el papel de liderazgo de la autoridad local.

Desde 2001 se implementa en Cuba el Proyecto Agenda 21 Local, primero en Bayamo y posteriormente en Holguín, Cienfuegos y Santa Clara, con el objetivo de elevar la capacidad local para el planeamiento y la gestión sostenible, de forma tal que redunde en beneficio de sus ciudadanos y de la calidad del ambiente urbano. Esta iniciativa apoya al gobierno local a implementar estrategias de desarrollo sostenible, en consulta con los actores locales claves. Entre los pasos del proceso se destacan la confección de un diagnóstico ambiental urbano consensuado entre los diversos actores y aprobado por el gobierno local, la selección de problemas claves para actuar de inmediato sobre ellos, la celebración de la Consulta Urbana, la adopción de un «pacto urbano» que plasma el compromiso de todos los actores de la ciudad y la conformación de grupos temáticos para abordar los problemas priorizados. Posteriormente se trabaja sobre la formulación de estrategias y planes de acción en cada uno de los temas y, en paralelo, se proponen proyectos demostrativos para su ejecución en los marcos del proyecto.

Al final, las ciudades involucradas contarán con una estrategia participativa y consensuada de desarrollo sostenible enfocada hacia la solución de sus principales problemas urbano-ambientales. Un paso posterior lo constituye la elaboración de indicadores o criterios de medida específicos para cada ciudad que permita medir el progreso hacia las metas de sostenibilidad.

La Estrategia Ambiental Nacional

En Cuba partimos de una incuestionable ventaja: el socialismo como sistema, con el papel decisivo del Estado y una economía planificada. Tiene la capacidad de planificar, de forma armónica y a largo plazo, el uso sostenible de los recursos y actuar de forma decisiva y coordinada para proteger el medioambiente. Al erradicar la pobreza extrema, se crea la condición esencial para la sostenibilidad ambiental, pues la pobreza y el medioambiente sano son incompatibles.

El artículo 27 de la Constitución de la República de Cuba, dice:

El Estado protege al Medio Ambiente y los recursos naturales del país. Reconoce su estrecha vinculación con el desarrollo económico y social sostenible para hacer más racional la vida humana y asegurar la supervivencia, el bienestar y la seguridad de las generaciones actuales y futuras. Corresponde a los órganos competentes aplicar ésta política. Es deber de los ciudadanos contribuir a la protección del agua, la atmósfera, la conservación del suelo, la flora, la fauna y de todo el uso potencial de la naturaleza.

Aunque ese artículo de la Constitución de 1976 ya contemplaba la protección del medio ambiente, el hito

El modelo lineal urbano de producción, consumo y disposición es insostenible y socava la viabilidad ecológica de las ciudades, por su tendencia a perturbar los ciclos naturales.

lo constituyó la Cumbre Para la Tierra de 1992 en Río de Janeiro. Después de esta, se creó el Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente (1994), se aprobó la Ley del Medio Ambiente (1997) y se trazó la primera Estrategia Ambiental Nacional (EAN), en 1997.

La EAN 2006-2010 ha definido como los principales problemas ambientales del país: degradación de los suelos, afectaciones a la cobertura forestal, contaminación, pérdida de la diversidad biológica y carencia de agua.⁸ Entre las causas de la contaminación se destacan la concentración de instalaciones industriales en zonas urbanas, que vierten residuales crudos o mal tratados a corrientes de agua superficiales; el deficiente estado de las redes de alcantarillado, la pobre cobertura de tratamiento de residuales y el deteriorado estado técnico de los sistemas de tratamiento existentes, así como el mal manejo de los residuos sólidos, su disposición y aprovechamiento. En el deterioro de la calidad y la poca disponibilidad del recurso agua para todos sus usos influyen elementos naturales y antrópicos, entre ellos el escaso reúso y reciclaje del agua.⁹

Acueductos y alcantarillados

Las ciudades cubanas consumen grandes cantidades de agua. Muchas de ellas son trasladadas de fuentes distantes, que impactan entornos de ríos y embalses periféricos. El agua suministrada por el acueducto pasa por diferentes procesos de tratamiento para ser purificada de impurezas químicas y biológicas antes de ser consumida. Otra de las principales funciones de los acueductos urbanos es asistir en la disposición de aguas residuales domésticas e industriales. Los alcantarillados son piezas claves en la búsqueda de la sostenibilidad urbana. Su principal función es higiénica: recibir desperdicios humanos y apartarlos de las personas para prevenir enfermedades; pero también muchos arroyos y ríos urbanos reciben las descargas directas de albañales o indirectamente a través de los desagües pluviales a los que vierten sus residuales miles de viviendas y centros de trabajo. Son en realidad cloacas más que cuerpos de agua surgidos de manantiales u otras fuentes naturales.

El río Almendares, en la ciudad de La Habana, nace en las lomas de Tapaste, pero la mayoría de su caudal queda retenido en la presa Ejército Rebelde y solo un mínimo gasto sanitario sigue su curso hacia el Parque Lenin y más allá. Recibe aguas de manantiales de Capdevila y Vento, pero el grueso son aguas residuales de los asentamientos cercanos como Calabazar y Altahabana, así como de sus afluentes, los arroyos Mordazo, Orengo y Santoyo. Las aguas mansas que contemplamos desde el recién restaurado malecón del Parque Almendares son una mezcla de escurrimiento pluvial y residuales domésticos y algunos industriales, provenientes de cinco municipios de la capital, que descargan al Golfo de México por la boca de La Chorrera.

El objetivo específico de la EAN en relación con los residuales líquidos es «prevenir, reducir y controlar la contaminación provocada por el vertimiento inadecuado de residuales líquidos, incrementando su reúso y tratamiento y minimizando su generación».¹⁰ Entre las acciones planteadas por la EAN para enfrentar la contaminación por residuales líquidos están:

- Incrementar el tratamiento de residuales líquidos, con especial énfasis en los sectores doméstico, industrial, agropecuario y hospitalario.
- Continuar incrementando el aprovechamiento económico y el reúso de los residuales líquidos, convenientemente tratados, para usos agrícola, industrial y acuícola.
- Promover la utilización de sistemas biológicos naturales de tratamiento de aguas residuales, teniendo en cuenta su elevada eficiencia en la remoción de contaminantes, los bajos costos de inversión, operación y mantenimiento.¹¹

Los sistemas convencionales de tratamiento de aguas residuales son básicamente máquinas mientras que los naturales son paisajes construidos. Los sistemas convencionales son procesos físico-químicos de alto consumo energético; los biológicos naturales son acuáticos, que utilizan microorganismos, plantas y hasta peces, para replicar e intensificar los procesos naturales de reciclaje orgánico que ocurren en los ríos, lagunas y ciénagas. Tratan las aguas que llegan de los colectores convencionales y, simultáneamente, filtran el agua y asimilan los sólidos en organismos vivos.

Ejemplos de ello son las lagunas de oxidación y humedales construidos que se basan en el principio de que el agua y las bacterias descomponen la materia orgánica en compuestos que las plantas acuáticas y microorganismos utilizan como nutrientes. Estos, a su vez, atraen insectos y aves, lo cual promueve la biodiversidad que, en algunos casos, supera la de los cuerpos de agua naturales. Para muchas ciudades y comunidades rurales los sistemas acuáticos resultan el método más económico de tratamiento de albañales, siempre que se disponga de suficiente terreno en áreas aledañas.¹²

En Cuba hay más de novecientas lagunas construidas para tratar residuales líquidos de áreas rurales y urbanas, centros docentes y de salud, complejos industriales y turísticos. Muchas requieren mantenimiento y reparación para recuperar sus parámetros de eficiencia y evitar la contaminación del manto freático.

Los sistemas naturales tienen en común que, primero, separan los sólidos por decantación y tamizado y, segundo, el agua se desplaza lentamente entre tallos y raíces de plantas acuáticas que absorben sus nutrientes y otros materiales para emplearlos en su propio crecimiento. Pero el grueso del trabajo lo hacen bacterias y otros microorganismos que viven en esas plantas. Entre todos son capaces de remover casi todos los nutrientes, metales y patógenos del agua. El grado de tratamiento depende de las especies de plantas y animales empleados, así como del tiempo de exposición.

Los humedales construidos se componen de canales poco profundos de fondo recubierto para prevenir la percolación al manto freático, sembrados de plantas acuáticas flotantes y sumergidas; reciben el líquido residual después de un pretratamiento para separar los sólidos flotantes y sedimentados. Su costo de inversión inicial, aunque menor que el de los sistemas de tratamiento convencionales, es mayor comparado con el de la laguna de oxidación, debido al material filtrante y al pretratamiento que debe emplear. Requieren de poco o ningún consumo de energía, su gestión es simple y sus gastos de mantenimiento bajos. Su impacto ambiental es positivo o nulo, con frecuencia aprovechan y mejoran áreas marginales no cultivadas o degradadas y permiten el reúso de las aguas residuales depuradas para el regadío agrícola. Respetan las condiciones de la naturaleza y del paisaje, no producen malos olores y no favorecen el desarrollo de mosquitos y otros vectores. Por ello pueden situarse en terrenos aledaños a viviendas y centros sociales, y constituir parte de la fibra urbana.¹³

La sostenibilidad urbana exige ir más allá y redefinir los propósitos del tratamiento de residuales.

En vez de construir sistemas de disposición debemos desarrollar facilidades de reciclaje donde los residuales sean tratados de modo que su principal producto sea agua y fertilizante, aprovechables para la agricultura y el paisajismo. Las aguas albañales contienen abundantes nutrientes como nitratos, fosfatos y potasio. Devolverlos a la tierra es un aspecto esencial del desarrollo urbano sostenible.

El Parque Metropolitano de La Habana (PMH) ensaya al menos dos modalidades de estos sistemas naturales: humedales construidos, de los cuales hay tres en funcionamiento hasta la fecha, y un «reactor biológico» o *living machine*, de tecnología canadiense. Todos tratan aguas albañales domésticas que hasta hace poco se vertían crudas en los arroyos afluentes del río Almendares.

La planta Cubeco, construida por la empresa canadiense de ingeniería ecológica, ECO-TEK, con financiamiento del gobierno de Canadá, ubicada sobre uno de esos arroyos en el municipio Marianao, utiliza un sistema combinado de bio-reactores, humedales construidos y lagunas con peces para tratar los residuales y producir agua limpia. Los bio-reactores son tanques en serie, por donde fluye el agua residual, y sembrados de bacterias y plantas acuáticas que progresivamente metabolizan la materia orgánica compleja hasta producir biomasa y dióxido de carbono. Los sólidos se reciclan para sembrar el nuevo lote de agua residual, y el agua resultante, semipurificada, pasa a un humedal construido de flujo sub-superficial y después a una laguna con peces que desnitrifican las bacterias y consumen los patógenos. Al final, se recupera 95% del agua para riego agrícola y se producen plantas ornamentales, posturas de árboles, peces y compost por lombricultura. Al transformar residuales en productos útiles, genera beneficios ecológicos y económicos para la comunidad.¹⁴

Los sistemas acuáticos de tratamiento están entre los mejores ejemplos de tecnologías regenerativas. Constituyen ecosistemas complejos que hacen de forma natural el trabajo que requiere el hombre. Tratan agua hasta cualquier nivel de calidad deseado. Funcionan a cualquier escala; apenas utilizan energía convencional y no contaminan la atmósfera. Cuestan mucho menos que los sistemas mecanizados y crean subproductos útiles y en ocasiones comercializables, como fertilizantes, pienso animal, plantas ornamentales y flores. Su principal desventaja es que ocupan más terreno que los sistemas mecanizados lo cual puede representar un serio problema en áreas urbanas.

También la EAN propone «prevenir, reducir y controlar la contaminación provocada por el manejo inadecuado de desechos sólidos».¹⁵ Esto incluye:

- Incrementar la cobertura de recolección, tratamiento y disposición de desechos sólidos, con énfasis en los peligrosos.
- Establecer la clasificación adecuada de los escombros para permitir su reutilización y reciclaje.
- Aumentar los niveles de reciclaje y reúso de los residuos sólidos.

En las últimas décadas ha habido un aumento sustancial en la cantidad de residuos sólidos generados por nuestras ciudades, y su composición se ha vuelto mucho más compleja. En muchos lugares, la basura se entierra en la periferia de la ciudad, lo cual constituye un desperdicio tanto de recursos como de suelo urbano. La disposición final es uno de los aspectos más críticos del manejo de los residuos sólidos en América Latina. En la mayoría de los países, esta práctica se ha venido realizando bajo condiciones técnicas y ambientales rudimentarias y precarias. Solo unos cuantos países cuentan con rellenos sanitarios que cumplen con las condiciones técnicas requeridas. 22% de los residuos municipales generados en América Latina, se depositan en los denominados rellenos sanitarios, 9% se deposita en vertederos controlados y el resto va a basureros a cielo abierto o se maneja con prácticas inadecuadas.

Es indudable que el concepto del relleno sanitario tradicional es una tecnología rebasada en la actualidad por el crecimiento poblacional y el desarrollo tecnológico en materia de sistemas anaerobios. La utilización de los llamados «bio-rellenos metanogénicos» como tecnología para la disposición final sustentable de los residuos sólidos es una clara tendencia a nivel mundial. Incluso se fortalece ante las iniciativas que hoy prevalecen en cuanto a instrumentar la recolección separada de estos residuos en viviendas, comercios, etc., de forma tal que su fracción orgánica biodegradable vaya directamente a los bio-reactores. Esta práctica se puede realizar en cualquier localidad con independencia de su tamaño.

Tal tecnología, en primera instancia, suele ser muy semejante a la del relleno sanitario tradicional. Se diferencia en que precisa, como requerimiento obligatorio, la «recirculación formulada» de lixiviados crudos, lo cual permite acelerar el proceso de descomposición, aumentar el tiempo de retención celular y reducir los tiempos de estabilización de los residuos;¹⁶ es decir, los residuos orgánicos se descomponen más rápidamente, el gas metano que desprenden se puede aprovechar como energía, se reduce la contaminación del manto freático por lixiviados y se alarga el tiempo de utilidad del relleno. El costo de inversión del bio-relleno es mayor comparado al del sanitario, pero se recupera con creces en su vida útil.

En otros lugares, principalmente en Europa, se emplea la incineración. Tiene la ventaja de reducir los residuos a una pequeña proporción del volumen original y permite recuperar parte de la energía. Pero sigue siendo una mala opción. La liberación de monóxido de carbono, dióxido de azufre, dióxido de nitrógeno, dioxinas y otros gases contaminantes son frecuentes, a pesar de grandes y costosas inversiones para controlarlos y, además, se desperdician muchos recursos aprovechables contenidos en la basura. Solo aquellos residuos que no se pueden reciclar deben ser incinerados. La eficiencia energética de reciclar papel, plásticos, caucho y textiles es de tres a seis veces mayor que su incineración. Muchas ciudades europeas están optando por una combinación de reciclaje y compostaje, con mínima incineración de residuos no reciclables.

El compostaje es el proceso de descomposición biológica de materia orgánica bajo condiciones controladas. El producto es un material similar al abono que puede ser almacenado, envasado y aplicado a la tierra como aditivo beneficioso, sin contaminar el medio. Puede compensar la degradación de suelos en algunas regiones. En el proceso se eliminan los riesgos a la salud que supone la basura y la técnica se presta para la mayoría de los materiales orgánicos. Se puede fabricar compost a pequeña, mediana y gran escala y, en condiciones óptimas, el proceso toma entre tres y ocho semanas.

En Alemania decenas de ciudades y pueblos han construido plantas de compostaje. Gothenburg, en Suecia, estableció un ambicioso programa de «eco-ciclos» que ayuda a las empresas a desarrollar procesos productivos no contaminantes. Viena recicla 43% de sus residuales domésticos. El Reino Unido ha establecido un impuesto sobre la basura que se tira en los vertederos, lo cual ha aumentado el reciclaje de residuos domésticos hasta el 25%. El Cairo, con 15 millones de residentes, reúsa y recicla buena parte de sus residuos sólidos, actividad que la ciudad encarga a una comunidad cristiana llamada los Zaballeen, lo que genera empleo para buena parte de sus diez mil miembros.¹⁷

Pero no hay que ir tan lejos. En Cuba también se estimula el reciclaje de residuos sólidos urbanos (RSU) mediante las casas de compra de la Empresa de Recuperación de Materias Primas (ERMP) y las campañas lideradas por las organizaciones de masas. Se llevan a cabo proyectos incipientes de manejo integral de RSU en comunidades y barrios tan disímiles como Pogolotti y La Guayaba, en el Parque Metropolitano de La Habana y en Las Nuevas, municipio La Sierpe, provincia Sancti Spiritus. En esta remota comunidad se asociaron la Dirección Municipal de Servicios Comunes, el Centro Provincial de Higiene y el Instituto Canadiense de Urbanismo para desarrollar un proyecto

demostrativo que comienza con la educación ambiental y de salud de la población, hasta lograr que en cada vivienda se separen los residuos orgánicos de los inorgánicos. Le sigue la recogida selectiva por parte de Servicios Comunales, que utiliza tracción animal, y el traslado de los RSU a un relleno sanitario manual, a 500 metros de las viviendas, que cuenta con las condiciones requeridas de protección al trabajador. Allí se realiza la recuperación de las materias primas reciclables para su venta posterior a la ERMP, así como el soterramiento de la materia orgánica para la posterior producción de compost, que se emplea, a su vez, en la producción de flores y plantas ornamentales para vender a organismos y población.

Producción más limpia

La EAN también propugna la aplicación integral del concepto de la «Producción más limpia» en la Gestión Ambiental Empresarial, «para elevar la eficiencia y productividad, minimizar la generación de residuos y emisiones, el adecuado manejo de residuales—incluyendo su aprovechamiento económico—, propiciar el ahorro de recursos hídricos y energéticos, así como un adecuado saneamiento ambiental».¹⁸

¿Qué significa «Producción más limpia»? Es la aplicación continua de una estrategia ambiental integrada y preventiva a procesos, productos y servicios, con el fin de reducir los riesgos para los seres humanos y el medio ambiente. Para procesos productivos, incluye la conservación de materias primas y energía, la eliminación de las tóxicas, así como la reducción, en cantidad y toxicidad, de todas las emisiones y residuos antes de que abandonen el proceso. Para productos, se sugiere la reducción del impacto a lo largo del ciclo de vida completo, desde la extracción de materias primas hasta la disposición final del producto. Para servicios, representa la incorporación de aspectos ambientales en su diseño y prestación.

Los pasos para realizar una «Producción más limpia» en una empresa son: hacer un inventario de las fuentes contaminantes: ¿dónde son generados los residuos y emisiones?; evaluar las causas: ¿por qué son generados?; y generar opciones: ¿cómo pueden ser eliminados?¹⁹

Otra herramienta homóloga es la Gestión Ambiental Rentable, con cuya aplicación se logra una *triple ganancia*: eficiencia económica (ahorro de costos y aumento de la productividad); desempeño ambiental (menos energía, desperdicios, emisiones atmosféricas y efluentes); y desarrollo organizacional (aumento de la capacidad de gestión de la empresa). Se basa en un concepto simple pero poderoso: todas las materias primas, la energía y el agua que intervienen en el proceso productivo, pero

que no terminan en el producto final, son Materiales Residuales de Producción (MARPs). Estos pueden representar 10-30% del total de los costos de producción. Reducir o reciclar los MARPs genera ahorros y/o nuevos ingresos para la empresa, a la vez que reducción de la contaminación ambiental.²⁰

Reúso y reciclaje

En las sociedades industriales, el bajo costo de los bienes materiales determina que, a menudo, sean desechados antes de cumplir su vida útil. El reúso de estos bienes constituye una oportunidad para reducir tanto el uso de recursos como el desperdicio. Han surgido variadas formas de hacer esto, casi siempre como parte de la economía informal y en países o barrios de bajos ingresos.

Rastros, mercados «de pulgas», ventas de garaje, tiendas de ropa reciclada son algunos de los mecanismos comerciales establecidos. En algunas ciudades, como México DF o «El Barrio», en Los Ángeles, se han desarrollado complejas economías informales para rehabilitar y revender ropa, muebles, juguetes y electrodomésticos. Pero hasta ahora estas siguen siendo soluciones para los sectores más pobres. Si de repente los materiales se volvieran más costosos o menos disponibles, o el costo de disposición aumentara, la importancia de estos mercados de reúso pudiera ser mucho mayor.

También en la industria hay muchas oportunidades no explotadas para el reúso de materiales, entre ellos los de construcción, envases y contenedores. El reciclaje mecánico requiere modificar o refabricar materiales viejos para convertirlos en nuevos, lo cual casi siempre implica un gasto de energía. Casi todos los desechos de las sociedades industriales no adecuados para el reúso sirven para el reciclaje, mediante procesos mecánicos, químicos o biológicos. Sin embargo, algunos sostienen que el reciclaje es una quimera por lo difícil de equilibrar la oferta de materiales reciclables con la demanda estable de productos reciclados. Por eso las empresas recuperadoras de materia prima favorecen algunas materias y desechan otras. El valor potencial del reciclaje depende de la composición de los residuos. El de metales resulta especialmente lucrativo por los materiales no renovables, y la energía empleada en su fabricación. Fabricar una lata a partir de aluminio reciclado requiere de solo 1/3 de la energía necesaria para hacerla de aluminio nuevo. La proporción para el acero y el vidrio es de 2/3, pero las materias primas para fabricar vidrio son mucho más baratas que las de aluminio o acero por lo que reciclarlo es poco rentable cuando se añaden los costos de recolección y transportación.

El reciclaje de plásticos es también difícil y de efectividad limitada. La mayoría se recicla en productos mucho menos valiosos que los originales, como materiales de empaque y de construcción. El del papel está limitado por el hecho de que las fibras se debilitan con cada remanufactura, hasta que pierde por completo su utilidad.

Para que sea verdaderamente efectivo, el reciclaje deberá convertirse en una parte integral de la comunidad, con centros receptores de materias primas, de separación y selección de desechos, y de compostaje. Los precios pagados deberán incentivar la recolección, transporte y reciclaje. Se requiere de incentivos económicos para convertirlo en una actividad rentable y de políticas públicas que promuevan «cadenas de uso» que imiten a los ecosistemas naturales.

El diseño de edificios y la organización de los servicios comunales también pueden promover el reciclaje, facilitando la separación en origen de los desechos sólidos. Un ejemplo demostrativo es el proyecto comunitario en Las Nuevas, Sancti Spiritus, ya aludido.

Por otro lado, se desarrollan nuevos usos de viejos productos, totalmente diferentes de los originales, como es el caso de los neumáticos. El mejor empleo en la segunda generación es el recape, que se puede repetir una, dos y hasta tres veces. Pero cuando el desgaste es mayor se pueden reusar como parachoques en los muelles y espigones, protectores y juguetes en parques infantiles, o criaderos artificiales de moluscos en áreas costeras. Recortados se pueden emplear como esteras, bloques para pavimentación y suelas para calzado. Migas de neumáticos triturados son un excelente aditivo del asfalto para pavimentar calles o para fabricar superficies deportivas artificiales. Por último, se pueden descomponer por pirolisis (descomposición mediante el calor) para producir fuel-oil.²¹

Ahorro de energía

El empleo global de combustibles fósiles se ha multiplicado cinco veces en los últimos 50 años. Hoy representa 85% de la energía comercializada en el mundo. 40% es atribuible al petróleo. El grueso del consumo energético tiene lugar *dentro* de las ciudades y buena parte del resto se utiliza para producir y transportar mercancías y personas *hacia y desde* las ciudades. Tomar conciencia de esto es fundamental para desarrollar estrategias de uso sostenible de la energía, sobre todo a la luz del calentamiento global.

La EAN tiene entre sus metas «lograr que la energía proveniente de fuentes renovables, represente al menos 20% de la matriz energética nacional en el año 2010».²²

Y Cuba está enfrascada en una revolución energética que presagia un nuevo modelo más sostenible de gestión y consumo para el país y para el mundo.

Las principales medidas adoptadas para la transformación del sistema han sido:

- Adquisición e instalación de equipos de generación más eficientes y seguros con grupos electrógenos y motores convenientemente ubicados en distintos puntos del territorio nacional.
- Intensificación acelerada del programa para incrementar el uso del gas acompañante del petróleo nacional en la generación de electricidad mediante el empleo del ciclo combinado.
- Rehabilitación total de las redes de distribución anticuadas e ineficientes que afectaban el costo y la calidad del fluido eléctrico.
- Priorización de los recursos mínimos necesarios para una mejor disponibilidad de las plantas del sistema electroenergético y su paso a conservación.
- Un programa intensivo de investigación y desarrollo del uso de la energía eólica y solar en Cuba.²³

Se puede lograr una significativa conservación de energía mediante una combinación de *eficiencia energética* y empleo de *fuentes alternativas de energía*. Por ejemplo, la mayoría de las ciudades son suministradas por plantas de generación eléctrica distantes que transfieren la energía mediante líneas de alto voltaje. Como promedio, las plantas que emplean carbón tienen una eficiencia de 34% y las que emplean gas natural algo más, 40-50%. Sin embargo, las combinadas —generación de calor y electricidad— tienen una eficiencia de 80% porque en lugar de desperdiciar el calor de la combustión, lo capturan y utilizan en sistemas de calefacción o en las industrias. En Dinamarca, 40% de la electricidad se produce en estas plantas, en Finlandia la cifra es 34% y en Holanda, 30%.

Otras tecnologías energéticas alternativas se prestan para su empleo en ciudades, como por ejemplo, compresores de calor (*heat pumps*), calentadores solares y celdas fotovoltaicas; esta última tecnología resulta particularmente apropiada para el uso urbano. En 2000, la energía solar era ocho veces más cara que la convencional, pero se espera que sea competitiva para 2010, a medida que se desarrolla la tecnología y se encarecen los portadores fósiles. En el nuevo milenio los constructores incorporarán habitualmente esta tecnología cuando diseñen nuevos edificios o remodelen los existentes.

La participación ciudadana como eje transversal

La sostenibilidad urbana requiere, en primer lugar, ante todo de la participación de todos los actores de la

ciudad, desde el planeamiento de la estrategia de restauración o desarrollo, hasta las acciones y la educación ambiental.

Un ejemplo en la ciudad de La Habana es el Parque Metropolitano (PMH), que a partir de 1995 elaboró y comenzó a implementar su estrategia de revitalización con el apoyo del Instituto Canadiense de Urbanismo (CUI) y la participación de los consejos populares, industrias, escuelas y población en general. El proyecto comenzó por movilizar los recursos que no se pueden medir en pesos o dólares: la comunidad. Informado por las mejores prácticas canadienses de planeamiento estratégico participativo, innovó, con un enfoque propio, que involucra a las comunidades a todos los niveles, en una estrategia para la revitalización del Parque. Se crearon Grupos de Trabajo ambiental en los nueve Consejos Populares y casi todas las industrias del territorio. Facilitados por técnicos del equipo del PMH, los grupos elaboraron su diagnóstico ambiental y un plan de medidas para afrontar los principales problemas detectados. Más de quince ONG nacionales y extranjeras contribuyeron, y lograron recursos, experiencias y esfuerzos en función de iniciativas en pro del Parque y el saneamiento y reforestación del río Almendares, el Bosque de La Habana, lo boca de la Chorrera, el Bosque Sagrado de Pogolotti y otros.

De ello surgió un número de alianzas entre municipios, consejos populares, industrias y ONG que participan activamente en implementar diversas iniciativas, incluyendo proyectos pilotos de agricultura urbana, reforestación, sistemas naturales de tratamiento de residuales líquidos, manejo comunitario de los sólidos, y educación ambiental. También ganó la cultura e identidad comunitarias, al fundarse grupos aficionados al teatro y la música, que actúan para niños y jóvenes en el Parque Almendares y en las propias comunidades.

Conservación y restauración

La *conservación urbana* comienza con la conciencia de la importancia del hábitat y la biodiversidad aplicada a la naturaleza de las ciudades, esenciales para proteger la viabilidad del ecosistema en general.

La Sociedad para la Restauración Ecológica define la *restauración* como «el proceso de alterar conscientemente un lugar para establecer un ecosistema endémico o histórico determinado. La meta de este proceso es emular la estructura, función, diversidad y dinámica del ecosistema en cuestión».²⁴

Otra definición, más humana y social, dice que es un «proceso intencional de compensar el daño que los humanos han provocado a la biodiversidad y dinámicas de ecosistemas endémicos, apoyando y sosteniendo

procesos naturales de regeneración en formas que conducen a restablecer relaciones sostenibles y saludables entre la naturaleza y la cultura».²⁵

El primer problema consiste en establecer el estado endémico o histórico del ecosistema que se quiere restaurar. La restauración urbana requiere de un complicado equilibrio entre el ambiente natural y el construido que conforman el actual patrón de uso de suelos. La vía para satisfacer tanto las necesidades ecológicas como las de los asentamientos humanos es esforzarse por crear un medioambiente más sostenible que el existente, con mayor equilibrio.

Reforestar los márgenes de un río *no* es restaurarlo. Sembrar árboles para evitar inundaciones o embellecer el río es paisajismo. Restaurar es reforestar con vegetación que funciona como parte del medioambiente del río, que recupera la franja hidrorreguladora, que disminuye la velocidad del agua y que recrea el hábitat para propiciar la recuperación de las especies endémicas.

Restauración es también saber cuándo no actuar, cuándo abstenerse de rectificar un río, construir una presa, urbanizar un bosque o explotar una cantera. En la década de los 90 se comenzó un proyecto de construcción de una hidroeléctrica sobre el río Toa, en el oriente cubano. Antonio Núñez Jiménez, geógrafo, naturalista y capitán del Ejército Rebelde, a la sazón viceministro de Cultura y presidente de la Comisión Nacional de Monumentos —pero, sobre todo, uno de nuestros primeros ecologistas— dio la voz de alarma: el impacto ecológico sobre una de las cuencas hidrográficas más frágiles y valiosas de Cuba sería desastroso. El impulso al desarrollo económico de la región no compensaba el daño irreparable al medioambiente, argumentaba Núñez en cartas remitidas a altos dirigentes. Finalmente su alerta fue escuchada y el proyecto abandonado.²⁶ Hoy la Reserva de la Biosfera “Cuchillas del Toa” abarca 127 kilómetros cuadrados de llanos y cordilleras, desde el nivel del mar hasta alturas de 1 139 metros. Además del río, protege una de las regiones geológicas más antiguas de Cuba y especies de flora y fauna de inestimable valor.²⁷

Conclusión

Los problemas ambientales que se avecinan están asociados a la escasez de agua potable y de combustibles fósiles, el calentamiento global, el consumismo desenfrenado en el Norte y la sobrepoblación y urbanización acelerada de los países del Sur. En Cuba, el esperado despegue económico traerá consigo un aumento en el consumo individual y colectivo, construcción de viviendas e instalaciones sociales y económicas, presión sobre costas y bosques por el auge

del turismo, muchos más equipos de transporte, generadores de electricidad, aparatos electrodomésticos, y aumento en el volumen de residuales sólidos.

La Estrategia Ambiental Nacional tendrá que ser continuamente revisada, pero sobre todo localizada en provincias y municipios, e implementada a todos los niveles y por todos los sectores. Esto requiere de recursos, que tendrá que situar el Plan de la Economía central y/o atreverse a descentralizar la gestión económica de empresas y gobiernos locales que entonces deberán asumir su estrategia ambiental.

Reducir el consumo de agua y otros recursos naturales es el primer y más importante paso, seguido de un uso más eficiente de la energía urbana para reducir la dependencia de combustibles fósiles no renovables y sustituirlos por fuentes renovables. Lo tercero es pensar en sistemas ecológicos: convertir los productos urbanos en insumos de otros sistemas productivos mediante el reciclaje y la conversión de materiales orgánicos, incluyendo albañales, en fertilizante natural, para devolver los nutrientes a las tierras agrícolas que alimentan a las ciudades. Por último, pero también al inicio de todo, está el agua, fuente de vida y de riqueza. De su ahorro y buen manejo dependerá la vida actual y futura en el planeta.

Notas

1. Ian L. McHarg en su clásico *Design With Nature* (Natural History Press, Nueva York, 1969), dice: «hoy es la naturaleza, hostigada en el campo, demasiado escasa en la ciudad, la que se ha vuelto preciosas».
2. Anne Whiston Spirn, «City and Nature», *The Granite Garden: Urban Nature and Human Design*, Basic Books, Nueva York, 1984.
3. Ídem.
4. Herbert Girardot, «The Metabolism of Cities», *Creating Sustainable Cities*, Green Books, Devon, 1999.
5. World Commission on Environment and Development (Brundtland Commission), *Our Common Future*, Oxford University Press, Londres, 1987.
6. Adaptado del *Manual de Planificación para la Agenda 21 Local*, International Council for Local Environmental Initiatives (ICLEI) and International Development Research Centre (IDRC), Toronto, 1996.
7. CITMA, *Estrategia Ambiental Nacional 2006 / 2010*, La Habana, 2006.
8. Ídem.
9. Ídem.
10. Ídem.
11. Ídem.
12. Michael Hough, *City Form and Natural Processes*, Routledge, Londres, 1984.
13. Jacinto Ramos, «Estudio de factibilidad: solución de residuales para el Reparto Casilda, Trinidad», EIPH, Villa Clara, 2005; y Beatrice Pucci, «La Fitodepurazione. Tratamiento natural de las aguas residuales: Ventajas y aplicaciones», *IDEASS: Innovaciones para el desarrollo y la cooperación sur-sur*, Arpat, Toscana, 2005; presentaciones en el «Taller sobre soluciones alternativas al manejo y tratamiento de residuales líquidos que se vierten al río Bayamo» del *Proyecto Estrategia para la recuperación ambiental del río Bayamo en su tramo urbano*, 2006.
14. Kimron Rink, Presentación en el «Taller sobre soluciones alternativas...», ob. cit.
15. CITMA, ob. cit., p. 40.
16. Jorge Sánchez Gómez, «Bio-rellenos metanogénicos: Tecnología para la disposición final sustentable de los residuos sólidos», Presentación en el *Taller internacional sobre manejo de desechos sólidos*, La Habana, marzo de 2006.
17. Ídem.
18. Herbert Girardot, ob. cit.
19. CITMA, ob. cit., p. 5.
20. Jorge S. González, «Producciones más limpias», Presentación en el «Taller sobre soluciones alternativas...», ob. cit.
21. Vicente Díaz, *Guía de buenas prácticas de gestión empresarial*, Presentación en el «Taller sobre soluciones alternativas...», ob. cit.
22. CITMA, ob. cit.
23. Fidel Castro Ruz, «Discurso en el acto por la culminación del montaje de los grupos electrógenos en Pinar del Río», 17 de enero de 2006.
24. Anne L. Riley, «What is Restoration?», *Restoring Streams in Cities*, Island Press, Washington DC, 1998.
25. Ídem.
26. Entrevista del autor a Liliana Núñez Véliz, vicepresidenta de la Fundación Antonio Núñez Jiménez para la Naturaleza y el Hombre, 2006. [Inédita].
27. Christopher P. Baker, *Cuba Handbook*, Moon Publications, Chico, California, 1997.

La *physis* entre la cultura y la filosofía

Bárbara Paz Sánchez Rodríguez

Profesora. Instituto Superior de Cultura Física Manuel Fajardo.

En la comprensión de los fenómenos de la cultura física no existen construcciones epistemológicas que ofrezcan una fundamentación teórica explicativa del campo. Este hecho permite afirmar que las teorías presentadas en la actualidad no aportan la solución esperada al problema de la ciencia propia. Tal problema científico no encontrará salida sin asumir un posicionamiento filosófico de partida a través del cual se pueda concretar el estudio de ese universo tan especial del mundo humano que es la cultura física. Contar con un enfoque filosófico capaz de ofrecer las bases metodológicas sobre las que se pueda construir una epistemología de las actividades físicas, será el primer paso en la construcción teórica general de la cultura física y el propósito de este trabajo. El examen de la categoría «cultura» ocupará una parte central. Tiene el propósito de establecer las aportaciones fundamentales que han tenido lugar al respecto en la historia del pensamiento filosófico y de explicar cómo el tema de la cultura se convirtió en un problema para la ciencia, resuelto en una perspectiva integral, dialéctica y materialista por la teoría marxista de la cultura.

La tradición filosófica en la comprensión de la cultura

El tema de la cultura ha estado presente en casi todas las concepciones filosóficas elaboradas por el pensamiento humano. Pero no es hasta el siglo XVIII que dejó de entenderse como un fenómeno para transformarse en un problema teórico. En este momento estaba madura la comprensión del nexo esencial en la definición de cultura: la diferencia entre la realidad natural o dada y la realidad cultural o creada por la actividad humana. La comprensión de esta contradicción imprimió estatus teórico a los estudios sobre la cultura. El despliegue de esa diferenciación mostró un ángulo nuevo en el enfoque de los problemas humanos y, además, significó la aparición de un ámbito disciplinar: los estudios culturales, que la tradición marxista acomete desde los principios del análisis dialéctico materialista.

Todas las periodizaciones de las actividades físicas humanas suelen partir de la problemática del conocimiento que el hombre tiene de su cuerpo, dentro del cual ocupa un lugar prominente el tema de su

dominio sobre la naturaleza, la interacción entre ambos y la descripción de las prácticas que la han tipificado. El resultado es una acumulación de saberes difíciles de integrar, entre otras razones, porque cada grupo social, cada comunidad y cada tradición percibe el mundo del cuerpo y sus interacciones de una manera particular en la que se traducen, a su vez, las especificidades de las prácticas asociadas al proceso de la vida real —como decía Marx— de aquellos grupos, comunidades y tradiciones. En las percepciones sobre el cuerpo, en tanto realidad física especial, se fijan los haceres, los saberes, las costumbres, la gestualidad, los imaginarios y las tradiciones de los pueblos, sin demandar de estos ningún consenso.

Cabe plantearse el problema de cómo la cultura —cuyas manifestaciones concretas son infinitas— se convierte en un problema de naturaleza teórica, en un problema para el pensamiento científico. Esta pregunta permitirá iniciar el examen de la comprensión teórica de la cultura bajo la premisa de que el camino que recorre la construcción de este concepto va de la percepción del objeto hasta su caracterización, tras el curso de un desarrollo.

El recorrido que conduce al planteamiento teórico del problema de la cultura en la historia del pensamiento permite mostrar el valor instrumental del concepto para el conocimiento de las claves de la cultura física, y revela múltiples aspectos, a veces no explorados, de la cultura humana en general, a la vez que se abre a la percepción de nuevas realidades en la región más restringida de la cultura física en relación con la cultura como un todo. Cada indagación humana sistematiza y aporta determinaciones valiosas para la definición de esta, y aun cuando no es propósito de este artículo la descripción histórica del movimiento de estas categorías, resulta de vital importancia mostrar las ideas principales de su evolución.

La validación de la tesis según la cual el concepto cultura¹ cristalizó en la filosofía del siglo XVIII europeo en la obra de Juan Bautista Vico, se prueba en el movimiento de la Ilustración, cuyo contenido fundacional se basa, precisamente, en la noción de cultura. Desde la Ilustración, ha prevalecido la tendencia a considerarla como una categoría filosófica que ofrece una visión integradora y totalizadora de la realidad y estudia los problemas del hombre desde una perspectiva teórica.² A partir de este enfoque general, se han desarrollado otros más concretos, entre ellos el antropológico, de gran actualidad, que permite el estudio de las particularidades de las formas de vida de las comunidades en el curso de su vida concreta, y el de los estudios sociológicos.

Los enfoques que se han asociado a la posmodernidad han insistido en la importancia de lo

atomístico (o lo individual) en oposición a lo general. El pensamiento social de occidente del siglo XX exhibe, en términos generales, una preocupación por describir cómo aparecen ciertas prácticas, valores, ideales y formas de conciencia y psicología social a partir de la vida cotidiana de determinados grupos humanos. Las investigaciones fundamentadas allí contenidas constituyen un complemento extraordinario para los estudios culturales, por sus resultados puntuales y su capacidad para legitimar la cultura de comunidades concretas.

A las aportaciones de la filosofía al problema de la cultura se suman hoy estudios socio-culturales de corte antropológico, etnográfico, sociológico, lingüístico y semiótico, por solo citar los más reconocidos. Es consenso entre los especialistas que la primera formulación del concepto cultura es de naturaleza filosófica y su valor metodológico constituye un principio para todo enfoque del problema; desconocerlo, conduce inevitablemente al laberinto de Minos.

Como ya hemos adelantado, el siglo XVIII marca la distancia entre la percepción del fenómeno y su asimilación como problema científico. El paradigma del mundo teológico y sus «creaturas» no distinguía lo creado por Dios de lo debido a la naturaleza, diferencia esencial para la noción de cultura. Hasta tanto la diferencia entre lo creado y lo dado naturalmente no se fije en la conciencia, no aparecerá el problema de la cultura. Este tiene en su base, como todo problema teórico, una contradicción que se precisa solo cuando madura el pensamiento capaz de reconocer el mundo creado por el hombre diferenciado del de la naturaleza.³

En sus antecedentes más tempranos, el término «cultura» emerge acompañado de o relacionado con una actividad concreta: cultura como cultivo de la tierra, del espíritu, etc. Cuando aparece como término independiente, indica una oposición: cultura *versus* natura.

El Renacimiento europeo produjo, al decir del historiador suizo Jacob Behart, una afirmación del individuo que sale de la masa anónima del Medioevo. El legado humanista del mundo grecolatino se recupera en un movimiento que pone el mundo a escala humana y cuyos fines son las realizaciones prácticas del espíritu humano. El Renacimiento crea la representación del hombre como una personalidad libre e independiente, responsable por sus pensamientos y acciones, y que crea el mundo a través de su actividad. Gracias a esta creación —que es precisamente la cultura—, trasciende sus propios límites físicos y espirituales. Y aunque no produce, por así decir, una teoría general sobre lo humano, de su realidad emergerá esa teoría.

El Renacimiento crea, sobre todo, las bases prácticas y las perspectivas teóricas a la luz de las que se

desarrollarán las tesis que formulará la modernidad acerca de la cultura. La perspectiva humanista renacentista sostiene la tesis del «hombre como creador de la cultura», en la cual descansa el principio de su autoridad frente a la de Dios y, asimismo, la tesis de la actividad humana como obra de una personalidad concreta y finita que, justamente a través de la cultura, es capaz de trascender su finitud; en otras palabras, la tesis de la personalidad como sujeto de la cultura.

Los argumentos claves para la construcción de la categoría cultura, que avanza el Renacimiento, tienen en cuenta:

- «El principio de la actividad» como la forma que tiene el hombre de insertarse en la cultura, de donde se arriba al corolario de que él es hombre porque crea, mediante su actividad, un mundo humano, distinto del natural.
- «El principio del desarrollo», según el cual la actividad creadora del hombre enriquece el mundo dado, con una creación que a su vez es enriquecida de generación en generación.
- «El principio del historicismo» o de la consideración del mundo como un proceso, sujeto a cambios, y la idea de la historia como un continuo de generaciones, cada una de las cuales asimila y transforma los resultados de la anterior develando el mecanismo de la herencia no biológica como característica del mundo de la cultura.

El Renacimiento modeló una concepción del mundo y del hombre que la Ilustración recupera porque a esta es cara la defensa de la naturaleza humana, a la cual incorpora la noción desarrollo y la propia noción de cultura, en cuanto capacidad del individuo para autodesarrollarse y autoperfeccionarse, y a la que ponderan como instrumento apto para corregir los males propios de su tiempo. Sin embargo, su concepto de cultura tiende a comprenderse unilateralmente como cultura espiritual o educación; de ahí su entusiasmo por un instrumento idóneo para luchar contra la ignorancia, «madre de todos los vicios». Sin dudas el aporte sustancial de la Ilustración, desde la perspectiva teórica, consistió en establecer el vínculo entre la naturaleza humana y la cultura de manera sociopráctica, diferencia que prestará la mayor utilidad al pensamiento por venir.

El movimiento de la Ilustración atribuye al principio del desarrollo el ideal de progreso. La modernidad produce un punto de giro en la comprensión de la sociedad. La idea del progreso, como forma concreta del desarrollo, se fija en el pensamiento humano gracias a la Ilustración, que realza la autonomía de la individualidad en relación con sus necesidades y, en general, con la necesidad natural. Estas tesis inauguran

una tradición que todavía es puntual en el debate del problema del hombre.

El debate filosófico de fines del siglo xx se hace las mismas preguntas de los ilustrados. ¿Qué es el hombre, cuáles son sus fines y capacidades, y cuáles deben ser, dónde están sus límites, cómo superar la oposición y alcanzar una armonía entre el cuerpo y el espíritu humanos? El desafío propuesto por el desarrollo de las nuevas tecnologías y sus consecuentes impactos en el cuadro científico del mundo, demandan de las herramientas teóricas la capacidad de proveer orientación en la percepción de una realidad que aparece cada vez más atomizada ante el individuo.

El legado de la Ilustración respecto al tratamiento del hombre y la cultura contiene ideas vigentes en la comprensión que hasta el presente tenemos de nuestro cuerpo; la del cuerpo frente al alma, el cuerpo como mundo físico opuesto al espíritu, etcétera.⁴

En el contexto de formación de las nociones del capitalismo, la Ilustración fue a la reivindicación del *hombre natural*, en el que se potencian los más altos valores individuales y sociales. Esta visión del siglo xiii —donde tiene lugar un reordenamiento político en cuyo centro el Derecho será la garantía de los hombres—, se amparó en el Contrato social como propuesta política, que devino, en términos prácticos, la construcción de un Estado de derecho legitimador de un orden de privilegio a la libertad humana. Los instrumentos que permiten explicar el mundo para transformarlo sitúan nuevamente los principios del desarrollo entendido como progreso; del historicismo que concibe el cambio social, la relación entre el pasado y el futuro, tema por excelencia de las obras ilustradas, y el de la actividad humana comprendida bajo la denominación de hombre natural.

La pregunta clave es ahora: ¿qué impide al hombre construir una sociedad de acuerdo con su naturaleza? Todo aquello que impida cumplir sus fines. La ignorancia, la superstición, los prejuicios, hacen que el hombre no repare en la pérdida de su conciencia, en torno a sus derechos naturales. La ignorancia es, por tanto, el mal del hombre y su solución ha de ser el tema central del proyecto ilustrado; la educación de la razón como el camino de conciliación entre lo natural y lo social, entre lo individual y lo colectivo al nivel de sus intereses, el medio para restablecer la armonía con la auténtica naturaleza humana, solo posible a través de la razón. Es así como estas ideas se recogen en una tesis central del Iluminismo: la educación social del hombre va a ser el contenido de la cultura.

Por tanto la cultura, cuyo contenido es la educación del hombre, hará compatibles el interés individual y el colectivo; será el triunfo de la justicia social. Este modelo educativo tiene en su fundamento la idea de que el

educador ha de ser educado, tesis que signa todo movimiento renovador, e impone la noción de una educación liberadora del pasado.⁵

La apertura a reformas educativas de todo tipo explica cómo esta concepción avanza en cada proyecto educativo, desde el Renacimiento hasta nuestros días, y en buena medida capta una regularidad entre los ideales sociales y los modelos pedagógicos, en cada sociedad concreta. Lo que llevará a una nueva comprensión de la relación naturaleza-sociedad instaurando un modo especial de concebir, en el propio hombre, el lugar de su cuerpo físico y las maneras en que debe ser educado. El tiempo de los grandes movimientos educativos en general, y particularmente de la educación del cuerpo, iniciará los debates de sus prácticas y, con ello, nuevas formas de socializarlas.

La tesis fundamental del proyecto de la Ilustración es una idea que el pensamiento posterior no comparte. Enmanuel Kant sostiene, frente al principio del hombre natural y la teoría de la educación defendida por los ilustrados, la palpable contradicción entre el mundo natural y el moral, y afirma que la naturaleza no es, ni puede ser, garantía de la conducta humana. Kant alerta que el hombre que depende de la naturaleza está en un estado de minoridad, de la incapacidad para valerse por la razón propia, sin la guía de otro. ¿Cómo salir de este estado? Kant explica que la esencia humana no está determinada por su existencia natural, sino por su existencia moral, su capacidad de actuar con independencia de la naturaleza. El hombre es racional no en virtud de su origen natural, sino por su capacidad de separarse de la naturaleza suprasensorial, trascendental.

La profunda crítica al pensamiento ilustrado que hace Kant, expresión más acabada de sus contemporáneos, lo lleva a la crítica de la razón y a elaborar una filosofía sumamente creativa que, en relación con el problema que nos ocupa, aportó algunas ideas del mayor interés:

- Capta la oposición entre naturaleza y sociedad y esta idea fijará una visión nueva sobre esta relación, cuya contribución será capital en la formulación de la Teoría de la Cultura.
- Es la razón lo que determina la separación del hombre del mundo natural. La garantía de la humanidad, de la racionalidad y la libertad está en la capacidad de la propia persona para educarse a sí misma, para cambiar su naturaleza según sus fines.

Al igual que el pensamiento ilustrado, la filosofía de Kant encuentra la clave para las garantías del «hombre social» en la razón; su diferencia está en la capacidad de esta para desmarcarse de lo natural, sentando así la definición de la cultura en oposición a la naturaleza. La

razón, como instrumento de la educación y el perfeccionamiento humano, tiene en esta filosofía un motivo teórico sustancial: la garantía del saber universal y su necesidad; de ahí que el conocimiento como resultado de la razón y la experiencia se legitimen con independencia de lo natural, de donde se desprende que la garantía está en el uso de la capacidad moral de la razón y su respeto a la ley.

El análisis de este aspecto del pensamiento kantiano se hace imprescindible, por sus aportes al tema que nos ocupa. Las ideas respecto a la contradicción naturaleza-cultura, la comprensión del Principio de la Actividad a través de la categoría razón y el Principio de la Autonomía como capacidad de legislar sobre uno mismo, para escoger las formas propias de dependencia, serán conquistas del pensamiento moderno sobre las que el siglo XXI tendrá que volver si intenta buscar una explicación de lo humano.

Tal como hace Kant, Georg Friedrich Hegel levanta el principio de la razón sujeto a leyes cuyo desarrollo immanente sea la realidad. Para él, el sistema de categorías del pensamiento tiene existencia primaria respecto de la naturaleza y del hombre; ese sistema se identifica, en su filosofía, con la razón absoluta que, en un momento de su desarrollo, se enajena y convierte en naturaleza, genera de sí el mundo de la historia; o sea, donde la razón absoluta es un principio activo, con niveles de desarrollo (natural, histórico, etcétera).

Según Hegel, el hombre actúa como sujeto del mundo histórico. Puede, gracias a su propio saber, comprender el origen de sí mismo como criatura histórica, y cómo la razón humana se eleva desde las formas primarias de su existencia hasta el saber cósmico. La conciencia finita e individual opera un proceso a través del cual se develan sus formas inferiores hasta las más complejas y superiores. Es una filosofía donde la razón humana da cuenta de su propia misión, donde el instrumento a través del cual el hombre se convierte en un ser culto y superior, es el saber científico y filosófico. En la filosofía hegeliana, así como en el desarrollo de sus ideas en el movimiento conocido como Filosofía Clásica Alemana, tiene lugar el apogeo de la razón humana, liberada ahora por la ciencia y la filosofía, vías del desarrollo humano. Destacando el carácter activo del sujeto, unido a una comprensión del desarrollo y la historia humanos, este movimiento da un paso de gigante en la comprensión de la cultura.

La absolutización de la razón y consecuentemente su distancia de la realidad, suscitó las críticas de algunos pensadores que, desde sus propias posiciones, crearon una concepción nueva del mundo y sentaron las bases de su transformación.

Examinemos brevemente la crítica que Carlos Marx y Federico Engels hacen a este pensamiento. Sus puntos fundamentales se pueden resumir en:

- La cultura se asocia al mundo de la razón, del espíritu, el problema de la cultura es producir la educación del hombre.
- El punto de partida de esta comprensión es una representación del hombre, identificado como ser natural, ser moral, ser creador, en el cual la razón es la clave del desarrollo humano.
- Estas construcciones teóricas tienen un carácter especulativo, parten de una forma ideológica, de determinada idea con arreglo a la cual se dan soluciones o claves.

Marx y Engels invierten el análisis. Contrariamente a la filosofía anterior, que desciende del cielo a la tierra, consideran ascender de la tierra al cielo. El punto de giro propuesto por ellos es la realidad, la vida real, empírica, el modo en que se produce la vida. Partir de la vida del hombre y no de la idea que tiene el hombre de su vida, o de su conciencia, o cultura; el proceso de la vida: su producción y reproducción tanto del hombre como de los medios que necesita para vivir.

La crítica que Marx y Engels hacen a toda la filosofía anterior resume creadoramente los más importantes hallazgos del pensamiento humano en torno al problema que estudiamos. La reelaboración teórica, desde el punto de vista del método, constituye un examen del proceso, del movimiento del pensamiento, que avanza en la aprehensión de la realidad, y constituyen presupuestos teóricos válidos para asumir el examen de la cultura.

La premisa de esta crítica está recogida en el siguiente postulado: «el primer hecho histórico es vivir»,⁶ la actividad humana es de tipo práctico, transformadora. Esta idea parte del reconocimiento de que el hombre, no solo por su origen, es un ser de la naturaleza, pertenece a ella, sino también porque tiene que sacar de ella aquellos objetos que necesita para satisfacer sus necesidades prácticas. De tal suerte, el primer hecho histórico es la producción y reproducción de la vida, que tiene como premisa natural el trabajo. Las relaciones que resultan de este proceso conforman las bases de la cultura. Y tienen como punto de partida el cuerpo humano.

La crítica marxista repara en las tendencias anteriores, que coincidieron en colocar la razón como el fundamento de la cultura, condición de lo humano. La modernidad, por tanto, se orienta culturalmente hacia la ciencia; allí donde las ideas tienen autonomía sobre la realidad, adquieren vida independiente y el hombre las sirve. Se trata de un simple medio de automovimiento de ellas mismas. Esta concepción todavía es atacada

hoy por la posmodernidad; la ciencia no garantiza la conducta, esta construcción especulativa reduce la cultura a la ciencia y fija un presupuesto francamente insostenible: los creadores del mundo son los ideólogos que producen profesionalmente la conciencia sobre el mundo, como la educación para los Ilustrados, la moral para Kant, o la ciencia para Hegel. La cultura se identifica, para ellos, como formas de la conciencia. He aquí su principal limitación.⁷

En tanto, los principales aportes de la tradición moderna fueron los siguientes:

- Comprendió la cultura como el mundo creado por el hombre, idea básica que sustenta la comprensión de la cultura y constituye un principio de la teoría de la Cultura.
- Consideró la cultura en oposición a la naturaleza.
- Conceptualizó al hombre como un ser creador, activo, gracias a lo cual crea un mundo: el de la cultura.
- Defendió la consideración del sujeto como aquello que mediante su actividad crea cosas.

Enfocar el tema desde el marxismo supone las siguientes interrogantes: ¿Qué queda en pie de la filosofía anterior? ¿Qué recupera el marxismo?

Cultura, *physis* y *epistheme*

La cultura es la segunda naturaleza, creada por el hombre —como afirma Marx en *La ideología alemana*—,⁸ en virtud de su actividad. Así entendida, abarca todo el universo de la actividad social humana, en la que tiene lugar el proceso de producción de su vida real. Entran en ella la producción de bienes materiales y espirituales, la producción y reproducción de las relaciones sociales, y todas las formas humanas de actividad que tienen al trabajo como su sustancia, en el sentido de que es esta la relación activa, primaria y fundamental del hombre con la naturaleza, a partir de la cual surgen y se diferencian todas las restantes formas humanas de actividad.

Esta comprensión de la cultura se vale de la categoría de *práctica*, entendida como actividad material, transformadora, orientada a fines y sensorialmente realizada por el hombre sobre la naturaleza. Este transforma prácticamente a la naturaleza a los fines de satisfacer primero sus necesidades elementales, y después aquellas que van apareciendo. El resultado es que, por su actividad, cambia el mundo, lo convierte de hostil y no apto para la vida en un mundo humano. Y en el curso de esa transformación, se cambia a sí mismo. La trascendencia de la categoría de *práctica* es tal, que implica no solo un cambio en la exterioridad,

La comprensión filosófica de la categoría cuerpo a través de la relación espacio-tiempo, los modos de su existencia física, natural, y la influencia de la formalización de la enseñanza de las prácticas físicas, el conocimiento de sus rituales, y sus mitos como significantes culturales, será una de las claves en el examen de la cultura física.

sino que tiene como resultado un desarrollo del mundo interior del hombre —que incluye su cuerpo, su mundo físico y el de su mente. Es uno de los grandes problemas presentados por la Filosofía Clásica Alemana cómo se relacionan y se transforman recíprocamente la exterioridad en interioridad —que tiene, dicho sea de paso, una gran importancia para el ámbito de la cultura física.

El pensamiento premarxista desconoció que la historia se fundamenta en las necesidades prácticas del hombre y en el proceso de su satisfacción, que constituye, precisamente, la producción de su propia vida. Esta idea fija el punto de partida del humanismo marxista, que concibe a la historia como la actividad del hombre que persigue sus objetivos y se orienta a satisfacerlos. Cualquier forma de la realidad histórica es la encarnación concreta, materializada, de esto, un resultado del sujeto activo. Por tanto, en la teoría de la cultura, la realidad es comprendida como objeto, medio y resultado de la actividad humana.

La cultura puede y suele concebirse como un universo muy amplio y general de objetos —creados por el trabajo del hombre—, susceptible de analizarse desde diversos puntos de vista: antropológico, filosófico, sociológico, etc. La consideración de la cultura como «el mundo de lo creado por el hombre» puede conducir, en definitiva, a entenderla como «el conjunto de los objetos creados por el trabajo» o, lo que es lo mismo, a una concepción fenomenológica de ella que pone el acento en su diversidad y, básicamente, en sus manifestaciones externas, y dificulta, por esa razón, la comprensión teórica del problema. La cultura no se puede reducir a sus formas externas de manifestación, a los objetos creados por el trabajo. El valor de la comprensión marxista de la cultura, lo que le confiere su carácter teórico, es su insistencia en *la forma* de actividad, que, como eje que da unidad al mundo de la cultura, distingue lo humano de lo real y del activismo propio, incluso, de la naturaleza. «Una araña ejecuta operaciones que semejan a las manipulaciones del tejedor, y la construcción de los panales de las abejas podría avergonzar, por su perfección, a más de un maestro de obras». ⁹ Pero a diferencia del animal, al que le es propio el carácter estereotipado de una actividad

que hereda genéticamente, el hombre convierte su actividad y la *forma* de su actividad en objeto de su atención, de su trabajo y de su proceso de vida. ¹⁰ Y gracias a que la convierte en objeto de su pensamiento y de su trabajo, puede perfeccionarla y desarrollarla.

Moisés S. Kagan propone partir, en la comprensión de la cultura, no de lo fenoménico, sino de las *formas* del ser. Y concibe la cultura como un modo extragenético de vínculo entre los hombres, que abarca, más que el ser objetual o externo de la cultura —el conjunto de los objetos—, el sistema de las *formas humanas de actividad*, las cualidades internas adquiridas por el hombre durante su vida —necesidades, hábitos, habilidades, aptitudes— que el humanismo premarxista llamaba «fuerzas esenciales del hombre» y las formas de comunicación e interacción creadas por los humanos para realizar y transmitir su actividad. ¹¹

La tradición de pensamiento filosófico representada por autores como Kagan, V. Mezhúiev y Marat Mamardashvili, constituye, a nuestro juicio, una elaboración teórica de mucho valor que rescata el sentido profundo del pensamiento culturológico de Marx. Estos grandes pensadores, en efecto, coinciden en una interpretación de la cultura que, en lugar de reducirse a los resultados de la actividad, pone el acento en el aspecto de su forma. La cultura, en consecuencia, es comprendida como el sistema de las formas humanas de actividad, de los *modos humanos de obrar* y de producir y reproducir la vida. Solo ese enfoque puede conducir a entender la cultura como *la forma del autodesarrollo humano*, que es otra de las importantes aristas de la comprensión de la cultura en Marx.

Desde este punto de vista, la adquisición de la cultura es el proceso en virtud del cual el sujeto asimila, en el curso de su educación y de su vida activa en la sociedad, las formas y modos que obran en la cultura, y que el individuo tiene que convertir en patrimonio personal si quiere ser culto. Formar al hombre es un modo humano de obrar, de producir y reproducir la vida. Y esa formación no puede olvidar que la cultura constituye un sistema cuya diversidad implica la existencia o la creación de una *medida* humana, que permita al individuo armonizar en su personalidad las diversas y multifacéticas formas de actividad que integran el universo de la

cultura. Una educación que descuida el aspecto de la forma humana de obrar, y la medida que le es propia, es ajena al ideal del hombre multilateralmente desarrollado con el que el socialismo se compromete; se acerca más bien al hombre abstracto que tanto le criticara Marx al capitalismo.

El enfoque dialéctico materialista, además de considerar a la cultura como una forma de autodesarrollo humano, postula entre los principios rectores de su comprensión la objetividad, la actividad, la unidad de lo histórico y lógico, el ascenso de lo abstracto a lo concreto, y el análisis multilateral o en sistema.

El análisis teórico de la cultura física y del campo disciplinar que el concepto genera, debe tener en cuenta, si quiere ser científico y, aún más, teórico, las argumentaciones filosóficas contenidas en la teoría marxista de la cultura. De ella se deriva la conceptualización que presentamos, y que considera el estado actual de la investigación en la esfera epistemológica de la actividad física, que, como se ha insistido, es un campo de estudio no desarrollado.

En sus límites se puede encontrar una polémica que expresa la presencia de una antinomia entre dos modos de existencia del objeto; a saber, la cultura física y la actividad física. Tal problema genera un enfoque teórico y procede de una realidad práctica. El enfoque teórico pasa por una comprensión de la noción cultura física y de sus presupuestos lógicos e históricos, de cuya base filosófica se deriva una metodología del análisis del deporte, la educación, y la recreación, y demás actividades físicas, así como las esferas, estatus, objetos, sistemas categoriales y teorías concretas acerca de estos objetos diversos.

Este enfoque pasa, además, por un posicionamiento acerca del problema de la actividad, que a nuestro juicio alcanza un correcto tratamiento en la tesis de Kagan: «la actividad humana es el modo de existencia del hombre». ¹² Sobre esta tesis, propone designar genéricamente al hombre, no como *homo sapiens* —porque la presencia de la razón es una característica parcial del hombre—, tampoco como *homo fabers*, *homo loquens*, u *homo ludens*, porque también son características parciales. El principio humano es, según Kagan, el del *homo agens*: «el hombre que actúa, en calidad de ser actuante o activo, porque todo lo que el hombre hace, física y mentalmente, es actividad humana. Una actividad dirigida hacia un objetivo, cuyo carácter es consciente». ¹³

La tesis de Kagan establece una comprensión de la actividad como consciente, dirigida a un objetivo que no es regulado por las cualidades naturales, instintivas, biológicas, y genéticas del propio hombre. Por esta razón, se afirma que el hombre no nace apto para la actividad; lo que lo hace un ser activo es la educación

que forma en él los modos humanos de comportamiento y actividad. Es en este proceso que aprende a actuar y, gracias a ello, a pensar, a formular conscientemente sus objetivos, a idear métodos y procedimientos para el cumplimiento de sus propósitos. De modo que el hombre, en tanto ser actuante, crea en torno suyo un «nicho ecológico» dentro de la naturaleza —explica Kagan—, en el que rehace o recrea lo natural introduciendo en «el material» de la naturaleza sus objetivos humanos; fijando en ellos sus ideales, su razón, sus habilidades, sus valores. En efecto, «el obrero no se limita a hacer *cambiar de forma* la materia que le brinda la naturaleza, sino que, al mismo tiempo, *realiza en ella su fin*, fin que él *sabe* que rige como una ley las modalidades de su actuación y al que tiene necesariamente que supeditar su voluntad. Y esta supeditación no constituye un acto aislado». ¹⁴

La categoría marxista de cultura constituye, desde el punto de vista lógico, un fundamento básico para la construcción de la teoría de la cultura física, que puede ser, a su vez, comprendida como un subsistema del sistema general de la cultura que alude a una forma de actividad humana asociada —no reducida— a una motricidad, la cual implica, valga la redundancia, la adquisición de una *forma humana de movimiento* realizada a la vista, en lo inmediato, de un *fin* válido para su campo disciplinar y, en lo mediato, de una *medida humana* capaz de conducir al autodesarrollo multifacético de la personalidad. La cultura física, como momento especial del sistema de la cultura, expresa la relación entre el ideal social y las prácticas que se concretan en la actividad física y comprende todas las formas de esa actividad y de la espiritualidad emergente de ella dentro de los grupos, comunidades y tradiciones concretas.

Son pertinentes al campo de la cultura física:

- Las formas de la espiritualidad de los grupos humanos en relación con las prácticas físicas que actúan como contenido esencial de su actividad. Se incluyen aquí las construcciones mentales acerca de lo físico, entendido como lo estrictamente objetivo o natural: las relaciones de espacio-tiempo, ubicuidad, corporeidad, sustancia, esencia-existencia, alma-cuerpo, etc., que conforman las diferentes concepciones del mundo y los imaginarios sociales de los diferentes grupos humanos.
- Las tendencias de los comportamientos documentados, formalizados o no, por las prácticas físicas: costumbres, hábitos, gestualidad, ceremonias, ritos, juegos, bailes populares, etcétera.
- La vida cotidiana y sus experiencias culturales en la educación y cuidado del cuerpo: las concepciones de la alimentación, la sexualidad, la higiene, la relación salud-enfermedad, la comprensión de la vida y la muerte, criterios y prácticas de la vida cotidiana de

los grupos humanos que comúnmente no son reconocidos en el ámbito.

- Los comportamientos tradicionales, de género, desviados o transgresores, respecto del «lenguaje del cuerpo» en la estructura social.
- El propio cuerpo como medio de existencia de lo humano y de conocimiento de la realidad.
- Las concepciones estéticas y éticas acerca de lo físico y sus producciones artísticas y normativas.
- Las demandas de los diversos grupos sociales en la educación del cuerpo y sus reflejos en los modelos de enseñanza-aprendizaje.
- Las tendencias del pensamiento científico en torno a lo físico.
- El proceso de formación de las instituciones que organizan las actividades físicas y la cultura de estas organizaciones.

Obviamente, el modo concreto en que se integran y derivan estas determinaciones del sistema concreto de la cultura física es un tema que debe ser investigado. La cultura física, como instrumento del que se vale el pensamiento para operar teóricamente, capta un nexo, una relación entre los ideales construidos socialmente respecto a lo físico y sus prácticas, y tiene como núcleo esencial un tipo específico de actividad: la física. Esta concreta de manera esencial el contenido de la cultura física y expresa:

- El modo de existencia humana, acto de producción y reproducción de las capacidades físicas y espirituales del hombre. La producción de la vida.
- El modo de apropiación de las formas de la producción (en el ámbito de la actividad física, el ejercicio como su modelo, las técnicas deportivas, etc.) y la existencia social (reproducción del modelo de la vida de la comunidad).

El examen de estas categorías y otras concomitantes como prácticas físicas (el juego, entre otras), complementarán la visión sistemática del ámbito desde el punto de vista epistemológico, así como el sistema lógico conceptual con el que operará.

Exponer los argumentos que desde el punto de vista histórico-lógico acrediten el enfoque dialéctico materialista de la cultura como paradigma de investigación pertinente, es la idea que esta investigación defiende, y en el cumplimiento de su objetivo principal propone considerar una comprensión global de los fenómenos del ámbito desde las realidades del modelo socialista del deporte cubano; una concepción humanista de las actividades físicas. Ahora bien, ¿cuáles son las preguntas que desde ese enfoque deben hacerse?, ¿de qué manera presentarlas y ofrecer soluciones probables? La respuesta a estas interrogantes demanda estudios transdisciplinarios. Se requiere, por tanto, una

concepción metodológica general capaz de orientar, conceptualizar, fijar ideas rectoras: presentar un paradigma de investigación al campo.

Entre los problemas del desarrollo del conocimiento científico sobre la cultura física, han cobrado actualidad los referidos a las principales tendencias de su formación, la estructura de las ramas del saber que va asimilando y las perspectivas que se avizoran. Los debates en este plano se suceden, mientras se impone de manera creciente la urgencia de producir una teoría que generalice el campo de estudio de la actividad física. La pluralidad de los enfoques en torno a la formación de fundamentos teóricos generales de la cultura física destaca la complejidad de su naturaleza. Frente al punto de vista lógico-estructural, aparecen el sociológico, el pedagógico y el biomecánico, entre otros muchos. Las ideas principales en nuestro país se dirigen a la conformación de un cuerpo teórico que asume tres grandes esferas del saber: Educación Física, Recreación Física, y Deporte.

Otro punto de vista que cobra fuerza es aquel que limita su objeto a los fenómenos de la actividad física que no sean del alto rendimiento deportivo, para el cual se exige un tratamiento independiente. Ante la diversidad de posiciones actuales, resulta metodológicamente pertinente presentar, en forma de tesis, las siguientes consideraciones que sistematizan la tradición de las prácticas de la actividad física en Cuba:

1. La teoría de la cultura física, por el contenido que encierra, es teórico-integrativa.
2. La interrelación de la teoría de la cultura física con las llamadas ciencias aplicadas a la actividad física se muestra a través de una serie de teorías, con diferentes niveles de desarrollo, entre las que se encuentran:

- El *corpus* de la educación física.
- El *corpus* del deporte.
- Teorías médico-biológicas de las actividades físicas.
- Teorías biomecánicas del deporte.
- Teorías psicológicas de la actividad física.
- Teorías sociológicas del deporte.
- Teorías sociológicas de la recreación física.
- Teorías del campo de la actividad física con fines terapéuticos.
- Teorías de dirección de los procesos de la cultura física.

La organización de los estudios del ámbito ha delimitado áreas de investigación en las que convergen problemas muy específicos del campo. Estas son:

- Área psicopedagógica.
- Área de investigaciones históricas y sociales.

- Área de salud y desarrollo humano.
- Área médico-biológica.
- Área biomecánica.
- Área psicosocial.

La necesidad de sistematizar el contenido de la cultura física supone el estudio de los principales modelos de educación física como una de las formas de existencia de las prácticas físicas, formalizados en la cultura en cada momento histórico, que han de tener en cuenta:

- La formación económico-social.
- La estructura de la sociedad.
- El proceso de institucionalización de las actividades físicas.
- La vida cotidiana.
- Los imaginarios colectivos de lo físico.
- Las ideologías grupales.

El análisis propuesto demanda un estudio de las tendencias principales en que la educación física modeló el ideal social en cada época histórica, en las que se expresa la dinámica de las tradiciones y sus puntos de ruptura. Este análisis pudiera derivar hacia la comprensión del progreso de los sistemas educativos a través de una regularidad que se fija entre los modelos pedagógicos y el ideal social. Aun cuando no es propósito de este artículo fundamentar esta regularidad, observamos la necesidad de su fundamentación. Estos estudios podrán servir para el conocimiento del cuerpo y las prácticas de su actividad. De tal suerte, la categoría cuerpo tendrá un espacio desde la historia de los imaginarios del cubano, sus formas de alimentación, gestualidad, sexualidad, entre muchas otras visiones contrastadas con los modelos educativos —la educación física principalmente— y los tipos de aprendizaje social a través del puente que une a la tradición con la modernidad.

La comprensión filosófica de la categoría cuerpo¹⁵ a través de la relación espacio-tiempo, los modos de su existencia física, natural, y la influencia de la formalización de la enseñanza de las prácticas físicas, el conocimiento de sus rituales, y sus mitos como significantes culturales, será una de las claves en el examen de la cultura física que merece el levantamiento de una línea de investigación independiente, pues, como se sabe, el tratamiento histórico concreto de la categoría cuerpo no fue asunto de interés para las escuelas de pensamiento filosófico del campo socialista. Esta ausencia se extendió al campo de la educación física y, consecuentemente, a las teorías del entrenamiento deportivo, aun cuando las regularidades de estas prácticas asumen de manera concreta los ideales sociales que se fijan en las pedagogías y en los procesos socializadores de que son responsables la escuela y las instituciones deportivas. Es por ello que

insistimos en considerar el estudio de la categoría cuerpo como criterio metodológico en la construcción de una teoría de la cultura física, estudio que ha de distinguir los modos del ser del hombre —en nuestro caso del cubano— y las formas prácticas de su actividad física, la complejidad de sus interacciones sociales, económicas, políticas, artísticas, religiosas, sus costumbres, su cotidianidad, su nicho cultural.

Los principios de la actividad, el desarrollo, el análisis histórico concreto y el análisis en sistema, como ideas rectoras en la conformación de la teoría general de la cultura, expresan la importancia que a lo largo de la historia les ha concedido el pensamiento filosófico. Principios, por demás, que norman, estructuran, organizan el conocimiento acumulado. Así como el estudio de la cultura fue asimilado en la compleja madeja de escuelas y pensadores diversos por la tradición dialéctica materialista, sus actuales desarrollos deben mucho a la función normativa de estos principios en la orientación propiamente historiográfica y muy especialmente a su crítica. Se habrá de considerar:

- El análisis sistémico estructural del movimiento humano: causalidad, contenido y diversidad de sus formas.
- Modelación del ideal social sobre la base de la tradición en las formas documentadas de la educación corporal.
- Proceso de institucionalización de las actividades físicas.
- Direcciones fundamentales de la práctica del ejercicio físico: formalizadas por la cultura, determinadas por su estructura y funciones, caracterizadas por los modelos de la actividad física.
- Concepción de la cultura física desde la teoría general de la cultura.
- Conceptualización de las nociones: cultura, cultura física y actividad física, en tanto categorías rectoras en el examen metodológico del objeto propuesto.
- Construcción epistemológica.

El valor de los principios del análisis dialéctico materialista se extiende al estudio de la cultura física, al servicio de su construcción como teoría general. La insistencia en el auxilio de la filosofía para el estudio de estos problemas no se dirige exclusivamente a la determinación ideológica o de concepción del mundo; el asunto queda suficientemente expuesto en su perfil metodológico, toda vez que la filosofía brinda una visión generalizadora que solo ella puede aportar en el camino de la construcción teórica y su interacción con las necesidades que demanda la práctica.

El examen de la categoría cultura en la historia del pensamiento filosófico desde las perspectivas del enfoque dialéctico materialista, como ha quedado

demostrado, avala la pertinencia de la filosofía en su función metodológica general, en la construcción epistemológica del ámbito disciplinar de la cultura física que, sin dudas, contribuirá al levantamiento de las bases de la teoría general del campo.

Notas

1. Visión del pensamiento filosófico occidental de la cultura.
2. Moisés S. Kagan, *Teoría de la cultura*, Instituto Superior de Arte, La Habana, 1990.
3. Viaseslav Mézhuiev, *La cultura y la historia*, Progreso, Moscú, 1980, pp. 139.
4. Esta idea se reafirma en el análisis de la Dra. Alina González Rams a propósito del tema: «Un tema de encuentro en toda la obra de la Ilustración lo constituye la idea de la naturaleza humana, el principio, formulado por los ilustrados, del hombre natural como representación de un hombre carente de toda civilidad y desmarcado de toda corrupción que alude a la crítica de las instituciones como discriminantes de los derechos ciudadanos y a la necesidad del cambio social signó la preocupación del pensamiento ilustrado por el espíritu del pueblo y por la vida colectiva dirigida a reformar una sociedad que no garantiza los derechos del hombre». Alina González Rams, *Curso sobre problemas actuales de la cultura*, La Habana, 1998.
5. Ideas desarrolladas por Carlos Marx en *La ideología alemana* y en *Tesis sobre Feuerbach*.
6. Carlos Marx, *La ideología alemana, Obras Completas*, Progreso, Moscú, 1980.
7. Conferencias sobre filosofía y cultura dictadas por la Dra. Alina González Rams, durante los años 1999-2002, aportadas por su autora para este artículo.
8. Un examen de esta obra capital de la producción de Marx permitirá tener una idea más precisa y abarcadora de la cultura al estilo del marxismo.
9. Carlos Marx, *El Capital*, t. 1, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1980, pp. 139-40.
10. Carlos Marx, *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*, Progreso, Moscú, 1989, p. 61.
11. Moisés S. Kagan, ob. cit.
12. *Ibidem*, pp. 14-8. Fotocopia del original, registrado en la Biblioteca del Instituto Superior de Arte.
13. *Ídem*.
14. Carlos Marx, *El Capital*, ed. cit., p. 140.
15. El desinterés en el examen de la categoría cuerpo, ilustra uno de los principales prejuicios del campo de las actividades físicas: el desdén por la teoría. Tal prejuicio contribuyó a la formación de una concepción dentro del campo disciplinar de la actividad física y el deporte: el resultado práctico en detrimento de la teoría, concepción que hasta hoy prevalece no solo entre muchos especialistas del campo, sino también en las instituciones deportivas.

Conversación con Ignacio Ramonet

Rafael Hernández

Político. Revista Temas.

He intentado entrevistar a Ignacio Ramonet para Temas desde hace años; primero, mediante amigos comunes en La Habana; luego, por correo electrónico. Alguien me dijo que se la pasaba escribiendo sus artículos y libros en aviones, y no daba abasto para las numerosas demandas que recibía. Así que tuve que esperar la oportunidad de encontrarlo en la paz de su oficina, cerca de la Place d'Italie, en el segundo piso de Le Monde Diplomatique, gracias a los buenos oficios de mi vieja amiga Janette Habel. Fijamos la entrevista para el 5 de abril por la noche, aprovechando que ambos íbamos a participar en un coloquio sobre el Che, en la ciudad de Pau. Esa noche, después de la comida, nos fuimos a un local en el fondo de los pasillos de la librería donde él iba a presentar un poco más tarde Cien horas con Fidel. Hablamos hasta que Jean Ortiz, el organizador del evento, vino a rescatarlo. Agradezco a Jean por su apoyo solidario, a Claude Larrodé por su colaboración técnica inapreciable, y naturalmente, al entrevistado por aguantar mi interrogatorio con total bonhomie —esa cualidad cuyo equivalente nunca he podido encontrar en español.

Rafael Hernández: *Te propongo conversar sobre la situación política europea en general, así como acerca de las visiones predominantes en Europa sobre América Latina y el Caribe,*

incluida Cuba. ¿Cómo ves el punto de gravitación del espectro político europeo en la actualidad?

Ignacio Ramonet: Casi toda Europa se ha convertido en algo llamado la Unión Europea (UE), un conglomerado muy diverso de veintisiete países con niveles de desarrollo muy diferentes. Para que tengas una idea, el salario mínimo, por ejemplo, oscila entre algo así como dos mil y pico de euros mensuales en algunos países nórdicos y Alemania; y 92 en Bulgaria. Los niveles de vida son muy diferentes. Rumania, que acaba de entrar en la UE, tiene un nivel quizás diez veces inferior al de los países con el máximo, como Irlanda u Holanda. Por eso es muy difícil dar una opinión que capte el punto de gravitación de esa Europa no cohesionada y tan heterogénea.

En primer lugar, no hay una política exterior común. Hace dos años se discutió el proyecto de tratado constitucional, que procuraba establecer una base mínima de principios y códigos de conducta política unánimes, homogéneos. Pero no funcionó porque dos países lo rechazaron, por razones diferentes; la sociedad francesa, en particular, lo consideró un pretexto para

establecer el ultraliberalismo como filosofía de funcionamiento de la Unión Europea.

Hay gobiernos más pronorteamericanos que proeuropeos, por ejemplo, la República Checa, Polonia, Lituania, y otros países bálticos; algunos totalmente alineados con los Estados Unidos en un conflicto como el de Iraq —por ejemplo, Inglaterra y Holanda. Por otra parte, los hay opuestos a esa política, como Francia, y actualmente, España e Italia.

Lo único verdaderamente común en la Unión Europea es el mercado común, que funciona más bien como una entidad en el seno de la cual existe un tratado de libre comercio, ya que, en cierta medida, ese es el nudo sobre el que se construyó.

R.H.: *¿En qué medida ese mercado común ha contribuido a mover el modelo del capitalismo europeo clásico —donde el Estado desempeñaba un papel más alto que en los Estados Unidos—, hacia un modelo donde este tiene un perfil menor?*

I.R.: Ese corrimiento es evidente. Aunque no se trata de un rasgo propio de la UE, sino del neoliberalismo en el mundo, ese enfrentamiento entre mercado y Estado está en juego hoy a escala planetaria. La primera medida fue liberalizar la circulación del dinero, de manera que se erradica el control de cambio, excepto en algunos países. A partir de ese momento, el actor principal de la vida económica pasa a ser el inversor, que puede desplazar sus capitales como quiera. Los capitalismos nacionales se transnacionalizan. Esta tendencia supone que el Estado deba facilitar esa circulación de dinero, de manera que debe organizarse igual que una empresa, gastar lo menos posible, hacer economías, reducirse. Es la revancha del mercado contra el Estado, que es una estructura política existente desde hace solo dos siglos, desde finales del siglo xviii. Su tendencia en el siglo xx ha sido dominarlo todo, llegando a los extremos del Estado fascista y del estalinista, que se propusieron controlar la sociedad en su totalidad. Este pasó poco a poco a ser la solución de todos los problemas, en su papel de arquitecto, ingeniero, organizador, estratega. Este sobredimensionamiento estatal llevó a los excesos de la Italia fascista, la Alemania nazi, la Unión Soviética estalinista, que padecieron los ciudadanos de esos países. Frente a ese fenómeno, ha habido la tendencia ultraliberal que afirma: «El Estado nos amenaza: liquidémoslo». ¿De qué manera? Reduciendo su territorio y agrandando el del mercado. Según esta filosofía, una sociedad estará mejor administrada por la mano invisible del mercado que por el dirigismo autoritario del Estado.

R.H.: *Esa visión ha dado lugar a que servicios públicos como el transporte, el suministro de agua, de energía, los teléfonos, hayan pasado a manos privadas.*

I.R.: Claro. Ese es el movimiento prevaleciente en estos últimos veinticinco años, en que el Estado ha transferido masivamente sus responsabilidades en los diferentes sectores —económico, social, sanitario, educacional— al privado.

Para que el Estado sea pequeño, no debe disponer de medios, pero tampoco debe gravar con muchos impuestos. Retrocede una concepción que había emergido a fines del siglo xix y se desarrolló, sobre todo, después de la Primera guerra mundial, consistente en que el Estado debía funcionar como redistribuidor ante las disparidades sociales. Con la riqueza que generan las industrias, ya sean privadas o públicas, había que redistribuir el ingreso, para lo cual se creó un mecanismo llamado el impuesto, que gravaba particularmente la renta. Cuanto alguien más ganaba, más le debía entregar al Estado, que lo podía redistribuir.

R.H.: *En el caso europeo, el sector público ha desempeñado un papel importante en el control de los medios, en comparación con los Estados Unidos. ¿Qué efecto ha tenido esta tendencia a la privatización en el control estatal de medios de difusión como la radio y la televisión?*

I.R.: Esa era una diferencia importante entre los medios de difusión masiva en Europa y en los Estados Unidos. Se trata de medios cuyas tecnologías se han desarrollado, fundamentalmente, en el siglo xx. En los Estados Unidos, es el sector privado quien las ha desarrollado en el cine, la radio, la televisión. En Europa, muchos Estados fuertes han tenido un papel determinante —tanto en países con democracias liberales, como fascistas y socialistas— hasta en las cinematografías. ¿Quién ha desarrollado la televisión, por ejemplo, en un país como Francia? Ha sido el Estado.

En estos últimos años, este Estado, que se ha desembarazado de sus industrias y de muchos servicios públicos, en algunos casos de manera extremadamente radical, también ha dispuesto del sector de la información, antes considerado estratégico. Se ha ido no solo más allá de los Estados totalitarios, sino del keynesiano, sobre la base de que la vocación del mercado para organizar la sociedad es mayor que la del Estado; un cambio conceptual capital. De manera que resulta difícil encontrar casos donde ambos puedan convivir ejerciendo plenamente sus funciones.

R.H.: *¿Quedarían todavía en Europa medios de difusión con capacidad de presentar la información a los ciudadanos de una manera equilibrada?*

I.R.: En casi todos los países europeos existe un servicio público de la información. No solo el sector privado, sino el Estado sigue siendo propietario de algunos canales de televisión, en muchos casos, los principales; y también de radio, administrados por entidades neutras

que no responden a la política del partido que ocupe el gobierno. Estas entidades se mantienen como un servicio público, pilotadas por Consejos de administración donde coexisten las diferentes fuerzas políticas de una manera más o menos equilibrada. El modelo que funciona mejor es el de la BBC de Londres, aunque no es el que siempre se aplica en todas partes.

R.H.: *Es el arquetipo.*

I.R.: Así es. Cuando esta función de la radio y la televisión estatal no se cumple en muchos países, se les suele comparar críticamente con el paradigma de la BBC.

R.H.: *¿Te parece que esos medios privatizados han tenido un peso mayor en la formación de una conciencia política tendiente a posiciones más conservadoras en la ciudadanía, o la causa de este fenómeno de derechización es múltiple?*

I.R.: Seguramente es múltiple. También desempeñan un papel la escuela y todos los aparatos ideológicos. Pero los medios de información tienen una responsabilidad como formadores de conciencia. La diferencia ahora radica en que antes pertenecían a empresas específicas de comunicación e información, especializadas según el sector —imagen, audio, imprenta, prensa escrita, radio, televisión, cine. En cada uno existían empresas más o menos importantes, pero específicas de cada técnica de difusión. En algunos países existían legislaciones para impedir la dominación de un grupo determinado; no se permitía, por ejemplo, que una empresa que controlaba la radio poseyera medios de prensa escrita. De cualquier manera, eran relativamente pequeñas y especializadas.

Cuando se produce la revolución digital, en los años 80, se borra la diferencia técnica entre el texto, el sonido y la imagen, pues digitalmente resultan lo mismo. A partir de ese momento, las máquinas, antes especializadas, empiezan a tener las tres funciones, tanto escribir como difundir textos orales e imágenes. Al mezclarse la técnica y desarrollarse nuevos aparatos —como los teléfonos celulares y las computadoras personales— se empiezan a fundir empresas del sector de la prensa escrita con el de la radio, la televisión y el de Internet, surgida en ese momento. La fusión de los cuatro crea empresas mucho más importantes. Hasta ahí llegaba, sin embargo, su importancia, pues seguían siendo de comunicación.

Ahora bien, la cuestión se complica en la era actual porque la comunicación es una materia prima estratégica, como puede serlo el petróleo o el gas. Surge toda una industria de la comunicación y la información, que abarca, sin ninguna distinción, la cultura de masas, la publicidad y la información. Esta fusión da lugar a lo que llamamos hoy la globosfera. Se trata de un negocio que empieza a interesar no solo a empresas de

comunicación relativamente pequeñas a escala internacional, sino a grandes consorcios de alcance planetario, que construyen grupos de comunicación no dirigidos a una ciudad, una provincia o un país, sino al mundo entero.

En la era de la globalización, cuando los actores principales son las empresas, no los Estados, ocurre que grandes consorcios dedicados a la producción de armamentos o de electricidad se apoderan también del sector de las comunicaciones. A partir de este auge de fusiones y adquisiciones, esas grandes empresas —que producen, por ejemplo, medios técnicos— también fabrican símbolos que permiten la manipulación de las mentes. Venden los productos, los servicios, pero también la ideología que nos conduce a aceptarlos. Ese es el gran cambio actual.

R.H.: *¿Cómo este cambio contribuye a homogeneizar la ideología dominante?*

I.R.: Contribuye a lanzar una idea que se extiende por el mundo, que en tu pregunta anterior referías como «la derechización». Es la aceptación de que la globalización es buena. Si lo es para las empresas, para los inversores, para el capital, pues se trata de venderla a los consumidores, a los ciudadanos, a los que van a ser, en cierta medida, sus víctimas. Por ejemplo, en Francia los principales sectores de la comunicación están dominados por empresas de armamentos, sin vocación ninguna de comunicadores, pero que difunden esta idea. De ahí que resulte cada vez más difícil en los grandes medios de comunicación —no así en los pequeños, que también existen— defender una idea contraria.

R.H.: *Mirada desde afuera, la izquierda europea, que podría representar una alternativa a ese contexto político y económico dominado por los intereses más globales, parece estar muy dividida. Si concuerdas conmigo, ¿cuáles serían las causas de esa división? ¿En qué medida esa izquierda tiende a reagruparse?*

I.R.: La línea de división pasa hoy por aceptar la globalización o combatirla. A la derecha de esa línea, donde se la acepta, se encuentra la izquierda de gobierno y parlamentaria, representada por el Partido Laborista del Reino Unido o el Partido Socialista Obrero Español. La socialdemocracia, en su mayoría, ha aceptado la idea de que la globalización es positiva; se trata solo de corregirla por aquí o por allá, pero no de combatirla frontalmente, más bien de adaptarse a ella.

A la izquierda de esa línea hay una serie de partidos, algunos también socialdemócratas, con una tendencia antiglobalizadora, una especie de nueva izquierda que llamamos altermundialismo. En este lado se encuentran también movimientos sociales, sindicatos, grupos políticos tradicionales, una parte de los partidos comunistas, trotskistas, etcétera.

Mucha gente en Europa dice: «ya no hay diferencia entre la izquierda y la derecha». Esto es así si observamos que, ante el dilema de la globalización, una gran parte de la izquierda y de la derecha no se oponen, sino se unen. Esta situación se explica porque el sector predominante en la socialdemocracia no encuentra fundamento para asociarse a cierto tipo de causas, aunque las encuentre simpáticas, pero no al punto de crear un frente unido con otras organizaciones.

R.H.: *¿Las perspectivas de convergencia, de creación de un encadenamiento o de un frente político —como se le llame— tienden a cristalizar en los partidos de la izquierda altermundialista?*

I.R.: Se puede observar una tendencia que se reproduce en algunas agrupaciones socialdemócratas; por ejemplo, en Alemania, con la izquierda del Partido Socialdemócrata; o lo que puede pasar en Francia con las fuerzas que pugnan dentro del Partido Socialista, a partir de que su candidata pierde en las elecciones. Resulta cada vez más difícil hacer coexistir, en el seno de una misma formación política, a personas en contra y a favor de la globalización. Ya el Partido Socialista francés se dividió en el momento del NO a la Constitución europea. Un partido no puede mantenerse con esas tensiones internas. Esta línea no pasa por asociarse a la clase obrera, que evidentemente está muy fragmentada y no tiene ya el mismo carácter en una sociedad como esta en que vivimos, donde la comunicación es la industria principal. La línea de fractura radica en la posición ante el desmantelamiento de los Estados y los servicios públicos, la alianza con las grandes empresas, la complicidad con los intereses de los mercados financieros.

R.H.: *¿Esa línea de división se cumple también para los países de Europa oriental, el antiguo campo socialista?*

I.R.: Esa línea es universal.

R.H.: *¿Reconoces, dentro de Europa oriental, a sectores de una izquierda altermundialista?*

I.R.: Hay grupos que están emergiendo cada vez más. Inicialmente, se produjo allí una fascinación por integrarse a la UE. Pero ya están descubriendo lo que esta significa: desmantelamiento de la agricultura y el artesanado, emigración masiva de gente que gana más en el extranjero que en su propio país. La República Checa está importando trabajadores de la República Democrática de Corea, porque los checos se marchan a trabajar a Alemania, Francia, Inglaterra o los Estados Unidos. Después de una primera fase en que la gente lee el fenómeno con sus criterios anteriores —incluso desde perspectivas reaccionarias, nacionalistas o xenófobas—, se da cuenta de la naturaleza de la

globalización. Por ejemplo, uno de los países donde el movimiento social y los sindicatos son más poderosos en la lucha contra la globalización es Corea del Sur. Acuérdate de que cuando la Organización Mundial de Comercio (OMC) se reunió en Cancún para acordar la integración de sectores de la agricultura en su seno, un campesino de Corea del Sur, movilizado en contra de las subvenciones a las exportaciones, se quemó vivo, a lo bonzo. Hasta en esos países están apareciendo movimientos que empiezan a leer la verdadera división del mundo, como se presenta hoy. Es difícil hacerlo, porque todo el sistema, los aparatos ideológicos, camuflan la globalización presentándola como modernidad y progreso. Nadie en el mundo está en contra del progreso y de la modernización; lo que ocurre con la globalización no es ni uno ni otra, sino todo lo contrario.

R.H.: *¿La reemergencia de grupos sociales de ultraderecha que rechazan a los inmigrantes tiene una resonancia en sectores importantes de las sociedades europeas, por ejemplo, en Francia?*

I.R.: Claro que la tiene.

R.H.: *¿Este rechazo se produce solo ante los inmigrantes del sur, o incluye también a los de Europa del Este?*

I.R.: Es más evidente ante lo que se llama la minoría visible, gente de otro color, con un aspecto físico distinto a los europeos, que suelen agruparse en barrios marginales. Pero la xenofobia se puede dirigir también contra la población del Este. Lo que ocurre en un país como Francia es que la inmigración laboral del Este es un fenómeno reciente, de hace apenas diez años. Numéricamente, se limita a algunos sectores que suelen estar socialmente más integrados. En cambio, la población proveniente de África, del Maghreb, han sido más bien trabajadores del nivel inferior en la escala social, son más visibles, y sobre todo coexisten con franceses de los barrios marginales. Por consiguiente, hay un conflicto entre esos franceses desclasados, que han perdido su trabajo a causa de la globalización, y viven en las mismas condiciones que los inmigrantes recién llegados. Como no se resignan a aceptar esa situación, en vez de protestar contra los que los han llevado a padecerla, lo hacen contra sus vecinos.

R.H.: *En caso de minorías que no son inmigrantes, sino que están implantadas —por ejemplo, los vascos en España—, ¿cómo aprecias la capacidad de los sistemas políticos existentes para hacerse cargo del problema de sus nacionalismos, de esos sentimientos de independencia nacional?*

I.R.: El fenómeno de los nacionalismos es muy antiguo, aunque la globalización lo agrava. Como decíamos antes, esta debilita los Estados, los fragiliza, de manera que disponen de menos medios y, diría yo, de menos

argumentos para mantener en subordinación a regiones o territorios, que por otra parte se distinguen por su historia, su lengua, su cultura; y que aspiran a la soberanía. Ese problema se trata de resolver mediante articulaciones nuevas; antes había Estados rígidos, que si se trataba de flexibilizarlos se rompían, mientras que ahora se crean Estados articulados, donde se acepta un cierto juego, un rango de libertad. Esa es, por ejemplo, la España de las autonomías, un Estado que resulta más difícil de romper, porque el hecho de que una región, un territorio, o una nacionalidad, se afirme un poco más o menos, no va a desencadenar una guerra como en el siglo XIX, al estilo de las guerras carlistas. El problema se traslada entonces al debate político.

Como tendencia, la globalización procura Estados muy pequeños, cada vez más balcanizados, que presenten menos resistencia. Si uno observa las doscientas primeras economías del mundo, más de la mitad son empresas, no Estados. La Coca Cola tiene el presupuesto anual de Eslovenia. Encima de esto, la principal fuente económica de un país puede pertenecer a una empresa, no al Estado. Por consiguiente, lo posee; de manera que, si es necesario, puede hacer que vote a su voluntad en la ONU. Aunque se debe entender la lógica y la legitimidad del nacionalismo, en el marco de nuestra lucha actual, cuanto más se fragmente un país, más se le hace el juego de la globalización.

R.H.: *Hablemos de la visión acerca de América Latina —incluida Cuba—, predominante en la Europa actual. Da la impresión de que en momentos anteriores, Europa, o al menos países como España y Francia, han estado más atentos y conscientes de lo que ocurre en América Latina y Cuba. ¿Cómo aprecias esta visión en la actualidad?*

I.R.: El interés por América Latina está regresando rápidamente, y de una manera que concierne directamente a los jóvenes. He estado recientemente en Francia, España e Italia, para presentar el libro sobre Fidel. Se puede advertir que muchos jóvenes observan hoy lo que pasa en Venezuela, Bolivia, Brasil, Argentina, lo que ha ocurrido en Nicaragua, en Ecuador. Se trata de fenómenos nuevos.

En el mundo actual, se producen dos tipos de oposiciones a la globalización. Una es la del islamismo radical, que aunque no lo sabe, lucha contra la globalización, a pesar de que lo hace con métodos y teorías que no compartimos, en absoluto, la mayoría de los europeos. Otra es la que ha estado surgiendo en los países latinoamericanos, como son el ALBA, la decisión —por primera vez en veinte años— de nacionalizar las riquezas. Ese freno a la globalización de manera aún embrionaria, en plena discusión, en medio del debate, reafirma la idea de una sociedad donde el Estado siga siendo redistribuidor a favor de

los desheredados. Aquí en Francia, por ejemplo, la candidata del Partido Socialista, Segolène Royal, habla de «democracia participativa», un concepto surgido de los movimientos sociales brasileños; de manera que América Latina se reflejó en la propia campaña electoral francesa.

R.H.: *¿Cómo se relaciona esta perspectiva tuya acerca de la visión existente sobre la situación en América Latina, el Caribe y Cuba, con el libro sobre Fidel [publicado en Cuba con el título de Cien horas con Fidel. Una biografía a dos voces]?*

I.R.: Sería necesario que te explicara el origen del libro. Lo primero que debo decir es que no me considero un especialista en Cuba. Cualquiera que lea lo que he escrito en *Le Monde Diplomatique* durante muchos años, comprobará que le he dedicado la mayor parte de mis análisis a otros países latinoamericanos, el Maghreb —los países del norte de África—, a Polonia; y muy poco al tema de Cuba.

En 2002, el Instituto Cubano del Libro me invitó a la Feria del Libro de La Habana, dedicada ese año a Francia. Yo le había cedido los derechos para editar una obra mía —*Propaganda silenciosa*—, aunque le puse como condición publicarla íntegramente, ya que en el texto —y así se los señalé— hay una crítica a Cuba.

Este libro está dedicado a las ficciones dirigidas a las masas: películas, series televisivas, *spots* publicitarios de la televisión. No analiza filmes de arte, sino del género catastrofista, que evocan hechos monstruosos, descomunales, horribles, así como filmes franceses de guerra; o los llamados *westerns espaguetis* italianos; series de televisión, como *Colombo*. En un capítulo aparte, donde trataba el cine militante, me referí a la obra de un gran documentalista francés, Chris Marker, un documental de largometraje filmado en 1970, donde se critica la posición del gobierno cubano en relación con la entrada de las tropas soviéticas en Praga en 1968. En ese capítulo, afirmo estar de acuerdo con la crítica de Marker a la Revolución cubana por haber aprobado esa invasión. Al referirme al cine militante, advierto al lector acerca de la implementación de mecanismos sutiles de manipulación de las mentes, que no tienen lugar tanto en los filmes directamente políticos —como ese documental— donde el espectador, de entrada, puede estar vigilante ante el mensaje político, sino precisamente en otros como los catastrofistas, de guerra, que buscan más bien entretener, e introducen por esta vía ideas que no son las nuestras, y muchas veces son exactamente las contrarias.

Cuando se hizo la presentación de mi libro en la Feria de La Habana, Fidel asistió. No lo hizo solo por el libro, sino porque yo acababa de participar en el Foro Social Mundial de Porto Alegre. Era la segunda vez que se reunía el Foro, y yo había propuesto el lema

de este movimiento: «Otro mundo es posible», de donde se había acuñado el nombre de la corriente política *altermundialismo*. Fidel venía acompañado del Premio Nobel de economía, Joseph Stiglitz, también un convencido del altermundialismo, y nos pusimos los tres a discutir en torno al Foro. Fidel quería saber más acerca de esta corriente, que no estaba articulada en torno a una ideología marxista-leninista. Le expresé que el padrino del movimiento altermundialista había sido el Sub-comandante Marcos, uno de los primeros en denunciar las amenazas de la globalización; y le comenté que había escrito un libro basado en mis conversaciones con él.

R.H.: *¿Cómo repercutió ese encuentro con Fidel en la prensa francesa?*

I.R.: Cuando regresé a Francia, me topé con una edición del semanario *Liberation*, que me acusaba de haberme sentado al lado de ese monstruo, el tirano Fidel Castro. Publicaron una foto mía con Fidel, recortando cuidadosamente la imagen de Stiglitz, que estaba del otro lado, como si yo fuera el único intelectual en el mundo que se atreviera a ir a Cuba, soslayando que había decenas de ensayistas franceses en la Feria de La Habana. De inmediato, *Le Monde* publicó un artículo prácticamente igual, escrito por su corresponsal en Santo Domingo, reproducido por varios periódicos y publicaciones, como *Le Nouvel Observateur* y otros. Todos repetían que yo había ido a La Habana a defender el periodismo cubano, a decir lo bueno que era, y a criticar el de los Estados Unidos. Esta operación se dirigía a desacreditar a una persona que había contribuido a fundar el Foro Social Mundial de Porto Alegre, había criticado el pensamiento único, la globalización, argumentando que todo esto solo se dirigía realmente a enaltecer y elogiar el sistema cubano, esa dictadura.

Yo respondí desde las páginas de *Le Monde Diplomatique*, que en definitiva es un foco de resistencia a la globalización y a esa propaganda silenciosa, desde una perspectiva crítica, planteando que tales ataques no eran más que expresiones de lo que llamé el anticastrismo primario. En ese artículo me hacía la siguiente pregunta: ¿por qué precisamente en Francia, casi cincuenta años después del inicio de la Revolución, este tema de Cuba desencadena una histeria delirante como la expresada en estos medios de prensa? ¿Por qué este odio apasionado a la Revolución cubana? ¿Por qué se habla más de este pequeño país, de once millones de habitantes, sin grandes riquezas naturales, que no controla accesos estratégicos en el mundo, que de otros más importantes en territorio, población, escala, como Argentina, México o Brasil? Me parece bien que, de vez en cuando, los países sean sometidos a juicio; sin

embargo, resulta ser precisamente Cuba la que se elige casi siempre.

Me pregunto, finalmente, por qué este proceso tiene lugar de manera tan anormal: solo tiene fiscal, no abogado defensor; la defensa nunca toma la palabra ni tampoco el acusado. En efecto, ¿cuándo fue la última vez que los grandes medios de difusión en Francia le dieron la palabra a Fidel Castro? En la televisión se han reproducido fragmentos de conferencias de prensa suyas; pero la prensa escrita no le ha dado la palabra. Revisé los últimos diez años, y no aparece un solo texto de Fidel Castro donde exprese su punto de vista; registré entonces los últimos quince, y tampoco aparece un artículo ni una conversación con él. En cambio, en la prensa inglesa un periódico como de *The Guardian* ha publicado artículos firmados por Fidel Castro. Considerando que, en este proceso contra Cuba y Fidel, el acusado nunca tiene la palabra, concluí que no era democrático.

R.H.: *¿A qué crees que se deba ese silenciamiento de Fidel en Francia?*

I.R.: Puedo afirmar con propiedad que en Francia es muy difícil expresar, acerca de Cuba, un discurso diferente en la prensa porque está prohibido. Esto ha ocurrido porque se ha producido un fenómeno de *consenso* respecto a Cuba. He enseñado Teoría de la comunicación en universidades de Francia durante muchos años, de manera que he tenido oportunidad de estudiar el fenómeno. Este *consenso* peculiar ocurre cuando los medios de difusión coinciden en torno a un mismo hecho, como resultado de factores complejos. Se produce un cierre del discurso sobre determinado asunto, en el sentido de que los medios se limitan a reproducirse entre sí, a repetir las opiniones que están dando los otros. A partir de ese momento, resulta muy difícil decir lo contrario.

Aunque existen periodistas valientes y de calidad, una característica predominante en la profesión es la pereza, de manera que no se toman el trabajo de verificar la verdad acerca de un hecho determinado o de una opinión. En el caso de Cuba, se da por sentado que se trata de una dictadura donde todos los disidentes están en prisión, etc. Ir a favor de este consenso, una vez establecido, es muy sencillo, pues basta asumir lo que se dice; sin embargo, para ir en contra se requiere argumentar, mostrar fuentes, aportar evidencias. Como se sabe, los grandes medios operan con sus espacios y sus tiempos de manera estricta; la televisión impone ser breve. De manera que si uno va a hablar en la televisión sobre Cuba, puede decir fácilmente que es una dictadura espantosa; pero si plantea que la situación es mucho más compleja que esto, entonces le dicen que no hay tiempo para responder, pues hay que ser

sintético. Por consiguiente, el consenso termina convirtiéndose en una especie de censura, la *censura del consenso*.

Los periodistas podrían intentar ir en contra de la corriente, en cambio se justifican con las dificultades que se les presentan. Hoy todos los grandes medios pertenecen a los mismos dueños, el poder que los controla está muy concentrado. Así como se proponen meterle en la cabeza a la gente que deben consumir determinados productos, para lo cual repiten la misma idea, hacen lo mismo acerca de Cuba.

R.H.: *¿Esa fue entonces la motivación inicial del libro?*

I.R.: La razón principal que me impulsó a escribir este libro fue restablecer el equilibrio en relación con Cuba. Aportar un discurso diferente me parecía indispensable para la justeza de la información. Asimismo, consideraba lo más normal darle la palabra a uno de los hombres más acusados en Francia por los medios; nada más natural que permitirle explicarse, dar su punto de vista. Era necesario, al menos, tener la decencia de escucharlo y luego formarse sus propias opiniones.

Ya que él había leído algunos de los libros escritos por mí, le propuse a Fidel Castro que aceptara dejarse entrevistar, sostener una conversación larga, donde él pudiera contar quién era y su papel a lo largo de la Revolución cubana. Fidel es conocido por sus célebres discursos, que tienen también la fama de ser muy largos. Detenta el record Guinness del discurso más largo pronunciado en Naciones Unidas. Durante la Asamblea General de la ONU, donde los jefes de Estado usualmente no pueden hablar más de diez minutos, Fidel Castro habló 4 horas y 52 minutos. Sin embargo, aunque ha pronunciado grandes discursos, ha concedido muy pocas entrevistas. Desde el inicio de la Revolución, existen solo unas treinta cuya duración sobrepasa una o dos horas. Más largas han sido solamente cuatro: dos con un periodista comunista italiano, Gianni Miná; otra muy interesante con el teólogo brasileño Frei Betto, actualmente consejero del presidente Lula; y la cuarta con uno de los comandantes de la revolución sandinista, Tomás Borge, titulada *Un grano de maíz*. Todos estos libros están traducidos al francés, el último publicado en 1992, hace quince años.

En comparación con estos libros, mi conversación con Fidel Castro, recogida en *Cien horas con Fidel*, es la más larga de todas y también la más exhaustiva. Este libro se planteó al principio como una autobiografía, y él prefirió llamarlo una biografía a cuatro manos. No es necesariamente su testamento político, pero sí su versión de los hechos.

R.H.: *Hay muchas informaciones novedosas en el libro. ¿Cómo fue el método de trabajo?*

I.R.: Partimos del principio de que Fidel podría releer y corregir sus respuestas. Le dedicó tiempo a revisar estas memorias recogidas en nuestro libro incluso después de su enfermedad. En la entrevista con Miguel Bonasso, a mediados de septiembre de 2006, decía que se había puesto a corregirlo, porque no sabía cuánto tiempo tenía para hacerlo. Por ejemplo, tuvo la oportunidad de releer todas las cartas que intercambié con Jrushov durante la Crisis de Octubre, y se refiere detenidamente a ellas de una manera integral, así como las conversaciones con Chávez, en los días de la tentativa de golpe de Estado en Venezuela, y cuenta por primera vez cómo, a través de la hija de este, organizó el contragolpe. Además de estas transcripciones, publica por primera vez los intercambios con Sadam Hussein durante la Crisis del Golfo. En estas cartas, además de estar en desacuerdo con las razones por las que las grandes potencias decidieron atacar a Iraq, le deja claro a Hussein que era inaceptable que un país grande pudiera invadir a uno pequeño.

Otra de las premisas establecidas de antemano para realizar el libro conjuntamente era que no había ninguna limitación al tipo de temas que se iban a tratar en él, ni a la naturaleza de las preguntas; tampoco trató de restringir de ninguna manera su alcance y profundidad, o que le presentara de antemano una lista de preguntas. Por mi parte, elaboré un catálogo de todas las críticas, planteamientos y cuestionamientos que se le han hecho a su política a lo largo de todos estos años. Estas preguntas —algunas muy difíciles, como es el tema de los disidentes, o el de la pena de muerte—, están todas incluidas. Por primera vez Fidel se refiere, de manera pública, a la persecución de los homosexuales en determinada etapa; y admite que el racismo no ha desaparecido, aunque no se trate de un fenómeno institucional, como tampoco el machismo. Lo hace de manera extensa y muy documentada, afirmando que se trata de problemas reales.

La segunda razón por la que quise hacer este libro se refiere a un tema que he tocado antes. Al estar presente en la fundación del altermundialismo, he tenido la experiencia de observar cómo las nuevas generaciones se incorporan a la crítica del sistema de dominación a escala global, al conocimiento de los movimientos sociales, sindicales, la lucha contra la guerra, los indígenas, los agricultores. Estas generaciones mucho más jóvenes se interesan en el movimiento del Sub-comandante Marcos —el zapatismo en Chiapas—, en la Venezuela de Chávez, en lo que ocurre en Brasil con el Movimiento Sin Tierra, en el proceso boliviano dirigido por Evo Morales y el movimiento indígena. En ocasión del último Foro Social Mundial, en Caracas, vimos cómo esta ciudad se ha convertido en una especie de Meca para las nuevas generaciones interesadas en el

cambio social, de la misma manera en que lo fue La Habana para la generación de los años 60. Sin embargo, todas estas nuevas generaciones simpatizantes de lo que está ocurriendo en América Latina, tienen una posición diferente hacia Cuba. La ven como un país socialista a la antigua, haciendo una especie de corte entre Cuba y América Latina. Ese corte es un error. Las personas que piensan así son víctimas de lo que se dice acerca de la Revolución cubana, incluso en publicaciones que pretenden ser de izquierda. Lo que ocurre hoy en América Latina no sería concebible si no se comprende a Cuba. Es necesario percatarse de que los movimientos sociales latinoamericanos reivindican su filiación con Cuba; muchos dirigentes, como Chávez, Evo Morales, Lula, Kirchner, René Prével, afirman la solidaridad con la Isla, y proclaman su admiración hacia Fidel Castro. Ellos saben que Cuba ha sido la única experiencia revolucionaria que ha podido resistir la voluntad de los Estados Unidos de evitar que se lleven adelante reformas que beneficien a los sectores populares.

Es necesario comprender que en América Latina nunca hubo una experiencia reformista, no digamos revolucionaria, ni conducida por un gobierno democrático, que hubiera podido realizarse plenamente sin ser víctima del derrocamiento, por vía de un golpe de Estado militar o de una invasión de los Estados Unidos. Fidel dice en el libro que si se hacían esfuerzos en América Latina por cambiar las cosas, por impedir que 20% de la población explotara al 80% restante, resultaba necesario hacer una reforma agraria, igual que hicieron los Estados Unidos cuando ocuparon militarmente a Japón después de la Segunda guerra mundial, y expropiaron a los señores feudales japoneses para revertir las tierras a la ciudadanía. Como él señala, la diferencia entre lo que hicieron los Estados Unidos en Japón y lo que hizo la Revolución en Cuba es que aquellas tierras pertenecían a señores feudales japoneses, y los grandes latifundios en Cuba eran de propietarios norteamericanos. Por eso, los Estados Unidos hicieron todo lo posible para separar a Cuba, aislarla del resto de América Latina, a pesar de que históricamente no era sino un país latinoamericano. En este momento, cuando en Europa se critica tanto a la Revolución cubana, esta precisamente se reencuentra con el resto de América Latina y puede mantener relaciones más estrechas que nunca, con muchos países, en particular con una docena que tienen gobiernos de izquierda, y ha podido integrarse en este acuerdo regional conocido como el ALBA.

Por tanto, mi segundo propósito con el libro era mostrarles, especialmente a los jóvenes que se interesan hoy por América Latina, que la actual realidad del continente no es concebible sin poder conocer ni apreciar el significado de la Revolución cubana.

R.H.: *En el libro hay también un acercamiento a la persona, a la experiencia de vida de Fidel. ¿Estaba eso entre los propósitos iniciales?*

I.R.: Sí. La tercera razón para escribirlo fue la de tratar de resolver el misterio que representa para mí Fidel Castro. Ese misterio consiste en el peculiar proceso de su vida. Se trata de un niño que se desarrolló en un medio rural aislado, donde no había electricidad ni carreteras asfaltadas; con un padre terrateniente de bajo nivel cultural, una especie de pequeño señor feudal, muy conservador, incluso franquista. Este niño fue educado por los jesuitas españoles. Hay que recordar que una de las primeras decisiones de la segunda República española fue la de disolver la Orden de los jesuitas, quienes se van a América Latina, y luego regresan a España cuando la Guerra civil, para participar del lado del franquismo. Hoy en América Latina los jesuitas no tienen esa posición, de hecho muchos han sido revolucionarios. Pero en aquella época, la Orden no era como es hoy. En el caso de Cuba, eran los formadores de las élites locales —y ese fue el caso del niño Fidel Castro.

¿Por qué un niño criado en este medio reaccionario, con una carga de educación conservadora tan fuerte, se convierte con el tiempo en uno de los principales revolucionarios del siglo xx? Los lectores pueden encontrar una larga reflexión suya precisamente en torno a los factores que incidieron en su profunda transformación —misterio que queda finalmente develado para todos nosotros.

Creo que por todo eso valió la pena escribir *Cien horas con Fidel*, no solo para ponerlo a disposición de los lectores europeos y latinoamericanos, sino también para aquellos cubanos que hoy pueden conocer directamente, por sus propias palabras, esos hechos de su vida y de su revolución.